

CASSANDRA CLARE

DARK GUARDIANS



#1 *New York Times* Bestselling Series

THE MORTAL INSTRUMENTS

Book Five

City of Lost Souls

CASSANDRA CLARE

City of Lost Souls

Sinopsis

El demonio Lilith ha sido destruido y a Jace lo han liberado de su cautividad, pero cuando los Cazadores de Sombras llegan para rescatarlo, solo encuentran sangre y cristales rotos. No sólo ha desaparecido el chico al que Clary ama, sino que también el chico al que odia, Sebastian, el hijo de su padre Valentine: un hijo determinado triunfar en donde su padre falló, y a poner a los Cazadores de Sombras de rodillas.

Ningún tipo de magia que utilice la Clave puede localizar a alguno de los chicos, pero Jace no puede mantenerse lejos... no de Clary. Cuando se encuentran de nuevo, Clary descubre el horror que la magia moribunda de Lilith ha forjado: Jace ya no es el chico al que ella amaba. Él y Sebastian están unidos el uno al otro, y Jace se ha convertido en lo que más temía: un verdadero sirviente de la maldad de Valentine. La Clave está determinada a destruir a Sebastian, pero no hay manera de dañar a un chico sin destruir al otro. ¿Dudarán los Cazadores de Sombras en matar a uno de los suyos?

Sólo un pequeño grupo de amigos y familiares de Clary y Jace, cree que Jace todavía puede ser salvado y que el destino del futuro de los Cazadores de Sombras puede depender de esa salvación. Deben desafiar a la Clave y trabajar ellos solos. Alec, Magnus, Simon e Isabelle deben trabajar juntos para salvar a Jace: negociando con la siniestra Reina de las Hadas, contemplar tratos con demonios, y recurrir por último a las Hermanas de Hierro, las solitarias y despiadadas creadoras de las armas para los Cazadores de Sombras, quienes les dicen que ningún arma en esta tierra puede cortar la unión entre Sebastian y Jace. Su única opción de liberar a Jace es desafiar al Cielo y al Infierno, un riesgo que podría reclamar las vidas de uno, o de todos.

Y deben hacerlo sin Clary, ya que Clary se ha ido al corazón de la oscuridad, a jugar un juego peligroso, absolutamente sola. El precio de perder el juego no es solo el de su propia vida, sino el alma de Jace. Desea hacer cualquier cosa por Jace, pero ¿puede confiar en él? ¿O está verdaderamente perdido? ¿Qué precio es demasiado, incluso por amor?

La oscuridad amenaza con reclamar a los Cazadores de Sombras, en el angustiante quinto libro de la serie.

City of Lost Souls

CASSANDRA CLARE

DARK GUARDIANS

Ciudad de Almas Perdidas

LOS INSTRUMENTOS MORTALES

Libro Cinco

3

CASSANDRA CLARE

City of Lost Souls

CASSANDRA CLARE

DARK GUARDIANS

Para Nao, Tim, David y Ben

4

City of Lost Souls

CASSANDRA CLARE

DARK GUARDIANS

*Ningún hombre escoge el mal porque éste sea malo.
Sólo lo confunde con felicidad, el bien que busca.*

—Mary Wollstonecraft

5

City of Lost Souls

Prólogo

Traducido por Cazadores de Sombras México
Corregido por Pamee

Simon se levantó y se quedó aturdido en la puerta de su casa. Nunca había conocido otro hogar. Era la casa a la que sus padres lo habían llevado cuando nació. Había crecido dentro de aquellas paredes adosadas de Brooklyn. Había jugado en la calle bajo la frondosa sombra de los árboles en verano, y había hecho los trineos improvisados con las tapas de la basura en invierno. En aquella casa toda su familia se había sentado por shivá¹ después de que su padre muriera. Aquí había besado a Clary por primera vez.

Nunca había imaginado que un día la puerta de aquella casa se cerraría para él. La última vez que había visto a su madre, ella lo había llamado monstruo y había rezado para que él se marchara. Él le había hecho olvidar que era un vampiro con un glamour, pero no sabía cuánto tiempo duraría el glamour. Mientras miraba fijamente delante de él, de pie en el aire frío de otoño, supo que no había durado lo suficiente.

La puerta estaba cubierta de símbolos: estrellas de David salpicadas en la pintura, la forma tallada de un símbolo chai que representaba la vida. Había tefilín² atado a la perilla de la puerta. Una jamsa³, la Mano de Dios, cubría la mirilla.

Aturdido, puso su mano sobre la mezuzá de metal que había al lado derecho de la puerta. Vio como el humo se eleva desde el lugar en donde su mano tocaba el símbolo sagrado, pero no sentía nada. No había dolor, sólo una blancura terrible y vacía aumentando poco a poco en una rabia fría.

Pateó la parte inferior de la puerta y escuchó el eco por toda la casa.

—¡Mamá! —gritó—. Mamá, ¡soy yo!

No hubo respuesta, sólo el sonido de los cerrojos de la puerta. Su oído desarrollado había reconocido los pasos de su madre, su respiración, pero no dijo nada. Podía oler el miedo y el pánico incluso a través de la madera.

—¡Mamá! —Su voz se quebró—. Mamá, ¡esto es ridículo! ¡Déjame entrar! ¡Soy yo, Simon!

—¡Fuera! —Su voz era áspera, irreconocible por el terror—. ¡Asesino!

¹ Señal de luto del judaísmo, donde los familiares directos se sientan en banquillos más bajos de lo común durante siete días, pues creen que su alma no abandona el hogar hasta siete días después.

² Tefilín consiste de dos pequeñas cajas de cuero unidas a correas de cuero. Cada una de las dos cajas contiene cuatro secciones de la Torá escritas en pergamino.

³ Símbolo con forma de mano que se utiliza tradicionalmente en varias culturas.

—Yo no mato gente. —Simon apoyó la cabeza contra la puerta. Sabía que probablemente podría derribarla, pero ¿sería capaz de hacerlo?—. Te lo dije, bebo sangre de animales.

La oyó susurrar en voz baja, varias palabras en hebreo.

—Has matado a mi hijo —dijo—. Lo has matado y pusiste un monstruo en su lugar.

—Yo *soy* tu hijo...

—Usas su cara y hablas con su voz, ¡pero no eres él! ¡No eres Simon! —Su voz se elevó a casi un grito—. Aléjate de mi casa antes de que te mate, ¡monstruo!

—Beck —dijo. Su rostro estaba mojado, levantó las manos para tocarlo, y quedaron manchadas: sus lágrimas eran de sangre—. ¿Qué es lo que dijo Becky?

—*Mantente alejado de tu hermana.* —Simon escuchó un estruendo dentro de la casa, como si hubieran derribado algo.

—Mamá —dijo de nuevo, pero esta vez su voz no se elevó, salió como un susurro ronco. Su mano había comenzado a palpar—. Tengo que saber cómo está Becky mamá, abre la puerta. Por favor...

—*¡Mantente alejado de Becky!* —Se estaba alejando de la puerta, podía oírlo. Luego llegó el sonido inconfundible de la puerta de la cocina al abrirse, el crujido del linóleo, mientras caminaba sobre él. El sonido de un cajón que se abría. De repente, se imaginó a su madre agarrando uno de los cuchillos.

Antes de que te mate, monstruo.

La idea le hizo retroceder. Si ella lo atacaba, la marca se activaría. La destruiría, como había destruido a Lilith.

Bajó la mano y retrocedió lentamente, tropezando por las escaleras hacia la acera, apoyándose contra el tronco de uno de los grandes árboles que daban sombra a la manzana. Se quedó donde estaba, mirando la puerta de su casa, marcada y desfigurada con los símbolos de odio de su madre hacia él.

No, se recordó. Ella no lo odiaba, sino que creía que estaba muerto. Lo que odiaba era algo que no existía. *No soy lo que ella dice que soy.*

No sabía cuánto tiempo se hubiera quedado allí mirando, si su teléfono no hubiera comenzado a vibrar en el bolsillo de su chaqueta.

Alargó la mano reflexivamente, dándose cuenta de que el patrón de las estrellas de David que le habían quemado estaba marcado en la palma de su mano. Cambió de mano para poder poner el teléfono en su oído.

—¿Hola?

—¿Simon? —Era Clary. Se escuchaba sin aliento—. ¿Dónde estás?

—En casa —dijo e hizo una pausa—. La casa de mi madre —se corrigió. Su voz sonaba hueca y distante a sus propios oídos—. ¿Por qué no estás en el Instituto? ¿Están todos bien?

—De eso se trata —dijo—. Después de que te marchaste, Maryse volvió de la azotea, donde se suponía que esperaba Jace. No había nadie allí.

Simon se movió, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, y como un muñeco mecánico comenzó a caminar por la calle, hacia la estación de metro.

—¿Qué quieres decir?, ¿cómo que no había nadie allí?

—Jace se ha ido —dijo ella, podía oír la tensión en su voz—. Y también Sebastian.

Simon se detuvo a la sombra de un árbol de ramas desnudas.

—Pero él estaba muerto... Está muerto, Clary...

—Entonces dime por qué su cuerpo no está allí, porque no está —dijo, y su voz por fin se quebró—. No hay nada allí, sólo una gran cantidad de sangre y vidrios rotos. Los dos se han ido, Simon. Jace se ha ido....

CASSANDRA CLARE

DARK GUARDIANS

PARTE UNO

Ningún Ángel Maligno

El amor es un duende. El amor es un demonio. No hay ningún ángel maligno, excepto el amor.

—William Shakespeare, *Trabajos de Amor Perdidos*

DOS SEMANAS DESPUÉS

City of Lost Souls

9

El Último Concejo

Traducido por Cazadores de Sombras México
Corregido por Pamee

¿Cuánto más crees que puede tardar el veredicto? —preguntó Clary. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban esperando, pero parecía como si fueran diez horas. No había relojes en la habitación de Isabelle, que era negra con toques de rosa; sólo había pilas de ropa, montones de libros, montones de armas, un tocador desbordando maquillaje brillante, cepillos usados, cajones abiertos con ropa de encaje sobresaliendo, medias transparentes y boas de plumas. Tenía un cierto aire a los bastidores de *La Cage aux Folles*⁴; pero en las últimas semanas, Clary había pasado suficiente tiempo en ese desastre como para empezar a sentirse cómoda.

Isabelle estaba de pie junto a la ventana con Iglesia en brazos, acariciando su cabeza en estado ausente. Iglesia la miraba con sus siniestros ojos amarillos. Detrás de la ventana empezaba a aflorar una tormenta típica de noviembre, la lluvia pegaba contra la ventana con furia.

—No mucho más —dijo ella lentamente. No llevaba nada de maquillaje, lo que hacía que pareciera más joven y que sus ojos oscuros se vieran más grandes—. Cinco minutos más, probablemente.

Clary, sentada en la cama de Izzy entre una pila de revistas y cuchillos serafines, tragó duramente contra el regusto amargo en su garganta. *Ahora vuelvo, cinco minutos.*

Eso fue lo último que le dijo al chico que amaba más que a cualquier otra cosa en el mundo. Ahora pensaba que esa podía ser la última cosa que le diría alguna vez.

Clary recordaba aquel momento perfectamente. El jardín en la azotea. La cristalina noche de octubre, las estrellas ardiendo de un blanco glacial contra el cielo negro sin nubes. Las piedras del pavimento manchadas de runas negras, salpicadas de icor⁵ y sangre. La boca de Jace sobre la de ella, la única cosa cálida en un mundo escalofriante. El aferrarse al anillo Morgenstern que llevaba alrededor del cuello. *El amor que mueve el sol y todas las demás estrellas.* El girarse para verlo mientras el ascensor se la llevaba, sumergiéndola de vuelta dentro de las sombras del edificio. Se había reunido con los demás en el vestíbulo, había abrazado a su madre, a Luke, a Simon; pero una parte de

⁴ La jaula de las locas o Vicios pequeños, es una película cómica de enredo franco-italiana estrenada en 1978, adaptación de una obra teatral de Jean Poiret de 1973 que estuvo en escena en el Palais Royal de París durante quince años consecutivos.

⁵ Sangre de demonio, en este caso.

ella, como siempre, seguía estando con Jace, flotando por encima la ciudad en esa azotea. Los dos solos en la fría y brillante ciudad eléctrica.

Maryse y Kadir fueron los que subieron al ascensor para reunirse con Jace en el tejado y para ver los restos del ritual de Lilith. Pasaron otros diez minutos antes de que Maryse volviera, sola. Cuando las puertas se abrieron y Clary vio su cara (blanca, seria y desenfadada), lo supo.

Lo que paso después fue como un sueño. La multitud de Cazadores de Sombras en el vestíbulo había ido al encuentro de Maryse. Alec se había separado del lado de Magnus, e Isabelle se había levantado de un salto. Hubo unas pequeñas explosiones de luz blanca que cortaron a través de la oscuridad como las suaves explosiones de los flashes de las cámaras en una escena del crimen mientras, uno después de otro, los cuchillos serafines iluminaban la oscuridad. Clary oyó la historia a pedazos interrumpidos, después de abrirse camino a empujones: el tejado estaba vacío; Jace se había ido. Habían quebrado y abierto el ataúd de cristal que contenía a Sebastian; había fragmentos de cristales por todas partes y caía sangre fresca todavía por el pedestal en dónde había estado el ataúd.

Los Cazadores de Sombras estaban haciendo planes rápidamente, para dividirse en un radio y buscar en el área alrededor del edificio. Magnus estaba allí, y sus manos soltaban chispas azules, cuando se giró hacia Clary para preguntarle si tenía algo de Jace para poder rastrearlo. Aturdida, le dio el anillo Morgenstern y se retiró a un rincón para llamar a Simon. Justo acababa de cerrar el teléfono cuando una voz de un Cazador de Sombras se escuchó por encima del resto.

—¿Rastrear? Eso sólo funciona si sigue vivo. Con tanta sangre no es muy probable...

De alguna forma, esa fue la gota que colmó el vaso. La hipotermia prolongada, el cansancio y la conmoción le pasaron la cuenta, y sintió que sus rodillas cedían. Su madre la cogió antes de que golpeará el suelo. Hubo una oscuridad borrosa después de eso. Despertó la mañana siguiente en su cama en casa de Luke, se sentó muy erguida con el corazón como un martillo pilón, segura de que había tenido una pesadilla.

Mientras salía de la cama, las contusiones que se desvanecían de sus brazos y piernas le contaron una historia diferente, así como la ausencia de su anillo. Se puso unos vaqueros y una sudadera, salió al comedor y se encontró a Jocelyn, Luke y Simon sentados allí con expresión sombría en el rostro. No necesitó preguntar, pero lo hizo de todas maneras:

—¿Lo encontraron? ¿Volvió?

Jocelyn se levantó—: Cariño, sigue desaparecido...

—¿Pero no está muerto? ¿No han encontrado un cuerpo? —Colapsó en el sofá al lado de Simon—. No... no está muerto. Yo lo *sabría*.

Recordó a Simon sosteniéndole la mano mientras Luke le decía lo que sí sabían: que Jace seguía desaparecido, y también lo estaba Sebastian. Las malas noticias eran que la

sangre del pedestal había sido identificada como de Jace. Las buenas noticias era que había menos cantidad de la que se pensaba; estaba mezclada con agua del ataúd para dar la impresión de una mayor cantidad de sangre de la que había en realidad. Ahora pensaban que era muy posible que hubiera sobrevivido a lo que sea que haya sucedido.

—Pero, ¿qué sucedió? —demandó.

Luke sacudió la cabeza, sus ojos azules estaban sombríos.

—Nadie lo sabe, Clary.

Sus venas se sentían como si hubieran reemplazado su sangre por agua congelada.

—Quiero ayudar. Quiero hacer algo. No quiero sentarme aquí mientras Jace está desaparecido.

—No me preocuparía por eso —sugirió Jocelyn sombríamente—. La Clave quiere verte.

Un hielo invisible estalló en las articulaciones y los tendones de Clary mientras se levantaba.

—Bien, lo que sea. Les diré lo que quieran si así encontrarán a Jace.

—Les dirás lo que quieran saber porque tienen la Espada Mortal. —Había desesperación en la voz de Jocelyn—. Oh, cariño. Lo siento tanto.

Y ahora, después de dos semanas de testimonios repetitivos, después de que hubieran llamado decenas de testigos, después de haber sostenido la Espada Mortal una docena de veces, Clary se encontraba en el dormitorio de Isabelle esperando a que el Concejo decidiera su destino. No podía evitar recordar lo que había sentido cuando sostuvo la Espada Mortal. Eran como anzuelos minúsculos que se te incrustaban en la piel, tratando de sacarte la verdad. Se había arrodillado, sosteniéndola dentro del círculo de las estrellas parlantes, había escuchado su propia voz diciéndole todo al Concejo: que Valentine había invocado al Ángel Raziel, y que había obtenido el poder de controlar al Ángel al borrar su nombre y poner el suyo en la arena. Les contó que el Ángel le ofreció un deseo, y ella lo había usado para traer a Jace de entre los muertos, les contó que Lilith había controlado a Jace y que había planeado utilizar la sangre de Simon para resucitar a Sebastian, el hermano de Clary, a quién Lilith consideraba como un hijo. Que la marca de Simon había terminado con Lilith, y que habían pensado que también había terminado con Sebastian, que ya no era una amenaza.

Clary suspiró y abrió su teléfono para ver la hora.

—Han estado allí durante una hora —dijo—. ¿Eso es normal? ¿Es una mala señal?

Isabelle soltó a Iglesia, quién dejó escapar un aullido. Se acercó a la cama y se sentó junto a Clary. Isabelle parecía aun más delgada que de costumbre (como Clary, que había perdido peso en las últimas dos semanas), pero elegante como siempre, vestida con pantalones negros entallados y una camiseta ajustada de terciopelo gris. Sus ojos estaban manchados de máscara de pestañas, lo que debería haberla hecho lucir como un mapache, pero en cambio sólo la hacía parecer una estrella de cine francés. Estiró los brazos, con sus pulseras con runas tintineando musicalmente.

—No, no es una mala señal —dijo—. Simplemente significa que tienen mucho de qué hablar otra vez. —Giró el anillo de los Lightwood que llevaba en su dedo—. Vas a estar bien. *No* violaste la ley. Eso es lo importante.

Clary suspiró. Incluso la calidez de los hombros de Isabelle junto a ella no podían derretir el hielo en sus venas. Sabía que técnicamente no había violado ninguna ley, pero también sabía que la Clave estaba furiosa con ella. Era ilegal que un Cazador de Sombras resucitara a los muertos, pero no lo era para el Ángel; sin embargo, era algo tan grave lo que había hecho al pedir que le devolviera la vida a Jace, que ella y Jace habían acordado no decirle a nadie sobre ello.

Ahora que había salido a la luz, y que había perturbado a la Clave, Clary sabía que querían castigarla, aunque sólo fuera debido a que su elección había tenido consecuencias tan desastrosas. De alguna manera, quería que la *castigaran*. Que rompieran sus huesos, arrancaran las uñas de sus manos, que dejaran que los Hermanos Silenciosos vaciaran su cerebro y lo dejaran en blanco. Era una especie de pacto con el diablo, su propio dolor a cambio del retorno seguro de Jace. Hubiera aliviado su culpa por haber dejado a Jace en esa azotea, incluso aunque Isabelle y los otros le habían dicho cientos de veces que estaba siendo ridícula, que todos habían pesado que estaba perfectamente a salvo ahí, y que si Clary se hubiera quedado, probablemente también hubiera desaparecido.

—Deja de hacer eso —exigió Isabelle. Por un momento, Clary no estaba segura si Isabelle estaba hablando con ella o con el gato. Iglesia estaba haciendo lo que hacía a menudo: dejarse caer boca arriba con las cuatro patas en el aire, fingiendo estar muerto con el fin de inducir culpa en sus propietarios. Pero entonces, Isabelle movió su cabello negro a un lado, la miró, y Clary se dio cuenta de que le hablaba a ella y no al gato.

—¿Dejar qué?

—Deja de pensar en todas las cosas horribles que van a hacerte, o de lo que deseas que te suceda, porque estás viva y Jace... está perdido. —La voz de Isabelle saltó, como la de un disco rayado. Nunca hablaba de que Jace estuviera muerto o incluso desaparecido (ella y Alec se negaban a considerar esa posibilidad), y nunca le había reprochado a Clary el haber ocultado un secreto tan enorme. De hecho, a lo largo de lo que había estado sucediendo, Isabelle había sido su defensora más firme: se reunía con ella todos los días en las puertas de la Sala del Concejo, había sujetado a Clary firmemente por el brazo mientras pasaban grupos de Cazadores de Sombras que susurraban y la miraban fijamente. Izzy había esperado durante interrogatorios interminables del Concejo, fulminando con la mirada a todo aquel que se atreviera a mirar a Clary de reojo. Clary se había quedado asombrada. Ella e Isabelle nunca habían sido tan cercanas, ya que ambas eran más del tipo de chicas que se sentían más cómodas con los chicos que con compañía femenina, pero Isabelle no se apartó de su lado. Clary estaba desconcertada, pero muy agradecida.

—No puedo evitarlo —dijo Clary—. Si pudiera formar parte de las patrullas de búsqueda, si me dejaran hacer *cualquier cosa*, creo que no sería tan malo.

—No sé. —Isabelle parecía cansada. Durante las últimas dos semanas, ella y Alec parecían exhaustos y pálidos, ya que habían realizado búsquedas y guardias de más de dieciséis horas. Cuando Clary se enteró de que tenía prohibido participar en la búsqueda de Jace hasta que el Concejo decidiera qué hacer con ella por haberle traído de entre los muertos, había pateado la puerta del dormitorio y había hecho un agujero—. A veces parece algo inútil —añadió Isabelle.

El hielo estalló en los huesos de Clary.

—¿Quieres decir que crees que está muerto?

—No, no es eso. Quiero decir que creo que no hay forma de que todavía estén en Nueva York.

—Pero están patrullando en otras ciudades, ¿no? —Clary se llevó una mano a la garganta, olvidando que ya no llevaba colgado el anillo de los Morgenstern. Magnus todavía estaba tratando de rastrear a Jace, aunque su búsqueda aún no daba resultados.

—Por supuesto que sí. —Isabelle se acercó con curiosidad y tocó la delicada campanilla de plata que ahora colgaba alrededor del cuello de Clary, en lugar del anillo—. ¿Qué es eso?

Clary dudó. La campana había sido un regalo de la Reina Seelie. No, eso no era verdad. La reina de las hadas no *daba* regalos. La campana estaba destinada a señalarle a la Reina Seelie que Clary quería su ayuda y ella se había encontrado pasando su mano por ésta más y más a menudo, mientras los días se arrastraban sin señales de Jace. Lo único que detenía a Clary era saber que la Reina Seelie nunca le daría nada sin esperar recibir algo terrible a cambio.

Antes de que Clary pudiera responderle a Isabelle, la puerta se abrió. Las dos chicas se enderezaron, tías como un palo. Clary agarró una de las almohadas de color rosa de Izzy con tanta fuerza que los diamantes de imitación se clavaron en las palmas de sus manos.

—Hola. —Una figura delgada entró en la habitación y cerró la puerta. Alec, el hermano mayor de Isabelle, estaba vestido con ropas del Concejo: una túnica negra con runas de plateadas, abierta ahora sobre los jeans y una camiseta de manga larga igualmente negra. Todo el negro hacía que su piel pareciera incluso más pálida de lo que era, y sus ojos de un azul cristalino aun más azules. Tenía el pelo negro y lacio como el de su hermana, pero más corto, le llegaba justo por encima de la línea de la mandíbula. Su boca era una línea delgada.

El corazón de Clary comenzó a latir con fuerza. Alec no se veía feliz. Cualquiera que fuera la noticia que trajera, no podía ser buena.

Fue Isabelle quien habló.

—¿Cómo te fue? —inquirió en voz baja—. ¿Cuál es el veredicto?

Alec se sentó al tocador, y se giró la silla para mirar a Izzy y a Clary sobre el respaldo. En otro momento habría sido cómico: Alec era muy alto, tenía piernas largas

como de bailarina, y la forma en que se dobló torpemente alrededor de la silla hizo que ésta pareciera un mueble de casa de muñecas.

—Clary —comenzó él—, Jia Penhallow dio el veredicto. Estás libre de todo cargo. No rompiste ninguna Ley, y Jia siente que ya se te ha castigado lo suficiente.

Isabelle exhaló un suspiro audible y sonrió. Por un instante una sensación de alivio atravesó la delgada capa de hielo que Clary sentía por encima de sus emociones. No la iban a castigar, no la iban a encerrar en la Ciudad Silenciosa, atrapada en algún lugar donde no podría ayudar a Jace. Luke, que había estado presente durante el veredicto como representante de los hombres lobo en el Concejo, se había comprometido a llamar a Jocelyn tan pronto como terminara la reunión, pero Clary cogió su teléfono de todos modos; la perspectiva de dar una noticia buena a su madre para variar era demasiado tentadora.

—Clary —la llamó Alec mientras ella abría su teléfono—. Espera.

Ella lo miró. A pesar de la buena noticia su expresión era aún tan grave como la de un empresario de pompas fúnebres. Con una repentina sensación de aprensión, Clary puso su teléfono de nuevo en la cama.

—Alec, ¿qué sucede?

—No fue tu veredicto el que le tomó tanto tiempo al Concejo —explicó Alec—. Había otro asunto en discusión.

El hielo regresó y Clary se estremeció.

—¿Jace?

—No exactamente. —Alec se inclinó hacia adelante, cruzando las manos en el respaldo de la silla—. Llegó un informe temprano hoy en la mañana desde el Instituto de Moscú. Las protecciones de la isla de Wrangel se rompieron ayer. Han enviado a un equipo de reparación, pero el que se hayan caído unas salvaguardas tan importantes, por tanto tiempo... ésa es una prioridad del Concejo.

Las salvaguardas (que, según entendía Clary, servían como una especie de cerco mágico) rodeaban la Tierra, desde que los primeros Cazadores de Sombras las habían puesto. Los demonios podían traspasarlas, pero no fácilmente, y mantenía fuera a la gran mayoría, evitando así que al mundo lo inundara una invasión masiva de demonios. Recordó algo que Jace le había dicho, que parecía haber sucedido años atrás: *Solía haber pequeñas invasiones demoniacas en este mundo, fáciles de contener. Pero últimamente han pasado cada vez más y más de ellos a través de las salvaguardas.*

—Bueno, eso es malo —expresó Clary—, pero no veo qué tiene que ver con...

—La Clave tiene sus prioridades —interrumpió Alec—. La búsqueda de Jace y Sebastian ha sido prioridad en las últimas dos semanas. Pero han rastreado todo, y no hay señales de ninguno de ellos en ninguna guarida del Submundo. Ninguno de los hechizos de rastreo de Magnus ha funcionado. Elodie, la mujer que trajo al Sebastian Verlac real, confirmó que nadie ha intentado ponerse en contacto con ella. Esa era una posibilidad muy remota, de todos modos. Ningún espía ha informado de cualquier actividad inusual entre los miembros más conocidos de antiguo Círculo de Valentine;

y los Hermanos Silenciosos no han sido capaces de averiguar lo que se suponía que debía hacer exactamente el ritual que realizó Lilith, o si se realizó correctamente. El consenso general es que Sebastian (lo llaman Jonathan cuando hablan de él, por supuesto) ha secuestrado a Jace, pero eso no es algo que no supiéramos ya.

—¿Y? —apremió Isabelle—. ¿Qué significa eso? ¿Más búsquedas? ¿Más patrullaje? Alec sacudió la cabeza.

—No están discutiendo la expansión de la búsqueda —dijo en voz baja—. Le están quitando prioridad. Ya han pasado dos semanas y no han encontrado nada. Van a enviara casa los grupos oficiales que trajeron especialmente de Idris. La situación de las salvaguardas está tomando prioridad en estos momentos. Por no hablar de que el Concejo ha estado en medio de delicadas negociaciones, actualizando las leyes para permitir la nueva composición del Concejo, nombrando un nuevo cónsul e Inquisidor, determinando diferentes tratados para los Submundos... no quieren los saquen del camino.

Clary se quedó mirándolo.

—¿No quieren que la desaparición de Jace los saque del camino por cambiar un montón de estúpidas leyes viejas? ¿Se están dando por vencidos?

—No se están dando por vencidos...

—Alec —dijo Isabelle bruscamente.

Alec respiró hondo y levantó las manos para cubrirse la cara. Tenía los dedos largos, como los de Jace, marcados también como los de Jace. La runa de Visión de los Cazadores de Sombras decoraba el dorso de su mano derecha.

—Clary, para ti... para *nosotros*, esto siempre ha sido sobre la búsqueda de Jace. Para la Clave es sobre la búsqueda de Sebastian. Jace también, pero sobre todo Sebastian. Él es el peligro. Destruyó las salvaguardas de Alicante. Es un asesino de masas. Jace es...

—Simplemente otro Cazador de Sombras —interrumpió Isabelle—. Morimos y desaparecemos todo el tiempo.

—Recibe un poco más de atención por ser un héroe de la Guerra Mortal —dijo Alec—, pero al final la Clave fue clara: La búsqueda se mantiene, pero ahora se trata de un juego de espera. Esperan que Sebastian dé el siguiente paso. Mientras tanto, es la tercera prioridad de la Clave, si es que eso. Esperan que volvamos a la vida normal.

¿Vida normal? Clary no lo podía creer. ¿Una vida normal sin Jace?

—Eso es lo que nos dijeron después de que Max murió —comentó Izzy, sus ojos negros no brillaban con lágrimas, pero ardían de ira—. Que sanaríamos más rápido nuestro dolor si volvíamos de nuevo a la vida normal.

—Se supone que debe ser un buen consejo —dijo Alec desde detrás de sus dedos.

—Que se lo digan a mi padre. ¿Volvió de Idris para la reunión siquiera?

Alec sacudió la cabeza, dejando caer las manos.

—No. Si te sirve de consuelo, había un montón de gente en la reunión hablando con enfado de mantener la búsqueda de Jace a toda fuerza: Magnus, obviamente, Luke, el

Cónsul Penhallow, incluso el Hermano Zachariah. Pero, al final del día, no fue suficiente.

Clary lo miró fijamente.

—Alec —dijo—. ¿No sientes nada?

Los ojos de Alec se abrieron como platos, su color azul se oscureció, y por un momento, Clary recordó al muchacho que la había odiado la primera vez que había llegado al Instituto; el niño con uñas mordidas y agujeros en sus suéteres y una astilla en el hombro que parecía inmóvil.

—Sé que estás molesta, Clary —dijo, con voz aguda—, pero si estás sugiriendo que a Iz y a mí no nos importa tanto Jace como a ti...

—No estoy diciendo eso —negó Clary—. Estoy hablando de su conexión *parabatai*. Estaba leyendo acerca de la ceremonia en el *Código*. Sé que el ser *parabatai* los une. Puedes sentir cosas sobre Jace. Cosas que te ayudarán cuando están luchando. Así que supongo que me refiero a que... ¿puedes percibir si todavía está vivo?

—Clary. —Isabelle sonaba preocupada—. Pensé que tú no...

—Está vivo —dijo Alec, cauteloso—. ¿Piensas que yo estaría así de funcional si no estuviera vivo? Definitivamente hay algo que está *mal*. Puedo sentirlo. Pero aún está respirando.

—¿Podría 'ese algo que está mal' ser el hecho de que esté prisionero? —preguntó Clary en voz baja.

Alec miró hacia las ventanas, la lluvia parecía láminas de acero color gris.

—Quizás. No puedo explicarlo. Nunca he sentido algo así antes.

—Pero está vivo.

Entonces Alec la miró directamente.

—Estoy seguro de ello.

—Entonces pasemos del Concejo, lo encontraremos nosotros mismos —afirmó Clary.

—Clary... si eso fuera posible... ¿no crees que ya hubiéramos... —comenzó Alec.

—Estábamos haciendo lo que la Clave quería que hiciéramos —dijo Isabelle—. Patrullas, búsquedas. Hay otras maneras.

—Maneras de violar la ley, querrás decir —dijo Alec. Su voz sonaba vacilante. Clary esperaba que no repitiera el lema de los Cazadores de Sombras cuando se trataba de la Ley: *Sed lex, dura lex*. "La ley es dura, pero es la ley." No creía poder soportarlo.

—La Reina Seelie me ofreció un favor —dijo Clary—, en la fiesta de los fuegos artificiales, en Idris. —El recuerdo de aquella noche, de lo feliz que había sido, hizo que su corazón se contrajera por un momento, y tuvo que parar y recuperar el aliento—. Y una manera de comunicarme con ella.

—La Reina de las Hadas nunca da nada gratis.

—Ya lo sé. Soportaré cualquier deuda sobre mis hombros. —Clary recordó las palabras de la joven hada que le había entregado la campana. *Harías cualquier cosa para salvarlo, cueste lo que cueste, no importa lo que debas al Cielo o al Infierno, ¿no es así?*—. Sólo

quiero que uno de ustedes venga conmigo. No soy buena traduciendo el idioma de las hadas. Por lo menos si están conmigo se puede reducir el daño. Pero si hay algo que ella puede hacer...

—Iré contigo —dijo Isabelle de inmediato.

Alec miró a su hermana, sombrío. —Ya hablamos con las hadas. El Concejo las interrogó. Y no pueden mentir.

—El Concejo les preguntó si sabían dónde estaban Jace y Sebastian —dijo Clary—, no si estarían dispuestas a buscarlos. La Reina Seelie sabía acerca de mi padre, sabía del ángel que convocó y atrapó, sabía la verdad acerca de mi sangre y de Jace. Creo que no hay nada en el mundo que ella *no* sepa.

—Es verdad —coincidió Isabelle, algo de animación entró en su voz—. Sabes que a las hadas tienes que preguntarles exactamente lo correcto para obtener información útil, Alec. Es difícil interrogarlas, incluso aunque tengan que decir la verdad. Un favor, de todos modos, es diferente.

—Y su potencial para el peligro es ilimitado —dijo Alec—. Si Jace supiera que dejé que Clary fuera a la Reina Seelie, me...

—No me importa —lo interrumpió Clary—. Él lo haría por mí. Dime que no lo haría. Si yo hubiera desaparecido...

—Quemaría el mundo hasta que pudiera escarbarte fuera de sus cenizas. Lo sé —dijo Alec, sonando exhausto—. Diablos, ¿crees que yo *no* quiero quemar el mundo ahora mismo? Sólo estoy intentando ser...

—Un hermano mayor —lo cortó Isabelle—. Lo pillo.

Alec parecía como si estuviera luchando por controlarse.

—Si algo te pasara a ti Isabelle, después de Max, y Jace...

Izzy se puso de pie, cruzó la habitación, y puso sus brazos alrededor de Alec. Su pelo oscuro, exactamente del mismo color, se mezcló mientras Isabelle susurraba algo al oído de su hermano; Clary los miró no sin un poco de envidia. Siempre había querido un hermano. Y ahora tenía uno: Sebastian. Era como haber querido siempre un cachorro de mascota y que le dieran un sabueso del Infierno en su lugar. Observó mientras Alec tiraba el pelo de su hermana con cariño, asentía y la soltaba.

—Deberíamos ir todos —dijo—. Pero debo decirle a Magnus, al menos, lo que estamos haciendo. No sería justo no hacerlo.

—¿Quieres usar mi teléfono? —preguntó Isabelle, ofreciéndole el magullado objeto rosa.

Alec sacudió la cabeza.

—Está esperando abajo con los demás. Tendrás que darle algún tipo de excusa a Luke también, Clary. Estoy seguro de que está esperando que regreses a casa con él. Y dice que tu madre ha estado bastante disgustada con todo esto.

—Se culpa a sí misma por la existencia de Sebastian. —Clary se puso en pie—. A pesar de que creía que estuvo muerto todos esos años.

—No es su culpa. —Isabelle tiró de su látigo dorado de donde colgaba en la pared y se lo enroscó en la muñeca de manera que parecía una escalera de brazaletes brillantes—. Nadie la culpa.

—Eso nunca importa —comentó Alec—. No cuando te culpas a ti mismo.

En silencio, los tres atravesaron los pasillos del Instituto, extrañamente atestado de Cazadores de Sombras, algunos de los cuales eran parte de la comisión especial que habían enviado desde Idris para lidiar con la situación. Ninguno de ellos miró verdaderamente a Isabelle, Alec o Clary con mucha curiosidad. Al principio, Clary había sentido como si la miraran fijamente en demasía, y había oído las palabras susurradas “la hija de Valentine” tantas veces, que había empezado a temer el venir al Instituto, pero había estado frente al Concejo ya suficientes veces como para que la novedad se hubiera desgastado.

Tomaron el ascensor hacia la planta baja; la nave del Instituto estaba intensamente iluminada con luz mágica así como también con las velas habituales y estaba llena con miembros del Concejo y sus familiares. Luke y Magnus estaban sentados en un banco, hablando entre ellos; junto a Luke había una mujer alta de ojos azules que se parecía mucho a él. Se había rizado el pelo y teñido el castaño grisáceo, pero Clary aun así la reconoció: la hermana de Luke, Amatis.

Magnus se puso en pie cuando vio a Alec y vino a hablar con él; Izzy pareció reconocer a alguien a través de los bancos y salió como una flecha en su manera habitual, sin pararse a decir adónde iba. Clary fue a saludar a Luke y a Amatis. Ambos parecían cansados, y Amatis estaba palmeando el hombro de Luke con compasión. Luke se levantó y abrazó a Clary cuando la vio. Amatis felicitó a Clary por haber quedado absuelta por el Concejo, y ella asintió. Se sentía como si estuviera medio allí; la mayor parte de ella estaba entumecida y el resto respondía en automático.

Podía ver a Magnus y Alec por el rabillo del ojo. Estaban hablando, Alec inclinándose hacia Magnus, de la manera en que las parejas a menudo parecen curvarse el uno sobre el otro cuando hablaban, en su propio universo contenido. Estaba feliz de verlos felices, pero también dolía. Se preguntaba si alguna vez volvería a tener eso, o desearlo siquiera otra vez. Recordaba la voz de Jace: *Ni siquiera quiero querer a nadie más que a ti.*

—Tierra a Clary —la llamó Luke—. ¿Quieres volver a casa? Tu madre se está muriendo por verte y le encantaría ponerse al día con Amatis antes de que ella regrese a Idris mañana. Pensé que podíamos cenar. Tú escoges el restaurante.

Estaba tratando de ocultar la preocupación en su voz, pero Clary podía oírlo. No había estado comiendo mucho últimamente, y su ropa había empezado a colgar más suelta sobre su cuerpo.

—En realidad, no me siento como para celebrarlo —reconoció—. No ahora que el Concejo le está quitando prioridad a la búsqueda de Jace.

—Clary, eso no quiere decir que vayan a parar —dijo Luke.

—Lo sé. Es simplemente... es como cuando dicen que una misión de búsqueda y rescate ahora es una búsqueda de cuerpos. Eso es lo que parece. —Tragó—. De todos modos, estaba pensando en ir a Taki's a cenar con Isabelle y Alec —dijo—. Simplemente... para hacer algo normal.

Amatis entornó los ojos hacia la puerta.

—Está lloviendo muy fuerte ahí afuera.

Clary sintió que sus labios se extendían en una sonrisa. Se preguntó si se veía tan falsa como la sentía.

—No me derretiré.

Luke dobló algo de dinero en su mano, claramente aliviado de que estuviera haciendo algo tan normal como salir con amigos.

—Sólo promete que comerás algo.

—Está bien. —A través de la punzada de culpa, logró una verdadera media sonrisa en su dirección antes de darse la vuelta.

Magnus y Alec ya no estaban donde habían estado hace un momento. Clary miró a su alrededor y vio el familiar y largo cabello negro de Izzy a través de la multitud. Estaba de pie junto a las grandes puertas dobles del Instituto, hablando con alguien que Clary no podía ver. Clary se dirigió hacia Isabelle; a medida que se acercaba, reconoció a alguien del grupo, con una ligera sacudida de sorpresa: era Aline Penhallow. Se había cortado el cabello negro brillante con estilo, justo por encima de sus hombros. De pie junto a Aline estaba una chica delgada con cabellos tan pálidos como el oro blanco que se rizaban en bucles; estaba echado hacia atrás de su cara, mostrando que las puntas de sus orejas eran ligeramente puntiagudas. Llevaba ropas del Concejo, y cuando Clary se acercó, vio que los ojos de la muchacha eran de un brillante e inusual color azul verdoso, un color que hizo que los dedos de Clary anhelaran sus lápices Prismacolor por primera vez en dos semanas.

—Debe ser extraño, con tu madre siendo el nuevo Cónsul —estaba diciéndole Isabelle a Aline cuando Clary se unió a ellas—. No es que Jia no sea *mucho* mejor que... Oye, Clary. Aline, ¿recuerdas Clary?

Las dos chicas intercambiaron gestos con la cabeza. Clary había descubierto a Aline besando a Jace una vez. Había sido horrible entonces, pero el recuerdo no tenía ninguna punzada ahora. Se sentiría aliviada si descubriera a Jace besándose con alguien más a estas alturas. Por lo menos eso significaría que estaba vivo.

—Y esta es la *novia* de Aline, Helen Blackthorn —siguió Isabelle con un énfasis pesado. Clary le lanzó una mirada matadora. ¿Acaso Isabelle pensaba que era idiota? Además, ella recordaba que Aline le había dicho que besó a Jace solo como un experimento para ver si cualquier chico era su tipo. Aparentemente la respuesta había sido no—. La familia de Helen dirige el Instituto de Los Ángeles. Helen, ésta es Clary Fray.

—La Hija de Valentine —dijo Helen. Parecía sorprendida e impresionada.

Clary hizo un ligero gesto de dolor. —Intento no pensar mucho en eso.

—Lo siento, puedo ver por qué no. —Helen se ruborizó—. Voté para que el Concejo mantuviera como prioridad la búsqueda de Jace, por cierto. Lamento que hayamos sido revocados.

—Gracias. —Sin querer hablar sobre eso, Clary se volvió hacia Aline—. Felicidades por tu madre que ascendieron a Cónsul. Eso debe ser muy emocionante.

Aline se encogió de hombros.

—Está más ocupada ahora. —Y se volvió hacia Isabelle—. ¿Sabías que tu papá se postuló para el puesto de Inquisidor?

Clary sintió que Isabelle se congelaba junto a ella.

—No. No sabía eso.

—Me sorprendí —añadió Aline—. Pensé que estaba bastante entregado a dirigir el Instituto aquí... —se interrumpió, mirando más allá de Clary—. Helen, pienso que tu hermano está tratando de hacer el charco de cera más grande del mundo por allí. Deberías detenerlo.

Helen soltó una exasperada respiración, murmurando algo acerca de chicos de doce años, y se introdujo entre la gente justo cuando Alec iba camino hacia allí. Saludó a Aline con un abrazo (Clary a veces olvidaba que los Penhallow y los Lightwood se conocían de muchos años) y miró a Helen entre la gente—. ¿Ella es tu novia?

Aline asintió.

—Helen Blackthorn.

—Había escuchado que había algo de sangre de hadas en esa familia —dijo Alec.

Ah, pensó Clary. Eso explicaba las orejas puntiagudas. La sangre Nefilim era dominante, y un hijo de un hada con un Cazador de Sombras podía ser un Cazador de Sombras también, pero a veces la sangre de hadas podía expresarse de formas extrañas, inclusive en generaciones siguientes.

—Un poco —dijo Aline—. Mira, quiero darte las gracias.

Alec lucía desconcertado.

—¿Gracias por qué?

—Por lo que hiciste en el Salón de los Acuerdos —explicó Aline—. Al besar a Magnus de esa manera, me diste el empuje que necesitaba para decirles a mis padres... para revelarme ante ellos. Y si no lo hubiera hecho, no creo que podría haber tenido el coraje de decir algo cuando conocí a Helen.

—Oh. —Alec se veía sorprendido, nunca había considerado el impacto que sus acciones podrían haber tenido en cualquier otro que no fuera su familia inmediata—. Y tus padres... ¿fueron buenos en relación a ello?

Aline rodó los ojos.

—Están ignorándolo, de algún modo, como si esto fuera a desaparecer si no lo hablan. —Clary recordó lo que dijo Isabelle acerca de la actitud que toman los miembros de la Clave hacia los miembros gay. *Si eso pasa, no hablas de ello*—. Pero podría ser peor.

—Podría ser mucho peor —coincidió Alec, había un tono sombrío en su voz que Clary lo miró bruscamente.

La cara de Aline se fundió en una mirada de simpatía.

—Lo siento —dijo—. Si tus padres no...

—Están bien con esto —la interrumpió Isabelle, un poco brusca.

—Bueno, de todas maneras, no debería haber dicho nada ahora. No ahora que Jace está desaparecido. Deben estar tan preocupados. —Tomó una respiración profunda—. Sé que probablemente la gente les ha dicho todo tipo de cosas acerca de él. Como hacen siempre que no saben qué decir exactamente. Yo solo... quiero decirles algo. —Se alejó con impaciencia de alguien que pasaba y se acercó más a los Lightwood y a Clary, bajando su voz—. Alec, Izzy... recuerdo una vez cuando vinieron a vernos en Idris. Yo tenía trece y Jace tenía... creo que tenía doce. Él quería ver el bosque Brocelind, entonces nosotros pedimos prestados unos caballos y cabalgamos ahí un día. Por supuesto, nos perdimos. Brocelind es impenetrable. Oscureció, el bosque se espesaba y se volvía más oscuro y estaba aterrorizada. Pensé que moriríamos ahí. Pero Jace nunca estuvo asustado, nunca estuvo otra cosa que no fuera seguro de que encontraríamos el camino para salir. Necesitó horas, pero lo hizo; nos sacó de ahí. Estaba tan agradecida y solo me miraba como si estuviera loca, como si fuera algo seguro que nos sacaría de aquí. Caer no era una opción para él. Sólo estoy diciendo... que encontrará su camino de vuelta a ustedes. Lo sé.

Clary nunca pensó que vería llorar a Izzy, y claramente estaba tratando de no hacerlo ahora. Sus ojos estaban sospechosamente húmedos y brillantes. Alec se estaba mirando los zapatos. Clary sintió un manantial de miseria quería brotar dentro de ella, pero lo hizo bajar; no podía pensar en Jace cuando tenía doce años, no podía pensar en él perdido en la oscuridad, o se pondría a pensar en él ahora, perdido en alguna parte, atrapado en alguna parte, necesitando su ayuda, esperando que ella fuera, y se quebraría.

—Aline —dijo, viendo que ni Isabelle ni Alec podían hablar—. Gracias.

Aline le dedicó una sonrisa tímida.

—Lo digo en serio.

—¡Aline! —Era Helen, su mano estaba sujetada firmemente alrededor de la muñeca de un niño pequeño que tenía las manos cubiertas de cera azul. Debió haber estado jugando con los cirios de los candelabros gigantes que decoraban los lados de la nave. Parecía de doce años, tenía una pícara sonrisa y los mismos impresionantes ojos azules de su hermana, aunque su cabello era castaño oscuro—. Deberíamos volver. Deberíamos irnos antes de que Jules lo destruya todo. Sin mencionar que no tengo idea de adonde han ido Tibs y Livy.

—Estaban comiendo cera —le informó el niño, Jules, amablemente.

—Oh, Dios —gimió Helen, y luego lució compungida—. No me hagan caso. Tengo seis hermanos y hermanas menores y uno mayor. Siempre es un zoológico.

Jules miró de Alec a Isabelle y luego hacia Clary.

—¿Cuántos hermanas y hermanos tienen? —preguntó.

Helen palideció. Isabelle contentó con una voz remarcablemente estable.

—Somos tres.

Los ojos de Jules seguían en Clary. —Tú no te pareces a ellos.

—No estoy emparentada con ellos —explicó Clary—. No tengo hermanos ni hermanas.

—¿Ninguno? —La incredulidad se registró en el tono del niño, como si ella le hubiera dicho que tenía pies palmeados—. ¿Es por eso que estás tan triste?

Clary pensó en Sebastian, con su pelo blanco como el hielo y sus ojos negros. *Si simplemente, pensó. Si simplemente no tuviera un hermano, nada de esto estaría pasando.* Un latido de odio pasó a través de ella, calentando su sangre helada.

—Sí —contestó suavemente—. Por eso estoy triste.

2

Espinass

Traducido por Pamee

Simon estaba esperando a Clary, Alec, e Isabelle fuera del Instituto, bajo un saliente de piedra que sólo lo protegía de lo peor de la lluvia. Se giró cuando ellos salieron a través de las puertas, y Clary vio que su cabello oscuro estaba pegado a su frente y cuello. Él lo hizo a un lado y la miró, con una pregunta en los ojos.

—Estoy absuelta —dijo ella, y cuando él comenzó a sonreír, ella sacudió la cabeza—. Pero ya no le están dando prioridad a la búsqueda de Jace. Yo... estoy completamente segura de que creen que está muerto.

Simon bajó la vista y miró sus jeans y su camiseta mojados (una camiseta gris que decía en el frente, con letras estampadas: CLARAMENTE HE TOMADO MALAS DECISIONES). Sacudió la cabeza.

—Lo siento.

—La Clave puede ser así —dijo Isabelle—. Supongo que no deberíamos haber esperado algo más.

—*Basia coquum* —dijo Simon—. O cualquiera sea su lema.

—Su lema es '*Descensus A verno facilis est.*' 'El descenso al infierno es fácil' —dijo Alec—. Acabas de decir "Besa al cocinero".

—Maldita sea —rezongó Simon—. Sabía que Jace me estaba tomando el pelo. —Su húmedo cabello castaño le cayó de nuevo sobre los ojos; se lo apartó con un gesto impaciente que dejó que Clary captara un vistazo de la plateada marca de Caín en su frente—. ¿Ahora qué?

—Ahora vamos a ver a la Reina Seelie —contestó Clary. Mientras tocaba la campana en su garganta, le explicó a Simon acerca de la visita de Kaelie en la recepción de Luke y Jocelyn, y su promesa a Clary de la ayuda de la Reina Seelie.

Simon parecía dudoso.

—¿La señora pelirroja de mala actitud que te hizo besar a Jace? Ella no me agrada.

—¿Eso es lo que recuerdas sobre ella? ¿Que hizo que Clary besara a Jace?

—Isabelle sonaba molesta—. La Reina Seelie es peligrosa; esa vez estaba haciendo el tonto. Normalmente le gusta enloquecer a unos pocos humanos hasta los gritos, todos los días antes del desayuno.

—No soy humano —comentó Simon—. Ya no. —Sólo miró a Isabelle de forma breve, bajó la mirada, y giró hacia Clary—. ¿Quieres que vaya contigo?

—Creo que sería bueno tenerte ahí. Daylighter, marca de Caín... algunas cosas tienen que impresionar incluso a la Reina.

—No apostarí por ello —dijo Alec.

Clary miró más allá de él y preguntó—: ¿Dónde está Magnus?

—Dijo que sería mejor si no iba. Aparentemente, él y la Reina Seelie tienen algún tipo de historia.

Isabelle levantó las cejas.

—No ese tipo de historia —explicó Alec, irritado—. Alguna clase de disputa. Aunque —añadió, medio susurrando— por la forma en que se comportaba antes de mí, no estaría sorprendido.

—¡Alec! —Isabelle se quedó atrás para hablar con su hermano, y Clary abrió su paraguas con un chasquido. Era uno que Simon le había comprado hace años en el Museo de Historia Natural y tenía un patrón de dinosaurios por fuera. Vio que la expresión de él se tornó divertida cuando lo reconoció.

—¿Caminamos? —inquirió él, y le ofreció su brazo.

La lluvia caía sin parar, creando pequeños riachuelos fuera de las cunetas y el agua salpicaba desde las ruedas de los taxis que pasaban. Era extraño, pensó Simon, que aunque no tuviera frío, la sensación de estar mojado y pegajoso todavía fuera irritante. Desplazó la vista ligeramente, mirando a Isabelle y Alec por sobre el hombro; Isabelle en realidad no había encontrado su mirada desde que habían salido del Instituto, y se preguntó qué estaría pensando. Parecía querer hablar con su hermano, y cuando se detuvieron en la esquina de Park Avenue, la oyó decir—: Entonces, ¿qué piensas? ¿De que papá presentara su nombre para el puesto de Inquisidor?

—Pienso que parece un trabajo aburrido. —Isabelle estaba sosteniendo un paraguas, era de plástico transparente, decorado con calcomanías de flores coloridas. Era una de las cosas más femeninas que Simon hubiera visto alguna vez, y no culpaba a Alec por salirse debajo de éste y arriesgarse con la lluvia—. No sé por qué lo quería.

—No me importa si es *aburrido* —Isabelle siseó en susurros—. Si lo acepta, estará en Idris todo el tiempo. Como, *todo* el tiempo. No puede dirigir el Instituto y ser el Inquisidor. No puede hacer dos trabajos a la vez.

—Por si no lo has notado, Iz, de todas formas está en Idris todo el tiempo.

—Alec...—El resto de lo que dijo se perdió cuando cambió la luz y avanzó el tráfico, rociando agua congelada sobre el pavimento. Clary esquivó un géiser de lluvia y casi golpeó a Simon. Él tomó su mano y la enderezó.

—Lo siento —se disculpó ella, su mano se sentía pequeña y fría en la de él—. De verdad no estaba prestando atención.

—Lo sé. —Intentó que no se filtrara la preocupación en su voz. No había estado “prestando atención” realmente a nada en las últimas dos semanas.

Al principio, lloró, y luego se puso furiosa; furiosa por no poder unirse a las patrullas que buscaban a Jace, furiosa con el interrogatorio sin fin del Concejo, furiosa porque prácticamente la tenían de prisionera en su casa debido a que estaba bajo

sospecha de la Clave. Pero por sobre todo, había estado furiosa consigo misma por no ser capaz de inventar una runa que pudiera ayudar. Se sentaba por las noches en su escritorio por horas, aferrando la estela con tanta fuerza que sus dedos se volvían blancos y Simon temía que fuera a partirla en dos. Había intentado obligar a su mente a que se le presentara una imagen que le pudiera decir dónde estaba Jace. Pero, noche tras noche, no sucedía nada.

Parecía mayor, pensó él, mientras entraban al parque a través de un hueco en el muro de piedra de la Quinta Avenida. No de una mala forma, sino que era diferente a la chica que había sido cuando habían entrado al Club Pandemónium, en la noche que lo había cambiado todo. Era más alta, pero era más que eso; su expresión era más seria; había más elegancia y fuerza en la manera en que caminaba; sus ojos se movían menos, estaban más enfocados. Simon se dio cuenta, con una sacudida de sorpresa, de que se estaba pareciendo a Jocelyn.

Clary se detuvo en un círculo de árboles que goteaban. Las ramas bloqueaban la mayor parte de la lluvia, y Clary e Isabelle inclinaron sus paraguas contra los troncos de los árboles cercanos. Clary desabrochó la cadena alrededor de su cuello y dejó que la campana se deslizara en la palma de su mano. Miró alrededor para verlos, con una expresión seria.

—Este es un riesgo —dijo— y estoy bastante segura de que si lo asumo, no podré volver atrás. Así que si alguno de ustedes no quiere venir conmigo, está bien; lo entenderé.

Simon extendió la mano y la puso sobre la de ella. No necesitaba pensarlo; dónde Clary iba, él iba. Habían pasado por mucho por ello para que fuera de otra forma. Isabelle siguió el ejemplo, y finalmente Alec; la lluvia goteaba de sus largas pestañas negras como lágrimas, pero su expresión era resuelta. Los cuatros se tomaron de la mano con fuerza.

Clary hizo sonar la campana.

De repente, pareció que el mundo estuviera girando, aunque no era la misma sensación que tuvieron al ser arrojados por el Portal, pensó Clary, en el centro del remolino, sino que era más como si estuviera sentada en un carrusel que había comenzado a girar más y más rápido. Cuando la sensación terminó de golpe, estaba mareada y jadeando e inmóvil nuevamente, con su mano todavía aferrada a la de Isabelle, Alec y Simon.

Se soltaron, y Clary miró alrededor. Había estado antes allí, en este brillante corredor marrón oscuro que parecía que hubiera sido cavado en piedra de ojo de tigre.⁶ El suelo era liso, desgastado con los miles de años en que los pies de las hadas habían pasado por ahí. La luz centelleaba como pedacitos de oro en las paredes, y al final del pasadizo había una cortina multicolor que se balanceaba adelante y atrás como si la moviera el viento, aunque no había viento ahí bajo tierra. Cuando Clary se

⁶ El ojo de tigre es un mineral de colores pardos y amarillentos.

acercó, vio que estaba cosida con mariposas; algunas todavía estaban vivas, y su lucha hacía que la cortina revoloteara con una fuerte brisa.

Se tragó el sabor ácido en su garganta.

—¿Hola? —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

La cortina crujió al hacerse a un lado, y el caballero de las hadas, Meliorn, salió al pasillo. Usaba la armadura blanca que Clary recordaba, pero ahora había un sello en el lado izquierdo de su pecho: las cuatro C del Concejo que también decoraban las túnicas de Luke, que lo marcaban como a un miembro. También había una cicatriz nueva en el rostro de Meliorn, justo bajo sus ojos del color de las hojas. La miró con frialdad.

—No se saluda a la Reina de la Corte Seelie con el bárbaro “hola” humano —dijo él—. Como si estuvieras llamando a un sirviente. El saludo adecuado es “Bien hallada”.

—Pero no la he hallado —dijo Clary—. Ni siquiera sé si está aquí.

Meliorn la miró con desdén.

—Si la Reina no estuviera presente y lista para recibirte, el hacer sonar la campana no te habría traído hasta aquí. Ahora, ven, sígueme y trae a tus acompañantes contigo.

Clary se giró para hacerles un gesto a los demás, luego siguió a Meliorn a través de la cortina de mariposas torturadas, encorvando los hombros esperando que ningún ala la tocara.

Los cuatro entraron uno por uno a la recámara de la Reina. Clary parpadeó, sorprendida. Lucía totalmente diferente a la última vez en que había estado ahí.

La Reina estaba reclinada en un diván blanco dorado, y a su alrededor había un suelo hecho de cuadrados blancos y negros alternados, como un gran tablero de ajedrez. Unos cordeles de espigas de aspecto peligroso colgaban del techo, y en cada espina había empalado un fuego fatuo, su luz normalmente cegadora parpadeaba como si fuera a apagarse. La habitación resplandecía con su brillo.

Meliorn fue a ponerse de pie junto a la Reina; aparte de él, en la habitación no había cortesanos. Lentamente, la Reina se sentó derecha. Estaba más hermosa que nunca, su vestido era una diáfana mezcla de plata y oro, su cabello de un rosáceo color cobre mientras suavemente lo ponía sobre un hombro blanco.

Clary se preguntó por qué se tomaba la molestia. De todos ellos, el único que posiblemente se podía conmovier por su belleza era Simon, y él la odiaba.

—Bien hallados, Nefilim, Daylighter —saludó ella, inclinando la cabeza en su dirección—. Hija de Valentine, ¿qué te trae a mí?

Clary abrió la mano. La campana brilló como una acusación. —Enviaste a tu sierva a decirme que hiciera sonar esto si alguna vez necesitaba tu ayuda.

—Y tú me dijiste que no querías nada de mí —contestó la Reina—. Que tenías todo lo que deseabas.

Clary intentó recordar desesperadamente lo que Jace había dicho cuando habían tenido otra audiencia con la Reina; cómo la había alagado y encantado. Era como si de

repente hubiera adquirido un nuevo vocabulario. Miró hacia a Isabelle y a Alec sobre su hombro, pero Isabelle sólo le hizo un gesto irritado, indicándole que debía continuar.

—Las cosas cambian —dijo Clary.

La Reina extendió las piernas lujosamente.

—Muy bien. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que encuentres a Jace Lightwood.

En el silencio que siguió, se oyó suavemente el sonido de los fuegos fatuos, llorando en su agonía. Por último, la Reina dijo—: Debes creer que somos verdaderamente poderosos si crees que el Pueblo de las Hadas puede triunfar donde la Clave ha fallado.

—La Clave quiere encontrar a Sebastian. No me importa Sebastian, quiero a Jace —afirmó Clary—. Además, ya sé que sabes más de lo que dices. Predijiste que esto iba a pasar. Nadie más sabía, pero no creo me hayas enviado esa campana cuando lo hiciste (la misma noche en que Jace desapareció), sin saber que algo se estaba cocinando.

—Tal vez lo hice —dijo la Reina, admirando las brillantes uñas de sus pies.

—A menudo he notado que las Hadas dicen ‘tal vez’ cuando hay una verdad que quieren esconder —comentó Clary—. Les evita tener que dar una respuesta directa.

—Tal vez —dijo la Reina con una sonrisa divertida.

—‘Quizá’ es una buena palabra, también —sugirió Alec.

—‘Por casualidad’ también —opinó Izzy.

—No veo nada malo con ‘puede ser’ —comentó Simon—. Un poco moderno, pero se mantiene la esencia de la idea.

La Reina espantó sus palabras como si fueran abejas molestas zumbando alrededor de su cabeza.

—No confío en ti, hija de Valentine —declaró—. Hubo una vez en que quería un favor tuyo, pero ese momento ya pasó. Meliorn tiene su lugar en el Concejo; no estoy segura de que haya algo que puedas ofrecerme.

—Si pensaras eso —cuestionó Clary— nunca habrías enviado esa campana.

Por un momento sus ojos se trabaron. La Reina era hermosa, pero había algo tras su cara, algo que hizo que Clary pensara en los huesos de un animal pequeño, blanqueándose al sol. Por último, la Reina dijo—: Muy bien. Puede que sea capaz de ayudarte, pero anhelaré recompensa.

—Qué sorpresa —murmuró Simon. Tenía las manos metidas en los bolsillos y miraba a la Reina con odio.

Alec se rio.

Los ojos de la Reina centellearon. Un momento después, Alec se tambaleó hacia atrás con un grito. Alzó las manos frente a él, jadeando, mientras la piel comenzaba a arrugarse, sus manos se curvaban hacia dentro y sus articulaciones se inflamaban. Su espalda se encorvó, su cabello se volvió gris, sus ojos azules se apagaron y se

hundieron en profundas arrugas. Clary jadeó: donde había estado Alec, había un tembloroso hombre viejo, encorvado y de cabello blanco.

—Cuán rápido se desvanece la hermosura humana —se relamió la Reina—. Mírate, Alexander Lightwood. Te doy un vistazo de ti mismo en unos sesenta años. ¿Qué dirá de tu belleza entonces tu brujo amante?

El pecho de Alec estaba agitado. Isabelle se apresuró a su lado y tomó su brazo.

—Alec, no es nada. Es un glamour. —Se giró a la Reina—. ¡Quítaselo! ¡Quítalo!

—Si tú y los tuyos me van a hablar con más respeto, entonces puede que lo considere.

—Lo haremos —dijo Clary rápidamente—. Pedimos disculpas por cualquier rudeza.

La Reina inhaló. —Extraño bastante a tu Jace —comentó—. De todos ustedes, él era el más lindo y el que tenía mejores modales.

—Nosotros lo extrañamos, también —dijo Clary en voz baja—. No pretendíamos ser maleducados. Los humanos podemos ser complicados en nuestro dolor.

—Hmph —dijo la Reina, pero chasqueó los dedos y el glamour cayó de Alec. Era él mismo otra vez, aunque con el rostro pálido y una mirada sorprendida. La Reina le dirigió una mirada de superioridad, y centró su atención en Clary.

—Existe un juego de anillos —comenzó la Reina—. Pertenecían a mi padre. Deseo la devolución de estos objetos, porque fueron hechos por las hadas y poseen un gran poder. Nos permiten comunicarnos, mente a mente, como lo hacen sus Hermanos Silenciosos. En la actualidad sé de buena fuente que se encuentran en exhibición en el Instituto.

—Recuerdo haber visto algo como eso —comentó Izzy, lentamente—. Dos anillos hechos por hadas en una vitrina en el segundo piso de la biblioteca.

—¿Quieres que robe algo del Instituto? —inquirió Clary, sorprendida. De todos los favores que le pudo haber pedido la Reina, éste no estaba en lo alto de la lista.

—No es robo —afirmó la Reina— el devolverle un artículo a sus dueños legítimos.

—¿Y entonces encontrarás a Jace por nosotros? —preguntó Clary—. Y no digas ‘tal vez’. ¿Qué harás exactamente?

—Los ayudaré a encontrarlo —contestó la Reina—. Te doy mi palabra de que mi ayuda será invaluable. Puedo decirte, por ejemplo, por qué todos sus hechizos rastreadores han sido inútiles. Puedo decirte en qué ciudad es posible encontrarlo...

—Pero la Clave te interrogó —interrumpió Simon—. ¿Cómo les mentiste?

—Nunca hicieron las preguntas correctas.

—¿Por qué mentirles? —demandó Isabelle—. ¿Dónde está tu lealtad en todo esto?

—No tengo ninguna. Jonathan Morgenstern podría ser un poderoso aliado si no lo convierto en un enemigo primero. ¿Por qué ponerlo en peligro o ganar su ira sin ningún beneficio para nosotros? El Pueblo de las Hadas es un pueblo antiguo; no tomamos decisiones apresuradas, sino que primero esperamos para ver en qué dirección sopla el viento.

—Pero, ¿te arriesgarás a que él se moleste si los conseguimos? —preguntó Alec.

Pero la Reina sólo sonrió, una sonrisa perezosa, cargada de promesas.

—Creo que es suficiente por hoy —dijo—. Vuelvan a mí con los anillos y hablaremos nuevamente.

Clary dudó, girando para mirar a Alec, y luego a Isabelle.

—¿Están bien con esto? ¿Robar del Instituto?

—Si significa que vamos a encontrar a Jace —opinó Isabelle.

Alec asintió. —Cueste lo que cueste.

Clary giró nuevamente hacia la Reina, que estaba observándola con una mirada expectante.

—Entonces, creo que tenemos un trato.

La Reina se estiró y sonrió satisfecha.

—Que les vaya bien, pequeños Cazadores de Sombras. Y una advertencia, a pesar de que no han hecho nada para merecerla: harían bien en considerar la prudencia de esta caza en busca de su amigo, porque, así como suele ocurrir de casualidad con aquello que es precioso y está perdido, cuando lo encuentren otra vez, puede que no sea exactamente como lo dejaron.

Eran casi las once cuando Alec llegó a la puerta del apartamento de Magnus en Greenpoint. Isabelle lo había persuadido para que fueran a cenar a Taki's con Clary y Simon, y, aunque había protestado, estaba contento por haber ido. Necesitaba unas horas para esclarecer sus emociones después de lo que había pasado en la Corte Seelie. No quería que Magnus viera cuánto lo había trastornado el glamour de la Reina.

Ya no tenía que tocar el timbre para llamar a Magnus que estaba arriba: tenía una llave, un hecho del que estaba oscuramente orgulloso. Abrió la puerta y se dirigió arriba, pasando al vecino del primer piso de Magnus.

Aunque Alec nunca había visto ocupantes en el departamento del primer piso, parecían estar comprometidos en un tempestuoso romance. Una vez había habido un montón de pertenencias desparramadas por todo el suelo con una nota unida a la solapa de una chaqueta con la dirección: “Al embustero mentiroso que miente”.

Ahora, había un ramo de flores apoyado contra la puerta con una tarjeta metida entre los brotes que decía LO SIENTO.

Eso era lo que tenía Nueva York: siempre sabías más de lo que querías sobre los asuntos de tus vecinos.

La puerta de Magnus estaba ligeramente abierta, y la música flotaba en el pasillo. Hoy era Chaikovski.

Alec sintió que sus hombros se relajaban mientras cerraba la puerta tras él. Nunca estaba seguro de cómo iba a lucir el lugar: hoy era minimalista, con sofás blancos, mesas rojas amontonadas, y escuetas fotografías en blanco y negro de París en las paredes; pero se había comenzado a sentir cada vez más familiar, como un hogar.

Olía a las cosas que asociaba con Magnus: tinta, colonia, té Lapsang Souchong, el olor a azúcar quemada de la magia. Recogió a Presidente Miau, que estaba dormitando en una ventana, y se encaminó al estudio.

Magnus alzó la mirada cuando entró Alec. Estaba usando lo que para Magnus era un conjunto sobrio: jeans y una camiseta negra con ribetes alrededor del cuello y los puños. Su cabello negro no estaba de punta, estaba despeinado y enredado como si se hubiera pasado las manos por éste con enfado, repetidas veces, y sus ojos de gato tenían los párpados pesados por el cansancio. Dejó caer su lápiz cuando Alec apareció, y sonrió.

—Le gustas al Presidente.

—Le agradan todos los que le rascan detrás de las orejas —dijo Alec, moviendo al gato que dormitaba para que su ronroneo pareciera retumbar a través de su pecho.

Magnus se inclinó hacia atrás en su silla; los músculos de sus brazos se flexionaron mientras bostezaba. La mesa estaba sembrada de papeles cubiertos de escritura apretada y dibujos; el mismo patrón una y otra vez, variaciones de un diseño que estaba salpicado a través del suelo de la azotea de la cual había desaparecido Jace.

—¿Cómo estaba la Reina Seelie?

—Igual que siempre.

—¿Una perra rabiosa?

—Más o menos. —Alec le dio a Magnus la versión condensada de lo que había pasado en la corte de las hadas. Era bueno en eso, en acortar las cosas, sin desperdiciar una palabra.

Nunca había entendido a las personas que hablaban sin cesar, o incluso el amor de Jace por los juegos de palabras muy complicados.

—Estoy preocupado por Clary —comentó Magnus—. Me preocupa que se esté metiendo demasiado en su cabecita pelirroja.

Alec dejó a Presidente Miau en la mesa, donde se enroscó inmediatamente en una bola y volvió a dormir.

—Quiere encontrar a Jace. ¿Puedes culparla?

Los ojos de Magnus se suavizaron. Enganchó un dedo en la cinturilla los pantalones de Alec y lo acercó.

—¿Me estás diciendo que harías lo mismo por mí?

Alec alejó el rostro, mirando el papel que Magnus acababa de dejar a un lado.

—¿Estás mirando eso otra vez?

Magnus soltó a Alec, pareciendo un poquito decepcionado.

—Tiene que haber una llave —explicó—, para abrirlos. Alguna lengua que no he revisado todavía; algo antiguo. Esta es magia negra antigua, muy oscura; no se parece a nada que haya visto antes. —Miró el papel otra vez, con la cabeza inclinada hacia un lado—. ¿Me puedes pasar esa tabaquera de allí? La plateada, en el borde de la mesa.

Alec siguió la dirección del gesto de Magnus y vio una pequeña caja plateada posicionada en el lado opuesto de la gran mesa de madera. Se estiró y la recogió. Era

como un cofre de metal en miniatura puesto sobre unas patas pequeñas con la tapa curvada y las iniciales W.S resaltadas en diamantes.

W, pensó. ¿Will?

Will, había dicho Magnus cuando Alec le había preguntado sobre el nombre con el que Camille se había burlado de él. *Dios, eso fue hace mucho tiempo.*

Alec se mordió el labio.

—¿Qué es esto?

—Es una tabaquera —contestó Magnus, sin levantar la vista de sus papeles—. Te lo dije.

—¿Cómo para aspirar? ¿La gente lo aspira? —Alec la miró.

Magnus lo miró y se rio.

—Como para fumar. Era muy popular en los siglos diecisiete o dieciocho, aproximadamente. Ahora ocupo la caja para guardar baratijas.

Extendió la mano y Alex le entregó la caja.

—¿Alguna vez te preguntaste...? —comenzó Alec y empezó otra vez—. ¿Te molesta que Camille esté allí afuera, en alguna parte? ¿Qué se haya escapado? —*¿Y que sea mi culpa?* Pensó Alec, pero no lo dijo. No había necesidad de que Magnus lo supiera.

—Siempre ha estado en alguna parte allí afuera —contestó Magnus—. Sé que la Clave no está terriblemente complacida, pero estoy acostumbrado a imaginarla viviendo su vida sin contactarme. Si me importó, hace tiempo que ya no.

—Pero la amaste. Una vez.

Magnus pasó los dedos sobre los diamantes incrustados en la tabaquera.

—Creí amarla.

—¿Ella te ama todavía?

—No lo creo —expresó Magnus secamente—. No fue muy amable la última vez que la vi. Aunque eso pudo deberse a que tengo un novio de dieciocho años con una runa de resistencia y ella no, por supuesto.

Alec farfulló.

—Como soy la persona objetivada, yo... me opongo a esa descripción de mí.

—Siempre fue del tipo celoso. —Magnus sonrió. Era asombrosamente bueno en cambiar de tema, pensó Alec.

Magnus había dejado claro que no quería hablar de su pasado amoroso, pero en algún momento durante su conversación, la sensación de Alec de familiaridad y comodidad, su sentimiento de estar en casa, se había desvanecido.

Sin importar cuán joven lucía Magnus (y ahora mismo, con los pies desnudos y con su cabello sobresaliendo por todos lados parecía tener dieciocho) los dividían unos océanos de tiempo infranqueables.

Magnus abrió la caja, sacó algunas tachuelas, y las usó para afirmar a la mesa el papel que había estado mirando. Cuando alzó la vista y vio la expresión de Alec, volvió a mirarlo de nuevo.

—¿Estás bien?

En lugar de responder, Alec se inclinó y tomó las manos de Magnus. Magnus dejó que Alec lo pusiera de pie, con la duda en sus ojos. Antes de que pudiera decir algo, Alec lo acercó y lo besó. Magnus hizo un sonido suave de satisfacción, y agarró la parte de atrás de la camiseta de Alec, la levantó y pasó sus dedos fríos por su columna.

Alec se inclinó contra él, apuntalando a Magnus entre la mesa y su cuerpo. A Magnus no pareció importarle.

—Vamos —le susurró a Magnus al oído—. Es tarde, vamos a la cama.

Magnus mordió su labio y miró sobre su hombro los papeles en la mesa. Su mirada se fijó en las sílabas y en las lenguas olvidadas.

—¿Por qué no te adelantas? —sugirió—. Yo iré en... cinco minutos.

—Claro. —Alec se enderezó, sabiendo que cuando Magnus estaba sumergido en sus estudios, cinco minutos se podían convertir fácilmente en cinco horas—. Te veré ahí.

—Shhh.

Clary se puso un dedo en los labios antes de moverlo hacia Simon, para indicarle que fuera delante de ella a través de la puerta de la casa de Luke. Todas las luces estaban apagadas, y la sala de estar estaba oscura y silenciosa.

Mandó a Simon a su habitación y fue a la cocina para tomar un vaso de agua. A mitad de camino, se congeló.

La voz de su madre se podía oír por el pasillo. Clary pudo captar la tensión en su voz. Sabía que su madre estaba viviendo su peor pesadilla, al igual que Clary, ya que la suya era perder a Jace. Saber que su hijo estaba vivo y ahí afuera en el mundo, capaz de cualquier cosa, la estaba destrozando por dentro.

—Pero la absolvieron, Jocelyn —Clary oyó la respuesta de Luke, subiendo y bajando de un susurro—. No la castigarán.

—Todo esto es mi culpa. —Jocelyn sonaba apagada, como si hubiera enterrado la cabeza en el hombro de Luke—. Si no hubiera traído esa... criatura al mundo, Clary no estaría pasando por esto.

—No podrías haber sabido... —La voz de Luke se convirtió en un murmullo, y aunque Clary sabía que él tenía razón, tuvo un breve y culpable destello de ira contra su madre. Jocelyn debió haber matado a Sebastian en su cuna, antes de que él hubiera tenido la oportunidad de crecer y arruinar sus vidas, pensó, y se horrorizó de sí misma inmediatamente por pensar eso.

Se giró y volvió al otro lado de la casa, se precipitó en su habitación y cerró la puerta como si la estuvieran siguiendo.

Simon, quien había estado sentado en la cama jugando con su DS⁷, levantó la mirada sorprendido.

⁷ La Nintendo DS es una videoconsola portátil de la multinacional de origen japonés, para videojuegos y multimedia.

—¿Está todo bien?

Ella intentó sonreírle. Él era una vista conocida en su habitación, pues habían hecho pijamadas con bastante frecuencia cuando estaban creciendo.

Había hecho lo que había podido para hacer esta habitación de ella, en vez de un cuarto de invitados. Había fotos de ella y Simon, de los Lightwood, de ella con Jace y con su familia, sin orden ni concierto en el marco del espejo sobre el aparador. Luke le había dado un tablero de dibujo, y sus suministros de arte estaban ordenados cuidadosamente en una pila de cubículos junto a éste. Había pegado posters de sus animes favoritos: *Fullmetal Alchemist*, *Rurouni Kenshin*, *El Guerrero Samurái*, *Bleach*.

También había evidencia de su vida como Cazadora de Sombras esparcida alrededor: una gruesa copia de *El Código de los Cazadores de Sombras* con sus notas y dibujos garabateados en los márgenes, un estante de libros de lo oculto y paranormal, su estela estaba sobre el escritorio junto a un nuevo globo terráqueo que le había dado Luke, en el cual se veía Idris destacado en dorado en el centro de Europa.

Y Simon, que estaba sentado en el medio de su cama con las piernas cruzadas, era una de las pocas cosas que pertenecía tanto a su vida antigua como a la nueva.

La miró con sus ojos oscuros en su rostro pálido, y el brillo de la marca de Caín apenas visible en su frente.

—Mi mamá —empezó ella, y se inclinó contra la puerta—. En realidad no está muy bien.

—¿No está aliviada? Quiero decir, ¿de que te hayan absuelto?

—No puede dejar de pensar en Sebastian. No puede dejar de culparse a sí misma.

—No fue su culpa, la forma en que él resultó ser. Fue de Valentine.

Clary no dijo nada. Estaba recordando la cosa horrible que había pensado, que su madre debía haber matado a Sebastian cuando nació.

—Ustedes dos —dijo Simon— se culpan a sí mismas por cosas que no son su culpa. Te culpas por dejar a Jace en la azotea...

Ella alzó la cabeza de golpe y lo miró severamente. No estaba segura de haberle dicho que se culpaba por eso, aunque era verdad.

—Yo nunca...

—Lo hiciste —continuó él—. Pero yo lo dejé, Izzy lo dejó, Alec lo dejó... y Alec es su *parabatai*. No hay forma de que hubiéramos sabido y puede que hubiera sido peor si te hubieras quedado.

—Tal vez. —Clary no quería hablar de ello. Evitó su mirada y dirigió al baño para cepillarse los dientes y ponerse su confuso pijama. Evitó mirarse a sí misma en el espejo. Odiaba verse tan pálida, con sombras bajo los ojos. Era fuerte; no iba a desmoronarse. Tenía un plan, incluso si era un poco loco e involucraba robar del Instituto.

Se cepilló los dientes y estaba haciéndose una cola de caballo con su pelo ondulado mientras dejaba el baño, cuando vio a Simon deslizándose de vuelta en su bolso una botella de lo que seguramente era la sangre que había comprado en Taki's.

Se estiró hacia delante y alborotó su cabello.

—Puedes dejar las botellas en el refrigerador —le dijo— si no te gusta a temperatura ambiente.

—De hecho, la sangre congelada es peor que a temperatura ambiente. Caliente es mejor, pero creo que tu mamá se negaría a que la calentara en cacerolas.

—¿Le molesta a Jordan? —inquirió Clary, preguntándose si Jordan recordaba siquiera que Simon todavía vivía con él.

Simon había estado en su casa todas las noches desde la semana pasada. En los primeros días después de la desaparición de Jace, Clary no había sido capaz de dormir. Se había puesto cinco mantas encima, pero no era capaz de entrar en calor. Yacía despierta temblando e imaginando sus venas volviéndose lentas con la sangre congelada, y cristales de hielo tejiendo una brillante red coralina alrededor de su corazón. Sus sueños estaban llenos de mares negros y témpanos de hielo, lagos congelados y Jace, con el rostro siempre oculto de ella por las sombras o una nube de aliento o su propio cabello brillante mientras se alejaba de ella. Dormía de a minutos, y siempre despertaba con una enfermiza sensación de ahogo.

El primer día que el Concejo la había interrogado, había llegado a casa y se había arrastrado a la cama. Había estado ahí, muy despierta, hasta que alguien golpeó su ventana y Simon había entrado, casi cayéndose al piso. Había subido a la cama y se había extendido junto a ella sin una palabra. Su piel estaba fría por haber estado afuera, y olía a ciudad y al inminente frío del invierno.

Había tocado su hombro con el suyo, y una pequeña parte de la tensión que la sujetaba como un puño cerrado, se había disuelto. La mano de él había estado fría, pero era tan familiar, como la textura de su chaqueta de pana contra su brazo.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte? —le había susurrado en la oscuridad.

—Tanto como quieras.

Ella había girado y lo había mirado.

—¿A Izzy no le molestará?

—Ella es la que me dijo que debería venir. Me dijo que no dormías, y si tenerme aquí te va a hacer sentir mejor, puedo quedarme. O puedo quedarme hasta que te quedes dormida.

Clary había exhalado aliviada.

—Quédate toda la noche —le había pedido—. Por favor.

Él se había quedado. Esa noche ella no había tenido pesadillas. Mientras él estuviera ahí, dormía sin sueños, un océano oscuro de nada. Un olvido indoloro.

—A Jordan en realidad no le importa la sangre —contestó Simon, ahora—. Su pensamiento es que yo esté cómodo con lo que soy. Conéctate con tu vampiro interior, bla, bla.

Clary se deslizó junto a él en la cama y abrazó una almohada.

—¿Tu vampiro interior es diferente a tu... vampiro exterior?

—Definitivamente. Quiere que use camisetas sin mangas que muestren el obbligo y sombreros fedora. Estoy luchando contra ello.

Clary sonrió suavemente.

—Entonces, ¿tu vampiro interior es Magnus?

—Espera, eso me recuerda. —Simon buscó en su bolso y sacó dos volúmenes de manga. Los movió triunfantemente antes de pasárselos a Clary—. *Magical Love Gentleman* volúmenes quince y dieciséis —dijo—. Agotados en todas partes menos en Midtown Comics.

Ella los tomó, y miró las coloridas portadas. Hace un tiempo hubiera sacudido los brazos con la alegría de una fanática; ahora, todo lo que pudo hacer fue sonreírle a Simon y agradecerle, pero él lo había hecho por ella, se recordó a sí misma, el gesto de un buen amigo. Incluso si no se podía imaginar distrayéndose con lectura, ahora mismo.

—Eres increíble —le dijo, golpeándolo con su hombro. Se apoyó contra las almohadas, con los manga equilibrados en su regazo—. Y gracias por ir conmigo a la Corte Seelie. Sé que te trae malos recuerdos, pero... siempre estoy mejor cuando estás ahí.

—Lo hiciste genial. Manejaste a la Reina como una profesional. —Simon se acostó junto a ella, sus hombros se tocaban, ambos miraban el techo, las grietas ya conocidas que tenía, las estrellas viejas que brillaban en la oscuridad y que ya no arrojaban luz—. Entonces ¿vas a hacerlo? ¿Vas a robar los anillos para la Reina?

—Sí. —Dejó salir su respiración contenida—. Mañana. Hay una reunión del Cónclave mañana al mediodía. Todos estarán ahí. Voy a ir entonces.

—No me gusta, Clary.

Ella sintió que su cuerpo se tensaba.

—¿Qué no te gusta?

—Que tengas algo que ver con la hadas. Las hadas son mentirosas.

—*No pueden mentir.*

—Sabes lo que quiero decir. Aunque decir “Las hadas son falsas” no suena suficiente.

Giró la cabeza y lo miró, tenía la barbilla apoyada en la clavícula. Sus brazos se alzaron automáticamente y le rodearon los hombros, acercándola a él. Su cuerpo estaba frío, su camiseta todavía estaba húmeda por la lluvia. Su cabello normalmente liso se había secado y había quedado con rizados despeinados por el viento.

—Créeme, no me gusta mezclarme con la Corte. Pero lo haría por ti —dijo ella— y tú lo harías por mí, ¿no?

—Por supuesto que lo haría, pero aun así es una mala idea. —Giró la cabeza y la miró—. Sé cómo te sientes. Cuando mi padre murió...

Su cuerpo se tensó.

—Jace no está muerto.

—Lo sé, no quería decir eso. Es sólo que... no tienes que decir que estás mejor cuando yo estoy aquí. Siempre estoy aquí para ti. El dolor te hace sentir sola, pero no lo estás. Sé que no crees en... en religión, de la misma forma que yo, pero puedes creer que estás rodeada de personas que te quieren, ¿no? —Los ojos de él estaban muy abiertos, esperanzados. Eran del mismo castaño de siempre, pero eran diferentes ahora, como si se le hubiera añadido otra capa al color, de la misma forma en que su piel parecía sin poros y transparente al mismo tiempo.

Lo creo, pensó ella. Simplemente no estoy segura de que importe.

Golpeó su hombro suavemente contra el de él otra vez.

—Entonces ¿te molesta si te pregunto algo? Es personal, pero importante.

Una nota de cautela se deslizó en su voz.

—¿Qué cosa?

—Con todo lo de la marca de Caín, si accidentalmente te pateo durante la noche ¿significa que una fuerza invisible me va a patear siete veces en las espinillas?

Lo sintió reírse.

—Ya duérmete, Fray.

3

Ángeles Malos

Traducido por Valen JV

Hombre, creí que se te había olvidado que vivías aquí —dijo Jordan al momento que Simon entró en la sala de estar de su pequeño departamento, con las llaves todavía colgando en su mano. Jordan por lo general se encontraba acostado en el futón, con las piernas colgando por el borde, y el control de la Xbox en la mano. Hoy estaba en el futón, pero sentado derecho, con sus anchos hombros encorvados hacia adelante, con las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros, y el control no estaba en ningún lugar a la vista. Sonaba aliviado de ver a Simon, y en un segundo, Simon se dio cuenta del porqué.

Jordan no estaba solo en el departamento. Sentada frente a él sobre un sillón de terciopelo color naranja (ninguno de los muebles de Jordan combinaban) estaba Maia, con su salvaje cabello rizado contenido en dos trenzas. La última vez que Simon la había visto, estaba vestida glamurosamente para una fiesta. Ahora, estaba de vuelta al uniforme: jeans y las botas raídas, una camiseta manga larga, y una chaqueta de cuero color caramelo. Se veía tan incómoda como Jordan, su espalda recta, su mirada perdiéndose en la ventana. Cuando vio a Simon, se levantó con gratitud y le dio un abrazo.

—Hey —saludó—. Sólo pasé para ver cómo te iba.

—Estoy bien. Quiero decir, tan bien como podría estar con todo lo que está sucediendo.

—No me refería a todo el asunto de Jace —dijo ella—. Me refería a *ti*. ¿Cómo lo llevas?

—¿Yo? —Simon estaba sorprendido—. Estoy muy bien. Preocupado por Isabelle y Clary. Sabes que la Clave estuvo investigándola...

—Y oí que fue absuelta. Eso es genial. —Maia lo dejó ir—. Pero estaba pensando en ti y lo que le pasó a tu madre.

—¿Cómo te enteraste de eso? —Simon le envió una mirada a Jordan, pero Jordan sacudió la cabeza, de manera casi imperceptible. Él no le había dicho.

Maia tiró de una de las trenzas.

—Me encontré con Eric, de todas las personas. Él me dijo lo que sucedió y que habías renunciado a los conciertos de Millenium Lint por las última dos semanas a causa de eso.

—En realidad, cambiaron el nombre —dijo Jordan—. Ahora se llaman Midnight Burrito.

Maia le dio a Jordan una mirada irritada, y se deslizó un poco en su asiento. Simon se preguntó de qué habían estado hablando antes de que entrara a la casa.

—¿Has hablado con alguien más de tu familia? —preguntó Maia, con voz suave. Sus ojos color ámbar estaban llenos de preocupación. Simon sabía que era grosero, pero había algo en que lo miraran de esa manera que a él no le gustaba. Era como si su preocupación convirtiera el problema en algo real, cuando de otro modo él podía fingir que no estaba sucediendo.

—Sí —afirmó él—. Todo está bien con mi familia.

—¿En serio? Porque dejaste el teléfono aquí. —Jordan lo recogió de la mesilla—. Y tu hermana ha estado llamándote casi cada cinco minutos durante todo el día. Y ayer.

Una sensación fría se esparció por el estómago de Simon. Tomó el teléfono de la mano de Jordan y vio la pantalla. Diecisiete llamadas perdidas de Rebecca.

—Rayos —exclamó—. Esperaba evitar esto.

—Bueno, ella es tu hermana —dijo Maia—. Eventualmente, iba a llamarte.

—Lo sé, pero he estado rechazándola, de alguna manera; dejando mensajes cuando sabía que ella no estaría ahí, esa clase de cosas. Simplemente... supongo que estaba evitando lo inevitable.

—¿Y ahora?

Simon puso el celular en el alféizar de la ventana.

—¿Sigo evitándolo?

—No lo hagas. —Jordan sacó las manos de los bolsillos—. Deberías hablar con ella.

—¿Y decir qué? —La pregunta salió más fuerte de lo que Simon había previsto.

—Tu madre debió haberle dicho algo —comentó Jordan—. Probablemente está preocupada.

Simon sacudió la cabeza.

—Va a venir por Acción de Gracias en unas semanas. No quiero que se mezcle con lo que le está pasando a mi mamá.

—Ya está involucrada con eso. Es tu familia —dijo Maia—. Además, *esto*, lo que está pasando con tu mamá, todo, ahora es parte de tu vida.

—Entonces, supongo que quiero que ella se mantenga alejada de eso. —Simon sabía que estaba siendo irrazonable, pero no parecía capaz de evitarlo. Rebecca era... Especial. Diferente. Era de una parte de su vida que hasta entonces había permanecido intacta por toda esta locura. Tal vez la única parte.

Maia elevó las manos y se dio la vuelta para mirar a Jordan.

—Dile algo. Eres su guardián Praetorian.

—Oh, por favor —dijo Simon antes de que Jordan pudiese abrir la boca. —¿Alguno de ustedes mantiene contacto con sus padres? ¿Sus familiares?

Intercambiaron rápidas miradas.

—No —contestó Jordan lentamente—, pero ninguno de nosotros tenía buenas relaciones con ellos *antes*...

—Apoyo mi caso —dijo Simon—. Todos somos huérfanos. Huérfanos de la tormenta.

—No puedes simplemente ignorar a tu hermana —insistió Maia.

—Obsérvame.

—¿Y cuando Rebecca venga a casa y parezca el set de la película *El Exorcista*? ¿Y tu mamá no tenga ninguna explicación de dónde estás? —Jordan se inclinó hacia adelante, con las manos sobre las rodillas—. Tu hermana llamará a la policía, y tu mamá va a terminar encerrada.

—Simplemente no creo estar listo para escuchar su voz —reconoció Simon, pero sabía que se había quedado sin argumentos—. Tengo que irme, pero lo prometo, le voy a enviar un mensaje.

—Bueno —dijo Jordan. Estaba mirando a Maia, no a Simon, mientras lo decía, como si esperara que ella se diera cuenta de que él había hecho un progreso con Simon y estuviese contenta. Simon se preguntó si habían estado saliendo durante las últimas dos semanas cuando había estado ausente. Él hubiese imaginado que no, por la manera incómoda en que habían estado sentados cuando había entrado, pero con estos dos era difícil estar seguro—. Es un comienzo.

El tambaleante ascensor dorado se detuvo en el tercer piso del Instituto; Clary respiró profundamente y salió al pasillo. El lugar estaba como Alec e Isabelle le habían prometido que estaría: desierto y silencioso. El tráfico de la Avenida York afuera era un suave murmullo. Imaginó que podía oír el roce de las motas de polvo mientras bailaban bajo la luz de la ventana. A lo largo de la pared estaban las clavijas, donde los residentes del Instituto colgaban sus abrigo al entrar. Una de las chaquetas negras de Jace aún colgaba de un gancho, con las mangas vacías y fantasmales.

Con un escalofrío se puso en camino por el pasillo. Podía recordar la primera vez que Jace la había llevado por estos corredores, su voz ligera y descuidada contándole sobre los Cazadores de Sombras, sobre Idris, sobre todo el secreto que ella nunca había sabido que existía. Lo había observado mientras hablaba, (encubierta, había creído, pero ahora sabía que Jace lo notaba todo) mirando la luz haciendo brillar su pálido cabello, los rápidos movimientos de sus manos gráciles, la flexibilidad de los músculos de sus brazos cuando hacía un gesto.

Llegó a la biblioteca sin encontrarse con otro Cazador de Sombras y abrió la puerta de un empujón. La sala aún le daba el mismo escalofrío que le había dado la primera vez que la había visto. Circular porque estaba construida dentro de una torre, la biblioteca tenía una galería en el segundo piso, con una baranda, que corría por el punto medio de las paredes, justo encima de las hileras de estanterías. El escritorio que Clary aún recordaba como el de Hodge, descansaba en el centro de la sala, tallado en

una sola pieza de madera de roble, y la amplia superficie descansaba sobre las espaldas de dos ángeles arrodillados. Clary medio esperaba que Hodge se levantara detrás de él, con su perspicaz cuervo, Hugo, posado en su hombro.

Apartando el recuerdo, rápidamente se dirigió a la escalera circular al otro extremo de la habitación. Estaba usando jeans y zapatillas deportivas, y una runa de *sin sonido* estaba grabada en su tobillo; el silencio era casi sobrenatural mientras subía los escalones y entraba en la galería. Aquí arriba también había libros, pero estaban guardados bajo llave detrás de cajas de vidrio. Algunos se veían muy viejos, sus portadas desgastadas, sus enlaces reducidos a unos cuantos hilos. Otros, claramente, eran libros de magia oscura o peligros: *Cultos Innombrables*, *La Viruela Demoniacal*, *Guía Práctica para Levantar a un Muerto*.

Entre las estanterías cerradas estaban las vitrinas. Cada una contenía una mano de obra rara y hermosa, un frasco de cristal delicado cuyo tope era una enorme esmeralda; una corona con un diamante en el centro que no parecía ajustarse a ninguna cabeza humana; un colgante en forma de ángel cuyas alas eran ruedas dentadas y engranajes; y en la última vitrina, justo como Isabelle había prometido, un par de brillantes anillos de oro con forma de hojas curvadas, el trabajo de las hadas tan delicado como la respiración de un bebé.

La vitrina estaba cerrada, por supuesto, pero la runa de apertura (Clary se mordía el labio mientras la dibujaba, con cuidado de no hacerla demasiado poderosa para que la caja no reventara y enviara gente corriendo adonde estaba) la se encargó de eso. Cuidadosamente, abrió la vitrina. Fue sólo cuando deslizó la estela devuelta en su bolsillo que dudó.

¿Esta era la verdadera ella? Robándole a la Clave para pagarle a la Reina de las Hadas, cuyas promesas, como Jace le había dicho una vez, eran como escorpiones, con un agujijón en la cola.

Sacudió la cabeza como para desvanecer las dudas, y se congeló. La puerta de la biblioteca se estaba abriendo. Podía oír el crujido de la madera, voces apagadas, pasos. Sin pensarlo dos veces se tiró al suelo, aplastándose contra el frío piso de madera de la galería.

—Tenías razón, Jace —dijo una voz desde abajo, fríamente entretenida, y horriblemente familiar—. El lugar está desierto.

El hielo que había estado en las venas de Clary pareció cristalizarse, congelándola en el lugar. No se podía mover, tampoco respirar. No había sentido una conmoción así de intensa desde que su padre había pasado una espada a través del cuerpo de Jace. Muy lentamente, avanzó al borde de la galería y miró hacia abajo.

Y se mordió el labio salvajemente para no gritar.

El inclinado techo de arriba se alzaba hasta un punto en donde había una claraboya de cristal. La luz del sol se vertía a través de la claraboya, alumbrando una parte del suelo como un foco en un escenario. Podía ver que los fragmentos de cristal, mármol y pedazos de piedras preciosas que estaban incrustadas en el suelo formaban un diseño:

el Ángel Raziel, la copa y la espada. De pie justo sobre una de las alas desplegadas del Ángel, estaba Jonathan Christopher Morgenstern.

Sebastian.

Así que así se veía su hermano. Como *de verdad* se veía, vivo, en movimiento y animado. Un rostro pálido, todo ángulos y planos, alto y delgado usando un traje negro. Su cabello era de color blanco plateado, no oscuro como había sido la primera vez que ella lo había visto, teñido para parecerse al color del verdadero Sebastian Verlac. Su propio color pálido le iba mejor. Sus ojos eran negros y se movían con vida y energía. La última vez que lo había visto, flotando en un ataúd de vidrio como Blanca Nieves, una de sus manos había sido un muñón vendado. Ahora esa mano estaba entera de nuevo, con una pulsera de plata brillando en su muñeca, pero nada visible mostraba que había sido dañada alguna vez, y más que dañada: que había *desaparecido*.

Y ahí, a su lado, cabello dorado brillando bajo la pálida luz del sol, estaba Jace. No Jace como ella tanto lo había imaginado durante las últimas dos semanas: golpeado, sangrando, sufriendo o muriendo de hambre, encerrado en alguna oscura celda, gritando de dolor o llamándola. Este era Jace como ella lo recordaba, cuando se dejaba recordar: ruborizado, saludable, vibrante y hermoso. Sus manos estaban de manera indiferente dentro de los bolsillos de sus jeans, sus marcas eran visibles a través de la camiseta blanca. Sobre ella estaba una desconocida chaqueta marrón de gamuza que hacía resaltar los matices dorados de su piel. Él inclinó la cabeza hacia atrás, como si estuviese disfrutando la sensación del sol en su cara.

—Siempre tengo razón, Sebastian —dijo él—. Ya deberías saber eso de mí.

Sebastian le dio una mirada deliberada, y luego sonrió. Clary se lo quedó viendo. Tenía toda la apariencia de ser una sonrisa auténtica. Pero, ¿qué sabía ella? Sebastian le había sonreído antes, y eso había resultado ser una gran mentira.

—Entonces, ¿dónde están los libros de evocación? ¿Hay algún orden en este caos?

—En realidad no. No está en orden alfabético. Sigue el sistema especial de Hodge.

—¿No es él el tipo que maté? Inconveniente, eso —comentó Sebastian—. Tal vez yo deba ir al piso de arriba y tú al de abajo.

Él se movió hacia la escalera que llevaba a la galería. El corazón de Clary empezó a palpar con miedo. Asociaba a Sebastian con asesinato, sangre, dolor, y miedo. Sabía que Jace había luchado con él y había ganado, pero casi había muerto en el proceso. En una pelea cuerpo a cuerpo ella jamás le ganaría a su hermano. ¿Podía lanzarse desde la barandilla de la galería al suelo sin romperse una pierna? Y si lo hacía, ¿qué pasaría entonces? ¿Qué haría Jace?

Sebastian había puesto su pie en el primer escalón cuando Jace lo llamó.

—Espera. Están aquí. Archivados bajo el nombre 'Magia No Letal.'

—¿No letal? ¿Qué tiene eso de divertido? —ronroneó Sebastian, pero levantó el pie del escalón y volvió a donde estaba Jace. —Esta es una biblioteca impresionante —dijo,

leyendo los títulos mientras pasaba—. *El Cuidado Y Alimentación de su Picarona Mascota Demonio, Revelados*.— Sacó ese del estante y dejó escapar una risa larga y baja.

—¿Qué pasa?— Jace levantó la mirada, su boca estaba curvada hacia arriba. Clary tenía tantas ganas de bajar las escaleras y arrojarle encima de él que se volvió a morder el labio. El dolor era fuerte como ácido.

—Es pornografía —contestó Sebastian—. Mira. Demonios... *Revelados*.

Jace apareció detrás de él, descansando una mano en el brazo de Sebastian para mantener el equilibrio mientras leía sobre su hombro. Era como ver a Jace y a Alec, alguien con el que se sentía tan cómodo, que lo podía tocar sin pensarlo dos veces; pero de una manera horrible, distorsionada, al revés.

—Bien, ¿cómo lo sabes?

Sebastian cerró el libro y le dio un ligero golpe a Jace en el hombro con él.

—Sé algunas cosas más que tú. ¿Buscaste los libros?

—Ya los tengo. —Jace levantó un montón de tomos de aspecto pesado de una mesa cercana. —¿Tenemos tiempo para ir a mi habitación? Si pudiese buscar algunas de mis cosas...

—¿Qué quieres?

Jace se encogió de hombros.

—Principalmente ropa, algunas armas.

Sebastian sacudió la cabeza.

—Es demasiado peligroso. Tenemos que entrar y salir rápido. Sólo artículos de emergencia.

—Mi chaqueta favorita es un artículo de emergencia —insistió Jace. Esta conversación era muy parecida a cuando hablaba con Alec, o con cualquiera de sus amigos. —Como yo, es bien caliente y está a la moda.

—Mira, tenemos todo el dinero que podamos desear —le dijo Sebastian—. *Compra* ropa. Además, vas a gobernar este lugar en un par de semanas. Puedes izar tu chaqueta favorita en el asta de la bandera y hacerla volar como si fuera un banderín.

Jace se rio, ese suave y rico sonido que Clary amaba.

—Te lo advierto, esa chaqueta es sexy. El Instituto podría arder en llamas muy, muy ardientes.

—Sería bueno para el lugar. Es demasiado triste en este momento. —Sebastian agarró la parte posterior de la chaqueta actual de Jace en un puño y lo movió hacia los lados—. Ahora nos vamos. Agarra los libros. —Bajó la mirada a su mano derecha, donde un delgado anillo de plata brillaba; con la mano que no sujetaba a Jace, usó su pulgar para girar el anillo.

—Hey, —dijo Jace—. ¿Crees que...? —Dejó de hablar, y por un momento Clary creyó que fue porque había mirado hacia arriba y la había visto (su rostro estaba inclinado hacia arriba) pero incluso cuando ella contuvo el aliento, ambos se desvanecieron, desapareciendo como espejismos en el aire.

Lentamente, Clary puso la cabeza sobre su brazo. Su labio estaba sangrando donde lo había mordido; podía saborear la sangre en su boca. Sabía que debía levantarse, moverse, salir corriendo. No se suponía que estuviera aquí. Pero el hielo en sus venas se había vuelto tan frío, que tenía miedo de que si se movía, se rompiera en pedazos.

Alec se despertó con Magnus sacudiendo su hombro.

—Vamos, dulzura —decía—. Es hora de levantarse y enfrentar el día.

Alec se desenredó de su nido de almohadas y sábanas y parpadeó a su novio. Magnus, a pesar de haber dormido muy poco, se veía irritablemente alegre. Su cabello estaba mojado, goteando sobre los hombros de su camisa blanca haciéndola transparente. Estaba usando jeans agujereados y dobladillos deshilachados, lo que significaba que tenía la intención de pasar el día sin salir del departamento.

—¿Dulzura? —preguntó Alec.

—Lo estaba probando.

Alec negó con la cabeza.

—No.

Magnus se encogió de hombros.

—Voy a seguir con él. —Le tendió una taza azul de café preparado de la manera que le gustaba a Alec: negro, con azúcar—. Despierta.

Alec se incorporó, frotándose los ojos, y tomó la taza. El primer trago amargo envió un cosquilleo de energía a través de sus nervios. Recordaba haber estado acostado la noche anterior esperando a Magnus para que volviera a la cama, pero eventualmente el agotamiento lo superó y se había quedado dormido alrededor de las cinco a.m.

—No voy a ir a la reunión del Concejo hoy.

—Lo sé, pero se supone que te vas a encontrar con tu hermana y los otros, en el parque que queda cerca de Turtle Pond. Me dijiste que te lo recordara.

Alec movió las piernas por el lado de la cama.

—¿Qué hora es?

Magnus gentilmente tomó la taza de su mano antes de que el café se derramara y la puso sobre la mesita de noche.

—Estás bien. Te queda una hora. —Se inclinó hacia adelante y presionó sus labios contra los de Alec; Alec recordaba la primera vez que se habían besado, aquí en este departamento, y quería envolver los brazos alrededor de su novio y acercarlo. Pero algo lo detuvo.

Se levantó, desenredándose a sí mismo, y fue a la oficina. Tenía un cajón donde estaba su ropa. Un lugar para su cepillo de dientes en el baño. Una llave de la puerta principal. Una cantidad decente de bienes suficientes para iniciar la vida de cualquier persona, y aun así, no podía apartar la sensación fría en su estómago.

Magnus se había acostado boca arriba en la cama y miraba a Alec, un brazo detrás de su cabeza.

—Usa esa bufanda —le aconsejó, señalando una bufanda de cachemira azul colgando de una percha—. Combina con tus ojos.

Alec la miró. De repente, se llenó de odio, por la bufanda, por Magnus, y, sobre todo, por sí mismo.

—No me digas —dijo él—. La bufanda tiene cien años de antigüedad, y te la regaló la Reina Victoria justo antes de morir, por servicios especiales a la Corona o algo así.

Magnus se sentó.

—¿Qué te pasa?

Alec se le quedó viendo.

—¿Soy lo más nuevo de este departamento?

—Creo que ese honor se lo lleva Presidente Miau. Sólo tiene dos años.

—Dije lo más nuevo, no lo más joven —espetó Alec—. ¿Quién es W.S.? ¿Es Will?

Magnus sacudió la cabeza como si tuviera agua dentro de los oídos.

—¿Qué diablos? ¿Te refieres a la tabaquera? W.S. es Woolsey Scott. Él...

—Fundó el Praetor Lupus. Lo sé. —Alec se puso los pantalones y subió el cierre—. Ya lo has mencionado antes, y además, es una figura histórica. Y su tabaquera está en tu cajón de basura. ¿Qué más hay ahí dentro? ¿El corta uñas de Jonathan Cazador de Sombras?

Los ojos de gato de Magnus eran fríos.

—¿De dónde viene todo esto, Alexander? Yo no te miento. Si hay algo acerca mí que quieras saber, puedes preguntar.

—Mentira —dijo Alec sin rodeos, abrochándose la camisa—. Eres amable, gracioso y todas esas cosas asombrosas, pero lo que no eres es abierto, *dulzura*. Puedes hablar todo el día acerca de los problemas de otras personas, pero nunca hablas de ti mismo o tu historia, y cuando sí pregunto, te retuerces como gusano en un anzuelo.

—Tal vez porque no puedes preguntarme de mi pasado sin empezar una pelea sobre cómo yo voy a vivir para siempre y tú no —espetó Magnus—. Tal vez porque la inmortalidad rápidamente se está convirtiendo en la tercera persona de nuestra relación, Alec.

—No se supone que nuestra relación deba *tener* una tercera persona.

—Exacto.

Se formó un nudo en la garganta de Alec. Había miles de cosas que quería decir, pero él nunca había sido bueno con las palabras como Jace y Magnus. En su lugar, tomó la bufanda azul de su percha y la envolvió de manera desafiante alrededor de su cuello.

—No me esperes despierto —dijo—. Puede ser que patrulle esta noche.

A medida que salía del departamento, escuchó a Magnus gritar detrás de él—: Y esa bufanda, para que lo sepas, ¡es de *Gap*! ¡La compré el año pasado!

Alec puso los ojos en blanco y se fue corriendo por las escaleras al vestíbulo. La única bombilla que, por lo general alumbraba el lugar estaba apagada, y el espacio estaba tan oscuro que por un momento no vio a la figura encapuchada deslizarse hacia

él desde las sombras. Cuando la vio, se sorprendió tanto que dejó caer su llavero con un sonido metálico.

La figura se le acercó. No podía ver nada de ella, ni edad, ni género, ni especie. La voz que vino de debajo de la capucha era crujiente y baja.

—Tengo un mensaje para usted, Alec Lightwood —dijo—. De Camille Belcourt.

—¿Quieres que patrullemos juntos esta noche? —preguntó Jordan, de manera un tanto abrupta.

Maia se volteó para mirarlo con sorpresa. Estaba recostado contra la encimera de la cocina, con los codos sobre la superficie tras de él. Había una despreocupación en su postura que era demasiado estudiada para ser sincera. Ese era el problema de conocer tan bien a alguien, pensó ella. Era difícil fingir alrededor de ellos, o ignorar cuando ellos estaban fingiendo, incluso aunque fuera lo más fácil.

—¿Patrullar juntos?— Repitió ella. Simon estaba en su habitación, cambiándose de ropa; ella le había dicho que lo acompañaría al metro, y ahora deseaba no haberlo hecho. Sabía que debía haber contactado a Jordan desde la última vez que lo había visto, cuando, imprudentemente, lo había besado. Pero entonces Jace desapareció y todo el mundo pareció haberse destrozado en pedazos, lo que le había dado la excusa que ella había necesitado para evitar el problema.

Por supuesto, no pensar en tu ex novio que había roto tu corazón y te había convertido en un hombre lobo era mucho más fácil cuando él no estaba justo frente a ti, usando una camisa verde que abrazaba su cuerpo musculoso en los lugares indicados y hacía resaltar el color avellana de sus ojos.

—Creí que iban a cancelar las patrullas de búsqueda de Jace —dijo ella, apartando la mirada de él.

—Bueno, no tanto cancelar, sino disminuirlas. Pero yo estoy con Praetor, no con la Clave. Puedo buscar a Jace en mi propio tiempo.

—Claro —coincidió ella.

Él estaba jugando con algo en la encimera, arreglándolo, pero su atención aún estaba en ella.

—¿Quieres, tú sabes...? Solías querer ir a la universidad en Stanford. ¿Te gustaría aún?

Su corazón dio un vuelco.

—No he pensado en la universidad desde...— Se aclaró la garganta—. No desde que cambié.

Se sonrojó.

—Tú estabas... Quiero decir, siempre quisiste ir a California. Ibas a estudiar historia, y yo me iba a mudar allá y todo eso. ¿Recuerdas?

Maia metió las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta de cuero. Sentía como si debiera estar enojada, pero no lo estaba. Durante mucho tiempo había culpado a

Jordan por el hecho de que había dejado de pensar en un futuro humano, con escuela, una casa, y una familia, algún día tal vez. Pero había otros lobos en la manada de la estación de policía que aun así perseguían sus sueños, sus artes. Bat, por ejemplo. Pero había sido decisión de ella detener su corta vida.

—Lo recuerdo —contestó.

Él se volvió a sonrojar.

—Sobre esta noche. Nadie ha buscado en el Navy Yard de Brooklyn, así que pensé... pero nunca es divertido ir solo. Pero si no quieres ir...

—No —respondió, escuchando su propia voz como si fuera la de alguien más—. Quiero decir, seguro. Iré contigo.

—¿En serio? —Sus ojos color avellana miraron hacia arriba, y Maia se maldijo por dentro. No debería ilusionarlo, no cuando no estaba segura de lo que sentía. Era simplemente difícil de creer que a él le importara tanto.

El medallón de Praetor Lupus brillaba en su garganta mientras se inclinaba hacia adelante, y ella olió el familiar aroma de su jabón, y debajo de eso: lobo. Ella alzó ligeramente la mirada hacia él, justo cuando la puerta de Simon se abrió y él salía, poniéndose una sudadera. Se paró en seco en la entrada, sus ojos se movían de Jordan a Maia, y sus cejas se elevaron poco a poco.

—Sabes, puedo llegar solo al metro —le dijo a Maia, con una leve sonrisa en la comisura de sus labios—. Si quieres quedarte...

—No. —Maia sacó las manos de sus bolsillos apresuradamente, donde habían estado cerradas en un puño nervioso—. No, iré contigo. Jordan, yo... te veo más tarde.

—Esta noche —gritó, pero ella no se volteó para mirarlo; ya estaba corriendo tras Simon.

Simon caminaba solo por la pequeña inclinación de la colina, escuchando los gritos de los jugadores de frisbee en el Sheep Meadow detrás de él, como música lejana. Era un brillante día de noviembre, frío y con viento, el sol iluminaba lo que quedaba de las hojas de los árboles, dándoles brillantes tonos rojos, dorados y ámbar.

La cima de la colina estaba cubierta por cantos rodados. Podías ver cómo el parque había sido cortado de los que había sido un desierto de árboles y piedras. Isabelle estaba sentada encima de una de las rocas, usando un largo vestido de seda color verde botella y una capa bordada negra y plateada sobre éste. Miró hacia arriba mientras Simon se dirigía en su dirección, apartando su largo y oscuro cabello de su cara.

—Creí que estarías con Clary —dijo cuando él se acercó—. ¿Dónde está?

—Dejando el Instituto —contestó, sentándose al lado de Isabelle en la roca y metiendo las manos en los bolsillos de su cazadora—. Me envió un mensaje. Llegará pronto.

—Alec está en camino... —empezó, y se detuvo cuando el bolsillo de Simon vibró. O, más exactamente, el teléfono en su bolsillo vibró—. Creo que alguien te envió un mensaje.

Se encogió de hombros.

—Lo veré más tarde.

Le lanzó una mirada por debajo de sus largas pestañas.

—Lo que sea, estaba diciendo, Alec también está en camino. Tuvo que recorrer todo el camino desde Brooklyn, así que...

El teléfono de Simon volvió a vibrar.

—Muy bien, ya está. Si tú no lo vas a contestar, yo lo haré. —Isabelle se inclinó hacia adelante, contra las protestas de Simon, y deslizó la mano dentro de su bolsillo. La parte superior de su cabeza rozó su barbilla. Él olió su perfume a vainilla y el aroma de su piel debajo. Cuando ella sacó el teléfono y se alejó, se encontró aliviado y decepcionado.

Ella entrecerró los ojos a la pantalla.

—¿Rebecca? ¿Quién es *Rebecca*?

—Mi hermana.

El cuerpo de Isabelle se relajó.

—Quiere encontrarse contigo. Dice que no te ha visto desde...

Simon tomó el teléfono de su mano y lo apagó antes de meterlo de nuevo dentro de su bolsillo.

—Lo sé, lo sé.

—¿No quieres verla?

—Más que... más que cualquier cosa. Pero no quiero que *sepa*. Sobre mí. —Simon agarró un palo y lo arrojó—. Mira lo que pasó cuando mi madre se enteró.

—Establece entonces una reunión con ella en un lugar público. Donde no pueda enloquecer. Lejos de tu casa.

—Incluso aunque no pueda enloquecer, aún me puede ver como lo hizo mi madre —dijo Simon en voz baja—. Como si fuera un monstruo.

Isabelle tocó su muñeca suavemente.

—Mi mamá echó a Jace cuando creyó que era hijo de Valentine y un espía, luego se arrepintió mucho. Mamá y papá están superando lo de Alec con Magnus. Tu mamá también lo va a superar. Pon a tu hermana de tu lado. Eso ayudará. —Inclinó un poco la cabeza—. Creo que, algunas veces, los hermanos entienden más que los padres. No está el mismo peso de las expectativas. Yo jamás podría dejar desinformado a Alec. No importa lo que hiciera. Jamás. Ni a Jace. —Ella le dio un apretón a su brazo, luego dejó caer su mano—. Mi hermano menor murió. Nunca más lo volveré a ver. No hagas que tu hermana pase por eso.

—¿Pasar por qué? —Era Alec, subiendo por la ladera de la colina, pateando hojas secas fuera de su camino. Estaba usando su jersey raído habitual y jeans, pero una bufanda azul oscuro que combinaba con sus ojos estaba envuelta alrededor de su

garganta. Ahora, eso tenía que haber sido un regalo de Magnus, pensó Simon. De ninguna manera Alec se habría comprado algo así para sí mismo. El concepto de combinar no parecía importarle.

Isabelle se aclaró la garganta.

—La hermana de Simon...

No llegó más allá de eso. Hubo una ráfaga de aire frío, trasladando consigo un remolino de hojas muertas. Isabelle levantó una mano para proteger su rostro del polvo mientras el aire comenzaba a brillar con la translucidez inconfundible de un portal, y Clary apareció ante ellos, con la estela en una mano y su rostro mojado por las lágrimas.

4

Y la Inmortalidad

Traducido por CairAndross

¿Y estás completamente segura de que era Jace? —preguntó Isabelle por lo que a Clary le parecía la cuadragésima séptima vez.

Clary se mordió el labio ya dolorido y contó hasta diez.

—Soy yo, Isabelle —dijo—. ¿Honestamente crees que yo no reconocería a Jace? —levantó la mirada hacia Alec, erguido sobre ellas, con su bufanda azul ondeando como una bandera al viento—. ¿Tú podrías confundir a alguien más con Magnus?

—No. Eso nunca —dijo él, sin perder el ritmo. Sus ojos azules estaban turbados, oscuros por la preocupación—. Yo sólo... quiero decir, por supuesto que lo preguntamos. No le da ningún sentido.

—Podría ser un rehén —opinó Simon, echándose hacia atrás contra una roca. El sol otoñal tornaba sus ojos del color de los granos del café—. Algo así como que Sebastian estuviera amenazándolo con que, si Jace no cumple bien sus planes, Sebastian le hará daño a alguien que le importe.

Todos los ojos fueron hacia Clary, pero ella sacudió la cabeza con frustración.

—Ustedes no los vieron juntos. Nadie actúa de ese modo cuando es un rehén. Parecía totalmente feliz de estar allí.

—Entonces, está poseído —razonó Alec—. Como lo estaba por Lilith.

—Eso fue lo que pensé al principio. Pero cuando estaba poseído por Lilith era como un robot. Sólo seguía diciendo las mismas cosas, una y otra vez. Pero éste era Jace. Estaba haciendo bromas, como Jace. Sonriendo como él.

—Tal vez tiene el Síndrome de Estocolmo —sugirió Simon—. Ya sabes, cuando te lavan el cerebro y empiezas a simpatizar con tu captor.

—Se necesitan *meses* para desarrollar el Síndrome de Estocolmo —objetó Alec—. ¿Qué aspecto tenía? ¿Herido, o enfermo en algún modo? ¿Puedes describirlos a ambos?

No era la primera vez que se lo pedía. El viento soplaba hojas secas alrededor de sus pies, mientras Clary les relataba, otra vez, cómo lucía Jace: vibrante y saludable. Al igual que Sebastian. Ambos le habían parecido completamente calmados. Las ropas de Jace eran limpias, elegantes, comunes. Sebastian llevaba un largo abrigo de lana negra, que parecía caro.

—Igual que un mal anuncio de Burberry⁸ —dijo Simon, cuando ella terminó. Isabelle le lanzó una mirada.

—Tal vez Jace tiene un plan —sugirió—. Tal vez está engañando a Sebastian. Tratando de captar su buena voluntad, averiguando cuáles son sus planes.

—Uno pensaría que, si está haciendo eso, tendría que haber descubierto una manera de informarnos al respecto —dijo Alec—, no dejar que entremos en pánico. Eso es demasiado cruel.

—A menos que no pudiera correr el riesgo de enviarnos un mensaje. Debe creer que confiamos en él. Porque *confiamos* en él —la voz de Isabelle se elevó, y ella se estremeció, rodeándose con los brazos. Los árboles que bordeaban el sendero de grava donde estaban sacudieron sus ramas desnudas.

—Tal vez *deberíamos* decírselo a la Clave —dijo Clary, oyendo su propia voz como si proviniera de lejos—. Esto es... No veo cómo podemos manejar esto por nosotros mismos.

—No podemos decírselo a la Clave —la voz de Isabelle era dura.

—¿Por qué no?

—Si ellos piensan que Jace está cooperando con Sebastian, la orden será matarlo apenas lo vean —dijo Alec—. Ésa es la Ley.

—¿Incluso si Isabelle tiene razón? ¿Incluso si él sólo está jugando con Sebastian? —inquirió Simon, con una nota de duda en su voz—. ¿Tratando de seguir a su lado para obtener información?

—No hay forma de probarlo. Y si nosotros afirmamos que es lo que está haciendo, y eso regresa a Sebastian, probablemente matará a Jace —contestó Alec—. Si Jace está poseído, la Clave misma lo matará. No podemos decirles nada. —Su voz era dura. Clary lo miró con sorpresa; por lo general, Alec era el que más seguía las reglas de entre todos ellos.

—Es Sebastian de quien estamos hablando —dijo Izzy—. No hay nadie que odie más la Clave, excepto Valentine, y está muerto. Pero casi todo el mundo conoce a alguien que murió en la Guerra Mortal, y Sebastian es el único que quitó las salvaguardas.

Clary hizo una raya con su zapatilla en la grava bajo sus pies. Toda la situación parecía un sueño, como si fuera a despertar en cualquier momento.

—Entonces, ¿qué sigue?

—Hablemos con Magnus. A ver si él tiene alguna idea. —Alec tiró de una esquina de su bufanda—. No acudirá al Concejo. No, si yo le pido que no lo haga.

—Es mejor que no lo haga —dijo Isabelle, indignada—. De otro modo, sería el peor novio desde *siempre*.

—Dije que no lo haría...

⁸ Burberry: casa británica de moda de lujo, que fabrica ropa y otros complementos. Tiene el título de Proveedor de la Familia Real Británica.

—¿Tiene algún sentido ahora? —preguntó Simon—. ¿El ver a la Reina Seelie? Ahora que sabemos que Jace está poseído o, quizás, ocultándose a propósito...

—No te pierdes una cita con la Reina Seelie —dijo Isabelle firmemente—. No, si te valoras tu piel en la forma que tiene ahora.

—Pero ella sólo va a quitarle los anillos a Clary y no aprenderemos nada —argumentó Simon—. Ahora sabemos más. Ahora tenemos preguntas diferentes para ella, pero no querrá responderlas. Sólo responderá a las viejas preguntas. Así es como *funcionan* las hadas. Ellas no hacen favores. No es como si nos dejara ir a hablar con Magnus y luego regresar.

—Eso no importa —Clary frotó las manos sobre su rostro. Habían salido secas. En algún punto, sus lágrimas dejaron de brotar, gracias a Dios. No habría querido hacer frente a la Reina luciendo como si acaba de echarse los ojos berreando—. Nunca tuve los anillos.

Isabelle parpadeó.

—¿Qué?

—Después de ver a Jace y Sebastian, estaba demasiado alterada para ir por ellos. Así que sólo salí corriendo del Instituto y abrí un Portal hacia aquí.

—Bueno, entonces no podemos ver a la Reina —dijo Alec—. Si no hiciste lo que te pidió, estará furiosa.

—Estará más que furiosa —afirmó Isabelle—. Vieron lo que le hizo a Alec la última vez que fuimos a la Corte. Y eso fue sólo un glamour. Probablemente va a convertir a Clary en una langosta o algo así.

—Ella lo sabía —dijo Clary—. Dijo: “Cuando lo encuentren otra vez, puede que no sea exactamente como lo dejaron” —La voz de la Reina Seelie cruzó por la cabeza de Clary. Se estremeció. Podía entender por qué Simon odiaba tanto a las hadas. Siempre sabían, exactamente, las palabras correctas que se arraigarían como una astilla clavada en tu cerebro, dolorosa e imposible de ignorar o eliminar—. Ella sólo se está divirtiendo con nosotros. Quiere esos anillos, pero creo que no hay ninguna posibilidad de que nos ayude realmente.

—Está bien —dijo Isabelle, dubitativa—. Pero si ella sabía tanto, podría saber mucho más. ¿Y quién será sería capaz de ayudarnos, ya que no podemos acudir a la Clave?

—Magnus —contestó Clary—. Estuvo tratando de descifrar el hechizo de Lilith todo este tiempo. Quizás, si le decimos lo que vi, eso lo ayudaría.

Simon puso los ojos en blanco.

—Es genial que conozcamos a la persona que está saliendo con Magnus —dijo—. De otro modo, tengo el presentimiento de que simplemente estaríamos dando vueltas todo el tiempo, preguntándonos qué demonios hacer a continuación. O tratando de recaudar el dinero para contratar a Magnus vendiendo limonada.

Alec se mostró meramente irritado por ese comentario.

—El único modo en que recaudes dinero suficiente para contratar a Magnus vendiendo limonada, es si le pones anfetaminas.

—Es una expresión. Todos somos conscientes de que tu novio es caro. Sólo deseaba que no tuviéramos que correr a él con cada problema.

—Eso es lo que hace —dijo Alec—. Magnus tiene otro trabajo hoy, pero le hablaré esta noche y nos podemos encontrar todos en su loft, mañana por la mañana.

Clary asintió. Ni siquiera podía imaginar el levantarse a la mañana siguiente. Sabía que cuanto antes hablaran con Magnus, mejor, pero se sentía vacía y exhausta, como si hubiera dejado litros de sangre en el suelo de la biblioteca del Instituto.

Isabelle se había acercado a Simon.

—Supongo que eso nos deja el resto de la tarde —comentó—. ¿Deberíamos ir a Taki's? Te servirían sangre.

Simon echó un vistazo a Clary, claramente preocupado.

—¿Quieres venir?

—No, está bien. Voy a tomar un taxi de regreso a Williamsburg. Debería pasar algo de tiempo con mi mamá. Toda esta cosa con Sebastian ya la tenía destrozada, y ahora...

El cabello negro de Isabelle flotó en el viento cuando sacudió bruscamente la cabeza.

—No puedes decirle lo que viste. Luke está en el Concejo. Él no puede ocultárselos y tú no puedes pedirle a ella que se lo oculte a él.

—Lo sé. —Clary miró las tres ansiosas miradas fijas en ella. *¿Cómo sucedió esto?*, pensó. Ella, quien nunca había guardado secretos de Jocelyn (no de los reales, en todo caso) estaba a punto de ir a su casa y ocultarle algo enorme, tanto a su madre como a Luke. Algo que sólo podía hablar con gente como Alec e Isabelle Lightwood y Magnus Bane, personas que, seis meses atrás, ni siquiera sabía que existía. Es extraño cómo tu mundo puede cambiar su eje, y todo en lo que confías puede invertirse en, lo que parece, muy poco tiempo.

Al menos, aún tenía a Simon. El constante y permanente Simon. Le dio un beso en la mejilla, hizo un gesto de despedida con la mano a los otros, y se volvió, consciente de que los otros tres la estaban observando preocupados, mientras ella se alejaba a través del parque, con las últimas hojas muertas que habían caído, crujendo bajo sus zapatillas de deporte como si fueran pequeños huesos.

Alec había mentido. No era Magnus quien tenía algo que hacer esa tarde. Era él.

Sabía que lo que estaba haciendo era un error, pero no podía evitarlo: era como una droga, esta necesidad de saber más. Y ahora, allí estaba, bajo tierra, sosteniendo su luz mágica y preguntándose qué demonios estaba haciendo.

Al igual que todas las estaciones de metro de Nueva York, ésta olía a óxido y agua, metal y decadencia. Pero, a diferencia de cualquier otra estación donde Alec hubiera

estado, se encontraba completamente en silencio. Junto a las marcas del daño provocado por el agua, las paredes y la plataforma estaban limpias. Techos abovedados, salpicados por ocasionales candelabros, se alzaban sobre él, con los arcos adornados con un patrón de azulejos color verde. En las placas de la pared, se leía CITY HALL en letras de molde.

La estación de metro City Hall había estado en desuso desde 1945, aunque la ciudad la seguía conservando como punto de referencia. El tren N° 6 corría a través de ella en ocasiones, para hacer un cambio de vía, pero no había nadie en esta plataforma. Alec se había arrastrado a través de una escotilla rodeada por árboles de cornejo en City Hall Park, para alcanzar este lugar, dejándose caer una distancia que, probablemente, hubiera roto unas piernas mundanas. Luego se puso de pie, respirando el aire polvoriento, con el corazón corriendo apresurado.

Allí era donde lo había dirigido la carta que el vampiro subyugado le entregó, en la puerta de entrada de Magnus. Al principio, había determinado que nunca utilizaría la información. Pero no había sido capaz de obligarse a arrojarla a la basura. La había hecho un bolsillo y la había metido en los bolsillos de sus jeans y, durante todo el día, incluso en Central Park, lo había estado carcomiendo en el fondo de su mente.

Era como toda la situación con Magnus. No podía dejar preocuparse, del mismo modo en que uno no puede dejar de menear un diente enfermo, sabiendo que empeorarás la situación, pero sin ser capaz de detenerte. Magnus no había hecho nada mal. No era su culpa ser cientos de años mayor, y haber estado enamorado antes. Pero corroía la paz en la mente de Alec de igual forma. Y ahora, sabiendo a la vez, más y menos que ayer acerca de la situación de Jace... era demasiado. Necesitaba hablar con alguien, ir a algún lado, *hacer algo*.

Así que allí estaba. Y allí estaba ella, estaba seguro de eso. Él se movía lentamente por el andén. El techo abovedado sobre su cabeza, una claraboya central que dejaba pasar la luz del parque sobre ésta, cuatro líneas de baldosas que irradiaban desde allí, como patas de una araña. Y al final de la plataforma había una escalera corta que conducía a la penumbra. Alec podía detectar la presencia de un glamour: cualquier mundano que lo observaba, veía una pared de concreto, pero él distinguió una puerta abierta. Silenciosamente, comenzó a subir los escalones.

Se encontró en una habitación oscura de techo bajo. Un tragaluz de cristal color amatista dejaba pasar un poco de luz. En un sombrío rincón de la habitación, había un elegante sofá de terciopelo, con el respaldo arqueado y dorado, y sobre el sofá, se sentaba Camille.

Era tan hermosa como Alec recordaba, a pesar de que no estaba en su mejor momento la última vez que la viera, sucia y encadenada a una tubería de un edificio en construcción. Ahora llevaba un traje negro limpio, con zapatos rojos de tacones altos, y su cabello se derramaba sobre los hombros en ondas y rizos. Tenía un libro abierto sobre su regazo: *La Place de l'Étoile*, de Patrick Modiano. Él sabía el suficiente francés como para traducir el título "*El Lugar de la Estrella*".

Ella miró a Alec, como si hubiera estado esperándolo.

—Hola, Camille —la saludó.

Ella parpadeó lentamente.

—Alexander Lightwood —dijo—. Reconocí tus pasos en la escalera.

Ella apoyó el dorso de la mano sobre su propia mejilla y le sonrió. Había algo distante en su sonrisa. Tenía toda la calidez del polvillo.

—No creo que tengas un mensaje de Magnus para mí.

Alec no dijo nada.

—Por supuesto que no —afirmó—. Tonta de mí. Como si él supiera que tú estás aquí.

—¿Cómo supiste que era yo? —preguntó él—. En la escalera.

—Eres un Lightwood —respondió Camille—, tu familia nunca se da por vencida. Sabía que no dejarías las cosas como estaban, después de lo que te dije aquella noche. El mensaje de hoy era sólo para refrescarte la memoria.

—No necesitaba que me recuerdes lo que me prometiste. ¿O estabas mintiendo?

—Hubiera dicho lo que fuera para liberarme esa noche —admitió ella—. Pero no estaba mintiendo —Se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes y oscuros a la vez—. Eres un Nefilim de la Clave y del Concejo. Hay un precio sobre mi cabeza por asesinar a un Cazador de Sombras. Pero ya sé que no has venido aquí para llevarme ante ellos, quieres respuestas.

—Quiero saber dónde está Jace.

—Quieres saberlo —dijo la mujer—, pero sabes que no hay razón para que yo tenga esa respuesta, y no la tengo. Te la daría, si pudiera. Sé que fue secuestrado por el hijo de Lilith y no tengo motivos para guardar algún tipo de lealtad hacia ella. Ella se ha ido. Sé que hubo patrullas buscándome, para descubrir lo que sea que pude saber. Puedo decírtelo ahora, no sé nada. Te diría dónde está tu amigo, si lo supiera. No tengo razones para hostilizar aún más a los Nefilim. —Se pasó una mano por su espeso cabello rubio—. Pero no es eso por lo que estás aquí. Admítelo, Alexander.

Alec sintió que su respiración se aceleraba. Había pensado en este momento, mientras yacía despierto en la noche junto a Magnus, oyendo la respiración del brujo y la suya propia, contándolas. Cada respiración, una respiración más cerca a envejecer y morir. Cada noche lo acercaba más al final de todo.

—Dijiste que conocías un modo de hacerme inmortal —dijo Alec—. Dijiste que sabías un modo para que Magnus y yo pudiéramos estar juntos para siempre.

—Lo dije, ¿no? ¡Qué interesante!

—Quiero que me hables de eso, ahora.

—Y lo haré —afirmó ella, bajando su libro—. Por un precio.

—Sin precio —exigió Alec—. Yo te liberaré. Me dirás lo que quiero saber, ahora. O te entregaré a la Clave. Ellos te encadenarán al techo del Instituto y esperarán al amanecer.

Sus ojos se tornaron duros y planos.

—No me importan las amenazas.

—Entonces dame lo que quiero.

Ella se puso de pie y pasó las manos por la parte delantera de la camisa, alisando las arrugas.

—Ven y bebe de mí, Cazador de Sombras.

Fue como si toda la frustración, el pánico y la desesperación de las últimas semanas estallaran en Alec. Saltó hacia Camille, justo cuando ella empezaba a hacerlo hacia él; sus colmillos chasquearon al salir.

Alec apenas tuvo tiempo de sacar su cuchillo serafín de su cinturón, antes de que ella estuviera sobre él. Había luchado antes contra vampiros, su rapidez y fuerza eran impresionantes. Era como luchar en el borde mismo de un tornado. Él se dejó caer a un lado, rodó sobre sus pies y lanzó una patada lateral en dirección a ella; eso la detuvo brevemente, lo suficiente para alzar el cuchillo y susurrar, "Nuriel".

La luz del cuchillo serafín se disparó como una estrella y Camille dudó... entonces se arrojó de nuevo contra él. Atacó, rasgando con sus largas uñas a lo largo de la mejilla y el hombro. Él sintió la tibieza y humedad de la sangre. Girando sobre sí mismo, le lanzó una cuchillada, pero ella se elevó en el aire, apartándose de su alcance mientras se reía y se burlaba de él.

Alec corrió por las escaleras que bajaban hacia el andén. Ella corrió detrás; él la esquivó, giró y se impulsó por la pared hacia el aire, arrojándose hacia Camille justo cuando ella se lanzaba hacia abajo. Chocaron a mitad del aire, ella gritando y atacándolo, él manteniendo un firme agarre sobre su brazo, incluso mientras se estrellaban contra el suelo, casi dejándolo sin aliento. Mantenerla firme a la tierra era la clave para ganar la pelea, y Alec agradeció silenciosamente a Jace, quien lo había hecho practicar volteretas una y otra vez en el cuarto de entrenamiento hasta que pudiera usar casi cualquier superficie para mantenerse en el aire, por al menos un momento o dos.

Lanzó tajos con el cuchillo serafín mientras rodaban por el piso, aunque ella esquivaba sus cortes con facilidad, moviéndose tan rápido que se había convertido en un borrón. Camille le dio una patada con sus tacones, apuñalándole las piernas con las puntas. Alec hizo una mueca y maldijo y ella le respondió con un impresionante torrente de basura que involucraba la vida sexual de él con Magnus, la vida sexual *de ella* con Magnus y quizás hubiera sido más, si no fuera porque alcanzaron el centro de la sala, donde el tragaluz irradiaba un círculo de luz solar sobre el piso. Sujetándola por la muñeca, Alec forzó la mano de Camille hacia abajo, dentro de la luz.

Gritó cuando aparecieron en su piel unas enormes ampollas blancas. Alec podía sentir el calor de su mano burbujeante. Con los dedos entrelazados con los de ella, jaló su mano hacia arriba, de vuelta a las sombras. Ella gruñó y le tiró una dentellada. Alec le dio un codazo en la boca, partiéndole los labios. Sangre de vampiro, de un color rojo destellante, más brillante que la sangre humana, le goteaba de la comisura de la boca.

—¿Has tenido suficiente? —gruñó—. ¿Quieres más? —Comenzó a forzar su mano hacia la luz del sol. Ya había empezado a sanar, la piel roja y ampollada se decoloraba a un tono rosado.

—¡No! —jadeó la mujer, tosió y comenzó a temblar, todo su cuerpo se estremecía. Después de un momento, se dio cuenta de que estaba *riéndose*, riéndose de él, a través de la sangre—. Esto me hace sentir viva, pequeño Nefilim. Una buena pelea como ésta... debería agradecerte.

—Agradéceme dándome la respuesta a mi pregunta —dijo Alec, jadeando—. O te convierto en cenizas. Estoy harto de tus juegos.

Los labios de ella se estiraron en una sonrisa. Sus cortes ya se habían curado, aunque su rostro aún estaba sangriento.

—No hay manera de hacerte inmortal. No sin magia negra o convertirte en vampiro, y tú has rechazado ambas opciones.

—Pero, tú has dicho... tu dijiste que hay otro modo en que podríamos estar juntos...

—Oh, lo hay. —Sus ojos brillaban—. Quizás no seas capaz de darte la inmortalidad, pequeño Nefilim, al menos no en términos que sean aceptables para ti. *Pero puedes arrebatársela a Magnus.*

Clary se sentó en su habitación, en la casa de Luke, con una pluma aferrada en la mano y un pedazo de papel extendido sobre el escritorio frente a ella. El sol ya se había puesto y la luz del escritorio estaba encendida, resplandeciendo sobre la runa que acaba de iniciar.

Había empezado a venir a ella durante el trayecto de regreso en la línea L del tren, mientras miraba por la ventanilla. No era nada que hubiera existido nunca antes, y se precipitó a casa desde la estación mientras la imagen aún estaba fresca en su mente, restó importancia a las preguntas de su madre, se encerró en su habitación y puso la pluma sobre el papel...

Golpearon a la puerta. Rápidamente, Clary deslizó el papel que estaba dibujando bajo una hoja en blanco, mientras su madre entraba a la habitación.

—Lo sé, lo sé —dijo Jocelyn, alzando una mano contra las protestas de Clary—. Quieres que te deje sola. Pero Luke hizo la cena y debes comer.

Clary le dirigió una mirada a su madre.

—Tú también. —Jocelyn, al igual que su hija, estaba sufriendo una pérdida de apetito por el estrés y su rostro parecía hueco. En ese momento, debería estar preparándose para su luna de miel y dispuesta a empacar sus maletas hacia algún lugar hermoso y lejano. En lugar de ello, su boda estaba pospuesta indefinidamente y Clary podía oír su llanto a través de las paredes, por la noche. Clary conocía ese llanto, nacido de la ira y la culpa, un llanto que decía: *Todo esto es mi culpa.*

—Comeré si tú lo haces —dijo Jocelyn, forzando una sonrisa—. Luke hizo pasta.

Clary se giró en su silla, disponiendo su cuerpo en un ángulo deliberado para bloquear la vista de su madre del escritorio.

—Mamá —dijo—. Hay algo que quería preguntarte.

—¿Qué es?

Clary mordió el extremo de su pluma, un mal hábito que tenía desde que empezó a dibujar.

—Cuando estuve en la Ciudad Silenciosa con Jace, los Hermanos me dijeron que hay una ceremonia que se lleva a cabo en el momento del nacimiento de un Cazador de Sombras, una ceremonia que los protege. Que las Hermanas de Hierro y los Hermanos Silenciosos son los que la realizan. Y me estaba preguntando...

—¿Si la ceremonia se llevó a cabo sobre ti, alguna vez?

Clary asintió.

Jocelyn soltó el aliento y pasó las manos a través de su cabello.

—Así fue —afirmó—. Lo arreglé a través de Magnus. Estuvo presente un Hermano Silencioso, alguien que juró guardar el secreto, y una bruja que tomó el lugar de la Hermana de Hierro. Casi no quería hacerlo. No quería pensar que podías estar en peligro por algo sobrenatural, después de que yo me hubiera ocultado con tanto cuidado. Pero Magnus me convenció y tenía razón.

Clary la miró con curiosidad

—¿Quién era la bruja?

—¡Jocelyn! —Era Luke, gritando desde la cocina—. ¡El agua está hirviendo!

Jocelyn dio un rápido beso en la cabeza de Clary.

—Lo siento. Emergencia culinaria. ¿Te veo en cinco minutos?

Clary asintió con la cabeza mientras su madre salía corriendo de la habitación, y luego se volvió hacia su escritorio. La runa que estaba creando aún estaba allí, jugueteando al borde de su mente. Empezó a dibujar de nuevo, completando el diseño que tenía iniciado. Cuando terminó, se sentó y observó lo que había hecho. Se parecía un poco a las runas de Apertura, pero no lo era. Era un patrón tan simple como una cruz y tan nuevo como el mundo de un recién nacido. Contenía una amenaza latente, una sensación que había nacido de su rabia, su culpa y su ira impotente.

Era una runa poderosa. Pero aunque sabía exactamente lo que significaba y cómo podía usarla, no podía pensar ni un solo modo en el cual, posiblemente, podría ser útil en la situación actual. Era como tener su coche roto en un camino solitario, escarbar desesperadamente alrededor de un árbol y extraer triunfalmente una extensión de cable en lugar de un cable de puente.

Sentía como si su propio poder se estuviera riendo de ella. Con una maldición, dejó caer la pluma sobre el escritorio y puso la cabeza entre las manos.

El interior del viejo hospital había sido cuidadosamente blanqueado, dándole un resplandor misterioso a cada una de las superficies. La mayoría de las ventanas

estaban tapiadas, pero incluso en la penumbra, la vista mejorada de Maia podía distinguir los detalles: el polvo cernido de yeso a lo largo de los desnudos pisos de los pasillos, las marcas donde habían puesto las luces de la construcción, pedazos de cable pegoteados a la pared por grumos de pintura, ratones escarbando en los rincones oscuros.

Una voz habló por detrás de ella.

—He estado buscando en el ala este. Nada. ¿Qué hay de ti?

Maia se dio la vuelta. Jordan estaba de pie tras ella, vestido con jeans oscuros y un jersey negro con la cremallera semiabierta sobre una camiseta verde. Sacudió la cabeza.

—Tampoco hay nada en el ala oeste. Unas bonitas escaleras desvencijadas. Lindos detalles arquitectónicos, si ese tipo de cosas te interesa.

Él sacudió la cabeza.

—Salgamos de aquí, entonces. Este lugar me da escalofríos.

Maia estuvo de acuerdo, aliviada de saber que no era la que tuvo que decirlo. Empezó a caminar junto a Jordan, mientras bajaban por un conjunto de escaleras cuyas barandillas estaban tan desmenuzadas que el yeso desmoronado parecía nieve. No estaba segura de por qué había consentido en patrullar con él exactamente, pero no podía negar que hacían un equipo decente.

Era fácil estar con Jordan. A pesar de lo que pasó entre ellos, justo antes que Jace desapareciera, él era respetuoso, mantenía su distancia sin hacerla sentir incómoda. La luz de la luna brillaba sobre ambos mientras salían del hospital y en el espacio abierto delante de éste. Era un gran edificio de mármol blanco, cuyas ventanas entabladas parecían ojos ciegos. Un árbol torcido dejaba escapar sus últimas hojas, encorvado frente a las puertas delanteras.

—Bueno, eso fue una pérdida de tiempo —comentó Jordan. Maia lo miró. Él tenía la vista fija en el antiguo hospital naval, que era como lo prefería. Le gustaba mirar a Jordan cuando él no la estaba mirando. De ese modo, podía observar el ángulo de su mandíbula, la forma en que su cabello oscuro se rizaba en la parte posterior de su cuello, la clavícula bajo el escote en V de su camisa, sin sentir como si él esperara algo más de ella por mirarlo.

Él había sido un chico bonito e inconformista cuando lo conoció, todo ángulos y pestañas, pero ahora se veía mayor, con nudillos llenos de cicatrices y músculos que se movían suavemente bajo su ajustada camiseta verde. Aún tenía el tono aceitunado de la piel, que hacía eco de su herencia italiana, y los ojos color avellana que ella recordaba, a pesar que ahora tenía las pupilas rodeadas de dorado de los licántropos. Las mismas pupilas que ella veía cuando se miraba en el espejo cada mañana. Las pupilas que tenía debido a él.

—¿Maia? —Él la estaba mirando con curiosidad—. ¿En qué estás pensando?

—Oh. —Parpadeó—. Yo, ah... No, no creo que tuviera mucho sentido buscar en el hospital. Quiero decir, para ser honesta, no veo en absoluto el porqué de que nos

enviaran aquí. ¿El Brooklyn Navy Yard? ¿Por qué estaría Jace aquí? No es como si él tuviera alguna cosa por los barcos.

La expresión de Jordan pasó de interrogativamente burlona a una mucho más oscura.

—Cuando los cuerpos son arrojados al East River, la mayoría de las veces emergen aquí. En los astilleros navales.

—¿Crees que estamos buscando un *cuerpo*?

—No lo sé. —Se volvió con un encogimiento de hombros y comenzó a caminar. Sus botas crujían en la hierba seca y raleada—. Tal vez. En este momento, sólo estoy buscando porque se sentiría mal darse por vencido.

Su paso era lento, sin prisa; caminaban hombro con hombro, casi tocándose. Maia mantuvo los ojos fijos en los rascacielos de Manhattan más allá del río, un baño de brillante luz blanca que se reflejaba en el agua. Mientras se acercaban a la poco profunda Wallabout Bay, el arco del Puente de Brooklyn y el rectángulo iluminado del South Steet Seaport quedaron a la vista. Podía oler el miasma contaminada del agua, la suciedad y el combustible del astillero naval, el aroma de los pequeños animales que se movían en el césped.

—No creo que Jace esté muerto —dijo finalmente—. Creo que no quiere que lo encuentren.

Ante eso, Jordan la miró.

—¿Estás diciendo que no deberíamos buscarlo?

—No —dudó. Habían salido al río, cerca de un muro bajo; ella deslizaba su mano por encima de la parte superior del mismo mientras caminaban. Había una estrecha franja de asfalto entre ellos y el agua—. Cuando hui a Nueva York, no quería que me encontraran. Pero me hubiera gustado la idea que alguien me estuviera buscando, tan arduamente como todo el mundo está buscando a Jace Lightwood.

—¿Te gusta Jace? —la voz de Jordan era neutral.

—¿Gustarme? Bueno, no de *ese* modo.

Jordan rio.

—No quise decir eso. Aunque parece que él se considera increíblemente atractivo, por lo general.

—¿Vas a sacar esa cosa de chico heterosexual, donde finges que no puedes saber si otros chicos son atractivos o no? Jace, el tipo peludo del deli de la Novena. ¿Todos se ven iguales para ti?

—Bueno, el tipo peludo tiene ese lunar, así que creo que Jace le sacaría una cabeza. Si te gusta toda esa cosa de rubio cincelado “Abercrombie and Fitch¹⁰ desearía tenerme como modelo”. —La miró a través de sus pestañas.

⁹ Brooklyn Navy Yard: Astilleros Navales de Brooklyn. Base de astilleros navales, que cubre casi 1 km², abandonado como tal desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Varios de sus edificios, incluyendo el Hospital Naval, son considerados patrimonio histórico de la ciudad.

¹⁰ Abercrombie y Fitch: compañía de modas estadounidense, generalmente abreviada A&F, que se enfoca en ropa informal para consumidores de entre 18 y 25 años.

—Siempre me han gustado los chicos de cabello oscuro —dijo ella, en voz baja.

Él miró el río.

—Como Simon.

—Bueno... sí. —Maia no había pensado de esa forma en Simon, en un tiempo—. Supongo que sí.

—Y te gustan los músicos. —Él se estiró y sacó una hoja de una sobrecargada rama colgante—. Quiero decir, yo soy cantante, Bat era DJ y Simon...

—Me gusta la música. —Maia se apartó el cabello del rostro.

—¿Qué más te gusta? —Jordan destrozó la hoja entre sus dedos. Hizo una pausa y se izó, para sentarse en el muro bajo, girando sobre sí mismo para enfrentarla—. Quiero decir, ¿hay algo que te guste tanto que crees que podrías desear dar algo por ello, como la vida?

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cuando me hice esto? —Abrió la cremallera de su suéter y lo quitó de uno de sus hombros. La camiseta que llevaba debajo era de mangas cortas. Unas palabras en sánscrito de rodeaban cada uno de sus bíceps; los Mantras Shanti. Ella los recordaba muy bien. Su amiga Valerie se los había hecho después de horas y de forma gratuita, en su tienda de tatuajes de Red Bank. Maia dio un paso hacia él. Como estaba sentado y ella de pie, quedaban casi cara a cara. Estiró una mano y, vacilante, deslizó sus dedos alrededor de las letras tatuadas sobre su brazo izquierdo. Los ojos de él se cerraron ante su contacto.

—*Guíanos desde lo irreal a lo real* —leyó ella, en voz alta—. *Guíanos desde la oscuridad a la luz. Guíanos desde la muerte a la inmortalidad.* —La piel de él se sentía suave bajo la punta de los dedos—. De las Upanishads¹¹.

—Fueron idea tuya. Tú eras la que siempre estaba leyendo. Tú eras la que sabía todo... —Abrió los ojos y la miró. Los tenía de un tono más claro que el agua detrás de él—. Maia, lo que sea que quieras hacer, te ayudaré. He ahorrado un montón de mi salario del Praetor. Podría dártelo... cubriría tu matrícula para Stanford. Bueno, la mayor parte. Si aún quieres ir.

—No lo sé —dijo ella, con su mente girando en torbellino—. Cuando me uní a la manada, creí que no podías ser un hombre lobo y cualquier otra cosa. Pensé que sólo estaba viviendo en la manada, realmente sin tener una identidad. Me sentía más segura de esa manera. Pero Luke, él tiene una vida. Es dueño de una librería. Y tú, tú estás en el Praetor. Supongo que... puedes ser más de una cosa.

—Siempre lo has sido. —Su voz era baja y gutural—. Ya sabes, lo que dijiste antes, que cuando huiste, te hubiera gustado pensar que alguien te estaba buscando. —Él respiró hondo—. Yo te estaba buscando. Nunca dejé de hacerlo.

¹¹ Upanishad: designa a cada uno de los más de 200 libros sagrados hinduistas escritos en idioma sánscrito entre los siglos VII y principios del siglo XX.

Ella encontró sus ojos color avellana. Él no se movió, pero las manos que aferraban sus rodillas tenían los nudillos blancos. Maia se inclinó hacia delante, lo suficientemente cerca para ver la débil sombra de la barba a lo largo de su mandíbula, para aspirar su esencia, aroma a lobo, pasta de dientes y muchacho. Puso sus manos sobre las de él.

—Bueno —dijo—. Me encontraste.

Sus rostros estaban a sólo centímetros de distancia uno del otro. Ella sintió su aliento sobre los labios antes de que la besara, se inclinó y sus ojos se cerraron. Jordan tenía la boca tan suave como la recordaba, sus labios masajearon gentilmente los de ella, enviando escalofríos a través de todo su cuerpo. Alzó los brazos para envolverlos alrededor de su cuello, para deslizar los dedos bajo su rizado cabello oscuro, para tocar ligeramente la piel desnuda de la nuca, el borde del cuello de la gastada camisa.

Él la jaló más cerca. Estaba temblando. Maia percibió el calor del cuerpo fuerte contra el suyo, mientras las manos de él se deslizaban por su espalda.

—Maia —susurró Jordan, antes de empezar a levantar el dobladillo de su suéter. Sus dedos estaban aferrados a la parte baja de su espalda. Sus labios se movían contra los de ella—. Te amo. Nunca he dejado de amarte.

Eres mía. Siempre serás mía.

Con el corazón martillando, se apartó de un salto, tirando de su suéter hacia abajo.

—Jordan... detente.

Él la miró con una expresión aturdida y preocupada

—Lo siento. ¿Algo no estaba bien? No he besado a nadie más que a ti, no desde...

—Dejó de hablar.

Ella sacudió la cabeza.

—No, es sólo que... no puedo.

—Está bien —dijo. Se venía muy vulnerable sentado allí, con su consternación escrita por todo el rostro—. No tenemos que hacer nada...

Ella buscó las palabras a tientas.

—Eso fue demasiado.

—Sólo fue un beso.

—Dijiste que me amabas. —Le temblaba la voz—. Te ofreciste a darme tus ahorros. No puedo aceptarlo.

—¿Qué parte? —preguntó él, con el dolor palpitando en su voz—. ¿La parte de mi dinero o la parte del amor?

—Ambas. Simplemente no puedo, ¿de acuerdo? No contigo, no en este momento.

—Comenzó a retroceder. Él la miraba con los labios entreabiertos—. No me sigas, por favor —le pidió, y se giró para regresar rápidamente por donde habían llegado.

El Hijo de Valentine

Traducido por CairAndross

Estaba soñando con paisajes helados otra vez. Una tundra amarga que se extendía en todas direcciones, témpanos de hielo a la deriva sobre las aguas negras del mar Ártico, montañas cubiertas de nieve y ciudades talladas en hielo, cuyas torres brillaban como las torres de demonio de Alicante.

Frente a la ciudad congelada había un lago congelado. Clary estaba resbalando por una pendiente pronunciada, tratando de alcanzar el lago aunque no estaba segura del porqué. Dos figuras oscuras permanecían de pie en el centro del agua congelada. A medida que ella se acercaba al lago, resbalando por la superficie de la pendiente, con las manos ardiendo por el contacto con el hielo y la nieve llenando sus zapatos, vio que una era la de un muchacho con alas negras que se extendían de su espalda como las de un cuervo. Su cabello era blanco como el hielo que los rodeaba. Sebastian. Y al lado de Sebastian estaba Jace, su cabello dorado era el único color en el paisaje helado que no era negro o blanco.

Mientras Jace se alejaba de Sebastian y empezaba a caminar hacia Clary, las alas brotaron de espalda, oro blanco y brillante. Clary se deslizó los últimos metros hasta la helada superficie del lago y colapsó sobre sus rodillas, exhausta. Sus manos estaban azulada y sangrantes, los labios agrietados, sus pulmones se quemaban con cada respiración helada.

—Jace —susurró.

Y él estaba allí, poniéndola de pies, sus alas se envolvían alrededor de ella, y ella estaba caliente de nuevo, su cuerpo descongelándose desde su corazón a través de sus venas, con lo que sus manos y pies volvían a la vida con mitad dolor, mitad hormigueo placentero.

—Clary —le dijo, acariciándole el pelo lentamente—. ¿Puedes prometerme que no vas a gritar?

Los ojos de Clary se abrieron. Por un momento, estuvo tan desorientada que el mundo parecía girar a su alrededor como la vista desde un carrusel en movimiento. Estaba en su habitación, en la casa de Luke, con el futón familiar bajo ella, el armario con su espejo roto, la hilera de ventanas que daban al East River, el radiador escupiendo y silbando. Una luz tenue se filtraba a través de las ventanas y un débil resplandor rojo provenía de la alarma contra incendios sobre el armario. Clary yacía de costado, bajo un montón de mantas, y su espalda estaba deliciosamente tibia. Un brazo estaba acomodado a lo largo de su costado. Por un momento, en el nebuloso espacio seminconsciente entre sueño y despertar, se preguntó si Simon se había

metido por la ventana mientras ella estaba dormida y se había acostado a su lado, en la forma que solían dormir en la misma cama, cuando eran niños.

Pero Simon no tenía calor corporal.

Su corazón dio un brinco en su pecho. Ahora completamente despierta, se giró en la cama. A su lado estaba Jace, yaciendo sobre su costado, mirándola, con la cabeza apoyada en una mano. La tenue luz de la luna formaba un halo sobre su cabello y sus ojos brillaban dorados, como los de un gato. Estaba totalmente vestido, aún llevaba la camiseta de mangas cortas que le había visto ese mismo día, y sus brazos desnudos estaban entrelazados con runas como enredaderas.

Contuvo el aliento, asustada. Jace, *su* Jace, nunca la había mirado de ese modo. Sí con deseo, pero no con esa mirada perezosa, de depredador, *devoradora*, que hacía que su corazón palpitara irregularmente en su pecho.

Abrió la boca, para decir su nombre o para gritar, no esta segura, y nunca tuvo la oportunidad de averiguarlo; Jace se movió tan rápido que ni siquiera lo vio. En un momento estaba yaciendo a su lado, y al siguiente estaba sobre ella, con una mano apretada sobre su boca. Sus piernas estaban a horcajadas sobre las de ella; podía sentir su delgado cuerpo musculoso apretado contra el propio.

—No voy a hacerte daño —dijo él—. Nunca te lastimaría. Pero no quiero que grites. Necesito hablar contigo.

Ella lo miró.

Para su sorpresa, él se echó a reír. Su risa era familiar, silenciosa como un susurro.

—Puedo leer tus expresiones, Clary Fray. En el minuto que quite mi mano de tu boca, gritarás. O usarás tu entrenamiento y me romperás las muñecas. Vamos, prométeme que no lo harás. Jura por el Ángel.

Esta vez, ella puso los ojos en blanco.

—Está bien, tienes razón —admitió él—. No puedes jurar, exactamente, con mi mano sobre tu boca. Voy a quitarla. Y si gritas... —Inclinó la cabeza hacia un lado; el cabello oro pálido cayó sobre sus ojos—. Desapareceré.

Retiró la mano. Clary se quedó inmóvil, respirando con dificultad por la presión de su cuerpo contra el de ella. Sabía que era más rápido que ella, que no había movimiento que pudiera hacer para superarlo pero, por el momento, él parecía estar tratando su interacción como un juego, algo divertido. Jace se inclinó más cerca, y ella se dio cuenta de que su camiseta se había levantado, por lo que podía sentir los músculos del estómago duro y plano contra su propia piel desnuda. Su rostro enrojeció.

A pesar del calor en su rostro, sentía como si frías agujas de hielo estuvieran corriendo de arriba abajo por sus venas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él se echó ligeramente hacia atrás, viéndose decepcionado.

—Esa no es una respuesta a mi pregunta realmente, ¿sabes? Estaba esperando más un 'Coro de Aleluyas'. Quiero decir, no todos los días tu novio regresa de entre los muertos.

—Ya sabía que no estabas muerto —ella habló a través de los labios entumidos—. Te vi en la biblioteca. Con...

—¿El Coronel Mostaza?

—Sebastian.

Él soltó el aliento en una risa ahogada.

—Yo también sabía que estabas allí. Podía sentirlo.

Clary sintió que su cuerpo se tensaba.

—Me dejaste pensar que te habías ido —dijo—. Antes de eso. Pensé que tú... realmente pensé que había una posibilidad de que estuvieras... —Se quebró; no podía decirlo. *Muerto*—. Es imperdonable. Si yo te lo hubiera hecho...

—Clary. —Se volvió a inclinar sobre ella; sus manos se sentían calientes sobre las muñecas, su aliento suave en la oreja. Podía sentir cada parte que su piel desnuda estaba tocando. Era algo que distraía terriblemente—. Tuve que hacerlo. Era demasiado peligroso. Si te lo decía, tendrías que haber elegido entre decirle al Concejo que yo aún estaba vivo (y dejar que ellos me cacen), o mantener un secreto que te habría hecho una cómplice ante sus ojos. Entonces, cuando me viste en la biblioteca, tuve que esperar. Necesitaba saber si aún me amabas, si acudirías al Concejo o no, después de lo que habías visto. No lo hiciste. Tenía que saber si te preocupabas más por mí que por la Ley. Es así, ¿no?

—No lo sé —susurró—. No lo sé. ¿Quién eres?

—Aún soy Jace —contestó él—. Aún te amo.

Unas lágrimas ardientes brotaron de sus ojos. Ella parpadeó y rodaron por su rostro. Jace agachó la cabeza y besó sus mejillas gentilmente, y luego su boca. Saboreó sus propias lágrimas, saladas sobre sus labios, y él le abrió la boca con la suya, cuidadosa y suavemente. Su sabor familiar se apoderó de ella, y se irguió hacia él por una fracción de segundo, sus dudas subyugadas por el ciego reconocimiento irracional de la necesidad de conservarlo cerca, de conservarlo *allí*... justo cuando se abría la puerta de su dormitorio.

Jace la soltó. Instantáneamente, Clary se apartó de él, forcejeando para bajar su camiseta. Jace se irguió hasta una posición sentada, con una gracia sin prisa, perezosa y le sonrió a la persona que estaba en el umbral de la puerta.

—Bien, bien —dijo Jace—. Debes tener el peor sentido de la oportunidad, desde que Napoleón decidió que el fin del invierno era el momento correcto para invadir Rusia.

Era Sebastian.

De cerca, Clary pudo ver más claramente las diferencias en él, desde que lo conociera en Idris. Su cabello era como papel blanco, sus ojos negros túneles bordeados por pestañas tan largas como patas de araña. Llevaba una camiseta blanca, con las mangas levantadas, y pudo ver una cicatriz roja que rodeaba su muñeca

derecha, como un brazalete estriado. También había una cicatriz a lo largo de la palma de su mano, que se veía nueva y rugosa.

—Es mi hermana a la que estás corrompiendo, ¿sabes? —preguntó, moviendo su mirada negra hacia Jace. Había diversión en su expresión.

—Lo siento. —Jace no sonaba arrepentido. Se había recostado nuevamente sobre los cobertores, como un gato—. Nos dejamos llevar.

Clary contuvo el aliento. Sonaba áspero a sus propios oídos.

—Fuera —le dijo a Sebastian.

Él se apoyó contra el marco de la puerta, cadera y codo, y a ella le llamó la atención, por la similitud de movimientos entre él y Jace. No lucían parecidos, pero se *movían* parecidos. Como si...

Como si hubieran sido entrenados para moverse por la misma persona.

—A ver —dijo él—, ¿ésa es forma de hablarle a tu hermano mayor?

—Magnus debió dejarte como perchero —escupió Clary.

—Oh, lo recuerdas, ¿verdad? Pensé que la habíamos pasado bien ese día. —Sonrió un poco, y Clary, con un barboteo enfermo en el estómago, recordó cómo la había llevado hasta los restos quemados de la casa de su madre, como la había besado entre los escombros, sabiendo exactamente qué eran el uno para la otra, y deleitándose en el hecho de que ella no.

Miró de reojo a Jace. Él sabía perfectamente bien que Sebastian la había besado. Sebastian se había burlado de él con eso, y Jace estuvo a punto de matarlo. Pero ahora no se veía enojado; parecía divertido y ligeramente molesto por que lo hubieran interrumpido.

—Tenemos que hacerlo de nuevo —dijo Sebastian, examinando sus uñas.

—No me importa lo que pienses. Tú no eres mi hermano —espetó Clary—. Eres un asesino.

—De verdad no veo cómo esas dos cosas se cancelan entre ellas —comentó Sebastian—. No es como si lo hicieran en el caso de nuestro querido y muerto papá. —Su mirada se desvió perezosamente hacia Jace—. Normalmente, odio meterme en el camino de la vida amorosa de un amigo, pero realmente no me gusta estar de pie aquí indefinidamente, en este pasillo. Especialmente porque no puedo encender ninguna luz. Es aburrido.

Jace se sentó, tirando de su camiseta hacia abajo.

—Danos cinco minutos.

Sebastian soltó un exagerado suspiro y cerró la puerta. Clary miró a Jace.

—¿Qué mier...?

—El vocabulario, Fray. —Los ojos de Jace bailaban—. Relájate.

Clary señaló repetidamente la puerta con la mano.

—Oíste lo dijo sobre el día en que me besó. Él lo *sabía*. Sabía que yo era su hermana. Jace...

Algo destelló en sus ojos, oscureciendo su color dorado, pero cuando él volvió a hablar, fue como si sus palabras hubieran golpeado una superficie de teflón y rebotaran, sin dejar ninguna marca.

Clary se apartó de él.

—Jace, ¿no estás oyendo nada de lo que digo?

—Mira, entiendo que te sientas incómoda con tu hermano esperando afuera, en el pasillo. Yo no *planeaba* besarte. —Sonrió en un modo que, en otro tiempo, hubiera encontrado adorable—. Simplemente parecía una buena idea en ese momento.

Clary se arrojó rápidamente de la cama, mirándolo fijamente. Cogió la bata que colgaba de un poste de su cama y se envolvió con ella. Jace la miraba, sin hacer ningún movimiento para detenerla, aunque sus ojos brillaban en la oscuridad.

—Yo... ni siquiera lo entiendo. Primero desapareces, y luego regresas con él, actuando como si yo no fuera a notar nada, o no me importara o no *recordara*...

—Te lo dije —adujo él—. Tenía que estar seguro sobre ti. No quería ponerte en la posición de saber dónde estaba yo, mientras la Clave aún estaba investigándote. Pensé que sería difícil para ti...

—¿Difícil para mí? —Estaba casi sin aliento por la rabia—. Los exámenes son difíciles. Las carreras de obstáculos son difíciles. Tu desaparición de ese modo prácticamente me mató, Jace. ¿Y qué crees que le has hecho a Alec? ¿A Isabelle? ¿A Maryse? ¿Sabes lo que ha sido? ¿Puedes siquiera imaginarlo? El desconocimiento, la búsqueda...

Esa extraña mirada pasó sobre su rostro otra vez, como si estuviera oyéndola pero no escuchándola al mismo tiempo.

—Oh, sí, iba a preguntarlo. —Jace sonrió como un ángel—. ¿Todo el mundo *está* buscándome?

— Todo el mundo... — sacudió la cabeza, envolviéndose más en la túnica. De repente, quería estar cubierta frente a él, frente a toda aquella familiaridad y belleza, y aquella sonrisa de depredador que decía que estaba dispuesto a hacer lo que sea con ella, *a* ella, sin importar quién estuviera esperando en el pasillo.

—Estaba esperanzado de que hubieran puesto volantes, como hacen para los gatos perdidos —dijo—. *Se busca un chico adolescente increíblemente atractivo. Responde al nombre de 'Jace' o 'Persona Sexy'*.

—No lo digas de esa forma.

—¿No te gusta 'Persona Sexy'? ¿Piensas que 'Chico Dulce' sería mejor? ¿'Amante Caballero'? Realmente, eso último está un poco pasado de moda. Aunque, técnicamente, mi familia *es* de Gran Bretaña...

—Cierra la boca —dijo ella, salvajemente—. Y sal de aquí.

—Yo... —Él la miró sorprendido, y ella recordó cuán sorprendido estuvo, fuera de la Mansión, cuando lo apartó—. Está bien, de acuerdo. Me pondré en serio, Clarissa. Estoy aquí porque quiero que vengas conmigo.

—¿Ir a dónde contigo?

—Ven conmigo —repitió, y luego vaciló—. Y con Sebastian. Y te lo explicaré todo. Por un momento se quedó helada, con los ojos fijos en él. La luz plateada de la luna delineaba las curvas de su boca, la forma de sus pómulos, la sombra de sus pestañas, el arco de su garganta.

—La última vez que ‘fui contigo a alguna parte’, me dejaron inconsciente de un golpe y me arrastraron en medio de una ceremonia de magia negra.

—Ese no fui yo. Esa era Lilith.

—El Jace Lightwood que yo conocí no estaría en la misma habitación que Jonathan Morgenstern sin asesinarlo.

—Pienso que te darás cuenta de que eso sería contraproducente —dijo Jace con ligereza, metiendo los pies dentro de sus botas—. Estamos enlazados, él y yo. Lo cortan a él y yo sangro.

—¿Enlazados? ¿Qué quieres decir, *enlazados*?

Él se echó hacia atrás el cabello claro, ignorando su pregunta.

—Esto es más de lo que tú entiendes, Clary. Él tiene un plan. Está dispuesto a trabajarlo, a sacrificarse. Si me das una oportunidad de explicarlo...

—Él asesinó a Max, Jace —dijo ella—. Tu hermano menor.

Él se estremeció y, por un momento de salvaje esperanza, ella pensó que había roto una apertura a través de él; pero su expresión se suavizó, como una hoja arrugada que se alisara.

—Eso fue... eso fue un accidente. Además, Sebastian es como mi hermano.

—No. —Clary sacudió la cabeza—. Él no es tu hermano. Es el mío. Dios sabe que desearía que no fuera verdad. Él nunca tendría que haber nacido...

—¿Cómo puedes decir eso? —exigió saber Jace. Bajó las piernas de la cama—. ¿Alguna vez has considerado que quizás las cosas no son tan blancas o negras como crees? —Se inclinó para recoger su cinturón de armas y lo abrochó—. Había una guerra, Clary, y la gente resultó herida, pero... las cosas eran diferentes entonces. Ahora sé que Sebastian nunca lastimaría a alguien que amo intencionadamente. Él está sirviendo a una causa mayor. A veces, hay daños colaterales...

—¿Llamas a tu propio hermano, *daño colateral*? —Su voz se elevó hasta un incrédulo medio grito. Se sentía como si apenas pudiera respirar.

—Clary, no me estás escuchando. Esto es importante...

—¿Igual que Valentine pensó que estaba haciendo algo importante?

—Valentine estaba equivocado —contestó—. Tenía razón en que la Clave era corrupta, pero equivocado sobre cómo arreglar las cosas. Pero Sebastian está en lo correcto. Si tan sólo nos oyeras...

—‘Nos’ —repitió ella—. Dios. Jace... —Él la estaba mirando desde la cama, e incluso mientras sentía que se le rompía el corazón, su mente estaba corriendo, tratando de recordar dónde había dejado su estela y preguntándose si podría alcanzar

el cuchillo X-Acto en el cajón de su mesita de noche. Preguntándose si podría obligarse a usarlo, si lo alcanzaba.

—¿Clary? —Jace movió la cabeza hacia un costado, estudiando su rostro—. Tú... tú aún me amas, ¿no?

—Amo a Jace Lightwood —respondió—. No sé quién eres *tú*.

El rostro de él cambió, pero antes que pudiera hablar, un grito rompió el silencio. Un grito y el sonido de cristales rompiéndose.

Clary reconoció instantáneamente la voz. Era su madre.

Sin dirigirle otra mirada a Jace, abrió la puerta del dormitorio de un tirón y salió corriendo por el pasillo hacia la sala de estar. La sala de estar en la casa de Luke era grande, separada de la cocina por un largo mostrador. Jocelyn, en pantalones de yoga y una camiseta raída, con el cabello recogido en un moño desordenado, estaba de pie junto al mostrador. Claramente, había ido a la cocina por algo para beber. Había un vaso destrozado a sus pies y el agua mojaba la moqueta gris.

Todo el color parecía haber sido drenado de su rostro, dejándola tan pálida como la arena blanqueada. Miraba fijo a través de la habitación e, incluso antes de que Clary girara la cabeza, supo qué era lo que su madre estaba viendo.

A su hijo.

Sebastian estaba apoyado contra la pared de la sala de estar, sin ninguna expresión en su rostro anguloso. Dejó caer los párpados y miró a Jocelyn a través de sus pestañas. Algo en su postura, en su mirada, parecía haber salido de aquella fotografía de Hodge de un Valentine de diecisiete años.

—Jonathan —susurró Jocelyn. Clary quedó paralizada, incluso cuando Jace salió al pasillo, evaluó la escena frente a él en un momento y se detuvo. Su mano izquierda estaba sobre su cinturón de armas; los finos dedos a centímetros de la empuñadura de una de sus dagas, aunque Clary sabía que le tomaría menos de un segundo el liberarla.

—Voy por el 'Sebastian' ahora —dijo el hermano de Clary—. Llegué a la conclusión de que no estaba interesado en conservar el nombre que tú y mi padre me dieron. Ambos me traicionaron y preferiría tan poca asociación contigo como fuera posible.

El agua se esparcía desde el charco de cristales rotos hacia los pies de Jocelyn, formando un anillo oscuro. Ella dio un paso adelante, sus ojos buscando, recorriendo el rostro de Sebastian de arriba abajo.

—Pensé que estabas muerto —susurró—. *Muerto*. Vi tus huesos convertidos en cenizas.

Sebastian la miró, con sus ojos negros tranquilos y aguzados.

—Si fueras una verdadera madre... —dijo—...una buena madre, habrías sabido que estaba vivo. Hubo un hombre una vez que dijo que las madres portan la llave de nuestras almas durante toda nuestra vida. Pero tú arrojaste la mía.

Jocelyn hizo un ruido en la parte posterior de su garganta. Estaba apoyada contra el mostrador en busca de soporte. Clary quería correr hacia ella, pero tenía los pies

congelados en el piso. Lo que estaba sucediendo entre su hermano y su madre, era algo que no tenía nada que ver con ella.

—No me digas que no estás siquiera un poco contenta de verme, madre —dijo Sebastian y, aunque sus palabras fueron plañideras, su voz era neutra—. ¿No soy todo lo que podrías querer en un hijo? —Abrió los brazos—. Fuerte, guapo, parecido al viejo y muerto papá.

Jocelyn sacudió la cabeza, tenía el rostro gris

—¿Qué es lo que quieres, Jonathan?

—Quiero lo que todo el mundo quiere —respondió Sebastian—. Quiero lo que me pertenece. En este caso, el legado Morgenstern.

—El legado Morgenstern es sangre y devastación —dijo Jocelyn—. No somos Morgenstern aquí. Ni yo, ni mi hija. —Se enderezó. Su mano aún sujetaba el mostrador, pero Clary podía ver que algo del antiguo fuego regresaba a la expresión de su madre—. Si te vas ahora, Jonathan, no le diré a la Clave que estuviste aquí. —Sus ojos pasaron a Jace—. Y tú. Si saben que son cómplices, los matarán a ambos.

Clary se movió para ponerse frente a Jace, reflexivamente. Él miró más allá de ella, por encima de su hombro, hacia su madre.

—¿A ti te importa si yo muero?

—Me importa por lo que eso le haría a mi hija —respondió Jocelyn—. Y la Ley es dura, *demasiado* dura. Lo que te ha pasado a ti... tal vez pueda deshacerse. —Sus ojos volvieron a Sebastian—. Pero para ti, mi Jonathan, es demasiado tarde.

La mano que había estado sujetando el mostrador saltó hacia delante, sujetando la hoja del *kindjal* de mango largo de Luke. Las lágrimas brillaban sobre el rostro de Jocelyn. Pero su agarre sobre el cuchillo era firme.

—Me veo igual que él, ¿no es así? —preguntó Sebastian sin moverse. Apenas parecía notar el cuchillo—. Valentine. Es por eso que me estás mirando de ese modo.

Jocelyn sacudió la cabeza.

—Te ves como siempre te has visto, desde el momento en que te miré por primera vez. Te vez como una cosa demoníaca. —Su voz era dolorosamente triste—. Perdón.

—¿Perdón por qué?

—Por no haberte matado cuando naciste —dijo ella, y salió de detrás del mostrador, haciendo girar el *kindjal* en su mano.

Clary se puso tensa, pero Sebastian no se movió. Sus ojos oscuros siguieron a su madre, mientras ella se acercaba a él.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó—. ¿La muerte para mí? —Abrió los brazos como si quisiera abrazar a Jocelyn y dio un paso hacia delante—. Adelante, comete filicidio. No voy a detenerte.

—*Sebastian* —dijo Jace. Clary le lanzó una mirada incrédula. ¿De verdad sonaba preocupado?

Jocelyn dio otro paso hacia delante. El cuchillo era un borrón en su mano. Cuando se detuvo, la punta apuntaba directamente al corazón de Sebastian.

Aun así, él no se movió.

—Hazlo —dijo él, suavemente. Incluyó la cabeza hacia un lado—. ¿O puedes contenerte? Pudiste matarme cuando nací. Pero no lo hiciste. —Su voz se hizo más baja—. Quizás sabes que no hay tal cosa como el amor incondicional por un hijo. Quizás si me amaras lo suficiente, podrías salvarme.

Por un momento, se miraron el uno al otro, madre e hijo, ojos de hielo verde enfrentando los de color negro carbón. Había líneas agudas en las esquinas de la boca de Jocelyn que, Clary podría haberlo jurado, no habían estado allí hace dos semanas.

—Estás fingiendo —dijo la mujer, con voz temblorosa—. Tú no sientes nada, Jonathan. Tu padre te enseñó a fingir emociones humanas del mismo modo que uno puede enseñar a un loro a repetir palabras. El loro no entiende lo que está diciendo, y tampoco tú. Desearía... oh, Dios, desearía que lo hicieras. Pero...

Jocelyn esgrimió la hoja en un rápido y limpio arco cortante. Un golpe perfectamente calculado que tendría que haber impactado bajo las costillas de Sebastian y dentro de su corazón. Lo habría hecho, si él no se hubiera movido aún más rápido que Jace; pivotó hacia delante y hacia atrás, y la punta de la hoja sólo hizo un corte poco profundo a lo largo de su pecho.

Al lado de Clary, Jace contuvo el aliento. Ella se dio vuelta para mirarlo. Había una mancha roja extendiéndose a través del frente de su camisa. Él se llevó la mano hacia allí y la punta de sus dedos estaban ensangrentadas. *Estamos enlazados. Lo cortan a él y sangro yo.*

Sin otro pensamiento, Clary se precipitó por el salón, arrojándose entre Jocelyn y Sebastian.

—Mamá —jadeó—. Detente.

Jocelyn aún sostenía el cuchillo, sus ojos sobre Sebastian.

—Clary, apártate del camino.

Sebastian empezó a reír.

—Dulce, ¿no es así? —dijo—. Una hermanita defendiendo a su hermano mayor.

—No te estoy defendiendo a ti. —Clary mantuvo los ojos fijos en el rostro de su madre—. Lo que le sucede a Jonathan, le sucede a Jace. ¿Lo entiendes, mamá? Si lo matas, Jace muere. Él ya está sangrando. Mamá, por favor.

Jocelyn aún estaba sujetando el cuchillo, pero su expresión era de incertidumbre.

—Clary...

—Misericordia, qué bochornoso —observó Sebastian—. Estaré interesado en ver cómo resuelves esto. Después de todo, no tengo motivos para marcharme.

—Sí, de hecho... —provino una voz desde el pasillo— sí los tienes.

Era Luke, descalzo y vestido con jeans y un viejo jersey. Parecía desaliñado y extrañamente joven sin sus gafas. También tenía una escopeta recortada equilibrada en su hombro y el cañón apuntaba directamente a Sebastian.

—Esta es una escopeta Winchester calibre doce, automática. La manada la usa para acabar con lobos renegados —dijo—. Incluso si no te mato, puedo volarte la pierna, hijo de Valentine.

Fue como si todo el mundo en el salón soltara un rápido jadeo de aire a la vez; todos, excepto Luke. Y Sebastian, quien con una sonrisa de oreja a oreja, se volvió y caminó hacia Luke, como haciendo caso omiso del arma.

—¿Hijo de Valentine? —se burló—. ¿Es eso lo que realmente piensas de mí? Bajo otras circunstancias, tú podrías haber sido mi padrino.

—Bajo otras circunstancias... —dijo Luke, deslizando su dedo en el gatillo—... tú podrías haber sido humano.

Sebastian se detuvo en seco.

—Lo mismo podría decirse de ti, hombre lobo.

El mundo pareció ralentizarse. Luke avistó a lo largo del cañón del rifle. Sebastian estaba sonriendo.

—Luke —lo llamó Clary. Era como uno de esos sueños, una pesadilla donde quería gritar, pero todo lo que salía raspando su garganta, fuera un susurro—. Luke, *no lo hagas*.

El dedo de su padrastro se tensó sobre el gatillo... y entonces Jace se puso en movimiento, lanzándose del lado de Clary, dando una voltereta por sobre el sofá y golpeando a Luke justo en el momento en que el arma disparaba.

El disparo voló; una de las ventanas explotó hacia el exterior cuando la bala la golpeó. Luke, perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás. Jace arrancó el arma de sus manos y la arrojó. Ésta salió a través de la ventana rota, y Jace se volvió hacia el hombre de más edad.

—Luke... —comenzó.

Luke lo golpeó.

Aun sabiendo todo lo que sabía, la sorpresa de ver a Luke, quien había sacado la cara por Jace incontables veces, frente a su madre, frente a Maryse, frente a la Clave; Luke, quien era básicamente gentil y amable, al verlo realmente atinarle a Jace en el rostro, fue como si, en lugar de a él, le hubiera atinado a Clary. Jace, totalmente desprevenido, salió lanzado hacia atrás contra la pared.

Y Sebastian, quien no había mostrado hasta ahora ninguna emoción real, más allá de la burla y el disgusto, gruñó; gruñó y extrajo un cuchillo largo y delgado de su cinturón. Los ojos de Luke se abrieron de par en par y empezó a girarse, pero Sebastian fue más rápido que él, más rápido que cualquiera que Clary hubiese visto. Más rápido que Jace. Hundió la daga dentro del pecho de Luke, girándola con fuerza antes de quitarla de un tirón, roja hasta la empuñadura. Luke se desplomó contra la pared... y luego se deslizó hacia abajo, dejando una mancha de sangre detrás, mientras Clary miraba con horror.

Jocelyn gritó. El sonido fue peor que el ruido de la bala rompiendo la ventana, aunque Clary lo oyó como si viniera de lejos o de debajo del agua. Estaba mirando a

Luke, quien había colapsado sobre el piso mientras la alfombra a su alrededor rápidamente se tornaba roja.

Sebastian levantó la daga de nuevo, y Clary se arrojó contra él, golpeándolo tan fuerte como pudo en el hombro y tratando de hacer que perdiera el equilibrio. Apenas logró moverlo, pero le hizo soltar la daga. Él se giró hacia ella. Estaba sangrando por un labio partido. Clary no supo cómo, no hasta que Jace se colocó en su campo de visión y ella vio la sangre en su boca, donde Luke lo había golpeado.

—¡Suficiente! —Jace agarró a Sebastian por la espalda de la chaqueta. Estaba pálido, y no miraba a Luke, ni tampoco a Clary—. Detente. Esto no es por lo que vinimos aquí.

—Déjame ir...

—No.

Jace dio una vuelta alrededor de Sebastian y le agarró la mano. Sus ojos encontraron los de Clary. Sus labios formaron palabras, hubo un destello de plata (el anillo en el dedo de Sebastian), y entonces, ambos se habían ido, parpadeando fuera de la existencia entre una respiración y otra. Justo mientras se desvanecían, una ráfaga de algo metálico cruzó a través del aire donde habían estado parados y se enterró en la pared.

El *kindjal* de Luke.

Clary se volvió a mirar a su madre, quien había lanzado el cuchillo. Pero Jocelyn no estaba mirando a Clary. Estaba lanzándose al lado de Luke, donde cayó de rodillas en la sangrienta alfombra, para luego levantarlo en su regazo. Los ojos de Luke estaban cerrados. La sangre goteaba por las comisuras de su boca. La daga plateada de Sebastian, untada con más sangre, yacía a pocos metros.

—Mamá... —susurró Clary—. Está...

—La daga era de plata. —La voz de Jocelyn temblaba—. No se curará tan rápido como debería, no sin tratamiento especial. —Tocó el rostro de Luke con la punta de sus dedos. El pecho de él se alzaba y caía, observó Clary con alivio, aunque superficialmente. Podía sentir las lágrimas ardiendo en el fondo de su garganta y, por un momento, se sorprendió por la calma de su madre. Pero claro, se trataba de la mujer que, una vez, estuvo entre las cenizas de su casa, rodeada por los cuerpos ennegrecidos de su familia, incluyendo sus padres y su hijo, y lo había superado—. Trae algunas toallas del cuarto de baño —le pidió su madre—. Tenemos que detener la hemorragia.

Clary se tambaleó sobre sus pies y fue, casi a ciegas, al pequeño y azulejado cuarto de baño de Luke. Había una toalla gris colgando en la parte posterior de la puerta, la bajó de un tirón y regresó a la sala de estar. Jocelyn estaba sosteniendo a Luke en su regazo con una mano; la otra sujetaba un teléfono celular. Lo dejó caer y alargó una mano a por la toalla que llevaba Clary. Doblándola por la mitad, la puso sobre la herida en el pecho de Luke y presionó. Clary observó que los bordes de la toalla gris empezaban a volverse escarlatas por la sangre.

—Luke —susurró Clary. Él no se movió. Su rostro presentaba un horrible color gris.

—Acabo de llamar a su manada —informó Jocelyn. No miraba a su hija; Clary se dio cuenta que Jocelyn no le había hecho ni una simple pregunta sobre Jace y Sebastian, o por qué Jace y ella habían salido de su habitación, o qué estaban haciendo allí. Estaba completamente enfocada en Luke—. Hay algunos miembros patrullando la zona. Apenas lleguen aquí, tenemos que salir. Jace regresará por ti.

—Tú no sabes eso... —comenzó Clary, susurrando a través de su garganta reseca.

—Lo sé —afirmó Jocelyn—. Valentine regresó por mí después de quince años. Así es como son los hombres Morgenstern, no se dan por vencidos. Él vendrá de nuevo a por ti.

Jace no es Valentine. Pero las palabras murieron en sus labios. Quería dejarse caer de rodillas y tomar la mano de Luke, sostenerla fuerte, decirle que lo quería. Pero recordó las manos de Jace sobre ella en el dormitorio y no lo hizo. Era su culpa. No merecía darle consuelo a Luke o dárselo a sí misma. Merecía el dolor, la culpa.

En el porche sonó el roce de unos pasos, el bajo murmullo de voces. Jocelyn levantó la cabeza. La manada.

—Clary, ve y recoge tus cosas —dijo—. Toma lo que pienses que vas a necesitar, pero no más de lo que puedas llevar. No vamos a volver a esta casa.

6

Ningún Arma en este Mundo

Traducido por CairAndross

U nos pequeños copos de nieve temprana habían comenzado a caer como plumas desde el cielo de color gris acero, mientras Clary y su madre se apresuraban por la Avenida Greenpoint, con las cabezas inclinadas contra el viento frío que salía del East River.

Jocelyn no había dicho una sola palabra desde que dejaron a Luke en la estación de policía abandonada que servía como cuartel a la manada. Todo el asunto fue como un borrón: la manada cargando a su líder, el kit de curación, Clary y su madre forcejeando para obtener una visión rápida de Luke, mientras los lobos parecían cerrar filas contra ellas. Ella sabía el motivo por que el que no podían llevarlo a un hospital mundano, pero había sido difícil, más allá de lo difícil, dejarlo allí, en el cuarto encalado que les servía de enfermería.

No era que a los lobos no les *gustara* Jocelyn o Clary. Era el hecho que la prometida de Luke y su hija no eran parte de la manada. Nunca lo serían. Clary había mirado en derredor en busca de Maia, un aliado, pero ella no estaba allí. Finalmente, Jocelyn había enviado a Clary a esperar al corredor, ya que la habitación estaba demasiado abarrotada, y Clary se había desplomado en el suelo, sosteniendo su mochila en el regazo. Eso fue cerca de las dos de la mañana, y se sentía tan sola. Si Luke moría...

Apenas si podía recordar una vida sin él. Porque de él y de su madre, conocía lo que era ser amada incondicionalmente. Luke balanceándola para poder posarla en la horqueta de un manzano en su granja al norte del estado, era uno de sus primeros recuerdos. En la enfermería, él había estado respirando entrecortadamente, mientras su tercero al mando, Bat, desempacaba el kit de curación. Se suponía que las personas daban respiraciones estertóreas cuando van a morir, recordó. No podía recordar lo último que le había dicho a Luke. ¿No se supone que recuerdas la última cosa que le dijiste a alguien, antes de que muera?

Cuando Jocelyn había salido de la enfermería al fin, viéndose exhausta, le había tendido una mano a Clary, ayudándola a levantarse del suelo.

—¿Está...? —había comenzado Clary.

—Se ha estabilizado —había dicho Jocelyn, antes de mirar de arriba abajo el pasillo—. Tenemos que irnos.

—¿Ir a dónde? —Clary se había desconcertado—. Pensé que nos quedaríamos aquí, con Luke. No quiero dejarlo.

75

—Ni yo. —Jocelyn había sido firme. Clary pensó en la mujer que le había dado la espalda a Idris, a todo lo que siempre había conocido, y se alejó de ello para comenzar una nueva vida, sola—. Pero tampoco podemos conducir a Jace y Jonathan aquí. No es seguro para la manada, o para Luke. Y éste es el primer lugar donde Jace te buscaría.

—¿Entonces, dónde...? —había comenzado Clary, pero entonces se dio cuenta, incluso antes de terminar su propia frase y tuvo que cerrar la boca. ¿Dónde iban siempre, cuando necesitaban ayuda en esos días?

Ahora, había una capa de polvo blanco como azúcar a lo largo del agrietado pavimento de la avenida. Jocelyn se había puesto un abrigo largo antes de abandonar la casa, pero por debajo aún llevaba las ropas que estaban teñidas con la sangre de Luke. Su boca estaba apretada, su mirada no se apartaba del camino ante ella. Clary se preguntó si así era como se había visto su madre, al salir caminando de Idris, con las botas tapadas de cenizas y la Copa Mortal escondida en su abrigo.

Clary sacudió la cabeza para despejarse. Estaba fantaseando, imaginándose cosas en las que no había estado presente, con su mente resbalando a la lejanía, tal vez, por las cosas terribles que *acababa* de ver.

La imagen de Sebastian hundiendo el cuchillo dentro de Luke le vino a la cabeza espontáneamente, y el sonido de la familiar y amada voz de Jace diciendo, “*daños colaterales*”.

Así como suele ocurrir de casualidad con aquello que es precioso y está perdido, cuando lo encuentren otra vez, puede que no sea exactamente como lo dejaron.

Jocelyn se estremeció y se levantó la capucha para cubrir su cabello. Los blancos copos de nieve ya empezaban a mezclarse con los mechones color rojo brillante. Aún permanecía en silencio, y la calle repleta de restaurantes polacos y rusos entre peluquerías y salones de belleza, estaba desierta en la noche blanca y amarilla. Un recuerdo destelló tras los párpados de Clary, uno real esta vez, no una brizna de imaginación. *Su madre la estaba apresurando por una calle nocturna negra, entre montones de nieve sucia y apelmazada. Un cielo encapotado, gris y plomizo...*

Ella ya había visto antes esa imagen, la primera vez que los Hermanos Silenciosos excavaran en su mente. Ahora se daba cuenta de qué era. Su memoria de los tiempos en que su madre la llevaba a Magnus para alterar sus recuerdos. Debía ser en lo más crudo del invierno, pero reconoció la Avenida Greenpoint en el recuerdo.

El almacén de ladrillo rojo donde vivía Magnus se alzaba por encima de ellas. Jocelyn abrió las puertas de cristal de la entrada y se apiñaron en el interior, Clary intentando respirar por la boca mientras su madre pulsaba el timbre correspondiente a Magnus una, dos y tres veces. A la última, la puerta se abrió y ellas se apresuraron a subir las escaleras. La puerta del apartamento de Magnus estaba abierta y el brujo, apoyado en el friso, las esperaba. Llevaba un pijama color amarillo canario y, en los pies, zapatillas verdes con caras de alienígenas, completadas con antenitas brincadoras. Su cabello era una enmarañada, rizada y picuda masa de color negro y sus ojos verdes parpadearon cansadamente hacia ellas.

—Hogar San Magnus para Cazadores de Sombras Descarriados —dijo, con voz profunda—. Bienvenidas. —Hizo un arco con el brazo—. Las habitaciones de repuesto están en esa dirección. Límpiense las botas en la alfombra. —Volvió a entrar en el departamento, dejándolas pasar por delante de él antes de cerrar la puerta. Hoy el lugar estaba arreglado con una especie de decoración falso-victoriana, con sofás de respaldo alto y largos espejos dorados por todas partes. Los pilares estaban enroscados con luces en forma de flores.

Había tres habitaciones de repuesto a lo largo de un pasillo corto, saliendo de la sala principal; Clary escogió una a la derecha, al azar. Estaba pintada de color naranja, como su antiguo dormitorio en Park Slope, y tenía un sofá cama y una pequeña ventana que daba a las ventanas oscuras de un restaurante cerrado. Presidente Miao estaba enroscado sobre la cama, con la nariz metida debajo de la cola. Ella se sentó junto a él y le rascó las orejas, sintiendo el ronroneo que vibraba en el interior de su pequeño cuerpo peludo. Mientras lo acariciaba, echó un vistazo a la manga de su suéter. Estaba manchada de oscuro y encostrada de sangre. La sangre de Luke.

Se puso de pie y se quitó el suéter con violencia. De su mochila sacó un par de jeans limpios y una camisa térmica negra de cuello en V, y se cambió. Se miró brevemente en la ventana, la cual le mostró un reflejo pálido, con el cabello colgando sin fuerzas, húmedo por la nieve y las pecas destacándose como manchas de pintura. No es que le importara cómo lucía. Pensó en Jace besándola (parecía como si hubieran pasado días, en lugar de horas) y le dolió el estómago, como si se hubiera tragado pequeños cuchillos.

Se aferró al borde la cama por un largo rato, hasta que el dolor desapareció. Luego respiró profundo y volvió a salir a la sala.

Su madre estaba sentada en una de las sillas de respaldo dorado, con sus largos dedos de artista envolviendo una taza de agua caliente con limón. Magnus estaba desplomado en un sofá rosa fuerte, con sus zapatillas verdes apoyadas sobre la mesa de café.

—La manada lo estabilizó —estaba diciendo Jocelyn con voz exhausta—. Sin embargo, no saben por cuánto tiempo. Pensaban que pudo haber polvo de plata en la hoja, pero parece ser otra cosa. La punta del cuchillo... —Levantó la vista, vio a Clary y se calló.

—Está bien, mamá. Soy lo suficientemente mayor para oír qué pasa con Luke.

—Bueno, no saben exactamente qué es —continuó Jocelyn, suavemente—. La punta de la hoja que usó Sebastian se rompió contra una de sus costillas y se alojó en el hueso. Pero no pudieron recuperarla. Se... mueve.

—¿Se mueve? —Magnus parecía desconcertado.

—Cuando intentaron removerlo, se enterró en el hueso y estuvo a punto de quebrarlo —explicó Jocelyn—. Luke es un hombre lobo, se cura con rapidez, pero eso está ahí, desgarrando sus órganos internos y evitando que la herida se cierre.

—Metal demoníaco —dijo Magnus—. No es plata.

Jocelyn se inclinó hacia delante.

—¿Crees que puedas ayudarlo? Cueste lo que cueste, lo pagaré...

Magnus se puso de pie. Sus zapatillas de alienígenas y su cabeza despeinada por la cama parecían extremadamente incongruentes, dada la gravedad de la situación.

—No lo sé.

—Pero tú curaste a Alec —razonó Clary—. Cuando el Demonio Mayor lo hirió...

Magnus había empezado a pasear de lado a lado.

—Sabía qué le pasaba. No sé qué tipo de metal demoníaco es éste. Podría experimentar, intentar diferentes hechizos sanadores, por no será la manera más rápida de ayudarlo.

—¿Y cuál sería la forma más rápida?

—El Praetor —dijo Magnus—. La Guardia Lobo. Conocí al hombre que la fundó: Woolsey Scott. Debido a ciertos... incidentes, estaba fascinado con los detalles acerca de la forma en que los metales demoníacos y las drogas demoníacas actúan sobre los licántropos, del mismo modo en que los Hermanos Silenciosos guardan registro de las formas en que pueden ser sanados los Nefilim. A lo largo de los años, el Praetor se ha vuelto muy cerrado y secreto, desafortunadamente. Pero un miembro del Praetor podría tener acceso a su información.

—Luke no es miembro —dijo Jocelyn—. Y la lista de sus miembros es secreta.

—Pero Jordan... —dijo Clary—. Jordan es miembro. Él puede averiguarlo. Voy a llamarlo.

—Yo voy a llamarlo —aclaró Magnus—. No puedo entrar a los cuarteles del Praetor, pero puedo enviarle un mensaje que debería tener un poco de peso extra. Regresaré. —Se dirigió silenciosamente a la cocina, con las antenitas de sus zapatillas agitándose suavemente como algas marinas en una corriente.

Clary se volvió a su madre, quien tenía la vista baja, fija en su taza de agua caliente. Era uno de sus restaurativos favoritos, aunque Clary nunca podía entender por qué alguien querría beber agua agria caliente. La nieve había empapado el cabello de su madre y ahora que se estaba secando, empezaba a enrularse, como hacía el de Clary en tiempo húmedo.

—Mamá —dijo Clary y su madre levantó la cabeza—. Esa daga que arrojaste... después de lo de Luke... ¿era para Jace?

—Era para Jonathan. —Ella nunca lo llamaría Sebastian, Clary lo sabía.

—Es sólo que... —Clary respiró hondo—. Es casi la misma cosa. Lo viste. Cuando apuñalaste a Sebastian, Jace comenzó a sangrar. Es como si fueran... espejos, en cierto modo. Cortas a Sebastian, Jace sangre. Lo matas, y Jace muere.

—Clary. —Su madre se frotó los ojos cansados—. ¿Podemos no discutir esto ahora?

—Pero dijiste que pensabas que él regresaría por mí. Jace, quiero decir. Necesito saber que no vas a lastimarlo.

—Bueno, no puedes saber eso. Porque no voy a prometértelo, Clary. No puedo. —Su madre la miraba con ojos implacables—. Vi a los dos salir de tu dormitorio.

Clary se sonrojó.

—No quiero...

—¿Qué? ¿Hablar sobre eso? Bueno, mala suerte. Tú lo trajiste a colación. Tienes suerte de que yo ya no esté en la Clave, ¿sabes? ¿Por cuánto tiempo has sabido dónde está Jace?

—No sé dónde está. Esta noche fue la primera vez que he hablado con él, desde que desapareció. Lo vi en el Instituto con Seb... con Jonathan, ayer. Se lo dije a Alec, Isabelle y Simon. Pero no podía contárselo a nadie más. Si la Clave se apodera de él... no puedo dejar que eso suceda.

Jocelyn alzó sus ojos verdes.

—¿Y por qué no?

—Porque él es Jace. Porque lo amo.

—Él *no* es Jace. Es así de simple, Clary. Él no es quien solía ser. No puedes ver que...

—Por supuesto que puedo verlo. No soy estúpida. Pero tengo fe. Lo vi poseído antes y lo vi liberarse de ello. Creo que Jace aún está allí dentro, en alguna parte. Creo que hay una manera de salvarlo.

—¿Qué pasa si no la hay?

—Pruébalo.

—No puedes probar una negativa, Clary. Entiendo que lo amas. Siempre lo has amado, demasiado. ¿Crees que yo no amaba a tu padre? ¿Crees que no le di ninguna oportunidad? Y mira lo que vino de eso. Jonathan. Si no me hubiera quedado con tu padre, él nunca hubiera existido...

—*Tampoco yo* —dijo Clary—. En caso que lo hubieras olvidado, yo vine *después* que mi hermano, no antes. —Miró a su madre con dureza—. ¿Estás diciendo que valdría la pena nunca haberme tenido, si pudieras deshacer lo de Jonathan?

Hubo un sonido de llaves chirriando en la cerradura y la puerta del apartamento se abrió. Era Alec. Llevaba un largo abrigo de cuero, abierto sobre un suéter azul y tenía copos de nieve blancos sobre el cabello negro. Tenía las mejillas rojas como manzanas dulces por el frío, pero su rostro, por el contrario, estaba pálido.

—¿Dónde está Magnus? —preguntó. Cuando miró hacia la cocina, Clary vio un moretón sobre su mandíbula, por debajo de la oreja, del tamaño de un pulgar.

—¡Alec! —Magnus llegó patinando a la sala de estar y le lanzó un beso a su novio a través de la habitación. Habiendo descartado sus zapatillas, ahora estaba descalzo. Sus ojos de gato brillaban mientras miraba a Alec.

Clary conocía esa mirada. Ella la de ella misma, mirando a Jace. Sin embargo, Alec no le regresó la mirada. Se estaba quitando el abrigo y colgándolo de un gancho en la pared. Estaba visiblemente molesto. Sus manos temblaban, sus anchos hombros tensos.

—¿Recibiste mi mensaje de texto? —preguntó Magnus.

—Sí. De todos modos, estaba a pocas cuadras de distancia. —Alec miró a Clary y luego a su madre, con la ansiedad y la incertidumbre en guerra, en su expresión. Aunque Alec había sido invitado a la fiesta de recepción de Jocelyn, y se habían encontrado varias veces después de eso, no se conocían bien, de ningún modo—. ¿Es verdad lo que dijo Magnus? ¿Viste a Jace de nuevo?

—Y a Sebastian —dijo Clary.

—Pero, Jace... —dijo Alec—. ¿Cómo estaba... quiero decir, cómo parecía estar?

Clary sabía exactamente qué preguntaba; por una vez, ella y Alec se entendían mejor que nadie en la habitación.

—Él no está planeando un truco con Sebastian —respondió, con suavidad—. Realmente ha cambiado. Es como si no fuera él mismo, del todo.

—¿Cómo? —exigió saber Alec, con una extraña mezcla de ira y vulnerabilidad—. ¿Cómo es diferente?

Había un agujero en la rodilla del jeans de Clary; ella metió un dedo, raspando la piel bajo éste.

—El modo en que habla... él cree en Sebastian. Cree en lo que está haciendo, sea lo que sea. Le recordé que Sebastian había asesinado a Max y ni siquiera pareció importarle. —Su voz se quebró—. Dijo que Sebastian era tanto su hermano como Max.

Alec se puso blanco, y las manchas rojas en sus mejillas destacaron como charcos de sangre.

—¿Ha dicho algo sobre mí? ¿O Izzy? ¿Preguntó por nosotros?

Clary negó con la cabeza, incapaz de soportar la mirada en el rostro de Alec. Por el rabillo del ojo, pudo ver a Magnus observando a Alec también, su casi en blanco por la tristeza. Se preguntó si aún estaría celoso de Jace o sólo herido en nombre de Alec.

—¿Por qué fue a tu casa? —Alec sacudió la cabeza—. No lo entiendo.

—Quería que fuera con él. Que me uniera a él y a Sebastian. Supongo que quería que su pequeño dúo del mal fuera un pequeño trío del mal. —Se encogió de hombros—. Quizás se siente solo. Sebastian no puede ser la compañía más grata.

—No lo sabemos. Podría ser absolutamente fantástico en Scrabble.

—Es un asesino psicópata —dijo Alec rotundamente—. Y Jace lo sabe.

—Pero Jace no es Jace en este momento... —empezó Magnus y se interrumpió cuando sonó el teléfono—. Voy a responder. Quién sabe quién más podría estar huyendo de la Clave y necesita un lugar para alojarse. No es como si no hubiera hoteles en esta ciudad. —Salió silenciosamente hacia la cocina.

Alec se dejó caer sobre el sofá.

—Está trabajando demasiado —dijo, siguiendo a su novio con una mirada preocupada—. Ha estado despierto toda la noche, tratando de descifrar esas runas.

—¿La Clave lo está empleando? —quiso saber Jocelyn.

—No —contestó Alec con lentitud—. Lo está haciendo por mí. Por lo que Jace significa para mí. —Se levantó la manga, mostrando a Jocelyn la runa *parabatai* sobre la parte interna del antebrazo.

—Tú sabías que Jace no estaba muerto —dijo Clary, mientras su mente comenzaba a unir sus ideas—. Porque ustedes son *parabatai*, porque eso crea un lazo entre los dos. Pero dijiste que algo se sentía mal.

—Eso es porque él está poseído —dijo Jocelyn—. Eso lo ha cambiado. Valentine dijo que, cuando Luke se convirtió en un Submundo, él lo sintió. Ese sentimiento de incorrección.

Alec sacudió la cabeza.

—Pero cuando Jace estaba poseído por Lilith, yo no lo *sentí* —dijo—. Ahora, puedo sentir algo... erróneo. Algo que se ha ido. —Bajó la mirada a sus zapatos—. Puedes sentir eso cuando tu *parabatai* muere, como si estuvieras atado por un cordón a algo, y éste se cortara y, ahora, estás cayendo. —Miró a Clary—. Lo sentí una vez, en Idris, durante la batalla. Pero fue tan breve... y cuando regresé a Alicante, Jace estaba con vida. Me convencí a mí mismo de que lo había imaginado.

Clary sacudió la cabeza, pensando en Jace y en la arena empapada en sangre junto al Lago Lyn. *No lo hiciste*.

—Lo que siento ahora es diferente —continuó el muchacho—. Lo siento como si estuviera ausente del mundo, pero no muerto, ni encarcelado... Simplemente, no está *aquí*.

—Se trata exactamente de eso —dijo Clary—. Las dos veces que los he visto, a él y a Sebastian, ellos se desvanecieron en el aire. Sin Portal, sólo un minuto estaban aquí, y al siguiente se habían ido.

—Cuando hablas de *allí* o *aquí*... —dijo Magnus, regresando a la habitación con un bostezo—... y de este mundo o de aquel mundo, estás hablando de dimensiones. Sólo hay unos pocos brujos que pueden hacer magia dimensional. Mi viejo amigo Ragnar podía. Las dimensiones no están una al lado de la otra; están plegadas juntas, como papel. Donde se intersectan, se pueden crear bolsillos dimensionales que impiden que seas capaz de que te encuentre por medio de la magia. Después de todo, tú no estás *aquí*... estás *allí*.

—¿Ésa puede ser, quizás, la razón por la que no podemos rastrearlo? ¿Por qué Alec no puede sentirlo?

—Podría ser. —Magnus sonaba casi impresionado—. Eso significa que, literalmente, no hay modo de encontrarlos, si ellos no desean ser encontrados. Y no hay modo de enviarnos un mensaje a nosotros, si *tú* los encuentras. Es una magia complicada y cara. Sebastian debe tener algunas conexiones... —El timbre de la puerta zumbó y todos saltaron. Magnus puso los ojos en blanco—. Todo el mundo cálmese —pidió, y desapareció hacia la puerta.

Estuvo de regreso un momento después, con un hombre envuelto en un largo manto de color pergamino, con la espalda y los costados marcados con patrones de runas de un color rojo-amarronado oscuro. Aunque la capucha estaba levantada, sombreando su rostro, parecía estar completamente seco, como si ningún copo de

nieve hubiera caído sobre él. Cuando se echó la capucha hacia atrás, para Clary no fue ninguna sorpresa ver el rostro del Hermano Zachariah.

Jocelyn dejó, de repente, su taza sobre la mesa de café. Estaba mirando al Hermano Silencioso. Con su capucha echada hacia atrás, podías ver su cabello oscuro, pero sus rostro aún estaba en sombras, de modo que Clary no podía distinguir sus ojos, sólo sus altos pómulos cubiertos de cicatrices de runas.

—Tú... —dijo Jocelyn, y su voz se fue apagando—. Pero Magnus me dijo que tú nunca...

—*Acontecimientos inesperados requieren medidas inesperadas.* —La voz del Hermano Zachariah flotó, tocando el interior de la mente de Clary que supo, por las expresiones en los rostros de los demás, que ellos también podían oírlo—. *No le diré nada de esta noche a la Clave o el Concejo o a cualquier cosa que transpire. Si tengo ante mí oportunidad de salvar al último de la línea de sangre Herondale, considero eso de mayor importancia que la lealtad que juré a la Clave.*

—Así que eso está resuelto —dijo Magnus. Hacía una pareja extraña con el Hermano Silencioso a su lado, uno de ellos vestido con una pálida túnica incolora, el otro con un pijama amarillo brillante—. ¿Alguna nueva visión dentro de las runas de Lilith?

—*Estudí las runas cuidadosamente y oí todos los testimonios dados en el concejo* —dijo el Hermano Zachariah—. *Creo que el ritual era doble. Primero, usó la mordida del Daylighter para revivir a Jonathan Morgenstern de su inconsciencia. Su cuerpo aún estaba débil, pero su mente y consciencia estaban vivos. Creo que cuando dejaron solo a Jace Herondale en la azotea con él, Jonathan dibujó sobre las runas de poder de Lilith y forzó a Jace a entrar al círculo de hechizo que lo rodeaba. En ese punto, Jace habría sido subyugado a él. Creo que habría dibujado sobre la sangre de Jace para obtener la fuerza para alzarse y escapar de la azotea, llevándose a Jace con él.*

—¿Y, de algún modo, todo eso creó una conexión entre ellos? Porque cuando mi madre apuñaló a Sebastian, Jace comenzó a sangrar.

—*Sí. Lo que Lilith hizo fue una especie de ritual de hermanamiento, no muy diferente a nuestra ceremonia parabatai, pero mucho más poderoso y peligroso. Los dos, ahora, están unidos en forma inextricable. Si uno muere, el otro lo seguirá. Ningún arma en este mundo puede herir sólo a uno de ellos.*

—Cuando dices que están unidos en forma inextricable... —dijo Alec, inclinándose hacia delante—... eso significa que... Quiero decir, Jace odia a Sebastian. Sebastian asesinó a nuestro hermano.

—Y tampoco puedo ver cómo Sebastian puede estar completamente a gusto con Jace. Estuvo horriblemente celoso de él toda su vida. Pensaba que Jace era el favorito de Valentine —añadió Clary.

—Por no mencionar... —señaló Magnus—... que Jace lo mató. Eso pondría malo a cualquiera.

—Es como si Jace no recordara que alguna de esas cosas sucediera —dijo Clary, frustrada—. No, no como si no las recordara... como si no *creyera* en ellas.

—*Las recuerda. Pero el poder de la unión es tal que Jace pasará por encima y alrededor de esos hechos, como el agua pasa alrededor de las rocas en el lecho de un río. Es como el hechizo que Magnus estableció en tu mente, Clarissa. Cuando vieras piezas del Mundo Invisible, tu mente las rechazaría, alejándose de ellas. No hay punto de razonamiento con Jace sobre Jonathan. La verdad no podrá romper su conexión.*

Clary pensó en lo que había sucedido cuando le recordó a Jace que Sebastian había asesinado a Max, cómo su rostro se había arrugado momentáneamente mientras pensaba y luego se suavizó, como si hubiera olvidado lo que ella había dicho tan rápidamente como lo dijo.

—*Obtengan un poco de consuelo en el hecho que Jonathan Morgenstern está tan obligado como Jace. Él no puede dañar o lastimar a Jace, no importa cuánto lo quiera*— añadió Zachariah.

Alec alzó las manos.

—¿Así que ahora se aman? ¿Son mejores amigos? —El dolor y los celos estaban claros en su tono.

—*No. Son el uno como el otro. Ven como el otro lo ve. El conocer al otro es algo indispensable para ellos. Sebastian es el líder, el principal de los dos. Lo que él cree, Jace lo creerá. Lo que él quiere, Jace lo querrá.*

—O sea que está poseído.

—*En una posesión, a menudo alguna parte de la conciencia original de la persona permanece intacta. Aquellos que han sido poseídos, hablan de observar sus propias acciones desde el exterior, gritando pero incapaces de ser oídos. Pero Jace no está habitando su cuerpo y su mente, en absoluto. Él se cree cuerdo. Cree que así es como era.*

—Entonces, ¿qué es lo que quiere de mí? —exigió saber Clary, en una voz temblorosa—. ¿Por qué vino a mi habitación anoche? —Esperaba que sus mejillas no ardieran. Trató de empujar hacia atrás el recuerdo de besarla, de la presión de su cuerpo contra el de ella en la cama.

—*Él aún te ama* —contestó el Hermano Zachariah y su voz era sorprendentemente gentil—. *Tú eres el punto central sobre el que gira su mundo. Eso no ha cambiado.*

—Y esa es la razón por la que tuvimos que marcharnos —dijo Jocelyn, tensa—. Él va a volver por ella. No podíamos quedarnos en la estación de policía. No sé dónde estaremos a salvo.

—Aquí —dijo Magnus—. Puedo poner salvaguardas que mantendrán a raya a Jace y a Sebastian.

Clary vio el alivio bañar los ojos de su madre.

—Gracias —dijo Jocelyn.

Magnus agitó un brazo.

—Es un privilegio. Adoro mantener alejados a Cazadores de Sombras furiosos, especialmente los de la variedad poseída.

—*Él no está poseído* —les recordó el hermano Zachariah.

—Semántica —dijo Magnus—. La pregunta es, ¿qué van a hacer esos dos? ¿Qué están planeando?

—Clary dijo que cuando los vio en la biblioteca, Sebastian le dijo a Jace que estaría recorriendo el Instituto lo suficientemente pronto —dijo Alec—. Así que están haciendo *algo*.

—Continuando el trabajo de Valentine, probablemente —razonó Magnus—. Acabar con los Submundos, matar a todos los Cazadores de Sombras recalcitrantes, bla, bla, bla.

—Tal vez —Clary no estaba segura—. Jace dijo algo acerca de que Sebastian estaba sirviendo a una causa mayor.

—Sólo el Ángel sabe lo que eso indica —dijo Jocelyn—. Estuve casada con un fanático por años. Sé lo que significa 'una causa mayor'. Significa torturar a los inocentes, asesinatos brutales, dar la espalda a tus antiguos amigos en nombre de algo que tú creer que es más grande que ti mismo, pero no es más que codicia e infantilismo disfrazado en un lenguaje de fantasía.

—Mamá —protestó Clary, preocupada por oír a Jocelyn sonar tan amarga.

Pero Jocelyn estaba mirando al Hermano Zachariah.

—Dijiste que ninguna arma en este mundo puede herir a sólo uno de ellos —dijo—. Ningún arma que tú conozcas...

Los ojos de Magnus brillaron súbitamente, como los de un gato cuando atrapan un rayo de luz.

—Piensas en...

—Las Hermanas de Hierro —terminó Jocelyn—. Son las expertas en armas y armamentos. Ellas podrían, quizás, tener una respuesta.

Las Hermanas de Hierro, como Clary sabía, eran la secta hermana de los Hermanos Silenciosos; a diferencia de sus hermanos, ellas no tenían la boca o los ojos cosidos pero, en lugar de ello, vivían en una casi completa soledad, en una fortaleza cuya localización era desconocida. No eran luchadoras, eran creadoras, las manos que daban forma a las armas, las estelas, los cuchillos serafines que mantenían vivos a los Cazadores de Sombras. Había runas que sólo ellas podían tallar, y sólo ellas conocían los secretos para moldear la sustancia de color blanco plateado, llamada *adamás*, en torres demonio, estelas, piedras rúnicas de luz mágica. Pocas veces vistas, no asistían a las reuniones de Concejo o se aventuraban a Alicante.

—*Eso es posible* —admitió el Hermano Zachariah, después de una larga pausa.

—Si fuera posible matar Sebastian... si hay un arma que pudiera matarlo, pero dejar con vida a Jace... ¿eso no significa que Jace quedaría libre de su influencia? —preguntó Clary.

Hubo una pausa aún más larga. Y entonces...

—*Sí* —contestó el Hermano Zachariah—. *Eso sería lo más probable.*

—Entonces, deberíamos ir a ver a las Hermanas. —El agotamiento colgaba de Clary como un manto, haciendo pesados sus ojos, agriando el sabor en su boca. Se frotó los ojos, tratando de sacárselo de encima—. Ahora.

—Yo no puedo ir —dijo Magnus—. Sólo las Cazadoras de Sombras femeninas pueden entrar a la Ciudadela de Adamantio.

—Y tú no vas a ir —dijo Jocelyn a Clary en su más severo tono de no-tu-no-vas-a-ir-a-un-club-con-Simon-después-de-medianoche—. Estás más segura aquí, donde estarás bajo salvaguardas.

—Isabelle —dijo Alec—. Isabelle puede ir.

—¿Tienes alguna idea de dónde está? —preguntó Clary.

—En casa, supongo —contestó Alec, uno de sus hombros alzándose en un encogimiento—. Puedo llamarla...

—Yo me encargo de eso —lo cortó Magnus, sacó suavemente su teléfono celular de un bolsillo y envió un mensaje de texto con la habilidad de una larga práctica—. Es tarde y no necesitamos que se despierte. Todo el mundo necesita descansar. Si voy a enviar a cualquiera de ustedes hacia las Hermanas de Hierro, tendrá que ser mañana.

—Yo iré con Isabelle —ofreció Jocelyn—. Nadie me está buscando, en concreto, y es mejor que ella no vaya sola. Incluso si, técnicamente, no soy una Cazadora de Sombras, lo fui una vez. Sólo se requiere que una de nosotras esté en buenos términos.

—Eso no es justo —rezongó Clary.

Su madre ni siquiera la miró.

—Clary.

Clary se puso de pie.

—He sido prácticamente una prisionera durante las últimas dos semanas —dijo, con voz temblorosa—. La Clave no me permite buscar a Jace. Y ahora que él vino a mí, a mí, tú ni siquiera me dejas ir contigo a ver a las Hermanas de Hierro.

—No es *seguro*. Probablemente, Jace está rastreándote.

Clary perdió los estribos.

—¡Cada vez que intentas mantenerme a salvo, arruinas mi vida!

—¡No! ¡Mientras más involucrada estás con Jace, más arruinas tú tu vida! —le espetó su madre en respuesta—. ¡Cada riesgo que has tomado, cada peligro en el que has estado, fue a causa de él! Él te puso un cuchillo en la garganta, Clarissa...

—Ése no era él —dijo Clary, en la más suave y mortífera voz que podía imaginar—. ¿Piensas que estaría, por un segundo, con un muchacho que me amenazara con un cuchillo, incluso si lo amara? Quizá haz estado viviendo demasiado tiempo en el mundo mundano, mamá, pero hay magia. La persona que me lastimó, no era Jace. Era un demonio usando su rostro. Y la persona que estamos buscando ahora, no es Jace. Pero si él muere...

—No habrá ninguna oportunidad de traer a Jace de regreso —completó Alec.

—Puede ya no haber ninguna posibilidad —dijo Jocelyn—. Dios, Clary, mira la evidencia. ¡Tú pensabas que Jace y tú eran hermano y hermana! ¡Tú sacrificaste todo

para salvarle la vida, y un Demonio Mayor lo usó para llegar a ti! ¿Cuándo vas a enfrentar el hecho que los dos *no están destinados a estar juntos*?

Clary se echó hacia atrás, como si su madre la hubiera golpeado. El Hermano Zachariah aún estaba ahí, tan quieto como una estatua, como si nadie hubiera gritado en absoluto. Magnus y Alec observaban; Jocelyn tenía las mejillas rojas y los ojos brillantes de cólera. Sin confiar en sí misma para hablar, Clary giró sobre sus talones, caminó por el pasillo hasta la habitación de invitados de Magnus y cerró la puerta tras ella.

—De acuerdo, ya estoy aquí —dijo Simon. Un viento frío soplaba a través de la extensión llana del jardín de la azotea por lo que hundió las manos en los bolsillos de sus jeans. En realidad, no percibía el frío, pero sentía que debía hacerlo. Levantó la voz—. Me presenté. ¿Dónde estás?

El jardín de la azotea del Greenwinch Hotel (ahora cerrado y, por lo tanto, vacío de personas) estaba diseñado como un jardín inglés, con setos de árboles enanos cuidadosamente formados, muebles de mimbre y cristal elegantemente dispersos y sombrillas de color lila que se mecían con el viento. Los enrejados de las rosas trepadoras, desnudos por el frío, tejían telas de araña sobre los muros de piedra que rodeaban el tejado, encima del cual Simon podía obtener una brillante vista de la ciudad de Nueva York.

—Estoy aquí —dijo una voz, y una sombra delgada se separó de un sillón de mimbre y se puso de pie—. Me había empezado a preguntar si vendrías, Daylighter.

—Raphael —dijo Simon con voz resignada. Avanzó a través de los paneles de madera que delimitaban la frontera entre los macizos de flores y una piscina artificial rodeada de brillantes luces de cuarzo—. Me estaba preguntando lo mismo.

Mientras se acercaba, podía ver claramente a Raphael. Simon tenía una excelente visión nocturna, y sólo la habilidad de Raphael de mimetizarse con las sombras lo había mantenido oculto. El otro vampiro llevaba un traje negro, con los puños volteados para mostrar el brillo de los gemelos en forma de cadena. Aún tenía el rostro de angelito, aunque la mirada con la que consideró a Simon era fría.

—Cuando el líder del clan vampiro de Manhattan te llama, Lewis, tú acudes.

—¿Y qué harás si no lo hago? ¿Estacarme? —Simon extendió los brazos—. Toma una foto. Haz lo que quieras conmigo. Vuélvete loco.

—*Dios*, qué aburrido que eres —exclamó Raphael. Por detrás de él, en el muro, Simon podía ver el brillo del cromo de la motocicleta vampírica que había usado para llegar hasta allí.

Simon bajó los brazos.

—Tú eres el que pidió que nos encontráramos.

—Tengo un trabajo para ti— dijo Raphael.

—¿En serio? ¿Estás corto de personal en el hotel?

—Necesito un guardaespaldas.

Simon lo miró de soslayo.

—¿Has estado viendo *El Guardaespaldas*¹²? Porque *no* voy a enamorarme de ti y cargarte en mis fornidos brazos.

Raphael lo miró con amargura.

—Te pagaré un dinero extra, si guardas estricto silencio mientras trabajas.

Simon lo miró fijo.

—Hablas en serio, ¿no?

—No me molestaría en venir a verte si no fuera algo serio. Si estuviese en un estado de ánimo bromista, lo pasaría con alguien que me agrade—. Raphael se volvió a sentar en el sillón—. Camille Belcourt está libre en la ciudad de Nueva York. Los Cazadores de Sombras están completamente absorbidos por ese estúpido asunto con el hijo de Valentine y no se ocuparán de rastrearla. Ella representa un peligro inmediato para mí porque desea reafirmar su control sobre el clan de Manhattan. La mayoría son leales a mí. Asesinarme sería el modo más rápido para ella, de trepar de nuevo a la parte superior de la jerarquía.

—De acuerdo —dijo Simon, lentamente—. ¿Pero por qué yo?

—Tú eres un Daylighter. Los demás pueden protegerme durante la noche, pero tú puedes protegerme en el día, cuando la mayoría de nuestra especie está indefensa. Y portas la Marca de Caín. Contigo, entre ella y yo, no se atrevería a atacarme.

—Todo eso es verdad, pero no voy a hacerlo.

Raphael lo miró, incrédulo.

—¿Por qué no?

Las palabras brotaron de Simon como una explosión.

—¿Estás bromeando? Porque nunca has hecho una sola cosa por mí, en todo el tiempo desde que me convertí en un vampiro. En lugar de eso, has hecho tu mejor esfuerzo para hacer mi vida miserable y, a continuación, terminar con ella. Así que, si lo quieres en un lenguaje vampírico, me representa un gran placer, mi señor, decirle a usted ahora: *Demonios, no*.

—No es conveniente para ti convertirme en tu enemigo, Daylighter. Como amigos...

Simon se echó a reír con incredulidad.

—Espera un segundo. ¿Nosotros éramos *amigos*? ¿Eso era ser amigos?

Los colmillos de Raphael se desenfundaron. De hecho estaba muy enfadado, se dio cuenta Simon.

—Sé por qué me rehúsas, Daylighter, y esto no es sobre un fingido sentido de rechazo. Estás tan involucrado con los Cazadores de Sombras que crees que eres uno

¹² El Guardaespaldas: película romántica del año 1992, protagonizada por Kevin Costner y Whitney Houston. Trata de un guardaespaldas, contratado para proteger a una cantante que ha recibido reiteradas amenazas de muerte y de quien termina enamorándose.

de ellos. Te hemos visto con ellos. En lugar de pasar tus noches de cacería, como debe ser, las pasas con la hija de Valentine. Vives con un hombre lobo. Eres una vergüenza.

—¿Actúas de este modo en cada entrevista de trabajo?

Raphael desnudó los dientes.

—Debes decidir si eres un vampiro o un Cazador de Sombras, Daylighter.

—Voy a elegir Cazador de Sombras, entonces. Porque, por mi experiencia con los vampiros, la mayoría de ustedes apestan¹³. Sin juego de palabras intencionado.

Raphael se puso de pie.

—Estás cometiendo un grave error.

—Ya te lo dije...

El otro vampiro agitó una mano, interrumpiéndolo.

—Hay una gran oscuridad acercándose. Barrerá la Tierra con fuego y sombras, y cuando se haya ido, ya no habrá más de tus preciosos Cazadores de Sombras. Nosotros, los Hijos de la Noche, sobreviviremos, ya que vivimos en la oscuridad. Pero, si tú persistes en negar lo que eres, también serás destruido y nadie levantará una mano para ayudarte.

Sin pensarlo, Simon levantó la mano para tocar la marca en su frente.

Raphael se rió en silencio.

—Ah, sí, el sello del Ángel sobre ti. En el momento de la oscuridad, incluso los ángeles serán destruidos. Su fuerza no te ayudará. Y será mejor que reces, Daylighter, para que no pierdas esa marca antes de que llegue la guerra. Porque, si lo haces, habrá una hilera de enemigos esperando su turno para asesinarte. Y yo estaré a la cabeza.

Clary había permanecido acostada de espaldas en el sofá cama de Magnus durante mucho tiempo. Había oído a su madre caminar por el pasillo y entrar al otro dormitorio de huéspedes, cerrando la puerta tras ella. A través de su propia puerta, podía oír a Magnus y a Alec hablando en voz baja en la sala de estar. Suponía que podía esperar a que ambos se fueran a dormir, pero Alec había dicho que Magnus había estado trabajando hasta altas horas, estudiando las runas; incluso aunque el Hermano Zachariah parecía haberlas interpretado, no podía confiar en que Alec y Magnus se retiraran pronto.

Se sentó sobre la cama, al lado de Presidente Miau, quien hizo un apagado ruido de protesta y rebuscó en su mochila. Extrajo una caja de plástico transparente y la abrió. Allí estaban sus lápices Prismacolor, algunas barras de tiza... y su estela.

Se puso de pie, deslizando la estela en el bolsillo de su chaqueta. Tomó su teléfono del escritorio y mandó un mensaje ENCUÉNTRAME EN TAKI'S. Observó hasta que el mensaje fue enviado y, a continuación, guardó el teléfono en sus jeans y respiró hondo.

¹³ Juego de palabras intraducible entre *suck* (chupar, succionar; algo que, evidentemente, hacen los vampiros) y *suck* (argot para alguien desagradable, molesto, del que no agrada su forma de ser o actuar).

Eso no era justo para Magnus, lo sabía. Él le había prometido a su madre que cuidaría de ella, y eso no incluía que se escabullera de su departamento. Pero ella logró mantener su boca cerrada. No había prometido nada. Y además, era Jace.

Harías cualquier cosa para salvarlo, cualquiera sea el costo para ti, cualquiera sea la deuda que adquieras con el Infierno o el Cielo. Lo harías, ¿no?

Sacó su estela, apoyó la punta sobre la pintura color naranja de la pared y empezó a dibujar un Portal.

El ruido agudo despertó a Jordan de un sueño profundo. Se puso rígido al instante y rodó de la cama para caer de cuclillas sobre el piso. Años de entrenamiento con el Praetor lo habían dejado con rápidos reflejos y un permanente hábito de dormir ligero. Una rápida exploración visual y olfativa le dijo que la habitación estaba vacía, sólo la luz de la luna bañando el suelo a sus pies.

Los golpes se repitieron, y esta vez lo reconoció. Era el sonido de alguien golpeando la puerta principal. Generalmente dormía sólo con sus bóxers, así que sacó unos jeans y una camiseta, pateó la puerta de su dormitorio para abrirla y salió al pasillo. Si se trataba de un grupo de estudiantes universitarios borrados que se divertían golpeando todas las puertas del edificio, estaban a punto de agenciarse una cara de hombre lobo furioso.

Alcanzó la puerta... e hizo una pausa. La imagen vino a él de nuevo, como lo había hecho durante las horas que le llevó caer dormido, la de Maia huyendo de él en el astillero naval. La mirada en su rostro cuando se apartó de un empujón. La había llevado demasiado lejos, lo sabía, pidiéndole demasiado y demasiado rápido. Arruinándolo todo por completo, probablemente. A menos que... tal vez ella lo hubiera reconsiderado. Hubo un momento en que sus relaciones eran todo peleas apasionadas e igualmente apasionadas reconciliaciones.

Su corazón latía con fuerza cuando abrió la puerta. Y parpadeó. En el umbral estaba Isabelle Lightwood, con su largo cabello negro y brillante, que caía casi hasta la cintura. Llevaba altas botas de gamuza negra, jeans ajustados y un top de seda roja con su acostumbrada gargantilla roja alrededor de la garganta, destellando oscuramente.

—¿Isabelle? —No pudo ocultar la sorpresa en su voz o, sospechó, la decepción.

—Sí, bueno, yo tampoco te buscaba a ti —dijo ella, abriéndose paso al departamento. Oía a Cazador de Sombras, un olor parecido al vidrio calentado por el sol; y, por debajo de eso, a perfume de rosas—. Estoy buscando a Simon.

Jordan la miró.

—Son las dos de la mañana.

Ella se encogió de hombros.

—Él es un vampiro.

—Pero yo no.

—¿Ohhhh? —Sus rojos labios se curvaron en las comisuras—. ¿Te desperté? —Ella alargó la mano y tiró del botón superior de los jeans de él, la punta de sus uñas rasparon a lo largo de su estómago plano y sintió que sus músculos daban un salto. Izzy era bellísima, no podía negarlo; pero también era un poco aterradora. Se preguntó cómo se las arreglaba el poco pretencioso Simon para manejarla—. Quizás querías abotonarlo hasta arriba. Lindos bóxers, por cierto. —Pasó a su lado, hacia el dormitorio de Simon. Jordan la siguió, abotonándose los jeans y murmurando acerca de cómo no había nada de extraño en tener un diseño de pingüinos bailarines en su ropa interior.

Isabelle asomó la cabeza dentro de la habitación de Simon.

—No está aquí. —Cerró de un portazo tras ella y se echó hacia atrás contra el muro, mirando a Jordan—. ¿Dijiste que eran las dos de la mañana?

—Sí. Probablemente está en la casa de Clary. Ha estado durmiendo mucho allí, últimamente.

Isabelle se mordió el labio.

—Correcto. Por supuesto.

Jordan estaba empezando a sentir esa sensación que tenía a veces, la de que estaba diciendo algo desafortunado, sin saber exactamente qué cosa era.

—¿Hay alguna razón por la que has venido aquí? Quiero decir, ¿pasa algo? ¿Algo está mal?

—¿Mal? —Isabelle levantó las manos—. ¿Quieres decir, aparte del hecho que mi hermano ha desaparecido y, probablemente, le esté haciendo un lavado de cerebro el mismo demonio malvado que asesinó a mi *otro* hermano, y mis padres están a punto de divorciarse y Simon está fuera con *Clary*...?

Se detuvo abruptamente y caminó a zancadas hasta la sala de estar. Él se apresuró tras ella. Para el momento en que la alcanzó, ella estaba en la cocina, revolviendo los estantes de la despensa—. ¿Tienes algo para beber? ¿Un buen Barolo¹⁴? ¿Sagrantino¹⁵?

Jordan la tomó de los hombros y la sacó gentilmente de la cocina.

—Siéntate —le dijo—. Te traeré algo de tequila.

—¿Tequila?

—Tequila es lo que tenemos. Eso, y jarabe para la tos.

Sentada en uno de los taburetes que se alineaban en el mostrador de la cocina, ella le hizo un gesto con la mano. Él esperaba que tuviera uñas largas pintadas de rojo o rosado, pulidas a la perfección, para hacer juego con el resto de su persona, pero no, ella era una Cazadora de Sombras. Sus manos tenían cicatrices y uñas cuadradas y cortadas bien cortas. La runa de la Visión brillaba oscuramente en su mano derecha.

—Bien.

¹⁴ Barolo: vino del norte de Italia, de la región del Piamonte. Se obtiene de las uvas Nebbiolo y es un vino de color granate-rubí, no muy profundo y carácter complejo.

¹⁵ Sagrantino: es una variedad de uvas italianas, de la región de Umbria (centro de Italia). Produce un vino seco.

Jordan agarró la botella de Cuervo¹⁶, la destapó y le sirvió un trago. Empujó el vaso a través del mostrador. Ella lo derribó al instante, frunció el ceño y estrelló el vaso contra el mueble.

—No es suficiente —dijo, se inclinó sobre el mostrador y tomó la botella de su mano. Echó la cabeza hacia atrás y tragó una, dos, tres veces. Cuando volvió a bajar la botella, sus mejillas estaban ruborizadas.

—¿Dónde aprendiste a beber de ese modo? —Jordan no estaba seguro si debía sentirse impresionado o aterrado.

—La edad legal para beber en Idris es quince años. No es que alguien le preste atención. He estado bebiendo vino mezclado con agua junto a mis padres, desde que era niña. —Isabelle se encogió de hombros. El gesto carecía un poco de su coordinación habitualmente líquida.

—Está bien. Bueno, si hay algún mensaje que quieras que le dé a Simon, o algo que yo pueda decirle, o...

—No. —Tomó otro trago de la botella—. Tengo todo este licor aquí y vine a hablar con él y, por supuesto, él está en la casa de Clary. Imagínate.

—Pensé que tú eras la que le había dicho que debería ir allí, en primer lugar.

—Sí. —Isabelle jugueteó con la etiqueta de la botella de tequila—. Lo hice.

—Entonces... —dijo Jordan, en lo que él creía que era un tono razonable—. Dile que se detenga.

—No puedo hacerlo —ella sonaba exhausta—. Se lo debo a ella.

Jordan se inclinó sobre el mostrador. Se sentía un poco como un barman en un programa de televisión, dispensando sabios consejos.

—¿Qué es lo que le debes?

—La vida —dijo Isabelle.

Jordan parpadeó. Eso iba un poco más allá de sus habilidades como barman y dispensador de consejos.

—¿Ella salvó tu vida?

—Salvó la vida de *Jace*. Podría haber obtenido cualquier cosa del Ángel Raziel y salvó a mi hermano. Sólo he confiado en pocas personas en mi vida. Confiado de verdad. Mi madre, Alec, Jace y Max. Ya he perdido a uno de ellos. Clary es la única razón por la que no perdí a otro.

—¿Crees que alguna vez serás capaz de confiar realmente en alguien que no esté relacionado contigo?

—No estoy relacionada con Jace. No realmente. —Isabelle evitó su mirada.

—Sabes lo que quiero decir —dijo Jordan, con una mirada significativa hacia la habitación de Simon.

Izzy frunció el ceño.

¹⁶ Cuervo: Tequila José Cuervo es una marca de tequila producida por Tequila Cuervo, en Jalisco, México. Su producto José Cuervo Especial, es el tequila más vendido alrededor del mundo.

—Los Cazadores de Sombras viven bajo un código de honor, hombre lobo —dijo ella, y por un momento, fue todo arrogancia Nefilim, y Jordan recordó por qué ellos les disgustaban a tantos Submundos—. Clary salvó a un Lightwood. Le debo mi vida. Si no puedo darle eso, y no veo cómo ella podría darle algún uso, puedo darle lo que sea que la haga menos infeliz.

—No puedes *darle* a Simon. Simon es una persona, Isabelle. Él va donde quiere ir.

—Sí —admitió ella—. Bueno, a él no parece importar ir donde ella está, ¿no?

Jordan vaciló. Había algo en lo que Isabelle estaba diciendo que parecía fuera de foco, pero tampoco estaba *completamente* equivocada. Simon tenía con Clary una facilidad que nunca pareció demostrar con nadie más. Ya que había estado enamorado de una sola chica en toda su vida, y aún estaba enamorado de ella, Jordan sentía que él no estaba cualificado para dar asesoría en ese frente, a pesar de que recordó a Simon advertirle, con humor sardónico, que Clary tenía la 'bomba nuclear de los novios'. Si había o no celos por debajo de esa ironía, Jordan no podía asegurarlo. No estaba seguro de si, alguna vez, podías llegar a olvidar completamente a la primera chica que amaste alguna vez. Especialmente cuando ella está directamente allí, frente a ti, todos los días.

Isabelle chasqueó los dedos.

—Oye, tú. ¿Aún estás prestando atención? —Inclinó la cabeza hacia un lado, soplando las hebras oscuras de su cabello para apartárselas del rostro y lo miró con dureza—. ¿Qué está pasando entre Maia y tú, en todo caso?

—Nada. —Esa única palabra contenía dimensiones—. No estoy seguro si alguna vez dejará de odiarme.

—Puede ser que no —dijo Isabelle—. Tiene una buena razón.

—Gracias.

—Yo no doy falsa seguridades —dijo Izzy y empujó la botella de tequila fuera de su alcance. Sus ojos, sobre Jordan, eran animados y oscuros—. Ven aquí, niño lobo.

Ella había bajado la voz. Era suave y seductora. Jordan tragó, contra una garganta repentinamente seca. Recordó ver a Isabelle, en su vestido rojo, afuera del Ironworks y pensar, *¿Esta es la chica con la que Simon estaba engañando a Maia?* Ninguna de ellas era el tipo de chica que daba la impresión de que podías engañarla y sobrevivir.

Y ninguna de ellas era el tipo de chica a la que le dices que no.

Precavidamente, se movió alrededor del mostrador, hacia Isabelle. Estaba a pocos pasos, cuando ella se estiró y lo atrajo hacia sí por las muñecas. Las manos de la chica se deslizaron por sus brazos, sobre las ondulaciones de sus bíceps, los músculos de sus hombros. El latido de su corazón se aceleró. Podía sentir el calor que provenía de ella, oler su perfume y el dulce tequila.

—Eres guapísimo —dijo ella. Sus manos se resbalaron para aplastarse por sí misma, contra el pecho de él—. Lo sabes, ¿no?

Jordan se preguntó si ella podía sentir su corazón latiendo a través de su camisa. Sabía que las chicas lo miraban en la calle (muchachos también, a veces), sabía que se

miraba al espejo cada día, pero nunca pensó mucho en eso. Había estado tan concentrado en Maia durante tanto tiempo, que no parecía importar, más allá de si ella seguiría encontrándolo atractivo, si conseguía verla de nuevo. Había coqueteado mucho, pero no muy a menudo con chicas que se veían como Isabelle, y nunca con alguien tan directo. Se preguntó si ella iba a besarlo. No había besado a nadie, excepto a Maia, desde que tenía quince años. Pero Isabelle lo estaba mirando, y sus ojos eran grandes y oscuros, y sus labios estaban ligeramente separados y tenían el color de las frutillas. Se preguntó si sabrían a frutillas si la besaba.

—Y simplemente no tengo ganas —dijo ella.

—Isabelle, no creo que... espera. ¿Qué?

—Debería tenerlas —dijo ella—. Quiero decir, hay que pensar en Maia, así que probablemente no acabaría por arrancarte la ropa alegremente, de todos modos, pero la cosa es que no *quiero* hacerlo. Normalmente, quiero.

—Ah —dijo Jordan. Sentía alivio y también la más pequeña de las punzadas de decepción—. Bueno... ¿eso es bueno?

—Pienso en él todo el tiempo —confesó ella—. Es horrible. Nada como esto me había sucedido antes.

—¿Te refieres a Simon?

—Pequeño escuálido bastardo mundano —murmuró Izzy, y apartó sus manos del pecho de Jordan—. Excepto que no lo es. Escuálido, ya no. Tampoco mundano. Y me gusta pasar tiempo con él. Me hace reír. Y me gusta el modo en que sonrío. Ya sabes, un lado de su boca se curva antes que el otro—. Bueno, tú vives con él. Debes haberlo notado.

—No realmente —reconoció Jordan.

—Lo echo de menos cuando no está cerca —confesó Isabelle—. Creo que... No sé, después de lo que pasó esa noche con Lilith, las cosas cambiaron entre nosotros. Pero ahora, él está con Clary todo el tiempo. Y ni siquiera puedo enojarme con ella.

—Tú has perdido a tu hermano.

Isabelle levantó la mirada hacia él.

—¿Qué?

—Bueno, él se está esforzando para hacer sentir mejor a Clary porque ella perdió a Jace —explicó Jordan—. Pero Jace es tu hermano. ¿Simon no debería esforzarse por hacerte sentir mejor también a ti? Quizás tú no estés enojada con ella, pero podrías estar molesta con él.

Isabelle lo miró por un largo rato.

—Pero nosotros no somos nada —dijo—. Él no es mi novio. Sólo me *gusta*. —Fruunció el ceño—. Mierda. No puedo creer que haya dicho eso. Debo estar más borracha de lo que pensé.

—Podía imaginármelo a partir de lo que estabas diciendo antes. —Él le sonrió.

Ella no le regresó la sonrisa, pero bajó las pestañas y lo miró a través de ellas.

—No eres tan malo —dijo—. Si quieres, puedo decirle cosas bonitas de ti a Maia.

—No, gracias —dijo Jordan, quien no estaba seguro de cuál era la versión de Izzy de cosas bonitas y temía descubrirla—. Sabes, es normal que, cuando estás pasando por un momento difícil, quieras estar con la persona que... —Estuvo a punto de usar la palabra ‘amas’, pero se dio cuenta que ella nunca la había utilizado y cambió de enfoque—... te importa. Pero no creo que Simon sepa que te sientes de ese modo por él.

Las pestañas de la chica se agitaron de nuevo.

—¿Alguna vez dice algo sobre mí?

—Él piensa que eres realmente fuerte —respondió Jordan—. Y que no lo necesitas para nada. Creo que se siente... superfluo en tu vida. Como, ¿qué puede darte él, cuando tú ya eres perfecta? ¿Por qué querrías a un chico como él? —Jordan parpadeó; no había tenido la intención de irse por ese lado, y no estaba seguro de cuánto lo decía aplicado a Simon, y cuánto a sí mismo y Maia.

—¿Quieres decir que debería decirle cómo me siento? —preguntó Isabelle, en voz baja.

—Sí, definitivamente. Dile cómo te sientes.

—De acuerdo. —Ella agarró la botella de tequila y bebió un trago—. Voy a ir a la casa de Clary ahora mismo y decírselo.

Una pequeña flor de alarma brotó en el pecho de Jordan.

—No puedes. Son casi las tres de la mañana...

—Si espero, perderé el valor —dijo, en ese tono razonable que sólo la gente muy ebria emplea alguna vez. Tomó otro sorbo de la botella—. Sólo iré allí, y le golpearé la ventana, y voy a decirle cómo me siento.

—¿Sabes siquiera cuál es la ventana de Clary?

Ella entrecerró los ojos.

—Nooooo.

La horrible visión de una Isabelle borracha despertando a Jocelyn y Luke flotó a través de la cabeza de Jordan.

—Isabelle, no. —Se estiró para quitarle la botella de tequila, y ella la alejó de un tirón.

—Creo que estoy cambiando de opinión respecto a ti —dijo Isabelle, en un tono semi-amenazante, que podría haber sido más aterrador si hubiera sido capaz de enfocar sus ojos directamente sobre él—. Creo que no me gustas mucho, después de todo. —Se puso de pie, bajó la mirada hacia sus pies con una expresión de sorpresa... y cayó de espaldas. Sólo los rápidos reflejos de Jordan le permitieron capturarla antes de que se golpeará contra el piso.

7

Un Cambio Radical

Traducido por K_ri^^

Clary iba por su tercer taza de café en Taki's cuando Simon entró, finalmente. Llevaba jeans, una sudadera roja con cremallera (¿por qué molestarse con los abrigos de lana, cuando no sientes frío?) y botas. La gente se volvía para mirarlo cuando se abría paso entre las mesas hacia ella. El estilo de Simon había mejorado mucho, una vez que su ropa comenzó a recibir la atención de Isabelle, pensó Clary mientras se él dirigía a su mesa. Había copos de nieve atrapados en su cabello oscuro, pero aunque las mejillas de Alec habían estado rojas por el frío, Simon permanecía pálido e incoloro. Se deslizó en el asiento frente a ella y la miró, con sus reflexivos y radiantes ojos oscuros.

—¿Me llamaste? —preguntó, con una voz profunda y resonante, que hacía que sonara como el Conde Drácula.

—Técnicamente, te envié un mensaje de texto.—Ella deslizó el menú sobre la mesa hacia él, abierto en la página para los vampiros. Lo había mirado antes, pero la idea del budín o el batido de sangre la hicieron estremecerse—. Espero no haberte despertado.

—Oh, no —le dijo—. No vas a creer en dónde estaba... —Su voz se apagó cuando vio la expresión en su rostro—. Oye. —Sus dedos repentinamente la tomaron por la barbilla, levantándole la cabeza. La risa había desaparecido de sus ojos, y fue remplazada por preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Hay más noticias sobre Jace?

—¿Ya saben lo que ordenaran? —Era Kaelie, el azulada hada camarera que había dado a Clary la campana de la Reina. La miraba y le sonreía, con una sonrisa superior que hizo a Clary apretar los dientes.

Clary pidió una rebanada de pastel de manzana, Simon ordenó una mezcla de chocolate caliente y sangre. Kaelie se llevó los menús, y Simon miró a Clary con preocupación. Ella respiró hondo y le contó acerca de aquella noche, todos los ásperos detalles: la aparición de Jace, lo que le había dicho, la confrontación en la sala de estar, y lo que le había sucedido a Luke. Le contó lo que Magnus le había dicho acerca de los huecos entre las dimensiones y de otros mundos, y cómo no había manera de seguir a alguien escondido en un hueco dimensional o siquiera enviar un mensaje a través de ellos. Los ojos de Simon se oscurecieron mientras hablaba, y para el final de la historia, él tenía la cabeza entre sus manos.

—¿Simon? —Kaelie había ido y venido, para dejar la comida, que seguía intacta. Clary le tocó el hombro—. ¿Qué es? Es lo de Luke...

—Es mi culpa. —Él la miró, con los ojos secos. Los vampiros lloraban lágrimas mezcladas con sangre, pensó, lo había leído en alguna parte—. Si no hubiera mordido a Sebastian...

—Lo hiciste por mí. Por eso sigo viva. —Su voz era suave—. Tú me salvaste la vida.

—Tú has salvado la mía seis o siete veces. Me pareció justo. —Su voz se quebró y ella lo recordó escupiendo la negra sangre de Sebastian, de rodillas en el jardín de la azotea.

—La repartición de culpa no nos llevará a ninguna parte —dijo Clary—. Y no te arrastré hasta aquí sólo para decirte lo que pasó. Quiero decir, te lo hubiera dicho de todos modos, pero habría podido esperar hasta mañana, si no fuera porque...

Él la miró con recelo y tomó un sorbo de su taza.

—¿Si no fuera por qué, qué?

—Tengo un plan.

Él gimió.

—Temía que dijeras eso.

—Mis planes *no* son tan terribles.

—Los planes de Isabelle son terribles. —La señaló con un dedo—. *Tus* planes son suicidas. En el mejor de los casos.

Ella se echó hacia atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Quieres oírlo o no? Pero tienes que mantenerlo en secreto.

—Arrancaré mis propios ojos con un tenedor antes de revelar tus secretos —dijo Simon, y luego la miró ansioso—. Espera un segundo. ¿Crees que eso podría ser necesario?

—No lo sé. —Clary se cubrió el rostro con las manos.

—Sólo dímelo. —Sonaba resignado.

Con un suspiro, ella metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa de terciopelo, que vació sobre la mesa. Dos anillos de oro cayeron, aterrizando con un tintineo suave.

Simon los miró, perplejo.

—¿Quieres casarte?

—No seas idiota. —Se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Simon, estos son *los anillos*. Los que la Reina Seelie quería.

—Pensé que habías dicho que no los habías conseguido... —Se interrumpió, alzando los ojos hasta su cara.

—Mentí. En realidad los tomé. Pero después de ver a Jace en la biblioteca, no quise dárselos a la Reina. Tuve la sensación de que los podría necesitar en algún momento. Me di cuenta de que nunca nos iba a dar ninguna información útil. Los anillos parecían más valiosos que otra reunión con la Reina.

Simon los cogió con la mano, ocultándolos de la vista de Kaelie que pasaba por ahí.

—Clary, no puedes simplemente tomar las cosas que la Reina Seelie quiere y guardarlas para ti misma. Es muy peligrosa como para tenerla de enemiga.

Ella lo miró suplicante.

—¿Podemos al menos ver si funcionan?

Él suspiró y le entregó uno de los anillos, lo sentía ligero, pero era tan suave como si fuera de oro auténtico. Clary se preocupó por un momento al pensar que no le quedara, pero tan pronto como se lo puso en el dedo índice derecho, pareció moldearse a la forma de su dedo, hasta que se asentó perfectamente en el espacio debajo de su nudillo. Ella vio a Simon mirando hacia abajo a su derecha, y se dio cuenta de que lo mismo le había sucedido a él.

—Ahora hablamos, supongo —él dijo—. Dime algo. Ya sabes, mentalmente.

Clary se dirigió a Simon, sintiéndose tan absurda como si le hubieran pedido que actuara en una obra de teatro cuyas líneas no se sabía de memoria. *¿Simon?*

Simon parpadeó.

—Creo que... ¿Podrías hacer eso de nuevo?

Esta vez Clary se concentró, tratando de enfocar su mente en Simon, en su Simonidad, la forma en la que pensaba, la sensación de oír su voz, la sensación de tenerlo cerca. Sus susurros, sus secretos, la forma en que él la hacía reír. Así que, pensó a modo de conversación: *Ahora que estoy en tu mente, ¿quieres ver algunas fotos mentales de Jace desnudo?*

Simon dio un salto.

—¡He oído eso! Y, no.

La emoción hervía en las venas de Clary, estaba *funcionando*.

—Piensa en algo para mí.

Le tomó menos de un segundo. Ella oyó a Simon, de la forma en que oyó el Hermano Zachariah, una voz sin sonido dentro de su mente. *¿Lo has visto desnudo?*

Bueno, no del todo. Pero yo...

—Suficiente —dijo él en voz alta, y aunque su voz quedó atrapada entre la diversión y la ansiedad, sus ojos destellaban. —Funcionan. Santa mierda. Realmente funcionan.

Ella se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿te puedo contar mi idea?

Tocó el anillo en su dedo, sintiendo su delicada tracería, tocando con la punta de los dedos las nervaduras de la hoja tallada. *Por supuesto.*

Ella comenzó a explicar, pero aún no había llegado el final cuando Simon la interrumpió al momento en voz alta.

—No. Absolutamente, no.

—Simon —dijo—. Es un plan perfectamente bien planeado.

—¿El plan es que sigas a Jace y a Sebastian a algún desconocido hueco interdimensional y usemos estos anillos para que nos comuniquemos a través de ellos, quedándome en la dimensión normal de la Tierra para que pueda rastrearlos? ¿Ese es el plan?

—Sí.

—No —dijo—. No, no lo es.

Clary se echó hacia atrás.

—No puedes decirme simplemente que no.

—¡Estoy implicado en el plan! ¡Así que puedo decir no! *No*.

—Simon...

Simon dio unas palmaditas en el asiento junto a él como si alguien estuviera sentado allí.

—Permíteme presentarte a mi buen amigo No.

—Tal vez podríamos negociar —le sugirió, comiendo un pedazo de pastel.

—No.

—SIMON.

—'No' es una palabra mágica —le dijo—. Y así es cómo funciona. Tú dices: "Simon, tengo un plan loco y suicida. ¿Te gustaría ayudarme para llevarlo a cabo?" Y yo digo, "*Vaya, no*".

—Voy a hacerlo de todos modos —dijo.

Él la miró fijamente a través de la mesa.

—¿Qué?

—Lo haré tanto si me ayudas como si no —prosiguió—. Incluso si no puedo usar los anillos, seguiré a Jace a cualquier lugar en el que esté y trataré de conseguir alguna forma de volver a ustedes escabulléndome, buscando teléfonos, o lo que sea. Si es posible. Voy a hacerlo, Simon. Tengo mayor oportunidad de sobrevivir si tú me ayudas. Y no hay ningún riesgo para ti.

—No me importa el riesgo que exista para mí —susurró, inclinándose sobre la mesa—. ¡Me preocupa lo que pueda pasarte! Maldita sea, soy prácticamente indestructible. *Déjame* ir. Tú quédate a salvo.

—Sí —dijo Clary—. Y a Jace no le parecerá extraño en absoluto. Sólo podrías decirle que siempre has estado enamorado en secreto de él y que no pudiste soportar estar separado de él.

—Podría decirle que he cambiado de opinión y que estoy completamente de acuerdo con su filosofía y la de Sebastian y que he decidido unir mi suerte con la suya.

—Ni siquiera sabes cuál es su filosofía.

—Ahí está. Podría haber más suerte si le digo que estoy enamorado de él. Jace piensa que todo el mundo está enamorado de él de todos modos.

—Pero yo —dijo Clary— en realidad *lo estoy*.

Simon la miró durante mucho tiempo, en silencio.

—Hablas en serio —dijo finalmente—. En realidad, harías eso. Sin mí, sin ninguna red de seguridad.

—No hay nada que yo no haría por Jace.

Simon inclinó hacia atrás la cabeza y la apoyó contra el asiento de plástico. La marca de Caín brillaba suavemente plateada contra su piel.

—No digas eso —le pidió.

—¿No harías nada por la gente que amas?

—Haría casi cualquier cosa por ti —contestó Simon en voz baja—. Moriría por ti. Ya lo sabes. ¿Pero matar a alguien más, a alguien inocente? ¿Qué pasa con un montón de vidas inocentes? ¿Qué pasa con el mundo entero? ¿Es amor realmente decirle a alguien que se limite a escoger entre él y toda la vida en el planeta? ¿Lo elegirías? Es que... no sé, ¿no hay una especie de moral que te hace amar a todos?

—El amor no es moral o inmoral —dijo Clary—. Simplemente es.

—Lo sé —reconoció Simon—. Sin embargo, las acciones que tomamos en nombre del amor, esas son morales o inmorales. Y normalmente no me importaría. Normalmente, aunque recuerdo a Jace cuando era molesto, él nunca te pediría que hicieras algo que va en contra de tu naturaleza. No por él, ni por nadie. Pero él ya no es exactamente *Jace*, ¿verdad? Y yo simplemente no lo sé, Clary. No sé lo que él te pedirá que hicieras.

Clary apoyó el codo sobre la mesa, de pronto muy cansada.

—Tal vez no es Jace, pero es lo más parecido a Jace que tengo. No hay manera de regresar a Jace sin él. —Ella alzó los ojos hacia Simon—. ¿O me estás diciendo que no hay esperanza?

Hubo un largo silencio. Clary podía ver la honradez innata de Simon en guerra con su deseo de proteger a su mejor amiga. Finalmente dijo—: Yo nunca diría eso. Todavía soy judío, ya sabes, aunque sea un vampiro. En mi corazón recuerdo y creo, incluso las palabras que no puedo decir. Di...— Se atragantó y tragó saliva—. Él hizo un pacto con nosotros, al igual que los Cazadores de Sombras creen que Raziel hizo un pacto con ellos. Y nosotros creemos en sus promesas. Por lo tanto, no podemos perder la esperanza, *hatikva*¹⁷, porque si mantienes viva la esperanza, ella te mantendrá vivo. —Él parecía ligeramente avergonzado—. Mi rabino solía decirlo.

Clary deslizó su mano sobre la mesa y la puso encima de la de Simon. Rara vez hablaba de su religión con ella o con nadie, aunque ella sabía que él creía.

—¿Eso significa que estás de acuerdo?

Él gimió.

—Creo que significa que aplastaste mi espíritu y me dejaste en el suelo.

—Fantástico.

—Obviamente te das cuenta de que me estás dejando en la posición de ser el que tenga que decírselo a todos: a tu madre, a Luke, Alec, Izzy, Magnus...

—Creo que no debería haber dicho que no habría riesgo para ti —dijo Clary dócilmente.

—Eso es cierto —coincidió Simon—. Sólo recuerda que lo hice por ti, cuando tu madre esté mordiéndome el tobillo como una mamá osa furiosa que ha sido separada de su cachorro.

¹⁷ *הוֹקְתָהּ* Esperanza en judío, título del himno nacional de Israel.

Jordan apenas había vuelto a dormirse cuando los golpes en la puerta principal vinieron de nuevo. Se dio la vuelta y gimió. El reloj a un lado la cama señalaba con números amarillos que eran las 4:00 a.m.

Más golpes. Jordan se pasó de mala gana los jeans por los pies, y se tambaleó hacia el pasillo. Exhausto tiró de la puerta para abrirla.

—Mira...

Las palabras murieron en sus labios. De pie en el pasillo estaba Maia. Llevaba jeans y una chaqueta de cuero color caramelo, y el pelo recogido detrás de la cabeza con los palillos de bronce. Un rizo suelto caía a un lado de su cara. Los dedos de Jordan morían de ganas de tocarlo y meterlo detrás de su oreja. En vez de eso, metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Linda camiseta —dijo ella con una mirada seca a su pecho desnudo. Había una mochila colgada sobre uno de sus hombros. Por un momento, su corazón dio un vuelco. ¿Estaba dejando la ciudad? ¿Estaba dejando la ciudad para escapar de él?—. Mira, Jordan...

—¿Quién es? —La voz detrás de Jordan era ronca, arrugada como la cama, de la que ella probablemente acababa de salir. Observó como la boca de Maia caía abierta, y enfocaba por encima de su hombro para ver a Isabelle, de pie detrás de él, frotándose los ojos y vestida sólo con una de las camisetas de Simon.

La boca de Maia se cerró de golpe.

—Soy yo —dijo en un tono no muy amigable—. ¿Estás... visitando a Simon?

—¿Qué? No, Simon no está aquí. —*Cállate, Isabelle*, pensó Jordan frenéticamente—. Él esta... —Hizo un gesto vago—. Fuera.

Las mejillas de Maia enrojecieron.

—Huele como a un bar aquí.

—Es el tequila barato de Jordan —explicó Isabelle con un gesto de la mano—. Tú sabes...

—¿Es esa su camiseta, también? —preguntó Maia.

Isabelle bajó la mirada hacia sí misma, y luego otra vez miró a Maia. Tardíamente pareció darse cuenta de lo que la otra chica estaba pensando.

—Oh. No. Maia...

—Así que primero Simon me engañó contigo, y ahora tú y Jordan...

—Simon —dijo Isabelle— también me engañó contigo. De todos modos, no pasa nada entre Jordan y yo. Vine a ver a Simon, pero él no estaba aquí, así que decidí esperarlo en su habitación. A donde voy a regresar ahora.

—No —dijo Maia bruscamente—. No lo hagas. Olvídate de Simon y de Jordan. Lo que tengo que decir es algo que tú también debes saber.

Isabelle se quedó inmóvil, con una mano en la puerta de Simon, y su cara lentamente palideció.

—Jace —dijo—. ¿Es por eso que estás aquí?

Maia asintió con la cabeza.

Isabelle se apoyó en la puerta.

—¿Está...? —Su voz se quebró, y empezó de nuevo—. ¿Lo han encontrado?

—Regresó —dijo Maia—. Por Clary. —Hizo una pausa—. Trajo a Sebastian con él. Hubo una pelea, y Luke resultó herido. Se está muriendo.

Isabelle hizo un ruido seco con la garganta.

—¿Jace? ¿Jace hirió a Luke?

Maia evito sus ojos.

—No sé lo que pasó exactamente. Sólo sé que Jace y Sebastian vinieron por Clary y hubo una pelea. Luke salió herido.

—Clary...

—Está bien. Está en casa de Magnus con su madre. —Maia se volvió hacia Jordan—. Magnus me llamó y me pidió que viniera a verte. Trató de contactarte, pero no pudo. Él quiere que lo pongas en contacto con los Praetor Lupus.

—Que lo ponga en contacto con... —Jordan sacudió la cabeza—. No se puede sólo llamar al Praetor. No es como 1-800-HOMBRE LOBO.

Maia se cruzó de brazos.

—Bueno, ¿cómo llegamos a ellos, entonces?

—Tengo un supervisor. Me llama cuando quiere, o puedo llamarlo en caso de emergencia.

—Esto *es* una emergencia. —Maia enganchó los pulgares en los ojales de sus jeans—. Luke puede morir, y Magnus dice que el Praetor puede tener información que podría ayudar. —Miró a Jordan, con sus ojos grandes y oscuros. Tendría que decirle, pensó. Que al Praetor no le gustaba andar en asuntos de la Clave, que se mantenían a sí mismos y a su misión de ayudar a los nuevos Submundos. Que no había ninguna garantía de que fueran a estar de acuerdo en ayudar, y de todas las probabilidades de que ellos rechazaran la solicitud.

Pero Maia se lo estaba pidiendo. Esto era algo que podía hacer por ella, era un paso en el largo camino de lo que tenía que hacer por ella, después de lo que le había hecho antes.

—Está bien —cedió—. Entonces, iremos a su cuartel general en persona. Están a las fuera de North Fork en Long Island. Bastante lejos de cualquier lugar. Tendremos que usar mi camioneta.

—Bien. —Maia levantó su mochila—. Pensé que podría tener que ir a alguna parte, por eso he traído mis cosas.

—Maia. —Era Isabelle. No había dicho nada en tanto tiempo que Jordan había olvidado que estaba allí. Se volvió y la vio apoyada en la pared junto a la puerta de Simon. Se estaba abrazando, como si tuviera frío—. ¿Está bien?

Maia hizo una mueca.

—¿Luke? No, él...

—Jace. —La voz de Isabelle sonaba como si contuviera el aliento—. ¿Jace está bien? ¿Lo hirieron o lo atraparon o...?

—Está bien —dijo Maia rotundamente—. Y él se ha ido. Desapareció con Sebastian.

—¿Y Simon? —Isabelle fijó su mirada en Jordan—. Dijiste que estaba con Clary...

Maia negó con la cabeza.

—No, no estaba allí. —Tenía la mano apretada en la correa de su mochila—. Pero hay una cosa que sabemos ahora, y no te va a gustar. Jace y Sebastian están conectados de alguna manera. Daña a Jace y dañarás a Sebastian. Si lo matas, también muere Sebastian. Y viceversa. De acuerdo con Magnus.

—¿La Clave lo sabe? —exigió Isabelle al instante—. No se lo ha dicho a la Clave, ¿verdad?

Maia negó con la cabeza.

—Todavía no.

—Van a encontrarlo —dijo Isabelle—. La manada entera lo sabe. Alguien se los dirá. Entonces va a ser una cacería humana. Van a matarlo sólo para matar a Sebastian. Los van a matar de todos modos. —Se arqueó y pasó las manos a través de su pelo negro y espeso—. Necesito a mi hermano —dijo—. Necesito ver a Alec.

—Bueno, eso es bueno —dijo Maia—. Porque después de la llamada con Magnus, me envió un mensaje. Dijo que tenía el presentimiento de que ibas a estar aquí, y que tenía un mensaje para ti. Quiere que vayas a su apartamento en Brooklyn, de inmediato.

102

Estaba helando afuera, hacia tanto frío que incluso la runa *thermis* que se había puesto a sí misma, y la fina chaqueta que había tomado del armario de Simon, no ayudaron mucho para que Isabelle dejara de temblar a medida que abría la puerta del edificio del apartamento de Magnus y entraba.

Después de haberse anunciado, subió las escaleras, apoyando la mano por el barandal. Parte de ella quería correr por las escaleras, a sabiendas de que Alec estaba allí y que él comprendería lo que estaba sintiendo. La otra parte de ella, la parte que toda su vida había escondido de sus hermanos los secretos de sus padres, quería acurrucarse y estar a solas con su miseria. La parte de ella que odiaba depender de los demás (¿por qué simplemente no soportaba que la defraudaran?) estaba orgullosa de decir que Isabelle Lightwood no necesita a nadie y le recordó que estaba allí porque se lo habían solicitado. *Ellos* la necesitaban.

A Isabelle no le importaba que la necesitaran. De hecho, le gustaba. Fue por eso que se había tomado su tiempo para encariñarse con Jace cuando él salió por primera vez a través del Portal de Idris, un delgado niño de diez años con encantadores ojos oro pálido. A Alec le había encantado de inmediato, pero a Isabelle le había molestado su dominio sobre sí mismo. Cuando su madre le había dicho que el padre de Jace había sido asesinado en frente de él, había imaginado que vendría a ella entre lágrimas, para que lo reconfortara e incluso aconsejara. Pero él no parecía necesitar a nadie. Incluso a

los diez años había tenido un ingenio agudo, a la defensiva y un ácido temperamento. De hecho, Isabelle había pensado, consternada, que era como ella.

Al final el ser Cazadores de Sombras los había unido: por su amor a las armas afiladas, a los brillantes cuchillos serafines, al doloroso placer de las Marcas quemadas, y por la rapidez con la que se embota el pensamiento en la batalla. Cuando Alec había querido ir a cazar solo con Jace, dejando detrás a Izzy, Jace había hablado a favor de ella—: La necesitamos con nosotros, ella es lo mejor que hay. Aparte de mí, por supuesto.

Lo había amado sólo por eso.

Ahora estaba en la puerta principal del apartamento de Magnus. La luz se filtraba por la rendija bajo la puerta, y oyó voces susurrantes. Empujó la puerta, y una ola de calor la envolvió. Agradecida, dio un paso hacia adelante.

El calor provenía del fuego que crepitaba en la chimenea, aunque no hubiera chimeneas en el edificio, la flama tenía el tinte verde azulado del fuego mágico. Magnus y Alec se sentaban en uno de los sofás dispuestos cerca de la chimenea. Una vez que entró, Alec miró hacia arriba y cuando la vio, se puso de pie, corriendo descalzo a través de la habitación para poner sus brazos alrededor de ella. Estaba usando pantalones de chándal negro y una camiseta blanca con el cuello roto.

Por un momento se quedó quieta en el círculo de sus brazos, escuchando los latidos de su corazón, sus manos la acariciaban medio torpemente por la espalda y el pelo.

—Iz —dijo—. Va a estar bien, Izzy.

Ella se apartó de él, limpiándose los ojos. Dios, odiaba llorar.

—¿Cómo puedes decir eso? —Le espetó—. ¿Cómo puede algo, posiblemente, estar bien después de esto?

—Izzy. —Alec puso el pelo de su hermana sobre un hombro y tiró suavemente de ella. Le recordó los años en que ella solía llevar el pelo en trenzas y Alec tiraba de ellas, con gentileza considerablemente menor a la que mostraba ahora—. No te caigas a pedazos. Te necesitamos. —Bajó la voz—. Además, ¿sabes que hueles a tequila?

Miró a Magnus, que los observaba desde el sofá con sus ilegibles ojos de gato.

—¿Dónde está Clary? —preguntó—. ¿Y su madre? Pensé que estaban aquí.

—Durmiendo—informó Alec—. Pensamos que necesitaban descansar.

—¿Y yo no?

—¿Acabas de ver a tu prometido o a tu padrastro casi ser asesinado frente a tus ojos? —preguntó Magnus secamente. Llevaba un pijama a rayas con una bata de seda negra encima—. Isabelle Lightwood —dijo, sentándose de nuevo y juntando ligeramente las manos frente a él—. Como dijo Alec, te necesitamos.

Isabelle se incorporó, echando los hombros hacia atrás.

—¿Me necesitan para qué?

—Para ir con las Hermanas de Hierro —contestó Alec—. Necesitamos un arma para separar a Jace de Sebastian para que puedan ser heridos por separado... Bueno, ya sabes a qué me refiero. Así podríamos matar a Sebastian sin perjudicar a Jace. Es

cuestión de tiempo antes de que la Clave sepa que Jace no es prisionero de Sebastian, que está trabajando con él.

—Ese no es *Jace* —protestó Isabelle.

—Puede que no sea Jace —dijo Magnus—, pero si él muere, su Jace muere junto con él.

—Como sabes, las Hermanas de Hierro sólo hablan con las mujeres —dijo Alec—. Y Jocelyn no puede ir sola, porque ella ya no es una Cazador de Sombras.

—¿Qué pasa con Clary?

—Ella todavía está en formación. No conoce las preguntas correctas o la forma de hacerles frente. Pero tú y Jocelyn pueden. Y Jocelyn dice que ha estado allí antes, que puede ayudarte y guiarte una vez que el Portal te deje a las orillas de la Ciudadela de Adamantio. Podrían partir por la mañana las dos.

Isabelle lo consideró. La idea de tener finalmente algo que hacer, algo definido, activo e importante, fue un alivio. Hubiera preferido una tarea que tuviera algo que ver con matar demonios o cortarle las piernas a Sebastian, pero esto era mejor que nada. Las leyendas que rodeaban a la Ciudadela de Adamantio la hacían sonar como un lugar inhóspito, lejano, y a las Hermanas de Hierro se les veía más raramente que a los Hermanos Silenciosos. Isabelle nunca había visto una.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó.

Alec sonrió por primera vez desde que había llegado, y le torció el pelo.

—Esa es mi Isabelle.

—Aléjate. —Se movió fuera de su alcance y vio a Magnus sonriéndoles desde el sofá. Se levantó del sofá y se pasó una mano por su puntiagudo pelo negro.

Tengo tres cuartos de huéspedes —informó—. Clary está en uno; su madre en el otro. Te mostraré el tercero.

Todas las habitaciones se bifurcaban en un pasillo estrecho y sin ventanas que provenía de la sala de estar. Dos de las puertas estaban cerradas; Magnus condujo a Isabelle a través de la tercera. Era una habitación cuyas paredes estaban pintadas de un rosa fuerte. Con cortinas negras colgadas de barras de plata en las ventanas, aseguradas con esposas. La colcha tenía una impresión de oscuros corazones rojos.

Isabelle miró a su alrededor. Se sentía inquieta y nerviosa, y en lo más mínimo dispuesta a dormir ahí.

—Lindas esposas. Puedo ver por qué no dejaste a Jocelyn aquí.

—Necesitaba algo con qué sostener las cortinas. —Magnus se encogió de hombros—. ¿Tienes algo para dormir?

Isabelle asintió con la cabeza, sin querer admitir que había traído la camiseta de Simon con ella desde su apartamento. Los vampiros realmente no huelen a nada, pero la camiseta todavía llevaba consigo el aroma tenue y tranquilizador de su jabón.

—Es un poco extraño —dijo—. Me exigiste que viniera de inmediato, sólo para mandarme a la cama y para decirme que comenzaríamos por la mañana.

Magnus se apoyó contra la pared junto a la puerta, con los brazos sobre el pecho, y la miró con sus ojos de gato entrecerrados. Por un momento, le recordó a Iglesia, sólo unos momentos antes de que se dispusiera a morder.

—Amo a tu hermano —dijo—. Lo sabes, ¿verdad?

—Si quieres mi permiso para casarse con él, adelante —dijo Isabelle—. El otoño es una época agradable para eso también. Podrías usar un esmoquin naranja.

—Él no es feliz —continuó Magnus, como si ella no hubiera hablado.

—Por supuesto que no lo es —replicó Isabelle—. Jace...

—Jace —dijo Magnus, y sus manos se apretaron en puños a los costados. Isabelle lo miró fijamente. Ella siempre había pensado que no le importaba Jace; que incluso lo agradaba, una vez que la cuestión de los afectos de Alec se había resuelto.

Se lo dijo, en voz alta—: Pensé que Jace y tú eran amigos.

—No es eso —dijo Magnus—. Hay algunas personas, personas que el universo parece haber señalado para tener destinos especiales. Favores especiales y tormentos especiales. Dios sabe que todos nos sentimos atraídos hacia lo que es bello y está roto, yo lo he estado, pero algunas personas no pueden ser arregladas. Y si lo pudieran, es sólo por un amor y un sacrificio tan grande que destruyen al donante.

Isabelle negó con la cabeza lentamente.

—Hiciste que me perdiera. Jace es nuestro hermano, pero en el caso de Alec... él es el *parabatai* de Jace.

—Sé sobre *parabatai* —dijo Magnus—. He conocido a *parabatai* tan cercanos hasta casi ser la misma persona. ¿Sabes lo que le sucede al queda, cuando uno de ellos muere...?

—¡Basta! —Isabelle puso las manos sobre sus oídos, y luego las bajó lentamente—. ¿Cómo te atreves, Magnus Bane? —espetó—. ¿Cómo te atreves a hacerlo peor de lo que ya es?

—Isabelle. —La manos de Magnus aflojaron, tenía los ojos muy abiertos, como si su arrebató lo hubiera sorprendido incluso a él—. Lo siento. A veces se me olvida... con todo tu autocontrol y fuerza, que posees la misma vulnerabilidad que tiene Alec.

—No hay nada débil en Alec —dijo Isabelle.

—No —coincidió Magnus—. Amar como ustedes lo hacen, requiere de fuerza. La cuestión es que yo te quería aquí para él. Hay cosas que no puedo hacer por él, que no le puedo dar. —Por un momento, Magnus lució extrañamente vulnerable—. Ustedes han conocido a Jace, desde siempre. Le puedes dar a entender lo que yo no puedo. Y él te ama.

—Por supuesto que me ama. Soy su hermana.

—La sangre no es amor —dijo Magnus, y su voz era amarga—. Pregúntaselo a Clary.

Clary salió disparada a través del Portal, como si atravesara el cañón de un fusil y volara por el otro extremo. Tocó el suelo y se plantó con fuerza, manteniéndose de pie en el primer momento del aterrizaje. La postura duró sólo un momento antes de que los mareos debidos a la concentración del Portal hicieran que perdiera el equilibrio y cayera al suelo, pero su mochila amortiguó la caída. Suspiró, *algún día* todo el entrenamiento realmente funcionará, y se puso de pie, sacudiendo el polvo de la parte trasera de sus jeans.

Estaba de pie frente a la casa de Luke. El río brillaba por encima de su hombro, con la ciudad a sus espaldas como un bosque de luces. La casa de Luke estaba tal como lo había dejado, horas atrás, cerrada y oscura. Clary, de pie sobre el sucio camino de piedra que conducía a los escalones de la entrada, tragó saliva.

Poco a poco tocó el anillo en su mano derecha con los dedos de la izquierda. *¿Simon?*

La respuesta llegó de inmediato. *¿Sí?*

¿Dónde estás?

Caminando hacia el metro. ¿Hiciste un Portal a casa?

A la de Luke. Si Jace viene como creo que lo hará, este es el lugar a donde vendrá.

Silencio. Y entonces: *Bueno, supongo que sabes cómo buscarme si me necesitas.*

Supongo que sí. Clary tomó una respiración profunda. *¿Simon?*

¿Sí?

Te quiero.

Una pausa. *También te quiero.*

Y eso fue todo. No hubo un clic, como cuando cuelgas el teléfono, Clary sólo sintió la ruptura de su conexión, como si un cable se hubiera cortado en su cabeza. Se preguntó si esto era lo que Alec quería decir cuando hablaba acerca de la ruptura del vínculo *parabatai*.

Se encaminó hacia la casa de Luke y subió lentamente las escaleras. Esta era su casa. Si Jace iba a volver por ella, como él le había dicho que haría, aquí es donde vendría. Se sentó en el escalón más alto, puso la mochila sobre su regazo, y esperó.

Simon se paró frente a la nevera en su apartamento y tomó el último trago de sangre fría con el recuerdo de la silenciosa voz de Clary desvaneciéndose de su mente. Acababa de llegar a casa, y el apartamento estaba a oscuras, el zumbido del refrigerador era alto, y el lugar olía raro, ¿era tequila? Tal vez Jordan había estado bebiendo. La puerta de su dormitorio estaba cerrada, de todos modos, no es que Simon lo acusara por estar dormido, después de todo pasaban de las cuatro de la mañana.

Metió la botella en la nevera y se dirigió a su habitación. Sería la primera noche que dormía en su casa después de una semana. Se había acostumbrado a tener a alguien con quien compartir la cama, un cuerpo al que aferrarse en medio de la noche. A él le

gustaba la forma en que Clary se recostaba con él, durmiendo acurrucada con la cabeza en su brazo, y tenía que admitirlo, a él le gustaba que no pudiera dormir, a menos que estuviera con ella. Le hacía sentirse indispensable y necesario, incluso aunque a Jocelyn no pareciera importarle si él dormía en la cama de su hija o no, resaltando el hecho de que la madre de Clary al parecer lo consideraba tan sexualmente amenazante como a un pez dorado.

Por supuesto, él y Clary habían compartido la cama con frecuencia, desde que tenían cinco años hasta que cumplieron los doce. Eso podría haber tenido algo que ver con eso, se dijo, empujando para abrir la puerta de su habitación. La mayoría de esas noches las habían pasado practicando tórridas actividades, como competencias para ver quién podía comer más Reese's con mantequilla de maní en menos tiempo. O como pillar un reproductor portátil de DVD y...

Él parpadeó. Su habitación se veía igual: las paredes desnudas, los estantes de plástico con su ropa apilada en ellos, su guitarra colgada en la pared, y un colchón en el suelo. Pero en la cama había una sola hoja de papel, un cuadro blanco contra el negro manto raído. Los garabatos le resultaban familiares. Eran de Isabelle.

Lo cogió y leyó:

Simon, he estado tratando de llamarte, pero parece que tu teléfono está apagado. No sé dónde te encuentras ahora mismo. No sé si Clary ya te dijo lo que pasó esta noche. Pero tengo que ir con Magnus y me gustaría mucho que estuvieras allí.

Nunca tengo miedo, pero tengo miedo por Jace. Tengo miedo por mi hermano. Nunca te he pedido nada, Simon, pero te lo estoy pidiendo ahora. Por favor, ven.

Isabelle.

Simon dejó caer la carta de su mano. Él ya estaba fuera del apartamento y en camino por las escaleras antes de que hubiera alcanzado incluso el suelo.

Cuando Simon llegó al apartamento de Magnus, estaba en silencio. Había un fuego parpadeante en la chimenea, y Magnus estaba frente a ella en un sofá, con los pies encima de la mesa de café. Alec dormía, con la cabeza en el regazo de Magnus y él giraba mechones del pelo negro de Alec entre sus dedos. El brujo miraba las llamas, de manera remota y distante, como si estuviera mirando hacia el pasado. Simon no pudo evitar recordar lo que Magnus le había dicho una vez, acerca de vivir para siempre:

Algún día sólo quedaremos tú y yo.

Simon se estremeció, y Magnus levantó la vista.

—Isabelle te llamó, lo sé—dijo, hablando en voz baja para no despertar a Alec—. Es cruzando el pasillo; la primera habitación a la izquierda.

Simon asintió con la cabeza y, con un saludo en dirección a Magnus, se encaminó por el pasillo. Se sentía inusualmente nervioso, como si se estuviera preparando para una primera cita. Isabelle, según recordaba, nunca había pedido su ayuda o su presencia antes, nunca había reconocido que lo necesitara de alguna manera.

Abrió la puerta de la primera habitación a la izquierda y entró. Estaba oscuro, las luces estaban apagadas, y si Simon no hubiera tenido la vista de un vampiro, probablemente habría visto sólo oscuridad. Siendo así, vio los contornos de un armario, sillas con ropa tirada encima de ellas, y una cama, con las sabanas echadas hacia atrás. Isabelle dormía de lado, con su pelo negro en abanico sobre la almohada.

Simon se detuvo. Nunca antes había visto a dormir a Isabelle. Se veía más joven de lo que aparentaba ser, con el rostro relajado, y sus largas pestañas rozando la parte superior de sus pómulos. Tenía la boca ligeramente abierta, y los pies encogidos. Sólo llevaba una camiseta, *su* camiseta, una desgastada camiseta azul que decía CLUB DEL MONSTRUO DEL LAGO NESS: BUSCANDO RESPUESTAS, IGNORANDO LOS HECHOS en la parte delantera.

Simon cerró la puerta detrás de él, se sintió más decepcionado de lo que esperaba. No se le había ocurrido que ella ya estaría dormida. Había estado esperando hablar con ella, escuchar su voz. Se quitó los zapatos y se acostó a su lado. Ella sin duda ocupaba más espacio en la cama que Clary. Isabelle era alta, casi de su estatura, aunque cuando puso la mano sobre su hombro, sintió sus delicados huesos bajo su tacto. Pasó la mano por su brazo.

—¿Iz? —la llamó—. ¿Isabelle?

Ella murmuró y volvió la cara hacia la almohada. Se acercó, ella olía a alcohol y a rosas por su perfume. Bueno, ahí tenía la respuesta. Había estado pensando en ponerla en sus brazos y besarla suavemente, pero “Simon Lewis, Acosador de Mujeres Inconscientes” en realidad no era el epitafio por el cual quería ser recordado.

Se acostó de espaldas y se quedó mirando el techo. El yeso estaba agrietado, y lleno de manchas de agua. Magnus realmente debía conseguir que alguien hiciera algo al respecto. Como si sintiera su presencia, Isabelle rodó hacia un lado presionándose contra él, poniendo su suave mejilla en su hombro.

—¿Simon? —dijo adormilada.

—Sí. —Le tocó la cara ligeramente.

—Viniste. —Posó el brazo sobre su pecho, moviendo la cabeza, para acomodarse en su hombro—. No pensé que fueras a hacerlo.

Sus dedos trazaron patrones en su brazo.

—Claro que vine.

Sus siguientes palabras fueron susurradas en su cuello.

—Lo siento, estoy dormida.

Sonrió un poco para sí, en la oscuridad.

—Está bien. Incluso si lo único que querías era que viniera aquí y te sostuviera mientras duermes, lo habría hecho.

Sintió que se ponía tensa y luego se relajó.

—¿Simon?

—¿Si?

—¿Me puedes contar un cuento?

Él parpadeó.

—¿Qué clase de cuento?

—Alguno donde los buenos ganan y los malos pierden. Y permanecen muertos.

—¿Un cuento de hadas? —preguntó. Se estrujó el cerebro. Sólo sabía las versiones de Disney de los cuentos de hadas, y la primera imagen que le vino a la mente fue la de Ariel con su sujetador de conchas. Había estado enamorado de ella cuando tenía ocho años. No que este fuera el momento para mencionarlo.

—No —exhaló la palabra con un suspiro—. Estudiamos los cuentos de hadas en la escuela. La mayoría de las cosas mágicas son reales, de todos modos. No, yo quiero algo que no haya escuchado aún.

—Está bien. Tengo una buena. —Simon acarició el cabello de Isabelle, sintiendo el aleteo de sus pestañas contra su cuello mientras ella cerraba los ojos—. Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

Clary no sabía cuánto tiempo había estado sentada en los escalones de la entrada de Luke, para cuando el sol comenzó a subir. Surgió detrás de la casa, tornando el cielo oscuro de un tenue rosado; el río era una franja azul acero. Estaba temblando, había temblando por tanto tiempo que su cuerpo parecía haberse contraído en un duro y único estremecimiento de frío. Había usado dos runas de calentamiento, pero no habían ayudado, tenía la sensación de que el temblor era más que nada psicológico.

¿Vendría? Si muy en el fondo él seguía siendo Jace, como ella creía, lo haría, y cuando con su propia boca él le dijo que volvería por ella, supo que lo que él había querido decir era que volvería tan pronto como le fuera posible. Jace no era paciente. Y no jugaba.

Pero lo había esperado tanto tiempo como podía. Finalmente, el sol volvía a salir. Comenzaba un día más, y su madre nuevamente la vigilaría. Tendría que renunciar a Jace, por lo menos por otro día, si no es que por más.

Cerró los ojos por el brillo de la salida del sol, apoyando los codos en el escalón inferior por detrás de ella. Por un momento, se dejó llevar por la fantasía de que todo era como lo había sido, que nada había cambiado, que se reunirá esta tarde para practicar con Jace, o esta noche para cenar, y que él la esperaría y la haría reír de la manera en que siempre lo hacía.

Los cálidos rayos de sol tocaron su cara. A regañadientes sus ojos se abrieron.

Y él estaba allí, caminando hacia ella por las escaleras, silencioso como un gato, como siempre. Llevaba un suéter azul oscuro que hacía que su cabello se viera como la luz del sol. Se sentó con la espalda recta, su corazón latía con fuerza. El brillante sol lo

delineaba con su luz. Pensó en aquella noche en Idris, cuando los fuegos artificiales cruzaron el cielo y había pensado en los ángeles, cayendo en fuego.

Él llegó hasta ella y extendió las manos, ellas las tomó y lo dejó jalarla para ponerla de pie. Sus pálidos ojos dorados recorrieron su rostro.

—No estaba seguro de que estuvieras aquí.

—¿Desde cuándo no has estado seguro de mí?

—Te fuiste muy enfadada. —Tomó un lado de su cara con la mano. Tenía una gruesa cicatriz a lo largo de su palma, ella la podía sentir sobre su piel.

—Así que si no hubiera estado aquí, ¿qué habrías hecho?

Él la atrajo hacia sí. Estaba temblando también, y el viento levantaba su pelo rizándolo y desordenándolo brillantemente.

—¿Cómo está Luke?

Ante la mención del nombre de Luke, otro estremecimiento pasó por ella. Jace, asumiendo que era por frío, tiró de ella con más fuerza hacia él.

—Él va a estar bien —le dijo ella con cautela. *Es tu culpa, tu culpa, tu culpa.*

—Nunca quise que él saliera lastimado. —Con los brazos de Jace a su alrededor, trazaba lentamente con los dedos una línea de arriba abajo por su espina dorsal—. ¿Me crees?

—Jace... —empezó Clary—. ¿Por qué estás aquí?

—Para pedírtelo de nuevo. Para que vengas conmigo.

Ella cerró los ojos.

—¿Y no me dirás en dónde está eso?

—Fe —dijo en voz baja—. Debes tener fe. Pero también haz de saber que una vez que vengas conmigo, no hay vuelta atrás. No por un largo tiempo.

Recordó el momento en que había salido de Java Jones y lo había visto esperándola allí. Su vida había cambiado en ese momento de una manera que nunca podría revertirse.

—Nunca ha habido vuelta atrás —dijo—. No contigo. —Abrió los ojos—. Tenemos que irnos.

Él sonrió, tan brillantemente como el sol que salía detrás de las nubes, y ella sintió que su cuerpo se relajaba.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Él se inclinó hacia delante y la besó. Aferrada a él, pudo percibir algo amargo en sus labios, y luego la oscuridad le cayó encima como una cortina que marcaba el final de un acto.

CASSANDRA CLARE

DARK GUARDIANS

PARTE DOS

111

Ciertas Cosas Oscuras

Te amo como se aman ciertas cosas oscuras.

—Pablo Neruda, “Soneto XVII”

City of Lost Souls

8

El Fuego Prueba al Oro

Traducido por CairAndross

Maia nunca había estado en Long Island, pero cuando pensaba en ello, siempre había imaginado que se parecía mucho a Nueva Jersey: mayormente suburbana, un lugar donde en realidad vivía la gente que trabajaba en Nueva York o Filadelfia.

Había dejado caer su equipaje en la parte posterior de la camioneta sorprendentemente desconocida de Jordan. Cuando salían, él conducía un destartalado Toyota rojo, y siempre estaba lleno de viejas tazas de café arrugadas y envoltorios de comida rápida, con el cenicero repleto de cigarrillos fumados hasta el filtro. La cabina de esta camioneta estaba comparativamente limpia, ya que la única basura era una pila de papeles en el asiento del pasajero. Él los apartó a su lado, sin hacer ningún comentario mientras ella trepaba al interior.

No habían hablado mientras cruzaban Manhattan, y dentro del Long Island Expressway, Maia finalmente se había adormilado, con la mejilla contra el frío cristal de la ventanilla. Al final, se despertó cuando se metieron en un bache de la carretera que la sacudió hacia delante. Parpadeó, frotándose los ojos.

—Lo siento —le dijo Jordan con tristeza—. Iba a dejarte dormir hasta que llegáramos allí.

Ella se sentó, mirando a su alrededor. Estaban viajando por una carretera asfaltada de dos carriles y el cielo sobre ellos apenas empezaba a aclarar. Había campos sembrados a ambos lados del camino, una ocasional casa de granja o un silo, cabañas de madera que aparecían a lo lejos, rodeadas por vallas.

—Es bonito —dijo ella, sorprendida.

—Sí —Jordan hizo un cambio de marchas, aclarándose la garganta—. Ya que de todos modos estás despierta... ¿puedo mostrarte algo antes que lleguemos a Praetor House?

Ella vaciló sólo por un momento antes de asentir. Y ahora allí estaban, botando por un camino de tierra de un solo carril, con árboles a cada lado. La mayoría eran caducos; el camino estaba lodoso, y Maia bajó la ventanilla para olfatear el aire. Árboles, agua salada, hojas descomponiéndose lentamente, pequeños animales que corrían por la hierba alta. Respiró hondo, una vez más, justo cuando se salieron del camino hacia un pequeño espacio de giro en forma de círculo. Delante de ellos estaba

112

la playa, extendiéndose hasta una oscura agua color azul acerado. El cielo era casi de color lila.

Miró a Jordan. Él estaba mirando fijo hacia delante.

—Solía venir aquí, mientras estaba entrenando en Praetor House —le contó—. A veces sólo a observar el agua y aclarar mi cabeza. Los atardeceres aquí... Cada uno es diferente, pero todos son hermosos.

—Jordan.

Él no la miró.

—¿Si?

—Lamento lo que pasó antes. Ya sabes, salir corriendo del astillero naval.

—Está bien. —Él soltó lentamente el aliento, pero ella podía adivinar, por la tensión de sus hombros y el modo en que su mano aferraba la palanca de cambios, que no estaba realmente relajado. Trató de no mirar el modo en que la tensión delineaba los músculos de su brazo, acentuando las depresiones en sus bíceps—. Era demasiado para que lo aceptaras, lo entiendo. Yo sólo...

—Creo que deberíamos tomarlo con calma. Trabajar con miras a ser amigos.

—No quiero que seamos amigos.

Ella no pudo ocultar su sorpresa.

—¿No quieres?

Él movió las manos, desde la palanca de cambios hacia la rueda del volante. El aire caliente que salía de la calefacción hacia el interior del coche, se mezclaba con el aire más fresco fuera de la ventanilla abierta de Maia.

—No deberíamos hablar de esto ahora.

—Quiero hacerlo —dijo ella—. Quiero hablar de eso ahora. No quiero estar estresada por *nosotros*, cuando estemos en Praetor House.

Él se deslizó hacia abajo en su asiento, mordiéndose el labio. Su enmarañado cabello castaño caía descuidado sobre su frente.

—Maia...

—Si no quieres que seamos amigos, entonces ¿qué somos? ¿Enemigos otra vez?

Él giró la cabeza, la mejilla contra el respaldo del asiento del coche. Esos ojos eran exactamente como los recordaba, color avellana con motas de verde, azul y otro.

—No quiero que seamos amigos —dijo— porque aún te amo. ¿Maia, sabes que ni siquiera he besado a alguien desde que rompimos?

—Isabelle...

—Quería que se emborrachara y hablara de Simon. —Sacó las manos del volante, como dirigiéndolas a ella, pero las dejó caer de nuevo en su regazo, con una mirada de derrota en el rostro—. Sólo te he amado a ti. Pensar en ti me inspiró durante mi entrenamiento. La idea de que pudiera ser capaz de reconciliarme contigo algún día. Y lo haré, en cualquier forma que pueda, excepto una.

—No quieres ser mi amigo.

—No quiero ser *sólo* tu amigo. Te amo, Maia. Estoy enamorado de ti. Siempre lo he estado. Siempre lo estaré. Ser sólo tu amigo me mataría.

Ella miró hacia el océano. El borde del sol apenas estaba asomándose por encima de agua y sus rayos iluminaban el mar con tonos de púrpura, oro y azul.

—Es tan hermoso aquí.

—Esa es la razón por la que solía venir aquí. No podía dormir y entonces observaba salir el sol. —Su voz era suave.

—¿Puedes dormir ahora? — se volvió hacia él.

Él cerró los ojos.

—Maia... si vas a decir que no, que no quieres ser otra cosa que mi amiga... sólo dilo. Arranca la bandita, ¿de acuerdo?

Pareció prepararse, como si fuera a recibir un golpe. Sus pestañas dibujaban sombras sobre sus pómulos. Había pálidas cicatrices blancas sobre la piel olivácea de la garganta, cicatrices que le había hecho ella. Maia se soltó el cinturón de seguridad y se escurrió en el asiento hacia él. Escuchó que contenía el aliento, pero no se movió, así que ella se inclinó y lo besó en la mejilla. Inhaló su esencia. El mismo jabón, el mismo shampoo, pero sin el persistente aroma de los cigarrillos. El mismo muchacho. Fue besando a través de su mejilla hasta la comisura de su boca y, finalmente, fue incluso más lejos, posando su boca sobre la de él.

Sus labios se abrieron bajo los de ella, mientras gruñía, bajo en su garganta. Los hombres lobo no eran gentiles entre ellos, pero sus manos eran ligeras sobre ella mientras la alzaba y la sentaba en su regazo, envolviendo los brazos en torno a su cuerpo mientras el beso se profundizaba. La sensación de tenerlo, la tibieza de sus brazos cubiertos de cordero al rodearla, el latido de su corazón, el sabor de su boca, el choque de labios, dientes y lengua que le robaban el aliento. Sus manos se deslizaron por la nuca del muchacho y se fundió contra él, mientras sentía los suaves rizos de su espeso cabello, exactamente el mismo que siempre había tenido.

Cuando finalmente se separaron, los ojos de Jordan estaban vidriosos.

—He estado esperando esto por años.

Ella trazó la línea de su clavícula con un dedo. Podía sentir el latido de su propio corazón. Por unos instantes, no fueron dos hombres lobo en una misión para una organización mortalmente secreta; fueron dos adolescentes haciéndolo en un coche en la playa.

—¿Estuvo a la altura de tus expectativas?

—Estuvo mucho mejor. —Su boca se torció en las esquinas—. Eso significa...

—Bueno... —admitió ella—. Ésta no es la clase de cosas que haces con tus amigos, ¿verdad?

—¿Ah, no es así? Tendré que decírselo a Simon. Va a estar seriamente decepcionado.

—*Jordan*. —Lo golpeó ligeramente en el hombro, pero estaba sonriendo y él también, con una inusualmente sonrisa grande y tonta extendiéndose sobre su rostro.

Ella se acercó y puso su rostro contra el hueco de su cuello, respirándolo en conjunto con la mañana.

Estaban luchando a través del lago congelado, la ciudad helada destellaba como una lámpara en la distancia. El ángel con las alas doradas y el ángel con las alas de fuego negro. Clary estaba de pie en el hielo, mientras sangre y plumas caían a su alrededor. Las plumas doradas ardían como fuego cuando tocaban su piel, pero las plumas negras eran tan frías como el hielo.

Clary se despertó con el corazón palpitante, enredada en un nudo de mantas. Se sentó, apartando bruscamente las mantas de su cintura. Estaba en una habitación desconocida. Las paredes eran de yeso blanco y ella yacía en una cama de madera negra, aún con la ropa que había llevado la noche anterior. Se deslizó fuera del lecho y sus pies desnudos tocaron el frío suelo de piedra, mientras miraba a su alrededor en busca de su mochila.

La encontró fácilmente, apoyada en una silla de cuero negro. No había ventanas en la habitación: la única luz provenía de araña de luces de cristal suspendida sobre su cabeza, fabricada con vidrios negros tallados. Pasó la mano por su mochila y se dio cuenta, para su molestia aunque no era sorprendente, que alguien ya había revuelto su contenido.

Su cuaderno de arte había desaparecido, incluyendo su estela. Todo lo que le quedaba era su cepillo del pelo y una muda de jeans y ropa interior. Al menos, el anillo de oro aún estaba en su dedo.

Lo tocó ligeramente y *pensó* hacia Simon. *Estoy dentro.*

Nada.

¿Simon?

No hubo respuesta. Se tragó la inquietud. No tenía la menor idea de dónde estaba, qué hora era, o cuánto tiempo había estado fuera de combate. Simon podía estar dormido. No podía entrar en pánico y asumir que los anillos no funcionaban. Tenía que poner el piloto automático. Comprobar dónde estaba, aprender lo que pudiera. Trataría de localizar a Simon otra vez, más tarde.

Respiró hondo y trató de concentrarse en su entorno inmediato. Dos puertas se abrían hacia el dormitorio. Intentó con la primera y encontró que se abría a un pequeño cuarto de baño de vidrio y cromo, con una bañera de bronce con patas de garra. Tampoco había ventanas aquí. Se duchó rápidamente y se secó con una mullida toalla blanca, antes de cambiarse a unos jeans limpios y un suéter, para luego regresar al dormitorio, recoger sus zapatos y probar con la segunda puerta.

Bingo. Aquí estaba el resto de la... ¿casa? ¿Departamento?

Estaba en una gran habitación, la mitad de la cual estaba dedicada a una larga mesa de vidrio. La mayoría de las negras luces que colgaban de cristal tallado, pendían del cielorraso, enviando sombras danzantes contra las paredes. Todo era muy moderno, desde las sillas de cuero negro a la gran chimenea, enmarcada en cromo pulido. Había

un fuego ardiendo en ésta. Por lo que alguien debía estar en la casa o había estado muy recientemente.

La otra mitad de la habitación estaba decorada con una gran pantalla de televisión, una brillante mesa de café negra, sobre la que se dispersaban juegos y controladores y bajos sofás de cuero negro. Un conjunto de escaleras de cristal se dirigían al piso superior, en forma de espiral. Después de echar un vistazo en torno, Clary comenzó a subir. El vidrio era perfectamente claro, y le daba la impresión que estaba subiendo una escalera invisible en el cielo.

El segundo piso era muy similar al primero: muros pálidos, suelo negro, un largo corredor con puertas que se abrían hacia él. La primera puerta conducía a lo que era, claramente, un dormitorio principal. Una enorme cama de palo de rosa, adornada con cortinas blancas de gasa, ocupaba la mayor parte del espacio. Aquí había ventanas, teñidas de azul oscuro. Clary cruzó la habitación para mirar hacia fuera.

Por un momento, se preguntó si estaba de regreso en Alicante. Estaba mirado a través de un canal, otro edificio con las ventanas cubiertas de postigos verdes cerrados. El cielo estaba gris, el canal era de un oscuro color azul-verdoso y había un puente visible, justo a su derecha, que cruzaba sobre el agua. Había dos personas, de pie sobre el puente. Una de ellas tenía una cámara de fotos frente al rostro y tomaba fotos diligentemente. Entonces, no era Alicante. ¿Ámsterdam? ¿Venecia? Buscó por todas partes una forma de abrir la ventana, pero no parecía haber una; golpeó el vidrio y gritó, pero los que cruzaban el puente no se dieron por aludidos. Después de unos momentos, se marcharon.

Clary regresó a la habitación, se dirigió a uno de los armarios y lo abrió. El corazón se saltó un latido. El armario estaba lleno de ropas, ropas de mujer. Magníficos vestidos de encaje, satén, perlas y flores. Los cajones contenían camisolas y ropa interior, camisas en algodón y seda, faldas, aunque no jeans o pantalones. Incluso había zapatos alineados: sandalias y zapatos de tacón, y pares de medias dobladas. Por un momento sólo se quedó mirando, preguntándose si había otra chica quedándose en ese lugar, o si a Sebastian le había dado por el travestismo. Pero toda la ropa conservaba las etiquetas y todas ellas eran, aproximadamente, de su talla. No sólo eso, se percató lentamente al observarlas. Eran exactamente de las formas y colores que se adaptaban a ella: azules, verdes y amarillos, cortados para un cuerpo pequeño. Al final, sacó una de las camisas más simples, una blusa color verde oscuro de mangas ranglan con un lazo de seda al frente. Después de descartar su camisa sobre el piso, se embutió la blusa y se miró en el espejo que colgaba en el interior del armario.

Le quedaba perfectamente. Delineaba la mayor parte de su pequeña figura, ajustándose a su cintura y haciendo más oscuro el verde de sus ojos. Le arrancó la etiqueta, sin querer ver lo mucho que costaba y salió corriendo de la habitación, sintiendo un escalofrío que le recorría la columna vertebral.

La siguiente habitación era, claramente, la de Jace. Lo supo en el momento en que entró. Olía como él, a su colonia y jabón, y al aroma de su piel. La cama era de madera

de ébano, con sábanas y mantas blancas, perfectamente tendida. Estaba tan limpia como su habitación del Instituto. Había libros apilados junto a su cama, los títulos estaban en italiano, francés y latín. La daga de plata de los Herondale, con su diseño de pájaros, estaba encajada en la pared de yeso. Cuando miró más de cerca, pudo ver que sujetaba una fotografía en su lugar. Una fotografía de ella y Jace, que había tomado Izzy. Lo recordaba, un día claro a principios de octubre, Jace sentado en los escalones de entrada del Instituto con un libro sobre el regazo. Ella estaba sentada un escalón por encima, su mano en el hombro, inclinándose para ver qué estaba leyendo. La mano de él cubría la suya, casi ausentemente, y él estaba sonriendo. Ese día, ella no había podido verle el rostro y no sabía que estaba sonriendo de ese modo, no hasta ahora. Su garganta se contrajo y salió de la habitación para recuperar el aliento.

No podía actuar de esa manera, se dijo con severidad. Como si cada visión de Jace en la forma en que estaba ahora, fuera un puñetazo en el estómago. Tenía que fingir que no le importaba, como si no observara ninguna diferencia. Entró en la siguiente habitación, muy parecida a la anterior, pero ésta era un desastre: la cama era una maraña de sábanas y edredón negros, un escritorio de vidrio y acero cubierto de libros y papeles, ropas de muchacho esparcida por todas partes. Jeans, chaquetas, camisetas y equipos de cazador. Su mirada cayó sobre algo que brillaba plateado, apoyado sobre la mesita de noche cerca de la cama. Se movió hacia delante, observándola, sin poder creerles a sus ojos.

Era la pequeña caja de su madre, la que tenía las iniciales *J.C.* La que su madre solía sacar cada año, una vez al año, y llorar silenciosamente sobre ella, con las lágrimas corriendo por su rostro para salpicar sus manos. Clary sabía lo que había en la caja: un mechón de cabello, tan fino y blanco como la pelusa del diente de león, algunas ropitas infantiles, un zapatito de bebé, lo suficientemente pequeño como para caberle en la palma de la mano. Retazos de su hermano, una suerte de collage del niño que su madre había querido tener, había soñado tener, antes de que Valentine hubiera hecho lo que hizo y convirtiera a su propio hijo en un monstruo.

J.C.

Jonathan Christopher.

Su estómago dio un vuelco y se volvió para salir rápidamente de la habitación... directo a una pared de carne viviente. Los brazos fueron a rodearla, envolviéndola en un abrazo y ella vio que eran delgados y musculosos, cubiertos con fino vello pálido y, por un momento, pensó que era Jace quien la sostenía. Empezó a relajarse.

—¿Qué estabas haciendo en mi habitación? —dijo Sebastian en su oreja.

Isabelle había sido entrenada para levantarse temprano cada mañana, con lluvia o sol, y una ligera resaca no hizo nada para evitar que eso sucediera. Se incorporó lentamente y bajó la mirada, parpadeando, hacia Simon.

Nunca antes había pasado una noche entera en la cama con otra persona, a menos que contara el meterse en la cama de sus padres cuando tenía cuatro años y miedo a las tormentas. No podía dejar de mirar fijamente a Simon, como si él fuera alguna especie de animal exótico. Él yacía sobre su espalda, con la boca ligeramente abierta y el cabello sobre los ojos. Cabello castaño común, ojos marrones comunes. Su camiseta estaba ligeramente levantada. Él no era musculoso como un Cazador de Sombras. Tenía un estómago suave y plano, pero nada de abdominales marcados, y aún había un toque de suavidad en su rostro. ¿Qué *tenía* que la fascinaba? Era bastante lindo, pero ella había salido con guapísimos caballeros hadas, sexys Cazadores de Sombras...

—Isabelle —dijo Simon, sin abrir los ojos—. Deja de mirarme.

Isabelle suspiró con irritación y se arrojó de la cama. Rebuscó en su bolsa su equipo de cazadora y se encaminó al cuarto de baño.

Estaba a mitad de camino cuando la puerta se abrió, y Alec emergió en una nube de vapor. Tenía una toalla alrededor de la cintura, otra sobre los hombros y se estaba frotando enérgicamente su húmedo cabello negro. Se suponía que a Isabelle no debería sorprenderla el verlo; él también había sido entrenado para levantarse temprano por las mañanas, igual que ella.

—Hueles a sándalo —dijo ella, a modo de saludo. Odiaba el aroma del sándalo. Le gustaban las fragancias dulces: vainilla, canela, gardenia.

Alec la miró.

—Nos gusta el sándalo.

Isabelle hizo una mueca.

—O ése es el ‘nosotros’ de la realeza cuando hablan en plural o Magnus y tú se están convirtiendo en una de esas parejas que creen que son una sola persona. ‘Nos gusta el sándalo’. ‘Adoramos la música’. ‘Esperamos que disfrutes de *nuestro* obsequio navideño’, lo cual es, si me preguntas, sólo una forma barata de evitar tener que comprar dos regalos.

Alec le dirigió un húmedo y feroz parpadeo.

—Lo entenderás...

—Si vas a decirme que lo entenderé cuando esté enamorada, voy a ahogarte con esa toalla.

—Y si sigues evitando que regrese a mi habitación y me vista, le diré a Magnus que acaba acopio de pixies para que te aten nudos en el cabello.

—Oh, fuera de mi camino. —Isabelle pateó el tobillo de Alec hasta que él se movió, sin prisas, por el pasillo. Tenía la sensación de que, si se volvía y lo miraba, él le estaría sacando la lengua, así que no lo hizo. En lugar de ello, se encerró en el baño y encendió la ducha a todo vapor. Luego, miró la canasta de productos de baño y soltó una palabra impropia de una dama.

Champú, acondicionador y jabón, de sándalo. Ugh.

Cuando finalmente salió, vestida con su equipo de cazadora y con el cabello recogido, encontró a Alec, Magnus y Jocelyn esperándola en la sala de estar. Había

donas, que no quería, y café, que sí. Se sirvió una generosa cantidad de leche en la taza y se sentó, mirando a Jocelyn quien llevaba, para sorpresa de Isabelle, un equipo de Cazador de Sombras.

Era extraño, pensó. Las personas a menudo le decían que se parecía a su madre, aunque ella no lo veía por sí misma, y ahora se preguntaba si eso pasaba en la misma forma en que Clary se parecía a Jocelyn. El mismo color de cabello, sí, pero también el mismo conjunto de rasgos, la misma inclinación de la cabeza, la misma línea resuelta de la mandíbula. La misma sensación de que esa persona puede parecer una muñeca de porcelana, pero es de acero por debajo. Aunque, Isabelle lo deseaba, de igual modo que Clary había heredado los ojos verdes de su madre, ella podría haber obtenido los ojos azules de Maryse y Robert. El azul era mucho más interesante que el negro.

—Tal como la Ciudad Silenciosa, sólo hay una Ciudadela de Adamantio, pero hay muchas puertas a través de las cuales pueden encontrarla —dijo Magnus—. La más cercana a nosotros es la de un viejo monasterio agustino sobre Grymes Hill, en Staten Island. Alec y yo cruzaremos por un Portal con ustedes, y las esperaremos hasta que regresen, pero no podemos acompañarlas todo el camino.

—Lo sé —dijo Isabelle—. Porque ustedes son *chicos*. Más lloricas.

Alec le apuntó con el dedo.

—Tómalo con seriedad, Isabelle. Las Hermanas de Hierro no son como los Hermanos Silenciosos. Son menos amables y no les gusta ser molestadas.

—Prometo que tendré el mejor comportamiento —dijo Isabelle y depositó su taza de café vacía sobre la mesa—. Vamos.

Magnus la miró con suspicacia por un momento, luego se encogió de hombros. Hoy tenía el pelo engominado en un millón de puntas agudas y sus ojos estaban sombreados con maquillaje negro, lo que los hacía más felinos que nunca. Él se acercó a la pared, ya murmurando algo en latín; la familiar silueta del portal, su forma de puerta arcana delineada con símbolos destellantes comenzó a tomar forma. Se levantó viento, frío y agudo, echando hacia atrás los mechones del cabello de Isabelle.

Jocelyn dio un paso al frente en primer lugar, y caminó a través del portal. Fue como ver a alguien desaparecer en la cresta de una ola de agua: una neblina plateada pareció tragarla, nublando el color de su cabello rojizo mientras ella desaparecía en el interior con un débil destello.

Isabelle fue la siguiente. Estaba acostumbrada a la sensación de revoltijo en el estómago que provocaba ser transportada por un Portal. Era como un rugido insonoro en sus oídos y nada de aire en los pulmones. Cerró los ojos, luego los abrió de nuevo cuando el remolino la soltó y cayó sobre la maleza seca. Se puso de pie, cepillándose la hierba muerta de sus rodillas y vio a Jocelyn mirándola. La madre de Clary abrió la boca... y la volvió a cerrar cuando apareció Alec desplomándose sobre la vegetación junto a Isabelle y, a continuación, Magnus, mientras la brillante forma del Portal se cerraba tras él.

Incluso el viaje a través del Portal, no había desarreglado los picos en el cabello de Magnus. Se atusó uno con orgullo.

—Comprobado —le dijo a Isabelle.

—¿Magia?

—Gel para el cabello. \$3.99 en Ricky's.

Isabelle le puso los ojos en blanco y se giró para comprobar su nuevo entorno. Estaban encima de una colina y su parte más alta estaba cubierta de maleza seca y césped marchito. Más abajo, había árboles ennegrecidos por el otoño y, a la distancia, Isabelle vio un cielo sin nubes y la parte superior del Puente Verrazano-Narrows, que conecta Nueva York con Brooklyn. Cuando se giró, Isabelle vio el monasterio tras ella, alzándose por encima del follaje reseco. Era un gran edificio de ladrillo rojo, con la mayoría de las ventanas rotas o entabladas. Estaba marcado, aquí y allí, con grafiti. Los buitres, perturbados por la llegada de los viajeros, circundaban el campanario en ruinas.

Isabelle entrecerró los ojos, preguntándose si había un glamour que desprender. Si era así, era uno muy fuerte. Por más que lo intentaba, no podía ver otra cosa que la ruinoso construcción tras ella.

—No hay glamour —dijo Jocelyn, sobresaltando a Isabelle—. Lo que ves es lo que obtienes.

Jocelyn caminó hacia allí, sus botas aplastando la vegetación seca frente a ella. Después de un momento, Magnus se encogió de hombros y la siguió, e Isabelle y Alec fueron detrás. No había ningún camino; las ramas crecían enredadas, oscuras contra el aire claro, y el follaje bajo sus pies crujía por la sequedad. Mientras se acercaban al edificio, Isabelle vio que los parches de césped reseco estaban quemados con pentagramas y que había círculos rúnicos pintados con aerosol sobre la hierba.

—Mundanos —dijo Magnus, apartando una rama del camino de Isabelle—. Jugando sus pequeños juegos con magia, sin realmente entenderla. A menudo son atraídos por lugares como éste, centros de poder, sin saber realmente el por qué. Beben, pasan el rato, y pintan las paredes con aerosol como si pudieras dejar una huella humana en la magia. No puedes. —Ya habían alcanzado una puerta tapiada en el muro de ladrillo—. Aquí estamos.

Isabelle miró fijamente la puerta. Una vez más, no había sentido que la cubriera algún glamour, aunque si se concentraba fuerte, se hacía visible un débil resplandor, como la luz del sol rebotando sobre el agua. Jocelyn y Magnus intercambiaron una mirada y ella se volteó hacia Isabelle.

—¿Estás lista?

Isabelle asintió y, sin más preámbulos, Jocelyn dio un paso adelante y se desvaneció a través de las tablas de la puerta. Magnus miró expectante a Isabelle.

Alec se acercó más y ella sintió el roce de su mano sobre el hombro.

—No te preocupes —dijo—. Vas a estar bien, Iz.

Ella levantó la barbilla

—Lo sé —dijo, y siguió a Jocelyn a través de la puerta.

Clary contuvo el aliento, pero antes que pudiera responder, hubo pasos en la escalera, y Jace apareció al final del pasillo. Sebastian la dejó ir de inmediato y dio una vuelta a su alrededor. Con una sonrisa lobuna, le alborotó el cabello.

—Me alegro de verte, hermanita.

Clary se quedó sin habla. Sin embargo, Jace no; se movió hacia ellos en silencio. Llevaba una chaqueta de cuero negro, una camiseta blanca y jeans, y estaba descalzo.

—¿Estabas *abrazando* a Clary? —miraba a Sebastian, atónito.

Sebastian se encogió de hombros.

—Es mi hermana. Estoy complacido de verla.

—Tú no abrazas a las personas —dijo Jace.

—Me quedé sin tiempo para cocinar un guiso.

—No fue nada —intervino Clary, agitando una mano desdeñosa hacia su hermano—. Me tropecé. Él sólo impidió que me cayera.

Si Sebastian estaba sorprendido al oírla defenderlo, no lo demostró. Su rostro era inexpresivo mientras ella cruzaba el pasillo hacia Jace, quien la besó en la mejilla. Sus dedos se sentían fríos contra la piel.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —preguntó Jace.

—Buscándote. —Se encogió de hombros—. Me desperté y no podía encontrarte. Pensé que tal vez estabas durmiendo.

—Veo que has descubierto el alijo de ropa. —Sebastian indicó la camisa con un gesto—. Te gustan.

Jace la lanzó una mirada.

—Vamos a preparar algo de comer —le dijo a Clary—. Nada del otro mundo. Pan y queso. ¿Quieres almorzar?

Así fue como, varios minutos más tarde, Clary se encontró instalada en la gran mesa de vidrio y acero. Por los comestibles esparcidos sobre la mesa, se imaginó que su segunda suposición había sido correcta. Estaban en Venecia. Había pan, quesos italianos, *salami* y *posciutto*, uvas y mermelada de higo, y botellas de vino italiano. Jace se sentó frente a ella, Sebastian en la cabecera de la mesa. Le recordó, bizarramente, la noche que conoció a Valentine, en Renwick's en Nueva York, como se había puesto entre Jace y Clary a la cabecera de la mesa, cómo les había ofrecido vino y les había dicho que eran hermano y hermana.

Ahora le echó un vistazo a su hermano de verdad. Pensé en cómo lo vería su madre cuando lo miraba a él. *Valentine*. Pero Sebastian no era una copia al carbón del padre de ambos. Ella había visto fotografías de Valentine cuando tenía su edad. El rostro de Sebastian suavizaba los rasgos duros de su padre con la belleza frágil de su madre; era alto, pero menos ancho de hombros, más ágil y felino. Tenía los pómulos y la suave boca de Jocelyn, los ojos oscuros y el cabello rubio blanquecino de Valentine.

Entonces, él levantó la vista, como si la hubiera sorprendido mirándolo.

—Más vino —le ofreció la botella.

Clary asintió, aunque nunca le había gustado mucho el sabor del vino y, desde Renwick's lo odiaba. Se aclaró la garganta mientras Sebastian le llenaba el vaso.

—Entonces... —empezó—. Este lugar... ¿es suyo?

—Era de nuestro padre —dijo Sebastian, bajando la botella—. De Valentine. Se mueve, dentro y fuera de los mundos, el nuestro y otro. Él solía utilizarlo como retiro, así como de medio de transporte. Me trajo aquí unas cuantas veces, me mostró cómo entrar y salir y cómo hacerlo viajar.

—No hay puerta de entrada.

—La hay, si sabes cómo encontrarla —dijo Sebastian—. Papá fue muy listo con este lugar.

Clary miró a Jace, quien sacudió la cabeza.

—Él nunca me lo mostró. Nunca imaginé que existía siquiera.

—Es muy... piso de soltero —comentó Clary—. Nunca habría pensado en Valentine...

—¿Como dueño de televisores de pantalla plana? —Jace le sonrió—. No recibes canales, pero puedes ver DVD. Además, en la mansión teníamos una vieja nevera que funcionaba con luz mágica. Aquí tiene un frigorífico Sub-Zero.

—Eso era para Jocelyn —dijo Sebastian.

Clary levantó la mirada.

—¿Qué?

—Todas las cosas modernas. Los aparatos. Y la ropa. Como esa camisa que llevas. Eran para nuestra madre. En caso de que ella quisiera regresar. —Los ojos oscuros de Sebastian encontraron los suyos. Ella se sentía un poco enferma. *Este es mi hermano y estamos hablando de nuestros padres.* Se sintió mareada, estaban sucediendo demasiadas cosas, demasiado rápido como para procesarlo. Nunca había tenido tiempo para pensar en Sebastian como su viviente y respirante hermano. En el momento en que descubriera quién era él en realidad, estaba muerto.

—Lo siento si es extraño —dijo Jace en forma de disculpa, indicando su camisa—. Podemos comprar otras ropas.

Clary tocó ligeramente la manga. La tela era sedosa, fina, cara. Bueno, eso explicaba... todo acerca de su talla, todo acerca de los colores que le convenían. Porque ella se parecía a su madre.

Inspiró profundo.

—Está bien —dijo—. Es sólo... ¿qué hacen los dos exactamente? Sólo viajar dentro de este departamento y...

—¿Ver el mundo? —completó Jace con ligereza—. Hay cosas peores...

—Pero no pueden hacer eso para siempre.

Sebastian no había comido mucho, pero bebió dos copas de vino. Estaba por la tercera, y sus ojos estaban brillantes.

—¿Por qué no?

—Bueno, porque... porque la Clave los está buscando a los dos, y no pueden pasarse la eternidad corriendo y ocultándose... —La voz de Clary se fue apagando mientras miraba de uno al otro. Estaban intercambiando una mirada, la mirada de dos personas que saben algo, juntos, que nadie más sabe. No era una mirada que Jace hubiera compartido con otra persona, delante de ella, en un largo tiempo.

Sebastian habló en voz baja y lenta.

—¿Estás haciendo una pregunta o una observación?

—Ella tiene derecho a conocer nuestros planes —dijo Jace—. Vino aquí sabiendo que no podía regresar.

—Un salto de fe —comentó Sebastian, haciendo correr un dedo por el borde de su vaso. Era algo que Clary había visto hacer a Valentine—. En *ti*. Ella te ama. Ésa es la razón por la que está aquí. ¿O no?

—¿Y qué si lo es? —preguntó Clary. Supuso que podía fingir que había otra razón, pero los ojos de Sebastian eran oscuros y afilados, y dudaba que él le fuera a creer—. Yo confío en Jace.

—Pero no en mí.

Clary escogió sus siguientes palabras con extremo cuidado.

—Si Jace confía en ti, entonces quiero confiar en ti —dijo—. Y eres mi hermano. Eso cuenta como algo. —La mentira sabía amarga en su boca—. Pero no te conozco en realidad.

—Entonces, tal vez debería pasar un poco de tiempo, para que *llegues* a conocerme —dijo Sebastian—. Y entonces, te diremos nuestros planes.

Te diremos. Nuestros planes. En su mente, estaban él y Jace; no había un Jace y Clary.

—No me gusta dejarla en la oscuridad —dijo Jace.

—Bueno, démosle una semana. Qué diferencia hace una semana.

Jace le echó un vistazo.

—Hace dos semanas, tú estabas muerto.

—Bueno, yo no estaba sugiriendo *dos* semanas —dijo Sebastian—. Eso sería una locura.

La boca de Jace se curvó en la esquina. Miró a Clary.

—Estoy dispuesta a esperar que confíes en mí —dijo, sabiendo que era lo correcto y listo decir. Odiando decirlo—. Por mucho tiempo que eso tome.

—Una semana —dijo Jace.

—Una semana —coincidió Sebastian—. Y eso significa que debe quedarse aquí, en el departamento, sin comunicarse con nadie. Nada de desbloquear la puerta para ella, nada de entrar y salir.

Jace se reclinó hacia atrás.

—¿Qué pasa si yo estoy con ella?

Sebastian le dirigió una larga mirada por debajo de sus pestañas. Su mirada era calculadora. Estaba decidiendo qué tanto le permitiría hacer a Jace, se percató Clary. Estaba decidiendo cuánta correa soltarle a su 'hermano'.

—Bien —dijo, al fin, con una voz rica en condescendencia—. Si tú estás con ella.

Clary bajó la mirada hacia su copa de vino. Oyó que Jace respondía en un murmullo, pero no podía mirarlo. La idea de un Jace a quien le *permitieran* hacer cosas, a Jace, quien siempre hizo lo que se le dio la gana, le revolvió el estómago. Quería levantarse y romper la botella de vino sobre la cabeza de Sebastian, pero sabía que era imposible. *Corta a uno, y el otro sangra.*

—¿Cómo está el vino? —Era la voz de Sebastian con una corriente subterránea de plena diversión en su tono.

Ella apuró la copa, atragantándose con el sabor amargo.

—Delicioso.

Isabelle surgió en un paisaje extraterrestre. Una llanura verde oscuro se extendía ante ella bajo un cielo bajo gris-negrucos. Se puso la capucha del equipo y se asomó, fascinada. Nunca había visto una extensión de cielo o una llanura tan grande; era brillante, con el tono de una joya, como la sombra del musgo. Cuando Isabelle dio un paso adelante, se dio cuenta de que era musgo; que crecía alrededor de las rocas negras esparcidas sobre la tierra del color del carbón.

—Es una planicie volcánica —le explicó Jocelyn. Estaba de pie junto a Isabelle, y el viento extraía mechones rojo-dorado de su cabello de su moño bien sujeto. Se parecía tanto a Clary que era espeluznante—. Éstos fueron lechos de lava una vez. Toda el área probablemente es volcánica en cierto grado. Para trabajar con *adamas*, las Hermanas necesitan un increíble calor en sus fraguas.

—Entonces, uno pensaría que estaría un poco más cálido —murmuró Isabelle.

Jocelyn le lanzó una mirada seca, y comenzó a caminar en, lo que le pareció a Isabelle, una dirección elegida al azar. Se apresuró a seguirla.

—A veces, te pareces tanto a tu madre que me asombras un poco, Isabelle.

—Lo tomaré como un cumplido. —Isabelle estrechó los ojos. Nadie insultaba a su familia.

—No lo dije como un insulto.

Isabelle mantuvo sus ojos sobre el horizonte, donde el oscuro cielo se reunía con el suelo enjoyado de verde.

—¿Qué tan bien conoces a mis padres?

Jocelyn le dio una rápida mirada de reojo.

—Bastante bien, cuando estábamos todos juntos en Idris. No los había visto por años, hasta hace poco.

—¿Los conocías cuando se casaron?

El camino que tomó Jocelyn había comenzado a inclinarse hacia arriba, por lo que su respuesta fue un poco sin aliento.

—Sí.

—¿Estaban... enamorados?

Jocelyn se detuvo en seco y se giró para mirar a Isabelle.

—¿Isabelle, de qué se trata esto?

—¿De amor? —sugirió Isabelle, después de una pausa momentánea.

—No sé por qué pensarías que soy una experta en eso.

—Bueno, te la has arreglado para mantener a Luke rondándote toda su vida, básicamente, antes de aceptar casarte con él. Eso es impresionante. Desearía tener ese tipo de poder sobre un tipo.

—Así es —afirmó Jocelyn—. Lo tienes, quiere decir. Y no es algo que desear. —Se pasó las manos por el cabello e Isabelle sintió un pequeño sobresalto. Por mucho que Jocelyn se pareciera a su hija, sus largas y finas manos, flexibles y delicadas, eran las de Sebastian. Isabelle recordó haber rebanado una de esas manos, en un valle de Idris, cortando a través de piel y hueso—. Tus padres no son perfectos, Isabelle, porque nadie es perfecto. Son personas complicadas. Y acaban de perder un hijo. Así que, si esto es porque tu padre permanece en Idris...

—Mi padre engañó a mi madre —barbotó Isabelle y casi se cubrió la boca con la mano. Había conservado ese secreto, lo mantuvo por años, y decírselo en voz alta a Jocelyn le pareció una traición, a pesar de todo.

El rostro de Jocelyn cambió. Ahora estaba lleno de simpatía.

—Lo sé.

Isabelle tomó una bocanada de aire.

—¿Todo el mundo lo sabe?

Jocelyn negó con la cabeza.

—No. Unas pocas personas. Yo estaba... en una posición privilegiada para saberlo. No puedo decir más que eso.

—¿Quién era? —exigió Isabelle—. ¿Con quién la engañó?

—No es nadie que tú conozcas, Isabelle...

—¡Tú no sabes a quién conozco! —Isabelle alzó la voz—. Y deja de decir mi nombre de ese modo, como si fuera una niña.

—No es mi privilegio el decírtelo —dijo Jocelyn rotundamente, y comenzó a caminar de nuevo.

Isabelle revoloteó tras ella, aun cuando el camino tomaba una curva aún más pronunciada hacia arriba, una pared de color verde alzándose para encontrarse con el cielo tormentoso.

—Tengo todo el derecho a saberlo. Son mis padres. Y si no me lo dices, yo...

Se detuvo, respirando con fuerza. Había alcanzado la cima de la elevación y, de algún modo, frente a ella, surgió una fortaleza del suelo, como una flor de rápido crecimiento. Estaba tallada en *adamas* blanco-plateado, reflejando el cielo estriado de

nubes. Unas torres rematadas con electro se alzaban hacia el cielo y la fortaleza estaba rodeada por un muro alto, también de *adamas*, en el cual había una sola puerta, formada por dos grandes hojas establecidas en ángulo sobre el suelo, de modo que parecían un monstruoso par de tijeras.

—La Ciudadela de Adamantio —presentó Jocelyn.

—Gracias —replicó Isabelle—. Me di cuenta de ello.

Jocelyn hizo ese sonido con el que Isabelle estaba familiarizada en sus propios padres. Estaba bastante segura que era la palabra parental para 'Adolescentes'. Entonces, Jocelyn comenzó a bajar la colina, hacia la fortaleza.

Isabelle, cansada de revolotearle al acecho, la sobrepasó. Era más alta que la madre de Clary, tenía las piernas más largas y no veía la razón para esperar a Jocelyn si la otra mujer iba a insistir en tratarla como a una niña. Avanzó a zancadas por la colina, aplastando el musgo bajo sus botas y se agachó para pasar a través de las puertas tijera...

Y se congeló. Estaba de pie sobre un pequeño afloramiento de roca. Frente a ella, la tierra se derramaba en un vasto abismo, al fondo del cual bullía un río de lava rojodorada que circundaba la fortaleza. Cruzando el abismo, demasiado lejos para saltar (incluso para un Cazador de Sombras), estaba la única entrada visible a la fortaleza, un puente levadizo cerrado.

—Algunas cosas... —dijo Jocelyn a su lado—. No son tan simples como parecen por primera vez.

Isabelle dio un brinco, luego la miró.

—*Por lo tanto*, no es el lugar para sorprender a alguien.

Jocelyn simplemente cruzó sus brazos sobre su pecho y enarcó las cejas.

Seguramente, Hodge te enseñó el método adecuado para acercarse a la Ciudadela de Adamantio —comentó—. Después de todo, está abierta a todas las Cazadoras de Sombras mujeres en buena relación con la Clave.

—Por supuesto que sí —afirmó Isabelle con rapidez, luchando mentalmente por recordar. *Sólo aquellas con sangre Nefilim...* Alargó la mano y se quitó uno de los palillos de metal del cabello. Cuando retorció su base, hizo un pop y un clic, y se desplegó, transformándose en una daga que tenía una Runa de Valor en la hoja.

Isabelle extendió las manos sobre el abismo.

—*Ignis aurum probat* —pronunció y usó la daga para cortarse la palma izquierda; sintió un rápido dolor punzante y la sangre corrió desde el corte, una corriente rubí que salpicó el abismo bajo sus pies. Hubo un destello de luz azul y un ruido crujiente. El puente levadizo estaba bajando con lentitud.

Isabelle sonrió y limpió la hoja de su cuchillo en el equipo. Después, con otra vuelta, lo convirtió en un delgado palillo de metal otra vez. Se lo volvió a deslizar en el cabello.

—¿Sabes lo que eso significa? —preguntó Jocelyn, con los ojos sobre el puente levadizo.

—¿Qué?

—Lo que acabas de decir. El lema de las Hermanas de Hierro.

El puente levadizo estaba casi plano.

—Significa 'El fuego prueba al oro'.

—Correcto —dijo Jocelyn—. No se refieren sólo a las forjas y al trabajo en metal. Se refiere a que la adversidad prueba la fortaleza del carácter de uno. En tiempos difíciles, en tiempos oscuros, algunas personas brillan.

—¿Ah, sí? —inquirió Izzy—. Bueno, estoy harta de tiempos oscuros y difíciles. Tal vez, no quiero brillar.

El puente levadizo se estrelló frente a sus pies.

—Si eres en algo como tu madre —dijo Jocelyn—. No serás capaz de evitarlo.

Las Hermanas de Hierro

*Traducido por DarkVishous
Corregido por Pamee*

Alec levantó la piedra runa de luz mágica en su mano; irradió una luz brillante, destacando una de las esquinas de la estación de City Hall y luego otra. Saltó cuando un ratón chilló, corriendo a través de la polvorosa plataforma. Él era un Cazador de Sombras; había estado en muchos lugares oscuros, pero había algo en el aire de esa estación abandonada que hacía que corrieran escalofríos por su columna vertebral.

Tal vez era el frío de la deslealtad que sentía, al escapar de su puesto de guardia en Staten Island y bajar la colina hasta el ferry al momento en que Magnus se había ido.

Alec levantó la voz.

—¡Camille! —gritó—. ¡Camille Belcourt!

Oyó una ligera risa; que hizo eco en las paredes de la estación. Luego ella estaba allí, en la parte superior de las escaleras, el brillo de su luz mágica marcando su silueta.

—Alexander Lightwood —dijo ella—. Vamos arriba.

Ella desapareció. Alec la siguió con su rápida luz mágica escaleras arriba, y encontró a Camille, donde lo había hecho antes, en el vestíbulo de la estación. Estaba vestida con la moda de una época pasada, un largo vestido cortado a la cintura, su cabello peinado en lo alto con sus rizos rubios plateados, y sus labios pintados de rojo oscuro. Supuso que era hermosa, aunque él no era el mejor juez de apariencia femenina, y no ayudaba que la odiara.

—¿Qué pasa con el disfraz? —demandó.

Ella sonrió. Su piel era muy suave y blanca, sin líneas oscuras; se había alimentado recientemente.

—Un baile de máscaras en el centro. Comí bastante bien. ¿Por qué estás aquí, Alexander? ¿Hambriento de una buena conversación?

Si fuera Jace, pensó Alec, tendría una observación inteligente para eso, una especie de juego de palabra o un insulto hábilmente disfrazado. Alec sólo se mordió el labio y le dijo—: Me dijiste que regresara si estaba interesado en lo que ofrecías.

Ella pasó la mano a lo largo de la parte superior del sofá, la única pieza de mobiliario en la habitación.

—Y tú has decidido qué quieres.

Alec asintió con la cabeza.

Ella se echó a reír.

—¿Entiendes lo que estás pidiendo?

El corazón de Alec latía con fuerza. Se preguntó si Camille podría oírlo.

—Dijiste que podrías hacer a Magnus mortal. Igual que yo.

Sus carnosos labios se afinaron.

—Lo hice —dijo—. Debo admitir que dudaba de tu interés. Te fuiste más bien apresuradamente.

—No juegues conmigo —le advirtió—. No quiero tanto lo que ofreces.

—Mentiroso —comentó casualmente—. O no estarías aquí. —Se movió alrededor del sofá, acercándose a él, sus ojos registrando su rostro—. De cerca —dijo—, no te pareces tanto a Will como había pensado. Tienes su color, pero una forma diferente en la cara... tal vez la ligera debilidad de tu mandíbula...

—Cállate —le espetó. Bueno, no era el ingenio de Jace, pero era algo—. No quiero oír hablar sobre Will.

—Muy bien. —Se estiró, lánguidamente, como un gato—. Fue hace muchos años, cuando Magnus y yo fuimos amantes. Estábamos en la cama juntos, después de una noche apasionada. —Ella lo vio estremecerse, y sonrió—. Tú sabes lo que ocurre con las conversaciones con la almohada. Uno revela sus debilidades. Magnus me habló de un hechizo que existía, que podría llevarse a cabo para liberar a un brujo de su inmortalidad.

—Entonces, ¿por qué no sólo encuentro cuál es el hechizo y lo hago? —La voz de Alec aumentó y se agrietó—. ¿Por qué te necesito?

—En primer lugar, porque eres un Cazador de Sombras; no tienes ni idea de cómo hacer funcionar un hechizo —contestó ella con calma—. En segundo, porque si lo haces, él sabrá que fuiste tú. Si yo lo hago, va a suponer que fue por venganza. Rencor de mi parte. Y no me importa lo que Magnus piense. Pero a ti sí.

Alec la miró fijamente.

—¿Y tú harás esto por mí como un favor?

Ella ríe, igual que campanillas.

—Por supuesto que no —dijo—. Tú me harás un favor a mí, y yo te haré uno a ti. Así es cómo estas cosas se llevan a cabo.

La mano de Alec apretó la piedra runa de luz mágica hasta que los bordes cortaron su mano.

—¿Y qué favor quieres de mí?

—Es muy simple —contestó ella—. Quiero que mates a Raphael Santiago.

El puente que cruzaba la fisura de la Ciudadela de Adamantio estaba lleno de cuchillos hundidos con la punta hacia arriba, a intervalos aleatorios a lo largo de la ruta, de modo que sólo era posible cruzar el puente muy lentamente, tomando ese camino con destreza. Isabelle tuvo pocos problemas y se sorprendió al ver cuán rápidamente Jocelyn, quién no había sido una Cazadora de Sombras activa en quince años, hacía su camino.

En el momento en que Isabelle llegó al otro lado del puente, su runa *destreza* había desaparecido en su piel, dejando una leve marca detrás. Jocelyn estaba sólo a un paso detrás, y tan agravante como Isabelle encontraba a la madre de Clary, se alegró por un momento, cuando Jocelyn levantó la mano y estalló la luz mágica de una piedra runa, iluminando el espacio en el que estaban.

Las paredes estaban talladas en *adamás* blanco plateado, de modo que una tenue luz parecía brillar desde el interior. El suelo era de piedra demoníaca también, y había un círculo negro tallado en el centro. Dentro de cada círculo estaba esculpido el símbolo de las Hermanas de Hierro; un corazón perforado de lado a lado por una espada.

Las voces susurrantes hicieron que Isabelle apartara la mirada del suelo y mirara hacia arriba. Una sombra había aparecido dentro de una de las lisas paredes; una sombra que se hacía más clara, y se acercaba. De repente, una porción de la pared se deslizó hacia atrás y salió una mujer.

Vestía un largo vestido suelto, fuertemente atado alrededor de sus muñecas y bajo sus pechos con un cordón blanco plateado: hilo demoníaco. Su rostro era a la vez anciano y joven. Podría haber tenido cualquier edad. Su cabello era largo y oscuro, y colgaba en una trenza por su espalda. Tenía un intrincado tatuaje de una máscara que comenzaba en las sienes y rodeaba ambos ojos, los cuales eran del color anaranjado de las flamas.

—¿Quién acude a las Hermanas de Hierro? —demanda—. Digan sus nombres.

Isabelle miró a Jocelyn, quien le un gesto indicándole que debía hablar primero. Se aclaró la garganta.

—Soy Isabelle Light-wood, y esta es Jocelyn Fr... Fairchild. Hemos venido a pedir su ayuda.

—Jocelyn *Morgenstern* —dijo la mujer—. Nacida Fairchild, pero no es tan fácil borrar la mancha de Valentine de tu pasado. ¿No le habías dado la espalda a la Clave?

—Es cierto —contestó Jocelyn—. Soy una paria. Pero Isabelle es hija de la Clave. Su madre...

—Dirige el Instituto de Nueva York —la interrumpió la mujer—. Estamos aquí, pero no sin fuentes de información; no soy ninguna tonta. Mi nombre es Hermana Cleophas, y soy un Creadora, le doy forma a las *adamás* que las otras hermanas tallan. Reconozco el látigo que enrollas alrededor de tu muñeca. —Señaló a Isabelle—. En cuanto al adorno de tu garganta...

—Si saben tanto —la interrumpió Jocelyn, mientras la mano de Isabelle se deslizaba hasta el rubí en su cuello—, entonces ¿saben por qué estamos aquí? ¿Por qué hemos venido a ustedes?

La Hermana Cleophas bajó los párpados y sonrió lentamente.

—A diferencia de sus hermanos mudos, no podemos leer la mente aquí, en la Fortaleza. Por lo tanto, dependemos de una red de información, fiable en su mayoría. Supongo que esta visita tiene algo que ver con la situación que implica a Jace Lightwood, ya que su hermana está aquí, y a tu hijo, Jonathan Morgenstern.

—Tenemos un enigma —dijo Jocelyn—. Jonathan Morgenstern conspira contra la Clave, al igual que su padre. La Clave ha emitido una sentencia de muerte contra él. Pero Jace, Jonathan Lightwood, es muy querido por su familia, quienes no han hecho nada malo, y también por mi hija. El enigma es que Jace y Jonathan están vinculados, por una sangre mágica muy antigua.

—¿Sangre mágica? ¿Qué tipo de sangre mágica?

Jocelyn tomó las notas dobladas de Magnus del bolsillo de su equipo, y se las entregó. Cleophas las estudió con una intencionada mirada llameante. Isabelle vio con sobresalto que los dedos de sus manos eran largos, no elegantemente largos, sino simplemente grotescos, como si los huesos se hubieran extendido de manera que cada parte se asemejara a una araña albina. Cada uña estaba limada de punta, cada punta tenía electro.

Ella sacudió la cabeza.

—Las Hermanas tienen poco que ver con sangre mágica. —El color de llamas de sus ojos parecía saltar y luego oscurecerse, y un momento después, una sombra apareció detrás de la superficie de vidrio esmerilado de la pared *adamas*. Esa vez, Isabelle vio más de cerca a la segunda Hermana de Hierro cuando salió. Era como ver salir a alguien de una nube de humo blanco.

—Hermana Dolores —saludó Cleophas, entregando las notas de Magnus a la recién llegada. Ella se parecía mucho a Cleophas; la misma forma alta y estrecha, el mismo vestido blanco, el mismo largo de pelo, aunque en este caso, su cabello era gris, y los extremos de sus dos trenzas estaban atados con hilo de oro. A pesar de sus canas, su rostro no tenía arrugas, y sus ojos eran del color del fuego brillante—. ¿Puede darle sentido a esto?

Dolores miró por encima de las páginas brevemente.

—Un hechizo de hermanamiento —contestó—. Muy parecido a nuestra propia ceremonia *parabatai*, pero su alianza es demoníaca.

—¿Qué lo hace demoníaca? —exigió Isabelle—. Si el hechizo *parabatai* es inofensivo...

—¿Es así? —preguntó Cleophas, pero Dolores le lanzó una mirada sofocante.

—El ritual *parabatai* une a dos personas, pero deja libre su voluntad —explicó Dolores—. Esto une a los dos pero hace que uno sea subordinado del otro. Lo que cree el principal de los dos, el otro lo va a creer; lo que el primero quiera, el segundo lo va a querer. En esencia, elimina la libre voluntad del compañero secundario en el hechizo, y es por eso que es demoníaco, porque el libre albedrío es lo que nos hace criaturas del Cielo.

—También parece que quiere decir que cuando uno está herido, el otro está herido, —dijo Jocelyn—. ¿Podemos asumir lo mismo con la muerte?

—Sí. Ninguno sobrevivirá la muerte del otro. De nuevo, esto no es parte de nuestro ritual *parabatai*, porque es demasiado cruel.

—Nuestra pregunta para ustedes es ésta —comenzó Jocelyn—: ¿Hay algún arma forjada, o que pudieran crear, que pudiera resultar perjudicial para uno pero no para el otro? ¿O que pudiera separarlos?

La Hermana Dolores miró las notas, y luego se las entregó a Jocelyn. Sus manos, como las de su colega, eran largas y delgadas y tan blancas como la seda.

—Ningún arma que hayamos forjado, o que pudiéramos forjar podría hacer eso alguna vez.

La mano de Isabelle se tensó a su lado, las uñas se hundieron en su palma.

—¿Quiere decir que no hay nada?

—Nada en este mundo —dijo Dolores—. Una espada del Cielo y el Infierno podría hacerlo. La espada del Arcángel Miguel, con la que Josué luchó en Jericó, ya que está impregnada con fuego celestial. También hay espadas en la oscuridad del abismo que podrían ayudarlas, aunque no sé cómo pueden obtenerlas.

—Y estaríamos impedidas por la Ley de decirlo sí lo supiéramos —agregó Cleophas, con aspereza—. Ustedes entienden, por supuesto, que tenemos que informar a la Clave de esta visita.

—¿Qué pasa con la espada de Josué? —interrumpió Isabelle—. ¿Pueden conseguirla? ¿O podríamos hacerlo nosotros?

—Sólo un ángel puede regalar esa espada —dijo Dolores—. Y al convocar a un ángel serán condenados con el fuego celestial.

—Pero Raziel.... —comenzó Isabelle.

Cleophas apretó los labios en una delgada línea.

—Raziel nos dejó los Instrumentos Mortales para que lo convocáramos en el momento de la necesidad más extrema. Se desperdició esa única oportunidad desperdiciada cuando Valentine lo llamó. Nunca seremos capaces de imponer su voluntad otra vez. Fue un crimen utilizar los Instrumentos de esa manera. La única razón por la que Clarissa Morgenstern escapa de la culpabilidad es que su padre fue quien lo llamó, no ella misma.

—Mi esposo también convocó a otro ángel —afirmó Jocelyn. Su voz era tranquila—. El ángel Ithuriel. Lo mantuvo encarcelado durante muchos años.

Ambas Hermanas vacilaron antes de que Dolores hablara.

—Atrapar a un ángel es el más desolado de los crímenes —dijo—. La Clave nunca lo aprobaría. Incluso si pudieran convocar a uno, nunca podrían llegar a hacer su oferta. No hay hechizo para eso. Nunca podrían conseguir que un ángel les dé su espada; pueden quitársela a un ángel, pero no hay mayor crimen que ése. Es mejor que tu Jonathan muera a que un ángel sea mancillado.

Ante eso, Isabelle, cuyo temperamento había ido en aumento, explotó.

—Ese el problema con ustedes, con todos ustedes, las Hermanas de Hierro y los Hermanos Silenciosos. Lo que sea que hagan para cambiar de Cazadores de Sombras a lo que son, les quita todos los sentimientos. Podemos ser parte ángel, pero también parte humana. No entienden del amor, ni las cosas que las personas hacen por amor, o la familia....

Las llamas saltaron en los ojos anaranjados de Dolores.

—Yo tenía una familia —dijo—. Un esposo e hijos, y todos fueron asesinados por demonios. No quedaba nada para mí. Siempre he tenido la habilidad de dar forma a las

cosas con mis manos, por lo que me convertí en una Hermana de Hierro. La paz que me ha traído es una paz que nunca creí que encontraría en otro lugar. Es por esa razón que escogí el nombre Dolores, por mi pesar. Así que no te atrevas a decirnos qué sabemos o no sobre el dolor, o la humanidad.

—No saben nada —replicó Isabelle—. Son tan duras como la piedra demoníaca. No me extraña que se hayan rodeado de ella.

—El oro temple al fuego, Isabelle Lightwood —dijo Cleophas.

—Oh, cállate —le espetó Isabelle—. Han sido muy poco útiles, las dos.

Giró sobre los tacos de sus botas, y cruzó el puente con paso majestuoso, apenas notando que las cuchillas volvían al camino una trampa mortal, dejando que el entrenamiento de su cuerpo la guiara. Llegó al otro lado y atravesó las puertas; sólo cuando estuvo afuera se quebró. De rodillas entre el musgo y la roca volcánica, bajo el gran cielo gris, se dejó temblar en silencio, aunque las lágrimas no asomaron.

Parecieron siglos antes de que escuchara un suave paso tras ella; Jocelyn se arrodilló y la rodeó con los brazos. Curiosamente, Isabelle descubrió que no le importaba. A pesar de que Jocelyn nunca le había gustado mucho, había algo tan universalmente *maternal* en su toque, que Isabelle se inclinó hacia ella, casi contra su propia voluntad.

—¿Quieres saber que dijeron, después de irte? —preguntó Jocelyn, después de que el temblor de Isabelle se hubo desacelerado.

—Seguro que algo acerca de la desgracia que soy para los Cazadores de Sombras de todo el mundo, *etcétera*.

—En realidad, Cleophas dijo que serías una excelente Hermana de Hierro, y si alguna vez estás interesada, que se lo hicieras saber. —La mano de Jocelyn acarició su cabello ligeramente.

A pesar de todo, Isabelle reprimió una risa. Miró a Jocelyn.

—Dime —le pidió.

La mano de Jocelyn se detuvo.

—¿Decirte qué?

—Quién fue. Con quien tuvo una aventura mi padre. No lo entiendes, cada vez que veo a una mujer de la edad de mi madre, me pregunto si será ella. La hermana de Luke. La Cónsul. Tú...

Jocelyn suspiró.

—Fue Annamarie Highsmith. Ella murió en el ataque de Valentine en Alicante. Dudo que alguna vez la conocieras.

La boca de Isabelle se abrió y cerró de nuevo.

—Nunca antes había oído su nombre.

—Bien. —Jocelyn recogió un mechón del cabello de Isabelle—. ¿Te sientes mejor, ahora que ya lo sabes?

—Claro —mintió Isabelle, mirando hacia el suelo—. Me siento mucho mejor.

Después del almuerzo, Clary regresó a la habitación de abajo, con la excusa de que estaba agotada. Con la puerta cerrada firmemente, había intentado ponerse en contacto con Simon de nuevo, aunque se daba cuenta, dada la diferencia horaria entre el lugar que ella estaba ahora, Italia, y Nueva York, que había posibilidad de que estuviera dormido. Por lo menos, rezaba por que estuviera dormido. Era preferible esperar eso, que considerar la posibilidad de que los anillos pudieran no funcionar.

Había estado en la habitación sólo por media hora cuando un golpe sonó en la puerta. Gritó "Pase" y se movió para echarse hacia atrás sobre las manos, con los dedos cerrados como si pudiera ocultar el anillo.

La puerta se abrió lentamente, y Jace la miró desde la puerta. Recordó otra noche, el calor del verano, un golpe en su puerta. *Jace. Limpio, con jeans y una camisa gris, su cabello lavado en un halo de oro húmedo. Los moretones en su rostro ya estaban desvaneciéndose del púrpura a un débil gris, y sus manos estaban detrás de su espalda.*

—Hey —dijo. Sus manos estaban a la vista ahora, y llevaba un suéter que parecía suave, de color bronce contrapuesto al oro de sus ojos. No había hematomas en su rostro, y las sombras que ella casi había comenzado a acostumbrarse a ver en sus ojos ya no estaban.

¿Es feliz así? ¿Realmente feliz? Y si lo es, ¿de qué debo salvarlo?

Clary sacó la vocecita de su cabeza y forzó una sonrisa.

—¿Qué sucede?

Él sonrió. Era una sonrisa maliciosa, de la clase que hacía que la sangre en las venas de Clary corriera un poco más rápido.

—¿Quieres ir a un cita?

Tomada por sorpresa, balbuceó.

—¿Una q-qué?

—Una cita —repitió Jace—. Frecuentemente 'una cosa aburrida que tienes que memorizar en la clase de historia', pero en este caso, 'una oferta de una noche candente al rojo vivo con tu servidor'.

—¿En serio? —Clary no estaba segura de qué hacer con eso—. ¿Candente al rojo vivo?

—Soy yo —contestó Jace—. Mirarme jugar Scrabble puede hacer que la mayoría de las mujeres se derritan. Imagínate si realmente pusiera mayor esfuerzo.

Clary se sentó y se miró. Jeans, top verde sedoso. Pensó en los extraños cosméticos de ese extraño santuario parecido a un dormitorio. No pudo evitarlo; deseaba un poco de brillo labial.

Jace le tendió la mano.

—Te ves hermosa —le dijo—. Vamos.

Ella tomó su mano y dejó que la pusiera de pie.

—No lo sé...

—Vamos. —Su voz sonaba burlona, el tono seductor le recordaba cuando había sido el primero en llegar a conocer, cuando la había llevado hasta el invernadero para mostrarle la flor que abría a medianoche—. Estamos en Venecia, Italia. Una de las ciudades más bellas del mundo. Es una pena no verlo, ¿no te parece?

Jace tiró de ella hacia adelante, por lo que cayó sobre su pecho. El material de su camisa era suave bajo sus dedos, y olió su familiar aroma a jabón y a champú. Su corazón dio un salto radical en su pecho.

—O podríamos quedarnos dentro —sugirió él, sonando un poco jadeante.

—¿Así puedo desmayarme al verte formar una tripe palabra? —Con un poco de esfuerzo se apartó de él—. Y me ahorro los chistes sobre tu puntuación.

—Maldita sea, mujer, lees mi mente —dijo él—. ¿No hay juegos de palabras sucias que no puedas prever?

—Es mi poder mágico especial. Puedo leer tu mente cuando piensas en cosas sucias.

—O sea, un noventa y cinco por ciento del tiempo.

Ella estiró su cabeza hacia atrás para mirarlo.

—¿Noventa y cinco por ciento? ¿Qué hay en el otro cinco por ciento?

—Oh, tú sabes, lo usual: demonio que podría matar, runas que tengo que aprender, la gente que me ha molestado recientemente, la gente que me ha molestado no tan reciente, patos.

—¿Patos?

Descartó la pregunta de inmediato.

—Está bien. Ahora mira esto. —La tomó por los hombros y la volvió con suavidad, por lo que ambos estuvieron mirando hacia lo mismo. Un momento después, ella no estaba segura de cómo, las paredes de la habitación parecieron desvanecerse a su alrededor, y se encontró a sí misma sobre unos adoquines. Abrió la boca, volviéndose para mirar detrás de ella, y sólo vio una pared en blanco, y las ventanas altas de un edificio de piedra. Si estiraba la cabeza hacia la izquierda, podía ver en la distancia que el canal se abría a una vía mucho más grande, llena de majestuosos edificios. En todas partes había olor a agua y piedra.

—Genial, ¿eh? —comentó él orgullosamente.

Ella se volvió y lo miró.

—¿Patos? —preguntó otra vez.

Una sonrisa toqueteó el borde su boca.

—Odio los patos. No sé por qué. Simplemente, siempre lo he hecho.

Era por la mañana temprano, cuando Maia y Jordan llegaron a Praetor House, la sede de Praetor Lupus. La camioneta traqueteaba y se golpeaba a lo largo del camino blanco, que se extendía entre los jardines bien cuidados de la enorme casa que se alzaba como la proa de un barco en la distancia. Tras ésta, Maia podía ver trozos de árboles, y detrás de eso, el agua azul del Sound a cierta distancia.

—¿Aquí es donde hacías tu entrenamiento? —inquirió—. Este lugar es precioso.

—No te dejes engañar —dijo Jordan con una sonrisa—. Este lugar es un campamento militar, con énfasis en 'militar.

Ella lo miró de reojo. Seguía sonriendo. Así había estado, casi sin detenerse, desde que ella lo había besado en la playa al amanecer. Parte de Maia sentía como si una mano se hubiera levantado y dejado caer sobre la espalda de su pasado, cuando había amado a Jordan más allá de lo que jamás había imaginado, y su otra parte se sentía totalmente a la deriva, como si se hubiera despertado en un paisaje completamente ajeno, lejos de la familiaridad de su vida diaria y el calor de la manada.

Era muy peculiar. No malo, pensó. Sólo... peculiar.

Jordan llegó a una parada en un camino circular en el frente de la casa, que de cerca, Maia pudo ver que estaba construida con bloques de piedra dorada, el color leonado de la piel de lobo. Había unas puertas negras dobles fijas en la parte superior de una escalera de piedra maciza. En el centro del camino circular había un enorme reloj de sol, su superficie elevada decía que eran las siete de la mañana. Alrededor del borde del reloj del sol, estaban talladas las palabras: SOLO MARCO LAS HORAS QUE BRILLAN.

Ella abrió la puerta y saltó de la cabina justo cuando las puertas de la casa se abrían y una voz resonaba—: ¡Praetor Kyle!

Jordan y Maia levantaron la vista. Bajando de las escaleras había un hombre de mediana edad con un traje oscuro, su cabello era rubio canoso. Jordan, suavizando todas las expresiones de su rostro, se volvió hacia él.

—Praetor Scott —saludó—. Ella es de Maia Roberts, de la manada Garroway. Maia, este es Praetor Scott. Él dirige el Praetor Lupus, prácticamente.

—Desde la década de 1800 los Scott siempre han dirigido el Praetor —dijo el hombre, mirando a Maia, que inclinó la cabeza, en señal de sumisión—. Jordan, tengo que admitir, que no los esperaba tan pronto. La situación con el vampiro en Manhattan, el Daylighter...

—Está en mano —dijo Jordan a toda prisa—. No es por eso que estamos aquí. Se trata de algo muy diferente.

Praetor Scott enarcó sus cejas.

—Ahora has despertado mi curiosidad.

—Es un asunto de cierta urgencia —comenzó Maia—. Luke Garroway, nuestro líder de manada...

Praetor Scott le lanzó una mirada penetrante, silenciándola. Aunque él estuviera sin manada, era un Alfa, eso estaba claro debido a su porte. Sus ojos, debajo de sus espesas cejas, eran de color verde grisáceo; alrededor del cuello, bajo el cuello de la camisa, brillaba el colgante de bronce del Praetor, con la huella de la pata de un lobo.

—El Praetor decide qué asunto se considerará como urgente —señaló—. Tampoco somos un hotel, abierto a huéspedes indeseados. Jordan asumió un riesgo al traerte aquí, y él lo sabe. Si no fuera uno de nuestros graduados más prometedores, bien podría despedirlos a ambos.

Jordan metió los pulgares en el cinturón de sus pantalones y miró al suelo. Un momento después, Praetor Scott puso su mano sobre el hombro de Jordan.

—Pero —continuó él— *eres* uno de nuestros graduados más prometedores, y te ves agotado, puedo ver que estuviste despierto toda la noche. Ven, y hablemos de esto en mi oficina.

La oficina resultó estar debajo de un vestíbulo largo, sinuoso y elegante, con paneles de madera oscura. La casa estaba animada con el sonido de las voces, y un letrero que decía **REGLAS DE LA CASA** estaba clavado en la pared de una escalera que conducía hacia arriba.

REGLAS DE LA CASA

- No cambiar de forma en los pasillos.
- No aullar.
- No se permite plata.
- La ropa debe ser usada en todo momento. **TODO EL TIEMPO.**
- Sin peleas. Sin mordidas.
- Marcar todos los alimentos antes de ponerlos en la nevera comunal.

El olor del desayuno preparado flotaba en el aire, por lo que el estómago de Maia se quejó. Praetor Scott sonaba divertido.

—Le diré a alguien que haga un plato de bocadillos si tienes hambre.

—Gracias —murmuró Maia. Habían llegado a la final del pasillo, y Praetor Scott abrió una puerta marcada como **OFICINA**.

Maia miró más allá. La oficina era una habitación grande, cómoda, desordenada. Había una ventana rectangular que daba afuera hacia el césped, donde grupos formados mayormente por jóvenes estaban ejecutando lo que parecían ser maniobras de ejercicio, vestidos con pantalones negros de calentamiento y tops. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de libros sobre licantropía, la mayoría en latín, pero Maia reconoció la palabra '*lupus*'. El escritorio estaba sobre una losa de mármol puesta sobre dos estatuas de dos lobos gruñendo.

Frente a ella había dos sillas. En una de ella estaba sentado un gran hombre, un hombre lobo, encorvado con las manos unidas.

—Praetor —dijo con voz áspera—. Tenía la esperanza de hablar con usted sobre el incidente en Boston.

—¿En el que rompiste la pierna de tu caso asignado? —preguntó Praetor, secamente—. Hablaré con usted acerca de eso, Rufus, pero no en este momento. Algo más acuciante me llama.

—Pero, Praetor...

—Eso es todo, Rufus —lo cortó Scott con el tono de un lobo alfa cuyas órdenes no eran cuestionadas—. Recuerda que éste es un lugar de rehabilitación. Parte de lo que estás aprendiendo es a respetar la autoridad.

Murmurando en voz baja, Rufus se levantó de la silla. Sólo cuando se puso de pie Maia notó, y reaccionó, ante su enorme tamaño. Era mucho más alto que ella y que Jordan, su camiseta negra se tensaba sobre el pecho, las mangas estaban a punto de rasgarse en torno

a sus bíceps. Su cabeza estaba rapada, su rostro estaba marcado con profundas marcas de garras en toda su mejilla, como surcos excavados en el suelo. Les dirigió una mirada agria mientras caminaba delante de ellos y salió al pasillo.

—Por supuesto que algunos de nosotros —murmuró Jordan— son más fáciles de rehabilitar que otros.

Mientras los pesados pasos de Rufus se desvanecían por el pasillo, Scott se lanzó a la silla de respaldo alto detrás del escritorio y habló por el intercomunicador de aspecto moderno. Después de pedir el desayuno en una voz lacónica, se echó hacia atrás, con las manos detrás de su cabeza.

—Soy todo oídos —dijo.

Mientras Jordan contaba su historia y su solicitud a Praetor Scott, Maia no pudo evitar que sus ojos y su mente se distrajeran. Se preguntó cómo habría sido ser criado allí, en esa elegante casa de normas y reglamentos, en lugar de la comparativa libertad sin ley de la manada. En algún momento, un hombre lobo vestido de negro, el que parecía el traje regular de Praetor, llegó con bebidas, rebanadas de carne asada, queso y proteínas en una bandeja de peltre. Maia miró el desayuno con cierta consternación. Era cierto que los hombros lobos necesitaban más proteínas que las personas normales, muchas más, pero ¿carne asada para el desayuno?

—Encontrarás —comentó Praetor Scott mientras Maia bebía su batido de proteínas con cautela— que de hecho, el azúcar refinado es perjudicial para los hombres lobos. Si dejas de consumir durante un período de tiempo, dejarás de desearlo. ¿No te habló el líder de la manada sobre eso?

Maia trató de imaginar a Luke, a quien le gustaba comer panqueques de formas extrañas y divertidas, dando conferencias acerca de azúcar, y fracasó. Sin embargo, ahora no era el momento de mencionarlo.

—No, lo hizo, por supuesto —mintió—. Tiendo a tener, ah, pérdidas de memoria en momentos de estrés.

—Entiendo tu preocupación por el líder de la manada —dijo Scott. Un Rolex de oro brillaba en su muñeca—. Normalmente, mantenemos una estricta política de no interferir en cuestiones no relacionadas con Submundos recién convertidos. Lo que no hacemos, de hecho, es dar prioridad a los hombres lobo por sobre otros Submundos, a pesar de que sólo se permiten licántropos en el Praetor.

—Pero ese es exactamente el por qué necesitamos su ayuda —dijo Jordan—. Las manadas por su naturaleza están siempre en movimiento, en transición. No tienen oportunidad de crear cosas como las bibliotecas de conocimiento almacenado. No estoy diciendo que no tengan sabiduría. Podríamos ir de manada en manada, y tal vez alguien sepa cómo curar a Luke, pero no tenemos *tiempo*. Aquí —dijo, señalando a los libros alineados en las paredes— está lo más cercano que tienen los hombres lobo parecido a los archivos de los Hermanos Silenciosos o al Laberinto en Espiral de los brujos.

Scott no lucía muy convencido. Maia bajó su batido de proteínas.

—Y Luke no es cualquier líder de la manada —dijo—. Es el representante de los licántropos en el Concejo. Si ayudan a curarlo, sabrán que el Praetor siempre tendrá una voz a su favor en el Concejo.

Los ojos de Scott brillaron.

—Interesante —dijo él—. Muy bien, echaré un vistazo a los libros. Probablemente tomará un par de horas. Jordan, te sugiero que si vas a conducir de regreso a Manhattan descanses un poco. No necesitamos que estrelles tu camioneta contra un árbol.

—Podría manejar.... —comenzó Maia.

—Te ves igual de agotada. Jordan, como sabes, siempre habrá un lugar para ti aquí en Praetor House, a pesar de que seas un graduado. Y Nick está en una asignación, así que hay una cama para Maia. ¿Por qué no descansan ambos un poco, y yo los llamo cuando haya terminado? —sugirió y dio la vuelta en su silla para examinar los libros en las paredes.

Jordan le hizo gesto a Maia diciéndole que era su señal para salir; ella se puso de pie, quitándose las migas de los jeans. Estaba a medio camino a la puerta cuando Praetor Scott volvió a hablar.

—Oh, y Maia Roberts —la llamó; su voz tenía un tono de advertencia—. Espero que entiendas que cuando se hacen promesas en nombre de otras personas, cae sobre tu cabeza asegurarse de que sigan adelante.

139

Simon despertó aun sintiéndose agotado, parpadeando en la oscuridad. Las gruesas cortinas negras sobre las ventanas dejaban pasar muy poca luz, pero su reloj interno le dijo que era de día. Eso y el hecho de que Isabelle se había ido, por el lado deshecho de la cama y las sábanas revueltas.

Era de día, y él no había hablado con Clary desde que ella se había ido. Sacó la mano debajo de las sábanas y miró el anillo de oro en su mano derecha. Delicado, estaba grabado con lo que eran o bien diseños o palabras en un alfabeto que no conocía.

Apretando la mandíbula, se sentó y tocó el anillo. *¿Clary?*

La respuesta fue inmediata y clara. Casi se levantó de la cama del alivio. *Simon. Gracias a Dios.*

¿Puedes hablar?

No. Él sintió más que oyó una distracción tensa en la voz de su mente. Me alegro de que hayas llamado, pero no es buen momento. No estoy sola.

¿Pero estás bien?

Estoy bien. Nada ha sucedido todavía. Estoy tratando de reunir información. Te prometo hablar contigo en el momento en que me entere de algo.

De acuerdo. Cuidate.

Tú también.

Y ella se fue. Deslizándose sus piernas a un lado del colchón, Simon hizo lo que pudo para aplastar su desordenado cabello por el sueño, y fue a ver si alguien más estaba despierto.

Lo estaban. Alec, Magnus, Jocelyn, e Isabelle estaban sentados alrededor de la mesa de Magnus. Mientras que Alec y Magnus vestían jeans, tanto Jocelyn como Isabelle llevaban el equipo de cazadoras, Isabelle con su látigo envuelto alrededor de su brazo derecho. Ella levantó la vista cuando entró, pero no sonrió, sus hombros estaban tensos, con la boca en una delgada línea. Todos tenían tazas de café en frente de ellos.

—Hay una razón por la que el ritual de los Instrumentos Mortales era tan complicado. —Magnus hizo flotar la azucarera hacia él y vertió un poco del polvo blanco sobre el café—. Los Ángeles actúan al mandato de Dios, no a los seres humanos, ni siquiera a los Cazadores de Sombras. Convoca a uno, y es posible que te encuentres atacado con ira divina. El punto de todo el ritual de los Instrumentos Mortales no era permitir que alguien convocara a Raziél, era que protegía al invocador de la ira del ángel, una vez que se presentara.

—Valentine.... —comenzó Alec.

—Sí, Valentine también convocó a un ángel de mucha menor importancia. Y nunca se habló de él, ¿verdad? Nunca le dieron una pizca de ayuda, aunque él cosechó su sangre. Y aun así, él debió de haber usado unos hechizos muy poderosos sólo para obligarlo. Mi entendimiento es que él ató esa vida a la mansión Wayland, de modo que cuando el ángel muriera la mansión se derrumbaría en escombros. —Tocó con una uña pintada de azul su taza—. Y se condenó a sí mismo. Sea que creas en el Cielo y el Infierno o no, él sin duda se condenó a sí mismo. Cuando llamó a Raziél, Raziél lo hirió. En parte como venganza a lo que Valentine le había hecho a su hermano ángel.

—¿Por qué estamos hablando de convocar ángeles? —preguntó Simon, encaramándose en la punta de la larga mesa.

—Isabelle y Jocelyn fueron a ver a las Hermanas de Hierro —explicó Alec—. En busca de un arma que pudiera ser utilizada en Sebastian y que no afecte a Jace.

—¿Y no hay ninguna?

—Nada en este mundo —contestó Isabelle—. Una arma celestial podría hacerlo, o algo con una alianza demoníaca. Estamos explorando la primera opción.

—¿Convocando a un ángel para que te de su arma?

—Ha pasado antes —dijo Magnus—. Raziél entregó la Espada Mortal a Jonathan Cazador de Sombras. En las viejas historias, la noche antes de la batalla de Jericó, un ángel apareció y le dio a Josué su espada.

—Ah —dijo Simon—. Yo hubiera pensado que los ángeles hacían todo sobre la paz, sin armas.

Magnus lanzó un bufido.

—Los ángeles no son sólo mensajeros, son soldados. Miguel es quién dirige los ejércitos. Los ángeles no son pacientes. Ciertamente, no con las vicisitudes de los seres humanos. Cualquier persona que trate de convocar a Raziél sin los Instrumentos Mortales para protegerlos, probablemente sea atacada a muerte en el acto. Los demonios son más fáciles de convocar. Hay más de ellos y muchos son débiles. Pero entonces, un demonio débil puede ayudar sólo en tanto...

—No podemos convocar a un demonio —dijo Jocelyn, horrorizada—. La Clave...

—Pensé que había dejado de importarte lo que la Clave pensara años atrás —dijo Magnus.

—No soy sólo yo —dijo Jocelyn—. El resto de ustedes. Luke. Mi hija. Si la Clave se entera...

—Bueno, no lo sabrán, ¿verdad? —la cortó Alec, su voz por lo general suave ahora era áspera—. A menos que tú se los digas.

Jocelyn se enfrentó a la mirada de Isabelle, la inquisitiva de Magnus, y los difíciles ojos azules de Alec.

—¿Realmente están considerando esto? ¿Convocar a un demonio?

—Bueno, no cualquier demonio —dijo Magnus—. Azazel.

Los ojos de Jocelyn brillaron.

—¿Azazel? —Sus ojos escanearon a los demás, como si estuviera buscando apoyo, pero Izzy y Alex miraban sus tazas, y Simon se encogió de hombros.

—No sé quién es Azazel —explicó—. ¿No es el gato de Los Pitufos? —preguntó, pero Isabelle sólo levantó la vista y puso los ojos en blanco. ¿Clary? Pensó.

Su voz llegó a través, con tintes de alarma. *¿Qué es? ¿Qué ha pasado? ¿Acaso mi madre averiguó que me fui?*

No todavía, pensó de regreso. ¿Es Azazel el gato de Los Pitufos?

Hubo una larga pausa. *Ése es Azrael, Simon. Y no uses más la magia de los anillos para preguntarme sobre Los Pitufos.*

Y se fue. Simon levantó la vista de su mano y vio que Magnus lo miraba con curiosidad.

—No es un gato, Silvestre —dijo—. Es el Demonio Mayor. El Teniente del Infierno y Forjador de las Armas. Él fue el ángel que enseñó a la humanidad cómo utilizar las armas, cuando antes había sido conocimiento que sólo los ángeles poseían. Eso hizo que cayera, y ahora él es un demonio. “Toda la tierra ha sido corrompida por medio de las obras que fueron enseñadas por Azazel, impútale entonces todo pecado”.

Alec miró a Magnus con asombro.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Es amigo mío —dijo Magnus, y, notando sus expresiones, suspiró—. Bueno, no realmente. Pero está en el Libro de Enoch.

—Parece peligroso. —Alec frunció el ceño—. Suena como si estuviera más allá de un Demonio Mayor, incluso. Como Lilith.

—Afortunadamente, está vinculado —informó Magnus—. Si lo convocan, vendrá su forma de espíritu, pero su aspecto corpóreo, permanecerá vinculado a las puntiagudas rocas de Duduael.

—Las puntiagudas rocas de... Oh, lo que sea —dijo Isabelle, enrollando su largo y oscuro cabello en un moño.... Él es el demonio de las armas. Bien, yo digo que hay que darle una oportunidad.

—No puedo creer que estés considerando esto —dijo Jocelyn—. Aprendí al mirar a mi esposo qué desastre puede provocar el convocar demonios. Clary.... —se interrumpió

entonces, como si sintiera la mirada de Simon en ella, y se volvió—. Simon, —dijo— ¿sabes si Clary ha despertado ya? La hemos dejado dormir, pero son casi las once.

Simon vaciló.

—No lo sé. —Eso, razón, era verdad. Dondequiera que Clary estuviera, *podría* estar dormida. A pesar de que acababa de hablar con ella.

Jocelyn quedó perpleja.

—¿Pero no estabas en la habitación con ella?

—No, no lo estaba. Estaba en... —se interrumpió al darse cuenta del pozo que el mismo había cavado. Había tres dormitorios de repuesto. Jocelyn estaba en una, Clary, en la otra. Lo que, obviamente, significaba que debía haber dormido en la tercera habitación con...

—¿Isabelle? —preguntó Alec, sus cejas levantadas—. ¿Dormiste en la habitación de Isabelle?

Isabelle hizo un gesto con la mano.

—No hay de qué preocuparse, hermano mayor. No pasó nada. Por supuesto —añadió mientras los hombros de Alex se relajaban—. Estaba totalmente pasada de borracha, por lo que en realidad él podría haber hecho lo que quisiera y no me hubiera despertado.

—Oh, por favor —dijo Simon—. Todo lo que hice fue contarte toda la trama de *Star Wars*.

—No recuerdo nada de eso —dijo Isabelle, tomando una galleta del plato sobre la mesa.

—¿Ah, sí? ¿Quién era el mejor amigo de la infancia de Luke Skywalker?

—Bigg Darklighter —contestó Isabelle inmediatamente, y luego golpeó la mesa con la palma de su mano—. ¡Eso es tan engañoso! —Aun así, sonrió alrededor de su galleta.

—Ah —dijo Magnus—. Amor Nerd. Es una cosa hermosa, además de ser objeto de burla e hilaridad de aquellos de nosotros que somos más sofisticados.

—Está bien, eso es suficiente. —Jocelyn se paró—. Me voy a buscar a Clary. Si van a invocar a un demonio, no quiero estar aquí, y no quiero que mi hija esté aquí tampoco —dijo, dirigiéndose al pasillo.

Simon le cerró el paso.

—No puedes hacer eso —dijo él.

Jocelyn lo miró seriamente.

—Sé que dirás que este es el lugar más seguro para nosotros, Simon, pero con la invocación de un demonio, sólo...

—No es eso. —Simon tomó una profunda respiración, lo cual no ayudó, ya que su sangre no procesaba oxígeno. Se sentía un poco enfermo—. No puedes ir a despertarla porque... porque ella no está aquí.

10

Caza Salvaje

*Traducido por maka.mayi
Corregido por Pamee*

La antigua habitación de Jordan en Praetor House lucía como cualquier dormitorio de cualquier universidad. Había dos camas de armazón hierro, cada una en contra de paredes opuestas. A través de la ventana que los separaba eran visibles unos prados verdes tres pisos más abajo. El lado de la habitación de Jordan estaba bastante vacío, parecía que se había llevado la mayor parte de sus fotografías y libros con él a Manhattan, aunque había algunas fotos pegadas de playas y el océano, y una tabla de surf apoyada contra una pared. Una pequeña sacudida atravesó a Maia cuando vio que en la mesita de noche había una foto con marco de oro de ella con Jordan, tomada en Ocean City, con el paseo marítimo y la playa tras ellos.

Jordan miró la foto y luego a ella, y se ruborizó. Lanzó su bolso a su cama y se quitó la chaqueta, de espaldas a ella.

—¿Cuándo estará de vuelta tu compañero? —preguntó ella ante el repentino silencio incómodo. No estaba segura de por qué estaban avergonzados. Desde luego, no lo habían estado cuando estaban juntos en la camioneta, pero ahora, aquí en la habitación de Jordan, los años que pasaron sin hablar parecían separarlos.

—¿Quién sabe? Nick esta en una asignación. Son peligrosas, podría no regresar. —Jordan sonaba resignado. Tiró la chaqueta al respaldo de una silla—. ¿Por qué no te acuestas? Voy a darme una ducha. —Se dirigió hacia el baño, y Maia se sintió aliviada al ver que estaba en la habitación. No tenía ganas de tratar con una de esas cosas de baños-compartidos-al-final-del-pasillo.

—Jordan... —empezó a decir, pero él ya había cerrado la puerta del baño tras él. Podía oír el agua corriendo. Con un suspiro, se quitó los zapatos y se acostó en la cama del ausente Nick. La manta era a cuadros azul oscuro, y olía a piñas. Levantó la vista y vio que el techo estaba empapelado con fotografías. El mismo niño rubio riendo, que parecía tener diecisiete años, le sonría en cada imagen. Nick, supuso; se veía feliz. ¿Jordan había sido feliz aquí en Praetor House?

Alargó la mano y giró la fotografía de los dos hacia ella. Se la había tomado años atrás, cuando Jordan era delgado, con grandes ojos de color avellana que dominaban su rostro. Tenían los brazos alrededor del otro y parecían quemados por el sol y felices. El verano les había oscurecido a ambos su piel y había puesto rayas de luz en el

143

cabello de Maia, y Jordan tenía vuelta un poco la cabeza hacia ella, como si fuera a decir algo o a darle un beso. No podía recordar cuál de las dos; ya no.

Pensó en el chico en cuya cama estaba sentada, el chico que podría nunca volver. Pensó en Luke, muriendo lentamente, y en Alaric, Gretel, Justine, Theo y todos los demás de su manada que habían perdido sus vidas en la guerra contra Valentine. Pensó en Max, y en Jace, dos Lightwood perdidos; porque, tenía que admitir en su corazón, no creía que pudieran traer de vuelta a Jace. Por último y extrañamente, pensó en Daniel, el hermano por el que nunca había llorado y para su sorpresa, sintió que las lágrimas punzaban la parte de atrás de sus ojos.

Se sentó bruscamente. Se sentía como si el mundo estuviera inclinado y ella estuviera aferrada sin poder hacer nada, tratando de evitar caer a un abismo negro. Podía sentir cómo se cerraban las sombras. Con Jace desaparecido y Sebastian por ahí, las cosas sólo podían ponerse peor. Sólo habría más pérdida y más muerte. Tenía que admitir que cuando se había sentido más viva en las últimas semanas, habían sido esos momentos en la madrugada, besando a Jordan en su coche.

Como si estuviera en un sueño, se encontró poniéndose de pie. Cruzó la habitación y abrió la puerta del baño. La ducha era un cuadrado de vidrio esmerilado, podía ver la silueta de Jordan a través de éste. Dudaba que pudiera oírla sobre el agua corriendo mientras ella se quitaba el suéter y se deshacía de sus jeans y de la ropa interior. Con una respiración profunda cruzó la habitación, abrió la puerta de la ducha, y entró.

Jordan se dio la vuelta, quitando el cabello mojado de sus ojos. El agua de la ducha estaba caliente, y su cara estaba ruborizada, haciendo que sus ojos brillaran como si el agua los hubiera pulido. O tal vez no era sólo el agua que hacía que la sangre le corriera bajo la piel en cuanto sus ojos la vieron... completamente. Ella le devolvió firme la mirada, sin avergonzarse, viendo la forma que el colgante del Praetor Lupus brillaba en el hueco húmedo de su garganta, y cómo se deslizaba la espuma del jabón por encima de los hombros y el pecho mientras la miraba, parpadeando para quitar el agua de sus ojos. Era hermoso, pero en realidad, ella siempre pensó que lo era.

—¿Maia? —dijo vacilante—. ¿Estás...?

—Shh. —Puso su dedo sobre sus labios, cerrando la puerta de la ducha con la otra mano. Luego se acercó más, envolviendo los brazos alrededor de él, dejando que el agua los lavara a ambos de la oscuridad—. No hables. Sólo bésame.

Y así lo hizo.

—¿A qué te refieres con que Clary no está allí, en el nombre del Ángel? —exigió Jocelyn, pálida—. ¿Cómo sabes eso, si acabas de despertar? ¿Dónde ha ido?

Simon tragó. Había crecido con Jocelyn como casi una segunda madre para él. Estaba acostumbrado a cómo protegía a su hija, pero ella siempre lo había visto como un aliado en eso, alguien que se interpusiera entre Clary y los peligros del

mundo. Ahora, ella lo miraba como al enemigo—. Ella me envió un mensaje anoche...—comenzó Simon, pero se detuvo cuando Magnus le indicó la mesa.

—Podrías sentarte, también —dijo. Isabelle y Alec estaban viendo con los ojos abiertos a cada lado de Magnus, pero el brujo no parecía particularmente sorprendido—. Dinos todo lo que está pasando. Tengo la sensación de que esto va a tardar un poco.

Y así fue, aunque no tanto como Simon podría haber esperado. Cuando terminó de explicar, encorvado en su silla y mirando la mesa rayada de Magnus, levantó la cabeza para ver los ojos de Jocelyn fijos en él con una mirada verde fría como el agua del Ártico.

—¿Dejaste que mi hija se fuera... con *Jace*... a un lugar imposible de encontrar, imposible de rastrear donde ninguno de nosotros puede alcanzarla?

Simon se miró las manos.

—Yo puedo llegar a ella —dijo, alzando la mano derecha con el anillo de oro en el dedo—. Te lo dije. He oído de ella esta mañana, dijo que estaba bien.

—¡No debiste haberla dejado salir en primer lugar!

—No la *dejé*, iba a ir de todos modos. Pensé que también podría tener algún tipo de línea de salvación, ya que no es como si hubiera podido detenerla.

—Para ser justos —dijo Magnus—, no creo que alguien pudiera. Clary hace lo que quiere. —Miró a Jocelyn—. No puedes mantenerla en una jaula.

—Yo *confío* en ti —le espetó a Magnus—. ¿Cómo salió?

—Hizo un portal.

—Pero dijiste que había protecciones...

—Para mantener fuera las amenazas, no para mantener dentro a los invitados. Jocelyn, tu hija no es estúpida, y ella hace lo que piensa que es correcto, no puedes detenerla. Nadie puede detenerla. Es muy parecida a su madre.

Jocelyn miró a Magnus por un momento, con la boca ligeramente abierta, y Simon se dio cuenta de que, por supuesto, Magnus debía haber conocido a la madre de Clary cuando era joven, cuando traicionó a Valentine, al Círculo y casi muere en el Levantamiento.

—Ella es una niña —dijo, y se dirigió a Simon—. ¿Has hablado con ella? ¿Usando estos... estos anillos desde que se fue?

—Esta mañana —contestó Simon—. Dijo que estaba bien, que todo estaba bien.

En lugar de parecer tranquila, Jocelyn sólo lucía más furiosa.

—Estoy segura de que eso fue lo que dijo. Simon, no puedo creer que le permitieras hacer esto. Debiste retenerla...

—¿Qué, atarla? —preguntó Simon, incrédulo—. ¿Esposarla a la mesa?

—Si eso es lo que se necesitaba. Eres más fuerte que ella. Estoy decepcionada...

Isabelle se puso de pie.

—Bueno, es suficiente. —Miró a Jocelyn—. Es total y completamente injusto gritarle a Simon sobre algo que Clary decidió hacer *por su cuenta*. Y si Simon la hubiera atado

para ti, ¿entonces qué? ¿Estabas planeando mantenerla atada para siempre? Tendrías que dejarla ir eventualmente, ¿y luego qué? Ella ya confiaría en Simon, y ya no confía en ti porque robaste sus recuerdos. Y eso, si mal no recuerdo, fue porque estabas tratando de protegerla. Tal vez si no la hubieras *protegido* tanto, sabría más acerca de lo que es peligroso y lo que no lo es, y a ser un poco menos reservada, ¡y menos imprudente!

Todo el mundo miró a Isabelle, y por un momento, Simon recordó algo que Clary le había dicho una vez: que Izzy rara vez hacía discursos, pero cuando lo hacía, los hacía *contar*. Jocelyn estaba de color blanco alrededor de los labios.

—Voy a la estación para estar con Luke —dijo—. Simon, espero informes tuyos cada veinticuatro horas de que mi hija está bien. Si no tengo noticias tuyas todas las noches, voy a la Clave.

Y salió del apartamento, cerrando la puerta tras ella con tanta fuerza que una larga grieta apareció en el yeso junto a ella.

Isabelle se sentó de nuevo, esta vez al lado de Simon. Él no le dijo nada, pero le tendió la mano, y ella la tomó, deslizando los dedos entre los suyos.

—Entonces —dijo Magnus finalmente, rompiendo el silencio—. ¿Quién se anota para invocar a Azazel? Porque vamos a necesitar una gran cantidad de velas.

Jace y Clary pasaron el día vagando a través de laberínticas callejuelas que pasaban por los canales, cuya agua oscilaba entre el verde intenso hasta el azul oscuro. Hicieron su camino entre los turistas en la Plaza de San Marcos, y sobre el Puente de los Suspiros, y bebieron vasos pequeños y poderosos de café en el Caffè Florian. El desorientado laberinto de calles le recordó un poco a Alicante a Clary, aunque Alicante carecía del sentimiento de decadencia elegante de Venecia. No había carreteras aquí, no había coches, sólo serpenteantes callejuelas y puentes arqueados sobre los canales cuya agua era tan verde como la malaquita¹⁸. Mientras el cielo sobre ellos se oscurecía hacia las profundidades azules del crepúsculo a finales de otoño, las luces comenzaron a encenderse en pequeñas tiendas, en bares y restaurantes que parecían aparecen de la nada y desaparecer de nuevo en las sombras mientras ella y Jace pasaban, dejando la luz y la risa detrás.

Cuando Jace le preguntó a Clary si estaba lista para cenar, ella asintió con firmeza, sí. Había comenzado a sentirse culpable por no haber conseguido ninguna información y por estar disfrutando. Cuando cruzaron por un puente a la Dorsoduro, uno de los sectores más tranquilos de la ciudad, lejos de la multitud turística, se decidió a que le sacaría *algo* esa noche, algo que valiera la pena transmitir a Simon.

Jace le tomó la mano con firmeza, mientras se acercaban al final de un puente y la calle se abría a una gran plaza junto a un canal enorme del tamaño de un río. La

¹⁸ La malaquita es un mineral del grupo V (carbonatos). En la antigüedad era usada como colorante, pero hoy en día su uso es más bien como piedra semipreciosa.

basílica de una iglesia con cúpula se elevaba a su derecha. Al otro lado del canal, más de la ciudad iluminaba la noche, lanzando iluminación en el agua, que se movía y brillaba con la luz. Las manos de Clary picaban por tiza y lápices para dibujar la luz a medida que se desvanecía del cielo, el oscurecimiento del agua, los contornos irregulares de los edificios, sus reflejos atenuándose lentamente en el canal. Todo parecía lavado con un azul acerado. En alguna parte, comenzaron a repicar campanas de iglesia.

Apretó la mano sobre la de Jace. Se sentía muy lejos de todo en su vida, aquí, lejos de una manera que no se había sentido en Idris. Venecia compartía con Alicante el sentido de ser un lugar fuera del tiempo, arrancado del pasado, como si hubiera entrado en una pintura o en las páginas de un libro. Pero también era un lugar real, había crecido conociéndolo, queriéndolo visitar. Miró de reojo a Jace, que estaba mirando el canal. El azul acerado de la luz lo iluminaba a él también, oscureciendo sus ojos, las sombras bajo sus pómulos, las líneas de su boca. Cuando la atrapó mirándolo, la miró y sonrió.

La llevó alrededor de la iglesia y por un tramo de musgosas escaleras a un camino a lo largo del canal. Todo olía a piedra mojada, agua, humedad y años. Cuando el cielo se oscureció, algo rompió la superficie del agua del canal a pocos metros de Clary. Oyó el chapoteo y volteó a tiempo para ver levantarse del agua y sonreírle a una mujer de cabello verde; tenía un rostro hermoso pero los dientes como un tiburón y los ojos amarillos de los peces. Tenía perlas que destacaban en su cabello. Se dejó caer de nuevo por debajo del agua, sin una onda.

—Sirena —dijo Jace—. Hay familias antiguas de sirenas que han vivido aquí en Venecia desde hace mucho, mucho tiempo. Son un poco extrañas. Lo hacen mejor en agua limpia, lejos de la costa, viviendo del pescado en lugar de la basura. —Miró hacia la puesta del sol—. Toda la ciudad se está hundiendo —comentó—. Todo estará bajo el agua dentro de cien años. Imagínate nadar en el océano y tocar la parte superior de la Basílica de San Marcos. —Señaló a través del agua.

Clary sintió un atisbo de tristeza al pensar en que toda esta belleza se perdiera.

—¿No hay nada que puedan hacer?

—¿Para levantar una ciudad entera? ¿O detener el océano? No mucho —contestó Jace. Habían llegado a unas escaleras. El viento llegó desde el agua y levantó el cabello dorado oscuro de su frente y su cuello—. Todas las cosas tienden hacia la entropía¹⁹. El universo entero se mueve hacia afuera, las estrellas se alejan las unas de las otras. Dios sabe lo que cae a través de las grietas entre ellas. —Hizo una pausa. —Bueno, eso sonó un poco loco.

—Tal vez fue todo ese vino en el almuerzo.

—Puedo soportar el licor. —Doblaron una esquina, y resplandecieron unas luces de cuentos de hadas. Clary parpadeó para que sus ojos se ajustaran. Era un pequeño

¹⁹ Desorden, caos.

restaurante con mesas instaladas en el interior y el exterior, con lámparas de calor unidas con luces de Navidad como un bosque de árboles mágicos entre las mesas. Jace se apartó de ella el tiempo suficiente para conseguirles una mesa, y pronto estaban sentados al lado del canal, escuchando el chapoteo del agua contra la piedra y el sonido de las pequeñas embarcaciones subiendo y bajando con la marea.

El cansancio empezaba a arremolinarse sobre Clary en oleadas, como el lamer de las aguas contra los costados del canal. Le dijo a Jace lo que quería y lo dejó ordenar en italiano, aliviada cuando el camarero se fue para poder inclinarse hacia delante y poner los codos sobre la mesa, con la cabeza en las manos.

—Creo que tengo jet lag —dijo—. Jet lag interdimensional.

—Sabes, el tiempo *es* una dimensión —comentó Jace.

—Pedante. —Le lanzó una miga de pan de la cesta en la mesa.

Él sonrió.

—Estaba tratando de recordar todos los pecados capitales el otro día —dijo—. La codicia, la envidia, la gula, la ironía, la pedantería...

—Estoy bastante segura de que la ironía no es un pecado capital.

—Estoy bastante seguro de que lo es.

—La lujuria —dijo—. La lujuria es un pecado capital.

—Y las nalgadas.

—Creo que cae en la categoría de lujuria.

—Creo que debería tener su propia categoría —opinó Jace—. La codicia, la envidia, la gula, la ironía, la pedantería, la lujuria, y las nalgadas. —Las luces blancas de Navidad se reflejaban en sus ojos. Se veía más hermoso que nunca, pensó Clary, y en consecuencia, más distante, más intocable. Pensó en lo que había dicho acerca del hundimiento de la ciudad, y los espacios entre las estrellas, y recordó las líneas de una canción de Leonard Cohen que la banda de Simon solía tocar, no muy bien. "*Hay una grieta en todo / Así es cómo entra la luz.*" Tenía que haber una grieta en la calma de Jace, y que de alguna manera pudiera llegar a través del Jace real que creía que todavía estaba allí.

Los ojos ámbar de Jace la estudiaron. Estiró la mano para tocar su mano, y fue sólo después de un momento que Clary se dio cuenta de que sus dedos estaban en su anillo de oro.

—¿Qué es eso? —dijo—. No recuerdo que tuvieras un anillo hecho por las hadas.

Su tono era neutro, pero su corazón dio un vuelco. Mentirle directamente a la cara a Jace no era algo en lo que tenía mucha práctica.

—Era de Isabelle —dijo ella encogiéndose de hombros—. Estaba tirando todas las cosas que esa hada ex novio de ella le dio, Meliorn, y pensé que esto era bonito, así que ella me dijo que podía tenerlo.

—¿Y el anillo Morgenstern?

Esto parecía un lugar para decir la verdad.

—Se lo di a Magnus para que pudiera tratar de rastrearlo con el.

—*Magnus*. —Jace dijo el nombre como si se tratara de un extraño, y exhaló un suspiro—. ¿Todavía sientes que tomaste la decisión correcta? ¿Viniendo aquí conmigo?

—Sí. Estoy feliz de estar contigo. Y... bueno, siempre quise visitar Italia. Nunca he viajado mucho. Nunca había estado fuera del país...

—Estuviste en Alicante —le recordó.

—Está bien, aparte de visitar tierras mágicas que nadie más puede ver, no he viajado mucho. Simon y yo teníamos planes. Nos íbamos a ir de mochileros por Europa después de graduarnos de la secundaria...—La voz de Clary se fue apagando—. Suena tonto ahora.

—No, no es así. —Él se estiró y le apartó un mechón de cabello tras la oreja—. Quédate conmigo. Podemos ver el mundo entero.

—Estoy contigo. No voy a ninguna parte.

—¿Hay algo especial que quieras ver? ¿París? ¿Budapest? ¿La Torre Inclinada de Pisa?

Sólo si se cae en la cabeza de Sebastián, pensó.

—¿Podemos viajar a Idris? Quiero decir, supongo, ¿puede el apartamento viajar hasta allí?

—No puede pasar las protecciones. —Su mano trazó una ruta por su mejilla—. Sabes, realmente te extrañé.

—¿Quieres decir que no has ido en citas románticas con Sebastián, mientras has estado alejado de mí?

—Lo intenté —contestó Jace dijo—, pero no importa cuán borracho lo pongas, simplemente no se molestará.

Clary cogió su copa de vino. Estaba empezando a acostumbrarse a su sabor. Podía sentir que quemaba un camino por su garganta, calentando sus venas, añadiendo una calidad de ensueño a la noche. Se encontraba en Italia, con su hermoso novio, en una noche hermosa, comiendo deliciosos alimentos que se fundían en su boca. Estos eran los tipos de momentos que recuerdas toda la vida. Pero se sentía como tocar sólo el borde de la felicidad, cada vez que veía a Jace, la felicidad se le escapaba. ¿Cómo podía ser y no ser Jace, a la vez? ¿Cómo podías tener el corazón roto y ser feliz al mismo tiempo?

Estaban tendidos en la estrecha cama doble que estaba destinada sólo para una persona, envueltos con fuerza bajo las sábanas de Jordan. Maia yacía con la cabeza en el hueco de su brazo, el sol desde la ventana calentaba su rostro y hombros. Jordan estaba apoyado en su brazo, inclinándose sobre ella, pasaba la mano libre a través de su cabello, tirando sus rizos en toda su longitud y dejando que se deslizaran hacia atrás a través de sus dedos.

—Extrañé tu cabello —dijo, y le dio un beso en la frente.

La risa brotó de algún lugar profundo dentro de ella, esa clase de risa que viene con el vértigo del enamoramiento.

—¿Sólo mi cabello?

—No. —Él sonreía, sus ojos color avellana estaban iluminados de verde, su cabello castaño bien despeinado—. Tus ojos. —Él los beso, uno tras otro—. Tu boca. —La besó también, y ella enganchó los dedos a través de la cadena contra su pecho desnudo que sostenía el colgante de Praetor Lupus—. Todo acerca de ti.

Retorcó la cadena alrededor de sus dedos.

—Jordan... siento lo de antes. Por la pelea acerca del dinero, y Stanford. Era sólo un montón que comprender.

Sus ojos se oscurecieron, y él agachó la cabeza.

—No es como si no supiera cuán independiente eres. Yo sólo... sólo quería hacer algo agradable para ti.

—Lo sé —susurró—. Sé que te preocupas por que te necesito, pero no debería estar contigo porque te necesito. Debo estar contigo porque te amo.

Sus ojos se iluminaron con incredulidad, esperanza.

—Tú... quiero decir, ¿crees que es posible que pudieras sentirte de esa manera sobre mí otra vez?

—Nunca he dejado de amarte, Jordan —confesó ella, y él la presionó contra él en un beso tan intenso que estaba magullándola. Se acercó a él, y las cosas habrían procedido como lo habían hecho en la ducha, si un fuerte golpe no hubiera sonado en la puerta.

—¡Praetor Kyle! —gritó una voz a través de la puerta—. ¡Despierta! El Praetor Scott quiere verte abajo, en su oficina.

Jordan, con los brazos alrededor de Maia, maldijo en voz baja. Riendo, Maia pasó la mano lentamente por su espalda, enredando sus dedos en su cabello.

—¿Crees que el Praetor Scott puede esperar? —susurró.

—Creo que él tiene la llave de esta habitación y la utilizará si quiere.

—Eso está bien —dijo, rozando sus labios contra su oreja—. Tenemos un montón de tiempo, ¿verdad? Todo el tiempo que podamos necesitar.

Presidente Miau estaba sobre la mesa frente a Simon, completamente dormido, con las cuatro patas al aire. Esto, Simon sentía, era algo así como un logro. Desde que se había convertido en un vampiro, tendía a no gustar a los animales, lo evitaban si podían, y le siseaban o ladraban si se acercaba demasiado. Para Simon, que siempre había sido un amante de los animales, era una dura pérdida. Pero él supuso que si ya era la mascota de un brujo, tal vez aprendió a aceptar criaturas extrañas en su vida.

Magnus, como resultó, no había estado bromeando acerca de la velas. Simon se estaba tomando un momento para descansar y beber un poco de café, que se mantenía en su estómago y se llevaba los primeros hormigueos del hambre. Toda la tarde habían estado ayudando a Magnus a preparar el escenario para invocar a

Azazel. Asaltaron bodegas locales en busca de té, luces y velas de oración, que habían puesto en un cuidadoso círculo. Isabelle y Alec estaban esparciendo una mezcla de sal y belladona seca sobre las tablas del suelo fuera del círculo, como Magnus les había instruido, leyendo en voz alta *Ritos prohibidos, Un manual del Nigromante del siglo XV*.

—¿Qué le has hecho a mi gato? —exigió Magnus, volviendo a la sala de estar llevando una taza de café, con un círculo de tazas flotando alrededor de su cabeza como un modelo de los planetas que giran alrededor del sol—. Bebiste su sangre, ¿no? ¡Dijiste que no tenías hambre!

Simón estaba indignado.

—No bebí su sangre. ¡Él está bien! —Pinchó al Presidente en el estómago. El gato bostezó—. En segundo lugar, me preguntaste si tenía hambre, cuando ordenabas pizza, así que te dije que no, porque no puedo comer pizza. Estaba siendo educado.

—Eso no te da el derecho a comerte a mi gato.

—¡Tu gato está bien! —Simon se estiró para recoger el gato atigrado, que saltó indignado, se puso en pie y se alejó de la mesa—. ¿Ves?

—Lo que sea. —Magnus se arrojó en el asiento a la cabeza de la mesa, las tazas fueron a su lugar de un golpe cuando Alec e Izzy se enderezaron, terminando con su tarea. Magnus dio una palmada—. ¡Todos! Reúnanse alrededor. Es el momento de una reunión. Voy a enseñarles a convocar a un demonio.

El Praetor Scott estaba los estaba esperando en la biblioteca, aún en la misma silla giratoria, con una caja pequeña de bronce en el escritorio entre ellos. Maia y Jordan se sentaron frente a él, y Maia no pudo evitar preguntarme si estaba escrito en toda su cara lo que ella y Jordan habían estado haciendo. No es que el Praetor los mirara con mucho interés.

Empujó la caja hacia Jordan.

—Es un bálsamo —dijo—. Si se aplica a la herida de Garroway, debería filtrar el veneno de su sangre y permitir que el acero de demonio se libere sin obstáculos. Debería sanar en pocos días.

El corazón de Maia saltó; por fin una buena noticia. Agarró la caja antes de que Jordan pudiera, y la abrió. Estaba llena con un ungüento de cera oscura que olía considerablemente a hierbas, como las hojas de laurel trituradas.

—Yo...—comenzó el Praetor Scott, con los ojos cambiando hacia Jordan.

—Ella debería tomarla —dijo Jordan—. Es cercana a Garroway y es parte de la manada. Ellos confían en ella.

—¿Estas diciendo que no confían en el Praetor?

—La mitad de ellos piensa que el Praetor es un cuento de hadas —dijo Maia, y agregó el 'señor' como una ocurrencia tardía.

Praetor Scott pareció molesto, pero antes de que pudiera decir nada, el teléfono sonó en su escritorio. Pareció dudar, a continuación levantó el auricular a su oreja.

—Scott aquí —dijo, y luego, después de un momento—: Sí... sí, creo que sí. —Colgó, con la boca curvada en una sonrisa no del todo agradable—. Praetor Kyle —dijo—. Me alegro de que haya decidido visitarnos hoy de todos los días. Quédate un momento. Este asunto de alguna forma te concierne.

Maia se sobresaltó ante este pronunciamiento, pero no tanto como un momento más tarde, cuando una esquina de la habitación empezó a brillar y apareció una figura, desarrollándose poco a poco. Era como mirar las imágenes al aparecer en una película en un cuarto oscuro, hasta que se formó la figura de un chico. Su cabello era castaño oscuro, corto y recto, y un collar de oro brillaba en contra de la piel morena de su garganta. Lucía ligero y etéreo, como el chico de un coro, pero había algo en sus ojos que le hacía parecer mucho mayor que eso.

—Raphael —dijo, reconociéndolo. Todavía estaba un poco transparente; una proyección, se dio cuenta. Había oído hablar de ellas, pero nunca había visto una de cerca.

El Praetor Scott la miró con sorpresa.

—¿Conoce al jefe del clan de vampiros de Nueva York?

—Nos encontramos una vez, en Brocelind Woods —dijo Raphael, mirándola sin mucho interés—. Es una amiga del Daylighter, Simon.

—Su asignación —dijo el Praetor Scott a Jordan, como si Jordan pudiera haberlo olvidado.

La frente de Jordan se arrugó.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó—. ¿Está bien?

—Esto no es sobre él —dijo Raphael—. Se trata de la vampira renegada, Maureen Brown.

—¿Maureen? —exclamó Maia—. ¿Pero ella sólo tiene, cuánto, trece años?

—Un vampiro renegado es un vampiro renegado —dijo Raphael—. Y Maureen ha estado abriéndose camino por sí misma a través de TriBeCa²⁰ y el Lower East Side. Múltiple heridas y al menos seis muertes. Nos las hemos arreglado para cubrirlas, pero...

—Ella es la asignación de Nick —dijo Praetor Scott con un ceño—, pero no ha sido capaz de encontrarle el rastro. Posiblemente tengamos que enviar a alguien con más experiencia.

—Les insto a que lo hagan —urgió Raphael—. Si los Cazadores de Sombras no estuvieran tan preocupados por su propia... emergencia, en este momento, seguramente ya estarían involucrados. Y lo último que necesita el clan después del incidente con Camille, es una censura por parte de los Cazadores de Sombras.

—¿Supongo que Camille sigue desaparecida también? —inquirió Jordan—. Simon nos contó todo lo que sucedió la noche que Jace desapareció, y Maureen parecía estar haciendo las ofertas de Camille.

²⁰ Barrio de Manhattan "Triangle Below Canal Street."

—Camille no es una recién convertida y por lo tanto no es nuestro asunto —dijo Scott.

—Lo sé, pero... encuéntrenla, y puede que encuentren a Maureen, eso es todo lo que estoy diciendo —dijo Jordan.

—Si estuviera con Camille, no estaría matando al ritmo que lo hace —dijo Raphael—. Camille se lo impediría; está sedienta de sangre, pero conoce el Cónclave, y la ley. Mantendría a Maureen y sus actividades fuera de su línea de visión. No, el comportamiento de Maureen tiene todas las señas de identidad de un vampiro renegado.

—Entonces, creo que tienes razón. —Jordan se echó hacia atrás—. Nick debería tener un refuerzo tratando con ella, o...

—¿O algo podría sucederle? Si lo hace, tal vez te ayudará a centrarte más en el futuro —dijo el Praetor Scott—. En tu *propia* asignación.

La boca de Jordan se abrió.

—Simon no fue responsable del cambio de Maureen —afirmó—. Te lo dije...

Praetor Scott desechó sus palabras.

—Sí, lo sé —dijo— o habrías sido retirado de tu asignación, Kyle. Sin embargo, tu sujeto la mordió, y también bajo tu supervisión. Y fue su asociación con el Daylighter, por muy distante, la que la llevó a su eventual transformación.

—El Daylighter es peligroso —dijo Raphael, con los ojos brillando—. Es lo que he estado diciendo todo el tiempo.

—Él no es peligroso —dijo Maia con fiereza—. Tiene un corazón b u e n o. —Vio que Jordan la miraba un poco, de reojo, tan rápido que se preguntó si se lo había imaginado.

—Bla, Bla, Bla —dijo Raphael con desdén—. Ustedes los hombres lobo no pueden centrarse en el asunto en cuestión. Confié en usted, Praetor, porque los nuevos Submundos recién transformados están en su departamento, pero que permita que Maureen esté libre se refleja muy mal en mi clan. Si no la encuentran pronto, voy a llamar a todos los vampiros a mi disposición. Después de todo —Sonrió, y sus incisivos delicados brillaban— al final es nuestro derecho matarla.

Cuando terminó la comida, Clary y Jace regresaron al apartamento a través de un anochecer brumoso. Las calles estaban desiertas y las aguas del canal brillaban como vidrio. Al doblar una esquina, se encontraron al lado de un canal tranquilo, rodeado de casas cerradas. Unos barcos se balanceaban suavemente en el agua, cada uno una media luna de color negro.

Jace río suavemente y siguió adelante, sacando su mano de la de Clary. Sus ojos eran grandes y dorados a la luz de los faroles. Se arrodilló al lado del canal, y ella vio un destello de color blanco-plata, una estela, y luego uno de los barcos se liberó de su amarre y empezó a derivar hacia el centro del canal. Jace deslizó la estela de vuelta en

el cinturón y dio un salto, aterrizando suavemente en el asiento de madera en la parte delantera de la embarcación. Le tendió la mano a Clary.

—Vamos.

Ella miró de él al barco y sacudió la cabeza. Era sólo un poco más grande que una canoa pintada de negro, a pesar de que la pintura estaba húmeda y astillada. Parecía tan ligero y frágil como un juguete. Se imaginó dando un vuelco y ambos cayendo en el frío canal verde.

—No puedo. Lo voy a voltear.

Jace sacudió la cabeza con impaciencia.

—Puedes hacerlo —dijo—. Yo te entrené.

Para demostrarlo, dio un paso hacia atrás. Ahora estaba de pie en el borde delgado de la embarcación, justo al lado del tolete²¹. La miró con la boca torcida en una media sonrisa. Según todas las leyes de la física, ella pensó, el bote, desbalanceado, debería haber estado cayendo de lado al agua. Pero Jace estaba equilibrado suavemente allí, con la espalda recta, como si estuviera hecho de nada más que humo. Detrás de él estaba el telón de fondo de agua y piedra, canales y puentes, ni un edificio moderno a la vista. Con su cabello brillante y la forma en que movía, podría haber sido un príncipe del Renacimiento.

Le tendió una mano otra vez.

—Recuerda. Eres tan ligera como quieras ser.

Lo recordaba. Horas de formación sobre cómo caer, cómo equilibrarse, la forma de aterrizar como lo hizo Jace, como si fuera un pedazo de cenizas flotando suavemente. Ella tomó un respiro profundo y dio un salto, el agua verde volaba por debajo de ella. Se posó en la proa de la embarcación, tambaleándose sobre el asiento de madera, pero firme.

Dejó escapar el aliento en una ráfaga de alivio y escuchó la risa de Jace mientras saltaba hacia la parte inferior plana del bote. Estaba agujereado. Una delgada capa de agua cubría la madera. Además, era casi veinte centímetros más alto que ella, por lo que con su pie sobre el asiento en la proa, sus cabezas estaban niveladas.

Jace puso las manos en la cintura.

—Entonces —dijo—. ¿Dónde quieres ir ahora?

Ella miró a su alrededor. Se habían desplazado lejos de la orilla del canal.

—¿Estamos robando este bote?

—'Robar' es una palabra muy fea —reflexionó.

—¿Cómo quieres llamarlo?

Él la levantó y la hizo girar a su alrededor antes de bajarla.

—Un caso extremo de vitrineo.

²¹ Un tolete es una vara de hierro o de madera que se clava en la mitad de su longitud sobre la regala de una embarcación, con un refuerzo llamado toleterera, para servir de punto de apoyo al remo.

Él la atrajo más cerca, y ella se puso rígida. Sus pies patinaron por debajo de ella, y los dos se deslizaron hasta el suelo curvado de la embarcación, que era plano, húmedo y olía a agua y madera húmeda.

Clary se encontró descansando sobre Jace, con las rodillas a cada lado de sus caderas. El agua estaba mojando su camisa, pero a él no parecía importarle. Alzó las manos detrás de la cabeza, doblándolas, su camisa se elevó.

—Literalmente me tiraste al suelo con la fuerza de tu pasión —observó—. Buen trabajo, Fray.

—Sólo te caíste porque quisiste. Te conozco —dijo. La luna brillaba sobre ellos como un foco, como si fueran las únicas personas bajo ella—. Nunca resbalas.

Él tocó su cara.

—Puede que no resbale —dijo—, pero caigo.

Su corazón latía con fuerza, y ella tuvo que tragar antes de que pudiera responder a la ligera, como si estuviera bromeando.

—Esa puede ser tu peor línea de todos los tiempos.

—¿Quién dice que es una línea?

La embarcación se sacudió, y ella se inclinó hacia adelante, balanceando sus manos sobre su pecho. Sus caderas se apretaron contra las de él, y vio sus ojos cuando se ampliaron, pasando del oro perversamente brillante a oro oscuro: la pupila se tragó el iris. Podía verse a sí misma y el cielo nocturno en ellos.

Él se apoyó sobre un codo, y deslizó una mano por la parte trasera de su cuello. Sintió que él se arqueaba contra ella, sus labios frotando los suyos, pero se echó hacia atrás, no del todo permitiendo el beso. Lo quería, lo quería tanto que se sentía vacía por dentro, como si el deseo la hubiera quemado completa. No importaba lo que decía su mente: que éste no era Jace, no *su Jace*; su cuerpo todavía se acordaba de él, de su forma y sensación, el aroma de su piel y cabello, y lo quería de *vuelta*.

Ella sonrió contra su boca como si estuviera burlándose de él, y rodó hacia un lado, enroscándose a su lado en el fondo húmedo de la embarcación. Él no protestó. Su brazo se curvó a su alrededor. El balanceo del bote bajo sus pies era suave y arrullador. Ella quería poner la cabeza sobre su hombro, pero no lo hizo.

—Estamos a la deriva —dijo.

—Lo sé. Hay algo que quiero que veas. —Jace estaba mirando hacia el cielo. La luna era una gran onda blanca, como una vela. El pecho de Jace subía y bajaba constantemente. Sus dedos se enredaron en su cabello. Ella se quedó inmóvil junto a él, esperando y observando cómo las estrellas titilaban como en un reloj astrológico, y se preguntó lo que estaban esperando. Por fin lo escuchó, un largo y lento sonido de carrera, como agua fluyendo a través de un dique roto. El cielo se oscureció y se agitó cuando unas figuras corrieron a través de él. Apenas podía verlas a través de las nubes y la distancia, pero parecían ser hombres, con el cabello largo como nubes grises, montando caballos cuyos cascos brillaban del color de la sangre. El sonido de un cuerno de caza se hizo eco a través de la noche y las estrellas se estremecieron y la

noche se replegó sobre sí misma, mientras los hombres se desvanecían detrás de la luna.

Dejó salir su aliento en una espiración lenta.

—¿Qué fue eso?

—La Caza Salvaje —dijo Jace. Su voz sonaba distante y de ensueño—. Los Perros de Caza de Gabriel. Los Anfitriones Salvajes. Tienen muchos nombres. Son hadas que desprecian los tribunales terrenales. Viajan a través del cielo, buscando una cacería eterna. En una noche al año, un mortal puede unirse a ellos; pero una vez que te has unido a la caza, nunca podrás salir de ella.

—¿Por qué querría alguien hacer eso?

Jace rodó y de repente estaba sobre Clary, presionándola contra el fondo del bote. Ella apenas podía notar la humedad, podía sentir el calor emanando de él en ondas, y sus ojos llamearon. Tenía una forma de inclinarse sobre ella para no aplastarla, pero podía sentir cada parte de él contra ella: la forma de sus caderas, los remaches en sus pantalones, los trazos de sus cicatrices—. Hay algo atractivo en la idea —dijo—. De perder todo el control, ¿no te parece?

Abrió la boca para contestar, pero ya la estaba besando. Ella lo había besado tantas veces, besos suaves y gentiles, duros y desesperados, breve frotar de labios que decían adiós y besos que parecían durar horas, y éste no fue diferente. De la misma forma en la que el recuerdo de alguien que ha vivido en una casa puede persistir incluso después de que se ha ido, como una especie de impronta psíquica, su cuerpo *recordaba* a Jace. Recordaba la forma en que sabía, la inclinación de su boca sobre la de ella, sus cicatrices debajo de sus dedos, la forma de su cuerpo bajo sus manos. Se soltó de sus dudas y extendió la mano para tirar de él hacia ella.

Rodó hacia un lado, sosteniéndola, el bote se balanceaba bajo ellos. Clary podía oír el chapoteo del agua, mientras sus manos iban a la deriva por su lado hasta su cintura, sus dedos acariciando suavemente la piel sensible en la parte baja de su espalda. Ella deslizó sus manos en su cabello y cerró los ojos, envuelta en la niebla, el sonido y el olor del agua. Pasaron siglos, y no había nada más que la boca de Jace en la de ella, el movimiento adormecedor del barco, y sus manos sobre su piel. Finalmente, después de lo que podrían haber sido horas o minutos, oyó el sonido de alguien gritando, una enojada voz italiana, levantándose y cortándose a través de la noche.

Jace se echó hacia atrás, su mirada perezosa y arrepentida.

—Mejor nos vamos.

Clary lo miró, aturdida.

—¿Por qué?

—Porque ese hombre es el dueño del bote que robamos. —Jace se incorporó, tirando de su camisa hacia abajo—. Y está a punto de llamar a la policía.

Atribuir Todo Pecado

Traducido por verittooo

Magnus dijo que no podía usarse electricidad durante la invocación de Azazel, así que el apartamento sólo estaba iluminado por la luz de las velas. Las velas ardían en un círculo en el centro de la habitación, todas de diferentes alturas y brillos, aunque compartían una llama azul similar.

Dentro del círculo, había un pentagrama que había dibujado Magnus usando un palo de serbal que había quemado el patrón de triángulos sobrepuestos en el suelo. En medio de los espacios formados por el pentagrama había símbolos que no se parecían a nada que Simon hubiera visto antes: no exactamente letras y ni tampoco runas, daban una escalofriante sensación de amenaza a pesar del calor de las llamas de las velas.

Estaba oscuro fuera de la ventana ahora, la clase de oscuridad que llegaba con los atardeceres tempranos del invierno cercano.

Isabelle, Alec, Simon, y finalmente, Magnus (que cantaba en voz alta los *Ritos Prohibidos*) se encontraban en un punto cardinal alrededor del círculo. La voz de Magnus se alzaba y caía, las palabras en latín eran como una plegaria, pero una que era invertida y siniestra.

Las llamas se elevaron más alto y los símbolos tallados en el piso comenzaron a volverse negros. Presidente Miau, que había estado esperando desde la esquina de la habitación, siseó y huyó entre las sombras. Las llamas blancas azuladas crecieron, y ahora Simon apenas podía ver a Magnus a través de ellas. El cuarto estaba volviéndose más caliente, el cántico del brujo acelerado, su cabello negro rizándose por la humedad del calor, el sudor brillaba en sus pómulos.

—*¡Quod tumeraris: per Jehovam, Gehennam, et consecratam aquam quam nunc spargo, signumque crucis quod nunc facio, et per vota nostra, ipse nunc surgat nobis dicatus Azazel!*²²

²² "De tumeraris: por Jehová, Gehenna, y esta agua que ahora asperja, y la señal de la cruz que ahora hago, y por medio de nuestras oraciones, por nuestra dedicación, que ahora surja Azazel!"

Hubo un estallido de fuego desde el centro del pentagrama, y una gruesa onda negra de humo se levantó, disipándose lentamente a través de la habitación, haciendo que todos, excepto Simon, tosieran y se ahogaran. Giraba como un torbellino, fusionándose poco a poco en el centro del pentagrama en la figura de un hombre.

Simon parpadeó. No estaba seguro de qué había esperado, pero no era esto. Un hombre alto con pelo castaño, ni joven ni viejo, un rostro sin edad, inhumano y frío. Ancho de hombros, vestido en un traje negro de buen corte y brillantes zapatos negros. Alrededor de cada muñeca tenía un surco rojo oscuro, las marcas de alguna clase de enlace, soga o metal, que había cortado la piel durante muchos años. En sus ojos saltaban llamas rojas.

Él habló.

—¿Quién invoca a Azazel? —Su voz era como metal moliendo metal.

—Yo lo hago. —Magnus cerró firmemente el libro que sostenía—. Magnus Bane.

Azazel ladeó la cabeza lentamente hacia Magnus. Su cabeza parecía volverse de forma antinatural sobre su cuello, como la cabeza de una serpiente.

—Brujo —dijo—. Sé quién eres.

Magnus levantó las cejas.

—¿Si?

—Invocador. Vinculador. Destructor del demonio Marbas. Hijo de...

—A ver —dijo Magnus rápidamente—, no hay necesidad de pasar por todo eso.

—Pero la hay. —Azazel sonaba razonable, divertido incluso—. Si es asistencia infernal la que requieres, ¿por qué no invocar a tu padre?

Alec estaba mirando a Magnus con la boca abierta. Simon se lamentó por él. No pensaba que ninguno de ellos hubiera asumido que Magnus siquiera supiera quién era su padre, mucho menos que había sido un demonio que había engañado a su madre para que creyera que era su esposo. Alec claramente no sabía mucho más sobre eso que el resto, que, imaginó Simon, era algo por lo que no estaba muy feliz.

—Mi padre y yo no estamos en los mejores términos —contestó Magnus—. Preferiría no involucrarlo.

Azazel levantó las manos.

—Como digas, *Amo*. Tú me mantienes dentro del sello, ¿cuál es tu demanda?

Magnus no dijo nada, pero estaba claro por la expresión en el rostro de Azazel que el brujo le estaba hablando silenciosamente, mente con mente. Las llamas saltaron y danzaron en los ojos del demonio, como niños ansiosos escuchando una historia.

—Astuta Lilith —dijo el demonio al final—. Por traer al chico desde la muerte, y asegurar su vida al unirlo con alguien a quien no soportarían matar. Ella siempre fue

mejor manipulando las emociones humanas que la mayoría del resto de ustedes. Quizás porque alguna vez fue algo parecido a un humano.

—¿Hay una forma? —Magnus sonaba impaciente—. ¿De romper la unión entre ellos?

Azazel negó con la cabeza.

—No sin matar a ambos.

—Entonces, ¿hay una forma de dañar sólo a Sebastian, sin lastimar a Jace? —Era Isabelle, ansiosa; Magnus le disparó una mirada aplacadora.

—No con algún arma que pueda crear, o tenga a mi disposición —dijo Azazel—. Sólo puedo elaborar armas cuya alianza sea demoníaca. Un rayo de la mano de un ángel, tal vez, podría quemar lo que es malvado en el hijo de Valentine y ya sea romper su atadura o convertirlo más benevolente en su naturaleza. Si puedo hacer una sugerencia...

—Oh —dijo Magnus, estrechando sus ojos de gato—, por favor.

—Puedo pensar en una solución simple que separará a los chicos, mantendrá vivo al tuyo, y neutralizará el peligro en el otro. Y yo pediré muy poco de ti a cambio.

—Tú eres *mi* sirviente —dijo Magnus—. Si deseas dejar este pentagrama, harás lo que te pida, y no pedirás favores a cambio.

Azazel siseó, y salió fuego de sus labios.

—Si no estoy atado aquí, entonces estoy atado allí. Tiene muy poca diferencia para mí.

—“Porque esto es el Infierno, ni estoy fuera de él” —dijo Magnus, con el aire de alguien citando un viejo dicho.

Azazel mostró una sonrisa metálica.

—Podrías no ser orgulloso como el viejo Faustus, brujo, pero eres impaciente. Estoy seguro de que mi voluntad por permanecer en este pentagrama durará más que tu deseo de vigilarme dentro de él.

—Oh, no lo sé —dijo Magnus—. Siempre he sido atrevido cuando a la decoración se refiere, y teniéndote aquí le añade ese pequeño toque extra a la habitación.

—*Magnus* —dijo Alec, claramente no encantado con la idea de un demonio inmortal fijando residencia en el loft de su novio.

—¿Celoso, pequeño Cazador de Sombras? —Azazel le sonrió a Alec—. Tu brujo no es mi tipo, y además, difícilmente querría enfurecer a su...

—Suficiente —espetó Magnus—. Dinos qué es la “pequeña” cosa que quieres a cambio de tu plan.

Azazel armó un templo con sus manos, manos de hombre trabajador, del color de la sangre, coronadas con uñas negras.

—Un recuerdo feliz —dijo—. De cada uno de ustedes. Algo que me entretenga mientras esté atado como Prometeo a su roca.

—¿Un *recuerdo*? —preguntó Isabelle, sorprendida—. ¿Quieres decir que se borrará de nuestras mentes? ¿Ya no seremos capaces de recordarlo?

Azazel la miró a través de las llamas.

—¿Qué eres, pequeña? ¿Una Nefilim? Sí, tomaré tu recuerdo y se convertirá en mío. Ya no sabrás que es algo que te haya pasado. Aunque, por favor eviten darme recuerdos de demonios que han asesinado bajo la luz de la luna. No es la clase de cosa de la que disfruto. No, quiero que estos recuerdos sean... personales. —Sonrió, y sus dientes brillaron como un rastrillo de hierro.

—Soy viejo —dijo Magnus—. Tengo muchos recuerdos. Renunciaré a uno, si es necesario. Pero no puedo hablar por el resto de ustedes. Ninguno debería ser forzado a renunciar a algo como esto.

—Yo lo haré —dijo Isabelle inmediatamente—. Por Jace.

—También yo, por supuesto —afirmó Alec, entonces fue el turno de Simon. De repente, pensó en Jace, cortando sus muñecas y dándole su sangre en el pequeño cuarto del barco de Valentine. Arriesgando su propia vida por la de Simon. Podría haber sido por el bien de Clary en su corazón, pero todavía era una deuda.

—Estoy dentro.

—Bien —dijo Magnus—. Todos ustedes, intenten pensar en recuerdos felices. Deben ser genuinamente felices. Algo que les dé placer al recordar. —Le disparó una ácida mirada al engreído demonio en el pentagrama.

—Estoy lista —dijo Isabelle. Estaba de pie con los ojos cerrados, su espalda recta como preparada para el dolor. Magnus se movió hacia ella y puso los dedos en su frente, murmurando suavemente.

Alec observó a Magnus con su hermana, su boca tensa, después cerró los ojos. Simon cerró los suyos también, apresuradamente, e intentó invocar un recuerdo feliz, ¿algo que tuviera que ver con Clary? Pero mucho de sus recuerdos de ella estaban teñidos por su preocupación actual por su bienestar. ¿Algo de cuando eran muy jóvenes? Una imagen nadó hasta el frente de su mente, un caluroso día de verano en Coney Island, él en los hombros de su padre, Rebecca corriendo detrás de ellos, arrastrando un puñado de globos. Alzando la mirada hacia el cielo, tratando de encontrarle formas a las nubes, y el sonido de la risa de su madre. *No, pensó, eso no. No quiero perder eso.*

Hubo un frío toque en su frente. Abrió los ojos y vio a Magnus bajando su mano. Simon le parpadeó, su mente de repente en blanco.

—Pero no estaba pensando en nada —protestó.

Los ojos de gato de Magnus estaban tristes.

—Sí, lo estabas.

Simon miró alrededor del cuarto, sintiéndose un poco mareado. Los otros se veían igual, como si estuvieran despertando de un sueño extraño; Isabelle captó su atención, el oscuro aleteo de sus pestañas, y se preguntó qué había pensado, a qué felicidad había renunciado.

Un ruido sordo desde el centro del pentagrama alejó su mirada de Izzy. Azazel estaba de pie, tan cerca del borde del patrón como podía, un lento gruñido de hambre salía de su garganta. Magnus se giró y lo miró con una expresión de disgusto en el rostro. Su mano estaba cerrada en un puño, y algo parecía brillar entre sus dedos como si estuviera sosteniendo una piedra de luz mágica. Se volvió y la arrojó, rápido y de lado, hacia el centro del pentagrama. La visión de vampiro de Simon lo siguió. Era una gota de luz que se expandió mientras volaba, se expandió en un círculo sosteniendo múltiples imágenes. Simon vio un pedazo de azul marino, la esquina de un vestido de satín que se acampanaba mientras su portadora giraba, un destello del rostro de Magnus, un chico de ojos azules, y luego Azazel abrió los brazos y el círculo de imágenes se desvaneció en su cuerpo, como un trozo perdido de basura aspirado por el fuselaje de un avión.

Azazel jadeó. Sus ojos, que habían estado lanzando destellos de fuego rojo, ardían como hogueras ahora, y su voz se rompió cuando habló.

—Ahhhh. Delicioso.

Magnus habló bruscamente.

—Ahora, tú parte del trato.

El demonio se lamió los labios.

—La solución a tu problema es ésta. Me liberas en el mundo, tomó al hijo de Valentine y lo llevo a vivir al Infierno. Él no morirá, y por lo tanto, tu Jace vivirá, pero él habrá dejado este mundo atrás, y poco a poco su conexión se quemará. Tendrás a tu amigo de vuelta.

—¿Y después qué? —preguntó Magnus lentamente—. ¿Te liberamos en el mundo, y después regresas y te dejas atar nuevamente?

Azazel ríe.

—Por supuesto que no, brujo tonto. El precio por el favor es mi libertad.

—¿Libertad? —preguntó Alec, sonando incrédulo—. ¿Un Príncipe del Infierno, liberado en el mundo? Ya te dimos nuestros recuerdos.

—Los recuerdos fueron el precio por escuchar mi plan —dijo Azazel—. Mi libertad es lo que pagarán por tener mi plan en acción.

—Eso es trampa, y lo sabes —dijo Magnus—. Pides algo imposible.

—También tú —dijo Azazel—. Por todos los derechos, tu amigo está perdido para siempre. “Porque si un hombre hace un voto al Señor, o hiciere un juramento ligando su alma con un enlace, no quebrantará su palabra.” Y según los términos del hechizo de Lilith, sus almas están unidas, y ambos estuvieron de acuerdo.

—Jace jamás estaría de acuerdo... —comenzó Alec.

—Él dijo las palabras —dijo Azazel—. Por propia voluntad o por remordimiento, no importa. Me están pidiendo que corte un vínculo que sólo el Cielo puede romper. Pero el Cielo no los ayudará; saben eso tan bien como yo. Es por eso que los hombres invocan demonios y no ángeles, ¿no es así? Éste es el precio que pagan por mi intervención. Si no quieren pagarlo, tienen que aprender a aceptar lo que han perdido.

El rostro de Magnus estaba pálido y tenso.

—Vamos a conversar entre nosotros y discutir si tu oferta es aceptable. Mientras tanto, *te destierro*. —Agitó la mano, y Azazel desapareció, dejando atrás el olor de madera quemada.

Las cuatro personas en la habitación se miraron con incredulidad.

—Lo que está pidiendo —empezó Alec finalmente—, no es posible, ¿verdad?

—Teóricamente, todo es posible —contestó Magnus, mirando hacia delante, como dentro de un abismo—. Pero liberar a un Gran Demonio en el mundo, no sólo un Gran Demonio, un Príncipe del Infierno, superado sólo por el mismo Lucifer, la destrucción que podría causar...

—¿No es posible —preguntó Isabelle—, que Sebastian pueda causar la misma destrucción?

—Como dijo Magnus —acotó Simon con amargura—, todo es posible.

—No podría haber casi ningún crimen más grande ante los ojos de la Clave —dijo Magnus—. Quien soltara a Azazel en el mundo sería un criminal buscado.

—Pero si fuera para destruir a Sebastian... —comenzó Isabelle.

—No tenemos pruebas de que Sebastian esté tramando algo —dijo Magnus—. Por todo lo que sabemos, todo lo que quiere es establecerse en una agradable casa de campo en Idris.

—¿Con Clary y Jace? —dijo Alec incrédulo.

Magnus se encogió de hombros.

—¿Quién sabe lo que quiere de ellos? Tal vez simplemente se sienta solo.

—No hay forma de que secuestrara a Jace de ese techo porque tuviera la desesperada necesidad de un bromance —dijo Isabelle—. Él está *planeando algo*.

Todos miraron a Simon.

—Clary está intentando averiguar qué. Necesita un poco de tiempo. Y no digan, “No tenemos tiempo” —añadió—. Ella sabe eso.

Alec pasó una mano por su pelo oscuro.

—Bien, pero acabamos de echar a perder todo un día. Un día que no teníamos. Basta de ideas estúpidas. —Su voz era inusualmente áspera.

—Alec —dijo Magnus. Puso una mano en el hombro de su novio; Alec estaba quieto, mirando furiosamente al suelo—. ¿Estás bien?

Alec lo miró.

—¿Quién eres, otra vez?

Magnus soltó un pequeño jadeo; se veía, por primera vez que Simon pudiera recordar, realmente nervioso. Duró sólo un momento, pero estaba allí.

—*Alexander* —dijo.

—Demasiado pronto para bromear sobre la cosa del recuerdo feliz, lo entiendo —dijo Alec.

—¿Tú crees? —La voz de Magnus se elevó. Antes de que pudiera decir algo más, la puerta se abrió y entraron Maia y Jordan. Sus mejillas estaban rojas por el frío, y, Simon vio con un pequeño sobresalto, Maia estaba usando la chaqueta de cuero de Jordan.

—Acabamos de llegar de la estación —dijo emocionada—. Luke no se ha despertado todavía, pero parece que va a estar bien. —Se interrumpió, mirando alrededor al pentagrama que aún brillaba, a las nubes de humo negro, y a los parches quemados del suelo—. Okay, ¿qué han estado haciendo, chicos?

Con la ayuda de un hechizo y la habilidad de Jace de balancearse con un solo brazo hacia arriba sobre un viejo puente curvo, Clary y Jace escaparon de la policía italiana sin ser arrestados. Una vez que habían dejado de correr, colapsaron contra el costado de un edificio, riendo, lado a lado, con las manos entrelazadas. Clary sintió un momento de pura y fuerte felicidad y tuvo que enterrar su cabeza en el hombro de Jace, recordándose, con una dura voz interior, que decía que *éste no era él*, antes de que su risa se convirtiera en silencio.

Jace pareció tomar su repentino silencio como una señal de cansancio. Sostuvo su mano ligeramente mientras hacían su camino de regreso a la calle desde la que habían empezado, el estrecho canal con puentes en ambos extremos. Entre ellos, Clary reconoció la casa en blanco, sin rasgos distintivos que habían dejado. Un escalofrío la recorrió.

—¿Frío? —Jace la atrajo hacia sí y la besó; era mucho más alto que ella, tanto que tenía que agacharse o levantarla; en este caso, hizo lo último, y ella reprimió un jadeo mientras la giraba y la llevaba *a través* de la pared de la casa. Dejándola en el suelo, pateó la puerta, que había aparecido de la nada tras ellos, cerrándola de un portazo, y estaba a punto de sacarse la chaqueta cuando se escuchó el ruido de una risa ahogada.

Clary se alejó de Jace cuando se encendieron las luces a su alrededor. Sebastian estaba sentado en el sofá, con los pies arriba de la mesa de café. Su pelo rubio estaba revuelto; sus ojos eran de un negro brillante. No estaba solo, tampoco. Había dos chicas allí, una a cada lado de él. Una era rubia, un poco ligera de ropas, con una falda corta brillante y un top de lentejuelas. Tenía una mano extendida en el pecho de Sebastian. La otra era más joven, de apariencia más suave, con pelo negro corto, una cinta de terciopelo rojo alrededor de la cabeza, y un vestido negro de encaje.

Clary sintió que sus nervios se tensaban. *Vampiro*, pensó. No sabía cómo lo sabía, pero así era, ya fuera por el blanco brillo ceroso de la piel de la morena o por sus ojos sin fondo, o quizás Clary simplemente estaba aprendiendo a sentir esas cosas, de la forma que se suponía que lo hicieran los Cazadores de Sombras. La chica sabía que ella sabía; Clary podía decirlo. Ésta sonrió, mostrando sus pequeños dientes puntiagudos, y luego se agachó para recorrer la clavícula de Sebastian con ellos. Los parpados de él revolotearon, sus pestañas rubias bajando sobre los ojos oscuros. Miró a Clary a través de ellos, ignorando a Jace.

—¿Disfrutaste de tu pequeña cita?

Clary deseaba poder decir algo rudo, pero en su lugar sólo asintió con la cabeza.

—Bueno, entonces, ¿les gustaría unirse a nosotros? —preguntó, indicándose a sí mismo y a las dos chicas—. ¿Por un trago?

La chica de pelo negro se rió y le dijo algo en italiano a Sebastian, su voz interrogante.

—No —dijo Sebastian—. *Lei è mia sorella*.

La chica se sentó, viéndose decepcionada. La boca de Clary se secó. De repente sintió la mano de Jace contra la suya, sus ásperos dedos callosos.

—No lo creo —dijo él—. Vamos arriba. Te veremos en la mañana.

Sebastian movió los dedos, y el anillo Morgenstern en su mano atrapó la luz, brillando como una señal de fuego.

—*Ci vediamo.*

Jace guio a Clary fuera del cuarto y hacia las escaleras de cristal; sólo cuando estuvieron en el corredor sintió que recuperaba el aliento. Este Jace diferente era una cosa. Sebastian era otra. La sensación de amenaza que salía de él era como el humo de un incendio.

—¿Qué dijo? —preguntó—. ¿En italiano?

—Dijo: “No, es mi hermana” —respondió Jace. No comentó lo que la chica le preguntó a Sebastian.

—¿Hace esto muy seguido? —preguntó. Se habían detenido frente a la habitación de Jace, en el umbral—. ¿Traer chicas?

Jace tocó su rostro.

—Él hace lo que quiere, y yo no pregunto —dijo—. Podría traer a casa con él a un conejo rosa de dos metros de altura en un bikini si quisiera. No es asunto mío. Pero si me estás preguntando si *yo* he traído a alguna chica aquí, la respuesta es no. No quiero a nadie más que a ti.

No era lo que estaba preguntando, pero asintió de todos modos, como más tranquila.

—No quiero volver a bajar.

—Puedes dormir en mi cuarto conmigo esta noche. —Sus ojos dorados estaban luminosos en la oscuridad—. O puedes dormir en la habitación principal. Sabes que nunca te pediría...

—Quiero estar contigo —dijo ella, sorprendiéndose con su propia vehemencia. Tal vez era que la idea de dormir en esa habitación donde había dormido Valentine una vez, donde él había esperado volver vivir con su madre, era demasiado. O tal vez era que estaba cansada, y sólo había pasado una noche en la misma cama que Jace, y habían dormido sólo con sus manos tocándose, como si una espada desenfundada hubiera estado entre ellos.

—Dame un segundo para limpiar el cuarto. Es un desastre.

—Sí, cuando estuve allí antes, creo que *en realidad podría haber visto una mancha de polvo en el alféizar de la ventana*. Será mejor que te ocupes de eso.

Él tiró de un mechón de su pelo, recorriéndolo con los dedos.

—No por trabajar activamente en contra de mis propios intereses, pero, ¿necesitas algo con lo que dormir? Pijama, o...

Ella pensó en el armario lleno de ropa en la habitación principal. Tendría que acostumbrarse a la idea. Bien podría comenzar ahora.

—Iré a buscar un camisón.

Por supuesto, pensó varios minutos después, parada frente al cajón abierto, la clase de camisones que compran los hombres porque quieren que las mujeres en sus vidas los usen, no eran *necesariamente* el tipo de cosas que una compraría para sí misma. Usualmente, Clary dormía con un top y pantalones cortos de pijama, pero todo lo que tenía aquí era de seda o de encaje o apenas estaba allí, o los tres anteriores. Finalmente, se conformó con una camisa de seda verde claro que le llegaba a medio muslo. Pensó en las uñas de la chica de abajo, la que tenía la mano en el pecho de Sebastian. Sus propias uñas estaban mordidas, las uñas de los pies nunca estaban decoradas con mucho más que esmalte transparente. Se preguntó cómo sería ser más como Isabelle, tan consciente de su propio poder femenino que podría usarlo como arma en vez de contemplarlo desconcertada, como si alguien se presentara con un regalo de inauguración que no tenían idea de dónde dejar.

Tocó el anillo de oro en su dedo para la suerte antes de dirigirse al cuarto de Jace. Éste estaba sentado en su cama, sin camisa y con unos pantalones de pijama negros, leyendo un libro en la pequeña piscina de luz amarilla de la lámpara de la mesilla. Ella se detuvo por un momento, observándolo. Podía ver el delicado juego de músculos bajo su piel cuando cambiaba de páginas, y podía ver la Marca de Lilith, justo sobre su corazón. No se parecía al trabajo negro del resto de sus Marcas; era plateada rojiza, como mercurio teñido de sangre. Parecía no pertenecerle.

La puerta se cerró tras ella con un clic, y Jace levantó la mirada. Clary vio que su rostro cambiaba. Ella podría no ser una gran fan del camisón, pero él definitivamente lo era. La mirada en su rostro hizo que un estremecimiento le corriera por la piel.

—¿Tienes frío? —Echó las mantas hacia atrás; ella se arrastró dentro mientras él tiraba el libro sobre la mesa de noche, y se deslizaron juntos bajo las mantas, hasta que estuvieron frente a frente. Habían permanecido en el bote por lo que habían parecido horas, besándose, pero esto era diferente. Eso había sido en público, bajo la mirada de la ciudad y las estrellas. Esta era una intimidad repentina, sólo ellos dos bajo las mantas, sus respiraciones y el calor de sus cuerpos entremezclándose. No había nadie que los observara, nadie que los detuviera, ninguna *razón* para detenerse. Cuando él se estiró y puso la mano sobre su mejilla, pensó que el estruendo de su propia sangre en sus oídos la dejaría sorda.

Sus ojos estaban tan juntos que podía ver el patrón de oro de diferentes matices en sus irises, como un mosaico de ópalo. Ella había estado fría por tanto tiempo, y ahora

se sentía como si se estuviera quemando y derritiendo al mismo tiempo, disolviéndose en él, y apenas se estaban tocando. Encontró que su mirada se sentía atraída por los lugares en donde él era más vulnerable, sus sienes, sus ojos, el pulso en la base de la garganta, queriendo besarlos allí, queriendo sentir el latido de su corazón contra sus labios.

Su mano derecha con cicatrices bajó por su mejilla, a través de su hombro y costado, acariciándola en una sola caricia que terminó en su cadera. Ella podía ver por qué a los hombres les gustaban tanto los pijamas de seda. No había fricción: era como deslizar las manos sobre cristal.

—Dime lo que quieres —pidió él en un susurro que no pudo disimular la ronquera en su voz.

—Sólo quiero que me sostengas —dijo ella—. Mientras duermo. Eso es todo lo que quiero ahora mismo.

Sus dedos, que habían estado acariciando pequeños círculos en su cadera, se detuvieron.

—¿Eso es todo?

No era lo que ella quería. Lo que quería era besarlos hasta perder la noción del espacio y el tiempo y el lugar, como lo había hecho en el bote, besarlos hasta que olvidó quién era y por qué estaba allí. Quería usarlos como una droga.

Pero esa era una muy mala idea.

La miró, inquieto, y ella recordó la primera vez que lo había visto y cómo había pensado que parecía tanto mortal como hermoso, como un león. *Esto es una prueba*, pensó ella. Y, tal vez, una peligrosa.

—Eso es todo.

El pecho de Jace se elevó y cayó. La Marca de Lilith parecía latir contra la piel encima de su corazón. Sus manos se tensaron en su cadera. Ella podía escuchar su propia respiración, tan superficial como la marea baja.

La atrajo hacia sí, girándola hasta que yacieron juntos como cucharas, su espalda hacia él. Se tragó un jadeo. Su piel estaba caliente contra la suya, como si estuviera un poco afiebrado. Pero sus brazos a su alrededor eran familiares. Los dos encajaban juntos, como siempre, su cabeza bajo la barbilla de él, la columna contra los duros músculos de su pecho y estómago, las piernas dobladas en torno a las de él.

—Muy bien —susurró él, y la sensación de su aliento contra la parte de atrás de su cuello levantó piel de gallina en todo su cuerpo—. Entonces, vamos dormir.

Y eso fue todo. Su cuerpo se relajó lentamente, el golpeteo de su corazón se fue desacelerando. Los brazos de Jace a su alrededor se sentían como siempre lo hicieron.

Confortables. Ella cerró las manos sobre las de él y cerró los ojos, imaginando que su cama se liberaba de esta extraña prisión, flotando por el espacio o en la superficie del océano, simplemente ellos dos solos.

Se durmió así, su cabeza metida bajo la barbilla de Jace, la espalda instalada en su cuerpo, sus piernas entrelazadas. Fue el mejor sueño que tuvo en semanas.

Simon estaba sentado en el borde de la cama de la habitación de invitados de Magnus, mirando fijamente al bolso de lona en su regazo.

Podía escuchar las voces de la sala. Magnus les estaba explicando a Maia y a Jordan lo que había pasado esa noche, con Izzy intercalando algún detalle ocasionalmente. Jordan estaba diciendo algo sobre que deberían ordenar comida china así no se morirían de hambre; Maia río y dijo que mientras no fuera de Jade Wolf, eso estaría bien.

Muerto de hambre, pensó Simon. Él se estaba poniendo hambriento, lo suficiente como para sentirlo, como un tirón en todas sus venas. Era un tipo de hambre diferente al de un humano. Se sentía limpio, un hueco vacío interior. Si lo golpearan, pensó, sonaría como una campana.

—Simon. —Su puerta se abrió, e Isabelle se deslizó en el interior. Su pelo negro estaba bajo y suelto, casi alcanzando su cintura—. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Ella vio el bolso de lona en su regazo, y sus hombros se tensaron.

—¿Te vas?

—Bueno, no planeaba quedarme para siempre —dijo Simon—. Quiero decir, anoche fue... diferente. Tú me pediste...

—Cierto —dijo ella, con una voz extrañamente alegre—. Bueno, al menos Jordan te puede llevar de vuelta. Por cierto, ¿lo notaste a él y a Maia?

—¿Notar qué sobre ellos?

Ella bajó la voz.

—*Definitivamente* pasó algo entre ellos en su pequeño viaje de carretera. Parecen una pareja ahora.

—Bien, eso es bueno.

—¿Estás celoso?

—¿Celoso? —hizo eco él, confundido.

—Bueno, Maia y tú... —Ella movió una mano, mirándolo a través de sus pestañas—. Ustedes fueron...

—Oh. No. No, para nada. Me alegro por Jodan. Esto lo hará muy feliz. —Lo decía en serio, también.

—Bien. —Isabelle levantó la mirada entonces, y él vio que sus mejillas estaban enrojecidas, y no solamente por el frío—. ¿Te quedarías aquí esta noche, Simon?

—¿Contigo?

Ella asintió, sin mirarlo.

—Alec va a salir a buscar un poco más de ropa al Instituto. Me preguntó si quería volver con él, pero yo... preferiría quedarme aquí contigo. —Levantó la barbilla, mirándolo directamente—. No quiero dormir sola. Si me quedo aquí, ¿te quedarías conmigo? —Él podía notar cuánto odiaba preguntarlo.

—Por supuesto —dijo, tan ligeramente como pudo, empujando el pensamiento de hambre fuera de su mente, o intentándolo. La última vez que había tratado de olvidarse de beber, había terminado con Jordan alejándolo de una Maureen semiconsciente.

Pero eso era cuando no había comido por días. Esto era diferente. Él conocía sus límites. Estaba seguro de eso.

—Por supuesto —dijo otra vez—. Eso sería genial.

Camille le sonrió burlonamente a Alec desde el diván.

—Así que, ¿dónde cree Magnus que estás ahora?

Alec, que había puesto una placa de madera sobre dos bloques de cemento para formar una especie de banco, estiró sus largas piernas y miró sus botas.

—En el Instituto, recogiendo ropa. Iba a ir hasta el Harlem español, pero vine aquí en su lugar.

Los ojos de ella se estrecharon.

—¿Y eso por qué?

—Porque no puedo hacerlo. No puedo matar a Raphael.

Camille levantó las manos.

—¿Y por qué no? ¿Tienes alguna especie de vínculo personal con él?

—Apenas lo conozco —dijo Alec—. Pero matarlo significa romper deliberadamente la Ley de la Alianza. No que no haya roto Leyes antes, pero hay una diferencia entre romperlas por buenas razones y romperlas por unas egoístas.

—Oh, Dios santo. —Camille comenzó a caminar—. Ahórrate al Nefilim con consciencia.

—Lo siento.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Lo sientes? Te *haré* —Se interrumpió—. Alexander —prosiguió con una voz más tranquila—. ¿Qué hay de Magnus? Si continúas como hasta ahora, lo perderás.

Alec la observaba mientras se movía, como un gato y compuesta, su rostro en blanco de cualquier cosa excepto curiosa simpatía.

—¿Dónde nació Magnus?

Camille se ríó.

—¿Ni siquiera sabes eso? Dios mío. Batavia, si debes saberlo. —Resopló ante su mirada de incompreensión—. Indonesia. Por supuesto, eran las Indias Orientales Holandesas en ese entonces. Su madre era una nativa, creo; su padre era un insípido colonial. Bueno, no su *verdadero* padre. —Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Quién era su verdadero padre?

—¿El padre de Magnus? Bueno, un demonio, por supuesto.

—Sí, pero, ¿qué demonio?

—¿Cómo podría importar eso, Alexander?

—Tengo la sensación —continuó Alec tercamente—, de que es un demonio bastante poderoso y de alta categoría. Pero Magnus no quiere hablar sobre él.

Camille colapsó devuelta en el diván con un suspiro.

—Bueno, por supuesto que no. Uno debe preservar algo de misterio en su relación, Alec Lightwood. Un libro que no haya sido leído todavía siempre es más emocionante que uno que ha sido memorizado.

—¿Quieres decir que le cuento demasiado? —Alec se abalanzó sobre el consejo. Aquí, en algún lugar, dentro de este frío y hermoso caparazón de mujer, había alguien que había compartido una única experiencia con él, la de amar y ser amado por Magnus. Seguramente, ella sabía algo, algún secreto, alguna clave que evitara que lo echara todo a perder.

—Casi con toda seguridad. Aunque, has vivido por tan poco tiempo que no puedo imaginar cuánto puede haber para decir. Ciertamente, te debes estar quedando sin anécdotas.

—Bueno, parece claro para mí que tu política de no contarle nada no funciona tampoco.

—No estaba tan interesada en conservarlo como tú.

—Bueno —preguntó Alec, sabiendo que era una mala idea pero sin ser capaz de evitarlo—, si *hubieras estado* interesada en conservarlo, ¿qué hubieras hecho de forma diferente?

Camille suspiró dramáticamente.

—La cosa que eres demasiado joven para entender es que todos escondemos cosas. Las escondemos de nuestros amantes porque queremos presentar lo mejor de nosotros, pero también porque si es amor verdadero, esperamos que nuestro ser querido simplemente lo entienda, sin necesidad de pedirlo. En una verdadera relación de pareja, la clase que perdura a través de los siglos, hay una comunión implícita.

—Pe-pero —tartamudeó Alec—, yo hubiera pensado que él habría querido que me abriera. Quiero decir, me cuesta ser expresivo con la gente que conozco de toda la vida, como Isabelle, o Jace...

Camille resopló.

—Esa es otra cosa —dijo—. Ya no necesitas a otras personas en tu vida una vez que has encontrado a tu verdadero amor. No me pregunto por qué Magnus siente que no se puede abrir contigo cuando dependes tanto de todas esas otras personas. Cuando el amor es verdadero, deben satisfacer todos los deseos del otro, cada necesidad. ¿Estás escuchando, joven Alexander? Mi consejo es precioso, y no se da muy a menudo...

El cuarto estaba lleno de la traslúcida luz del amanecer. Clary se sentó, mirando a Jace mientras dormía. Estaba de lado, con el pelo de un color bronce pálido en el aire azulado. Su mejilla estaba apoyada en su mano, como un niño. La cicatriz con forma de estrella en su hombro estaba a la vista, y también los patrones de viejas runas a lo largo de sus brazos, espalda y costados.

Se preguntaba si las otras personas encontraban las cicatrices tan hermosas como ella, o si sólo las veía de esa forma porque lo amaba y eran parte de él. Cada una contaba la historia de un momento. Algunas hasta le habían salvado la vida.

Él murmuró en su sueño y se giró sobre su espalda. Su mano, la runa de la visión negra y clara en su dorso, estaba sobre su estómago, y encima de ellas estaba la única runa que Clary no encontraba hermosa: la runa de Lilith, la que lo vinculaba a Sebastian.

Parecía palpar, como el collar de Isabelle, como un segundo corazón.

Silenciosa como un gato, se trasladó hasta la cama y se puso de rodillas. Se estiró y sacó la daga Herondale de la pared. La fotografía de ella y Jace juntos revoloteó libre, girando en el aire antes de aterrizar boca abajo en el suelo.

Tragó y lo volvió a mirar. Incluso ahora, estaba tan vivo, él parecía brillar desde el interior, como iluminado por fuego interior. La cicatriz de su pecho latía su ritmo constante.

Ella levantó el cuchillo.

Clary se despertó con un sobresalto, su corazón golpeando contra su caja torácica. La habitación giraba a su alrededor como un carrusel: todavía estaba oscuro, y el brazo de Jace estaba a su alrededor, su respiración cálida en la parte posterior de su cuello. Podía sentir el latido de su corazón contra la espalda. Cerró los ojos, tragando el sabor amargo en su boca.

Fue un sueño. Sólo un sueño.

Pero no había manera de fuera a volver a dormir ahora. Se sentó cuidadosamente, retirando suavemente el brazo de Jace, y salió de la cama.

El piso estaba helado, e hizo una mueca cuando sus pies descalzos lo tocaron. Encontró el pomo de la puerta del dormitorio en la penumbra, lo giró... y se congeló.

Aunque no había ventanas en el pasillo, estaba iluminado por candelabros colgantes. Charcos de algo que se veía pegajoso y oscuro estropeaba el suelo. En una larga pared pintada de blanco estaba la clara marca de una huella sangrienta. Sangre salpicaba la pared en intervalos guiando hacia las escaleras, donde había una sola mancha larga y oscura.

Clary miró hacia el cuarto de Sebastian. Estaba silencioso, con la puerta cerrada, no se veía ninguna luz por debajo de ésta. Pensó en la chica rubia con el top de lentejuelas, mirándolo. Ella miró la huella sangrienta nuevamente. Era como un mensaje, una mano levantada, diciendo *Alto*.

Y entonces se abrió la puerta de Sebastian.

Salió. Llevaba una camisa térmica sobre jeans negros, y su pelo blanco-plateado estaba revuelto. Él estaba bostezando; dio un respingo cuando la vio, y una mirada de genuina sorpresa pasó por su rostro.

—¿Qué haces levantada?

Clary respiró. El aire tenía un gusto metálico.

—¿Qué hago yo? ¿Qué haces tú?

—Voy abajo a buscar algunas toallas para limpiar este desastre —contestó naturalmente—. Los vampiros y sus juegos...

—Esto no se ve como el resultado de un juego —dijo Clary—. La chica, la chica humana que estaba contigo, ¿qué pasó con ella?

—Se asustó un poco cuando vio los colmillos. A veces pasa. —Ante la mirada en su rostro, él se rio—. Se tranquilizó. Incluso quiso más. Está dormida en mi cama ahora, si quieres ir a ver y asegurarte de que está viva.

—No... Eso no es necesario. —Clary bajó la mirada. Deseaba estar usando algo más aparte de ese camisón de seda. Se sentía desnuda—. ¿Qué hay de ti?

—¿Estás preguntando si me encuentro bien? —No era así, pero Sebastian se veía complacido. Tiró a un lado el cuello de la camisa, y ella pudo ver dos heridas punzantes justo en su clavícula—. Podría utilizar una *iratze*.

Clary no dijo nada.

—Ven abajo —dijo él, y le hizo un gesto para que lo siguiera mientras la pasaba suavemente, descalzo, y bajaba las escaleras de cristal. Después de un momento, ella hizo lo que le pidió. Él encendió las luces mientras pasaba, así que para cuando llegaron a la cocina, ésta estaba brillando con cálida luz.

—¿Vino? —le preguntó, abriendo la puerta del refrigerador.

Ella se acomodó en uno de los taburetes del mostrador, estirando hacia abajo su camisón.

—Sólo agua.

Observó cómo llenaba dos vasos con agua mineral, uno para ella, uno para él. Sus movimientos suaves y económicos eran como los de Jocelyn, pero el control con el que se movía lo debía haber logrado Valentine. Le recordaba a la forma en la que se movía Jace, como un bailarín cuidadosamente entrenado.

Le alcanzó el agua con una mano, la otra inclinaba su vaso hacia sus labios. Cuando terminó, volvió a dejar el vaso sobre el mostrador.

—Probablemente sepas esto, pero jugar con vampiros ciertamente te deja sediento.

—¿Por qué lo sabría? —Su pregunta salió más afilada de lo que quería.

Él se encogió de hombros.

—Supuse que estuviste jugando algunos juegos de mordidas con ese Daylighter.

—Simon y yo nunca jugamos *juegos de mordidas* —dijo ella en un tono helado—. De hecho, no puedo entender por qué alguien querría que vampiros se alimentaran de él a propósito. ¿No odias y desprecias a los Submundos?

—No —dijo él—. No me confundas con Valentine.

—Sí —murmuró ella—. Error difícil de cometer.

—No es mi culpa que me vea exactamente como él y tú como *ella*. —Su boca se curvó en una expresión de disgusto ante el pensamiento de Jocelyn. Clary le frunció el ceño—. Ves, ahí tienes. Siempre me estás viendo de esa manera.

—¿Cuál?

—Como si quemara refugios de animales por diversión y encendiera mis cigarrillos con huérfanos. —Sirvió otro vaso de agua. Mientras giraba la cabeza hacia ella, vio que las heridas punzantes en su garganta ya habían comenzado a sanar.

—Mataste a un niño —dijo ella bruscamente, sabiendo mientras lo decía que tendría que haber mantenido la boca cerrada, y seguir fingiendo que no pensaba que

Sebastian fuera un monstruo. Pero *Max*. Él estaba vivo en su mente como si fuera la primera vez que lo había visto, dormido en un sofá del Instituto con un libro en su regazo y sus lentes torcidos en su pequeña cara—. Eso no es algo por lo que puedas ser perdonado, nunca.

Sebastian respiró.

—Así que, eso es todo —dijo—. ¿Poniendo las cartas tan pronto sobre la mesa, hermanita?

—¿Qué pensabas? —Su voz sonó fina y cansada en sus propios oídos, pero él se encogió como si lo hubiera golpeado.

—¿Me creerías si te dijera que fue un accidente? —preguntó él, apoyando el vaso sobre el mostrador—. No era mi intención matarlo, sólo noquearlo, así no contaría...

Clary lo silenció con una mirada. Ella sabía que no podía ocultar el odio en sus ojos: sabía que debería, sabía que era imposible.

—Lo digo en serio. Quería noquearlo, como hice con Isabelle. Juzgué mal mi propia fuerza.

—¿Y Sebastian Verlac? ¿El verdadero? Lo mataste, ¿no es así?

Sebastian miró sus propias manos como si fueran extrañas para él: Había una cadena plateada de la que colgaba una placa de metal, como un brazalete de identificación, alrededor de su muñeca derecha, escondiendo la cicatriz donde Isabelle había cortado su mano.

—Se suponía que no debía que luchar

Disgustada, Clary comenzó a deslizarse del taburete, pero Sebastian la agarró por la muñeca, acercándola hacia él. Su piel estaba caliente contra la suya y ella recordó, en Idris, la vez que su contacto la había quemado.

—Jonathan Morgenstern mató a Max. Pero, ¿qué si no soy la misma persona? ¿No notaste que ni siquiera uso el mismo nombre?

—Suéltame.

—Tú crees que Jace es diferente —dijo Sebastian quedamente—. Crees que no es la misma persona, que mi sangre lo cambió, ¿verdad?

Ella asintió, sin hablar.

—Entonces, ¿por qué es tan difícil creer que pasó lo mismo del otro lado? Tal vez su sangre me cambió. Tal vez no soy la misma persona de antes.

—Apuñalaste a Luke —dijo ella—. Alguien que me importa. Alguien que quiero...

—Él estaba a punto de volarme en pedazos con una escopeta —dijo Sebastian—. Tú lo quieres; yo no lo conozco. Estaba salvando mi vida, y la de Jace. ¿Realmente no entiendes eso?

—Y tal vez simplemente estás diciendo lo que crees que necesitas decir para hacer que confíe en ti.

—¿Le importaría a la persona que eras antes si confías en mí?

—Si quisieras algo.

—Tal vez sólo quiero una hermana.

Ante eso, sus ojos saltaron hacia los de él, involuntariamente, incrédula.

—Tú no sabes lo que es una familia —dijo ella—. O lo que harías con una hermana si tuvieras una.

—Tengo una. —Su voz era baja. Había manchas de sangre en el cuello de su camisa, justo donde tocaba su piel—. Te estoy dando una oportunidad, para que veas que lo que estamos haciendo Jace y yo es lo correcto. ¿Puedes darme una oportunidad?

Ella pensó en el Sebastian que conoció en Idris. Lo había oído sonar divertido, amigable, desinteresado, irónico, intenso, y enojado. Nunca lo había oído sonar suplicante.

—Jace confía en ti —dijo él—. Pero yo no. Él cree que lo amas lo suficiente para dejar todo lo que alguna vez valoraste o creíste para venir y estar con él, sin importar qué.

La mandíbula de Clary se endureció.

—¿Y cómo sabes que no lo haría?

Él se echó a reír.

—Porque eres *mi* hermana.

—No nos parecemos —escupió, y vio la lenta sonrisa en el rostro de Sebastian. Ella se guardó el resto de sus palabras, pero ya era demasiado tarde.

—Eso es lo que yo hubiera dicho —dijo él—. Pero vamos, Clary, estás aquí. No puedes volver, te has arriesgado por Jace. Bien podrías hacerlo de todo corazón. Sé parte de lo que está pasando, entonces podrás cambiar tu opinión en cuanto a... mí.

Mirando al suelo de mármol en lugar de a él, asintió, muy ligeramente.

Él alzó la mano y le alejó el pelo que había caído en sus ojos, y las luces de la cocina brillaron en el brazalete que usaba, el que había notado antes, con letras grabadas en él. *Acheronta Movebo*. Atrevidamente, puso la mano en su muñeca.

—¿Qué significa eso?

Él miró su mano donde tocaba la cadena en su muñeca.

—Significa: "Por siempre los tiranos." Lo uso para recordarme a la Clave. Se dice que gritaron los romanos que asesinaron a César antes de que pudiera convertirse en un dictador.

—Traidores —dijo Clary, dejando caer su mano.

CASSANDRA CLARE

DARK GUARDIANS

Los ojos oscuros de Sebastian centellaron.
—O luchadores por la libertad. La historia la escriben los que ganan, hermanita.
—¿Y tú intentas escribir esta parte?
Él le sonrió, sus ojos oscuros en llamas.
—Puedes apostar.

176

City of Lost Souls

La Materia del Cielo

*Traducido por anadegante
Corregido por Pamee*

Cuando Alec regresó al departamento de Magnus, todas las luces estaban apagadas, pero el salón estaba iluminado con una flama azul blanquecina. Le tomó algo de tiempo darse cuenta de que venía del pentagrama.

Se quitó los zapatos cerca de la puerta y anduvo lo más silencioso que pudo hasta la habitación principal. El cuarto estaba oscuro, la única iluminación era una extensión de luces multicolores de Navidad que rodeaban el marco de la ventana. Magnus estaba dormido sobre su espalda, con las mantas cubriéndolo hasta la cintura, la mano sobre el ombligo y el estómago descubierto.

Alec rápidamente se despojó de sus calzoncillos y se metió a la cama, esperando no despertar a Magnus. Desafortunadamente, no había contado con Presidente Miau, quien se había escondido bajo las mantas. El codo de Alec cayó directamente sobre la cola del gato, y Presidente maulló y se lanzó fuera de la cama, causando que Magnus se levantara, parpadeando.

—¿Qué está pasando?

—Nada —dijo Alec, maldiciendo silenciosamente a todos los gatos—. No podía dormir.

—¿Así que saliste? —Magnus rodó en su sitio y tocó el hombro desnudo de Alec—. Tu piel está fría, y hueles como la noche.

—Estuve caminando en los alrededores —dijo Alec, agradeciendo que estuviera tan oscuro en el cuarto para que Magnus realmente no viera su cara. Sabía que era un terrible mentiroso.

—¿Por donde?

Uno debe preservar algo de misterio en la relación, Alec Lightwood.

—Lugares —dijo Alec ligeramente—. Tú sabes, sitios misteriosos.

—¿Sitios misteriosos?

Alec asintió con la cabeza.

Magnus se dejó caer contra las almohadas.

—Veo que fuiste a villa locura —murmuró, cerrando los ojos—. ¿Me trajiste algo a tu regreso?

Alec se inclinó y besó a Magnus en la boca.

—Sólo eso —dijo suavemente, retrocediendo, pero Magnus que había empezado a sonreír, ya había sujetado sus brazos.

—Bueno, si vas a despertarme —dijo Magnus— puedes hacer con mi tiempo algo que valga la pena —Y tiró a Alec por encima de él.

Considerando que ya habían pasado una noche juntos en la cama, Simon no había esperado que fuera tan incómoda su segunda noche con Isabelle. Pero, de nuevo, esta vez Isabelle estaba sobria y despierta, y obviamente esperando algo de él. El problema era que él no estaba exactamente seguro de qué.

Le había dado una de sus camisas de botones a Isabelle para ponérsela, y miró hacia otro lado cortésmente mientras ella se metía bajo la manta y se aplastaba contra la pared, dándole a él suficiente espacio.

Simon no se molestó en cambiarse, solo se quitó los zapatos y los calcetines y se arrastró junto a ella con su camiseta y jeans. Estuvieron tendidos uno al lado del otro por un momento, y después Isabelle se giró hacia él, cubriendo con su brazo torpemente su costado. Sus rodillas chocaron. Una de las uñas del pie de Isabelle arañó su tobillo. Él trató de moverse hacia adelante, y sus frentes chocaron.

—¡Auch! —exclamó Isabelle indignada—. ¿No deberías ser mejor en esto?

Simon estaba desconcertado.

—¿Por qué?

—Todas esas noches que has pasado en la cama de Clary, abrigado por un lindo abrazo platónico —dijo ella, presionando su rostro contra el hombro de él por lo que su voz era apagada—. Me imaginé...

—Sólo *dormimos* —dijo Simon. No quería decir nada acerca de cómo Clary encajaba perfectamente contra él, de que estar en una cama con ella era tan natural como respirar, del modo en que la esencia de su cabello le recordaba su infancia, la luz del sol, la simplicidad y la gracia. Eso, tenía la sensación, no sería de gran ayuda.

—Lo sé. Pero yo no sólo *duermo* —dijo Isabelle irritada—. Con nadie. No me quedo toda la noche usualmente. Bueno, nunca.

—Dijiste que querías...

—Oh, cállate —dijo ella, y lo besó. Esto fue ligeramente más fructuoso, había besado antes a Isabelle. Amaba la textura de sus labios suaves, la forma en que sus manos tocaban su largo y oscuro cabello. Pero mientras ella se presionaba contra él, también sintió el calor de su cuerpo, sus largas y desnudas piernas contra él, el pulso de su sangre... y el chasquido de sus colmillos mientras salían.

Se retiró a toda prisa.

—¿Ahora que? ¿No quieres besarme?

—Quiero hacerlo —trató de decir, pero sus colmillos estaban en medio. Los ojos de Isabelle se ampliaron.

—Oh, tienes hambre —dijo ella—. ¿Cuando fue la última vez que bebiste sangre?

—Ayer —trató de decir, con algo de dificultad.

Ella se recostó de nuevo en su almohada. Sus ojos estaban imposiblemente grandes, oscuros y brillantes.

—Tal vez deberías alimentarte —dijo ella—. Ya sabes que pasa si no lo haces.

—No tengo nada de sangre conmigo. Tendré que regresar al departamento —dijo Simon. Sus colmillos estaban comenzando a retraerse.

Isabelle lo tomó por el brazo.

—No tienes que beber sangre fría de animal. Estoy aquí.

La conmoción de sus palabras fue como un pulso de energía silbando a través de su cuerpo, haciendo arder sus nervios.

—No hablas en serio.

—Claro que sí. —Ella comenzó a desabrocharse la camisa que traía puesta, descubriendo su garganta, su clavícula, los trazos de sus tenues venas visibles bajo su pálida piel. La camisa calló abierta. Su sujetador azul cubría un poco más que la mayoría de los bikinis, pero Simon todavía sentía la boca seca. Su rubí destelló como una luz roja de un semáforo bajo su clavícula. *Isabelle*. Como si estuviera leyendo su mente, ella levantó su mano y puso su pelo detrás, sobre uno de sus hombros, dejando el lado de su garganta desnuda—. ¿No quieres...?

Él tomó su muñeca.

—Isabelle, no —dijo apremiantemente—. No puedo controlarme a mi mismo, no puedo controlarlo. Podría herirte, matarte.

Los ojos de ella brillaron.

—No lo harás. Puedes contenerte, lo hiciste con Jace.

— No estaba atraído por Jace.

—¿Ni siquiera un poco? —dijo ella esperanzadoramente—. ¿Ni siquiera un poco? Porque eso podría ser un poco excitante. Oh, bueno. Qué pena. Mira, atraído o no, lo mordiste cuando estabas hambriento y muriendo, y aun así te contuviste.

—No me contuve con Maureen. Jordan tuvo que empujarme.

—Lo harás. —Alzó el dedo y lo presionó contra los labios de él, después lo pasó sobre su garganta, a través de su pecho, parando en el sitio donde latió una vez su corazón —. Confío en ti.

—Tal vez no deberías.

—Soy una Cazadora de Sombras. Puedo luchar contra ti si tengo que hacerlo.

—Jace no luchó contra mí.

—Jace está enamorado de la idea de morir —dijo Isabelle—. Yo no. —Lanzó las piernas alrededor de las caderas de Simon, era impresionantemente flexible, y se deslizó hacia adelante hasta que pudo rozar sus labios contra los de él. Él quería besarla, lo quería tanto que todo su cuerpo dolía. Abrió la boca tentativamente, tocando con su lengua la de ella, y sintió un fuerte dolor. Su lengua se había deslizado a lo largo del filo de sus colmillos. Él probó su propia sangre y se retiró abruptamente, girando su rostro lejos del de ella.

—Isabelle, no puedo. —Cerró sus ojos. Ella era cálida y suave en su regazo, tentadora y tortuosa. Sus colmillos le dolían terriblemente. Su cuerpo entero se sentía

como si alambres afilados se retorcieran a través de sus venas—. No quiero que me veas *así*.

—Simon. —Tocó su mejilla gentilmente, girando su rostro hacia ella—. Esto es lo que eres.

Sus colmillos se habían retraído, lentamente, pero aún dolían. Escondió el rostro en las manos y habló entre los dedos.

—No puedes querer esto, no puedes *quererme*. Mi propia madre me echó de casa. Mordí a Maureen y era sólo una niña. Quiero decir, mírame, mira lo que soy, donde vivo, qué hago. No soy *nada*.

Isabelle acarició su cabello suavemente, él la miró entre sus dedos. Estaba tan cerca que podía ver que sus ojos no eran negros, sino que de un marrón muy oscuro, moteados con dorado. Estaba seguro de que podía ver un poco de lástima en ellos. No sabía qué esperaba escuchar de ella. Isabelle usaba a los chicos y luego los botaba. Isabelle era hermosa, fuerte y perfecta y no necesitaba nada. Y mucho menos un vampiro que ni siquiera era bueno siendo un vampiro.

Podía sentir su respiración, ella olía dulce, a sangre, mortalidad, gardenias.

—No, no eres nada —dijo ella—. Simon, por favor. Déjame verte a la cara.

De mala gana bajó las manos. Podía verla ahora más claramente. Se veía suave y encantadora a la luz de la luna, su pálida y cremosa piel, su cabello como una cascada negra. Ella retiró sus manos de alrededor del cuello de Simon.

—Mira éstas —dijo ella, tocando las cicatrices blancas de las marcas curadas que se descamaban como copos de nieve en su piel plateada, en su garganta, en sus brazos, en las curvas de sus pechos—. Feas, ¿no?

—Nada acerca de ti es feo, Izzy —dijo Simon, honestamente sorprendido.

—Las chicas no se supone que deban estar cubiertas por cicatrices —dijo Isabelle de manera casual—. Pero ellas no te molestan.

—Son parte de ti. No, claro que no me molestan.

Ella tocó los labios de Simon con sus dedos.

—Ser un vampiro es parte de *ti*. No te pedí que vinieras la otra noche porque no pude pensar en nadie más para pedírselo. Quería estar contigo, Simon. Eso puede asustar hasta el infierno, pero lo quiero.

Los ojos de Isabelle brillaron, y antes de que él pudiera notar si se trataban de lágrimas, se inclinó y la besó. Esta vez no fue algo torpe, esta vez ella se inclinó hacia él, y de repente estaba bajo ella, girándola por encima de él. Su largo y oscuro cabello caía alrededor de ellos como una cortina. Ella le susurraba suavemente mientras las manos de él bajaban por su espalda. Podía sentir sus cicatrices bajo las puntas de los dedos, y quería decirle que pensaba en ellas como adornos, pruebas de su valentía que sólo la hacían más hermosa. Pero eso significaría dejar de besarla, y no quería hacer eso. Ella estaba gimiendo y moviéndose en sus brazos, los dedos de ella estaban sobre el cabello de Simon mientras ambos rodaban hacia los lados, y ahora ella estaba debajo

de él y sus brazos estaban llenos de la suavidad y calidez de ella, su boca con su sabor, y la esencia de su piel; sal, perfume y... sangre.

Él se puso rígido de nuevo, por todo, e Isabelle lo sintió. Se sujetó a sus hombros. Estaba radiante en la oscuridad.

—Continúa —susurró. Él podía sentir su corazón, golpeando contra su pecho—. Quiero que lo hagas.

Él cerró los ojos, presionando su frente contra la de ella, tratando de calmarse a sí mismo. Sus colmillos estaban de vuelta, empujando por sobre su labio inferior, fuerte y doloroso.

—No.

Sus largas y perfectas piernas se envolvieron alrededor de él, sus tobillos bloqueando, sosteniéndolo hacia ella.

—Quiero que lo hagas. —Sus senos se aplastaron contra su pecho cuando se arqueó contra él, descubriendo su garganta. La esencia de su sangre estaba por todas partes, sobre él, inundaba el cuarto.

—¿No tienes miedo? —susurró él.

—Sí, pero aun así quiero que lo hagas.

—Isabelle... no puedo...

Él la mordió.

Sus dientes se deslizaron, afilados, dentro de la vena en su garganta como un cuchillo cortando sobre la piel de una manzana. La sangre explotó dentro de su boca. Era algo que nunca había experimentado antes. Con Jace él había estado apenas vivo, con Maureen la culpa lo había aplastado incluso cuando ya había bebido de ella. Ciertamente, nunca había experimentado la sensación en cualquiera de las otras personas que había mordido como en esta ocasión.

Pero Isabelle jadeó, sus ojos se abrieron rápidamente y su cuerpo se arqueó contra él. Ronroneó como un gato, acariciando el cabello de Simon, su espalda, con pequeños movimientos urgentes de sus manos diciendo: *no pares, no pares*. El calor emanaba de ella hacia él, iluminando su cuerpo; nunca había sentido o imaginado nada como esto. Podía sentir la fuerza, el ritmo seguro de su calor, golpeando a través de sus venas hacia las de él, y por un momento era como si estuviera vivo de nuevo, y su corazón se contrajo con puro júbilo.

Él se apartó. No estaba seguro como, pero se retiró y rodó hacia su lado, sus dedos excavando fuertemente sobre el colchón a sus costados. Aún estaba estremeciéndose mientras sus colmillos se retraían. Todo en el cuarto brillaba a su alrededor, la forma en que las cosas eran hace unos momentos, antes de que bebiera sangre viva y humana.

—Izzy...—susurró. Tenía miedo de mirarla, miedo de que ahora que sus dientes ya no estaban en su garganta, pudiera fijarse en él con repulsión y horror.

—¿Qué?

—No me detuviste —dijo él. Medio acusación, medio esperanza.

—No quise. —Él la miró, estaba sobre su espalda, su pecho subiendo y descendiendo rápidamente, como si hubiera estado corriendo. Había dos heridas de pinchazos limpios a un lado de su garganta, y dos delgadas líneas de sangre que corrían hacia abajo sobre su cuello y hacia su clavícula. Obedeciendo a un instinto que parecía correr bajo su piel, Simon se inclinó y lamió la sangre de su garganta, sabiendo a sal, sabiendo a Isabelle. Ella se estremeció, sus dedos aleteando sobre su cabello.

—Simon...

Él se movió hacia atrás. Ella lo estaba mirando con sus grandes y oscuros ojos, muy serios, sus mejillas sonrojadas.

—Yo...

—¿Qué? —Por un fiero momento él pensó que ella le iba a decir 'Te amo', pero por el contrario ella sacudió su cabeza, bostezando, y enganchó uno de sus dedos en una de las trabillas del cinturón de sus jeans. Sus dedos jugaron con la piel desnuda de su cintura.

En algún lugar Simon había escuchado que bostezar era un signo de pérdida de sangre. Entró en pánico.

—¿Estás bien? ¿Bebí demasiado? ¿Te sientes cansada? ¿Estás...?

Ella se acurrucó más cerca de él.

—Estoy *bien*. Tú mismo te detuviste. Y además soy una Cazadora de Sombras. Reponemos la sangre al triple de lo que lo hace un humano.

—¿Te...? —Apenas se atrevía a preguntar—. ¿Te gustó?

—Sí. —Su voz estaba ronca—. Me gustó.

—¿De veras?

Ella se rio.

—¿No me crees?

—Pensé que tal vez estabas fingiendo.

Se apoyó en su codo y miró hacia Simon con sus ojos brillantes y oscuros. ¿Cómo pueden ser unos ojos tan brillantes y oscuros al mismo tiempo?

—Yo no finjo las cosas, Simon —dijo ella—. Ni miento ni finjo.

—Eres una rompecorazones, Isabelle Lightwood —dijo él, tan alegremente como podía estarlo con su sangre todavía corriendo a través de él como fuego—. Jace le dijo a Clary una vez que caminarías sobre mí con tus botas altas.

—Eso era entonces. Eres diferente ahora. —Ella lo miró—. o me tienes miedo.

Él le tocó la cara.

—Y tú no tienes miedo de nada.

—No lo sé. —Su cabello cayó hacia adelante—. Tal vez tú romperás mi corazón.

Antes de que pudiera decir algo, ella lo besó, y él se preguntó si ella podía saborear su propia sangre.

—Ahora cállate. Quiero dormir —dijo ella, y se enroscó contra él a su lado y cerró los ojos.

De alguna manera, ahora encajaban donde no lo hacían antes. Nada era incómodo, o hurgaba dentro de él, o se sacudía contra su pierna. No se sentía como la infancia, luz de sol o gentileza. Se sentía extraño, apasionado, excitante, poderoso y... diferente. Simon se quedó tendido despierto, sus ojos sobre el techo, su mano acariciando el sedoso cabello de Isabelle de forma distraída. Se sentía como si lo hubiera atrapado un tornado y lo hubiera depositado en algún lugar muy lejos, donde nada era familiar. Eventualmente, giró la cabeza y besó a Izzy, muy gentilmente en la frente; ella se revolvió y murmuró algo, pero no abrió los ojos.

Cuando Clary se despertó en la mañana, Jace aún estaba dormido, enroscado en su lado, su brazo sólo estirado lo suficiente para tocar su hombro. Lo besó en la mejilla y se levantó. Estaba por entrar al baño para tomar una ducha cuando fue la venció la curiosidad. Fue lentamente hacia la puerta de la recámara y miró hacia afuera.

La sangre en la pared del corredor se había ido, la placa de yeso estaba sin marcar. Estaba tan limpio que se preguntó si todo el asunto había sido un sueño: la sangre, la conversación en la cocina con Sebastian, todo eso. Dio un paso a través del corredor, poniendo su mano contra la pared donde habían estado las huellas sangrientas.

—Buenos días.

Ella se giró. Era su hermano. Había salido de su cuarto silenciosamente y estaba parado en el medio del salón mirándola con una sonrisa torcida. Se veía recién duchado, húmedo, su cabello rubio era del color de la plata, casi metálico.

—¿Estas planeando vestir eso todo el tiempo? —preguntó él, mirando su camisón.

—No, yo solo estaba...—No quería decirle que había estado revisando para ver si aun había algo de sangre en el salón. Él solo la miró, divertido y desdeñoso. Clary retrocedió—. Me voy a vestir.

Él dijo algo cuando ella se fue, pero no se detuvo para escuchar qué era, sólo se precipitó de regreso a la habitación de Jace y cerró la puerta tras ella. Un momento después ella escuchó voces en el corredor: Sebastian de nuevo y la voz de una chica hablando en un melodioso italiano. La chica de la noche anterior, pensó. La chica que había dicho que estaba dormida en su cuarto. Fue hasta entonces que ella se dio cuenta cuánto había sospechado que estaba mintiendo.

Pero él había estado diciendo la verdad. *Estoy dándote una oportunidad*, dijo él. *¿Puedes darme una oportunidad?*

¿Podría? Era Sebastian de quien estaban hablando. Reflexionó sobre ello febrilmente mientras se duchaba y se vestía cuidadosamente. La ropa en el armario, al haber sido seleccionada para Jocelyn, estaba muy lejos de su usual estilo, lo que hacía muy difícil escoger qué ponerse. Encontró un par de jeans (de diseñador, por la etiqueta del precio que aún conservaba), una blusa punteada de seda con un arco en el cuello que tenía un aire antiguo que le gustaba. Se puso su chaqueta de terciopelo sobre ésta y se dirigió de nuevo al cuarto de Jace, pero él se había ido y no era difícil

suponer hacia donde. El traqueteo de platos, el sonido de risas, y el aroma de que estaban cocinando flotaba desde las escaleras.

Bajó las escaleras de cristal de dos escalones a la vez, pero deteniéndose en el último, mirando hacia la cocina. Sebastian estaba apoyado contra el refrigerador, con los brazos cruzados, y Jace estaba preparando algo en un sartén que tenía cebollas y huevos. Estaba descalzo, con su cabello hecho un desastre, su camisa abotonada sin orden, y esa visión de él hizo que su corazón se agitara. Nunca lo había visto así, a primera hora de la mañana, conservando esa cálida aura dorada del sueño aferrándose a él, y sintió una punzante tristeza de que todas esas primeras veces estuvieran pasando con el Jace que realmente no era *su* Jace.

Incluso si él se veía feliz, sin ojeras, riendo mientras volteaba los huevos en el sartén y deslizaba un omelette sobre un plato. Sebastian le dijo algo, y Jace volteó hacia donde estaba Clary y sonrió.

—¿Revueltos o fritos?

—Revueltos. No sabía que podías preparar unos huevos. —Bajó del escalón y se dirigió hacia el mostrador de la cocina. El sol estaba fluyendo a través de las ventanas y la cocina brillaba en tonos cristalinos y cromos. A pesar de la falta de relojes en la casa, supuso que ya era tarde en la mañana.

—¿Quién no puede preparar unos huevos? —preguntó Jace en voz alta.

Clary elevó la mano... y al mismo tiempo lo hizo Sebastian. No pudo evitar una pequeña sacudida de sorpresa, y bajó la mano a toda prisa, pero no antes de que Sebastian la hubiera visto y sonriera. Siempre estaba sonriendo; deseaba poder sacar esa sonrisa de su cara con una bofetada.

Alejó su mirada de él y se ocupó preparando un plato de desayuno con lo que estaba sobre la mesa: pan, mantequilla fresca, jamón y tocino rebanado, del tipo masticable y redondo. Había jugo también y té. Comían muy bien aquí, pensó. Aunque, si recordaba a Simon, los chicos adolescentes siempre están hambrientos. Miró a través de la ventana y obtuvo una doble vista. Ya no había una vista hacia el canal, sino que había la de una colina ascendiendo a la distancia, con un castillo en el tope.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó.

—Praga —dijo Sebastian—. Jace y yo tenemos un encargo que hacer aquí. —Miró fuera de la ventana—. Probablemente nos deberíamos de ir pronto, de hecho.

Ella sonrió dulcemente hacia él.

—¿Puedo ir con ustedes?

Sebastian sacudió la cabeza.

—No.

—¿Por qué no? —Clary cruzó los brazos sobre su pecho—. ¿Esto es algo como una cosa de unión varonil de la que no puedo ser parte? ¿Van a hacerse cortes de pelo iguales?

Jace le pasó un plato con huevos revueltos, pero él estaba mirando hacia Sebastian.

—Tal vez podría venir —dijo—. Quiero decir, este encargo en particular, no es peligroso.

Los ojos de Sebastian eran como los bosques en el poema de Frost, oscuros y profundos. No decían nada.

—Algo puede volverse peligroso.

—Bueno, es tu decisión. —Jace se encogió de hombros, alcanzando una fresa, metiéndola a su boca y succionando el jugo de sus dedos. Ahora eso, Clary pensó, había una clara y absoluta diferencia entre este Jace y el de ella. Su Jace tenía una furiosa y consumidora curiosidad acerca de todo. Nunca se hubiera encogido de hombros y se hubiera dejado ir con el plan de alguien más. Era como el océano atravesando sin cesar sobre una playa rocosa, y este Jace era... un río calmado, brillando al sol.

¿Será porque es feliz?

La mano de Clary se tensó sobre el tenedor, sus nudillos se volvieron blancos. Odiaba la pequeña voz en su cabeza. Como la Reina Seelie, que plantaba dudas donde no había dudas, haciendo preguntas donde no había respuestas.

—Voy a buscar mis cosas. —Después de tomar otra fresa del plato, Jace la puso en su boca y salió disparado escaleras arriba. Clary estiró su cabeza hacia arriba. Los claros y cristalinos escalones parecían invisibles, haciendo que se viera como si estuviera volando, no corriendo.

—No estás comiendo huevos. —Era Sebastian. Había venido alrededor del mostrador (sin hacer ruido, maldita sea) y la estaba mirando con las cejas alzadas. Tenía un leve acento, una mezcla del acento de la gente que ha vivido en Idris y algo más británico. Se preguntaba si él se había estado escondiendo ahí antes o si solo ella no lo había notado.

—De hecho, no me gustan los huevos —confesó ella.

—Pero no querías decirle eso a Jace, porque parecía muy complacido de hacerte el desayuno.

Ya que esto era preciso, Clary no dijo nada.

—Divertido, ¿no? —dijo Sebastian—. Las mentiras buenas que dice la gente. Probablemente te preparará huevos cada día por el resto de tu vida ahora, y te los tragarás porque no puedes decirle que no te gustan.

Clary pensó en la reina Seelie.

—El amor nos hace mentirosos a todos.

—Exactamente. Un análisis rápido, ¿no? —Dio un paso hacia ella, y un hormigueo ansioso abrazó sus nervios. Estaba usando la misma colonia que Jace usaba. Reconoció la esencia cítrica de la pimienta negra, pero en él olía diferente. Errónea, de alguna manera—. Tenemos eso en común —dijo Sebastian, y comenzó a desabotonar su camisa.

Ella se levantó precipitadamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Tranquila, hermanita. —Desabrochó el último botón y su camisa quedó abierta. Él sonrió perezosamente—. Eres la chica mágica de las runas, ¿no?

Clary asintió lentamente.

—Quiero una runa fuerte —dijo él—. Y si eres la mejor, quiero que tú lo hagas. No le negarás una runa a tu hermano mayor, ¿no? —Sus ojos oscuros la examinaron—. Además, quieres que te dé una oportunidad.

—Y tú quieres que yo te dé una oportunidad —dijo ella—. Así que haré un trato contigo. Te daré una runa fuerte si me dejas ir con ustedes a su encargo.

Se terminó de despojar de la camisa y la puso sobre el mostrador.

—Hecho.

—No tengo estela. —No quería mirarlo, pero era muy difícil no hacerlo. Parecía tan deliberado el invadir su espacio personal. Su cuerpo era muy parecido al de Jace: fuerte, sin ninguna onza de carne extra en ningún lugar, los músculos se le veían claramente bajo la piel. También estaba marcado igual que Jace, aunque era muy pálido y las marcas blancas se destacaban menos que contra la piel dorada de Jace. En su hermano lucían como un bolígrafo de plata en papel blanco.

Él tomó una estela de su cinturón y se la dio.

—Usa la mía.

—Está bien —dijo ella—. Gírate.

Él lo hizo y ella se tragó un suspiro. Su espalda desnuda estaba rayada con cicatrices desiguales, una tras otra, demasiado para ser al azar.

Marcas de látigo.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó ella.

—¿Quién crees? Nuestro padre —dijo Sebastian—. Usó un látigo con metal de demonio, así ninguna *iratze* podría curarlas. Las hizo para recordármelo.

—¿Recordarte que?

—Los peligros de desobedecer.

Ella tocó una. Se sentía caliente bajo la punta de los dedos, como si se acabara de hacer, y áspera, donde la piel alrededor de ella era lisa.

—¿Qué quieres decir con 'desobedecer'?

—Quiero decir lo que dije.

—¿Te duelen?

—Todo el tiempo. —Impaciente, miró hacia atrás sobre su hombro—. ¿Qué estás esperando?

—Nada. —Puso la punta de la estela en su omóplato, tratando de mantener la mano estable. Parte de su mente se dejó llevar, pensando en que tan sencillo sería el marcarlo a él con algo que pudiera dañarlo, enfermarlo, retorcer sus entrañas... ¿pero que pasaría con Jace si lo hacía? Sacudiéndose el cabello fuera de su rostro, dibujó cuidadosamente la runa *Fortis* en la coyuntura de su omóplato y espalda, justo donde, si fuera un ángel, tendría las alas.

Cuando terminó, él se giró y tomó la estela de sus manos, después se puso la camisa de nuevo. Ella no esperaba un gracias... y no lo obtuvo. Rodó los hombros mientras se abotonaba la camisa y sonrió.

—Eres buena —dijo, pero fue todo.

Un momento después sonaron algunos pasos, y Jace regresó, encogiéndose de hombros en una chaqueta de ante. Había sujetados sus armas al cinturón también, y tenía puestos guantes oscuros sin dedos.

Clary le sonrió con una calidez que no sentía.

—Sebastian dice que puedo ir con ustedes.

Jace alzó las cejas.

—¿Cortes de cabello iguales para todos?

—Espero que no —dijo Sebastian—. Me veo terrible con rizados.

Clary bajo la mirada para verse a sí misma.

—¿Necesito ponerme el equipo?

—No realmente. Esto no es la clase de encargo donde estamos esperando tener una pelea. Pero, sería bueno estar preparado. Te daré algo del salón de armas —dijo Sebastian y desapareció escaleras arriba. Clary se maldijo a sí misma por no haber encontrado el salón de armas mientras estaba investigando. Seguramente había algo dentro que podría proveerle alguna clase de pista de que es lo que estaban planeando.

Jace tocó un lado de su cara, y ella saltó. Por poco había olvidado que él estaba ahí.

—¿Segura que quieres hacer esto?

—Absolutamente. Me voy a volver loca en la casa. Además, tú me enseñaste a pelear, creo que querrías que practicara. —Su boca se arqueó en una diabólica sonrisa; frotó su cabello hacia atrás y le murmuró algo en su oído acerca de practicar lo que ella había aprendido de él. Se retiró cuando Sebastian se unió a ellos, con su propia chaqueta puesta y un cinturón con armas en las manos que tenía una daga y un cuchillo serafín. Se dirigió hacia Clary para acercarla a él y poner el cinturón alrededor de su cintura, con un doble broche lo puso sobre sus caderas. Estaba demasiado sorprendida como para alejarlo y él ya había terminado antes de que ella tuviera oportunidad de hacerlo; alejándose, se movió hacia la pared, donde el contorno de una puerta había aparecido, brillando como un portal en un sueño.

Entraron a través de ella.

Un leve golpe en la puerta de la biblioteca hizo que Maryse levantara la cabeza. Era un día nublado, sombrío afuera de las ventanas de la biblioteca, y las lámparas de sombras verdes emitían pequeños charcos de luz en el cuarto circular. No podía decir por cuanto tiempo había estado tras el escritorio. Unas tazas de café vacías llenaban la superficie delante de ella.

Se puso de pie.

—Adelante.

Hubo un suave chasquido mientras la puerta se abría, pero ningún sonido de pasos. Un momento después, una figura vestida con una túnica de color pergamino se deslizó dentro de la habitación, con la capucha levantada, oscureciendo su rostro.

—¿Nos llamaste, Maryse Lightwood?

Ella rodó los hombros. Se sentía apretada, cansada y mayor.

—Hermano Zachariah. Estaba esperando a...bueno. No importa.

—¿El Hermano Enoch? Él es mi superior, pero pensé que quizá su llamada podría darnos algo acerca de la desaparición de su hijo adoptivo. Tengo un particular interés en su bienestar.

Lo miró con curiosidad. La mayoría de los Hermanos Silenciosos no opinaban o hablaban acerca de sus sentimientos personales, si es que tenían alguno. Alisándose el pelo, salió de detrás de su escritorio.

—Muy bien. Quiero mostrarle algo.

Nunca se había puesto a pensar en los Hermanos Silenciosos, en la forma silenciosa en la que se movían, como si sus pies no tocaran el suelo. Zachariah parecía flotar a su lado mientras lo conducía a través de la biblioteca hacia el mapa del mundo clavado con tachuelas en la pared norte. Era un mapa de Cazadores de Sombras. Mostraba Idris en el centro de Europa y la guarda alrededor como un borde dorado.

En un estante debajo del mapa había dos objetos. Uno de ellos un casco de cristal con una costra de sangre seca. El otro era una pulsera de cuero usado, decorado con la runa para la energía angélica.

—Estos son...

—La pulsera de Jace Herondale y la sangre de Jonathan Morgenstern. ¿Entendí que los intentos de rastrearlos no tuvieron éxito?

—No es un rastreo preciso. —Maryse enderezó los hombros—. Cuando estuve en El Círculo, había un mecanismo que Valentine usaba cuando quería localizarnos a todos. A menos que estuviéramos en ciertos lugares protegidos, él sabía donde estábamos todo el tiempo. Pensé que había una oportunidad de que él pudiera haber hecho lo mismo con Jace cuando era un niño. Nunca pareció tener problemas para encontrarlo.

—¿De que clase de mecanismo hablas?

—Una marca. Ninguna que perteneciera al Libro Gris. Todos la teníamos. Casi lo había olvidado; después de todo, no había manera de deshacerse de eso.

—Si Jace la tenía, ¿no hubiera sabido acerca de ello, y por lo tanto tomado acciones para prevenir que la usaras para encontrarlo?

Maryse sacudió la cabeza.

—Podría ser una marca blanca muy diminuta y casi invisible bajo su cabello, tal como la mía. Él no habría sabido que la tenía. Valentine no habría querido decirle.

El Hermano Zachariah se apartó de ella, examinando el mapa.

—Y ¿Cuál ha sido el resultado de tu experimento?

—Jace la tiene —dijo Maryse, pero no sonaba complacida o triunfante—. Lo he visto en el mapa. Cuando él aparece, el mapa se enciende, como una chispa de luz, en la

locación donde está; y su pulsera se enciende de la misma manera. Así que sé que es él, y no Jonathan Morgenstern. Jonathan nunca aparece en el mapa.

—Y, ¿dónde está? ¿Dónde está Jace?

—Lo he visto aparecer, sólo por pocos segundos cada vez, en Londres, Roma y Shanghái. Justo hace un rato parpadeó su ubicación en Venecia, y después se desvaneció de nuevo.

—¿Cómo está viajando tan rápido entre ciudades?

—¿Por un portal? —Se encogió de hombros—. No lo sé. Sólo sé que cada vez que el mapa se enciende, sé que esta vivo... por ahora. Y es como si pudiera respirar de nuevo, sólo por un momento.— Cerró la boca decididamente, para no dejar salir las otras palabras: que extrañaba a Alec e Isabelle pero no podía soportar llamarlos para que regresaran al instituto, donde al menos se esperaba que Alec tomara responsabilidad en la búsqueda de su propio hermano; que aún pensaba en Max cada día y era como si alguien le hubiera vaciado los pulmones de aire y oprimiera su corazón, temerosa de que estuviera muriendo. No podía perder a Jace también.

—Lo comprendo.— El Hermano Zachariah plegó sus manos frente a él. Sus manos parecían jóvenes, sus dedos finos, no nudosos ni torcidos. Maryse a menudo se preguntaba cómo envejecían los Hermanos y por cuánto tiempo vivían, pero esa información era un secreto para la orden.

—Es un poco más poderoso que el amor de la familia. Pero lo que no sé es por qué me has elegido para mostrármelo.

Maryse suspiró estremeciéndose.

—Sé que debería mostrárselo a la Clave —dijo ella—. Pero la Clave sabe acerca de su conexión con Jonathan ahora. Los están cazando a ambos. Matarán a Jace si lo encuentran, y mantener esto sólo para mí sin duda es traición. —Inclinó la cabeza—. Decidí que decírselo a ustedes, Los Hermanos, era algo que podía soportar. Después de esto es su decisión si lo muestran a la Clave. No... no podía tolerar guardarlo solo para mí.

Zachariah estuvo en silencio por un largo rato. Después su voz, gentil en la mente de Maryse, le dijo: *Tu mapa te dice que tu hijo aún está vivo. Si le das esto a la Clave, no creo que les sea de mucha ayuda, además de decirles que está viajando rápido y que es imposible de rastrear. Ellos ya saben eso. Conserva el mapa, no hablaré sobre ello por ahora.*

Maryse lo miró con asombro.

—Pero... tú estás al servicio de la Clave...

—Una vez fui un Cazador de Sombras como tú, viví como tú. Y como tú, hubo cosas que amé lo suficiente como para poner su bienestar antes que nada, que cualquier juramento o deber.

—¿Lo hiciste...? —Maryse titubeó—. ¿Alguna vez tuviste hijos?

—No. Hijos no.

—Lo siento.

—No lo sientas. Y no dejes que el miedo por Jace te devore. Él es un Herondale, y ellos son supervivientes.

Algo se rompió dentro de Maryse.

—Él no es un Herondale. Es un Lightwood. Jace *Lightwood*. Él es mi hijo.

Hubo una gran pausa, después—: *No era mi intención dar a entender otra cosa* —dijo el Hermano Zachariah. Soltó sus delgadas manos y dio un paso atrás—. *Hay algo de lo que debes estar consciente. Si Jace aparece en el mapa por más de unos pocos segundos cada vez, deberás decírselo a la Clave. Deberás prepararte para esa posibilidad.*

—No creo que pueda —confesó ella—. Mandarán cazadores tras él para tenderle una trampa. Es sólo un chico.

—Él nunca fue solo un chico —dijo Zachariah, y se giró para deslizarse por el cuarto. Maryse no lo vio partir. Había regresado a mirar el mapa.

¿Simon?

El alivio se abrió como una flor en su pecho. La voz de Clary, tentativa pero familiar, llenó su cabeza. Miró a los lados. Isabelle aún estaba durmiendo. La luz de medio día era visible alrededor de las orillas de las cortinas.

¿Estás despierto?

Rodó en su espalda, mirando hacia el techo. *Claro que estoy despierto.*

Bueno no estaba segura. ¿Tú estas a qué? Seis, siete horas atrás de donde estoy yo. Aquí ya está el crepúsculo.

¿Italia?

Estamos en Praga ahora. Es bonito, hay un gran río y muchos edificios con agujas. Se parece un poco a Idris a la distancia. Aunque es frío aquí, más frío que en casa.

Muy bien, suficiente con el reporte del tiempo. ¿Estas a salvo? ¿Dónde están Sebastian y Jace?

Están conmigo, aunque me alejé un poco. Dije que quería comunicarme con la vista desde el puente.

Así que, ¿soy la vista desde el puente?

Ella se rió, o al menos él sintió algo que se asimilaba a risa dentro de su cabeza, una risa suave y nerviosa.

No puedo tardar mucho. Aunque, realmente no parecen como si sospecharan algo. Jace... Jace definitivamente no. Sebastian es más difícil de leer. No creo que él confié en mi. Investigué en su cuarto ayer, pero no había nada, quiero decir, nada que indicara que están planeando. Anoche...

¿Anoche?

Nada.

Era extraño, como ella podía estar dentro de su cabeza y aún podía sentir que le estaba escondiendo algo.

Sebastian tiene en su cuarto la caja que mamá solía tener, con sus cosas de bebé dentro. No puedo descifrar por qué.

No pierdas tu tiempo tratando de descifrar a Sebastian le dijo Simon. No vale la pena. Averigua lo que él va a hacer.

Lo estoy intentando. Ella sonó irritada. ¿Aún estás con Magnus?

Sí. Hemos pasado a la fase dos de nuestro plan.

¿Ah, sí? ¿Cuál fue la fase uno?

La fase uno fue sentarnos alrededor de la mesa, ordenar pizza y discutir.

¿Cuál es la fase dos? ¿Sentarse alrededor de la mesa beber café y discutir?

No exactamente. Simon tomó una profunda respiración. Invocamos al demonio Azazel.

¿Azazel? Su voz mental se elevó; Simon casi se tapa los oídos. Así que de eso se trataba la estúpida pitufo pregunta. Dime que estás bromeando.

No lo estoy. Es una larga historia. Trató de explicarle eso lo mejor que pudo, mirando a Isabelle respirar mientras tanto, viendo cómo la luz de afuera se tornaba más brillante. Pensamos que él podía ayudarnos a encontrar un arma que pueda dañar a Sebastian sin herir a Jace.

Sí, pero ¿invocar demonios? Clary no sonaba convencida. Y Azazel no es un demonio ordinario. Soy la que está con el Equipo Malvado por aquí. Ustedes son el Equipo Bueno. Recuerden eso.

Sabes que no es tan sencillo, Clary.

Fue como si pudiera sentir su suspiro, un aliento de aire que pasó sobre su piel, poniéndole los pelos del cuello de punta.

Lo sé.

Ciudades y ríos, pensó Clary mientras quitaba los dedos del anillo de oro en su mano derecha y se apartaba de la vista del Puente Charles, de regreso con Jace y Sebastian. Estaban en el otro extremo del viejo puente de piedra, señalando algo que ella no podía ver. El color del agua debajo era del color del metal, deslizándose sin hacer ruido alrededor de los antiguos puntales del puente; el cielo era del mismo color, con algunas nubes oscuras.

El viento azotaba contra su cabello y abrigo mientras se encaminaba para reunirse con Sebastian y Jace. Todos partieron de nuevo, los dos chicos conversando suavemente; podría haberse unido a la conversación si hubiera querido, lo suponía, pero había algo sobre la belleza de la ciudad, sus torres elevándose en la niebla de forma misteriosa, que la hacía querer estar en silencio, para mirar y pensar por su cuenta.

El puente terminaba en una calle empedrada que giraba llena de tiendas de turistas, tiendas que vendían granadas rojo sangre, grandes pedazos de ámbar dorado polaco, grandes cristales de Bohemia y juguetes de madera. Incluso a esta hora, había revendedores fuera de los clubes nocturnos, sosteniendo pases gratis o tarjetas que de

descuentos en bebidas; Sebastian hizo un gesto hacia ellos con impaciencia, chasqueando su disgusto en checo. La presión de la gente fue disminuyendo cuando la calle se amplió hacia una vieja plaza medieval. A pesar del clima frío, estaba lleno de peatones y quioscos donde vendían salchichas y sidra caliente con especias. Los tres se detuvieron por comida y comieron alrededor de una mesa alta y desvencijada mientras el enorme reloj astronómico en el centro de la plaza comenzaba a repicar la hora. El tintineo de la máquina comenzó, y una rueda de figuras danzantes de madera aparecieron por las puertas del otro lado del reloj: los doce apóstoles. Sebastian describía mientras las figuras volvían dando vueltas.

—Existe una leyenda —dijo él, inclinándose con las manos alrededor de una jarra de sidra caliente— que dice que el rey le quitó los ojos al fabricante del reloj después de que su reloj estuvo terminado, así jamás podría construir nada tan hermoso de nuevo.

Clary se estremeció y se movió un poco más cerca de Jace. Había estado muy silencioso desde que habían dejado el puente, como si estuviera perdido en sus pensamientos. La gente, chicas principalmente, se detenían para mirarlo mientras pasaban, con su cabello brillante destacaba entre el viento oscuro y los colores de la Plaza Vieja.

—Eso es sádico —dijo ella.

Sebastian pasó un dedo alrededor del borde de su jarra y lamió la sidra.

—El pasado es otro país.

—Un país extranjero —lo corrigió Jace.

Sebastian lo miró con ojos perezosos.

—¿Qué?

—El pasado es un país extranjero: hacen cosas diferentes allí —dijo Jace—. Es la cita completa.

Sebastian se encogió de hombros y empujó su jarra. Te daban un euro por regresarlas al stand donde compraste la cidra, pero Clary sospechaba que Sebastian no le importaba la falsa buena ciudadanía por un mísero euro.

—Vámonos.

Clary no había terminado su sidra, pero la dejó de todos modos y lo siguió mientras Sebastian los llevaba fuera de la plaza, entre un laberinto de calles estrechas que giraban. Jace había corregido a Sebastian, pensó ella. Sin duda, había sido algo de menor importancia, pero ¿la sangre mágica de Lilith no se suponía que iba a unirlo a él y a su hermano de tal manera que él pensara que todo lo que Sebastian hacía o decía era correcto? ¿Podía ser esto una señal, incluso una muy pequeña, de que el hechizo que los conectó estaba comenzado a fallar?

Era estúpido creerlo, lo sabía; pero a veces la esperanza era todo lo que tenía.

Las calles se volvieron más estrechas, más oscuras. Las nubes sobre sus cabezas habían bloqueado completamente la luz del sol, unas lámparas de gas anticuadas estaban prendidas aquí y allá, iluminando la brumosa penumbra. Las calles habían

cambiado a adoquines, y las aceras eran estrechas, forzándolos a caminar en línea, como si estuvieran caminando por un estrecho puente. Sólo la vista de otros peatones, apareciendo y desapareciendo de la niebla, hizo que Clary sintiera que no había entrado a algún tipo de deformación en el tiempo, en una ciudad de ensueño fuera de su propia imaginación.

Finalmente, llegaron a un arco de piedra que abría a una pequeña plaza. La mayoría de las tiendas habían apagado sus luces, aunque una tienda frente a ellos las tenía encendidas. Decía ANTIKVARIAT en letras doradas, y la ventana estaba llena de exhibidores de botellas con diferentes sustancias, con descamadas etiquetas en latín. Clary se sorprendió cuando Sebastian se dirigió hacia allí. ¿Qué uso podían tener esas botellas viejas?

Descartó el pensamiento cuando se pararon en el umbral. La tienda por dentro estaba poco iluminada y olía a bolas de naftalina, pero cada grieta estaba llena de una increíble selección de basura y no basura. Unos hermosos mapas celestiales guerreaban por el espacio con unos agitadores de sal y pimienta en forma similar a las figuras del reloj en la Plaza de la Ciudad Vieja. Había montones de tabaco viejo y latas de puros, estampillas montadas en cristales, cámaras antiguas de diseño de Alemania Oriental y Rusia, un hermoso bol de cristal tallado de un profundo color esmeralda, junto a una pila de viejos calendarios con manchas de agua. Una antigua bandera checa colgaba de un poste en lo alto.

Sebastian avanzó a través de las pilas hacia un mostrador en la parte trasera de la tienda, y Clary se dio cuenta que lo que ella había tomado por un maniquí era, de hecho, un anciano de rostro tan arrugado como una sábana vieja, que se inclinaba hacia atrás contra el mostrador con los brazos cruzados. El mostrador mismo era de cristal al frente y contenía montones de joyas antiguas y brillantes cuentas de cristal, bolsos pequeños de cadenas con broches de joyas e hileras de mancuernillas.

Sebastian dijo algo en checo, y el hombre sacudió la cabeza señalando a Clary y Jace con un tirón de la barbilla y una mirada sospechosa. Clary notó que sus ojos eran de un color rojo oscuro. Estrechó sus propios ojos, concentrándose fuertemente, y comenzó a despojar el glamour sobre él.

No fue fácil, parecía que se adhería a él como papel matamoscas. Al final, pudo quitarlo sólo lo suficiente para ver entre parpadeos a la criatura real de pie frente a ella, alto y de figura humana, con piel gris y ojos rojo rubí, una boca llena de dientes puntiagudos que sobresalían por todos lados y brazos largos y serpentinados que terminaban en cabezas como de anguilas: estrechas, de mirada maligna y dientonas.

—Un demonio Vetis —murmuró Jace en su oído—. Son como dragones, les gusta acumular cosas brillantes. Basura, joyas, todo lo que se parezca.

Sebastian estaba mirando hacia atrás sobre su hombro hacia Jace y Clary.

—Son mi hermano y mi hermana —dijo él, después de un momento—. Son enteramente confiables, Mirek.

Un leve temblor corrió sobre la piel de Clary, no le gustaba la idea de ser presentada como la hermana de Jace, ni siquiera para la ventaja de un demonio.

—No me gusta esto —dijo el demonio Vetis—. Dijiste que estaríamos tratando solo contigo, Morgenstern. Y aunque sé que Valentine tuvo una hija —Su cabeza se dirigió a Clary— también sé que sólo tuvo un hijo.

—Es adoptado —dijo Sebastian despreocupadamente, gesticulando hacia Jace.

—¿Adoptado?

—Creo que encontrarás que la definición de la familia moderna está realmente cambiando a un ritmo impresionante en estos días —dijo Jace.

El demonio 'Mirek' no se veía impresionado.

—No me gusta esto —repitió.

—Pero te gustará *esto* —afirmó Sebastian, sacando de su bolsillo una bolsa atada por arriba. La volteó encima del mostrador, y una pila de monedas de bronce cayó traqueteando y tintineando mientras rodaban a través del cristal.

—Cien centavos de ojos de hombres muertos²³. Ahora, ¿tienes lo que acordamos?

Una mano con dientes tanteaba el camino a través del mostrador y mordió gentilmente una moneda. Los ojos rojos del demonio parpadearon sobre la pila.

—Eso está muy bien, pero no es suficiente para comprar lo que buscas. —Hizo un gesto con el brazo ondulante, y sobre él apareció algo que a Clary le pareció un trozo de roca de cristal: era un poco más luminoso, más puro, plateado y hermoso. Se dio cuenta con una sacudida de que se trataba de la cosa con la que estaban hechos los cuchillos serafines—. *Adamas* puro —dijo Mirek—. La materia del cielo. Inapreciable.

La furia crujió a través del rostro de Sebastian como un relámpago, y por un momento, Clary vio al chico perverso que había debajo, el que se había reído mientras Hodge yacía agonizando. Después, la mirada se había ido.

—Pero acordamos un precio.

—También acordamos que vendrías solo —dijo Mirek. Sus ojos rojos regresaron a Clary y a Jace, quien no se había movido pero cuyo aspecto se había vuelto como la controlada quietud de un gato agazapado—. Te diré que más puedes darme —dijo— Un mechón del bonito cabello de tu hermana.

—Bien —dijo Clary, dando un paso adelante—. Quieres un mechón de mi cabello...

—¡No! —Jace se movió para bloquearla—. Es un mago oscuro, Clary. No tienes idea de lo que podría hacer con un mechón de tu cabello o un poco de tu sangre.

—Mirek —dijo Sebastian suavemente, sin mirar a Clary, y en ese momento se preguntó si Sebastian quería negociar un mechón de su cabello por el *adamás*. ¿Qué iba a detenerlo? Jace había objetado, pero también estaba obligado a hacer lo que Sebastian le pidiera. En el momento de la verdad, ¿qué ganaría? ¿La compulsión de los sentimientos de Jace hacia ella?—. Absolutamente no.

El demonio parpadeó como un lagarto, en un lento abrir y cerrar de ojos.

—¿Absolutamente no?

²³²³ Los centavos que se le ponía a los muertos en los ojos, como pago para el barquero que llevaría su alma.

—No tocarás ni un pelo de la cabeza de mi hermana —dijo Sebastian—. Tampoco renegarás de nuestro trato. Nadie engaña a un hijo de Valentine Morgenstern. El precio acordado o...

—¿O qué? —gruñó Mirek—. ¿O lo lamentaré? Tú no eres Valentine, niño. Él sí era un hombre que inspiraba lealtad...

—No —dijo Sebastian, deslizando un cuchillo serafín de su cinturón—. Yo no soy Valentine; no intento hacer tratos con demonios como hacía Valentine. Si no puedo tener tu lealtad, tendré tu miedo. Deber saber que soy más poderoso de lo que mi padre nunca fue, y si no haces tratos justos conmigo, tomaré tu vida, y tendré lo que vine a buscar. —Levantó el cuchillo que sostenía—. *Dumah* —susurró y el cuchillo se encendió, brillando como una columna de fuego.

El demonio retrocedió, espetando varias palabras en un idioma que sonaba fangoso. La mano de Jace ya tenía una daga. Le gritó a Clary, pero no lo suficiente rápido. Algo la golpeó muy fuerte en el hombro, y cayó hacia adelante, tumbada sobre el piso desordenado. Se volteó de espalda, rápido, mirando hacia arriba...

Y gritó. Asomándose sobre ella había una enorme serpiente; o al menos tenía un grueso y escamoso cuerpo y una cabeza encapuchada como una cobra, pero su cuerpo estaba articulado, en forma de insecto, con una docena de piernas deslizándose que terminaban en garras dentadas. Clary buscó sus armas a tientas en el cinturón mientras la criatura se echaba para atrás, goteando veneno amarillo de sus colmillos, y golpeó.

Simon había caído dormido después de “hablar” con Clary. Cuando se despertó de nuevo, las luces estaban encendidas, e Isabelle estaba arrodillada en la orilla de la cama, vistiendo jeans y una camiseta desgastada que debió haber pedido prestada a Alec. Tenía hoyos en las mangas y la costura alrededor del dobladillo se estaba deshaciendo. Había doblado el cuello de la camiseta hacia fuera y estaba usando la punta de una estela para trazar una runa sobre la piel de su pecho, justo por debajo de su clavícula.

Simon se paró apoyó en los codos.

—¿Qué estás haciendo?

—*Iratze* —dijo ella—. Para esto. —Echó su cabello atrás de su oído, y vio las dos heridas punzantes que le había hecho al lado de la garganta. Cuando finalizó la runa, se suavizaron, dejando sólo las más tenues manchas blancas detrás.

—¿Estás... bien? —Su voz salió en un suspiro, suave. Estaba tratando de tragarse las otras preguntas que quería hacerle. *¿Te lastimé? ¿Ahora piensas que soy un monstruo? ¿Te he puesto los pelos de punta completamente?*

—Estoy bien, dormí mucho más de lo que realmente duermo, pero pienso que probablemente es algo bueno. —Viendo su expresión, Isabelle deslizó su estela dentro del cinturón, se arrastró hacia Simon con la gracia de un gato y se posicionó sobre él,

con su cabello cayendo alrededor de ellos. Estaban tan cerca que sus narices se tocaban. Ella lo miró sin pestañear—. ¿Por qué eres tan bobo? —le preguntó, y él pudo sentir su aliento contra el rostro, tan suave como un suspiro.

Quería tirarla bajo él y besarla; no morderla, sólo besarla, pero en ese momento exacto sonó el timbre del departamento. Un segundo después, alguien tocó a la puerta de la habitación; la aporreó, de hecho, haciendo que se sacudiera en las bisagras.

—Simon, Isabelle. —Era Magnus—. Miren, no me importa si están dormidos o haciendo cosas innombrables. Vístanse y vengán al salón. Ahora.

La mirada de Simon se encontró con la Isabelle, quien parecía perpleja como él.

—¿Qué está pasando?

—Sólo salgan aquí —dijo Magnus, y el sonido de sus pies retirándose sonó alto mientras se alejaba de su cuarto.

Isabelle rodó a un lado de Simon, para su decepción y suspiró.

—¿Qué crees que sea?

—No tengo idea —dijo Simon—. Reunión de emergencia del Equipo Bueno, supongo. —Había encontrado divertida la frase cuando Clary la había usado. Sin embargo, Isabelle sólo sacudió la cabeza y suspiró.

—No estoy segura de que haya tal cosa como un Equipo Bueno estos días —comentó.

La Lámpara de Hueso

*Traducido por DarkVishous
Corregido por Pamee*

Mientras la cabeza de la serpiente rodaba hacia Clary, una brillante luz cortó a través de ésta, casi cegándola. Un cuchillo serafín; su filo brillante cortó limpiamente la cabeza del demonio. La cabeza se desplomó, rociando veneno e icor. Clary rodó hacia un lado, pero algo de las sustancias tóxicas salpicaron su torso. El demonio se desvaneció antes de que sus dos mitades hubieran tocado el suelo. Clary se tragó un grito de dolor y se movió para ponerse de pie. Una mano apareció de repente en su campo de visión, una oferta para levantarla. *Jace*, pensó, pero al levantar la vista, se dio cuenta de que estaba mirando a su hermano.

—Vamos —le dijo Sebastian, con la mano alzada—. Hay más de ellos.

Ella tomó su mano y dejó que la ayudara a levantarse. Él también estaba salpicado de sangre de demonio, una cosa verde negruzca que quemaba donde tocaba, dejando parches chamuscados sobre su ropa. Mientras lo miraba, una de las cosas con cabeza de serpiente (demonios Elapid se dio cuenta tardíamente, recordando la ilustración de un libro), se irguió detrás de él, su cuello aplanado como el de una cobra. Sin pensarlo, Clary lo agarró por el cuello y lo empujó rápidamente fuera del camino; él se tambaleó mientras el demonio atacaba, y Clary se levantó a su encuentro con el puñal que había sacado del cinturón. Volvió el cuerpo a un lado mientras conducía la daga, evitando los colmillos de la criatura; sus siseos se convirtieron en gorgoteos, cuando se le clavó y arrastró la daga hacia abajo, abriendo a la criatura de la forma en que se limpiaba un pez. La ardiente sangre de demonio bañó su mano en un torrente caliente. Gritó, pero mantuvo el control sobre la daga mientras el Elapid se desvanecía de la existencia.

Se dio la vuelta. Sebastian estaba peleando contra otros Elapid en la puerta de la tienda; Jace estaba defendiéndose de dos junto a una muestra de cerámica antigua. Había fragmentos de cerámica esparcidos por el suelo. Clary levantó el brazo y lanzó el puñal como Jace le había enseñado a hacerlo. Éste se elevó por el aire y golpeó a una de las criaturas en el costado, enviándolo trepidando y chillando lejos de Jace. Jace volteó y, al verla, le guiñó un ojo antes de cortar la cabeza del demonio restante. Su cuerpo se desvaneció cuando colapsó y Jace, salpicado de sangre negra, sonrió.

Una oleada de algo pasó por Clary, una sensación de silbante euforia. Tanto Jace como Isabelle le habían hablado de la droga de la batalla, pero ella nunca la había

experimentado antes. Ahora lo hizo: se sentía todopoderosa, sus venas tarareaban, la fuerza se desenrollaba en la base de su espina dorsal. Todo parecía haberse ralentizado a su alrededor. Vio que el demonio Elapid lesionado giró y se volvió hacia ella, corriendo sobre sus pies insectiles, sus labios encrespándose alrededor sobre sus colmillos. Ella dio un paso atrás, arrancó la antigua bandera del lugar en el que estaba montada en la pared y la ensartó en la boca abierta y jadeante del Elapid. El mástil atravesó la parte posterior del cráneo de la criatura, y el Elapid desapareció, llevándose la bandera con él.

Clary se echó a reír a carcajadas. Sebastian, quien justo había acabado con otro demonio, se dio la vuelta al oír el sonido, y sus ojos se abrieron.

—¡Clary! ¡Detenlo! —gritó, y ella volteó para ver a Mirek, cuyas manos buscaban torpemente la puerta de la parte trasera de la tienda.

Ella echó a correr, sacando el cuchillo serafín mientras lo hacía.

—¡Nakir! —gritó, saltando sobre el mostrador, y se arrojó desde lo alto mientras su arma brillaba, resplandeciente. Aterrizó sobre el demonio Vetis, tirándolo al suelo. Uno de sus brazos como anguila intentó morderla, y Clary lo cortó con un movimiento aserrado de su cuchillo. Roció más sangre negra. El demonio la miró con sus ojos rojos, asustado.

—Detente —jadeó—. Podría darte lo que quisieras...

—Tengo todo lo que quiero —susurró, y bajó su cuchillo serafín. Se hundió en el pecho del demonio, y Mirek desapareció con un grito hueco. Clary cayó de rodillas en la alfombra.

Un momento después dos cabezas aparecieron a un lado del mostrador, mirándola: una rubia dorada y una rubia plateada, Jace y Sebastian. Jace estaba con los ojos abiertos, Sebastian estaba pálido.

—En Nombre del Ángel, Clary —susurró—. El *adamas*...

—Ah, ¿esa cosa que querías? Está justo aquí. —Había rodado bajo el mostrador. Clary la sostuvo en alto; un luminoso trozo de plata, manchado donde sus ensangrentadas manos lo habían tocado.

Sebastian juró con alivio y agarró el *adamas* de sus manos mientras Jace saltaba sobre el mostrador con un solo movimiento y caía al lado de Clary. Se arrodilló y se acercó, pasando sus manos sobre ella, sus ojos oscurecidos con preocupación. Ella capturó sus muñecas.

—Estoy bien —le dijo. Su corazón latía con fuerza, su sangre seguía cantando en sus venas. Él abrió la boca para decir algo, pero ella se inclinó hacia adelante y puso sus manos en ambos lados de su rostro, clavándole las uñas —. Me siento bien. —Lo miró, desgreñado, sudoroso y sangriento como estaba, quiso besarlo. Quería...

—Está bien, ustedes dos —interrumpió Sebastian. Clary se apartó de Jace y miró a su hermano. Les sonreía, girando perezosamente el *adamas* en una mano—. Mañana usaremos esto —dijo, asintiendo hacia éste—. Pero esta noche, una vez que hayamos limpiados un poco, vamos a celebrar.

Simon caminó descalzo hacia la sala de estar, con Isabelle tras él, para encontrar un cuadro sorprendente. El círculo y el pentagrama en el centro del piso brillaban con una luz de color plata brillante, como el mercurio. El humo se elevaba desde el centro, una alta columna negra rojiza, con la punta blanca. La habitación entera olía a quemado. Magnus y Alec estaban fuera del círculo, y con ellos Maia y Jordan, quienes, dado los abrigos y gorros que llevaban, lucían como si acabaran de llegar.

—¿Qué está pasando? —preguntó Isabelle, estirando sus largas extremidades con un bostezo—. ¿Por qué todo el mundo está viendo *Pentagram Channel*?

—Espera sólo un segundo —dijo un Alec sombrío—. Ya lo verás.

Isabelle se encogió de hombros y sumó su mirada a las demás. Mientras todo el mundo miraba, el humo blanco comenzó a girar rápido, luego más rápidamente, un mini-tornado que atravesó el centro del pentagrama, dejando tras él unas palabras que deletreaban en marcas de quemaduras:

¿HAS TOMADO YA TU DECISIÓN?

—Eh —dijo Simon—. ¿Ha estado haciendo eso durante toda la mañana?

Magnus levantó los brazos. Llevaba pantalones de cuero y una camisa con un rayo metálico en zigzag.

—Toda la noche, también.

—¿Sólo haciendo la misma pregunta una y otra vez?

—No, dice cosas diferentes. A veces maldice. Azazel parece estar teniendo algo de diversión.

—¿Puede oírnos? —Jordan ladeó la cabeza—. Hola, chico demonio.

Las letras de fuego se reorganizaron. HOLA, HOMBRE LOBO.

Jordan dio un paso atrás y miró a Magnus.

—¿Esto... es normal?

Magnus parecía profundamente infeliz.

—Es más que decididamente no normal. Nunca había llamado a un demonio tan poderoso como Azazel, pero aun así... lo hice a través de la literatura, y no puedo encontrar un ejemplo de que esto haya ocurrido antes. Se está poniendo fuera de control.

—Azazel debe ser enviado de vuelta —dijo Alec—. Algo así como permanentemente de vuelta. —Negó con la cabeza—. Quizás Jocelyn estaba en lo cierto. Nada bueno puede salir de convocar demonios.

—Estoy bastante seguro de que yo vengo de alguien que convocó un demonio —señaló Magnus—. Alec, he hecho esto cientos de veces. No sé por qué esta vez sería diferente.

—Azazel no puede salir, ¿o sí? —preguntó Isabelle—. Del pentagrama, quiero decir.

—No —contestó Magnus—, pero no debería ser capaz de hacer cualquiera de las otras cosas que está haciendo.

Jordan se inclinó hacia adelante, sus manos sobre las rodillas de sus jeans azules.

—¿Qué se siente estar en el Infierno, amigo? —preguntó—. ¿Calor o frío? He oído que ambos.

No hubo respuesta.

—Buen trabajo, Jordan —dijo Maia—. Creo que lo molestaste.

Jordan se asomó al borde del pentagrama.

—¿Puede decir el futuro? Entonces, pentagrama, ¿nuestra banda va a tener éxito?

—Es un demonio del Infierno, no una Mágica Bola 8, Jordan —dijo Magnus irritado—. Y mantente alejado de los bordes del pentagrama. Convoca a un demonio y atrápalo en un pentagrama, y no puede hacerte daño. Pero da un paso dentro, y te pondrás en el rango de poder del demonio...

En ese momento, la columna de humo comenzó a fusionarse. Magnus alzó la cabeza y Alec se puso de pie, casi cayéndose de la silla, mientras el humo tomaba la forma de Azazel. Su traje se formó primero: un tela con rayas gris y plateadas, con elegantes puños, y luego lo llenó; la llama de sus ojos fue lo último en aparecer. Miró a su alrededor con evidente placer.

—La pandilla está aquí, ya veo —dijo—. Entonces, ¿han llegado a una decisión?

—Así es —contestó Magnus—. No creemos que vayamos a necesitar tus servicios. Gracias de todos modos.

Hubo un silencio.

—Puedes irte ahora. —Magnus movió los dedos en un adiós—. Gracias.

—No lo creo —dijo Azazel gratamente, sacando su pañuelo y puliendo sus uñas con éste—. Creo que me quedaré, me gusta estar aquí.

Magnus suspiró y dijo algo a Alec, que fue a la mesa y volvió con un libro que le entregó al brujo. Magnus lo volcó abierto y comenzó a leer.

—*Maldito espíritu, fuera de aquí. Regresa, pues, a la esfera de humo y llamas, de cenizas y...*

—Eso no funciona conmigo —dijo el demonio con voz aburrida—. Sigue adelante e inténtalo, si lo deseas. Todavía estaré aquí.

Magnus le miró con los ojos ardientes de ira.

—No puedes obligarnos a negociar.

—Puedo intentarlo. Difícilmente tengo algo mejor en lo que ocupar...

Azazel se interrumpió cuando una familiar forma atravesó la habitación. Era Presidente Míau, pisándole los talones a lo que parecía un ratón. Mientras todo el mundo miraba con sorpresa y horror, el pequeño gato se lanzó a través de las líneas del pentagrama... y Simon, actuando por instinto más que por un pensamiento racional, saltó hacia el pentagrama y lo cogió en brazos.

—¡Simon! —Supo sin darse la vuelta de que se trataba de Isabelle, su grito fue anhelante. Volteó para mirarla mientras se llevaba una mano a la boca y lo observaba con los ojos muy abiertos. Todas estaban mirando. El rostro de Izzy estaba blanco por el horror, incluso Magnus parecía inestable.

Convoca a un demonio y atrápalo en un pentagrama, y no puede hacerte daño. Pero da un paso dentro, y te pondrás en el rango de poder del demonio.

Simon sintió un golpecito en el hombro. Dejó caer a Presidente Miau cuando giró, y el pequeño gato manchado salió fuera del pentagrama y cruzó la habitación para esconderse debajo de un sofá. Simon levantó la vista. El enorme rostro de Azazel se cernía sobre él. Con esa cercanía, Simon pudo ver las grietas en la piel del demonio, iguales a las grietas del mármol, y las llamas en la profundidad de las cavidades de los ojos de Azazel. Cuando Azazel sonrió, Simon vio que cada uno de sus dientes tenía puntas de agujas de hierro.

Azazel exhaló. Una nube de azufre caliente se extendió alrededor de Simon. Era vagamente consciente de la voz de Magnus, subiendo y bajando en un cántico, e Isabelle gritando algo mientras las manos del demonio lo sujetaban alrededor de los brazos. Azazel levantó a Simon del suelo, lo dejó con los pies colgando en el aire... y lo arrojó.

O lo intentó. Sus manos se soltaron de Simon; éste cayó al suelo en cuclillas cuando Azazel salió disparado hacia atrás y pareció chocar contra una barrera invisible. Hubo un sonido de piedra rompiéndose. Azazel cayó de rodillas, luego, se puso dolorosamente de pie. Miro hacia arriba con un rugido, sus dientes destellando, y caminó hacia Simon; quien, dándose cuenta tardíamente de lo que estaba pasando, alzó una temblorosa mano y empujó el cabello de su frente hacia atrás.

Azazel paró en seco. Sus manos, las uñas con las puntas del mismo hierro afilado de sus dientes, se torcieron hacia sus lados.

—Errante —suspiró—. ¿Eres tú?

Simon permaneció congelado. Magnus seguía cantando suavemente en el fondo, pero todo el mundo estaba en silencio. Simon tenía miedo de mirar a su alrededor, de captar la atención de cualquiera de sus amigos. Clary y Jace, pensó, ya habían visto el trabajo de la marca, su ardiente fuego. Nadie más lo había hecho. No era de extrañar que estuvieran sin palabras.

—No —dijo Azazel, el fuego de sus ojos reduciéndose—. No, tú eres demasiado joven, y el mundo demasiado viejo. Pero, ¿quién se atrevería a situar la marca del Cielo en un vampiro? ¿Y por qué?

Simon bajó la mano.

—Tócame otra vez y lo averiguaras —lo retó.

Azazel hizo un sonido retumbante mitad risa, mitad asco.

—No lo creo —dijo—. Si has incursionado en doblegar la voluntad del Cielo, ni siquiera mi libertad es un juego que valga la pena por aliar mi destino con el tuyo. —Miró a su alrededor en la habitación—. Están todos locos. Buena suerte, niños humanos. La van a necesitar.

Y se desvaneció en un estallido de llamas, dejando humo negro y el punzante hedor de azufre detrás.

—No te muevas —dijo Jace, y tomando la daga Herondale, cortó la blusa de Clary con la punta, desde el cuello hasta el dobladillo. Tomó las dos mitades y las empujó cuidadosamente por sus hombros, dejándola sentada en el borde del fregadero sólo en jeans y camisola. La mayor parte del icor y el veneno había tocado sus jeans y chaqueta, pero la frágil blusa de seda estaba destrozada. Jace la dejó caer en el fregadero, donde chisporroteó en el agua, y puso la estela sobre su hombro, trazando los contornos de la runa de curación ligeramente.

Ella cerró los ojos, sintiendo la quemadura de la runa, y luego una oleada que alivió el dolor y se extendió por sus brazos y espalda. Era como *Novocain*, pero sin hacerla sentir adormecida.

—¿Mejor? —preguntó Jace.

Abrió los ojos.

—Mucho. —No era perfecto, pues el *iratze* no tenía mucho efecto sobre las quemaduras causadas por veneno de demonio, pero éstas tendían a sanar rápidamente en la piel de un Cazador de Sombras. En el momento sólo picaba un poco, y Clary, todavía sintiéndose drogada por la batalla, apenas lo notó—. ¿Tu turno?

Él sonrió y le ofreció la estela. Estaban en la parte trasera de la tienda de antigüedades. Sebastian había ido a cerrar y a apagar las luces delanteras, para no atraer la atención de los mundanos. Estaba muy emocionado por “celebrar” y cuando los había dejado, había debatido la posibilidad de volver al apartamento y cambiarse, o ir directamente al club nocturno en Malá Strana.

Si hubo una parte que Clary lo sintiera incorrecto, la idea de celebrar algo, se perdió en el tarareo de su sangre. Era increíble que luchar junto con *Sebastian*, de todas las personas, hubiera hecho lo necesario para accionar el interruptor dentro de ella que parecía encender sus instintos de Cazadora de Sombras. Quería saltar edificios de un solo impulso, hacer centenares de volteretas, aprender a tijeretear con sus dagas como Jace. En cambio, tomó la estela que él le ofrecía y le dijo:

—Quítate la camisa, entonces.

La subió sobre su cabeza y ella trató de permanecer inmutable. Tenía un largo corte recorriendo un lado, de un furioso rojo púrpura en los bordes, y las quemaduras de sangre de demonio cruzaban su clavícula y su hombro derecho. Sin embargo, él era la persona más hermosa que había conocido. Piel de pálido oro, anchos hombros, cadera y cintura estrechas; esa delgada línea de cabello que iba desde el ombligo hasta la cintura de sus jeans. Alejó los ojos de él y puso la estela en su hombro, tallando laboriosamente en su piel la que tenía que ser la millonésima curación que jamás había recibido.

—¿Bueno? —preguntó cuando terminó.

—Hmm. —Él se inclinó, y ella pudo oler su aroma: sangre y carboncillo, sudor, y el jabón barato que había encontrado en el fregadero—. Me gustó eso —dijo él—. ¿A ti no? ¿Luchar juntos de esa manera?

—Fue... intenso. —Él ya estaba entre sus piernas; se acercó, sus dedos serpentearon la cintura de sus jeans. Las manos de ella revolotearon sobre sus hombros, y vio el brillo de las hojas del anillo de oro, en su dedo. Eso la desembriagó un poco. *No te distraigas, no te pierdas en esto. No es Jace, no es Jace, no es Jace.*

Sus labios rozaron los de ella.

—Pienso que fue increíble. Tú estuviste increíble.

—Jace —susurró, y luego hubo un golpe en la puerta. Jace saltó de la sorpresa, y ella se deslizó hacia atrás, golpeando el grifo que se abrió inmediatamente, rociándolos a los dos con agua. Ella lanzó un grito de sorpresa, y Jace se echó a reír, volteándose hacia la puerta abierta mientras Clary cerraba el grifo.

Era Sebastian, por supuesto. Parecía muy limpio, teniendo en cuenta lo que había pasado. Se había quitado la chaqueta de cuero teñido a favor de un abrigo de estilo militar antiguo que, sobre su camisa, le daba un aspecto de una elegante tienda de segunda mano. Llevaba algo en las manos, algo negro y brillante.

Él arqueó sus cejas.

—¿Hay alguna razón por la que acabes de lanzar a mi hermana al fregadero?

—Estaba levantándola —dijo Jace, agachándose para agarrar la camisa y poniéndosela de nuevo. Al igual que Sebastian, la capa exterior de ropa había sufrido la mayor parte de los daños, su camisa estaba desgarrada en el lado, donde la garra del demonio lo había rasgado.

—Te traje algo para que lo uses —dijo Sebastian, entregando lo negro brillante a Clary, quien se había zafado del fregadero y ahora estaba de pie, chorreando agua y jabón en el suelo de las baldosas—. Es vintage. Parece de tu talla.

Sorprendida, Clary le entregó a Jace su estela y tomó la prenda que le ofrecían. Era un vestido, una túnica, negra azabache, en realidad, con elaboradas correas de cuentas y un dobladillo de encaje.

Las correas eran ajustables, y la tela elástica era suficiente para que ella sospechara que Sebastian estaba en lo cierto, era probable que le quedara. A una parte de ella no le gustaba la idea de usar algo que Sebastian hubiera elegido, pero no podía ir a un club con una camisola desintegrada y unos jeans empapados, exactamente.

—Gracias —dijo finalmente—. Está bien, los dos salgan de aquí mientras me cambio.

Se marcharon, cerrando la puerta tras ellos. Podía oírlos, las voces altas de los muchachos, y aunque no podía oír las palabras, notó que estaban haciéndose bromas. Cómodamente, familiarmente. Era tan extraño, pensó, mientras se despegaba de los jeans y la camisola, y deslizaba el vestido por la cabeza. Jace, quien casi nunca se abría con otra persona, se estaba riendo y bromeando con Sebastian.

Se volvió para mirarse al espejo. El negro aclaraba el color de su piel, hacía que sus ojos se vieran grandes y oscuros, y su pelo rojizo, sus brazos y piernas largas, delgadas y pálidas. Sus ojos estaban manchados con una oscura sombra. Las botas que había

estado usando debajo de sus jeans añadían cierta dureza al conjunto. No estaba segura de lucir bonita exactamente, pero lucía como alguien con quien no debían meterse.

Se preguntó si Isabelle lo aprobaría.

Abrió la puerta del baño y salió. Estaba en la parte oscura de la tienda, donde toda la basura que no se encontraba al frente estaba tirada descuidadamente. Una cortina de terciopelo la separaba del resto del establecimiento. Jace y Sebastian estaban al otro lado de la cortina, hablando, aunque aún no podía distinguir las palabras. Corrió la cortina a un lado y salió.

Las luces estaban encendidas, aunque el toldo metálico había caído en el frente del vidrio, haciendo el interior invisible para los transeúntes. Sebastian estaba mirando las cosas en los estantes, con sus largas manos desmontaba cuidadosamente objeto tras objeto, sometiéndolos a una superficial inspección y volviéndolos a poner en el estante.

Jace fue el primero en ver a Clary. Vio cómo se encendían sus ojos, y recordó la primera vez que la había visto con un vestido, ropa de Isabelle, camino a la fiesta de Magnus. En ese momento, sus ojos viajaron lentamente por sus botas, sus piernas, cadera, cintura, pecho y se posó en su rostro. Él sonrió perezosamente.

—Podría señalarte que eso no es un vestido, es ropa interior —dijo él—, pero dudo que sea lo mejor para mí.

—¿Necesito recordarte —preguntó Sebastian—, que *ésa es mi hermana*?

—La mayoría de los hermanos estarían encantados de ver a un caballero tan acicalado como yo, escoltando a sus hermanas por la ciudad —dijo Jace, agarrando una chaqueta militar de uno de los bastidores y deslizándolo sobre sus brazos—.

—¿Escoltar? —hizo eco Clary—. Luego me dirás que eres un canalla y un libertino.

—Y luego habrá pistolas al amanecer —dijo Sebastian, caminando hacia la cortina de terciopelo—. Ya vuelvo. Tengo que lavar la sangre de mi cabello.

—Quisquilloso, quisquilloso —le gritó Jace con una sonrisa, y luego se acercó a Clary, y la apretó contra él. Su voz se convirtió en un susurro—. ¿Recuerdas cuando fuimos a la fiesta de Magnus y saliste al vestíbulo con Isabelle, y Simon casi tuvo un ataque de apoplejía?

—Gracioso, estaba pensando en lo mismo. —Echó la cabeza para mirarlo—. No recuerdo que dijeras algo sobre la forma en que me veía.

Sus dedos se deslizaron por debajo de las tiras de su vestido como túnica, las puntas rozaron su piel.

—No pensé que te gustara mucho. Y no creo que una descripción detallada de todas las cosas que quería hacerte, dichas frente a una audiencia, hubieran sido algo que cambiaran tu opinión.

—¿No creíste que me *gustaras*? —Su voz se elevó con incredulidad—. Jace, ¿Cuándo no le has gustado a una chica?

Se encogió de hombros.

—Sin duda, los manicomios del mundo están llenos de mujeres desafortunadas que no han podido ver mis encantos.

Una pregunta flotaba en la punta de su lengua, una que siempre había querido preguntarle, pero nunca había hecho. Después de todo, ¿qué importaba realmente lo que había hecho antes de conocerla? Como si pudiera leer la expresión de su rostro, sus ojos dorados se suavizaron un poco.

—Nunca me importó lo que las chicas pensarán de mí —dijo él—. No antes de ti.

Antes de ti. La voz de Clary se sacudió un poco.

—Jace, me pregunto...

—Su juego verbal previo es aburrido y molesto —dijo Sebastian, reapareciendo en torno a la cortina de terciopelo, su cabello plateado húmedo y despeinado—. ¿Listos para salir?

Clary dio un paso lejos de Jace, ruborizándose; Jace lo miró imperturbable.

—Nosotros somos los que hemos estado esperándote.

—Parece que has encontrado una forma de pasar el tiempo agonizante. Ahora vamos. Vámonos. Se los digo, les va a *encantar* este lugar.

—Nunca me van a devolver el depósito de garantía —se lamentó Magnus. Estaba sentado sobre la mesa, entre las cajas de pizza y tazas de café, mirando como el resto del Equipo Bueno hacía todo lo posible para limpiar la destrucción causada por la aparición de Azazel: los agujeros humeantes en la pared, la sulfurosa cosa negra y pegajosa que goteaba de las tuberías del techo, la ceniza y otras sustancias negras y granuladas que había en el suelo. Presidente Miau estaba tendido en el regazo del brujo, ronroneando. Magnus estaba fuera del servicio de limpieza porque había permitido que su apartamento fuera medio destruido; Simon estaba fuera de la limpieza porque después del incidente del pentagrama nadie parecía saber muy bien qué hacer con él. Había intentado hablar con Isabelle, pero ella sólo había sacudido el trapeador hacia él de forma amenazante.

—Tengo una idea —dijo Simon. Estaba sentado junto a Magnus, con los codos sobre las rodillas—. Pero no les va a gustar.

—Tengo la sensación de que tienes razón, Sherwin.

—Simon. Mi nombre es Simon.

—Lo que sea. —Magnus agitó una mano delgada—. ¿Cuál es tu idea?

—Tengo la Marca de Caín —dijo Simon—. Eso significa que nada puede matarme, ¿verdad?

—Puedes suicidarte —comentó Magnus, un poco inútilmente—. Hasta donde yo sé, los objetos inanimados pueden matar por accidente. Así que si estás planeando aprender lambada en una plataforma engrasada sobre una fosa llena de cuchillos, no lo haría.

—Ahí se va mi sábado.

—Pero nada más puede matarte —dijo Magnus. Sus ojos se habían alejado de Simon, y miraba a Alec, que parecía estar luchando contra un trapeador—, ¿por qué?

—Lo que ocurrió en el pentagrama, con Azazel, me hizo pensar —dijo Simon—. Tú dijiste que convocar ángeles es más peligroso que convocar demonios, ya que podría castigar a la persona que la convocó, o quemarla con el Fuego Celestial. Pero si yo lo hiciera... —su voz se apagó—. Bueno, estaría a salvo, ¿no?

Eso atrajo la atención de Magnus otra vez.

—¿Tú? ¿Convocar a un ángel?

—Puedes enseñarme cómo —dijo Simon—. Sé que no soy un brujo, pero Valentine lo hizo. Si lo hizo, ¿no debería ser capaz? Quiero decir, hay seres humanos que pueden hacer magia.

—No puedo prometerte que vayas a vivir —dijo Magnus, pero había una chispa de interés en su voz contrastando con su advertencia—. La marca es una protección del Cielo, pero ¿puede protegerte contra el mismo Cielo? No sé la respuesta.

—No creía que la supieras. Pero, estás de acuerdo con que, de todos nosotros, sea el que probablemente tenga la mejor oportunidad, ¿no?

Magnus miró a Maia, quien estaba salpicando agua sucia a Jordan y riendo mientras él se retorció, aullando. Ella se apartó el pelo rizado, dejando un oscuro rastro de tierra por su frente. Se veía joven.

—Sí —dijo Magnus a regañadientes—. Es probable que la tengas.

—¿Quién es tu padre? —preguntó Simon.

Los ojos de Magnus se volvieron hacia Alec. Eran verdes dorados, tan ilegibles como los ojos del gato que ocupaba su regazo.

—No es mi tema favorito, Smedley.

—Simon —lo corrigió—. Si voy a morir por todos ustedes, lo menos que puedes hacer es recordar mi nombre.

—No vas a morir por mí —dijo Magnus—. Si no fuera por Alec, estaría...

—¿Estarías dónde?

—Tuve un sueño —dijo Magnus, sus ojos estaban distantes—. Vi una ciudad toda de sangre, con torres hechas de huesos, y la sangre corría por las calles como agua. Tal vez puedas salvar a Jace, Daylighter, pero no puedes salvar al mundo. La oscuridad se acerca. 'Una tierra de oscuridad, como la oscuridad misma, y la sombra de la muerte, sin ningún tipo de orden, y donde la luz es como la oscuridad'. Si no fuera por Alec, me iría de aquí.

—¿A dónde irías?

—A ocultarme. A esperar que todo se calme. No soy un héroe.

Magnus tomó a Presidente Miau y lo dejó en el suelo.

—Amas a Alec lo suficiente para quedarte —dijo Simon—. Eso es algo heroico.

—Tú amabas a Clary lo suficiente para arruinar tu vida por ella —dijo Magnus con una amargura que no era característica de él—. Mira dónde te llevó eso. —Alzó su voz—. Muy bien, todo el mundo. Vengan aquí. Sheldon tuvo una idea.

—¿Quién es Sheldon? —preguntó Isabelle.

Las calles de Praga estaban frías y oscuras, y aunque Clary mantenía su abrigo quemado con icor alrededor de sus hombros, encontró que el helado aire reducía el bullicioso zumbido de sus venas, silenciando los restos del furor de la batalla. Compró una copa de vino caliente para mantener el zumbido en curso, envolviendo sus manos alrededor de ésta para calentarse mientras ella, Jace y Sebastian se perdían en un retorcido laberinto cada vez más estrecho y oscuro en las antiguas calles. No había señaléticas o nombres, y no había peatones; la única constante era la luna moviéndose a través de las espesas nubes. Al final, un tramo poco profundo de escalones de piedra los dirigió a una pequeña plaza, uno de sus lados estaba iluminado por una pequeña señal de neón que decía KOSTI LUSTR. Debajo de la señal la puerta estaba abierta, un espacio en blanco en la pared que lucía como una boca sin diente.

—¿Qué significa eso, 'Kosti Lustr'? —preguntó Clary.

—Significa 'La Lámpara de Hueso'. Es el nombre del club nocturno —contestó Sebastian, avanzando lentamente. Su pelo claro reflejaba los colores cambiantes de la señal de neón; rojo vivo, frío azul, oro metálico—. ¿Vienes?

Un muro de silencio y luz golpearon a Clary al entrar el club. Era grande, un estrecho espacio que parecía haber sido el interior de una iglesia. Todavía podía ver los ventanales en lo alto de las paredes. Unas luces de colores en movimiento hacían destacar rostros llenos de encanto en la agitada multitud, iluminándolos de uno en uno de color rosa, verde neón, violeta ardiente. Había una cabina de DJ junto a la pared y la música trance atacaba por los altavoces. La música retumbaba a través de sus pies, en su sangre, vibraba en sus huesos. La habitación estaba caliente con el empuje de los cuerpos y había olor a sudor, a humo y a cerveza.

Estaba a punto de girar y preguntarle a Jace si quería bailar, cuando sintió una mano en la espalda. Era Sebastian. Se tensó pero no se apartó.

—Vamos —le dijo al oído—. No vamos a quedarnos parados aquí con la plebe.

Su mano era como el hierro presionada contra su columna vertebral. Dejó que la mano la impulsara hacia adelante, a través de los bailarines; la multitud pareció dividirse para dejarlos pasar, las personas levantaron la vista para echar un vistazo a Sebastian, luego, dejaron caer la mirada, retrocedieron. El calor aumentó, y Clary estaba casi sin aliento para el momento en que llegaron al otro lado del salón. Había un arco allí que no había notado antes. Una serie de escalones gastados de piedra llevaban hacia abajo, curvándose a la distancia en la oscuridad.

Levantó la vista cuando Sebastian apartó la mano de su espalda. La luz brillaba alrededor. Jace había sacado su piedra de luz mágica. Sonrió, su rostro era todos ángulos y sombras en la dura y centrada luz.

—'Fácil es el descenso,' —dijo él.

Clary se estremeció, pues conocía la frase completa. *Fácil es el descenso al Infierno.*

—Vamos, —Sebastian hizo un gesto con la cabeza, y luego se movió hacia abajo, elegante y con paso seguro, sin preocuparse de resbalarse en las piedras alisadas por la edad. Clary le siguió el paso un poco más despacio. El aire se hacía más frío a medida que bajaba, y el sonido de la palpitante música se desvaneció. Podía oír sus respiraciones, y ver sus sombras proyectadas, distorsionadas y delgadas contra las paredes.

Oyó una nueva música antes de llegar a la parte inferior de las escaleras. Tenía un ritmo aún más insistente que la música en el club del piso de arriba; se disparó a través de sus oídos y sus venas y la hizo girar. Estaba casi mareada en el momento en que llegó al último escalón, y salió a una enorme sala que la dejó sin aliento.

Todo era de piedra, las paredes desiguales e irregulares, el suelo suave bajo sus pies. Una gran estatua de un ángel con alas negras se elevaba a lo largo de la pared del fondo, con la cabeza perdida entre las sombras, las alas goteando cadenas de granate que parecían gotas de sangre. Explosiones de color y luz estallaban como petardos en toda la habitación, nada que ver con la luz de arriba, éstas eran hermosas, brillantes como fuegos artificiales, y cada vez que una explotaba, llovía un brillo deslumbrante sobre la multitud que bailaba debajo. Grandes fuentes de mármol rociaban agua cristalina; negros pétalos de rosas iban a la deriva en la superficie, y por encima de todo, colgando de un delgado cordón largo de oro desde el piso lleno de bailarines, había una enorme lámpara hecha de huesos.

Era tan intrincada como horrible. El cuerpo principal de la lámpara estaba formado por columnas vertebrales, fusionadas; fémures y tibias goteaban como decoración, de los brazos del artículo, los que se juntaban para acunar cráneos humanos, cada uno con una enorme vela. Cera negra goteaba como sangre de demonio, salpicando a los bailarines de abajo, ninguno de los cuales parecía darse cuenta. Y los bailarines que giraban y giraban y aplaudían, no eran humanos.

—Hombres lobo y vampiros —explicó Sebastian, respondiendo a la pregunta no formulada de Clary—. Son aliados en Praga. Este es lugar donde ellos... descansan.

Una cálida brisa soplaba a través de la habitación, como el viento del desierto; levantó su cabello plateado y lo lanzó sobre sus ojos, ocultando su expresión.

Clary se escurrió de su abrigo y lo apretó sobre su pecho casi como un escudo. Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. Podía sentir lo no humano de los demás en la habitación, los vampiros con su palidez y su gracia lánguida; los hombres lobo, feroces y rápidos. La mayoría eran jóvenes, bailaban cerca, retorciéndose de arriba a abajo, un cuerpo junto al otro.

—Pero... ¿no les importa que estemos aquí? ¿Nefilim?

—Me conocen —dijo Sebastian—. Y sabrán que estás conmigo. —La alcanzó y sacó el su abrigo de su agarre—. Voy a buscar donde colgar esto por ti.

—Sebastian... —Pero ya se había ido, dentro de la multitud.

Ella miró a Jace a su lado. Tenía los pulgares metidos en el cinturón y miraba a su alrededor con interés causal.

—¿Revisar abrigos de vampiros?

—¿Por qué no? —Sonrió Jace—. Te habrás dado cuenta de que no se ofreció a llevar mi abrigo. La caballerosidad está muerta, te lo digo. —Echó la cabeza hacia un lado con expresión burlona—. Lo que sea. Probablemente haya alguien aquí con quien tenga que hablar.

—¿Así que esto no es sólo por diversión?

—Sebastian nunca hace algo sólo por diversión. —Jace la cogió de las manos y tiró de ella hacia él—. Pero yo sí.

Para completa falta de sorpresa de Simon, nadie se mostró entusiasmado con el plan. Hubo un ruidoso coro de desaprobación, seguido por un clamor de voces que trataban de hablar con él, y las preguntas, la mayoría dirigidas a Magnus, eran sobre la seguridad de la iniciativa. Simon apoyó los codos sobre las rodillas y esperó que acabaran.

Finalmente, sintió un suave toque en el brazo. Se dio la vuelta, y para su sorpresa era Isabelle. Le hizo un gesto para que la siguiera.

Acabaron en las sombras cerca de uno de los pilares mientras la disputa seguía furiosa tras ellos. Ya que Isabelle había sido una de las más fuertes disidentes, se preparó para plantarle cara. Sin embargo, ella sólo lo miró con la boca apretada.

—Está bien —dijo él, finalmente, odiando el silencio—. Supongo que no estás muy contenta conmigo ahora.

—¿Supones? Patearía tu culo, vampiro, pero no quiero arruinar mis nuevas botas caras.

—Isabelle...

—No soy tu novia.

—Bien —dijo Simon, aunque no pudo evitar una punzada de decepción—. Lo sé.

—Y nunca he envidiado el tiempo que pasaste con Clary. Incluso te alenté. Sé lo mucho que te preocupas por ella, y lo mucho que ella se preocupa por ti. Pero esto de lo que estás hablando... esto es un riesgo demente. ¿Estás seguro?

Simon miró a su alrededor: el desordenado apartamento de Magnus, el pequeño grupo en una esquina discutiendo sobre su destino.

—Esto no se trata sólo de Clary.

—Bueno, no se trata de tu madre, ¿verdad? —preguntó Isabelle—. ¿De qué te haya llamado monstruo? No tienes nada que demostrar, Simon. Ése es su problema, no el tuyo.

—No es así. Jace salvó mi vida. Se lo debo.

Isabelle lo miró sorprendida.

—¿No estás haciendo esto sólo para devolvérselo, verdad? Porque creo que a estar alturas todo es muy parejo.

—No, no completamente —contestó—. Mira, todos conocemos la situación. Sebastian no puede andar corriendo libremente, no es seguro, la Clave tiene mucha razón en eso. Pero sí él muere, Jace muere. Y sí Jace muere, Clary...

—Ella va a sobrevivir —dijo Isabelle, su voz rápida y dura—. Es fuerte y resistente.

—Estará herida, tal vez para siempre. No quiero que sufra un daño como ése. No quiero que tú lo sufras.

Isabelle se cruzó de brazos.

—Por supuesto que no. ¿Pero crees que ella no va a resultar lastimada, Simon, si algo que te sucede?

Simon se mordió el labio. En realidad no había pensando en eso. No así.

—¿Qué hay sobre ti?

—¿Sobre mí?

—¿Sufrirás si algo me sucede?

Ella lo miraba, con la espalda recta, el mentón firme. Pero sus ojos brillaban.

—Sí.

—Pero quieres que ayude a Jace.

—Sí, quiero eso, también.

—Tienes que dejarme hacer esto —le pidió—. No se trata sólo de Jace, o de ti y Clary, aunque todos son gran parte de ello. Es porque creo que la oscuridad está por venir. Creo en lo que Magnus dice, reo que Raphael de verdad teme una guerra, creo que estamos viendo una pequeña pieza del plan de Sebastian, pero no creo que sea una coincidencia que se haya llevado a Jace cuando se fue, o el que él y Jace estén vinculados. Él sabe que necesitamos a Jace para ganar la guerra. Él sabe lo que es Jace.

Isabelle no lo negó.

—Eres tan valiente como Jace.

—Tal vez —dijo Simon—. Pero no soy Nefilim, no puedo hacer lo que él hace. Y no significo tanto para tantas personas.

—Destinos especiales y tormentos especiales —susurró Isabelle—. Simon... significas mucho para mí.

Él extendió la mano, y ahuecó ligeramente su mejilla.

—Eres una guerrera, Iz; es lo que haces, es lo que eres. Pero si no puedes luchar contra Sebastian porque hiriéndolo lastimarías a Jace, no puedes pelear la guerra, y si tienes que matar a Jace para ganar la guerra, creo que matarás una parte de tu alma. Y no quiero ver eso, no si puedo hacer algo para cambiarlo.

Ella tragó saliva.

—No es justo —dijo—. Esto que tienes tú...

—Es mi elección hacer esto. Jace no tiene elección. Si él muere, es por algo con lo que no tuvo nada que ver, realmente.

Isabelle resopló. Descruzó los brazos y lo tomó por el codo.

—Muy bien —dijo—. Vamos.

Se dirigió al grupo, que interrumpió su discusión y los miró cuando ella se aclaró la garganta, como si no se hubieran dado cuenta de que los dos habían desaparecido hasta ese momento.

—Es suficiente —dijo—. Simon ya ha hecho su decisión, y la decisión es suya. Va a convocar a Raziél, y vamos a ayudarlo en todo lo que podamos.

Bailaron. Clary trató de perderse en el ritmo retumbante de la música, en el flujo de su sangre en sus venas, de la manera en la que lo había hecho una vez en Pandemónium con Simon. Por supuesto, Simon había sido un bailarín bastante terrible, y Jace era excelente. Suponía que tenía sentido, con toda la capacitación de control en la lucha y su cuidadosa gracia, no había mucho que su cuerpo no hiciera.

Cuando echó la cabeza hacia atrás, su cabello estaba oscurecido por el sudor, pegado a sus sienes, y la curva de su garganta brillaba a la luz de la lámpara de hueso. Vio la forma en que los otros bailarines lo miraban: con apreciación, especulación, un hambre depredadora. Una posesión que no pudo nombrar ni controlar se levantó a su interior. Se acercó a él, deslizando su cuerpo de la forma en la que había visto hacer a las chicas en la pista de baile, pero nunca había tenido la osadía de intentar. Siempre había estado convencida de que conseguiría enredar su cabello en la hebilla del cinturón de alguien, pero las cosas ahora eran diferentes. Sus meses de entrenamiento no daban resultado sólo en una pelea, sino que cada vez que tenía que utilizar el cuerpo. Se sentía fluida, controlada, de una manera que nunca antes se había sentido. Apretó su cuerpo contra el de Jace.

Sus ojos habían estado cerrados; los abrió mientras una explosión de colores iluminaba la oscuridad por encima de ellos. Gotas metálicas cayeron sobre ellos, y quedaron atrapadas en el cabello de Jace, brillando sobre su piel como el mercurio. Tocó con sus dedos una líquida gota plateada de su clavícula y se lo mostró a ella, curvando los labios.

—¿Recuerdas lo que te dije la primera vez en Taki's? ¿Acerca de la comida de hadas?

—Recuerdo que dijiste que corriste por la Avenida Madison desnudo con astas en la cabeza —dijo Clary, parpadeando la plata de sus pestañas.

—No creo que se haya demostrado que el de la historia era yo. —Sólo Jace podía hablar mientras bailaba y no hacerlo lucir incómodo—. Bueno, estas cosas... —Sacudió el líquido plateado que se mezclaba con su cabello y su piel, pintándolo con metal— es como eso. Pueden ponerte...

—¿Eufórico?

La miraba con sus ojos oscurecidos.

—Puede ser divertido. —Otra de las cosas floreadas a la deriva estalló sobre sus cabezas; estas salpicaduras eran azul plateado, como agua. Jace lamió una que cayó en su mano, estudiándola.

Euforia. Clary nunca había consumido drogas, ni siquiera bebía. Quizá sí, si contabas la botella de Kahlúa que ella y Simon habían sacado de contrabando del gabinete de licores de su madre y bebido cuando sólo tenían trece años. Habían terminado tremendamente enfermos luego, de hecho, Simon había vomitado sobre un seto. No había valido la pena, pero podía recordar la sensación de estar mareada, risueña y feliz sin ninguna razón.

Cuando Jace bajó la mano, su boca estaba teñida de plata. Seguía mirándola, sus ojos dorados oscurecidos bajo sus largas pestañas.

Feliz sin ninguna razón.

Pensó en la forma que la que habían estado juntos en el momento después de la Guerra Mortal, antes de que Lilith hubiera empezado a apoderarse de él. Entonces, había sido el Jace de la fotografía en su pared: tan feliz; ambos habían sido felices.

No había ninguna duda persistente cuando ella lo miró, nada de esa sensación de pequeños cuchillos bajo su piel, erosionando la cercanía entre ellos.

Se apoyó en él, y lo besó, lenta y definitivamente, en los labios. Su boca explotó con un sabor agridulce, una mezcla de vino y dulces. Más del plateado líquido cayó sobre ellos cuando se apartó de él, lamiendo su boca deliberadamente. Jace respiraba con dificultad; la acercó a él, pero ella se alejó, riendo.

Se sentía libre y salvaje de repente, e increíblemente ligera. Sabía que había algo terriblemente importante que se suponía que debía estar haciendo, pero no podía recordar qué era, o por qué le importaba. Los rostros a su alrededor ya no parecían vulpinos y débilmente aterradores, sino oscuramente bellos. Estaba en una gran caverna con eco, y las sombras a su alrededor estaban pintadas con los colores más hermosos y más brillantes que cualquier puesta de sol. La estatua del ángel que se alzaba sobre ella parecía benévola, mil veces más que Raziél y su luz blanca y fría, y una canción alta salía de ésta; pura, clara y perfecta. Ella giraba, rápido y más rápido, dejando atrás el dolor, los recuerdos, la pérdida, hasta que girando entró en un par de brazos que serpenteaban a su alrededor por detrás y la abrazaron con fuerza. Miró hacia abajo y vio las manos llenas de cicatrices cerradas alrededor de su cintura, hermosos dedos delgados, la runa de la Visión. Jace. Se derritió contra él, cerrando los ojos, dejando caer la cabeza sobre la curva de su hombro. Podía sentir su corazón latiendo contra su espalda.

Ningún corazón latía como el de Jace lo hacía, o podría hacerlo.

Sus ojos se abrieron, y se dio la vuelta, sus manos empujándolo.

—Sebastian —susurró. Su hermano le sonrió, negro y plata como el anillo Morgenstern.

—Clarissa —dijo él—. Quiero mostrarte algo.

No. La palabra iba y venía, como el azúcar disolviéndose en un líquido. No podía recordar por qué se suponía que debía decirle que no. Era su hermano; ella lo amaba, él la había llevado a ese hermoso lugar. Tal vez había hecho cosas malas, pero eso fue hace mucho tiempo y no pudo recordar qué era.

—Puedo oír a los ángeles cantar —le dijo.

Él rio entre dientes.

—Veo que te enteraste que esas cosas de plata no son sólo brillo. —Se adelantó y acarició con su dedo índice la mejilla; era plateado cuando lo alejó, como si hubiera cogido una lágrima pintada—. Ven aquí, mi chica ángel. —Le tendió la mano.

—Pero Jace —dijo ella—. Lo perdí en la multitud...

—Nos encontrará. —La mano de Sebastian estaba fija alrededor de ella, sorprendentemente cálida y reconfortante. Se dejó llevar a una de las fuentes en el centro de la sala, y la sentó en el borde del mármol ancho. Él se sentó su lado, su mano todavía en la suya—. Mira el agua —le dijo—. Dime lo que ves.

Ella se inclinó para mirar dentro de la oscura superficie lisa de la fuente. Pudo ver su propio rostro reflejado en ella, los ojos abiertos y salvajes, sus ojos maquillados como moretones, su cabello enredado. Y luego, Sebastian se inclinó también, y vio su cara reflejada junto a la suya. La plata de su cabello se reflejaba en el agua haciéndola pensar en una luna en el río. Se agachó para tocar su brillo, y el agua se estremeció, sus reflejos distorsionándose, irreconocibles.

—¿Qué es? —preguntó Sebastian, y había una baja sugerencia en su voz.

Clary negó con la cabeza; se estaba comportando como un tonto.

—Te veo a ti y a mí —dijo en un tono de regaño—. ¿Qué más?

Él puso la mano bajo su barbilla y volvió su rostro hacia él. Sus ojos eran negros, negros como la noche, con sólo un anillo de plata separando la pupila del iris.

—¿No lo ves? Somos lo mismo, tú y yo.

—¿Lo mismo? —Ella parpadeó hacia él. Había algo muy malo en lo que estaba diciendo, aunque no podría decir exactamente qué—. No...

—Eres mi hermana —dijo—. Tenemos la misma sangre.

—Tú tienes sangre de demonio —dijo ella—. La sangre de Lilith. —Por alguna razón, eso le pareció divertido y soltó una risita—. Eres todo oscuro, oscuro, oscuro. Y Jace y yo somos luz.

—Tienes un corazón oscuro, hija de Valentine —dijo él—. Simplemente no quieres admitirlo. Y si quieres a Jace, más vale que lo aceptes. Porque él me pertenece.

—Entonces, ¿a quién le perteneces tú?

Los labios de Sebastian se separaron; no dijo nada. Por primera vez, pensó Clary, parecía como si no tuviera nada que decir. Estaba sorprendida; sus palabras no habían significado mucho para ella, y simplemente estaba ociosamente curiosa. Antes de que pudiera decir algo más, una voz encima de ellos dijo:

—¿Qué está pasando? —Era Jace. Miraba de uno al otro, su rostro ilegible. Más cosas brillantes habían caído sobre él, gotas plateadas aferrándose a su cabello—. Clary. —Parecía molesto. Ella se apartó de Sebastian y se puso de pie de un salto.

—Lo siento —dijo ella sin aliento—. Me perdí entre la multitud.

—Me di cuenta —dijo—. Un segundo estaba bailando contigo, y al otro habías desaparecido, y un lobo muy insistente estaba intentando deshacer los botones de mis jeans.

Sebastian se echó a reír.

—¿Chica o chico lobo?

—No estoy seguro. De cualquier manera, podrían rasurarse. —Tomó la mano de Clary, sus dedos jugando ligeramente con su muñeca—. ¿Quieres irte a casa? ¿O bailar un poco más?

—Bailar un poco más. ¿Te parece bien?

—Adelante. —Sebastian se echó hacia atrás, sus manos apoyadas detrás de él sobre la fuente, su sonrisa como el filo de una navaja—. No me importa mirar.

Algo cruzó por la visión de Clary: el recuerdo de una huella sangrienta. Se fue tan pronto como apareció, y frunció el ceño. La noche era demasiado hermosa para pensar en cosas feas. Miró de nuevo a su hermano, sólo por un momento, antes de dejarse llevar por Jace de vuelta a la multitud hasta un extremo, cerca de las sombras, donde la presión de los cuerpos era más ligera. Otra bola de luz de color estalló sobre sus cabezas mientras pasaban, dispersando plata, y ella echó la cabeza hacia atrás, capturando las agrídulces gotas con su lengua.

En el centro del salón, debajo de la lámpara de hueso, Jace se detuvo y la giró hacia él. Sus brazos estaban alrededor de él, y ella sintió cómo la plata líquida corría por su rostro como lágrimas. La tela de su camisa era delgada y podía sentir la ardiente piel bajo ella. Sus manos se deslizaron debajo del dobladillo, sus uñas rasguñando suavemente sobre sus costillas. Gotas plateadas del líquido salpicaron sus pestañas mientras bajaba su mirada a la suya, inclinándose para susurrarle algo al oído. Sus manos se movían sobre sus hombros, bajando por sus brazos. Ninguno estaba bailando ya realmente: la música era hipnótica, y el torbellino de los bailarines los rodeaba, pero Clary apenas lo notaba. Una pareja se desplazó más allá riendo y haciendo un comentario burlón en checo, Clary no pudo entenderlo, pero sospechaba que lo esencial era *Consigan una habitación*.

Jace hizo un ruido impaciente, y luego estuvo moviéndose entre la multitud una vez más, atrayéndola a él y entrando a una de las alcobas oscuras que estaban alineadas en la pared.

Había docenas de estos huecos circulares alineados, cada una con un banco de piedra y provista de una cortina de terciopelo que se podía correr para proporcionar un poco de intimidad. Jace tiró de la cortina, cerrándola. Luego se estrellaron el uno contra el otro como el mar contra la costa. Sus bocas chocaron y se deslizaron juntas,

Jace la levantó entonces ella se apretó junto a él, sus dedos daban vueltas en el material resbaladizo de su vestido.

Clary era consciente del calor y la suavidad, las manos buscando y encontrando, ofreciendo y presionando. Sus manos se hundieron en la camisa de Jace, sus uñas arañaron su espalda, salvajemente complacida cuando él se quedó sin aliento. Él le mordió el labio inferior, y ella saboreó la sangre, salada y caliente. Era como si quisieran cortarse el uno al otro en partes, pensó, para meterse en el interior del otro y compartir los latidos del corazón, incluso si eso los mataba a ambos.

Estaba oscuro en el hueco, tan oscuro que Jace era solamente un esbozo de sombras y oro. Su cuerpo cubrió el de Clary contra la pared. Sus manos se deslizaron hacia abajo a lo largo de su cuerpo y llegaron al final de su vestido, deslizándolo hacia arriba sobre sus piernas.

—¿Qué estás haciendo? —susurró—. ¿Jace?

Él la miró. La peculiar luz del club volvió que sus ojos se vieran de una gran variedad de colores fracturados. Su sonrisa era malvada.

—Puedes decirme que me detenga si quieres —dijo él—. Pero no lo harás.

Sebastian hizo a un lado la polvorienta cortina de terciopelo que cerraba la alcoba y sonrió.

Un banco corría alrededor del interior de la pequeña salita circular, y un hombre sentado apoyaba los codos en una mesa de piedra. Tenía el pelo negro, largo y recogido hacia atrás, tenía una cicatriz o una marca en forma de hoja en su mejilla, y sus ojos eran tan verdes como la hierba. Vestía un traje blanco y un pañuelo con bordados de hojas verdes asomaba de un bolsillo.

—Jonathan Morgenstern —dijo Meliorn.

Sebastian no lo corrigió. Las hadas hacían inventario de nombres, y nunca lo llamaban de otra forma sino por el nombre que su padre había escogido para él.

—No estaba seguro de que estuvieras aquí a la hora señalada, Meliorn.

—Puedo que recordarte que las hadas no mienten —dijo el caballero. Alzó una mano y movió la cortina cerrándola tras Sebastian. La música quedó ahogada discretamente, aunque de ninguna manera inaudible—. Entra, entonces, y siéntate. ¿Vino?

Sebastian se sentó en un banquillo.

—No, nada. —El vino, al igual que el licor de hadas, sólo nublaba sus pensamientos, y las hadas parecían tener mayor tolerancia—. Admito que me sorprendí bastante cuando recibí el mensaje de que deseabas reunirte aquí.

—Tú, sobre todo, debes saber que la Señora tiene un especial interés en ti. Ella conoce todos tus movimientos. —Meliorn tomó un sorbo de vino—. Hubo una gran perturbación demoníaca aquí en Praga, esta noche. La Reina estaba preocupada.

Sebastian abrió los brazos.

—Como puedes ver, estoy sano y salvo.

—Una perturbación tan grande seguramente va a ganarse la atención de los Nefilim. De hecho, si no me equivoco, algunos de ellos están retozando afuera.

—¿Afuera? —preguntó Sebastian inocentemente.

Meliorn tomó otro sorbo de vino y lo miró.

—Ah, claro. Siempre se me olvida la divertida manera en la que hablan las hadas. Quieres decir que allí afuera hay Cazadores de Sombras, entre la multitud, buscándome. Lo sé. Me había dado cuenta antes. La Reina no me tiene en gran estima si piensa que no puedo manejar a unos pocos Nefilim por mi cuenta—. Sebastian sacó una daga de su cinturón y le dio vueltas, la poca luz del lugar destelló en la hoja.

—Le diré lo que dices —murmuró Meliorn—. Debo admitir, que no tenía idea del atractivo que tienes para ella. Te he tomado medida y encontrado en falta, pero no tengo el gusto de mi señora.

—¿Pesado en la balanza y encontrado falto? —Divertido, Sebastian se inclinó hacia adelante—. Déjeme desglosarlo para usted, caballero de las hadas. Soy joven, soy atractivo y estoy dispuesto a quemar el mundo entero hasta las cenizas para conseguir lo que quiero. —Su daga trazó una grieta en la mesa de piedra—. Como yo, la Reina se contenta con jugar un largo partido, pero lo que deseo saber es lo siguiente: cuando el crepúsculo de los Nefilim llegue, ¿las cortes se alzarán conmigo o en mi contra?

La cara Meliorn estaba en blanco.

—La señora dice que está contigo.

La boca de Sebastian se curvó en una esquina.

—Esa es una excelente noticia.

Meliorn resopló.

—Siempre supuse que la raza humana se acabaría a sí misma —dijo—. A lo largo de miles de años, he profetizado que ustedes serían su propia muerte. Pero no me esperaba que el final fuera de esta manera.

Sebastian giró la brillante daga entre los dedos.

—Nadie lo esperaba.

—Jace —susurró Clary—. Jace, cualquiera puede entrar y vernos.

Sus manos no detuvieron lo que estaban haciendo.

—No lo harán. —Estaba dejando un camino de besos en su cuello, dispersando efectivamente sus pensamientos. Era difícil aferrarse a lo que era real, con sus manos sobre ella, y su mente y recuerdos en un torbellino; sus dedos estaban tan estrechamente aferrados a la camisa de Jace que estaba segura de que iba a desgarrar el material.

El muro de piedra se sentía frío contra su espalda, pero Jace estaba besando su hombro, facilitando el descenso de la tirita del vestido. Estaba ardiente, fría y

temblorosa. El mundo se había fracturado en pedazos, como las piezas brillantes en el interior de un caleidoscopio. Iba a derrumbarse bajo sus manos.

—Jace... —se aferró a su camisa. Estaba pegajosa, viscosa.

Se miró las manos y por un momento no comprendió lo que vio allí. Plata fluida, mezclada con rojo.

Sangre.

Levantó la vista. Colgado boca abajo del techo por encima de ellos, como una espantosa piñata, había un cuerpo humano, con los tobillos atados con una cuerda. La sangre goteaba de su garganta cortada. Clary gritó, pero su grito no emitió ningún sonido. Empujó a Jace, que se tambaleó hacia atrás; había sangre en su cabello, su camisa, sobre su piel desnuda. Se subió los tirantes del vestido y se tropezó con la cortina que ocultaba a la alcoba, tirándola para abrirla.

La estatua del ángel ya no era como había sido. Las alas negras eran alas de murciélago, el hermoso rostro benevolente estaba torcido en una mueca de desprecio. Colgando del techo con retorcidas cuerdas estaban los cuerpos sacrificados de hombres, mujeres, animales; abiertos, con la sangre goteando hacia abajo como lluvia. Las fuentes impulsaban sangre, y lo que flotaba en la superficie líquida no eran flores, sino manos abiertas, cortadas. Retorciéndose, arañando el suelo estaban los bailarines cubiertos de sangre. Mientras Clary miraba, una pareja giró, el hombre alto y pálido tenía a una mujer inerte en sus brazos, con la garganta desgarrada, obviamente muerta. El hombre se humedeció los labios y se inclinó para otro bocado, pero antes de hacerlo, miró hacia Clary y sonrió, y su rostro estaba manchado de plata y sangre. Sintió la mano de Jace en su brazo, tirándola hacia atrás, pero luchó por liberarse de él. Estaba mirando a las cubetas de cristal a lo largo de la pared que había pensado que contenían peces brillantes. El agua no era clara, sino negruzca y fangosa, y había cuerpos humanos ahogados flotando en ella, sus cabellos giraban a su alrededor, como los filamentos de medusas luminosas. Pensó en Sebastian flotando en su urna de cristal.

Un grito se elevó en su garganta, pero lo contuvo mientras el silencio y la oscuridad la aplastaban.

Como Cenizas

Traducido por Flor_18

Clary volvió en sí lentamente, con la sensación de aturdimiento que recordaba de aquella primera mañana en el Instituto, cuando se había despertado sin tener idea de dónde estaba. Todo su cuerpo estaba adolorido, y sentía la cabeza como si alguien le hubiera estrellado una barra de hierro. Estaba tendida de costado, con la cabeza apoyada sobre algo duro, y había un peso sobre sus hombros. Mirando de reojo, vio una mano esbelta, presionada de manera protectora contra su esternón. Reconoció las marcas, las pálidas cicatrices blancas, incluso el azul del mapa de venas que recorría su antebrazo. El peso en su pecho se relajó, y se enderezó cuidadosamente, deslizándose de bajo el brazo de Jace.

Estaban en el cuarto de él. Reconoció la impresionante pulcritud, la cama cuidadosamente hecha con sus esquinas tipo hospital²⁴; todavía no estaba desarmada. Jace dormía, apoyado contra el respaldo, aún con las mismas ropas que llevaba la noche anterior; incluso tenía los zapatos puestos. Claramente se había quedado dormido sosteniéndola, aunque ella no tenía ningún recuerdo al respecto. Aún estaba salpicado con la rara sustancia plateada del club.

Se agitó ligeramente, como sintiendo que ella ya no estaba, y envolvió su brazo libre alrededor de sí mismo. No parecía herido o lastimado, pensó, sólo exhausto, sus largas pestañas doradas se curvaban sobre el vacío de las sombras bajo sus ojos. Se veía vulnerable estando dormido, un niño pequeño. Podría pasar por *su* Jace.

Pero no lo era. Recordó el club nocturno, sus manos sobre ella en la oscuridad, los cuerpos y la sangre. Su estómago se retorció y puso una mano sobre su boca, tragándose las náuseas. Se sentía enferma por lo que recordaba, y debajo de la marea había un ardor insistente, la sensación de que se estaba pasando por alto algo.

Algo importante.

—Clary.

Se dio la vuelta. Los ojos de Jace estaban medios abiertos; la estaba mirando a través de sus pestañas, el dorado de sus ojos apagado por el cansancio.

—¿Por qué estás despierta? —dijo—. Apenas es el amanecer.

Sus manos se agarraron al enredo de sábanas.

—Anoche —dijo ella con voz irregular—. Los cuerpos... la sangre.

—¿La qué?

²⁴ En los hospitales atan las esquinas de las sábanas para que calcen perfecto en los colchones.

—Eso es lo que vi.

—Yo no. —Negó con la cabeza—. Drogas de Hadas —dijo—. Sabías...

—Parecía tan real.

—Lo siento. —Sus ojos estaban cerrados—. Quería divertirme. Se suponía que iba a hacerte sentir feliz, hacerte ver cosas lindas. Creí que nos divertiríamos juntos.

—Vi sangre —repitió ella—. Y gente muerta flotando en tanques...

Negó con la cabeza, sus pestañas cerrándose.

—Nada de eso fue real...

—¿Incluso lo que pasó entre tú y yo...? —Clary se detuvo porque los ojos de él estaban cerrados, su pecho subiendo y bajando rítmicamente. Estaba dormido.

Se puso de pie, sin mirar a Jace, y fue al baño. Se paró mirándose en el espejo, el entumecimiento se extendía por sus huesos. Estaba cubierta de manchas de residuos plateados. Le recordó a la vez que una lapicera metálica se había reventado dentro de su bolso, arruinando todo dentro. Uno de los tirantes de su sujetador se había roto, probablemente porque Jace lo había tironeado la noche anterior. Sus ojos estaban rodeados de máscara de pestañas corrida, y su piel y cabello estaban pegajosos de la cosa plateada.

Sintiéndose mareada y enferma, se sacó el vestido y la ropa interior, y los tiró en el tacho de basura antes de arrastrarse hasta el agua caliente.

Se lavó el cabello una y otra vez, tratando de sacar el pegote plateado ya seco. Era como tratar de lavar pintura de aceite. El aroma también se había pegado, como el agua de un jarrón de flores podridas, tenue y dulce y esparcido sobre su piel. Parecía no haber jabón capaz de deshacerse de él. 219

Finalmente, convencida de que estaba tan limpia como le era posible, se secó y fue a la habitación principal para vestirse. Era un alivio el volver a ponerse jeans y botas y el deslizarse en un cómodo sweater de algodón. Fue recién entonces, cuando se estaba poniendo la segunda bota, que el sentimiento apremiante regresó, el sentimiento de que estaba pasando algo por alto. Se paralizó.

Su anillo. El anillo de oro que le permitía hablar con Simon. No estaba.

Lo buscó frenéticamente, arrasando con el tacho de basura para ver si el anillo se había enganchado en su vestido, luego registró cada centímetro de la habitación de Jace mientras él seguía durmiendo pacíficamente. Peinó las alfombras, la ropa de cama, revisó los cajones de la mesa de noche.

Al último se sentó, su corazón golpeando contra su pecho, una sensación de mareo en su estómago.

El anillo no estaba. Lo había perdido, de algún lado, de alguna manera. Trató de recordar la última vez que lo había visto. Estaba segura de que había resplandecido en su mano mientras empuñaba su daga contra los demonios Elapid. ¿Se había caído en el negocio de artículos de segunda mano? ¿En el club?

Se enterró las uñas en los muslos cubiertos por los jeans hasta que el dolor la hizo jadear. *Concéntrate*, se dijo a sí misma. *Concéntrate*.

Tal vez el anillo se había caído de su dedo en alguna parte del departamento. Probablemente Jace la llevó en brazos hasta arriba en algún momento. Era una pequeña posibilidad, pero cada posibilidad debía investigarse.

Se puso de pie y caminó tan silenciosamente como pudo hasta el pasillo. Se movió hasta el cuarto de Sebastian, y dudó. No podía imaginarse por qué el anillo estaría allí, y el despertarlo sólo sería contraproducente. En cambio, se dio la vuelta e hizo su camino escaleras abajo, caminando cuidadosamente para enmascarar el ruido de sus botas.

Su mente trabajaba a mil. Sin ningún otro modo de contactar a Simon, ¿qué iba a hacer? Necesitaba decirle lo de la tienda de antigüedades, lo del adamas. Tendría que haber hablado con él antes. Quería golpear la pared, pero forzó su mente a calmarse, a considerar sus opciones. Sebastian y Jace estaban empezando a confiar en ella; si pudiera perderlos de vista, brevemente, en una calle atiborrada de gente, podría llamar a Simon desde un teléfono público. Podría colarse en un ciber café y enviarle un e-mail. Sabía más de tecnología mundana de lo que ellos sabían. El perder el anillo no significaba que todo hubiera terminado.

No se rendiría.

Su mente estaba tan ocupada con pensamientos de qué hacer a continuación que al principio no vio a Sebastian. Afortunadamente, él estaba de espaldas a ella. Estaba parado en el recibidor, de cara a la pared.

A un paso del final de las escaleras, Clary se petrificó, luego se lanzó a través del piso y se pegó contra la media pared que separaba la cocina de la habitación más grande. No había razón para entrar en pánico, se dijo. Ella vivía acá. Si Sebastian la veía, podía decir que había bajado por un vaso de agua.

Pero la oportunidad de observarlo sin que él supiera era demasiado tentadora. Giró su cuerpo ligeramente, asomándose por detrás de la encimera de la cocina.

Sebastian todavía estaba de espaldas a ella. Se había cambiado de ropa desde la noche anterior. La chaqueta militar ya no estaba; llevaba una camisa abotonada y unos jeans. Al darse vuelta, su camisa se subió y ella pudo ver que su cinturón de armas estaba sujeto a su cintura. Cuando levantó la mano derecha, vio que sostenía su estela, y hubo algo en la manera en que la sujetaba, sólo por un momento, con tanto cuidado, que le recordó a la manera en que su madre sostenía un pincel.

Clary cerró los ojos. Se sintió como tela rasgándose en un gancho, la sacudida en su corazón cuando reconoció en Sebastian algo que le recordaba a su madre o a sí misma. Eso le recordaba que así como la sangre de él era veneno, era la misma sangre que recorría sus propias venas.

Abrió los ojos de nuevo, a tiempo para ver una puerta frente a Sebastian. Se estiró para tomar una bufanda que colgaba de una clavija en la pared, y se adentró en la oscuridad.

Clary sólo tuvo un segundo para decidir: quedarse y registrar las habitaciones, o seguir a Sebastian y ver a dónde iba. Sus pies tomaron la decisión antes que su mente. Alejándose de la pared, se lanzó a través de la oscura abertura de la puerta momentos antes de que se cerrara tras ella.

La habitación en la que Luke estaba recostado estaba iluminada sólo por el resplandor de las luces de la calle, que entraba a través de las ventanas entablilladas. Jocelyn podría haber pedido una luz pero ella lo prefería así. La oscuridad escondía la extensión de las heridas de Luke, la palidez de su cara, las medialunas hundidas bajo sus ojos.

De hecho, en la escasa luz, él se parecía mucho al chico que había conocido en Idris antes de que el Círculo se formara. Lo recordaba en el patio de la escuela, delgado y con el pelo castaño, con ojos azules y manos nerviosas. Él había sido el mejor amigo de Valentine, y justamente por eso, nadie lo había visto realmente. Incluso ella lo había pasado por alto, o no habría sido tan increíblemente ciega como para no ver sus sentimientos hacia ella.

Recordaba el día de su casamiento con Valentine, el sol brillando a través del techo de cristal de la Sala de los Acuerdos. Tenía diecinueve y Valentine veinte, y recordaba lo infelices que habían sido sus padres de que ella escogiera casarse tan joven. Su desaprobación le había parecido nada importante, ellos no entendían. Había estado tan segura de que nunca existiría otro que Valentine.

Luke había sido el padrino. Recordaba su cara cuando caminaba hacia el altar, lo miró brevemente antes de concentrar toda su atención en Valentine. Recordaba pensar que no debe de haberse estado sintiendo bien, parecía estar sufriendo. Y más tarde, en la Plaza del Ángel, mientras los invitados se arremolinaban (la mayoría de los miembros del Círculo estaban allí, desde Maryse y Robert Lightwood, ya casados, hasta Jeremy Pontmercy de apenas quince años) y ella estaba parada al lado de Luke y Valentine, alguien hizo el viejo chiste de que si el novio no hubiera aparecido, la novia tendría que haberse casado con el padrino. Luke llevaba ropa elegante, con las runas doradas para la buena suerte en el matrimonio, y se había visto muy atractivo, pero mientras todos los demás se había reído, él se había puesto terriblemente blanco. Debe de realmente odiar la idea de casarse conmigo, ella había pensado. Recordaba haber tocado su hombro riéndose.

—No pongas esa cara —había dicho, jugando—. Sé que nos conocemos de toda la vida, ¡pero te prometo que nunca tendrás que casarte conmigo!

Y luego llegó Amatis, arrastrando a un divertido Stephen con ella, y Jocelyn se había olvidado por completo de Luke, la manera en la que la había mirado, y la rara manera en la que Valentine lo había mirado a él.

Miró de reojo a Luke y se sobresaltó en la silla. Sus ojos estaban abiertos, por primera vez en días, y la miraban fijamente.

—Luke —exhaló.

Él se veía confundido.

—¿Cuánto tiempo... he estado dormido?

Quería lazarle encima de él, pero los gruesos vendajes todavía ajustados alrededor de su pecho la detuvieron. Tomó su mano, en cambio, y la puso contra su mejilla, entrelazando sus dedos. Cerró los ojos, y cuando lo hizo, sintió lágrimas derramarse por debajo de sus pestañas.

—Como unos tres días.

—Jocelyn —dijo, sonando muy alarmado ahora—. ¿Por qué estamos en la estación? ¿Dónde está Clary? Realmente no recuerdo...

Bajó sus manos entrelazadas y, en una voz lo más calmada que pudo lograr, le dijo lo que había pasado: sobre Sebastian y Jace, y el metal de demonio empotrado en su costado, y de la ayuda de Praetor Lupus.

—Clary —dijo él inmediatamente, cuando ella terminó—. Tenemos que ir por ella.

Soltando su mano de la de ella, empezó a luchar para sentarse. Incluso en la escasa luz ella pudo ver que su palidez empeoraba al hacer una mueca de dolor.

—Eso no es posible. Luke, recuéstate por favor. ¿No crees que si hubiera alguna forma de ir tras ella, ya lo hubiera hecho?

Bajó las piernas por un lado de la cama para así estar sentado; entonces, con un jadeo, se reclinó de nuevo en las manos. Se veía espantoso.

—Pero el peligro...

—¿Crees que no he pensado en el peligro? —Jocelyn puso las manos en sus hombros y lo empujó sobre las almohadas suavemente—. Simon ha estado en contacto conmigo cada noche. Ella está bien. Lo está. Y tú no estás en condiciones de hacer nada al respecto. El matarte no la ayudará. Por favor, confía en mi Luke.

—Jocelyn, no puedo recostarme aquí sin más.

—Sí puedes —dijo, poniéndose de pie—. Y lo harás, aunque tenga que sentarme encima de ti. ¿Qué demonios es lo que está mal contigo, Lucian? ¿Perdiste el juicio? Estoy aterrorizada por Clary, y he estado aterrorizada por ti también. Por favor no hagas esto, no me hagas esto. Si algo te pasara...

Él la miró con sorpresa. Ya había una mancha roja en los vendajes que le envolvían el pecho, donde sus movimientos habían reabierto las heridas.

—Yo...

—¿Qué?

—No estoy acostumbrado a que me ames —respondió.

Había una docilidad en sus palabras que no podía asociar con Luke, y ella lo miró fijamente por un momento antes de decir.

—Luke. Recuéstate por favor.

Como una especie de compromiso él se hundió más en las almohadas. Estaba respirando con dificultad. Jocelyn se precipitó a la mesa de noche, le sirvió un vaso de agua y, regresando, lo puso en su mano.

—Bébelo —le pidió—. Por favor.

Luke tomó el vaso, sus ojos azules la siguieron mientras se sentaba en la silla al lado de su cama, de la que apenas se había movido en tantas horas que estaba sorprendida de que la silla y ella no se hubieran hecho una sola.

—¿Sabes en que estaba pensando? —preguntó—. ¿Justo antes de que te despertaras?

Tomó un trago de agua.

—Parecías estar a kilómetros de aquí.

—Estaba pensando en el día que me casé con Valentine.

Luke bajó el vaso.

—El peor día de mi vida.

—¿Peor que el día en que te mordieron? —ella preguntó, cruzando las piernas por debajo.

—Peor.

—No lo sabía —reconoció—. No sabía lo que sentías. Desearía que sí, creo que las cosas hubieran sido distintas.

Él la miró incrédulamente.

—¿Cómo?

—No me hubiera casado con Valentine —dijo—. No si lo hubiera sabido.

—Sí habrías...

—No lo hubiera hecho —dijo cortante—. Era demasiado estúpida para darme cuenta de lo que sentías, pero también era demasiado estúpida para darme cuenta de lo que yo sentía. Siempre te he amado. Aunque no lo supiera. —Se inclinó hacia delante y lo besó suavemente, no queriendo lastimarlo; luego puso su mejilla contra la de él.

—Prométeme que no te pondrás en peligro. Promételo.

Ella sintió su mano libre en su cabello.

—Lo prometo.

Se volvió a enderezar, parcialmente satisfecha.

—Desearía poder volver en el tiempo. Arreglar todo. Casarme con el chico correcto.

—Pero entonces no tendríamos a Clary —él le recordó.

Ella amaba la manera en que hablaba en plural, tan casualmente, como si no hubiera ninguna duda en su mente de que Clary era su hija.

—Si hubieras estado más aquí mientras crecía... —Jocelyn suspiró—. Siento como si hubiera hecho todo mal. Estaba tan concentrada en protegerla que creo que la sobreprotegí demasiado. Se lanza de cabeza al peligro sin pensarlo. Cuando nosotros crecíamos, veíamos a nuestros amigos morir luchando; ella nunca pasó por eso y no querría eso para ella, pero a veces me preocupa que no crea que pueda morir.

—Jocelyn. —La voz de Luke era suave—. La educaste para ser una buena persona. Alguien con valores, que cree en el bien y en el mal y se esfuerza por ser mejor. Como tú siempre lo has hecho. No puedes criar un niño para que crea en lo opuesto a lo que tú haces. No pienso que ella no crea que pueda morir, pienso que ella cree que hay cosas por las que *vale* la pena morir, justo como tú.

Clary siguió a Sebastian a través de una red de angostas calles, manteniéndose en las sombras de los edificios. Ya no estaban en Praga, eso estuvo inmediatamente claro. Los caminos eran oscuros, el cielo era de ese azul vacío de la mañana muy temprano, y los carteles y letreros de los negocios y tiendas que pasaban estaban todos en francés. Así como los nombres de las calles: RUE DE LA SEINE, RUE JACOB, RUE DE L'ABBAYE.

A medida que avanzaban sobre la ciudad, las personas la pasaban como fantasmas. El ocasional auto que retumbaba, camiones que llegaban a las tiendas, haciendo las entregas matutinas. El aire olía a agua de río y basura. Ya estaba bastante segura de donde estaban, pero luego un giro y un callejón los llevó a una ancha avenida, y un póster indicador apareció de la brumosa oscuridad. Flechas señalaban en diferentes direcciones, mostrando el camino a la Bastilla, a Notre Dame y al Barrio Latino.

París, pensó Clary, deslizándose detrás de un coche estacionado cuando Sebastian cruzó la calle. *Estamos en París*.

Era irónico. Siempre quiso ir a París con alguien que conociera la ciudad. Siempre había querido caminar por sus calles, ver el río, pintar los edificios. Nunca se imaginó esto. Nunca imaginó arrastrarse tras Sebastian, a lo largo del Bulevar Saint-Germain, pasando un *bureau de poste*²⁵ amarillo brillante, por una avenida donde los bares estaban cerrados pero los canales estaban llenos de botellas de cerveza y colillas de cigarrillos, y por una calle estrecha rodeada de casas. Sebastian se detuvo frente a una y Clary se congeló mientras, bueno, se pegaba a una pared.

Observó cuando él levantó una mano y marcó un código en una caja ubicada junto a la puerta, sus ojos siguieron los movimientos de esos dedos. Se escuchó un clic; la puerta se abrió y él se deslizó por ella. Al momento que cerró, ella se lanzó tras él, deteniéndose a marcar el mismo código, X235, y esperó para escuchar el suave sonido que señalaba que la puerta estaba abierta. Cuando el sonido llegó, no estaba segura de si estaba aliviada o sorprendida. *No debería ser tan fácil*.

224

Un momento después estaba parada en un patio. Era cuadrado, rodeado por todos los lados por edificios de apariencia ordinaria. Tres escaleras eran visibles a través de puertas abiertas. Sebastian, sin embargo, había desaparecido.

Así que no iba a ser tan fácil después de todo.

Avanzó más en el patio, consciente mientras lo hacía, de que estaba saliendo del refugio de las sombras y se ponía al descubierto, donde podía ser vista. El cielo se aclaraba con cada momento que pasaba. El saber que estaba visible picaba en la base de su cuello, y se escondió en las sombras del primer hueco de escaleras que encontró.

Era sencillo, con escaleras de madera que conducían arriba y abajo, y un espejo barato en la pared en el que podía ver su propio rostro pálido. Sentía el olor distintivo de basura podrida, y se preguntó por un momento si estaría cerca del depósito de basura del edificio, antes de que su cansada mente hiciera clic y se diera cuenta: la peste era la presencia de demonios.

Sus exhaustos músculos espesaron a temblar, pero tensó las manos cerrando los puños. Era dolorosamente consciente de su carencia de armamento. Respiró profundamente el aire apestoso y empezó a bajar los escalones.

El hedor aumentó de intensidad y aire más lúgubre a medida que descendía, y deseó tener una estela y una runa de visión nocturna. Pero no había nada que hacer al respecto. Siguió adelante por la escalera que daba vueltas y vueltas, y se sintió repentinamente agradecida

²⁵ Oficina de correo.

por la falta de luz cuando pisó algo pegajoso. Tomó la barandilla y trató de respirar por la boca. La oscuridad se espesó hasta que estuvo caminando a ciegas, su corazón martillando tan alto que estaba segura de que debía estar anunciando su presencia. Las calles de París, el mundo ordinario, quedaron siglos atrás. Sólo estaban la oscuridad y ella, yendo cada vez más abajo y abajo y abajo.

Y entonces... luz resplandeció en la distancia, un diminuto punto, como la punta de un fósforo ardiendo con la llama. Se acercó a la barandilla, casi arrastrándose, mientras la luz crecía. Podía ver su propia mano ahora, y las líneas de los escalones bajo ella. Sólo quedaban unos pocos más. Llegó al final de las escaleras y miró alrededor.

Cualquier parecido con un edificio de apartamentos común y corriente había desaparecido. En algún lugar a lo largo del camino los escalones de madera se habían convertido en piedra, y ahora estaba parada en una pequeña habitación de paredes de piedra alumbrada por una antorcha que ofrecía una luz de un enfermizo verde. El piso era de roca pulida y estaba tallado con múltiples signos extraños. Los rodeó, cruzando la habitación hasta la única otra salida: un arco de piedra curvo; en la cúspide del mismo había una calavera humana entre la V formada por dos enormes hachas ornamentales cruzadas.

A través del camino del arco podía escuchar voces. Eran muy distantes para entender lo que estaban diciendo, pero eran voces, sin lugar a dudas. Por aquí, parecían decir, síguenos.

Miró fijamente la calavera, y sus ojos vacíos le devolvieron la mirada burlones. Se preguntó donde estaba, si París todavía estaba sobre ella o si había entrado a un mundo completamente diferente, como uno hacía cuando entraba a la Ciudad Silenciosa. Pensó en Jace, a quien había dejado durmiendo en lo que ahora parecía otra vida. Estaba haciendo esto por él, se recordó a sí misma; para traerlo de vuelta. 225

Cruzó el arco hasta el corredor detrás, pegándose a la pared instintivamente. Se fue acercando sin hacer sonido, las voces se volvían más fuertes. Estaba oscuro en el pasillo pero podía ver algo. Cada pocos pasos había otra antorcha verdusca, que liberaba un olor carbonizado.

Una puerta se abrió de repente en la pared a su izquierda, y las voces se volvieron más fuertes.

—...no como su padre —decía uno, las palabras tan ásperas como papel de lija—. *Valentine no trataría con nosotros para nada, nos haría esclavos; éste nos dará este mundo.*

Muy lentamente, Clary se asomó por el borde de la puerta.

La habitación estaba desnuda, con paredes suaves y vacías de todo mueble. Dentro había un grupo de demonios. Eran como lagartos, como piel gruesa verde-marrón, pero cada uno tenía un juego de seis piernas como pulpos, que hacían un sonido seco, como el deslizarse, cuando se movían. Sus cabezas eran similares a bulbos, extrañas, con ojos negros tallados.

Tragó bilis. Le recordó al rapiñador que había sido uno de los primeros demonios que había visto. Algo acerca de la grotesca combinación de lagarto, con insecto y alienígena hacía que su estómago se revoliera. Se pegó más a la pared, esforzándose por escuchar.

—*Eso es, si confías en él.* —Era difícil decir cuál de ellos estaba hablando. Sus piernas se cruzaban y descruzaban al moverse, levantando y bajando sus cuerpos bulbosos. No parecían tener boca, sino grupitos de pequeños tentáculos que vibraban cuando hablaban.

—*La Gran Madre confió en él. Él es su hijo.*

Sebastian. Por supuesto que estaban hablando de Sebastian.

—*También es un Nefilim, y ellos son nuestros mayores enemigos.*

—*También son los enemigos de él. Lleva la sangre de Lilith.*

—*Pero aquel al que llama su compañero lleva la sangre de nuestros enemigos. Él es de los ángeles.*

—La palabra fue pronunciada con tanto odio que Clary la sintió como una cachetada.

—*El hijo de Lilith nos asegura que lo tiene bien controlado, y en verdad parece obediente.*

Se escuchó una risita como de insecto, seca.

—*Ustedes los jóvenes se consumen demasiado con la preocupación. Hace demasiado que los Nefilim han mantenido este mundo fuera de nuestro alcance. Sus riquezas son grandes, lo consumiremos hasta secarlo y dejarlo hecho cenizas. Y en cuanto al chico ángel, él será el último de su especie en morir. Lo quemaremos en una pira hasta que no queden nada más que sus huesos dorados.*

La furia se alzó en Clary. Jadeó... un mínimo sonido, pero fue un sonido. El demonio más cercano a ella levantó la cabeza de golpe. Por un momento, Clary se congeló, atrapada en la mirada de sus ojos negros como espejos.

Entonces se dio la vuelta y corrió. Corrió, de regreso a la entrada, y a las escaleras, y al camino hacia la oscuridad. Podía escuchar la conmoción a sus espaldas, las criaturas gritando, y luego el ruido que hacían al arrastrarse y deslizarse para ir tras ella. Se atrevió a mirar por encima del hombro y se dio cuenta de que no iba a lograrlo. A pesar de haber empezado con ventaja, ellos casi le pisaban los talones.

Podía escuchar su propia respiración ronca, aserrando al inspirar y expirar, cuando alcanzó el arco, giró y saltó para agarrarse de él con sus manos. Se columpió hacia delante con todas sus fuerzas, su bota dio contra el primero de los demonios, derribándolo hacia atrás, chillando. Todavía balanceándose, tomó el mango de una de las hachas cruzadas debajo de la calavera y le dio un tirón. Clavada allí, no se movió.

Cerró los ojos, la tomó más firmemente, y con todas sus fuerzas, tiró.

El hacha se salió de la pared con un ruido de desgarrar, desparramando rocas y cemento. Desbalanceada, Clary cayó, y aterrizó en cuclillas, el hacha sostenida enfrente de ella. Era pesada, pero casi no lo sentía. Estaba pasando de nuevo, lo que había pasado en la tienda de segunda mano; la ralentización del tiempo, el incremento de la intensidad de las sensaciones. Podía sentir cada susurro del aire contra su piel, cada irregularidad del piso bajo sus pies. Se preparó cuando el primero de los demonios se arrastró a través del arco y se encabritó como una tarántula, sus piernas agitando el aire a su alrededor. Debajo de los tentáculos en su cara, había un par de largos y chorreantes colmillos.

El hacha en su mano pareció blandirse por sí misma, hundiéndose profundamente en el pecho del demonio. Inmediatamente recordó a Jace diciéndole que no fuera por una herida en el pecho sino por la decapitación. No todos los demonios tenían

corazón; pero en este caso tuvo suerte. Había golpeado o el corazón o algún otro órgano vital. La criatura se revolcó y chilló; la sangre hirvió alrededor de la herida, y luego el demonio desapareció, dejándola para retroceder un paso, su arma manchada de icor en la mano. La sangre del demonio era negra y apestosa, como alquitrán.

Cuando el siguiente se lanzó hacia ella, se agachó, blandiendo su hacha y rebanando varias de sus piernas. Aullando, la cosa cayó de costado como una silla rota; ya el próximo demonio estaba trepando sobre su cuerpo, tratando de llegar a ella. Giró de nuevo, y su hacha se enterró en la cara de la criatura. El icor salpicó y se hizo hacia atrás, pegándose contra la pared de las escaleras. Si alguno de ellos iba por detrás de ella, estaba muerta.

Enloquecido, el demonio cuya cara había abierto se lanzó hacia ella de nuevo; lo esquivó con su hacha, cortando una de sus piernas, pero otra pierna se enredó alrededor de su muñeca. Una agonía caliente se disparó por su brazo. Gritó y trató de tirar de su mano, pero el agarre del demonio era muy fuerte. Se sentía como si mil agujas calientes estuvieran apuñalando su piel. Todavía gritando, se impulsó con el brazo izquierdo, dándole con el puño en la cara a la criatura, donde su hacha ya lo había cortado. El demonio dejó salir un siseo y aflojó su agarre parcialmente: tironeó para soltar la mano justo cuando la criatura se erguía aun más...

Y de la nada, cayó una daga brillante, enterrándose en el cráneo del demonio. Mientras miraba fijamente, el demonio desapareció, y vio a su hermano, con una resplandeciente daga seráfica en su mano, y con icor salpicado a lo largo del frente de su camisa blanca. Detrás de él la habitación estaba vacía salvo por el cuerpo de uno de los demonios, todavía retorciéndose, pero con fluidos negros saliendo de sus piernas cercenadas como si fuera aceite de un auto roto.

Sebastian. Lo miró fijamente, asombrada. ¿Acababa de salvar su vida?

—Aléjate de mí, Sebastian —siseó.

Él no pareció escucharla.

—Tu brazo.

Ella miró hacia abajo a su muñeca derecha, todavía palpitando en agonía. Una gruesa banda de heridas en forma de platillos la rodeaba donde las ventosas del demonio se habían agarrado a su piel. Las heridas ya se estaban oscureciendo, volviéndose de un enfermizo color azul negruzco.

Volvió a mirar a su hermano. Su cabello blanco parecía un halo en la oscuridad. O tal vez sería el hecho de que estaba perdiendo la vista; la luz estaba alrededor de la antorcha verde de la pared también, y alrededor del cuchillo serafín ardiendo en la mano de Sebastian. Él estaba hablando, pero sus palabras eran confusas, indistintas, como si estuviera hablando debajo del agua.

—... veneno mortal —estaba diciendo—. ¿En qué demonios estabas pensando, Clarissa? —Su voz se apagaba y volvía de nuevo. Se esforzó por escuchar—. ...luchar contra seis demonios Dahak con un hacha ornamental.

—Veneno —repitió, y por un momento su cara se aclaró de nuevo, las líneas de expresión alrededor de su boca y sus ojos pronunciados y sorprendidos—. Así que supongo que no me salvaste después de todo ¿verdad?

Su mano sufrió espasmos, y el hacha se deslizó de su agarre, tintineando contra el suelo. Sintió que su suéter se enganchaba en la áspera pared mientras se deslizaba, no queriendo otra cosa más que recostarse en el suelo. Pero Sebastian no la dejó descansar. Sus brazos estaban bajo los suyos, levantándola, y entonces estaba cargándola, y puso su brazo bueno alrededor de su cuello. Quería alejarse de él, pero sus energías la habían dejado. Sintió un escozor en la parte interior de su codo, un ardor... el toque de una estela. El adormecimiento se extendió por sus venas.

La última cosa que vio antes de cerrar los ojos fue la cara de la calavera en el arco. Podía jurar que sus ojos vacíos estaban llenos de risa.

15

Magdalena

Traducido por Pamee

La náusea y el dolor iban y venían en oleadas cada vez más fuertes. Clary sólo podía ver una mancha de colores a su alrededor: era consciente de que su hermano la llevaba, cada uno de sus pasos golpeaba en su cráneo como una piqueta de hielo. Estaba al corriente de que se estaba aferrando a él y la fuerza de sus brazos era un consuelo; eso era bizarro, que cualquier cosa sobre Sebastian fuera un consuelo, y que él pareciera tener cuidado de no zarandearla demasiado mientras caminaba. Desde muy lejos, supo que estaba luchando por aire, y escuchó a su hermano decir su nombre.

Todo quedó en silencio entonces. Por un momento, pensó que ése era el fin: había muerto, había muerto combatiendo demonios, de la forma en que moría la mayoría de los Cazadores de Sombras; pero luego sintió otra punzada ardiente en el interior de su brazo, y una oleada de lo que se sentía como hielo derramándose a través de sus venas. Apretó los ojos y los cerró contra el dolor, pero el frío de lo que fuera que Sebastian le había hecho, era como si le hubieran derramado un vaso de agua en la cara. Lentamente, el mundo dejó de girar, las oleadas de náusea y dolor fueron disminuyendo hasta que sólo eran ondas en la marea de su sangre. Podía respirar otra vez. Con una boqueada, abrió los ojos.

Cielo azul.

Estaba acostada de espalda, mirando un cielo azul infinito con toques de nubes algodonosas, como el cielo pintado en el techo de la enfermería del Instituto. Estiró su brazo adolorido. El derecho todavía estaba horadado con las marcas de su brazalete de heridas, aunque se estaban desvaneciendo de un rosado pálido. En su brazo izquierdo había una *iratze*, palideciendo hasta casi ser invisible, y había una *mendelin* para el dolor en la curva de su codo.

Respiró profundo. Aire de otoño, teñido con el olor de las hojas. Podía ver la punta de los árboles, oír el murmullo del tráfico y... Sebastian. Escuchó una risita baja y se dio cuenta de no estaba simplemente acostada, yacía apoyada contra su hermano. Sebastian, que era cálido y respiraba, y cuyo brazo acunaba su cabeza. El resto de su cuerpo estaba extendido a lo largo de un banco de madera ligeramente húmedo.

Se enderezó de un tirón. Sebastian se rio de nuevo. Estaba sentado al final de un banco de un parque con unos elaborados reposabrazos de hierro. Su bufanda

229

City of Lost Souls

estaba doblada en su regazo, donde ella había estado acostada, y el brazo que no había estado acunando su cabeza, estaba extendido en el respaldo del banco. Se había abierto la camisa blanca para esconder las manchas de icor. Bajo ésta, usaba una simple camiseta gris. El brazalete de plata brillaba en su muñeca. Sus ojos negros la estudiaron con diversión mientras ella se alejaba de él tanto como fuera posible en el banco.

—Qué bueno que eres pequeña —comentó—. Si fueras mucho más alta, hubiera sido extremadamente inconveniente el cargarte.

Ella mantuvo la voz estable con esfuerzo.

—¿Dónde estamos?

—*Jardin du Luxembourg* —contestó—. El Jardín del Luxemburgo. Es un parque muy lindo. Tenía que llevarte a algún lugar donde pudieras recostarte, y hacerlo en medio de la calle no parecía una buena idea.

—Sí, hay una palabra para cuando dejas que alguien muera en medio de la calle: homicidio vehicular involuntario.

—Esas son tres palabras, y creo que, técnicamente, sólo sería un homicidio vehicular si te pasa un coche por encima. —Se frotó las manos como para calentarlas—. De todas formas, ¿por qué te dejaría morir en medio de la calle después de todo por lo que pasé, todo ese esfuerzo por salvarte la vida?

Ella tragó y bajó la mirada a su brazo. Las heridas estaban aun más desvanecidas. Si no hubiera sabido que tenía que buscarlas, probablemente ni las hubiera notado.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué hice qué?

—Salvarme la vida.

—Eres mi hermana.

Ella tragó. A la luz de la madrugada su rostro tenía algo de color. Había débiles quemaduras alrededor de su cuello donde el icor de demonio lo había salpicado.

—Nunca antes te importó que fuera tu hermana.

—¿No? —Sus ojos negros la miraron de arriba abajo. Recordó cuando Jace había ido a su casa después de que hubiera luchado con el demonio rapiñador y ella había estado agonizando por el veneno. Él la había curado de la misma forma que Sebastian, y la había cargado de la misma forma. Tal vez eran más parecidos de lo que ella hubiera querido pensar, incluso antes del hechizo que los vinculó.

—Nuestro padre está muerto —le dijo él—. No tenemos más parientes. Tú y yo somos los últimos; los últimos Morgenstern. Eres mi única oportunidad de alguien cuya sangre corre por mis venas también. Alguien como yo.

—Sabías que te estaba siguiendo —afirmó ella.

—Por supuesto que lo sabía.

—Y me dejaste.

—Quería ver qué harías y admito que no creí que me seguirías ahí abajo. Eres más valiente de lo que creía. —Levantó la bufanda de su regazo y se la puso. El parque estaba comenzando a llenarse de turistas que sostenían mapas, padres con hijos de la mano, ancianos sentados en otras bancas como ésta, fumando pipas—. Nunca hubieras ganado esa pelea.

—Puede que sí.

Él sonrió, una rápida sonrisa ladeada, como si no la pudiera evitar.

—Tal vez.

Arrastró las botas por el césped, que estaba húmedo por el rocío. No iba a agradecerle a Sebastian. Por nada.

—¿Por qué estás tratando con demonios? —demandó—. Los escuché hablar de ti. Sé lo que estás haciendo...

—No, no lo sabes. —La sonrisa se había ido, y el tono de superioridad había vuelto—. En primer lugar, esos no eran los demonios con los que estoy tratando. Esos eran sus guardias. Esa es la razón de que hubiera salas separadas y por qué yo no estaba ahí. Los demonios Dahak no son tan listos, aunque son malvados, resistentes y defensivos. Así que no es como si les hubieran informado de lo que yo iba a hacer. Demonios mayores. Con ellos me iba a encontrar.

—¿Y se supone que eso me hará sentir mejor?

Se inclinó hacia ella a través del banco.

—No estoy intentando hacerte sentir mejor. Estoy intentando decirte la verdad.

—No es de extrañar que parezcas como si tuvieras un ataque de alergia —dijo ella, aunque no era verdad, precisamente. Sebastian lucía moleestamente tranquilo, aunque la forma en que apretaba la mandíbula y el pulso en su sien le decían que no estaba tan tranquilo como fingía—. Los Dahak dijeron que ibas a darles este mundo a los demonios.

—A ver, ¿eso suena a algo que yo haría?

Ella sólo lo miró.

—Pensé que dijiste que me ibas a dar una oportunidad —le dijo él—. No soy quien fui cuando me conociste en Alicante. —Su mirada era clara—. Además, no soy la única persona que has conocido que creía en Valentine. Él era mi padre. Nuestro padre. No es fácil dudar de las cosas en las que has crecido creyendo.

Clary cruzó los brazos sobre el pecho; el aire era fresco pero frío, con un toque invernal.

—Bueno, eso es verdad.

—Valentine estaba equivocado —continuó él—. Estaba tan obsesionado con los males que creía que la Clave le había hecho, que no podía ver más allá de probarles que él tenía la razón. Quería que el Ángel se alzara y les dijera que Jonathan Cazador de Sombras había vuelto, que era él, que era su líder y que su forma era la correcta.

—No pasó eso, exactamente.

—Sé lo que pasó. Lilith me habló de eso. —Lo dijo sin miramientos, como si las conversaciones con la madre de los brujos fueran algo que todos hacían de vez en cuando—. No te engañes a ti misma creyendo que lo que pasó fue porque el Ángel tenía una gran compasión, Clary. Los ángeles son tan fríos como carámbanos. Raziel estaba enfurecido porque Valentine había olvidado la misión de todos los Cazadores de Sombras.

—¿La cuál es?

—Matar demonios. Ése es nuestro mandato. ¿Seguramente has oído que han llegado más y más demonios a nuestro mundo estos días? ¿Qué no tenemos idea de cómo mantenerlos afuera?

Le vino un eco de palabras, algo que Jace le había dicho una vida atrás, la primera vez que habían visitado la Ciudad Silenciosa. *Podemos ser capaces de impedirles que vengan aquí, pero nadie ha sido capaz de averiguar cómo hacerlo. Solía haber pequeñas invasiones demoníacas en este mundo, fáciles de contener. Pero últimamente han pasado cada vez más y más de ellos a través de las salvaguardas. La Clave a menudo envía Cazadores de Sombras, y muchas veces no regresan.*

—Viene una gran guerra con demonios, y la Clave lamentablemente no está preparada —dijo Sebastian—. En eso mi padre tenía razón. Son demasiado rígidos con sus métodos como para oír las advertencias o para cambiar. No deseo la destrucción de los Submundos como Valentine quería, pero me preocupa que la ceguera de la Clave condene este mundo que protegen los Cazadores de Sombras.

—¿Quieres que crea que te preocupa que destruyan este mundo?

—Bueno, vivo aquí —adujo Sebastian, más suavemente de lo que ella hubiera esperado—. Y a veces las situaciones extremas requieren medidas extremas. Para destruir al enemigo puede que sea necesario entenderlo, incluso hacer tratos con él. Si puedo hacer que esos Demonios Mayores confíen en mi, entonces los puedo atraer aquí, donde se les puede destruir, y también a sus seguidores. Eso debería hacer retroceder la marea. Los demonios sabrán que este mundo no es una presa fácil como imaginaron.

Clary sacudió la cabeza.

—Y vas a hacer esto con qué, ¿sólo tú y Jace? Son bastante impresionantes, no me malentiendas, pero incluso ustedes dos...

Sebastian se puso de pie.

—De verdad no imaginas que yo podría haber pensado en esto, ¿no? —Bajó la mirada hacia ella, el viento movió su cabello blanco hacia su rostro—. Ven conmigo, quiero mostrarte algo.

Ella vaciló.

—Jace...

—Sigue durmiendo. Créeme, lo sé. —Extendió la mano—. Ven conmigo, Clary. Si no puedo hacerte creer que tengo un plan. Tal vez pueda probártelo.

Ella lo miró. Revolotearon unas imágenes a través de su mente como confeti: la tienda de objetos usados en Praga, su anillo de hojas doradas cayendo en la oscuridad, Jace sosteniéndola en el hueco del club, los depósitos de cristal de cuerpos muertos. Sebastian con un cuchillo serafín en su agarre.

Probártelo.

Tomó su mano y lo dejó ponerla de pie.

Se decidió, aunque no sin una gran cantidad de discusión, que con el fin de convocar a Raziel, el Equipo Bueno necesitaría encontrar un lugar bastante aislado.

—No podemos convocar a un ángel de casi veinte metros en medio de Central Park —observó Magnus secamente—. La gente lo puede notar, incluso en Nueva York.

—¿Raziel mide casi veinte metros? —preguntó Isabelle. Estaba hundida en un sillón que había acercado a la mesa.

Había círculos bajo sus ojos oscuros; ella, como Alec, Magnus y Simon, estaba exhausta. Habían estado despiertos por horas, estudiando libros de Magnus tan antiguos que sus páginas eran tan delgadas como piel de cebolla. Tanto Isabelle como Alec sabían leer en griego y latín, y Alec tenía un conocimiento más grande de las lenguas demoniacas que Izzy, pero aun así, había muchas que sólo Magnus entendía. Maia y Jordan, al darse cuenta de que podían ser de más ayuda en cualquier otra parte, habían ido a la estación de policía a ver cómo estaba Luke. Mientras tanto, Simon había intentado ser útil de otras formas: llevando comida y café, copiando símbolos mientras Magnus lo instruía, trayendo más papel y lápices, e incluso alimentando a Presidente Miau, que le había agradecido escupiendo una bola de pelos en la cocina de Magnus.

—De hecho, sólo mide diecisiete metros, pero le gusta exagerar —dijo Magnus. El cansancio no estaba mejorando su temperamento. Su cabello estaba en punta, y había manchas de brillo en el dorso de sus manos donde se había restregado los ojos—. Es un ángel, Isabelle. ¿No has estudiado nada?

Isabelle chasqueó la lengua, molesta.

—Valentine convocó a un ángel en su celda, no veo por qué necesitas todo ese espacio...

—Porque Valentine simplemente es MUCHO MÁS INCREÍBLE que yo —espetó Magnus, dejando caer su lápiz—. Mira...

—No le grites a mi hermana —le dijo Alec. Lo dijo suavemente, pero con fuerza tras las palabras. Magnus lo miró sorprendido. Alec continuó—. Isabelle, el tamaño de los ángeles, cuando aparecen en la dimensión terrenal, varía según su poder. El

ángel que convocó Valentine era de un rango menor que Raziel; y si fueras a convocar a un ángel de un rango incluso mayor, como Miguel o Gabriel...

—No podría hacer un hechizo que los confinara, incluso momentáneamente —dijo Magnus, sometido—. En parte estamos convocando a Raziel porque esperamos que como creador de los Cazadores de Sombras, tenga una compasión especial... por su situación. Además, está en el rango correcto. Un ángel menos poderoso podría no ser capaz de ayudarnos, pero un ángel más poderoso... bueno, si algo va mal...

—Podría no ser sólo yo el que muera —completó Simon.

Magnus lució adolorido, y Alec bajó la vista a los papeles desparramados a través de la mesa. Isabelle puso su mano sobre la de Simon.

—No puedo creer que de verdad estemos aquí hablando de convocar a un ángel —dijo ella—. Toda mi vida he jurado en nombre del Ángel. Sabemos que nuestro poder viene de ángeles, pero la idea de ver uno... no puedo imaginarlo, en realidad. Cuando intento pensar en ello, es una idea demasiado grande.

Se hizo el silencio en la mesa. Había una oscuridad en los ojos de Magnus que hizo que Simon se preguntara si había visto un ángel alguna vez. Consideró si debía preguntar, pero el zumbido de su celular lo salvó de decidir.

—Un segundo —murmuró, y se puso de pie. Abrió el teléfono y se inclinó contra uno de los pilares del loft. Era un mensaje de texto (varios) de Maia.

¡BUENAS NOTICIAS! LUKE ESTÁ DESPIERTO Y HABLANDO. PARECE QUE VA A ESTAR BIEN.

El alivio se derramó sobre Simon como una ola. Buenas noticias al fin. Cerró el teléfono y cogió el anillo en su mano. *¿Clary?*

Nada.

Se tragó los nervios. Probablemente estaba durmiendo. Alzó la mirada para encontrar que las otras tres personas en la mesa lo estaban mirando.

—¿Quién llamó? —preguntó Isabelle.

—Era Maia. Dice que Luke está despierto y hablando. Que va a estar bien—. Hubo un parloteo de voces aliviadas, pero Simon seguía mirando el anillo en su mano.

—Me dio una idea.

Isabelle había estado de pie, dirigiéndose hacia él. Ante eso, se detuvo, luciendo preocupada. Simon supuso que no podía culparla. Sus ideas habían estado bastante suicidas, últimamente.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—¿Qué necesitamos para convocar a Raziel? ¿Cuánto espacio? —preguntó Simon.

Magnus se detuvo sobre un libro.

—Un kilómetro y medio, por lo menos. Sería bueno un poco de agua. Como el Lago Lyn...

—La granja de Luke —dijo Simon—. Al norte del estado. A una hora o dos de distancia. Debería estar cerrada por ahora, pero sé cómo llegar ahí. Y hay un lago. No es tan grande como el Lyn, pero...

Magnus cerró el libro que estaba sosteniendo.

—No es una mala idea, Seamus.

—¿Unas horas? —inquirió Isabelle, mirando el reloj—. Podríamos estar ahí en unas...

—Oh, no —la interrumpió Magnus. Alejó el libro de él—. Aunque tu entusiasmo es desmesurado e impresionante, Isabelle, estoy demasiado exhausto para hacer la convocatoria debidamente ahora mismo. Y no es algo con lo que quiero correr riesgos. Creo que todos podemos concordar en eso.

—¿Cuándo, entonces? —preguntó Alec.

—Necesitamos unas horas de sueño, por lo menos —contestó Magnus—. Opino que nos vayamos temprano en la tarde. Sherlock... lo siento, Simon, llama y ve si Jordan te puede prestar su camioneta mientras tanto. Y ahora... —Empujó sus papeles a un lado—. Me voy a dormir. Isabelle, Simon, son bienvenidos a usar la habitación libre de nuevo, si quieren.

—Habitaciones diferentes, sería mejor —murmuró Alec.

Isabelle miró a Simon con la duda en sus ojos oscuros, pero él ya estaba buscando su teléfono en el bolsillo.

—Está bien —dijo—. Regresaré al mediodía, pero ahora hay algo importante que tengo que hacer.

A la luz del día, París era una ciudad de calles estrechas y curvadas que se abrían a amplias avenidas, suaves edificios dorados con tejados de color pizarra, y un río brillante que se deslizaba a través de ellos como una cicatriz desafiante. Sebastian, a pesar de su pretensión de que iba a probarle a Clary que tenía un plan, no dijo mucho mientras hacían su camino por una calle alineada con galerías de arte y tiendas de libros viejos y empolvados, para alcanzar el Quai des Grands Augustins²⁶ a la orilla del río.

Del río Sena llega un viento frío, y ella tembló. Sebastian desenrolló la bufanda alrededor de su cuello y se la tendió. Era de tweet blanco y negro, y todavía estaba cálida.

—No seas estúpida —le dijo—. Tienes frío. Póntela.

Clary se la enrolló alrededor del cuello.

²⁶ Muelle de San Agustín.

—Gracias— dijo reflexivamente, e hizo una mueca.

Ahí estaba. Le había agradecido a Sebastian. Esperó a que un rayo saliera de las nubes y la matara, pero no pasó nada.

Él la miró raro.

—¿Estás bien? Pareciera que vas a estornudar.

—Estoy bien. —La bufanda olía a colonia cítrica y a chico. No estaba segura de cómo había pensado que iba a oler. Comenzaron a caminar otra vez. Esta vez Sebastian disminuyó el ritmo y caminó junto a ella, deteniéndose para explicarle que los vecindarios en París estaban numerados y que estaban cruzando desde el sexto al quinto, el Barrio Latino, y que el puente que podían ver extendiéndose sobre el río en la distancia, era el Pont Saint-Michel. Había un montón de gente joven pasando junto a ellos, notó Clary: chicas de su edad o mayores, imposiblemente elegantes, vestidas con ajustados pantalones y altísimos tacones y cabello largo azotado por el viento del río Sena. Algunas se detenían para mirar a Sebastian de forma apreciativa, lo que él pareció no notar.

Jace, pensó, lo hubiera notado. Sebastian llamaba la atención con su cabello blanco como el hielo y sus ojos negros. Ella había pensado que era guapo la primera vez que lo vio, y tenía el cabello teñido de negro entonces, lo que no le venía, en realidad. Se veía mejor así. La palidez de su cabello le daba algo de color a su piel, atraía la vista al sonrojo en sus pómulos altos, la elegante forma de su rostro. Sus pestañas eran increíblemente largas, de un tono más oscuro que su cabello y ligeramente rizadas, como las de Jocelyn. Eso era tan injusto. ¿Por qué a ella no le habían tocado las pestañas rizadas de la familia? ¿Y por qué él no tenía ni una sola peca?

—Entonces —dijo ella abruptamente, interrumpiéndolo en mitad de una oración— ¿qué somos?

La miró de reojo.

—¿Qué quieres decir con “qué somos”?

—Dijiste que éramos los últimos Morgenstern. Morgenstern es un apellido alemán —contestó Clary—. Entonces, ¿qué somos? ¿Alemanes? ¿Cuál es la historia? ¿Por qué no hay más, aparte de nosotros?

—¿No sabes nada de la familia de Valentine? —La incredulidad tiñó la voz de Sebastian. Se había detenido junto al muro que corría a lo largo del Sena, al lado del pavimento—. ¿Tu madre no te contó nada?

—Es tu madre también y no, no me dijo nada. Valentine no es su tema favorito.

—Los apellidos de los Cazadores de Sombras son combinaciones —le dijo Sebastian, lentamente, y subió al muro.

Estiró una mano hacia abajo, y después de un momento, Clary dejó que le tomara la mano y la subiera al muro junto a él. El Sena fluía de un gris verdoso

bajo ellos y las embarcaciones turísticas flotaban como motas resoplando a un ritmo pausado.

—Fairchild, Lightwood, White-law. ‘Morgenstern’ significa ‘lucero del alba’. Es un apellido alemán, pero la familia era suiza.

—¿Era?

—Valentine era hijo único —le contó Sebastian—. A su padre, nuestro abuelo, lo asesinaron unos Submundos, y nuestro tío abuelo murió en batalla. No tuvo hijos. Esto —Estiró la mano y le tocó el cabello— es del lado Fairchild. Hay sangre inglesa ahí. Yo saqué más del lado suizo, como Valentine.

—¿Sabes algo de nuestros abuelos? —preguntó Clary, fascinada sin poder evitarlo.

Sebastian dejó caer la mano y se bajó del muro. Extendió la mano hacia Clary y ella la tomó, balanceándola al bajarse del muro. Por un momento, chocó contra su pecho, duro y cálido bajo su camisa. Una chica que iba pasando le dio una mirada divertida y celosa, y Clary se apartó de prisa. Le quería gritar a la chica que Sebastian era su hermano, y que de todas formas lo odiaba; pero no lo hizo.

—No sé nada de nuestros abuelos maternos —le dijo él—. ¿Cómo podría? —Su sonrisa era torcida—. Vamos, quiero mostrarte uno de mis lugares favoritos.

Clary se quedó atrás.

—Pensé que ibas a probarme que tenías un plan.

—Todo a su debido tiempo. —Sebastian comenzó a caminar y después de un momento, ella lo siguió. *Descubre su plan, disimula mientras lo haces*—. Valentine era muy parecido a su padre —continuó Sebastian—. Puso su fe en la fuerza. “Somos los guerreros elegidos de Dios”, en eso creía. El dolor te hace fuerte, la pérdida te hace poderoso. Cuando murió...

—Valentine cambió —terminó Clary—. Luke me lo contó.

—Amaba a su padre y también lo odiaba. Algo que puedes entender al conocer a Jace. Valentine nos crio como su padre lo había criado a él. Siempre vuelves a lo que conoces.

—Pero Jace... —le dijo Clary— Valentine le enseñó más que sólo luchar. Le enseñó idiomas, y a tocar el piano...

—Esa fue la influencia de Jocelyn. —Sebastian pronunció su nombre a regañadientes, como si odiara su sonido—. Pensó que Valentine debía ser capaz de hablar de libros, arte, música; no sólo de matar cosas y él le transmitió eso a Jace.

Una puerta de hierro forjado se elevó a su izquierda. Sebastian se agachó bajo ésta y le hizo señas a Clary para que lo siguiera. Ella no tenía que agacharse pero fue tras él, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Qué hay de ti? —le preguntó.

Él elevó las manos. Eran las manos de su madre, indudablemente: diestras, de dedos largos, hechas para sostener una pluma o un pincel.

—Aprendí a tocar los instrumentos de la guerra —le contestó— y pintar con sangre. No soy como Jace.

Estaban en un callejón estrecho entre dos filas de edificios hechos de la misma piedra dorada de muchos otros edificios en París; los techos brillaban de cobre verde a la luz del sol. La calle bajo sus pies era de guijarros, y no había coches o motocicletas. A su derecha había una cafetería, un cartel de madera que colgaba de una polea hecha de hierro; la única pista de que había un negocio comercial en esta calle tortuosa.

—Me gusta aquí —le dijo Sebastian, siguiendo su mirada—, porque es como si estuvieras en el siglo pasado. No hay ruido de coches, no hay luces de neón. Sólo... tranquilidad.

Clary lo miró. *Está mintiendo*, pensó. Sebastian no tiene pensamientos como éste. A Sebastian, que intentó quemar Alicante hasta las cenizas, no le importa la "tranquilidad".

Luego pensó en dónde había crecido. Nunca lo había visto, pero Jace se lo había descrito. Una casa pequeña (una cabaña, en realidad), en un valle fuera de Alicante. Las noches debían haber sido silenciosas allí y el cielo lleno de estrellas en la noche. Pero ¿extrañaba eso? ¿Podía? ¿Era ese un tipo de emoción que podías tener cuando no eras realmente humano?

¿No te molesta? Quería preguntarle. ¿Estar en el lugar en que creció y vivió el verdadero Sebastian Verlac hasta que terminaste con su vida? ¿Caminar por estas calles, llevar su nombre, sabiendo que en alguna parte su tía está de duelo por él? ¿Y qué querías decir cuando dijiste que no se suponía que debía luchar?

Sus ojos negros la consideraron pensativamente. Tenía sentido del humor, ella lo sabía; tenía una veta de ingenio mordaz no muy diferente al de Jace.

Pero él no sonreía.

—Vamos —le dijo él entonces, interrumpiendo su ensimismamiento—. Este lugar tiene el mejor chocolate caliente de París.

Clary no estaba segura de cómo iba a saber si esto era verdad o no, dado que ésta era la primera vez que había estado en París, pero una vez que se sentaron, tuvo que admitir que el chocolate era excelente. Lo preparaban a la mesa (la cual era de madera, así como las sillas pasadas de moda de respaldo alto) en una olla de cerámica azul; usaban crema, chocolate en polvo y azúcar. El resultado era un chocolate tan espeso que la cuchara se podía quedar parada. Tenían cruasanes también, los que mojaban con el chocolate.

—Ya sabes, si quieres otro cruasán te traerán uno —le dijo Sebastian, inclinándose hacia atrás en su silla. Eran las personas más jóvenes en el lugar, por décadas, según notó Clary—. Estás atacando ese como una glotona.

—Tengo hambre. —Se encogió de hombros—. Mira, si quieres hablarme, hazlo. Convénceme.

Él se inclinó hacia delante con los codos en la mesa. Recordó haberlo mirado a los ojos la noche anterior, y notar el anillo de plata alrededor de los iris.

—Estaba pensando en lo que dijiste anoche.

—Anoche estaba alucinando, no recuerdo lo que te dije.

—Me preguntaste a quién pertenecía —le contó Sebastian.

Clary se detuvo con la taza de chocolate a medio camino de su boca.

—¿Eso hice?

—Sí. —Sus ojos estudiaron su rostro atentamente—. Y no tengo respuesta.

Ella bajó la taza, sintiéndose repentina e intensamente incómoda.

—No tienes que pertenecer a nadie —dijo—. Es sólo una forma de hablar.

—Bueno, déjame preguntarte algo ahora —le dijo Sebastian—. ¿Crees que puedes perdonarme? Quiero decir, ¿crees que es posible el perdón para alguien como yo?

—No lo sé. —Clary aferró el borde de la mesa—. Yo... quiero decir, no sé mucho del perdón como un concepto religioso, sólo tu variedad de formas de perdonar a la gente. —Tomó aliento, sabiendo que estaba balbuceando. Había algo en la firmeza de la mirada oscura de Sebastian en ella, como si de hecho esperara que le diera las respuestas a las preguntas que nadie podría responder—. Sé que tienes que hacer cosas para ganarte el perdón. Cambiar, confesar, arrepentirte... y enmendarte.

—Enmendar — repitió Sebastian.

—Para compensar lo que has hecho. —Clary bajó la vista a su taza. No había forma de que Sebastian compensara lo que había hecho, no una forma que tuviera sentido.

—*A ve atque vale* —dijo Sebastian, mirando su taza de chocolate.

Clary reconoció las palabras tradicionales que los Cazadores de Sombras pronunciaban a sus muertos.

—¿Por qué dices eso? No estoy muriendo.

—Sabes que es de un poema —le dijo él—. De Catullus. '*Frater, ave atque vale.*' 'Salve y despedida, mi hermano.' Habla de cenizas, de los ritos de los muertos, y su propia aflicción por su hermano. Me enseñaron este poema cuando era pequeño, pero no lo *sentí*; ni su pesar, o su pérdida, ni siquiera su cuestionamiento sobre cómo sería morir y no tener a nadie que te llorara. —Alzó la mirada hacia ella bruscamente—. ¿Cómo crees que hubiera sido si Valentine te hubiera criado conmigo? ¿Me hubieras querido?

Clary estaba muy contenta de haber bajado su taza, porque si no lo hubiera hecho, se la hubiera caído.

Sebastian la estaba mirando sin nada de timidez o con el tipo de incomodidad natural que podría acompañar a esa pregunta tan bizarra, sino como si fuera una forma de vida extraña y curiosa.

—Bueno —empezó ella—, eres mi hermano. Te hubiera querido. Hubiera... tenido que hacerlo.

Él continuaba mirándola con esa mirada inmóvil e intensa. Consideró si debía preguntarle si creía que eso significaba que él la hubiera querido también, como hermana, pero tenía la sensación de él que no tenía idea de lo que eso significaba.

—Pero Valentine no me crío —comentó ella—. De hecho, lo maté.

No estaba segura de por qué lo había dicho; tal vez quería ver si era posible molestarlo. Después de todo. Jace le había dicho una vez que él creía que la única cosa que le había importado a Sebastian, era Valentine.

Pero él ni siquiera palideció.

—De hecho —le corrigió— fue el Ángel el que lo mató. Aunque fue por ti. —Sus dedos trazaban patrones en la mesa desgastada—. ¿Sabes? La primera vez que te vi, en Idris, tuve esperanza... había pensado que serías como yo, y cuando no fuiste nada parecida a mí, te odié. Y entonces, cuando me trajeron de vuelta, y Jace me dijo lo que hiciste, me di cuenta de que había estado equivocado. Eres como yo.

—Dijiste eso anoche —recordó Clary—. Pero no soy...

—Mataste a nuestro padre —la interrumpió él. Su voz era suave—. Y no te importa. Ni siquiera piensas en ello, ¿cierto? Valentine golpeó a Jace durante los primeros diez años de su vida y Jace todavía lo extraña. Se apenó por él, incluso aunque no compartían sangre. Pero él era tu padre y lo mataste y nunca has perdido una noche de sueño por pensar en ello.

Clary se lo quedó mirando con la boca abierta. Era injusto, tan injusto. Valentine nunca había sido un padre para ella, no la había amado, había sido un monstruo que tenía que morir. Lo había matado porque no había tenido alternativa.

En su mente apareció una imagen de Valentine de forma espontánea, en la que sumergía su espada en el pecho de Jace y luego lo sostenía mientras moría. Valentine había llorado sobre el hijo que había asesinado, pero ella nunca había llorado por su padre. Nunca lo había considerado.

—Tengo razón, ¿no es así? —inquirió Sebastian—. Dime que estoy equivocado. Dime que no eres como yo.

Clary miró su taza de chocolate, ahora frío. Sintió que un vórtice se había abierto en su cabeza y estaba absorbiendo sus pensamientos y palabras.

—Pensé que creías que Jace era como tú —dijo ella, finalmente, con voz ahogada—. Pensé que por eso lo querías contigo.

—Necesito a Jace —le dijo Sebastian—. Pero en su corazón, él no es como yo. Tú lo eres. —Se puso de pie. Tenía que haber pedido la cuenta en algún momento; Clary no podía recordarlo—. Ven conmigo.

Extendió la mano y ella se puso de pie sin tomarla, enrollándose la bufanda de forma mecánica. Sentía como ácido en su estómago el chocolate que había bebido.

Siguió a Sebastian fuera de la cafetería hacia un callejón, donde él se detuvo para mirar el cielo azul.

—No soy como Valentine —le dijo Clary, deteniéndose junto a él—. Nuestra madre...

—Tu madre —le corrigió— me odiaba. Me odia. La viste, intentó matarme. Quieres decirme que deseas parecerte a tu madre, bien. Jocelyn Fairchild es despiadada, siempre lo ha sido. Fingió amar a nuestro padre por meses, puede que incluso años, para poder reunir información suficiente para traicionarlo. Tramó el Levantamiento y observó cómo *masacraban* a los amigos de su esposo. Robó tus recuerdos, ¿la perdonaste? Y cuando huyó de Idris, ¿de verdad crees que alguna vez planeó llevarme con ella? Debe haber estado aliviada al pensar que yo estaba muerto...

—¡No es así !—le gritó Clary—. Ella tenía una caja que contenía tus cosas de bebé. Solía sacarla y llorar sobre ella. Todos los años para tu cumpleaños. Sé que la tienes en tu habitación.

Los labios elegantes y delgados de Sebastian se torcieron. Se dio la vuelta y comenzó a caminar por el callejón.

—¡Sebastian! —gritó Clary tras él—. Sebastian, espera. —No estaba segura de por qué quería que regresara. Era cierto que no tenía idea dónde estaba o cómo volver al apartamento, pero era más que eso. Quería quedarse y pelear, probar que no era lo que él estaba diciendo que era. Elevó la voz y gritó—: ¡Jonathan Christopher Morgenstern!

Él se detuvo y giró lentamente, mirándola sobre el hombro.

Ella caminó hacia él, y él la observó caminar, con la cabeza inclinada hacia un lado, estrechando los ojos negros.

—Te apuesto que ni siquiera sabes mi segundo nombre —lo retó ella.

—Adele. —Había una musicalidad en la forma en que él lo decía, una familiaridad con la que ella no se sentía cómoda—. Clarissa Adele.

Ella llegó a su lado.

—¿Por qué Adele? Nunca lo supe.

—Yo tampoco lo sé —reconoció él—. Sé que Valentine nunca quiso que te llamaras Clarissa Adele. Quería que te llamaras Seraphina, como su madre. Nuestra abuela. —Giró y comenzó a caminar otra vez, y esta vez ella mantuvo el ritmo—. Después de que asesinaran a nuestro abuelo, ella murió de un ataque al corazón. Murió de pena, Valentine siempre dijo eso.

Clary pensó en Amatis, quien nunca había superado su primer amor, Stephen; en el padre de Stephen, que había muerto de pena; en la Inquisidora, con su vida entera dedicada a la venganza. Y en la madre de Jace, quien se cortó las muñecas cuando murió su esposo.

—Antes de conocer a los Nefilim, hubiera dicho que era imposible morir de pena.

Sebastian se rio secamente.

—No creamos vínculos como los mundanos —le explicó él—. Bueno, a veces, por supuesto. Nadie es igual. Pero los lazos entre nosotros tienden a ser intensos e irrompibles. Por eso actuamos tan mal con los que no son de nuestra especie: Submundos, mundanos...

—Mi madre va a casarse con un Submundo —le informó Clary, picada. Se habían detenido frente a un edificio de piedra con persianas pintadas de azul, casi al final del callejón.

—Él fue un Nefilim, una vez —dijo Sebastian—. Y mira nuestro padre. Tu madre lo traicionó y lo dejó y aun así él pasó el resto de su vida esperando encontrarla de nuevo y convencerla de que volviera con él. Ese ropero lleno de ropa... —Sacudió la cabeza.

—Pero Valentine le dijo a Jace que el amor es una debilidad —le dijo Clary—. Que te destruirá.

—¿No pensarías eso si hubieras pasado la mitad de tu vida persiguiendo a una mujer incluso aunque ella te odiaba, porque no pudiste olvidarla? ¿Si tuvieras que recordar que la persona que más amaste en el mundo te apuñaló por la espalda y retorció el cuchillo? —Sebastian se inclinó por un momento, lo suficientemente cerca como para que su aliento agitara su cabello cuando habló—. Tal vez te pareces más a tu madre que a nuestro padre, pero ¿cuál es la diferencia? Tienes crueldad en los huesos y hielo en tu corazón, Clarissa. No me digas lo contrario.

Se alejó antes de que ella pudiera contestarle, y subió al escalón frontal de la casa de las persianas azules. Había una tira de timbres electrónicos por el lado del muro junto a la puerta, cada uno con un nombre garabateado a mano en una placa junto a ellos. Sebastian presionó el botón junto al nombre Magdalena, y esperó. Finalmente, salió una voz chirriante por el altavoz—: *Qui est là?*

—*C'est le fils et la fille de Valentine* —contestó—. *Nous avions rendez-vous?*²⁷

Hubo una pausa, y luego sonó el timbre. Sebastian abrió la puerta y la mantuvo abierta, cortésmente, para dejar que Clary fuera antes que él. La escalera era de madera, tan gastada y suave como el costado de un bote. Subieron por ellas en silencio hasta el piso de arriba, donde la puerta estaba abierta levemente hacia un rellano. Sebastian entró primero y Clary lo siguió. Se encontraba en un espacio amplio y ligeramente ventilado. Las paredes eran blancas y también las cortinas. A través de una de las ventanas podía ver la calle más allá, alineada con restaurantes y boutiques. Los coches pasaban como una bala, pero el sonido no parecía penetrar

²⁷ —¿Quién es?

—El hijo y la hija de Valentine. ¿Tenemos una cita?

dentro del apartamento. El piso era de madera pulida, los muebles eran de madera blanca pintada o sofás tapizados con cojines de colores. Una sección del apartamento estaba establecida como una especie de estudio. La luz se derramaba de un tragaluz en una larga mesa de madera. Había caballetes con telas encima para ocultar su contenido. De un gancho en la pared colgaba un delantal manchado de pintura.

Había una mujer junto a la mesa. Clary hubiera dicho que tenía más o menos la edad de Jocelyn, si no hubiera habido tantos factores ocultando su edad. Usaba un delantal negro sin forma que escondía su cuerpo; sólo eran visibles sus manos blancas, su rostro y su cuello. En cada mejilla había cincelada una gruesa runa negra, que pasaba desde la esquina de sus ojos hasta sus labios. Clary nunca antes había visto esas runas, pero pudo sentir su significado: poder, habilidad, trabajo. La mujer tenía espeso cabello castaño, que le caía en ondas hasta la cintura, y sus ojos, cuando los alzó, eran de un plano color anaranjado, como una llama agonizante.

La mujer apretó ligeramente las manos en frente de su delantal. Con una voz nerviosa y melódica, dijo—: *Tu dois être Jonathan Morgenstern. Et elle, c'est ta soeur? Je pensais que...*²⁸

—Soy Jonathan Morgenstern —afirmó Sebastian—. Y ésta es mi hermana, sí. Clarissa. Por favor, habla inglés frente a ella; no entiende el francés.

La mujer se aclaró la garganta.

—Mi inglés está oxidado, han pasado años desde que lo usé.

—Parece suficiente para mí. Clarissa, esta es la Hermana Magdalena. De las Hermanas de Hierro.

Clary se sorprendió.

—Pero pensé que las Hermanas de Hierro nunca dejaban su fortaleza...

—No lo hacen —confirmó Sebastian—. A menos que hayan caído en desgracia por haber tenido una parte en el Levantamiento. ¿Quién crees que armó al círculo?

—Le sonrió a Magdalena, sin alegría—. Las Hermanas de Hierro son creadoras, no luchadoras. Pero Magdalena huyó de la fortaleza antes de que descubrieran su parte en el Levantamiento.

—No había visto a otro Nefilim en quince años hasta que tu hermano me contactó —dijo Magdalena. Era difícil saber a quién le estaba hablando mientras hablaba; sus ojos sin rasgos distintivos parecían vagar, pero claramente no era ciega—. ¿Es verdad? ¿Tienes el... material?

Sebastian buscó en una bolsa pequeña que colgaba de su cinturón de armas y sacó un pedazo de lo que parecía cuarzo. Lo puso en la larga mesa y lo iluminó un rayo extraviado de luz solar que pasaba por el tragaluz, aparentemente desde

²⁸ Tú debes ser Jonathan Morgenstern. ¿Y esta es tu hermana? Pensé que...

dentro. Clary se quedó sin aliento. Era el adamas de la tienda en Praga. Magdalena contuvo el aliento.

—*Adamas* puro —dijo Sebastian—. Ninguna runa lo ha tocado, nunca.

La Hermana de Hierro rodeó la mesa y puso las manos sobre el adamas. Sus manos, también llenas de múltiples runas, temblaban.

—*Adamas pur* —susurró—. Han pasado años desde que toqué el material sagrado.

—Es todo tuyo para que trabajes con él —le dijo Sebastian—. Cuando hayas terminado, te pagaré con más. Eso es todo, si crees que puedes crear lo que te pedí.

Magdalena se enderezó.

—¿No soy una Hermana de Hierro? ¿Acaso no tomé los votos? ¿Acaso mis manos no le dan forma a la materia del Cielo? Puedo entregar lo que prometí, hijo de Valentine. Nunca lo dudes.

—Me alegra escucharlo. —Había una pizca de humor en la voz de Sebastian—. Volveré esta noche entonces. Sabes cómo convocarme si lo necesitas.

Magdalena sacudió la cabeza. Toda su atención había vuelto a la sustancia vidriosa, el adamas. La acarició con los dedos.

—Sí, pueden irse.

Sebastian asintió y retrocedió. Clary vaciló. Quería agarrar a la mujer, preguntarle qué le había pedido Sebastian que hiciera, preguntarle por qué había quebrantado las Leyes de los Acuerdos para trabajar junto a Valentine.

Magdalena, como sintiendo su vacilación, alzó la mirada y sonrió ligeramente.

—Ustedes dos —dijo, y por un momento, Clary pensó que iba a decir que no entendía por qué estaban juntos, que había oído que se odiaban el uno al otro, que la hija de Jocelyn era una Cazadora de Sombras, mientras que el hijo de Valentine era un criminal. Pero sólo sacudió la cabeza—. *Mon Dieu* —exclamó—, se parecen a sus padres.

Hermanos y Hermanas

Traducido por CairAndross

Cuando Clary y Sebastian regresaron al apartamento, la sala estaba vacía, pero había platos en el fregadero que no habían estado antes.

—Pensé que habías dicho que Jace estaba dormido —le dijo a Sebastian, con una nota de acusación en la voz.

Sebastian se encogió de hombros.

—Lo estaba cuando lo dije. —Había una ligera burla en su voz, pero no verdadera crueldad.

Habían caminado juntos casi completamente en silencio de regreso desde la casa de Magdalena, pero no un mal tipo de silencio. Clary había dejado que su mente divagara, sólo para regresar a la realidad en ocasiones, al constatar que era Sebastian junto a quién estaba caminado.

—Estoy bastante seguro de saber dónde está.

—¿En su habitación? —Clary comenzó a subir las escaleras.

—No. —Se puso delante de ella—. Vamos. Te mostraré.

Él se encaminó hacia las escaleras a paso rápido y entró al dormitorio principal, con Clary en sus talones. Mientras ella lo observaba desconcertada, golpeó un lado del armario. Éste se deslizó a un lado, dejando al descubierto un conjunto de escaleras detrás. Sebastian esbozó una sonrisa por encima del hombro, mientras ella subía tras él.

—Estás bromeando —dijo—. ¿Escaleras secretas?

—No me digas que esta es la cosa más extraña que has visto hoy. —Él subía los escalones de dos y Clary, a pesar de sus huesos cansados, lo siguió. Las escaleras describían una curva y se abrían a un amplio salón, con un pulido suelo de madera y muros altos. Todo tipo de armas colgaban de las paredes, como si estuvieran en la sala de entrenamiento del Instituto: *kindjals* y *chakhrams*, mazas, espadas y dagas, ballestas y nudillos de bronce, estrellas arrojadizas, hachas y espadas samurái.

Había círculos de entrenamiento cuidadosamente pintados en el suelo. En el centro de uno de ellos, estaba Jace de pie, de espalda a la puerta. Estaba sin camisa y

descalzo, con un pantalón de calentamiento negro y un cuchillo en cada mano. Una imagen brilló en su cabeza: la espalda desnuda de Sebastian, marcada con las inconfundibles líneas del látigo. La de Jace era lisa, piel de color oro pálido sobre músculo, marcada sólo con las cicatrices típicas de un Cazador de Sombras... y los rasguños que sus propias uñas le habían hecho la noche anterior. Sintió que se ruborizaba, pero en su mente aún estaba la pregunta: ¿por qué Valentine había azotado a un niño, pero no al otro?

—Jace —lo llamó.

Él se giró. Estaba limpio. El fluido plateado se había ido y su cabello dorado presentaba un color bronce oscuro, pegado húmedamente a la cabeza. Su piel brillaba por el sudor. La expresión de su rostro era reservada.

—¿Dónde estabas?

Sebastian se dirigió a la pared y empezó a examinar las armas allí, pasando la mano desnuda por sobre las hojas.

—Pensé que a Clary le gustaría ver París.

—Podrías haberme dejado una nota —dijo Jace—. No es como si nuestra situación fuera la más segura, Jonathan. Prefiero no tener que preocuparme por Clary...

—Yo lo seguí —dijo Clary.

Jace se volvió y la miró, y por un momento, ella captó un destello en sus ojos, del chico en Idris que le gritó por echar a perder todos sus cuidadosos planes de mantenerla a salvo. Pero este Jace era diferente. Sus manos no temblaban cuando la miró y el pulso en su garganta permaneció constante.

—¿Hiciste qué?

—Seguí a Sebastian —dijo ella—. Estaba despierta y quería ver a dónde iba. —Puso las manos en los bolsillos de sus jeans y lo miró desafiante. Los ojos de él la recorrieron desde el cabello despeinado por el viento hasta las botas, y ella sintió que se le iba la sangre al rostro. El sudor brillaba a lo largo de las clavículas de Jace y en las elevaciones de sus músculos estomacales. Los pantalones de entrenamiento le caían flojos por la cintura, mostrando la V en los huesos de la cadera. Recordó lo que se sentía tener esos brazos rodeándola, el ser apretada lo suficientemente cerca contra él para poder sentir cada detalle de los huesos y los músculos contra su propio cuerpo...

Sintió una oleada de vergüenza tan aguda que la dejó mareada. Lo que lo hacía peor era el hecho que Jace no parecía incómodo en lo más mínimo o como si la noche anterior no lo hubiera afectado tanto como a ella. Él sólo parecía... molesto. Molesto, y sudoroso, y sexy.

—Sí, bueno —dijo él—. La próxima vez que decidas escaparte de nuestro departamento mágicamente resguardado, a través de una puerta que, en realidad, ni siquiera existe, deja una nota.

Clary arqueó las cejas.

—¿Estás siendo sarcástico?

Jace lanzó uno de sus cuchillos al aire y lo atrapó.

—Es posible.

—Llevé a Clary a ver a Magdalena —le contó Sebastian. Había tomado una estrella arrojadiza de la pared y la estaba examinando—. Llevamos el *adamás*.

Jace había arrojado el segundo cuchillo al aire; falló al cogerlo esta vez y se hundió de punta en el suelo.

—¿Sí?

—Sí —respondió Sebastian—. Y le conté el plan a Clary. Le dije que estábamos planeando atraer a los Demonios Mayores aquí, para así poder destruirlos.

—Pero no sé cómo planean lograr eso —dijo Clary—. Nunca me dijiste *esa* parte.

—Pensé que sería mejor decírtelo con Jace presente —dijo Sebastian. De repente, lanzó su muñeca hacia delante y la estrella arrojadiza voló hacia Jace, quien la bloqueó con un rápido movimiento de su cuchillo. Ésta cayó al suelo. Sebastian silbó—. Rápido —comentó.

Clary se volvió hacia su hermano.

—Podrías haberlo lastimado...

—Todo lo que lo lastima a él, me lastima a mí —dijo Sebastian—. Te estaba mostrando lo mucho que confío en él. Ahora, quiero que confíes en *nosotros*. —Sus ojos negros se clavaron en los de ella—. *Adamás*, el material que hoy le llevé a la Hermana de Hierro. ¿Sabes qué está hecho de eso?

—Por supuesto, los cuchillos serafín, las torres demonio de Alicante, las estelas...

—Y la Copa Mortal.

Clary sacudió la cabeza.

—La Copa Mortal es de oro. La he visto.

—*Adamás* bañado en oro. La Espada Mortal, también, tiene la empuñadura de esa materia. Dicen que es el material con el que están construidos los palacios del Cielo y no es fácil de conseguir. Sólo las Hermanas de Hierro pueden trabajar la materia, y se supone que sólo ellas tienen acceso a ésta.

—Entonces, ¿por qué le diste un poco a Magdalena?

—Para que ella pueda hacer una segunda Copa —contestó Jace.

—¿Una segunda Copa Mortal? —Clary paseó la mirada de uno al otro, incrédula—. Pero no puedes simplemente hacer eso, sólo hacer otra Copa Mortal. Si se pudiera, la Clave no habría entrado tanto en pánico cuando desapareció la Copa Mortal original. Valentine no la hubiera necesitado tan...

—Es una copa —dijo Jace—. Sin importar cómo fuera hecha, siempre fue una copa hasta que el Ángel, voluntariamente, derramó su sangre en el interior. Eso fue lo que la hizo ser lo que es.

—¿Y piensas que puedes conseguir que Raziel derrame voluntariamente su sangre en una segunda copa, por ti? —Clary no pudo evitar el filo de la incredulidad en su voz—. Buena suerte.

—Es un truco, Clary —explicó Sebastian—. ¿Sabes que todo tiene una alianza? ¿Seráfica o demoníaca? Lo que los demonios creen es que queremos al equivalente demoníaco de Raziel. Un demonio grande en poder, que mezcle su sangre con la nuestra y cree una nueva raza de Cazadores de Sombras. Unos que no estén obligados por la Ley, o los Acuerdos, o las reglas de la Clave.

—¿Les dijeron qué quieren hacer... versiones antiguas de los Cazadores de Sombras?

—Algo por el estilo —Sebastián rio, rastrillando los dedos a través de su rubio cabello—. ¿Jace, quieres ayudarme a explicarlo?

—Valentine era un fanático —dijo éste—. Estaba equivocado en un montón de cosas. Estaba equivocado al considerar matar a los Cazadores de Sombras, estaba equivocado acerca de los Submundos; pero no estaba equivocado acerca de la Clave o el Concejo. Cada Inquisidor que hemos tenido, ha sido corrupto. Las Leyes que entregó el Ángel son arbitrarias y sin sentido, y sus castigos son peores. 'La Ley es dura, pero es la Ley'. ¿Cuántas veces has oído eso? ¿Cuántas veces hemos tenido que eludir y evitar a la Clave y sus Leyes, incluso cuando intentábamos salvarlos? ¿Quién me puso en prisión?... la Inquisidora. ¿Quién puso a *Simon* en la cárcel? La Clave. ¿Quién iba a dejarlo arder?

El corazón de Clary había empezado a latir con fuerza. La voz de Jace, tan familiar diciendo esas palabras, hacía que sus huesos se sintieran débiles. Él estaba en lo cierto, y también se equivocaba... como Valentine, pero ella quería creer en él en un modo en que no quería creer en Valentine.

—Bien —dijo ella—. Entiendo que la Clave es corrupta, pero no veo qué tiene que ver eso con hacer tratos con demonios.

—Nuestro mandato es destruir demonios —explicó Sebastian—, pero la Clave desperdicia su energía en otras tareas. Las salvaguardas se han ido debilitando y más

y más demonios se están desparramando sobre la tierra, pero la Clave hace la vista gorda. Hemos abierto una puerta en el extremo norte de Wrangel Island, y atraeremos a los demonios a través de ésta, con la promesa de esta copa. Sólo entonces, cuando derramen su sangre en el interior, serán destruidos. He llegado a acuerdos de ese tipo con varios Demonios Mayores. Cuando Jace y yo los hayamos matado, la Clave verá que somos un poder a tener en cuenta. Tendrán que escucharnos.

Clary lo miró.

—Matar Demonios Mayores no es tan fácil.

—Ya lo hice el día de hoy —dijo Sebastian—. Lo cual es, incidentemente, el por qué ninguno de nosotros se meterá en problemas por matar a todos esos demonios guardaespaldas. Yo maté a su amo.

Clary pasó la mirada desde Jace a Sebastian y viceversa. Los ojos de Jace eran fríos, pero interesados; la mirada de Sebastian era más intensa. Era como si estuviera intentado ver dentro de su cabeza.

—Bueno —dijo lentamente—. Es un montón que abarcar, y no me gusta la idea de que se expongan a ese tipo de peligro; pero me alegra que confíen lo suficiente en mí como para contármelo.

—Te lo dije —dijo Jace—, te dije que entendería.

—Nunca he dicho que no lo haría. —Sebastian no apartó sus ojos del rostro de Clary.

Ella tragó fuerte.

—Anoche no dormí mucho —dijo—. Necesito descansar.

—Qué lástima —señaló Sebastian—. Iba a preguntarte si querías subir a la Torre Eiffel. —Sus ojos eran oscuros, inescrutables; no podía adivinar si estaba bromeando o no. Antes de que pudiera decir algo en respuesta, la mano de Jace se deslizó entre la suya.

—Iré contigo —anunció—. Yo tampoco dormí demasiado bien. —Le hizo un gesto de asentimiento a Sebastian con la cabeza—. Nos vemos en la cena.

Sebastian no contestó. Estaban cerca de los escalones, cuando la llamó—: Clary.

Ella se dio la vuelta, extrayendo su mano de la de Jace.

—¿Qué?

—Mi bufanda. —Tendió la mano, esperando.

—Oh. Cierto. —Dando unos pasos hacia él, tiró con dedos nerviosos del pañuelo anudado a su garganta. Después de unos momentos de observarla, Sebastian hizo un ruido de impaciencia y atravesó la sala hacia ella; sus largas piernas cubrieron rápidamente el espacio entre ellos. Clary se puso rígida cuando él llevó la mano a su

garganta, deshizo hábilmente el nudo con pocos movimientos y luego, desenrolló la bufanda. Por un momento, pensó que él se demoraba mucho en desenrollarla por completo, que sus dedos le rozaban la garganta...

Lo recordó besándola en la colina, sobre los restos quemados de la mansión Fairchild, y que ella sintió como si estuviera cayendo dentro un oscuro y abandonado lugar, perdido y aterrador. Retrocedió a toda prisa y la bufanda cayó de su cuello mientras ella se giraba.

—Gracias por prestármela —dijo, y se lanzó a seguir a Jace por las escaleras, sin volver la mirada atrás para ver a su hermano observando su partida y sujetando la bufanda con una expresión burlona en el rostro.

Simon se sentó entre las hojas muertas y levantó la vista hacia el camino; una vez más, le vino el impulso humano de respirar profundo. Estaba en Central Park, cerca del Shakespeare Garden. Los árboles habían perdido lo último de su lustre otoñal, el dorado, verde y rojo se había convertido en marrón y negro. La mayoría de las ramas estaban desnudas.

Una vez más, tocó el anillo de su dedo. *¿Clary?*

Una vez más, no hubo respuesta. Sus músculos se sentían tensos como alambre enrollado. Había pasado mucho tiempo desde que fuera capaz de alcanzarla usando el anillo. Se dijo una y otra vez que ella podía estar durmiendo, pero nada podía desatar el terrible nudo de tensión en su estómago. El anillo era su única conexión con ella, y justo en ese momento, se sentía como si no fuera nada más que un trozo de metal muerto.

Dejó caer las manos a los costados y avanzó por el camino, pasando junto a estatuas y bancos grabados con versos de las obras de Shakespeare. El sendero describía una curva hacia la derecha y, de repente, pudo verla, sentada más adelante en un banco, mirando hacia otro lado, su cabello oscuro estaba arreglado en una larga trenza en su espalda. Estaba muy quieta, esperando. Esperando por él.

Simon enderezó la espalda y caminó hacia ella, a pesar de que cada paso se sentía como si estuviera cargado con plomo.

Ella lo oyó mientras se acercaba y se dio la vuelta; su pálido rostro se volvió aún más pálido cuando él se sentó a su lado.

—Simon —dijo ella, con una exhalación de aliento—. No estaba segura si vendrías.

—Hola, Rebecca —saludó.

Su hermana le tendió la mano y él la tomó, agradeciendo silenciosamente la previsión que le había hecho ponerse guantes esa mañana, de modo que, si la tocaba, ella no sentiría la frialdad de su piel. No había pasado mucho tiempo desde que la viera por última vez, unos cuatro meses, quizás, pero ya la veía como la fotografía de alguien a quien había conocido hace mucho tiempo, incluso cuando todo en ella le era familiar: su oscuro cabello, sus ojos marrones de la misma forma y color que los suyos, el rocío de pecas sobre su nariz. Llevaba jeans, una parka color amarillo brillante, y una bufanda verde con grandes flores de algodón amarillo. Clary llamaba el estilo de Becky “hippie-chic”; aproximadamente la mitad de su ropa provenía de tiendas vintage, la otra mitad la cosía ella misma.

Mientras él le estrechaba la mano, los ojos de Rebecca se llenaron de lágrimas.

—Si —le dijo ella, puso los brazos alrededor de su cuerpo y lo abrazó. Él la dejó hacerlo, acariciando torpemente sus brazos y espalda. Cuando se apartó, enjugándose los ojos, tenía el ceño fruncido—. Dios, tu rostro está helado —dijo—. Deberías usar una bufanda. —Lo miró acusadoramente—. Como sea, ¿dónde has estado?

—Te lo dije —respondió él—. Me estoy quedando con un amigo.

Ella soltó una risa breve.

—De acuerdo, Simon, eso no será suficiente —dijo—. ¿Qué demonios está pasando?

—Becks...

—Llamé a casa en Acción de Gracias —le informó Rebecca, con la mirada fija en los árboles frente a ellos—. Ya sabes, para saber qué tren ibas a tomar, ese tipo de cosas. ¿Y sabes qué dijo mamá? Dijo que no ibas a ir a casa, que no habría ninguna Acción de Gracias. Así que te llamé a ti y *tú* no respondiste. Llamé a mamá para averiguar dónde estabas, ella me colgó el teléfono. Sólo... me colgó. Así que regresé a casa. Fue entonces cuando vi toda esa rareza religiosa sobre la puerta. Me asusté por mamá y ella me dijo que estabas *muerto*. Muerto. Mi propio hermano. Dijo que estabas muerto y que un monstruo tomó tu lugar.

—¿Qué hiciste?

—Me fui de allí —respondió Rebecca. Simon podía afirmar que estaba tratando de sonar dura, pero había un delgado borde de miedo en su voz—. Estaba bastante claro que mamá ha perdido la cabeza.

—Oh —dijo Simon. Rebecca y su madre siempre compartieron una relación tensa. A Rebeca le gustaba referirse a su madre como “la fruta seca” o “la dama loca”. Pero era la primera vez que tenía la sensación de que lo decía en serio.

—Maldito sea tu *oh* —le espetó Rebecca—. Estaba frenética. Te envié un mensaje de texto cada cinco minutos. Al final, recibo ese mensaje de mierda tuyo, diciendo que

estabas con un amigo. Ahora quieres que nos reunamos aquí. ¿Qué demonios pasa, Simon? ¿Cuánto tiempo ha estado sucediendo esto?

—¿Cuánto tiempo ha estado sucediendo qué?

—¿Qué crees tú? Mamá volviéndose totalmente loca. —Los pequeños dedos de Rebecca se enroscaron en su bufanda—. Tenemos que hacer algo, hablar con alguien, médicos, darle medicamentos o algo. No sé qué *hacer*, no sin ti. Tú eres mi hermano.

—No puedo —dijo Simon—. Quiero decir, no puedo ayudarte.

La voz de ella se suavizó.

—Sé que esto apesta y tú apenas estás en la preparatoria pero, Simon, tenemos que tomar estas decisiones juntos.

—Quiero decir que no puedo ayudarte a darle medicamentos —explicó—. O a llevarla al médico, porque ella tiene razón. Soy un monstruo.

Rebecca se quedó con la boca abierta.

—¿Te lavó el cerebro?

—No...

Su voz se tambaleaba.

—¿Sabes que pensé que, quizás, ella te había *lastimado*, por el modo en que hablaba?... Pero entonces me dije, *No, ella nunca haría eso, no importa qué*. Pero si lo hizo... si alzó un dedo contra ti, Simon, entonces ayúdame...

Simon no podía soportarlo más. Se quitó el guante y le tendió la mano a su hermana. Su hermana, quien había sostenido su mano en la playa cuando era demasiado pequeño para entrar al océano sin ayuda; quien le había limpiado la sangre tras las prácticas de fútbol y las lágrimas después que su padre muriera y su madre se convirtiera en un zombi, tirada en su habitación, mirando el cielorraso. Quien le había leído, en su cama en forma de auto de carrera, cuando él aún usaba pijamas con pies. *Yo soy el Lórax, hablo por los árboles*; quien una vez, accidentalmente, encogió toda su ropa en la lavadora hasta que quedaron tamaño-muñeca, cuando estaba intentando ser casera; quien le empacaba el almuerzo cuando su madre no tenía tiempo. *Rebecca*, pensó. El último lazo que tenía que cortar.

—Toma mi mano —le pidió.

Ella la tomó e hizo una mueca.

—Estás tan frío. ¿Has estado enfermo?

—Se podría decir que sí. —La miró, deseando que sintiera que algo estaba mal con él, *realmente* mal, pero ella sólo le devolvió la mirada con sus confiados ojos marrones. Se mordió para contener un brote de impaciencia. No era su culpa, ella no sabía—. Tómame el pulso.

—No sé cómo tomar el pulso de una persona, Simon. Soy historiadora de arte.

Él extendió la mano y movió los dedos de su hermana hasta la muñeca.

—Presiona hacia abajo. ¿Sientes algo?

Por un momento, ella se quedó quieta, con un mechón de cabello agitándose sobre su frente.

—No. ¿Se supone que tengo que hacerlo?

—Becky... —Apartó la muñeca de un tirón, frustrado. No quedaba otra cosa por hacer. Sólo existía un modo—. Mírame —dijo, y cuando sus ojos se le clavaron en el rostro, dejó salir los colmillos.

Ella gritó.

Gritó y cayó del banco, sobre la mezcla de hojas y tierra compactadas. Varios transeúntes los miraron con curiosidad, pero eso era Nueva York, y no se detuvieron u observaron, sino que simplemente siguieron caminando.

Simon se sentía miserable. Eso era lo que había querido, pero era diferente verla de verdad agazapada allí, tan pálida que sus pecas se destacaban como manchas de tintas, con una mano sobre la boca, exactamente igual a como lo fue con su madre. Recordaba que le había dicho a Clary que no había peor sentimiento que no confiar en las personas que amabas; había estado equivocado. Que las personas que amabas te temieran, era peor.

—Rebecca —dijo, y su voz se quebró—. Becky...

Ella sacudió la cabeza, con una mano aún sobre la boca. Estaba sentada en el suelo y su bufanda se arrastraba sobre las hojas. Bajo otras circunstancias, podría haber sido divertido.

Simon se bajó del banco y se arrodilló junto a ella. Sus colmillos habían desaparecido, pero ella lo estaba mirando como si aún estuvieran allí. Muy tímidamente, estiró una mano y le tocó el hombro.

—Becks —dijo—. Nunca te lastimaría, tampoco lastimaría a mamá, nunca. Sólo quería verte una última vez, para decirte que me voy lejos y que no tienes que volver a verme. Las dejo solas a las dos. Puedes celebrar Acción de Gracias, no te lo arruinaré, no intentaré mantenerme en contacto. No quiero...

—Simon. —Lo agarró del brazo y fue tirando de él hacia sí, como un pez en un sedal. Él medio cayó contra ella, y ella lo abrazó, sus brazos rodeándolo. La última vez que lo había abrazado de ese modo, fue el día del funeral de su padre, cuando lloraba de ese modo en que llora uno cuando parece que no va a parar nunca—. Yo no quiero no volver a verte nunca más.

—Oh. —Simon se volvió a sentar en el suelo, tan sorprendido que su mente se quedó en blanco. Rebecca lo rodeó de nuevo con los brazos, y se apoyó contra su hermana, a pesar de que era más delgada que él. Ella lo había contenido cuando eran niños y podía hacerlo de nuevo.

—Pensé que no querrías.

—¿Por qué?

—Soy un vampiro. —Era extraño oírlo de ese modo, en voz alta.

—Así que, ¿existen vampiros?

—Y hombres lobo. Y otras cosas, aún más raras. Esto... sólo sucedió. Quiero decir, me atacaron, yo no lo elegí, pero eso no importa. Este soy yo, ahora.

—¿Tú...? —Rebecca vaciló y Simon sintió que ésa era la gran pregunta, la que realmente importaba—. ¿Muerdes a la gente?

Pensó en Isabelle, entonces apartó rápidamente la imagen mental. *Y mordí a una chica de trece años. Y a un tipo. No es tan raro como parece.* No. Algunas cosas no encajaban dentro de los asuntos de su hermana—. Bebo sangre de botellas, sangre animal. No lastimo a las personas.

—Está bien. —Ella respiró hondo—. Está bien.

—¿Lo está? Bien, quiero decir.

—Sí. Te amo —dijo. Le frotó torpemente la espalda. Él sintió algo húmedo sobre su mano y bajó la mirada. Ella estaba llorando, una de sus lágrimas le había salpicado los dedos. Otra la siguió, y él cerró la mano sobre ellas. Simon estaba temblando, pero no de frío; aun así, ella se quitó la bufanda y los envolvió a ambos—. Lo averiguaremos —afirmó—. Eres mi hermanito, tonto idiota. Te amo, sin importar lo que pase.

Se sentaron juntos, hombro con hombro, con la mirada perdida en los sombríos espacios entre los árboles.

La habitación de Jace estaba iluminada, la luz del sol se vertía a través de las ventanas abiertas. En el momento en que Clary entró, con los tacones de sus botas resonando sobre el piso de madera, Jace cerró la puerta y la trabó tras ella. Hubo un traqueteo mientras él arrojaba los cuchillos sobre su mejilla de noche. Ella empezó a darse la vuelta, para preguntarle si estaba bien, cuando él la cogió por la cintura y la atrajo hacia sí.

Las botas le daban una mayor altura, pero aun así, tuvo que inclinarse para besarla. Las manos sobre su cintura la izaron contra él; un segundo más tarde, la boca de él estaba sobre la suya y ella olvidó todas las cuestiones de peso e incomodidad. Él sabía

a sal y fuego. Ella intentó excluirlo todo, excepto las sensaciones: el olor familiar de la piel y el sudor, el frío del cabello húmedo contra su mejilla, la forma de los hombros y la espalda bajo sus manos, la forma en que su cuerpo se adaptaba al de Jace.

Él le quitó el suéter por la cabeza. La camiseta era de manga corta y ella sintió el calor proveniente de él contra su piel. Sus labios separaron los de ella y creyó desmoronarse cuando la mano se deslizó hasta el botón superior de sus jeans.

Le tomó todo el autocontrol que tenía sujetarle la muñeca con la mano y mantenerla quieta.

—Jace —dijo—. No.

Él se apartó, lo suficiente para que pudiera verle el rostro. Sus ojos estaban vidriosos, desenfocados. Su corazón latía con fuerza contra el de ella.

—¿Por qué?

Elle cerró los ojos y los apretó.

—La noche pasada... si nosotros no... si no me hubiera desmayado, no sé qué habría pasado, y estábamos en medio de una habitación llena de personas. ¿Realmente crees que quiero que mi primera vez contigo, o *cualquier* vez contigo, sea enfrente de un grupo de extraños?

—Eso no fue culpa nuestra —dijo él, deslizando los dedos suavemente a través de su cabello. La palma de su mano, llena de cicatrices, le raspó ligeramente la mejilla—. Esa sustancia plateada era droga de hadas, te lo dije. Estábamos muy puestos. Pero ahora estoy sobrio, y tú estás sobria también...

—Y Sebastian está en el piso de arriba, y estoy exhausta, y... —Y eso sería una terrible, terrible idea, de la que ambos nos arrepentiríamos—. Y no tengo ganas —mintió.

—¿No tienes ganas? —La incredulidad teñía su voz.

—Lo lamento si nadie te lo ha dicho antes, Jace, pero no. No tengo ganas. —Bajó deliberadamente la mirada hasta la mano de él, aún sobre la cinturilla de sus jeans—. Y ahora tengo aún menos ganas.

Él alzó ambas cejas pero, en lugar de decir cualquier cosa, simplemente la soltó.

—Jace...

—Voy a tomar una ducha fría —dijo, alejándose de ella. Su rostro estaba en blanco, inescrutable. Cuando la puerta del baño se cerró de golpe tras él, ella se dirigió a la cama prolijamente hecha, sin residuos de plata sobre la colcha, y se dejó caer, poniendo la cabeza entre las manos. No era como si ella y Jace nunca pelearan; siempre pensó que discutían tanto como las parejas normales, siempre de buen humor, y nunca habían estado molestos uno con el otro de manera significativa. Pero había algo en la frialdad en el fondo de los ojos de Jace que la estremecía, algo lejano e

inalcanzable, que hizo aún más duro que nunca el apartar la pregunta que siempre rondaba en el fondo de su mente: *¿Aún había algo del Jace real allí? ¿Había algo que salvar?*

* * *

*Ahora esta es la Ley de la Selva,
tan antigua y verdadera como el cielo,
Y el Lobo que la conserve podrá prosperar,
pero el Lobo que la transgreda deberá morir.
Así como la enredadera que ciñe el tronco del árbol,
la Ley fluye hacia delante y hacia atrás;
Porque la fuerza de la Manada es el Lobo,
y la fuerza del Lobo es la Manada.*

Jordan permanecía mirando ciegamente el poema pegado a la pared de su dormitorio. Era una vieja estampa que había encontrado en una librería de libros usados, las palabras estaban rodeadas por un elaborado marco de hojas. El poema era de Rudyard Kipling, y encapsulaba con tanta claridad las reglas por las que vivían los hombres lobo, la Ley que unía sus acciones, que se preguntaba si el mismo Kipling había sido un Submundo o, al menos, conocía los Acuerdos. Jordan se había sentido compelido a comprar la estampa y pegarla en su pared, a pesar de que nunca había sido amante de la poesía.

Había estado paseando de lado a lado de su apartamento por la última hora, a veces tomaba el teléfono para ver si Maia le había mandado un mensaje en medio de rondas para abrir el refrigerador y mirar en su interior, para ver si aparecía algo que valiera la pena comer. No lo hacía, pero no quería salir a buscar comida, en caso de que ella fuera a la casa cuando él estaba fuera. También se dio una ducha, limpió la cocina, trató de mirar televisión y falló, empezó el proceso de organizar todos sus DVD por color.

Estaba inquieto. Inquieto en el modo que se ponía, a veces, antes de la luna llena, sabiendo que el Cambio estaba por venir, al sentir el tirón de las mareas en su sangre. Pero la luna estaba menguando, no llena y no era el Cambio lo que lo hacía sentir como si estuviera saliéndose de la piel. Era Maia. Era estar allí sin ella, después de casi dos días completos en su compañía, nunca a más de a unos metros de distancia de ella.

Ella se había marchado a la estación de policía, diciendo que no era el momento de desarmar la manada con el retiro de un miembro, a pesar de que Luke estaba sanando. No había necesidad de que fuera Jordan, argumentó, ya que todo lo que iba a hacer era preguntar a Luke si estaba bien que Simon y Magnus visitaran la granja mañana, y luego llamaría a la finca y advertiría a cualquiera de la manada que aún estuviera allí que se largara de la propiedad. Ella tenía razón y Jordan lo sabía, no *había* motivo para que fuera con ella, pero en el momento en que se marchó, la inquietud le dio una patada en el interior. ¿Se estaba yendo porque estaba harta de estar con él? ¿Se había replanteado las cosas y decidió que, antes, había estado en lo cierto respecto a él? ¿Y qué era lo que sucedía entre ellos? ¿Estaban saliendo? *Tal vez, deberías habérselo preguntado antes de dormir juntos, genio*, se dijo, antes de darse cuenta de que estaba de pie, frente al refrigerador, de nuevo. Su contenido no había cambiado: botellas de sangre, una libra de carne de res molida en proceso de descongelación, y una manzana machucada.

La llave giró en la cerradura de la puerta de frente y él se apartó de un salto del refrigerador, dando vueltas sobre sí mismo. Se miró: estaba descalzo, con jeans y una camiseta vieja. ¿Por qué no había empleado el tiempo que ella estuvo fuera para afeitarse, verse mejor, ponerse colonia o *algo*? Pasó rápidamente las manos por su cabello, mientras Maia entraba a la sala y dejaba caer su copia del juego de llaves sobre la mesita de café. Se había cambiado de ropa, y llevaba un suéter de suave color rosa y jeans. Sus mejillas estaban sonrosadas por el frío, tenía los labios rojos y los ojos brillantes. Él quería besarla tan desesperadamente, que le dolía.

En vez de eso, tragó saliva.

—Entonces... ¿cómo te fue?

—Bien. Magnus puede usar la granja. Ya le envié un mensaje de texto. —Se aproximó y apoyó los codos sobre el mostrador—. También le dije a Luke lo que Raphael dijo sobre Maureen. Tengo la esperanza de que esté bien.

Jordan estaba perplejo.

—¿Por qué pensaste que él tenía que saberlo?

Ella pareció desinflarse.

—Oh, Dios. No me digas que se supone que lo mantendría en secreto.

—No... sólo preguntaba...

—Bueno, si realmente hay una vampira renegada abriéndose camino a través del Bajo Manhattan, la manada debería saberlo; es su territorio. Además, quería su consejo sobre si deberíamos decírselo a Simon o no.

—¿Y qué hay de *mi* consejo? —Estaba jugando al sonar herido, pero una pequeña parte de sí lo decía en serio. Ya lo habían discutido antes, si Jordan debería decirle a su asignación que Maureen estaba allí y matarla, o si eso sólo sería una carga más que añadir a todo lo que estaba soportando Simon ahora. Jordan había tomado partido por no decirle (¿qué podía hacer Simon al respecto, de todos modos?), pero Maia no estaba tan segura.

Ella subió de un salto, a la parte superior del mostrador y se giró para enfrentarlo. Incluso sentada, resultaba más alta que él de ese modo y sus ojos marrones brillaban cuando bajaron a por los suyos.

—Quería un consejo de *adulto*.

Él aferró sus piernas oscilantes y pasó las manos por sobre las costuras de sus jeans.

—Tengo dieciocho años... ¿no estoy lo suficientemente crecido para ti?

Maia le puso las manos sobre los hombros y las flexionó, como si estuviera probando sus músculos.

—Bueno, definitivamente has *crecido*.

Jordan la bajó del mostrador, atrapándola por la cintura y la besó. El fuego chisporroteó por sus venas mientras ella le regresaba el beso, su cuerpo fundiéndose contra el suyo. Él le deslizó las manos por el cabello, quitándole la boina de lana para dejar libres sus rizos. Le besó el cuello y ella le quitó la camisa por la cabeza, para dejar correr las manos sobre su cuerpo: hombros, espalda, brazos, ronroneando como una gata. Él se sentía como un globo de helio, flotando alto por estar besándola, y ligero por el alivio. Así que ella no había terminado con él, después de todo.

—Jordy —dijo—. Espera.

Maia casi nunca lo llamaba así, a menos que fuera algo serio. El latido de su corazón, ya salvaje, se aceleró más aún.

—¿Qué pasa?

—Es solo que... si cada vez que nos vemos, caemos en la cama... y sé que fui yo quien lo empezó, no voy a culparte o algo así. Es sólo que, quizás, deberíamos *hablar*.

Él miró fijamente sus grandes ojos oscuros, el pulso palpitante en la garganta, el rubor sobre sus mejillas. Con esfuerzo, habló con tranquilidad.

—De acuerdo. ¿De qué quieres que hablemos?

Ella se limitó a mirarlo. Después de unos momentos, negó con la cabeza y dijo:

—Nada. —Enlazó las manos tras su cabeza y lo acercó más, besándolo con fuerza y amoldando su cuerpo contra el de él—. Nada en absoluto.

Clary no sabía cuánto tiempo pasó, hasta que Jace salió del cuarto de baño, secándose el cabello mojado con una toalla. Levantó la vista desde donde estaba, aún sentada en el borde de la cama. Él estaba deslizándose una camiseta de algodón azul sobre la suave piel dorada, marcada con cicatrices blancas.

Apartó los ojos mientras él cruzaba la habitación y se sentaba junto a ella, oliendo fuertemente a jabón.

—Lo siento —dijo.

Ahora sí que lo miró, sorprendida. Se había preguntado si él era capaz de pedir perdón en su estado actual. Su expresión era grave, un poco curiosa, pero no hipócrita.

—¡Vaya! —exclamó ella— Esa ducha de agua fría debe haber sido brutal.

Los labios de él se curvaron en un costado, pero su expresión volvió a ser seria casi de inmediato. Le puso una mano debajo de la barbilla.

—No debí presionarte. Es sólo que... hace diez semanas, sólo abrazarnos habría sido impensable.

—Lo sé.

Jace le acunó el rostro entre las manos, sus largos dedos fríos contra sus mejillas, manteniéndolo en alto. La estaba mirando desde arriba, y todo en él resultaba tan familiar: los iris color oro pálido de sus ojos, la cicatriz en su mejilla, el labio inferior lleno, la leve muesca en el diente que lo salvaba de verse tan perfecto que fuera molesto; y aun así, de alguna forma era como regresar a una casa en la que había vivido de niña, y saber que, aunque el exterior pudiera verse igual, una familia diferente vivía allí ahora.

—Nunca me importó —dijo él—. Te quería, de todos modos. Siempre te quise. Nada me importaba, excepto tú. Nunca.

Clary tragó saliva. Su estómago se agitaba, no sólo por las habituales mariposas que sentía cerca de Jace, sino por una inquietud real.

—Pero, Jace, eso no es verdad. Tú te preocupabas por tu familia. Y... siempre pensé que estabas orgulloso de ser un Nefilim, uno de los ángeles.

—¿Orgulloso? —repitió—. Al ser mitad ángel, mitad humano siempre estás consciente de tu propia insuficiencia. No eres un ángel, no eres amado de los Cielos. Raziel no se preocupa por nosotros, ni siquiera podemos rezarle; no le rezamos a nada, no rezamos *por* nada. ¿Recuerdas cuando te dije que pensaba que tenía sangre de demonio, porque eso explicaba por qué me sentía de esa manera por ti? De algún modo, era un alivio pensar eso. Nunca había sido un ángel, ni siquiera me acercaba. Bueno... —añadió—. Tal vez al tipo de los caídos.

—Los ángeles caídos son demonios.

—No quiero ser un Nefilim —dijo Jace—. Quiero ser otra cosa. Más fuerte, más rápido, mejor que humano, pero diferente. No estar subordinado a las Leyes de un ángel que no le importa nada de nosotros. Libre. —Dejó correr la mano a través de un rizo de su cabello—. Ahora soy feliz, Clary. ¿Eso no hace una diferencia?

—Pensé que éramos felices juntos —dijo Clary.

—Siempre he sido feliz contigo —replicó él—, pero nunca creí que lo merecía.

—¿Y ahora sí?

—Ahora ese sentimiento se ha ido —respondió—. Todo lo que sé es que te amo. Y, por primera vez, eso es suficientemente bueno.

Ella cerró los ojos. Un momento después, él la estaba besando, muy suavemente esta vez, con su boca trazando la forma de la de ella. Se sintió maleable en sus manos. Podía sentir cómo la respiración de él se aceleraba y su propio pulso dio un salto. Las manos de Jace resbalaron a través de su cabello, sobre su espalda, hacia la cintura. La caricia era reconfortante, la sensación de los latidos de su corazón contra el de ella como una música familiar; y si las teclas eran ligeramente diferentes, con los ojos cerrados no podía asegurarlo. Su sangre era la misma bajo la piel, pensó, como había dicho la Reina Seelie; su corazón latía cuando el de él lo hacía, estuvo cerca de detenerse, cuando el de él lo hizo. Si tuviera que hacerlo todo de nuevo, pensó, bajo la mirada despiadada de Raziél, haría exactamente lo mismo.

Esta vez, fue él quien se apartó, dejando que sus dedos descansaran sobre su mejilla, sus labios.

—Quiero lo que tú quieras —dijo—. Cada vez que tú lo quieras.

Clary sintió un escalofrío bajar por su espina dorsal. Las palabras eran sencillas, pero hubo una peligrosa y seductora invitación en la caída de su voz. *Lo que sea que quieras, cuando sea que quieras.* Sus manos le alisaron el cabello a la espalda, deteniéndose en su cintura. Ella tragó saliva. Había mucho más de lo que ella iba a ser capaz de manejar.

—Lee para mí —le pidió, de repente.

Él parpadeó.

—¿Qué?

Clary estaba mirando más allá de él, hacia los libros en su mesita de noche.

—Es demasiado que procesar —explicó—. Lo que dijo Sebastian, lo que pasó anoche, todo. Necesito dormir, pero tengo los nervios de punta. Cuando era pequeña y no podía dormir, mi madre solía leerme para relajarme.

—¿Y en este momento, yo te recuerdo a tu madre? Tengo que buscar una colonia más varonil.

—No, es sólo... pensé que sería bonito.

Él se dejó caer contra las almohadas, buscando en la pila de libros junto a la cama.

—¿Algo en particular que quieras escuchar? —Con una floritura, tomó el libro de la parte superior de la pila. Se veía antiguo, encuadernado en cuero y con el título impreso en oro en la parte delantera. *Historia de dos ciudades*—. Dickens siempre es prometedor...

—Ya lo he leído antes. Para la escuela —recordó Clary. Se dejó caer sobre las almohadas, junto a Jace—. Pero no recuerdo nada de él, así que no me importará escucharlo de nuevo.

—Excelente. Me han dicho que tengo una voz adorable y melodiosa para la lectura. —Abrió el libro en la primera página, donde estaba impreso el título con una letra ornamentada. Cruzándolo había una larga dedicatoria, y aunque la tinta se había desvanecido y ahora era apenas visible, Clary pudo distinguir la firma: *Con esperanza al final, William Herondale*.

—Algún antepasado tuyo —dijo Clary, frotando el dedo contra la página.

—Sí. Es extraño que Valentine lo tuviera, mi padre debió dárselo. —Jace abrió una página al azar y empezó a leer:

“Descubrió el rostro y empezó a hablar con mayor firmeza:

—No temáis escucharme ni os molesten mis palabras, cualesquiera que sean. Soy como un hombre que hubiese muerto muy joven. Toda mi vida ha sido un fracaso.

—No, señor Carton. Estoy segura de que aun podría desarrollarse lo mejor de ella. Estoy segura de que podríais ser mucho más digno de vos mismo.”

—Oh, ahora recuerdo esta historia —dijo Clary—. Triángulo amoroso. Ella escoge al tipo aburrido.

Jace rio entre dientes.

—Aburrido para ti. ¿Quién puede decir lo que calentaba a las damas victorias, por debajo de todas esas enaguas?

—Es verdad, ¿lo sabes?

—¿Qué? ¿Lo de las enaguas?

—No. Que tienes una hermosa voz para la lectura. —Clary frotó el rostro contra su hombro. Era en momentos como estos, más que cuando la estaba besando, cuando le dolía: los momentos en los que podría haber sido su Jace. Siempre y cuando mantuviera los ojos cerrados.

—Todo eso y abdominales de acero —dijo Jace, pasando otra página—. ¿Qué más se puede pedir?

17

Despedida

*Traducido por DarkVishous
Corregido por Pamee*

*Mientras paseaba por el puerto
En la hora que está atardeciendo
Escuché a una adorable doncella decir
'Ay, por qué tocar no puedo'.
Un trovador escuchó lo que estaba diciendo
Y sin dudar acudió a su llamada...*

—¿Tenemos que seguir escuchando esta música lastimera? —exigió Isabelle, con su bota golpeando contra el salpicadero de la camioneta de Jordan.

—Sucede que a mí me gusta esta música lastimera y puesto que yo estoy conduciendo, *yo* tengo derecho a elegir —contestó Magnus con altanería.

De verdad estaba conduciendo; Simon había estado sorprendido de que él supiera, aunque no estaba seguro del por qué. Magnus había estado vivo por siglos. Sin duda, había encontrado un momento para tomar un par de clases de manejo, aunque no pudo evitar preguntarse cuál era la fecha de nacimiento que figuraba en su licencia.

Isabelle puso los ojos en blanco, probablemente porque no había espacio suficiente para hacer mucho más en la cabina de la camioneta, con los cuatro amontonados en el asiento. Simon, honestamente, no había esperado que viniera. No había esperado que los demás fueran a la granja con él, sólo Magnus, aunque Alec insistió en ir también, (para gran disgusto de Magnus, pues consideraba que el asunto era 'muy peligroso') y, luego, mientras Magnus encendía el motor de la camioneta, Isabelle había aparecido bajando las escaleras del edificio de apartamentos, había salido por la puerta, jadeando y sin aliento y había anunciado—: Yo también voy.

Y eso fue todo. Nadie pudo moverla o disuadirla; no miró a Simon mientras insistía ni les explicó por qué quería ir; pero lo hizo, y ahí estaba. Usaba jeans y una chaqueta de ante color violeta que debía de haber robado del armario de Magnus. Su cinturón de armas estaba colgado alrededor de sus delgadas caderas. Estaba apretujada contra Simon, cuya costado estaba aplastado contra la puerta del coche. Un mechón de su pelo volaba libre y le hacía cosquillas en la cara.

—¿Qué es, de todos modos? —preguntó Alec, frunciendo el ceño hacia el reproductor de CD, que estaba reproduciendo la música, aunque sin CD. Magnus

262

simplemente había tocado el sistema de sonido con un parpadeante dedo azul, y había empezado a sonar—. ¿Alguna banda de hadas?

Magnus no contestó, pero la música sonó más fuerte.

*Por el espejo se fue ella de inmediato
Así como su negro cabello de ébano
Y el vestido por el que tanto había pagado.
Luego caminó por la calle,
Y un chico guapo se encontró por casualidad
Y sus doloridos pies delicados dolían por el amanecer
Pero todos los chicos eran gay.*

Isabelle lanzó un bufido.

—Todos los chicos son gay. En esta camioneta, de cualquier manera. Bueno, no tú, Simon.

—Te diste cuenta —dijo Simon.

—Pienso en mí mismo como en un irresponsable bisexual —aclaró Magnus.

—Por favor, nunca digas esas palabras delante de mis padres —le pidió Alec—. Especialmente a mi padre.

—Pensé que tus padres estaban bien contigo, tú sabes, por salir del clóset —dijo Simon, inclinándose a través de Isabelle para mirar a Alec, que estaba, como a menudo, con el ceño fruncido y sacándose el oscuro cabello de los ojos. Aparte del intercambio ocasional, Simon nunca había hablado mucho con Alex, pues no era una persona fácil de conocer. Sin embargo, reconoció Simon para sí mismo, el reciente distanciamiento con su propia madre le hizo sentir más curiosidad por la respuesta de Alec de lo que hubiera tenido de otra manera.

—Mi madre parece haberlo aceptado —contestó Alec—. Pero mi padre... no, no realmente. Una vez me preguntó qué me había vuelto gay.

Simon sintió que Isabelle se tensaba a su lado.

—¿Volverte gay? —Sonaba incrédula—. Alec, no me habías dicho eso.

—Espero que le hayas dicho que te mordió una araña gay —dijo Simon.

Magnus resopló, Isabelle parecía confundida.

—Leí el alijo de cómics de Magnus —dijo Alec—, así que en realidad sé de qué estás hablando. —Una pequeña sonrisa bailoteaba en su boca—. ¿Entonces me daría la homosexualidad proporcional de una araña?

—Sólo si se tratara de una araña muy gay —contestó Magnus, y gritó cuando Alex le dio un puñetazo en el brazo—. Ay, bueno, no importa.

—Bueno, como sea —dijo Isabelle, obviamente molesta por no entender la broma—. No es como que papá vaya a volver alguna vez Idris, de todos modos.

Alec suspiró.

—Perdón por arruinar tu visión de la familia feliz. Sé que quieres pensar que a papá le parece bien que yo sea gay, pero no es así.

—Pero si no me *cuentas* cuando las personas te dicen esas cosas, o hacen cosas para hacerte daño, ¿cómo puedo ayudarte? —Simon podía sentir la agitación de Isabelle vibrando a través de su cuerpo—. ¿Cómo puedo...?

—Iz —dijo Alec cansado—. No es una gran cosa mala, son un montón de pequeñas cosas invisibles. Cuando Magnus y yo estábamos viajando, y llamaba desde la carretera, papá nunca me preguntó cómo estaba. Cuando me levanto para hablar en las reuniones de la Clave, nadie escucha, y no sé si es porque soy joven o si se debe a algo más. Vi a mamá hablando con una amiga sobre sus nietos, y al segundo después de que entrara, se callaron. Irina Cartwright me dijo que era una lástima que nadie fuera a heredar ahora mis ojos azules. —Se encogió de hombros y miró hacia Magnus, que sacó la mano del volante por un momento para apoyarla sobre la de Alex—. No es como una puñalada de la que puedas protegerme, son un millón de pequeños papeles que cortan cada día.

—Alec —comenzó Isabelle, pero antes de que pudiera decir algo más, la señal de la desviación se alzó más adelante: un cartel de madera en forma de flecha con las palabras GRANJA TRES FLECHAS pintadas en letra imprenta. Simon recordó a Luke arrodillado en el suelo de la casa de campo, deletreando cuidadosamente las palabras con pintura de color negro, mientras Clary añadía un patrón de flores en la parte inferior que ahora por el clima se había desvanecido y estaba casi invisible—.

—Gira a la izquierda —dijo, lanzando el brazo y casi golpeando a Alec—. Magnus, ya llegamos.

Costaron varios capítulos de Dickens para que Clary finalmente sucumbiera al cansancio y se quedara dormida contra el hombro de Jace. Mitad en sueños, mitad en realidad, recordaba que la había cargado bajando por las escaleras y la había dejado en el dormitorio en el que había despertado en su primer día en el apartamento. Había corrido las cortinas y cerrado la puerta tras él cuando se fue, dejando la habitación a oscuras, y se había quedado dormida con el sonido de su voz en el pasillo, llamando a Sebastian.

Soñó de nuevo con el lago congelado, y con Simon gritando por ella, y con una ciudad como Alicante, pero las torres demonio estaban hechas de huesos humanos y los canales manaban con sangre. Se despertó retorcida entre las sábanas, su pelo era una masa enmarañada y la luz fuera de la ventana se había atenuado por la oscuridad del crepúsculo.

Al principio pensó que las voces de afuera de su puerta eran parte del sueño, pero a medida que se hacían más fuertes, levantó la cabeza para escuchar, todavía aturdida y medio enredada en las redes del sueño.

—Oye, hermanito. —Era la voz de Sebastian, flotando debajo de la puerta desde la sala de estar—. ¿Está hecho?

Hubo un largo silencio, luego se oyó la voz de Jace, extrañamente planta y sin color.

—Hecho.

Sebastian inhaló con fuerza.

—Y la anciana... ¿hizo lo que le pedimos? ¿Hizo la Copa?

—Sí.

—Muéstramela.

Un susurro. Silencio. Jace dijo—: Mira, tómala si la quieres.

—No. —Hubo una curiosa seriedad en el tono de Sebastian—. Quédate con ella un momento, hiciste el trabajo para recuperarla, después de todo, ¿no?

—Pero era tu plan. —Había algo en la voz de Jace, algo que hizo que Clary se inclinara hacia adelante y presionara la oreja contra la pared, de repente desesperada por saber más—. Y lo ejecuté, tal y como querías. Ahora, si no te importa...

—Me importa. —Hubo un murmullo. Clary imaginó a Sebastian de pie, mirando a Jace desde los tres centímetros que los diferenciaba en altura—. Hay algo mal. Puedo decirlo porque puedo leerlo, lo sabes.

—Estoy cansado y hubo mucha sangre. Mira, sólo tengo que limpiarme, e ir a dormir. Y... —La voz de Jace murió.

—Y ver a mi hermana.

—Me gustaría volver a verla, sí.

—Está durmiendo. Ha dormido por horas.

—¿Tengo que pedirte permiso? —Había un borde filoso en la voz de Jace, algo que a Clary le recordaba la forma en que le había hablado una vez a Valentine, algo que no había oído en la manera en que le hablaba a Sebastian desde hace tiempo.

—No. —Sebastian parecía sorprendido, casi como si lo hubiera atrapado con la guardia baja—. Supongo que si quieres irrumpir allí y mirar con nostalgia su rostro dormido, adelante. Nunca voy a entender por qué...

—No —dijo Jace—. Nunca lo entenderás.

Se hizo el silencio. Clary podía ver tan claramente la imagen de Sebastian mirando a Jace de forma burlona, que le tomó un momento darse cuenta de que Jace debía de estar llegando a su habitación. Sólo tuvo tiempo para recostarse en la cama y cerrar los ojos antes de que la puerta se abriera, dejando un trozo de color amarillo blanco que la cegó momentáneamente. Gruñó como si despertara (esperando que fuera bastante realista) y se dio la vuelta, con la mano sobre la cara.

—¿Qué...?

La puerta se cerró y la habitación quedó a oscuras otra vez. Sólo veía la silueta de Jace que se movía lentamente hacia su cama, hasta que estuvo de pie junto a ella, y Clary no pudo evitar recordar otra noche, cuando había llegado a su habitación mientras dormía: *Jace de pie, junto a la cabecera de la cama, todavía vistiendo su ropa blanca*

de luto. No había nada ligero o sarcástico, o distante en la forma en la que la miraba. “He estado dando vueltas toda la noche, no podía dormir, y me encontré caminando hacia aquí. Hacia ti.”

Sólo era un contorno ahora, un contorno de pelo brillante que resplandecía en la tenue luz que se filtraba por debajo de la puerta.

—Clary —susurró. Se oyó un golpe, y notó que él había caído de rodillas junto a su cama. Ella no se movió pero su cuerpo se tensó. Su voz era un susurro—. Clary, soy yo. Soy yo.

Sus párpados se abrieron ampliamente, y sus miradas se encontraron. Estaba a mirando a Jace. De rodillas al lado de su cama, sus ojos estaban al nivel de los suyos. Llevaba un abrigo largo de lana oscura, abotonado hasta la garganta, desde donde podía ver las marcas de Silencioso, Agilidad y Precisión como una especie de collar contra su piel. Sus ojos estaban muy dorados y muy amplios, y como si pudiera ver a través de ellos, vio a *Jace...* su Jace. El Jace que la había levantado en brazos cuando ella se estaba muriendo por el veneno del Rapiñador; el Jace que había visto abrazar a Simon en contra de la luz del amanecer sobre el East River; al Jace que le había hablado de un niño pequeño y el halcón al que su padre había asesinado. El Jace que ella amaba.

Su corazón pareció detenerse por completo. Ni siquiera podía jadear.

Sus ojos estaban llenos de urgencia y dolor.

—Por favor —murmuró—. Por favor, créeme.

Le creyó. Llevaban la misma sangre, amaban de la misma manera; éste era *su* Jace, tanto como sus manos eran sus propias manos, su corazón su propio corazón, pero...

—¿Cómo...?

—Clary, shh...

Comenzó a luchar para sentarse, pero él extendió la mano y la empujó contra la cama por los hombros.

—No podemos hablar ahora. Me tengo que ir.

Ella lo agarró por la manga, lo sintió estremecerse.

—No me dejes.

Él dejó caer la cabeza por un momento. Cuando la miró de nuevo, sus ojos estaban secos, pero la expresión en ellos la hizo callar.

—Espera unos minutos después de que me vaya —susurró—. Luego escabúllete y sube a mi habitación. Sebastian no puede saber que estamos juntos. No esta noche. —Se puso de pie, sus ojos eran suplicantes—. No le dejes oírte.

Ella se sentó.

—Tu estela. Déjame tu estela.

La duda brilló en sus ojos, ella le sostuvo la mirada firmemente, luego extendió la mano. Después de un momento, él busco en su bolsillo y sacó el instrumento que resplandecía inactivo y lo puso en su mano. Por un momento tocó su piel, y ella se estremeció, sólo un roce de la mano de este Jace era tan poderoso como todos los

besos y desgarros que se habían hecho el uno al otro en el club la otra noche. Sabía que él también lo sintió, porque hizo un gesto con la mano y empezó a retroceder hacia la puerta. Ella podía oír su respiración, entrecortada y rápida. Buscó a tientas tras de sí la perrilla y salió, con los ojos en su rostro hasta el último momento, cerrando la puerta entre ellos con un decidido y solitario clic.

Clary se sentó en la oscuridad, aturdida. Su sangre se sentía como si se hubiera espesado en sus venas y su corazón fuera a trabajar el doble para seguir latiendo. *Jace. Mi Jace.*

Su mano se tensó sobre la estela. Algo en ello, su fría dureza, parecía centrar y afinar sus pensamientos. Bajó la mirada hacia sí. Llevaba una camiseta sin mangas y pantalones cortos de pijama, tenía la piel de gallina en los brazos, pero no porque hiciera frío. Puso la estela en la parte interna del brazo dibujando lentamente sobre su piel, observando mientras la runa Silenciosa surgía en espiral en su piel pálida de venas azuladas.

Abrió la puerta sólo un poquito. Sebastian se había ido, a dormir lo más probable. Había música reproduciéndose ligeramente en la televisión, algo clásico, el tipo de música de piano que a Jace le gustaba. Se preguntó si Sebastian apreciaría la música, o algún tipo de arte, pues parecía ejemplo de una capacidad *humana*.

A pesar de su preocupación hacia dónde se había ido, sus pies la llevaron hacia el pasillo que conducía a la cocina, y luego corrió a través de la sala de estar y subió por los escalones de cristal; sus pies no hacían ruido mientras llegaba al segundo piso y corría por el pasillo hacia la habitación de Jace. Luego abrió la puerta de un tirón, se deslizó en el interior y la puerta se cerró tras ella con un clic.

Las ventanas estaban abiertas, y a través de ellas se podían ver los tejados y un trozo curvado de luna; una noche perfecta en París. La luz mágica de Jace estaba en la mesita de noche junto a su cama; brillaba con una luz opaca que le daba una claridad adicional a la habitación. Había suficiente luz para que Clary viera a Jace, de pie entre los dos grandes ventanales. Se había quitado el largo abrigo negro, y lo había dejado en un montón arrugado junto a sus pies. Clary notó de inmediato por qué no se lo había quitado cuando entró a la casa, por qué lo había mantenido completamente abrochado hasta su garganta: porque debajo sólo llevaba una camiseta con botones grises y jeans, y estaban pegajosos y empapados de sangre. Su camisa estaba desgarrada en algunas partes, como si la hubieran cortado con un cuchillo muy afilado. Su manga izquierda estaba enrollada, y había una venda blanca envuelta alrededor de su brazo; debía habérsela puesto recién, ya que la sangre estaba oscureciéndola en los bordes. Estaba a pies desnudos, se había quitado los zapatos, y el piso donde se encontraba estaba salpicado con sangre, como lágrimas rojas.

Clary dejó la estela sobre la mesita de noche con un clic.

—Jace —lo llamó en voz baja.

De repente parecía una locura que hubiera tanto espacio entre ellos, que ella estuviera de pie en la habitación de Jace, y no se tocaran. Se dirigió hacia él, pero él levantó una mano para detenerla.

—No lo hagas. —Su voz se quebró. Luego sus dedos fueron a los botones de su camisa, soltándolos uno por uno. Se quitó la prenda manchada de sangre por los hombros, y la dejó caer al suelo.

Clary lo miró. La runa de Lilith seguía en su sitio, sobre su corazón, pero en lugar del rojo plateado resplandeciente lucía estaba como si hubieran arrastrado la punta caliente de un atizador por su piel, carbonizándola. Se llevó la mano hacia su propio pecho involuntariamente, extendiendo los dedos sobre su corazón. Podía sentir sus latidos, fuertes y rápidos.

—Oh.

—Sí. Oh —dijo Jace rotundamente—. Esto no va a durar, Clary. El que yo sea yo mismo una vez más, quiero decir; sólo seré yo mientras no sane.

—Me-me pregunté —tartamudeó Clary—, antes, mientras dormías, pensé sobre cortar la runa como cuando nos enfrentamos a Lilith, pero tenía miedo de que Sebastian lo sintiera.

—Lo hubiera sentido. —Los ojos de oro de Jace eran tan planos como su voz—. No siento esto porque se hizo con un *pugio*, una daga hervida en sangre de ángel. Son increíblemente raras, nunca antes había visto una real en mi vida. —Se pasó los dedos por el cabello—. La hoja se volvió ceniza después de tocarme, pero hizo el daño necesario.

—Estuviste en una pelea. ¿Era un demonio? ¿Por qué Sebastian no fue con...?

—Clary —La voz de Jace era apenas un susurro—. Esto... tardará más en curarse en comparación con un corte común... pero no es para siempre. Luego volveré a ser él otra vez.

—¿Cuánto tiempo? ¿Antes de que vuelvas a la forma en la que estabas?

—No lo sé, simplemente no lo sé. Pero quiero... necesito estar contigo, así, siendo yo, por el tiempo que pueda. —Le tendió la mano con rigidez, como si estuviera inseguro de su respuesta—. ¿Crees que podrías...?

Ella ya estaba atravesando la habitación hacia él. Echó los brazos alrededor de su cuello. Él la atrapó y la hizo girar en sus brazos, hundiendo su rostro en el hueco de su cuello. Ella lo respiró como el aire; olía a sudor y sangre, cenizas y a marcas.

—Eres tú —susurró—. Eres tú, realmente.

Él se echó hacia atrás para mirarla. Con la mano libre trazó su pómulos con suavidad. Clary había pasado por eso alto, su gentileza; era una de las cosas que la había hecho enamorarse de él en primer lugar, al darse cuenta de que este muchacho sarcástico, lleno de cicatrices, era suave con las cosas que *amaba*.

—Te extrañé —dijo ella—. Te extrañé tanto.

Él cerró los ojos como si sus palabras le hirieran. Clary puso la mano en su mejilla y él apoyó la cabeza contra su palma; su cabello le hizo cosquillas en los nudillos, y notó que su rostro estaba húmedo.

El niño nunca volvió a llorar.

—No es tu culpa —le dijo Clary. Besó su mejilla con la misma ternura que él le había demostrado. Saboreó sal, sangre y lágrimas. Él todavía no había hablado, pero podía sentir el ritmo salvaje de su corazón contra su pecho. Sus brazos la apretaban, como si tuviera la intención de no dejarla ir nunca. Lo besó en la mejilla, en la mandíbula y, finalmente, en la boca, una ligera presión de labios contra labios.

No hubo nada de ese frenesí que se produjo en el club nocturno, éste era un beso con intención de dar consuelo, de decir todo lo que no había tiempo de decir. Él le devolvió el beso, vacilante al principio, luego con mayor urgencia, su mano sujetaba su cabello, las trenzas se enredaban entre sus dedos. Sus besos se profundizaron poco a poco, suavemente, la intensidad se hizo cada vez mayor entre ellos, como pasaba siempre, como un incendio que se iniciaba con un único fósforo, y estallaba en un reguero de pólvora.

Ella sabía lo fuerte que era, aun así se sintió conmovida cuando él la cargó a la cama y la recostó con cuidado entre las almohadas dispersas, deslizando su cuerpo sobre el de ella, un gesto suave que le recordó para qué eran todas esas marcas que tenía en el cuerpo: Fuerza, Gracia, Ligereza de tacto. Respiró su aliento mientras se besaban, cada beso se alargaba, persistiendo, explorando. Sus manos lo recorrían, los hombros, los músculos de los brazos, la espalda. Su piel desnuda se sentía como seda caliente en sus manos.

Cuando sus manos encontraron el dobladillo de la parte inferior de su camiseta sin mangas, estiró los brazos y arqueó la espalda, deseando que todas las barreras entre ellos desaparecieran. Cuando se la sacó, ella volvió a presionarse contra él, sus besos eran más feroces ahora, como si estuvieran luchando por llegar a un lugar oculto dentro del otro. No había creído que pudieran estar más cerca, pero de alguna manera mientras se besaban, se enroscaron con el otro como un hilo intrincado, cada beso se hizo más hambriento, más profundo que el anterior.

Sus manos se movían con rapidez sobre el otro, y luego más lentamente, descubriéndose sin prisas. Hundió los dedos en sus hombros cuando él la besó en la garganta, en la clavícula, en la marca de estrella en su hombro. Ella le rozó la cicatriz también, con el dorso de los nudillos, y besó la marca herida de Lilith que tenía sobre el pecho. Lo sintió temblar por el deseo, y supo que estaba en el borde de donde no habría vuelta atrás, y no le importó. Ahora sabía lo que era perderlo, sabía los días negros que vendrían después, y sabía que si lo perdía, quería esto para recordarlo, para aferrarse a que había estado tan cerca a él como se podía estar a otra persona. Juntó los tobillos en la parte baja de su espalda, y el gimió contra su boca, un sonido suave, bajo e indefenso. Sus dedos se clavaron en sus caderas.

—Clary. —Se alejó. Estaba temblando—. No puedo... si no nos detenemos ahora, no seremos capaces de hacerlo luego.

—¿No quieres? —Ella lo miró con sorpresa.

Él estaba sonrojado, alborotado, su cabello rubio estaba de un dorado oscuro donde el sudor lo pegaba contra su frente y sienes. Podía sentir su corazón tartamudeando dentro de su pecho.

—Sí, es sólo que nunca...

—¿No lo has hecho? —preguntó sorprendida—. ¿No has hecho esto antes?

Él respiró hondo.

—Sí lo he hecho. —Sus ojos buscaron su rostro, como si estuvieran buscando juicio, desaprobación, o incluso asco. Clary le devolvió la mirada de manera uniforme. Era lo que había asumido, de todos modos—. Pero no cuando realmente me importaba. —Tocó su mejilla con los dedos, ligero como una pluma—. Ni siquiera sé cómo...

Clary rio suavemente.

—Creo que acabas de señalarme que sí sabes cómo.

—Eso no es lo que quise decir. —Le cogió la mano y se la llevó a la cara—. Te deseo —dijo—, más de lo que alguna vez he deseado algo en mi vida. Pero yo... —Tragó—. Por el Ángel, voy a patearme a mí mismo por esto después.

—No digas que estás intentado protegerme —dijo ella con fiereza—. Porque yo...

—No es eso —dijo—. No voy a auto-sacrificarme. Estoy... celoso.

—¿Tú... celoso? ¿De quién?

—De mí mismo. —Torció la cara—. Odio la idea de que él esté contigo. Él. Ése otro yo. Uno controlado por Sebastian.

Ella sintió que su rostro comenzaba a arder.

—En el club... anoche...

Él dejó caer la cabeza sobre su hombro. Un poco desconcertada, le acarició la espalda, tocando los arañazos que había hecho en su piel en el club nocturno. El recuerdo específico la hizo sonrojarse aun más fuerte, también el saber que él podría haberse librado de los arañazos con una *iratze* si hubiera querido. Pero no lo hizo.

—Recuerdo *todo* lo de anoche —le dijo—. Y eso me hace enloquecer, porque era yo pero no lo era. Cuando estamos juntos, quiero ser el real para ti. Mi *yo* real.

—¿No es eso lo que somos ahora?

—Sí. —Levantó la cabeza, y besó su boca—. Pero ¿por cuánto tiempo? Podría convertirme de nuevo en él en cualquier momento. No podría hacerte eso a ti, a nosotros. —Su voz era amarga—. Ni siquiera sé cómo puedes aguantarlo, estar cerca de esa *cosa* que no soy yo...

—Incluso si vuelves a ser *él* en cinco minutos —dijo—, habría valido la pena, sólo para estar contigo así, otra vez. No haberlo terminado en esa azotea. Porque este eres tú, e incluso en el otro tú, hay piezas del verdadero tú allí. Como si estuviera mirando a través de una ventana borrosa de ti, pero sin ser realmente tú. Y por lo menos ahora lo sé.

—¿Qué quieres decir? —Sus manos apretaron sus hombros—. ¿Qué quieres decir con que por lo menos lo sabes?

Ella tomó una profunda respiración.

—Jace, cuando estuvimos juntos por primera vez, como realmente *juntos*, fuiste tan feliz ése primer mes. Y todo lo que hicimos juntos fue divertido, gracioso y sorprendente. Y luego fue como si se te hubiera drenado toda aquella felicidad. No querías estar conmigo o mirarme...

—Tenía miedo de hacerte daño. Pensé que estaba perdiendo la cabeza.

—No sonreías, o reías, o bromeabas. Y no te culpo. Lilith estaba arrastrándose por tu mente, controlándote. Cambiándote. Pero tienes que recordar, sé lo estúpido que suena, que nunca antes había tenido novio. Pensé que era normal, que tal vez estabas cansándote de mí.

—No podía...

—No estoy pidiéndote que me tranquilices —le dijo ella—. Te lo estoy diciendo. Cuando estás... como estás, controlado, pareces *feliz*. Vine hasta aquí porque buscaba salvarte. —Su voz cambió—. Pero empecé a preguntarme de qué estaba salvándote. ¿Cómo podía traerte de vuelta a la vida si parecías tan infeliz con ello?

—¿Infeliz? —Sacudió la cabeza—. Tenía suerte, tanta, tanta suerte. Y no pude verlo. —Sus ojos encontraron los de ella—. Te amo —le dijo—, y me haces más feliz de lo que jamás pensé que podría ser. Y ahora que sé lo que es ser otra persona, perderse a uno mismo, quiero mi vida de vuelta. Mi familia. A ti. Todo. —Sus ojos se oscurecieron—. Lo quiero *de vuelta*.

Su boca descendió sobre la de ella, con una presión anhelante, sus labios estaban abiertos, hambrientos y calientes, y sus manos se apoderaron de la cintura de Clary, y después de las sábanas a un lado de ella, hasta casi romperlas. Él se apartó, jadeando.

—No podemos...

—¡Entonces deja de besarme! —jadeó—. De hecho... —Clary salió por debajo de uno los brazos de él, agarrando su camiseta—. Ahora vuelvo.

Pasó junto a él y se precipitó hacia el cuarto de baño, cerrando la puerta por detrás. Encendió la luz y se miró al espejo. Miró sus ojos desorbitados, su cabello enredado, sus labios hinchados por los besos. Se ruborizó y se puso la camiseta sin mangas, se salpicó agua fría en la cara y se torció el cabello en un nudo. Cuando se convenció de que ya no parecía una virgen embelesada de las portadas de una novela romántica, buscó las toallas de mano (nada romántico en *eso*), tomó una y la humedeció, luego la frotó con jabón.

Volvió a entrar en la habitación. Jace estaba sentado en el borde de la cama, con unos jeans y una camisa limpia, desabrochada. La luz de la luna resaltaba su cabello alborotado. Parecía la estatua de un ángel. Sólo que los ángeles normalmente no estaban bañados en sangre.

Caminó hasta pararse frente a él.

—De acuerdo —dijo—. Quítate la camisa.

Jace levantó las cejas.

—No voy a atacarte —dijo ella, impaciente—. Puedo aguantar el ver tu pecho desnudo sin desmayarme.

—¿Estás segura? —preguntó, sacándose obediente la camisa por los hombros—. Porque ver mi pecho desnudo ha causado que muchas mujeres se lastimaran al venir estampida para llegar a mí.

—Sí, bueno, no veo a nadie más aquí además de mí, y sólo busco limpiar la sangre. —Él se inclinó hacia atrás sobre las manos, dócilmente. La sangre había traspasado la camisa que había usado y le había manchado el pecho y la superficie plana de su estómago, pero a medida que pasaba los dedos cuidadosamente sobre él, pudo sentir que sus cortes eran superficiales. La *iratze* que se había hecho anteriormente ya estaba haciendo que se desvanecieran.

Volvió el rostro hacia ella, con los ojos cerrados, mientras recorría con un paño húmedo su piel, con la sangre tiñendo el algodón blanco. Frotó las manchas secas de su cuello; escurrió la tela, la sumergió en un vaso con agua de la mesita de noche, y se puso a trabajar sobre el pecho. Él estaba sentado con la cabeza inclinada hacia atrás, mirándola mientras la tela se deslizaba a través de los músculos de sus hombros, la suave línea de los brazos, los antebrazos, su duro pecho marcado con líneas blancas, y con el color negro permanente de las marcas.

—Clary —dijo él.

—¿Sí?

El humor había desaparecido de su voz.

—No voy a recordar esto —dijo—. Cuando vuelta a como estaba, bajo *su* control, no recordaré ser yo mismo. No recordaré haber estado contigo, o hablarte de esta forma. Así que dime... ¿estás todos bien? ¿Mi familia? ¿Saben ellos...?

—¿Lo que sucedió contigo? Un poco. Y no, no están bien. —Jace cerró los ojos—. Podría mentirte —dijo—, pero deberías saberlo. Te quieren mucho, y te quieren de vuelta.

—No así —dijo él.

Ella tocó su hombro.

—¿Vas a contarme lo que ocurrió? ¿Cómo conseguiste estos cortes?

Él respiró hondo, y la cicatriz de su pecho se destacó, lívida y oscura.

—Maté a alguien.

Sintió el impacto de sus palabras a través de su cuerpo como el disparo de un arma. Dejó caer la toalla ensangrentada, y luego se agachó para recogerla. Cuando levantó la vista, su mirada estaba fija en ella. A la luz de luna las líneas de su rostro eran finas, fuertes y tristes.

—¿Quién?

—La conociste —dijo Jace, cada palabra era una carga—. La mujer a la que fuiste a visitar con Sebastian. La Hermana de Hierro, Magdalena.

Se apartó de ella, se retorció y fue a recuperar algo enredado entre las sábanas de la cama. Los músculos de sus brazos y espalda se movieron bajo su piel mientras él lo tomaba y se volvía hacia Clary, con el objeto reluciente en la mano.

Era un claro cáliz de cristal, una réplica exacta de la Copa Mortal, excepto que en lugar de ser de oro, ésta estaba tallada de *adamas* blanco-plateado.

—Sebastian me envió, *lo* envió, a que fuera a buscar esto esta noche —continuó Jace—. Y también me dio la orden de matarla. Ella no lo esperaba, no esperaba ningún tipo de violencia, sólo el pago y el intercambio; pensaba que estábamos del mismo lado. Dejé que me diera la Copa, y luego tomé mi daga y... —Respiró hondo, como si el recuerdo le doliera—. La apuñalé. Quería que fuera directo al corazón, pero ella se volteó y perdí unos centímetros. Se tambaleó hacia atrás, buscó en su mesa de trabajo *adamas* pulverizado, y me lo tiró. Creo que tenía la intención de cegarme. Volví la cabeza y cuando miré hacia atrás, tenía un *aegis* en la mano. Creí que sabía lo que era. La luz me quemó los ojos. Grité mientras ella dirigía la daga hacia mi pecho; sentí un dolor punzante en la marca, y luego la hoja se rompió. —Miró hacia abajo y soltó una risa amarga—. Lo gracioso es que, si hubiera estado usando mi equipo, nada de esto hubiera ocurrido. No lo usé porque no creía que valiera la pena, no creía que ella pudiera dañarme. Pero la *aegis* quemó la marca, la marca de Lilith, y de repente estaba de vuelta, de pie sobre una mujer muerta con un puñal ensangrentado en la mano y la Copa en la otra.

—No entiendo. ¿Por qué Sebastian te dijo que la mataras? Ella iba a darte la Copa. A Sebastian. Ella dijo...

Jace expulsó un jadeo entrecortado.

—¿Recuerdas que dijo Sebastian sobre el reloj en la Plaza de la Ciudad Vieja, en Praga?

—Qué el rey hizo que le sacaran los ojos al creador después de terminarlo, para que nunca pudiera hacer algo tan bello de nuevo —contestó Clary—. Pero no veo...

—Sebastian quería que Magdalena muriera para que nunca pudiera hacer algo como esto otra vez —dijo Jace—. Y para que nunca pudiera contarle.

—¿Contar qué? —Extendió la mano, tomó la barbilla de Jace, y bajó su rostro para que la mirara—. Jace, ¿*qué es lo que Sebastian está planeando hacer, realmente?* La historia que contó en la sala de entrenamiento, sobre querer invocar a los demonios para poder destruirlos a todos...

—Sebastian quiere invocar demonios, es cierto. —La voz de Jace era sombría—. Un demonio en particular. Lilith.

—Pero Lilith está muerta. Simon la destruyó.

—Los Demonios Mayores no mueren, no realmente. Los Demonios Mayores habitan en los espacios entre los mundos, el gran Vacío, la vacuidad. Lo que Simon hizo fue romper su poder, enviarla en jirones de nuevo a la nada de la que venía. Pero ella se reforma poco a poco. Renace. Se necesitarían siglos, pero no si Sebastian le ayuda.

Una sensación fría creía en la boca del estómago de Clary.

—¿Ayudarla cómo?

—Convocándola de nuevo a este mundo. Él quiere mezclar su sangre y la de ella en la copa y crear un ejército de Nefilim oscuros. Quiere ser Jonathan Cazador de Sombras rencarnado, pero del lado de los demonios, no del de los ángeles.

—¿Un ejército de Nefilim oscuros? Ustedes dos son fuertes, pero no son un ejército exactamente.

—Hay alrededor de cuarenta o cincuenta Nefilim que o bien una vez fueron leales a Valentine, u odian la dirección actual de la Clave y están abiertos a escuchar lo que Sebastian tiene que decir. Ha estado en contacto con ellos. Cuando convoque a Lilith, ellos estarán allí. —Jace tomó una respiración profunda—. ¿Y luego de eso? ¿Con el poder de Lilith tras él? ¿Quién sabe quién más se unirá a su causa? Él *quiere* una guerra; está convencido de que ganará, y yo no estoy tan seguro de que no lo haga. Por cada Nefilim oscuro que haga, su poder crecerá. Suma que los demonios ya han hecho alianzas con él, y no sé si la Clave está preparada para resistirlo.

Clary dejó caer su mano.

—Sebastian nunca cambió. Tu sangre nunca lo cambió. Es exactamente igual al que siempre fue. —Sus ojos se trasladaron al rostro de Jace—. Pero tú... me mentiste también.

—Él te mintió.

Su mente daba vueltas.

—Lo sé. Sé que ese Jace no eras tú...

—Él piensa que es por tu bien y que serás más feliz al final, pero él te mintió. Y yo nunca haría eso.

—El *aegis* —dijo Clary—. Si puede herirte sin que Sebastian lo sienta, ¿podría matarlo pero no herirte?

Jace sacudió la cabeza.

—No lo creo. Si tuviera un *aegis*, podría estar dispuesto a intentarlo, pero... no. Nuestras fuerzas de vida están unidas. Una lesión es una cosa, si él muriera... —Su voz se endureció—. Conoces la manera más fácil de terminar con esto. Atraviesa con un puñal mi corazón. Me sorprende que no lo hicieras mientras dormía.

—¿Podrías si fuera yo? —preguntó ella—. Creía que había una manera de hacerlo bien y todavía lo creo. Dame tu estela, y haré un Portal.

—No puedes hacer un Portal desde aquí —dijo Jace—. No funcionará. La única manera de entrar y salir de este apartamento es a través de la planta baja, en la pared, junto a la cocina. Es el único lugar desde donde puedes mover el apartamento, también.

—¿Puedes trasladarnos a la Ciudad Silenciosa? Si volvemos, los Hermanos Silenciosos, pueden encontrar una manera de separarte de Sebastian. Le diremos a la Clave sobre su plan para que estén preparados.

—Podría llevarnos a los dos a una de las entradas —dijo Jace—. Y lo haré. Iré. Iremos juntos. Pero para que no haya mentiras entre nosotros, Clary, debes saber que ellos me matarán. Después de decirles lo que sé, me asesinarán.

—¿Asesinarte? No, no lo harán...

—Clary. —Su voz era suave—. Como un buen Cazador de Sombras debería presentarme voluntario para morir y detener a Sebastian. Como un buen Cazador de Sombras, lo haría.

—Pero nada de esto es tu culpa. —Su voz se elevó, y se obligó a bajarla, porque no quería que Sebastian, en la planta baja, escuchara—. No puedes evitar lo que te han hecho, eres una víctima en esto. No eres *tú*, Jace; es alguien más, es otra persona, alguien que lleva tu cara. No deberían castigarte...

—No es cuestión de castigo. Es práctico. Muero yo, Sebastian muere. No es diferente a sacrificarme en batalla. Está muy bien decir yo no elegí esto, ya pasó. Y lo que soy ahora, yo mismo, se irá de nuevo muy pronto. Y, Clary, sé que no tiene sentido, pero lo recuerdo, recuerdo todo. Recuerdo caminar con ustedes en Venecia, y esa noche en el club, y dormir en esta cama contigo, y ¿no lo entiendes? *Quería* esto; esto es todo lo que quería: vivir contigo de esta manera, estar contigo de esta forma. ¿Qué se supone que voy a pensar, cuando lo peor que me ha sucedido es exactamente lo que quiero? Tal vez Jace Lightwood puede ver que todo esto está mal y confuso, pero Jace Wayland, hijo de Valentine... ama esta vida. —Sus ojos eran grandes y dorados mientras la miraba, y ella recordó a Raziel, con su mirada que parecía tener toda la sabiduría y la tristeza del mundo—. Es por eso que tengo que ir —dijo—. Antes de que esto desaparezca, antes de que sea *él* de nuevo.

—¿Ir a dónde?

—A la Ciudad Silenciosa. Tengo que entregarme... y también la Copa.

CASSANDRA CLARE

DARK GUARDIANS

PARTE TRES

276

Todo Ha Cambiado

*Todo cambiado, cambiado del todo:
Una terrible belleza ha nacido.*

—William Butler Yeats, “Pascua de 1916”

City of Lost Souls

18

Raziel

*Traducido por Pargulin**¿Clary?*

Simon se sentó en los escalones del porche trasero de la casa, mirando hacia el camino que conducía a través del huerto de manzanas hasta el lago. Isabelle y Magnus estaban en él; Magnus miraba hacia el lago y luego a las montañas bajas que rodeaban la zona. Estaba tomando notas en un pequeño libro con una pluma cuya punta brillaba verde-azulada. Alec estaba a cierta distancia, mirando hacia los árboles que bordeaban la cresta de las colinas que separaban la casa de la calle. Parecía estar de pie lo más lejos de Magnus como podía sin dejar de estar al alcance del oído.

A Simon le parecía (aunque era el primero en admitir que no era tan observador de estas cosas), que a pesar de bromear en el coche, recientemente se había interpuesto una distancia perceptible entre Magnus y Alec, que no podía identificar claramente, pero sabía que estaba allí.

La mano derecha de Simon estaba apoyada en su mano izquierda, y con los dedos rodeaba el anillo de oro en su dedo.

Clary, por favor.

Había estado tratando de llegar a ella cada hora desde que había recibido el mensaje de Maia sobre Luke. No había conseguido nada. Ni un atisbo de respuesta.

Clary, estoy en la granja. Te estoy recordando aquí, conmigo.

Era un día inusualmente cálido, y un leve viento agitó las últimas hojas en las ramas de los árboles. Después de pasar demasiado tiempo preguntándose qué clase de ropa debía usar para encontrarse con ángeles; un traje parecía excesivo, incluso aunque tenía el que había usado en la fiesta de compromiso de Jocelyn y Luke; usaba jeans y una camiseta, con los brazos descubiertos a la luz del sol. Tenía tantos buenos recuerdos iluminados por el sol de este lugar, esta casa.

Él y Clary había venido aquí con Jocelyn casi todos los veranos desde que tenía memoria. Nadaban en el lago, Simon se bronceaba hasta quedar marrón, y la piel blanca de Clary se quemaba una y otra vez y le salían un millón de pecas más sobre los hombros y los brazos. Jugaban "béisbol de manzanas" en el huerto, que era desordenado y divertido; Scrabble y póker en la granja, lo que Luke siempre ganaba.

Clary, estoy a punto de hacer algo estúpido, peligroso y tal vez suicida. ¿Es tan malo que quiera hablar contigo una última vez? Estoy haciendo esto para mantenerte a salvo, y ni siquiera sé si estás viva para ayudarte.

Pero si estuvieras muerta, lo sabría, ¿no es así? Lo sentiría.

277

—Bien. Vamos —dijo Magnus, apareciendo al pie de la escalera. Miró el anillo en la mano de Simon, pero no hizo ningún comentario.

Se levantó y se sacudió los pantalones, luego encabezó la marcha por el camino que pasaba por la huerta. El lago brillaba más adelante como una fría moneda azul. A medida que se acercaba, Simon podía ver el viejo muelle que sobresalía del agua, donde una vez habían atado kayaks antes de que un gran pedazo de la base se hubiese roto y hubiera flotado alejándose. Pensó que casi se podía oír el perezoso zumbido de las abejas y sentir el peso del verano sobre los hombros. Cuando llegaron a la orilla del lago, se volvió y miró hacia la casa de campo, las tablas de madera pintadas de blanco con persianas verdes y el porche cubierto con muebles viejos y gastados de mimbre blanco.

—Realmente te gusta aquí, ¿eh? —le dijo Isabelle. Su pelo negro ondeaba como una bandera con la brisa del lago.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Por tu expresión —dijo—. Parece que estuvieras recordando algo bueno.

—Fue bueno —dijo Simon. Extendió la mano para subirse las gafas por la nariz, recordó que ya no las usaba, y bajó la mano—. Fui afortunado.

Ella miró hacia el lago. Llevaba pequeños aros de oro con forma de argolla, uno se enredaba un poco con su pelo, y Simon sintió ganas de acercarse y liberarla, para tocar un lado de su cara con los dedos.

—¿Y ahora no lo eres?

Se encogió de hombros. Estaba mirando a Magnus, que sostenía lo que parecía una vara larga y flexible, con la que estaba dibujando en la arena mojada de la orilla. Tenía el libro de hechizos abierto y cantaba mientras dibujaba. Alec le estaba mirando, con la expresión de alguien que mira a un extraño.

—¿Tienes miedo? —preguntó Isabelle, moviéndose un poco más cerca de Simon. Podía sentir el calor de su brazo contra el suyo.

—No lo sé. Mucho del miedo es la sensación física: tu corazón se acelera, comienzas a sudar, el pulso se acelera. No siento nada de eso.

—Que mal —murmuró Isabelle, mirando el agua—. Los chicos sudorosos son tan sexys.

Él le dirigió una media sonrisa, lo que fue más difícil de lo que pensaba que sería. Tal vez tenía miedo.

—Ya es suficiente de tu charla insolente y descarada, señorita.

Los labios de Isabelle se estremecieron como si estuviera a punto de sonreír. Luego suspiró.

—¿Sabes lo que nunca se me ocurrió que querría? —preguntó—. Un chico que me hiciera reír.

Simon se volvió hacia ella, acercándose para tomar su mano, sin preocuparse de que su hermano estuviera viendo.

—Izzy...

—Muy bien —gritó Magnus—. He terminado. Simon, por aquí.

Se volvieron. Magnus estaba de pie dentro del círculo, que brillaba con una tenue luz blanca. Eran dos círculos, realmente, uno un poco más pequeño dentro de uno más grande, y en el espacio entre ellos, había escritos decenas de símbolos los que también brillaban, pero de un azul acero y blanco como el reflejo del lago.

Simon escuchó la suave inspiración de Isabelle, y se alejó antes de que pudiera mirarla. Sólo lo haría todo más difícil. Se movió hacia adelante, sobre el borde del círculo, hasta el centro junto a Magnus. Mirar desde el centro del círculo era como mirar a través del agua. El resto del mundo parecía vacilante y confuso.

—Ten. —Magnus metió el libro en sus manos. El papel era delgado, cubierto de runas garabateadas, pero Magnus había grabado un listado de las palabras con la pronunciación, por encima del propio encantamiento—. Lee estás —murmuró—. Debería funcionar.

Sosteniendo el libro contra su pecho, Simon se quitó el anillo de oro que lo conectaba a Clary, y se lo entregó a Magnus.

—Por si no funciona —dijo, preguntándose de donde venía su extraña calma—, alguien debería tomar esto. Es nuestro único vínculo con Clary, y lo que sabe.

Magnus asintió con la cabeza y se deslizó el anillo en el dedo.

—¿Listo, Simon?

—Oye —dijo Simon—. Recordaste mi nombre.

Magnus le lanzó una mirada indescifrable con sus ojos verde-dorados, y dio un paso fuera del círculo. Inmediatamente se volvió borroso y confuso también. Alec se unió a él a un lado, Isabelle, en el otro; se estaba sujetando los codos, e incluso a través de la oscilación de aire Simon podía ver lo infeliz que estaba.

Simon se aclaró la garganta.

—Supongo que es mejor que ustedes se vayan.

Pero no se movieron. Parecían estar esperando a que dijera algo más.

—Gracias por venir aquí conmigo —dijo por fin, después de haber sacudido su cerebro para pensar en algo importante que decir, parecían estar esperándolo. Él no era del tipo que hacía grandes discursos de despedida o que decía adiós dramáticamente.

Miró a Alec en primer lugar.

—Hm, Alec. Siempre me has agradado más de lo que Jace. —Se volvió hacia Magnus—. Magnus, me gustaría tener el descaro de usar el tipo de pantalones que usas.

Y por último, Izzy. Podía ver que ella lo estaba mirando a través de la bruma, con los ojos negros como la obsidiana.

—Isabelle —dijo Simon. La miró, y vio la pregunta en sus ojos, pero no parecía haber nada que pudiera decir en frente de Alec y Magnus, nada que abarcara lo que sentía. Se movió hacia atrás, hacia el centro del círculo, inclinando la cabeza—. Adiós, supongo.

Le pareció que ellos le respondieron, pero la niebla entre ellos volvió borrosas sus palabras. Los vio volverse, retrocediendo por el camino a través de la huerta, hacia la casa, hasta que convirtieron en manchas oscuras. Hasta que ya no pudo verlos.

No era capaz de asimilar el no hablar con Clary una última vez antes de morir; ni siquiera podía recordar las últimas palabras que habían intercambiado. Y aun así, si cerraba los ojos, oía su risa a la deriva en el huerto, podía recordar como había sido, antes de que hubieran crecido, y todo hubiese cambiado. Si moría aquí, tal vez sería conveniente. Algunos de sus mejores recuerdos estaban aquí, después de todo. Si el Ángel lo destruía con fuego, sus cenizas podrían flotar a través de la huerta de manzanas y el lago. Algo acerca de la idea parecía apacible.

Pensó en Isabelle. Luego en su familia, su madre, su padre, y Becky. *Clary*, pensó finalmente. *Estés donde estés, eres mi mejor amiga. Siempre serás mi mejor amiga.*

Levantó el libro de hechizos y comenzó a cantar.

—¡No! —Clary se puso de pie, dejando caer la toalla mojada—. Jace, no puedes. Te matarán.

Tomó una camisa limpia y se la puso encogiéndose de hombros, sin mirarla mientras cerraba los botones.

—Van a tratar de separarme de Sebastian primero —dijo él, a pesar de que no sonaba como si lo creyera—. Si eso no funciona, *entonces* me matarán.

—No es lo suficientemente bueno. —Ella se acercó, pero él se apartó, poniéndose las botas.

Cuando se volvió, su expresión era sombría.

—No tengo opción, Clary. Esto es lo correcto.

—Es una locura. Estás a salvo aquí, no puedes desperdiciar tu vida...

—Salvarme es traición. Es poner un arma en las manos del enemigo.

—¿A quién le preocupa la traición? ¿O la Ley? —exigió—. Me preocupas tú. Vamos a resolver esto juntos...

—No podemos resolver esto. —Jace puso en su bolsillo la estela que estaba en la mesita de noche, y luego se apoderó de la Copa Mortal—. Porque voy a ser *yo* sólo por un poco más de tiempo. Te amo, Clary. —Inclinó su rostro y la besó, lentamente—. Hazlo por mí —susurró.

—No lo haré, absolutamente no —dijo—. No trataré de ayudar a que te maten.

Pero ya estaba caminando hacia la puerta. La llevó con él, y tropezaron en el pasillo, hablando en voz baja.

—Esto es una locura —siseó Clary—. Ponerte en el camino de peligro...

Jace soltó un suspiro exasperado.

—Como si tú no lo hicieras.

—Sí, y eso te pone furioso —susurró ella mientras corría tras él por la escalera—. ¿Recuerdas lo que me dijiste en Alicante...?

Habían llegado a la cocina. Él dejó la Copa sobre el mostrador, echando mano a su estela.

—No tenía derecho a decir eso —le dijo—. Clary, esto es lo que somos. Somos Cazadores de Sombras. Esto es lo que hacemos. Hay riesgos que tomamos que no son sólo los riesgos que encontramos en la batalla.

Clary negó con la cabeza, agarrándolo de las dos muñecas.

—No te dejaré.

Una expresión de dolor cruzó el rostro de él.

—Clarissa...

Ella respiró profundamente, casi sin poder creer lo que estaba a punto de hacer. Pero en su mente estaba la imagen de la morgue de la Ciudad Silenciosa, cuerpos de Cazadores de Sombras tendidos sobre las losas de mármol, y ella no podría soportar pensar que Jace fuera uno de ellos. Todo lo que había hecho; venir aquí, soportar todo lo que había sufrido, había sido para salvar su vida, y no sólo por ella. Pensó en Alec e Isabelle, que la habían ayudado; y Maryse, que lo amaba.

Casi sin saber que estaba a punto de hacerlo, alzó la voz y gritó:

—¡Jonathan! ¡Jonathan Christopher Morgenstern!

Los ojos de Jace se ampliaron.

—Clary...—empezó, pero ya era demasiado tarde, pues ella le había lo soltado y estaba retrocediendo. Sebastian ya podría estar llegando, no había manera de decirle a Jace que no era que confiara en Sebastian, pero que era la única arma que tenía a su disposición que podría hacer que se quedara.

Hubo un destello de movimiento, y Sebastian estaba allí. No se había molestado en correr por las escaleras, sólo saltó y aterrizó entre ellos. Su pelo estaba desordenado por el sueño, llevaba una camiseta oscura y pantalón negro, y Clary se preguntó distraídamente si él dormía con la ropa puesta. Miró entre Clary y Jace, sus ojos negros midieron la situación.

—¿Pelea de amantes? —preguntó. Algo brilló en su mano. ¿Un cuchillo?

La voz de Clary se estremeció.

—Su runa está dañada. Aquí. —Puso su mano sobre su corazón—. Está tratando de regresar, entregarse a la Clave...

La mano de Sebastian salió disparada y agarró la Copa de la mano de Jace. La dejó sobre el mostrador de la cocina con un golpe.

Jace, aún blanco por la impresión, lo miró, no movió ni un músculo mientras Sebastian se acercaba y tomaba Jace por la parte delantera de la camisa. Los botones superiores de la camisa se abrieron, dejando al descubierto su cuello, y Sebastian lo cortó con la punta de su estela, haciéndole un *iratz*e en la piel. Jace se mordió el labio, con los ojos llenos de odio mientras Sebastian lo soltaba y daba un paso atrás, con la estela en la mano.

—Honestamente, Jace —dijo—. La idea de que pensaras que podrías salirte con la tuya en algo como esto me deja noqueado.

Las manos de Jace se cerraron en puños mientras la *iratze*, negra como el carbón, comenzaba a hundirse en su piel. Sus palabras salían a duras penas, casi sin aliento:

—La próxima vez... que desees ser noqueado... estaría encantado de ayudarle. Tal vez con un ladrillo.

Sebastian chasqueó la lengua.

—Me lo agradecerás más tarde. Aunque incluso tú tienes que admitir que este deseo de muerte tuyo es un poco extremo.

Clary esperó que Jace replicara otra vez. Pero no lo hizo. Su mirada recorrió lentamente el rostro de Sebastian.

Por ese momento, sólo estuvieron ellos dos en la habitación, y cuando Jace habló, sus palabras fueron frías y claras.

—No recordaré esto más tarde —dijo—. Pero tú lo harás. La persona que actúa como tu amigo. —Dio un paso hacia adelante, cerrando el espacio entre él y Sebastian—. La persona que actúa como si le *agradaras*, no es real. Esto es real. Este soy yo y te odio, siempre te he odiado, y no hay magia ni un hechizo en este mundo o cualquier otro que jamás vaya a cambiar eso.

Por un momento la sonrisa en el rostro de Sebastian vaciló.

Pero Jace no lo hizo. En cambio, desvió la mirada de Sebastian y miró a Clary.

—Necesito que sepas la verdad —le dijo—; no te he dicho toda la verdad.

—La verdad es peligrosa —dijo Sebastian, manteniendo la estela delante de él como un cuchillo—. Ten cuidado con lo que digas.

Jace hizo una mueca. Su pecho subía y bajaba rápidamente, estaba claro que la curación de la runa en el pecho era lo que le causaba dolor físico.

—El plan de invocar a Lilith —comenzó—, de hacer una nueva Copa, y crear un ejército oscuro; no fue de Sebastian. *Fue mío*.

Clary se congeló.

—¿Qué?

—Sebastian sabía lo que quería —dijo Jace—, pero yo me di cuenta de cómo podía hacerlo. Una nueva Copa Mortal; le di la idea. —Se sacudió por el dolor, ella podía imaginar lo que estaba pasando debajo de la tela de su camisa. La piel juntándose, curándose, la runa de Lilith entera y brillante una vez más—. O, mejor dicho, *él* lo hizo. ¿Esa cosa que se parece a mí, pero no lo es? Él incendiaría el mundo si Sebastian así lo quisiera, y reiría mientras lo está haciendo. Eso es lo que estás salvando, Clary. *Eso*. ¿No lo entiendes? Prefiero estar muerto.

Su voz se ahogó mientras se doblaba. Los músculos de sus hombros se apretaron mientras unas ondas de lo que parecía ser dolor pasaban a través de él. Clary recordaba sostenerlo en la Ciudad Silenciosa mientras los Hermanos estaban en su mente en busca de respuestas. Ahora levantó los ojos, con expresión de desconcierto.

Sus ojos no se dirigieron primero a ella, sino a Sebastian. Ella sintió que su corazón caía en picada, aunque sabía que esto sólo era su culpa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jace.

Sebastian le sonrió.

—Bienvenido de nuevo.

Jace parpadeó, viéndose confuso por un momento, y luego su mirada pareció deslizarse hacia el interior, como lo hacía cada vez que Clary intentaba sacar a relucir algo que no podía procesar; el asesinato de Max, la guerra en Alicante, el dolor que estaba causando a su familia.

—¿Es hora? —preguntó.

Sebastian hizo una demostración de mirar el reloj.

—Más o menos. ¿Por qué no vas adelante y te seguimos? Puedes comenzar a preparar las cosas.

Jace miró a su alrededor.

—La Copa, ¿dónde está?

Sebastian la tomó de la mesa de la cocina.

—Justo aquí. ¿Te sientes un poco distraído?

La boca de Jace se levantó en una esquina, y agarró la Copa. Con buen humor. No había ni rastro del muchacho que había estado delante de Sebastian hace unos momentos y le dijo que lo odiaba.

—Está bien. Te veré allí. —Se volvió hacia Clary, que aún estaba congelada en estado de shock, y la besó en la mejilla—. Y a ti.

Él se echó hacia atrás y le guiñó un ojo. Había afecto en sus ojos, pero no importaba. Este no era su Jace, muy claramente no era su Jace, y lo miró aturdida mientras cruzaba la habitación. Su estela brilló, y una puerta se abrió en la pared, ella alcanzó a ver el cielo y la llanura rocosa, y luego dio un paso a través de ella y se fue.

Ella se enterró las uñas en las palmas.

¿Esa cosa que se parece a mí, pero no lo es? Él incendiaría el mundo si Sebastian así lo quisiera, y reiría mientras lo está haciendo. Eso es lo que estás salvando, Clary. Eso. ¿No lo entiendes? Prefiero estar muerto.

Las lágrimas quemaban en la parte posterior de su garganta, y era lo único que podía hacer para contenerlas, mientras su hermano se volvía hacia ella, sus ojos negros muy brillantes.

—Tú me llamaste —dijo.

—Él quería entregarse a la Clave —susurró, sin saber por qué se estaba defendiendo. Había hecho lo que había que hacer, utilizó la única arma a mano, incluso si se trataba de una que ella despreciaba—. Lo habrían matado.

—Tú *me* llamaste —dijo otra vez, y dio un paso hacia ella. Extendió la mano y levantó un largo mechón de pelo de la cara, metiéndolo de nuevo detrás de la oreja—. ¿Él te lo contó, entonces? ¿El plan? ¿Todo?

Ella contuvo un escalofrío de repulsión.

—No todo. No sé lo que pasará esta noche. ¿Qué quería decir Jace con ‘¿Es hora?’? Se inclinó y le besó la frente, ella sintió que el beso le quemaba como una marca entre los ojos.

—Lo descubrirás —dijo—. Te has ganado el derecho a estar allí, Clarissa. Puedes verlo todo desde tu lugar a mi lado, esta noche, en el Séptimo Sitio Sagrado. *Los dos hijos de Valentine, juntos... al fin.*

Simon mantuvo sus ojos en el papel, cantando las palabras que Magnus había escrito para él. Tenían un ritmo que era como música, ligera, aguda y fina. Se acordó de la lectura en voz alta de su parte del haftarah durante su bar mitzvah, aunque había sabido lo que significaban las palabras entonces, y ahora no.

Mientras el canto continuaba, sintió un endurecimiento en torno a él, como si el aire se estuviera volviendo más denso y más pesado. Le presionaba el pecho y los hombros. Estaba volviéndose más caliente también. Si fuera humano, el calor podría ser insoportable. Así como era, podía sentir su piel quemarse, chamuscar sus pestañas, su camisa. Mantuvo la mirada fija en el papel delante de él mientras una gota de sangre corría desde su cabello hasta caer sobre el papel.

Y entonces terminó. La última de las palabras, “Raziel,” fue dicha, y levantó la cabeza. Podía sentir la sangre corriendo por su rostro. La niebla se había despejado en torno a él, y delante vio el agua del lago, azul y brillante, quieta como el cristal.

Y entonces explotó.

El centro del lago se volvió dorado, y luego negro. El agua se precipitó fuera de él, derramándose hacia los bordes, volando en el aire hasta que Simon estuvo mirando a un anillo de agua, como un círculo de cascadas continuas, todo resplandeciente y derramándose hacia arriba y abajo, el efecto raro y extrañamente bello. Unas gotas de agua cayeron sobre él, enfriándole la ardiente piel. Inclino la cabeza hacia atrás, justo cuando el cielo se volvió negro, todo el azul se había ido, devorado en un choque repentino de oscuridad y nubes grises. El agua salpicó hacia abajo, hacia el lago, y desde su centro, de la mayor densidad de plata, se levantó una figura de oro.

La boca Simon se secó. Había visto gran número de pinturas de ángeles, había creído en ellos, había oído las advertencias de Magnus. Y aun así sintió como si una lanza lo hubiera golpeado, mientras se desplegaban un par de alas ante él; parecían abarcar todo el cielo: eran enormes, de color blanco, oro y plata y las plumas tenían ardientes ojos de oro. Los ojos le miraban con desprecio.

Luego las alas se elevaron, dispersando las nubes delante de ellas, y se plegaron hacia atrás, y un hombre; o la forma de un hombre, inmenso e imponente, se desplegó y levantó.

Los dientes de Simon habían empezado a castañear. No estaba seguro de por qué, pero unas ondas de energía, algo más que el poder de la fuerza elemental del universo,

parecía rodear el Ángel cuando se levantó en toda su estatura. El primer y más extraño pensamiento de Simon fue que parecía como si alguien hubiera tomado a Jace y lo hubiese inflado hasta hacerlo del tamaño de una valla publicitaria, sólo que en realidad no se parecía a Jace, en absoluto. Él era de oro por todas partes, de las alas a la piel, a los ojos, que no tenían blanco en absoluto, sólo un brillo de oro como una membrana. Su cabello era de oro y parecía cortado con piezas de metal que se enroscaban como hierro forjado. Era extraño y aterrador. Demasiado de cualquier cosa podría destruirte, pensó Simon. Demasiada oscuridad podría matar, pero demasiada luz podría cegar.

¿Quién se atreve a convocarme? El Ángel habló en la mente de Simon, con una voz como grandes campanas sonando.

Pregunta difícil, pensó Simon. Si fuera Jace, podría decir “uno de los Nefilim,” y si fuera Magnus, podría decir que era uno de los hijos de Lilith y un Brujo Mayor. Clary y el Ángel ya se había reunido, por lo que se suponía que serían algo como conocidos. Pero él era Simon, sin ningún tipo de título a su nombre o cualquier gran hecho en su pasado.

—Simon Lewis —dijo finalmente, poniendo el libro de hechizos en el suelo y enderezándose—. Hijo de la Noche, y... tu siervo.

¿Mi siervo? La voz de Raziel congelaba con la desaprobación del hielo. *¿Me convocas como a un perro y te atreves a decir que eres mi siervo? Deberías ser eliminado de este mundo, que tu destino pueda servir como una advertencia a los demás para que no hagan lo mismo. Está prohibido para mis propios Nefilim convocarme, ¿por qué debería ser diferente para ti, Daylighter?*

Simon supuso que no debería sorprenderse de que el Ángel supiera lo que era, pero aun así era sorprendente, tan sorprendente como el tamaño del Ángel. De alguna manera había pensado que Raziel sería más humano.

—Yo...

¿Crees que debido a que llevas la sangre de uno de mis descendientes, tengo que mostrar misericordia? Si es así, has apostado y perdido. La misericordia del Cielo es para el que merece. No es para aquellos que violan nuestras Leyes del Acuerdo.

El ángel levantó una mano, el dedo apuntando directamente a Simon.

Simon se preparó. Esta vez no se trata de decir las palabras, sólo pensarlas. *¡Escucha, oh Israel! El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno...*

¿Qué marca es esa? La voz de Raziel era de confusión. *En tu frente, hijo.*

—Es la marca —balbuceó Simon—. La primera marca. La marca de Caín.

El gran brazo de Raziel bajó lentamente. *Te mataría, pero la marca me lo impide. Esa marca estaba destinada a ser situada entre tus cejas por la mano del Cielo, pero sé que no lo fue. ¿Cómo puede ser esto?*

El desconcierto evidente del Ángel envalentonó a Simon.

—Uno de tus hijos, los Nefilim —dijo—. Uno especialmente dotado. Ella la puso allí, para protegerme. —Dio un paso más cerca del borde del círculo—. Raziel, vine a

pedirte un favor, en nombre de los Nefilim. Se enfrentan a un grave peligro. Uno de los suyos ha... ha sido convertido a la oscuridad, y amenaza a todos los demás. Ellos necesitan tu ayuda.

Yo no intervoengo.

—Pero sí lo hiciste —dijo Simon—. Cuando Jace estaba muerto, lo trajiste de vuelta. No es que no estemos todos muy contentos por eso, pero si no lo hubieses hecho, nada de esto estaría sucediendo. Así que en cierto modo, descansa en ti corregirlo.

Puede que no sea capaz de matarte, reflexionó Raziel. Pero no hay ninguna razón por la que deba darte lo que quieres.

—Ni siquiera he dicho lo que quiero —dijo Simon.

Quieres un arma. Algo que puede separar a Jonathan Morgenstern de Jonathan Herondale. Que acabara con uno y preservaría al otro. Mucho más fácil por supuesto, simplemente matar a los dos. Tu Jonathan estaba muerto, y tal vez la muerte lo anhela aún, y él a ella. ¿Ha eso jamás pasado por tu mente?

—No —dijo Simon—. Sé que no somos mucho en comparación contigo, pero no matamos a nuestros amigos; tratamos de salvarlos. Si el Cielo no lo quiere de esa manera, nunca debería habernos dado la capacidad de amar. —Movi6 su pelo hacia atrás, dejando al descubierto la marca con más detalle—. No, no es necesario que me ayudes. Pero si no lo haces, no hay nada que me impida llamarte una y otra vez, ahora que sé que no me puedes matar. Piensa en ello como si yo estuviera apoyado en el timbre de la puerta Celestial... para siempre.

Raziel, increíblemente, pareció reírse con eso. Eres terco, dijo. Un verdadero guerrero de tu pueblo, como él, cuyo nombre llevas, Simon Macabeo. Y como él lo dio todo por su hermano Jonathan, tú darás todo por tu Jonathan, ¿o no estás dispuesto?

—No es sólo por él —dijo Simon, un poco aturdido—. Pero, sí, lo que quieras. Te lo daré.

Si te doy lo que quieres, ¿Jurarás también que nunca me volverán a molestar?

—No creo que ese sea un problema —dijo Simon.

Muy bien, dijo el Ángel. Te diré lo que deseo. Deseo la blasfema marca en tu frente. Tomaré la marca de Caín de ti, porque nunca fue tu lugar llevarla.

—Yo... pero si tomas la marca, entonces puedes matarme —dijo Simon—. ¿No es lo único que se interpone entre tu ira celestial y yo?

El Ángel se detuvo a considerarlo por un momento. *Juro que no te haré daño, ya sea que lleves la marca o no.*

Simon vaciló. La expresión del Ángel se volvió ensordecedora. *La palabra de un Ángel del cielo es lo más sagrado que hay. ¿Te atreves a desconfiar de mí, Submundo?*

—Yo... —Simon hizo una pausa por un momento terrible. Sus ojos estaban llenos de la memoria de Clary de puntillas mientras apretaba la estela en su frente, la primera vez que había visto el trabajo de la marca, cuando se había sentido como el conductor de un rayo, pura energía pasando a través de él con una fuerza letal. Era una maldición, que lo había aterrorizado y lo había convertido en un objeto de deseo y

miedo. La había odiado. Y sin embargo, ahora, enfrentarse a renunciar a ella, lo que lo hacía especial...

Tragó saliva.

—Está bien. Sí. Estoy de acuerdo.

El ángel sonrió y su sonrisa fue terrible, como mirar directamente al sol. *Entonces, te juro que no te haré daño, Simon Macabeo.*

—Lewis —dijo Simon. —Mi apellido es Lewis.

Pero eres de la sangre y la fe de los Macabeo; algunos dicen que los Macabeo fueron marcados por la mano de Dios. En cualquier caso, eres un guerrero de los Cielos, Daylighter, te guste o no.

El Ángel se movió. Los ojos de Simon se volvieron llorosos, mientras Raziel parecía tirar del cielo con él como una tela, en remolinos de color negro, plata y blanco. El aire a su alrededor se estremeció. Algo brilló alto como el destello de la luz en un metal, y un objeto golpeó la arena y las rocas al lado de Simon con un ruido metálico.

Era una espada; nada especial para mirar, un arma batida de aspecto viejo con una empuñadura ennegrecida.

Los bordes eran desiguales, como si el ácido se los hubiera comido, a pesar de que la punta era aguda. Se veía como algo que podría haber aparecido en una excavación arqueológica, que no habían limpiado aún.

El Ángel habló. Sucedió que estando Josué cerca de Jericó, levantó los ojos y vio a un hombre plantado frente a él con una espada desnuda en la mano. Josué se adelantó hacia él y le dijo: «¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?» Respondió: «No, sino que soy el jefe del ejército del Señor. He venido ahora.»

Simon miró el objeto poco atractivo a sus pies.

—¿Y eso es *esa* espada?

Es la espada del Arcángel Miguel, comandante de los ejércitos del Cielo. Posee el poder del fuego del cielo. Golpea a tu enemigo con esto, y quemará el mal en él. Si él es más mal que bien, más del Infierno que del Cielo, también quemará la vida de él. Ciertamente romperá su vínculo con tu amigo y puede dañar sólo a uno de ellos a la vez.

Simon se agachó y recogió la espada. Envío una descarga a través de su mano, su brazo, a su corazón inmóvil. Instintivamente, la levantó, y las nubes por encima de él parecieron separarse por un momento, un rayo de luz apareció para golpear el metal sin brillo de la espada y hacerle zumbiar.

El Ángel bajó la vista hacia él con ojos fríos. *El nombre de la espada no puede ser hablado por la pobre lengua humana. Puedes llamarla Gloriosa.*

—Yo...—comenzó Simon—. Gracias.

No me lo agradezcas. Te hubiera matado, Daylighter, pero tu marca, y ahora mi juramento, lo evitan. La marca de Caín estaba destinada a ser puesta sobre ti por Dios, y no lo fue. Será borrada de tu frente, su protección eliminada. Y si me llamas otra vez, no te ayudaré.

Al instante, el haz de luz de las nubes se intensificó, golpeando la espada como un látigo de fuego, envolviendo a Simon en una jaula de luz brillante y calor.

La espada quemaba, lanzó un grito y cayó al suelo, con un dolor punzando en su cabeza. Se sentía como si alguien estuviera enterrando una aguja al rojo vivo entre sus ojos. Se cubrió el rostro, enterrando la cabeza en sus brazos, dejando que el dolor pasara sobre él. Fue la peor agonía que había sentido desde la noche en que había muerto.

Se desvaneció lentamente, bajando como la marea. Se puso boca arriba, mirando hacia lo alto, con la cabeza todavía dolorida. Las nubes negras empezaron a retroceder, mostrando una franja cada vez mayor de azul, el Ángel se había ido, el lago formaba olas a la luz creciente, como si el agua estuviera hirviendo.

Simon comenzó a sentarse lentamente, con los ojos entrecerrados dolorosamente contra el sol. Podía ver a alguien corriendo por el camino de la casa al lago. Alguien con el pelo largo y negro, y una chaqueta de color morado que volaba tras ella como alas. Ella alcanzó el final del camino y saltó a la orilla del lago, sus botas levantaron nubes de arena tras ella. Lo alcanzó y se tiró al suelo, envolviendo sus brazos alrededor de él.

—Simon —susurró.

Podía sentir el ritmo fuerte y constante del corazón de Isabelle.

—Pensé que estabas muerto —continuó—. Te vi caer, y pensé que habías muerto.

Simon dejó que ella lo sostuviera, apoyándose en sus manos. Se dio cuenta de que estaba como un barco con un agujero en el costado, y trató de no moverse. Tenía miedo de que si lo hacía, fuera a caer.

—Estoy muerto.

—Lo sé —replicó Izzy—. Quise decir, más muerto que de costumbre.

—Iz. —Alzó la cara hacia la suya. Estaba de rodillas sobre él, sus piernas alrededor de sus brazos y alrededor de su cuello. Se veía incómodo. Se dejó caer de nuevo en la arena, llevándose la con él. Golpeó sobre su espalda la fría arena con ella sobre él y miró sus ojos negros. Parecían contener todo el cielo.

Ella le tocó la frente con asombro.

—Tu marca se ha ido.

—Raziel se la llevó a cambio de la espada. —Hizo un gesto hacia ésta. En la casa de campo, pudo ver dos manchas oscuras de pie delante del porche, observándolos. Alec y Magnus—. Es la espada del Arcángel Miguel. Se llama Gloriosa.

—Simon... —Ella lo besó en la mejilla—. Lo hiciste. Hablaste con el Ángel. Obtuviste la espada.

Magnus y Alec había comenzado a caminar hacia el lago. Simon cerró los ojos, exhausto. Isabelle se inclinó sobre él, con el pelo rozando los lados de su cara.

—No trates de hablar. —Ella olía a lágrimas—. Ya no estás maldito —susurró—. No estás maldito.

Simon entrelazó los dedos con los suyos. Se sentía como si estuviera flotando en un río oscuro, las sombras se cerraban en torno a él. Sólo su mano le anclaba a la tierra.

—Lo sé.

Amor y Sangre

Traducido por K_ri^^

Cлары había registrado cada lugar de la habitación de Jace, metódica y cuidadosamente. Aún llevaba la camiseta sin mangas, y los jeans que había tomado, tenía su cabello recogido detrás de la nuca en un moño desordenado, y las uñas llenas de polvo. Había buscado debajo de la cama, en todos los cajones y armarios, se metió debajo de ellos y del escritorio, y miró en los bolsillos de toda la ropa buscando una segunda estela, pero no había encontrado nada.

Le había dicho a Sebastian que estaba exhausta, que tenía que ir arriba y acostarse; él se vio distraído y la despidió con un gesto de la mano. Imágenes de la cara de Jace aparecían en sus parpados cada vez que cerraba los ojos, la forma en que la había mirado, traicionado, como si ya no la reconociera.

Pero ya no había a donde ir. Podía sentarse en el borde de la cama y llorar en silencio, pensando en lo que había hecho, pero eso no le haría ningún bien a nadie. Se lo debía a Jace, a sí misma, debía seguir moviéndose. Buscando. Si sólo pudiera encontrar una estela...

Levanto el colchón, buscaba entre los espacios de la base de la cama, cuando llamaron a la puerta.

Dejó caer el colchón, aunque no sin antes asegurarse de que no había nada debajo de él. Apretó los puños, respiró hondo, se encaminó hacia la puerta y la abrió.

Sebastian estaba en el umbral. Por primera vez, vestía algo más que sólo blanco y negro. Traía los mismos pantalones negros y las botas, es cierto, pero también llevaba una túnica de cuero escarlata que mantenía unida por una hilera de ganchos de metal en la parte delantera, cubierta de estrechas runas de oro y plata. Llevaba pulseras de plata en las muñecas, y el anillo Morgenstern.

Ella parpadeó.

—¿Rojo?

—Ceremonial —respondió—. Los colores significan diferentes cosas para los Cazadores de Sombras que para los humanos. —Dejó que la palabra "humanos" sonara con desprecio—. Has oído la vieja canción de los niños Nefilim, ¿no?

*“Negro para la cacería durante la noche
Para la muerte y el dolor, blanco es el color,
De oro el vestido de la novia debe ser,*

Y rojo para un encantamiento hacer. "

—¿Los Cazadores de Sombras se casan de dorado? —preguntó Clary. No es que eso le importara, pero estaba tratando de bloquear con su cuerpo el espacio entre la puerta y el marco, de modo que no pudiera mirar tras ella y ver el desorden que había hecho en la normalmente limpia habitación de Jace.

—Siento destrozar tus sueños de una boda de blanco. —Él le sonrió—. Hablando de eso, te he traído algo de ropa.

Él saco el brazo que tenía tras la espalda; en la mano cargaba un conjunto doblado. Ella lo tomó y dejó que se desenrolla. Era una larga tira de tela roja con un extraño brillo dorado, como el borde de una llama. Con correas de oro.

—Nuestra madre solía llevar esto a las ceremonias del círculo antes de que traicionara a nuestro padre —dijo—. Póntelo. Quiero que lo uses esta noche.

—¿Esta noche?

—Bueno, no puedes ir a la ceremonia con lo que estás usando ahora. —Sus ojos la recorrieron, desde sus pies descalzos hasta el escote de la camiseta que se le pegaba al cuerpo por el sudor y a los polvorientos jeans—. Cómo te veas esta noche, y la impresión que le causes a nuestros nuevos acólitos, es importante. Póntelo.

Su mente daba vueltas. *La ceremonia esta noche. Nuestros nuevos acólitos.*

—¿Cuánto tiempo tengo para estar lista? —preguntó.

—Una hora, tal vez —dijo—. Debemos estar en el sitio sagrado a la medianoche. Los otros se reunirán allí. No estaría bien llegar tarde.

Una hora. Con el corazón martilleando, Clary tiró la ropa sobre la cama, en el que brilló como una cota de malla. Cuando volvió, él todavía estaba en la puerta, con una media sonrisa en su rostro, como si tuviera la intención de esperar allí mientras se cambiaba.

Se dirigió a cerrar la puerta. Él la agarró de la muñeca.

—Esta noche —dijo—, me llamarás Jonathan. Jonathan Morgenstern. Tu hermano.

Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, y bajó la mirada, esperando que él no pudiera ver el odio en sus ojos.

—Lo que tú digas.

En el momento en que él se fue, ella tomó una de las chaquetas de cuero de Jace. Se la puso, reconfortándose por el calor y su olor familiar. Metió los pies en los zapatos y salió al pasillo, deseando una estela y una nueva runa Sin Sonido. Podía oír el agua corriendo y los silbidos fuera de tono de Sebastian escaleras arriba, pero sus propios pasos sonaban como explosiones de cañón en sus oídos. Recorrió el pasillo, pegada a la pared, hasta que llegó a la puerta de Sebastian y se deslizó en el interior.

Estaba oscuro, la única iluminación provenía de las luces de la ciudad que entraban por las ventanas, a las que les habían quitado las cortinas. Era un desastre, tal como lo había sido la primera vez que había estado en ella. Comenzó con su armario, repleto de ropa costosa: camisas de seda, chaquetas de cuero, trajes Armani, zapatos Bruno

Magli. En el suelo del armario había una camisa blanca, arrugada y manchado de sangre, sangre suficientemente vieja para haberse secado y verse café. Clary miró durante un largo rato y cerró la puerta del armario.

Se detuvo en el escritorio en un costado, sacando los cajones, revolviendo papeles. Había esperado encontrar algo simple, como un trozo de papel con el título MI MALVADO PLAN en la parte superior, pero no hubo suerte. Había docenas de documentos con complejos números y procesos alquímicos en ellos, e incluso un pedazo de papel que comenzaba con un *Mí querido* con la apretada letra de Sebastian. Se detuvo un momento para preguntarse quién en esta tierra podría ser querido para Sebastian; no había pensado en él como alguien que alguna vez hubiera tenido sentimientos románticos hacia ninguna persona, antes de pasar a la mesa de noche junto a su cama.

Abrió el cajón. Dentro había una pila de billetes. Por encima de ellos, algo brillaba. Algo circular y metálico.

Su anillo.

Isabelle se sentó con el brazo alrededor de Simon cuando se dirigían hacia Brooklyn. Estaba agotado, su cabeza palpitaba, su cuerpo era atravesado por el dolor. Aunque Magnus le había devuelto el anillo en el lago, no había podido llegar a Clary con él. Lo peor de todo, tenía hambre. Le gustaba lo cerca que Isabelle estaba sentada de él, la forma en que ponía su mano justo por encima del pliegue del codo, trazaba patrones allí, a veces, deslizaba los dedos hasta la muñeca. Pero su esencia, el olor de su perfume y su sangre, hicieron que su estómago gruñera.

Afuera la oscuridad comenzaba a crecer, la puesta de sol de fines de otoño se aproximaba pisándole los talones al día, oscureciendo el interior de la camioneta. Las voces de Alec y Magnus se oían como murmullos en las sombras. Mientras Simon dejaba que sus ojos se cerraran, veía impresa en sus párpados la imagen del Ángel, como un estallido de luz blanca.

¡Simon! La voz de Clary explotó dentro de su cabeza, despertándolo al instante. ¿Estás ahí?

Un grito agudo escapó de sus labios. ¿Clary? Estaba tan preocupado...

Sebastian tomó mi anillo y lo escondió. Simon, no tenemos mucho tiempo. Tengo algo que decirte. Tienen una segunda Copa Mortal. Planean convocar a Lilith y crear un ejército de Cazadores de Sombras Oscuros, con el mismo poder de los Nefilim, pero aliados al mundo de los demonios.

—¿Estás bromeando? —dijo Simon. Le llevó un momento darse cuenta de que había hablado en voz alta, Isabelle se agitó, y Magnus lo miró con curiosidad.

—¿Todo bien ahí, vampiro?

—Es Clary —informó Simon. Los tres se miraron con idénticas expresiones de asombro—. Está tratando de hablar conmigo.

Se puso las manos sobre los oídos, desplomándose en el asiento y tratando de concentrarse en sus palabras. *¿Cuándo lo van a hacer?*

Esta noche. Pronto. No sé dónde estamos exactamente, pero son cerca de las diez de la noche aquí.

Entonces estás cerca de cinco horas por delante de nosotros. ¿Estás en Europa?

Ni siquiera puedo adivinar. Sebastian ha mencionado algo que se llama el Séptimo Lugar Sagrado. No sé lo qué es, pero he encontrado algunas de sus notas y, al parecer se trata de una antigua tumba. Parece una especie de portal, y los demonios pueden ser convocados a través de él.

Clary, nunca he oído hablar de nada como eso...

Pero tal vez Magnus o los otros. Por favor, Simon. Díselos tan pronto como sea posible. Sebastian va a resucitar a Lilith. Él quiere guerra, una guerra total con los Cazadores de Sombras. Tiene unos cuarenta o cincuenta Nefilim dispuestos a seguirlo. Van a estar allí. Simon, quiere ver al mundo arder. Tenemos que hacer todo lo posible para detenerlo.

Si las cosas están así de peligrosas, necesitas salir de allí.

La voz de Clary sonaba cansada. *Lo estoy intentando. Pero podría ser demasiado tarde.*

Simon era vagamente consciente de que todos en la camioneta lo estaban mirando con preocupación en sus rostros. No le importaba. La voz de Clary en su mente era como una cuerda arrojada al abismo, y si podía agarrarla, a lo mejor podría tirar de ella para ponerla a salvo, o al menos impedir que se la arrebataran.

Clary, escucha. No puedo decirte cómo, es una larga historia, pero tenemos un arma. Se puede utilizar en cualquiera de ellos, en Jace o en Sebastian sin perjudicar al otro, y de acuerdo a la... persona que nos la dio, podría ser capaz de separarlos.

¿Separarlos? ¿Cómo?

Él dijo que quemaría toda la maldad de aquel en el que la utilicemos. Así que si la usamos en Sebastian, supongo, que quemaría el vínculo entre ellos, debido a que el vínculo es demoníaco. Simon sintió que le retumbaba la cabeza, y confiaba en que sonara más confiado que estaba. No estoy seguro. De todos modos, es muy poderosa, se llama Gloriosa.

¿Y si qué si lo usan en Sebastian? ¿Los quemará y los separará sin tener que matarlos?

Bueno, esa es la idea. Quiero decir, hay alguna posibilidad de que destruya a Sebastian. Dependería de si queda algo bueno en él. "Si él es más del Infierno que del Cielo" Creo que eso fue lo que dijo el Ángel.

¿El Ángel? Su alarma era palpable. Simon, que fue lo que...

Su voz se quebró, y Simon se llenó de repente con un clamor de emociones, sorpresa, ira, terror. Dolor. Gritó, mientras se sentaba muy erguido.

¿Clary?

Pero sólo había silencio zumbando en su cabeza.

¡Clary! gritó, y luego, en voz alta, dijo—: Maldita sea. Se ha ido otra vez.

—¿Qué pasó? —exigió Isabelle—. ¿Está bien? ¿Qué está pasando?

—Creo que tenemos mucho menos tiempo de lo que pensábamos —dijo Simon con una voz mucho más tranquila de lo que se sentía—. Magnus, detén la camioneta. Tenemos que hablar.

—Entonces —comenzó Sebastian, bloqueando la puerta mientras miraba a Clary hacia abajo—. ¿Sería déjá vu si te preguntara qué estás haciendo en mi habitación, hermanita?

Clary tragó, con la garganta seca. La luz en el pasillo era brillante detrás de Sebastian, convirtiéndolo en una silueta, por lo que no podía ver la expresión de su rostro.

—¿Estaba buscándote? —aventuró ella.

—Estás sentada en mi cama —dijo—. ¿Creías que estaba dentro de ella?

—Yo...

Entró a la habitación, se paseó, en realidad, como si supiera algo que ella no. Algo que nadie más sabía.

—Entonces, ¿para qué me buscabas? ¿Y por qué no te has cambiado para la ceremonia?

—El vestido —dijo—. No-no me queda.

—Por supuesto que te queda —dijo, sentándose en la cama junto a ella. Se volvió hacia ella, de espaldas a la cabecera—. Todo lo demás en esa habitación es a tu medida. Eso debe serlo también.

—Es de seda y gasa. No se estira.

—Tú eres una cosita delgada. No debería importar. —La tomó de la muñeca derecha, y ella cerró los dedos, tratando desesperadamente de ocultar el anillo—. Mira, mis dedos se cierran alrededor de tu muñeca.

Su piel se sentía caliente contra la suya, le enviaba espinas afiladas a través de los nervios. Recordó el camino, en Idris, cuando su toque le había quemado como ácido.

—El Séptimo Lugar Sagrado —dijo ella, sin mirarlo—. ¿Es ahí a donde fue Jace?

—Sí. Lo hice adelantarse, está preparando las cosas para nuestra llegada. Vamos a reunirnos con él allí.

Su corazón se sumergió dentro de su pecho.

—¿Él no va a volver?

—No antes de la ceremonia. —Ella se fijó en la mueca de la sonrisa de Sebastian—. Lo cual es bueno, porque él estaría muy decepcionado cuando le dijera sobre esto. —Él deslizó su mano sobre la de ella con rapidez, desenroscándole los dedos. El anillo de oro brillaba allí, como una señal de fuego—. ¿Crees que no reconocería el trabajo de las hadas? ¿Crees que la reina es tan tonta como para enviarte a recuperarlos, sin saber que los guardarías para ti misma? Ella quería que los trajeras aquí, en donde yo los encontraría. —Él retiró el anillo de su dedo con una sonrisa.

—¿Haz estado en contacto con la reina? —exigió Clary—. ¿Cómo?

—Con este anillo —ronroneó Sebastian, y Clary recordó a la reina diciendo con su dulce voz, *Jonathan Morgenstern podría ser un poderoso aliado. El Pueblo de las Hadas es antiguo, no tomamos decisiones apresuradas, sino que primero esperamos a ver en qué dirección sopla el viento*—. ¿De verdad creíste que ella te dejaría poner las manos en algo que te permitiera comunicarte con tus pequeños amigos sin que pudiera escucharlos? Desde que te lo quité, he hablado con ella, y ella conmigo; eres una tonta por confiar en ella hermanita. A la Reina Seelie le gusta estar del lado de los vencedores. Y ese lado será el nuestro, Clary. *Nuestro*. —Su voz era baja y suave—. Olvídate de ellos, de tus amigos los Cazadores de Sombras. Tu lugar está con nosotros. *Conmigo*. Tu sangre clama por el poder, como lo hace la mía. Lo que sea que tu madre haya hecho para torcer tu conciencia, tú sabes quien eres. —Su mano atrapó su muñeca otra vez, tirando de ella hacia él—. Jocelyn tomó todas las decisiones equivocadas. Se puso del lado de la Clave y en contra de su familia. Esta es tu oportunidad de rectificar su error.

Ella trató de tirar de su brazo hacia atrás.

—Déjame ir, Sebastian. Lo digo en serio.

Su mano se deslizó por su muñeca hacia arriba, rodeando la parte superior de su brazo con los dedos.

—Eres tan poca cosa. ¿Quién iba a pensar que serías como un volcán? Especialmente en la cama.

Se levantó de un salto, alejándose de él.

—¿Qué acabas de decir?

Se levantó, con los labios curvándose en las esquinas. Él era mucho más alto que ella, casi exactamente como lo era Jace. Él se inclinó hacia ella mientras hablaba, su voz era grave y áspera.

—Todo lo que marca Jace, me marca —dijo—. Como tus arañazos. —Él estaba sonriendo—. Ocho pares de rasguños en mi espalda, hermanita. ¿Me estás diciendo que tú no los pusiste allí?

Sintió una suave explosión en la cabeza, como un sordo fuego artificial de rabia. Ella miró su rostro sonriente, y pensó en Jace, y en Simon, y en las palabras que recién habían intercambiado. Si la reina podía espiar sus conversaciones, entonces podría ya conocer acerca de Gloriosa. Pero Sebastian no lo sabía, y no debía saber.

Le arrebató el anillo de la mano, y lo arrojó al suelo. Lo oyó dar un grito, pero ya le había puesto el pie encima, y lo sintió ceder ante el peso, haciéndose polvo de oro.

Él miró con incredulidad mientras ella retiraba el pie.

—Tú...

Ella echó hacia atrás la mano derecha, la más fuerte, y le dio con el puño en el estómago.

Era más alto, más ancho y más fuerte que ella, pero tenía el elemento de sorpresa. Él se dobló, por la falta de aire, y le arrebató la estela del cinturón de armas. Y luego echó a correr.

Magnus tiró del volante tan rápido que los neumáticos chirriaron. Isabelle gritó. Se detuvieron a un lado de la carretera bajo la sombra de un bosquecillo de árboles sin hojas.

La siguiente cosa que Simon supo, fue que las puertas estaban abiertas y todo el mundo salió a borbotones sobre el asfalto. El sol se ponía, y los faros de la camioneta estaban encendidos, iluminando a todos con un extraño resplandor.

—Está bien, niño vampiro —dijo Magnus, moviendo la cabeza lo suficiente como para arrojar purpurina—. ¿Qué *diablos* está pasando?

Alec se apoyó contra la camioneta, mientras Simon repetía la conversación que había tenido con Clary con la mayor precisión que pudo antes de que todo saliera volando de su cabeza.

—¿Dijo algo acerca de cómo ella y Jace van a salir de allí? —preguntó Isabelle, cuando hubo terminado, con el rostro pálido bajo la luz amarillenta de los faros.

—No —dijo Simon—. E Iz-No creo que Jace quiera salir. Él quiere estar donde está.

Isabelle se cruzó de brazos y miró sus botas, con el pelo negro cubriendo su cara.

—¿Qué es eso del Séptimo Lugar Sagrado? —preguntó Alec—. Sé de las Siete Maravillas del Mundo, pero ¿los Siete Lugares Sagrados?

—Son más del interés de los brujos que de los Nefilim —dijo Magnus—. Cada uno es un lugar donde convergen las líneas ley, que forman una matriz, una especie de red en el que se amplifican los hechizos mágicos. La séptima es una tumba de piedra en Irlanda, en Poll na mBrón; el nombre significa 'la caverna de los dolores'. Es una zona desolada y deshabitada llamada el Burren. Un buen lugar para invocar a un demonio, si es uno grande. —Él tiró de un mechón de su pelo—. Esto es malo. Muy malo.

—¿Crees que podrá hacerlo? ¿Crear Cazadores de Sombras Oscuros? —preguntó Simon.

—Todo tiene una alianza, Simon. La alianza de los Nefilim es seráfica, pero si fuera demoníaca, todavía serían tan fuertes y tan poderosos como lo son ahora. Pero se dedicaran a la erradicación de la humanidad en lugar de a su salvación.

—Tenemos que llegar allí —dijo Isabelle—. Tenemos que detenerlos.

—'Lo', querrás decir —la corrigió Alec—. Tenemos que detenerlo. A Sebastian.

—Jace es su aliado ahora. Tienes que aceptarlo, Alec —dijo Magnus. Había comenzado a caer una llovizna con niebla ligera. Las gotas brillaban como el oro por el resplandor de los faros—. Irlanda tiene cinco horas más que nosotros. Estarán haciendo la ceremonia a la medianoche. Son las cinco aquí. Tenemos una hora y media, dos, a lo sumo, para detenerlos.

—Entonces, no debemos demorarnos. Tenemos que ir —dijo Isabelle, con una pizca de pánico en su voz—. Si vamos a detenerlo...

—Iz, sólo somos nosotros cuatro —dijo Alec—. Ni siquiera sabemos el número que enfrentamos...

Simon miró a Magnus, que estaba viendo Alec e Isabelle discutir con una peculiar expresión distante.

—Magnus —dijo Simon—. ¿Por qué no hacemos un Portal al campo? Llevaste por el Portal a la mitad de Idris hacia la llanura de Brocelind.

—Quería darles el tiempo suficiente para que cambiaran de opinión —dijo Magnus, sin quitar los ojos de su novio.

—Pero podemos viajar por el Portal desde aquí —dijo Simon—. Quiero decir, podrías hacer eso por nosotros.

—Sí —afirmó Magnus—, pero como Alec dijo, no sabemos a lo que nos enfrentamos en término de números. Soy un brujo muy poderoso, pero Jonathan Morgenstern no es un Cazador de Sombras ordinario, y tampoco lo es Jace, para el caso. Y si tienen éxito en la resurrección de Lilith... podrá ser mucho más débil, pero sigue siendo Lilith.

—Pero ella está muerta —dijo Isabelle—. Simon la mató.

—Los Demonios Mayores no mueren —dijo Magnus—. Simon... la dispersó entre los mundos. Tomará mucho tiempo para que ella se regenere y será débil durante años. A menos que Sebastian la llame de nuevo. —Se pasó una mano por las puntas de su cabello húmedo.

—Tenemos la espada —dijo Isabelle—. Podemos vencer a Sebastian. Tenemos a Magnus, y a Simon...

—Ni siquiera sabemos si la espada va a funcionar —dijo Alec.

—Y no nos sirve de mucho si no podemos llegar a Sebastian. Y Simon ya no es más el Sr. Indestructible. Se le puede matar al igual que al resto de nosotros.

Todos miraron a Simon.

—Tenemos que intentarlo —dijo—. Miren, no sabemos cuántos van a estar ahí, cierto. Tenemos un poco de tiempo. No mucho, pero lo suficiente, si contamos con el Portal, para llamar a algunos refuerzos.

—¿Refuerzos de dónde? —exigió Isabelle.

—Regresaré al apartamento para ver a Maia y a Jordan —dijo Simon, su mente con rapidez buscaba más posibilidades—. Veré si Jordan puede conseguir alguna ayuda del Praetor Lupus. Magnus, ve a la estación de policía en el centro, ve si puedes enlistar a los miembros de la manada que estén por ahí. Isabelle y Alec...

—¿Nos estás separando? —exigió Isabel, alzando la voz—. ¿Qué pasa con los mensajes de fuego, o...?

—Nadie va a confiar en un mensaje de fuego en algo como esto —dijo Magnus—. Y, además, los mensajes de fuego son para los Cazadores de Sombras. ¿Realmente quieres comunicar esta información a la Clave vía mensaje de fuego en lugar de ir tú misma al Instituto?

—Bien. —Isabelle se dirigió a un costado de la camioneta. Abrió la puerta, pero no entró en ella: en lugar de eso se inclinó, y sacó a Gloriosa. Brillaba en la penumbra

como un rayo de luz en la oscuridad, las palabras grabadas en la hoja parpadeaban a la luz del coche: ¿Quis ut Deus?²⁹

La lluvia empezaba a pegar el pelo negro de Isabelle a su cuello. Se veía formidable, mientras caminaba de regreso para unirse al grupo.

—Entonces dejaremos la camioneta aquí. Nos separaremos, pero nos encontramos en el Instituto en una hora. Nos iremos de ahí, sin importar quién esté con nosotros. —Miró a los ojos a cada uno de sus compañeros, como retándolos a desafiarla—. Simon, toma esto. —Le tendió la empuñadura de Gloriosa.

—¿Yo? —Simon se quedó perplejo—. Pero yo no... en realidad nunca he usado una espada.

—Tú lo invocaste —dijo Isabelle, con los ojos negros brillantes en la lluvia—. El Ángel te la dio a ti, Simon, y por eso eres el que debe llevarla.

Clary se lanzó por el pasillo y golpeó los escalones con estrépito a su paso, corrió por el piso de abajo hacia el lugar en la pared que Jace le había dicho era la única entrada y salida del apartamento.

No se hacía ilusiones de poder escapar. Sólo necesitaba un momento para hacer lo que tenía que hacer. Oyó las botas de Sebastian en lo alto de la escalera por detrás de ella, y aumentó la velocidad, casi chocando contra la pared. Había puesto la estela en aquel primer punto, dibujando frenéticamente: *un trazo tan sencillo como una cruz, pero completamente nuevo para el mundo...*

Sebastian cerró el puño en la parte trasera de su chaqueta, jalándola hacia atrás y la estela voló de su mano. Ella jadeó mientras él la alzaba sobre sus pies y la empujaba contra la pared, dejándola sin aliento. Echó un vistazo a la marca que había hecho en la pared, y sus labios se curvaron en una mueca de desprecio.

—¿La runa de apertura? —dijo. Se inclinó hacia delante y le susurró al oído—. Y ni siquiera la terminaste, no es que eso importe. ¿De verdad crees que hay un lugar en esta tierra al que puedas ir y que yo no pueda encontrarte?

Clary respondió con un epíteto que le habría conseguido que la echaran de clases en San Xavier. En cuanto él se echó a reír, ella levantó la mano y le dio una bofetada con tanta fuerza, que los dedos le picaron. Por la sorpresa, aflojó el agarre sobre ella, y así se apartó de él y se puso sobre la mesa, tratando de llegar a la habitación de abajo, la que al menos tenía una cerradura en la puerta...

Y él estaba delante de ella, agarrándola de las solapas de la chaqueta y haciéndola girar. Sus pies se alzaron, y habría caído si él no la hubiera clavado en la pared con su cuerpo, con sus brazos a los lados, haciendo una jaula a su alrededor.

²⁹ ¿Quién como Dios?

Su sonrisa era diabólica. Atrás quedó el joven con estilo con quien había paseado por el Sena y bebido chocolate caliente mientras hablaban de pertenencia. Sus ojos eran todo negro, sin pupila, como túneles.

—¿Qué va mal hermanita? Te ves molesta.

Ella apenas podía recobrar el aliento.

—Mi uña...se...rompió mientras....golpeaba tu cara.... ¿Lo ves? —Le mostró el dedo, sólo uno de ellos.

—Lindo. —Él soltó un bufido—. ¿Sabes por qué sabía que ibas a traicionarnos? ¿Cómo supe que no serías capaz de evitarlo? Es porque tú eres muy parecida a mí.

Él la presionaba nuevamente y con más fuerza contra la pared. Podía sentir su pecho subir y bajar contra el suyo. Ella estaba al nivel de sus ojos, en línea recta con su aguda clavícula. Su cuerpo se sentía como una prisión alrededor de ella, sujetándola en su lugar.

—No soy como tú. Déjame ir...

—Eres en todo como yo —gruñó en su oído—. Te infiltraste con nosotros. Fingiendo amistad, fingiendo cariño.

—Nunca he tenido que fingir cerca de Jace.

Entonces vio el destello de algo en sus ojos, oscuros celos, ni siquiera estaba segura de qué estaba celoso. Acercó los labios a su mejilla, tan cerca que los sintió moverse en contra de su piel cuando hablaba.

—Nos jodiste —murmuró. Su mano estaba enroscada alrededor de su brazo izquierdo y poco a poco empezó a moverla hacia abajo—. Probablemente, literalmente jodiste a Jace...

No podía evitarlo, se estremeció. Ella sintió que inhalaba con fuerza.

—Lo hiciste —dijo—. Te acostaste con él. —Sonaba casi traicionado.

—No es asunto tuyo.

La tomó de la cara, dándole vuelta para que lo mirara, sus dedos se le clavaban en la barbilla.

—No puedes *joder* a alguien para que sea bueno, aunque fue una movida despiadada. —Su hermosa boca se curvó en una fría sonrisa—. Sabes que él no recuerda nada de eso, ¿verdad? ¿Te dio un buen momento, por lo menos? Porque yo lo hubiera hecho.

Ella sentía la bilis en la garganta.

—Tú eres mi hermano.

—Esas palabras no significan nada y no debe importarnos. No somos humanos, sus reglas no se nos aplican. Las estúpidas leyes sobre lo que se puede o no mezclar con el ADN. En realidad, considerándolo, son hipócritas. Ya lo han experimentado; los gobernantes del antiguo Egipto solían casarse con sus hermanos, ya sabes. Cleopatra se casó con su hermano. Fortalecieron la línea de sangre.

Ella lo miró con odio.

—Sabía que estabas loco —dijo—. Pero no me di cuenta que estabas absoluta, espectacular y malditamente demente.

—Oh, yo no creo que haya nada loco en ello. ¿A quién le pertenecemos, sino a nosotros mismos?

—Jace —dijo—. Yo le pertenezco a Jace.

Hizo un ruido desdeñoso.

—Puedes tener a Jace.

—Pensé que lo necesitabas.

—Lo necesito, pero no para lo que tú lo necesitas. —Sus manos fueron a su cintura—. Podemos compartirlo. No me importa lo que hagas, mientras sepas que me perteneces.

Levantó las manos, tratando de empujarlo.

—No te pertenezco, me pertenezco a *mí misma*.

La mirada en sus ojos la congeló en su lugar.

—Creo que sabes que no es así —dijo, y posó su boca en la de ella, duramente.

Por un momento, ella estuvo de vuelta en Idris, de pie delante las ruinas de la mansión Fairchild, y Sebastian la estaba besando, y se sentía como si estuviera cayendo en la oscuridad, en un túnel que no tenía fin. En ese momento había pensado que había algo malo con ella, que no podía besar a nadie más que a Jace, que ella estaba rota.

Ahora lo sabía mejor. La boca de Sebastian se movía contra la de ella, como una dura y fría navaja cortando en la oscuridad, se levantó sobre las puntas de sus pies, y le mordió con fuerza en el labio.

Gritó y se apartó de ella, con la mano en la boca. Ella podía sentir su sangre, el cobre amargo, que escurría por su barbilla mientras la miraba con ojos incrédulos.

—Tú...

Ella se giró y le dio una fuerte patada en el estómago, con la esperanza de que hubiera sido en donde ella lo había golpeado antes. En cuanto él se dobló, salió disparada, corriendo por las escaleras. Estaba a mitad de camino cuando sintió que él la agarraba por la parte de atrás del cuello. Él le dio la vuelta como si fuera un bate de béisbol, y la lanzó contra la pared. Ella se golpeó con fuerza y cayó de rodillas, sin aliento.

Sebastian se dirigió hacia ella, con las manos flexionándose a los costados, los ojos negros brillando como los de un tiburón. Se veía aterrador; Clary sabía que debía tener miedo, pero una certeza fría y cristalina se había apoderado de ella. El tiempo parecía haberse desacelerado. Recordó la lucha en la tienda de Praga, y cómo había desaparecido en su propio mundo, donde cada movimiento era tan preciso como las manecillas de un reloj. Sebastian se inclinó, y ella, impulsándose, se levantó del suelo, barriendo las piernas a un lado, golpeándole los pies para quitárselo de encima.

Cayó hacia adelante, y ella salió de su camino, saltando sobre sus pies. No se molestó intentando huir en este momento. En cambio, agarró el jarrón de porcelana de

la mesa y, cuando Sebastian se puso de pie, lo estrelló en su cabeza. Se rompió, salpicando agua y hojas, él se tambaleó hacia atrás, la sangre manchaba su cabello blanco-plateado.

Él gruñó y se abalanzó sobre ella. Era como ser golpeada por una bola de demolición. Clary voló hacia atrás, estrellándose contra la mesa de cristal, y cayó al suelo en una explosión de fragmentos y agonía. Gritó cuando Sebastian le cayó encima, presionando su cuerpo hacia abajo contra los cristales rotos, con los labios en una mueca. Le paso el brazo herido por la cara. La sangre la cegó, se ahogó con su sabor en la boca, y la sal le picó los ojos. Levantó una rodilla, golpeándolo en el estómago, pero era como patear un muro. Él le sujetó las manos, obligándola a ponerlas a los costados.

—Clary, Clary, Clary —dijo. Estaba jadeando. Por lo menos lo había dejado sin aliento. La sangre le corría en un lento goteo desde la profunda herida de un costado de la cabeza, manchando su cabello de escarlata—. No está mal, no eras una luchadora en Idris.

—Suéltame...

Él acercó su rostro al de ella. Su lengua salió disparada. Ella trató de alejarse, pero no pudo moverse lo suficientemente rápido y él lamió la sangre de su cara, y sonrió. La sonrisa le abrió más el labio, y más sangre le corrió en un hilo por la barbilla.

—Me preguntaste a quién pertenezco —susurró—. Te pertenezco. Tu sangre es mi sangre, tus huesos son mis huesos. La primera vez que me viste, te parecí familiar, ¿no? Igual que tú me resultabas familiar a mí.

Ella lo miró boquiabierta.

—Estás demente.

—Está en la Biblia —dijo—. En el Cantar de los Cantares. “Has robado mi corazón, hermana mía, esposa mía; has apresado mi corazón con uno de tus ojos. Con una gargantilla en tu cuello.” —Sus dedos rozaron su garganta, entrelazándose con la cadena, la cadena que había tenido el anillo Morgenstern. Se preguntó si iba a aplastar su tráquea—. “Yo dormía, pero mi corazón velaba. Es la voz de mi amado la que llamaba: Ábreme, hermana mía, mi amor”. —Su sangre le caía sobre el rostro. Se mantuvo inmóvil, su cuerpo zumbando por el esfuerzo, ya que su mano se deslizaba por su garganta, descendiendo por el costado, hasta la cintura. Sus dedos se deslizaron en el interior de la cinturilla de sus jeans. Su piel era caliente, ardía, ella podía sentir que la deseaba.

—Tú no me amas —le dijo ella. Su voz era débil, él aplastaba el aire de sus pulmones. Recordó lo que le había dicho su madre, sobre que cada emoción que Sebastian mostraba era un engaño. Sus pensamientos eran claros como el cristal, en silencio gracias a la euforia de la pelea y sabiendo qué y cómo hacerlo, se mantuvo enfocada mientras Sebastian le enfermaba con su toque.

—Y no te importa que yo sea tu hermano —dijo—. Sé lo que pensabas de Jace, incluso cuando creías que era tu hermano. A mí no me puedes mentir.

—Jace es mejor que tú.

—Nadie es mejor que yo. —Él sonrió, sus dientes blancos estaban manchados de sangre—. “Un jardín cerrado eres, hermana mía” —dijo—. “Un jardín cerrado, una fuente sellada.” Pero ya no, ¿verdad? Jace se encargó de eso. —Él tomó el botón de sus jeans, y ella aprovechó la distracción para apoderarse de una pieza triangular de cristal de buen tamaño y le introdujo el borde dentado en su hombro.

El vidrio se deslizó a lo largo de sus dedos, cortándolos. Él gritó, echándose hacia atrás, más por la sorpresa que por el dolor, ya que el equipo lo protegía. Ella hundió el cristal una vez más, esta vez en su muslo, y cuando él se echó hacia atrás, ella puso el codo contra su garganta. Él se deslizó a un lado, sin aliento. Ella rodó, consiguiendo quedar encima de él mientras sacaba el cristal ensangrentado de su pierna. Bajó el fragmento hacia la vena palpitante en su cuello...y se detuvo.

Él se estaba riendo. Yacía bajo ella, y se reía, su risa vibraba a través de su propio cuerpo. Su piel estaba salpicada con sangre; la sangre de ella que goteaba sobre él, y su propia sangre, la que brotaba de ahí donde le había cortado; su pelo blanco-plateado estaba enmarañado. Él dejó caer los brazos a ambos lados, dejándolos extendidos como las alas de un ángel roto, caído del cielo.

Él le dijo—: Mátame, hermanita. Mátame, y matarás a Jace, también.

Ella dejó caer el cristal.

Una Puerta Hacia la Oscuridad

Traducido por Verittooo

Clary gritó en voz alta por pura frustración mientras el trozo de vidrio se clavaba en el piso de madera, a centímetros de la garganta de Sebastian. Lo sintió reír bajo ella.

—No puedes hacerlo —dijo él—. No puedes matarme.

—Al diablo contigo —soltó ella—. No puedo matar a *Jace*.

—Es lo mismo —dijo él, y sentándose tan rápido que apenas lo vio moverse, la golpeó en el rostro con la fuerza suficiente para hacer que se deslizara por el suelo cubierto de vidrios. Su deslizamiento se detuvo cuando golpeó la pared, atragantada, y tosiendo sangre. Enterró la cabeza contra su antebrazo, el sabor y el olor de su propia sangre en todos lados era enfermizo y metálico. Un momento después, la mano de Sebastian estaba empuñada en su chaqueta y la estaba poniendo de pie.

No luchó contra él, ¿cuál era el punto? ¿Por qué luchar contra alguien que estaba dispuesto a matarte y sabía que tú no estabas dispuesto a matar, o siquiera a herirlo seriamente? Esas personas siempre ganan. Se quedó quieta mientras la examinaba.

—Podría ser peor —dijo—. Parece que la chaqueta te salvó de cualquier daño real.

¿Daño *real*? Su cuerpo se sentía como si hubiera sido rebanado por finas cuchillas. Lo miró fijamente a través de las pestañas cuando la giró en sus brazos. Fue como había sido en Paris, cuando la había cargado para alejarla del demonio Dahak, pero entonces ella había estado, sino agradecida, por lo menos confundida, y ahora estaba llena de un odio burbujeante. Mantuvo su cuerpo tenso mientras la cargaba escaleras arriba, sus botas sonando en el cristal. Estaba intentando olvidar que la estaba tocando, que tenía el brazo bajo sus piernas, las manos posesivamente en su espalda.

Yo lo voy a matar, pensó. Encontraré la manera, y lo voy a matar.

Él caminó hasta el cuarto de Jace y la tiró al piso. Ella se balanceó un paso hacia atrás. La atrapó y le arrancó la chaqueta. Debajo sólo estaba usando una camiseta. Estaba destrozada como si le hubiera pasado un rallador de queso por encima, y manchada de sangre por todos lados.

Sebastian silbó.

—Eres un desastre, hermanita —dijo—. Será mejor que te metas en el baño y limpies algo de esa sangre.

—No —contestó ella—. Deja que me vean así. Déjales ver lo que tuviste que hacer para conseguir que vaya contigo.

Su mano se alzó y la agarró por debajo de la barbilla, forzándola a enfrentarlo. Sus rostros estaban a centímetros de distancia. Ella quería cerrar los ojos pero se rehusó a darle esa satisfacción; le devolvió la mirada, a los destellos plateados en sus ojos negros; la sangre en su labio donde lo había mordido.

—Tú me perteneces —le dijo otra vez—. Y te voy a tener a mi lado, aunque tenga que forzarte para que estés allí.

—¿Por qué? —demandó ella, la furia tan amarga en su lengua como el gusto a sangre—. ¿Qué te importa? Sé que no puedes matar a Jace, pero podrías matarme a mí. ¿Por qué no lo *haces*?

Sólo por un momento, los ojos de Sebastian se distanciaron, vidriosos, como si estuviera viendo algo invisible para ella.

—Este mundo será consumido por el fuego del infierno —dijo él—. Pero yo los traeré a Jace y a ti a salvo a través de las llamas si simplemente haces lo que pido. Es una gracia que no extenderé hacia nadie más. ¿No te das cuenta de lo tonta que eres al rechazarla?

—Jonathan —dijo ella—. ¿No te das cuenta de cuán absurdo es que me pidas que pelee a tu lado cuando quieres *quemar el mundo*?

Sus ojos se volvieron a enfocar en los de ella.

—Pero, ¿por qué? —Parecía casi adolorido—. ¿Por qué es tan precioso este mundo para ti? Tú *sabes* que hay otros. —Su propia sangre era demasiado roja contra su blanca piel—. Dime que me quieres. Dime que me quieres y que pelearás conmigo.

—Nunca te querré. Estabas equivocado cuando dijiste que teníamos la misma sangre. Tu sangre es veneno. Veneno de demonio —dijo, escupiendo las palabras.

Él solamente sonrió, sus ojos brillando oscuramente. Ella sintió que algo quemaba su antebrazo, y saltó antes de darse cuenta que era una estela; le estaba pasando una *irratze* por la piel. Lo odió incluso mientras el dolor se desvanecía. Su brazalete sonó en su muñeca cuando movió la mano con habilidad, completando la runa.

—Sabía que mentías —le dijo de repente.

—Digo tantas mentiras, cariño —contestó él—. ¿Cuál, específicamente?

—Tu brazalete —respondió ella—. "*Acheronta movebo.*" No significa "Por siempre los tiranos." Eso es "*sic semper tyrannis.*" Esto es de Virgil. "*Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo.*" "Si no puedo mover el Cielo, levantaré el Infierno."

—Tu latín es mejor de lo que pensaba.

—Aprendo rápido.

—No lo suficiente. —Soltó el agarre de su barbilla—. Ahora métete en el baño y límpiate —dijo él, empujándola hacia atrás. Agarró el vestido ceremonial de su madre de la cama y se lo tiró a los brazos—. El tiempo se acorta, y mi paciencia se agota. Si no sales en diez minutos, volveré por ti. Y confía en mí, eso no te gustará.

—Muero de hambre —dijo Maia—. Siento como si no hubiera comido en días. Abrió la puerta del refrigerador y miró dentro—. Oh, puaj.

Jordan tiró de ella hacia atrás, envolviendo los brazos a su alrededor, y pasó la nariz por su nuca.

—Podemos ordenar comida. Pizza, Thai, Mexicana, lo que quieras. Mientras no cueste más de veinticinco dólares.

Ella se giró en sus brazos, riendo. Estaba usando una de sus camisas; era un poco demasiado grande para él, y a ella le llegaba cerca de las rodillas. Su pelo estaba recogido en un moño en la parte de atrás su cuello.

—Gran derrochador —dijo ella.

—Por ti, lo que sea. —La levantó por la cintura y la acomodó en uno de los taburetes del mostrador—. Puedes pedir un taco. —La besó. Sus labios eran dulces, con un ligero sabor a menta por la pasta de dientes. Ella sintió el zumbido en su cuerpo que venía por tocarlo, que empezaba en la base de su espina dorsal y se disparaba por todos sus nervios.

Se rio tontamente contra su boca, envolviendo los brazos alrededor de su cuello. Un fuerte ring cortó el zumbido en su sangre mientras Jordan se alejaba, frunciendo el ceño.

—Mi teléfono. —Sosteniéndose a ella con una mano, tanteó detrás de él en el mostrador hasta que lo encontró. Había dejado de sonar, pero lo levantó de todos modos, frunciendo el ceño—. Es el Praetor.

El Praetor nunca llamaba, o por lo menos lo hacía raramente. Sólo cuando algo era de mortal importancia. Maia suspiró y se inclinó hacia atrás.

—Atiende.

Él asintió, levantando el teléfono a su oído. Su voz era un suave murmullo en la parte de atrás de su consciencia mientras saltaba del taburete e iba al refrigerador, donde estaban pegados los menús. Los ojeó hasta que encontró el menú del local de comida Thai que le gustaba, y se volteó con él en la mano.

Ahora Jordan estaba parado en el medio de la sala, pálido, con el teléfono olvidado en su mano. Maia podía escuchar una voz pequeña y distante saliendo de éste, diciendo su nombre.

Maia dejó caer el menú y se apresuró a través de la habitación hacia él. Le sacó el teléfono de la mano, desconectando la llamada, y lo puso en el mostrador.

—¿Jordan? ¿Qué pasó?

—Mi compañero de cuarto, Nick, ¿lo recuerdas? —preguntó él, con incredulidad en sus ojos castaños—. Nunca lo conociste pero...

—Vi fotos de él —dijo ella—. ¿Pasó algo?

—Está muerto.

—¿Cómo?

—Le arrancaron la garganta, drenaron toda su sangre. Piensan que rastreó a su objetivo y que ella lo mató.

—¿Maureen? —Maia estaba sorprendida—. Pero sólo era una niña.

—Es un vampiro ahora. —Él tomó un respiro tembloroso—. Maia.

Ella lo miró fijamente, sus ojos estaban vidriosos, su pelo revuelto. Un pánico repentino se levantó dentro de ella. Besarse y acurrucarse e incluso el sexo era una cosa. Consolar a alguien cuando había sido golpeado por la pérdida era otra. Significaba compromiso. Significaba cariño. Significaba que quieres alivianar su dolor, y al mismo tiempo le estás agradecido a Dios que, cual fuera la cosa mala que había pasado, no le había sucedido a *esa persona*.

—Jordan —dijo suavemente, y alzándose en los dedos de sus pies, puso sus brazos entorno a él—. Lo siento.

El latido del corazón de Jordan era fuerte contra el de ella.

—Nick sólo tenía diecisiete.

—Él era un Praetor, como tú —dijo ella suavemente—. Sabía que era peligroso. Tú sólo tienes dieciocho. —Él apretó su agarre en ella pero no dijo nada—. Jordan —dijo—. Te amo. Te amo y lo siento.

Lo sintió congelarse. Era la primera vez que decía las palabras desde unas semanas antes de ser mordida. Él parecía estar conteniendo el aliento; finalmente lo soltó con un jadeo.

—Maia —dijo con voz ronca. Y después, increíblemente, antes de que pudiera decir otra palabra, sonó el teléfono de ella.

—Olvidalo —dijo ella—. Lo voy a ignorar.

Él la dejó ir, su rostro suave, perplejo con dolor y asombro.

—No —dijo—. No, puede ser importante. Ve.

Ella suspiró y fue al mostrador. Había dejado de sonar para cuando lo alcanzó, pero había un mensaje de texto parpadeando en la pantalla. Ella sintió tensarse los músculos de su estómago.

—¿Qué es? —preguntó Jordan, como si hubiera sentido su repentina tensión. Tal vez lo hizo.

—Un 911. Una emergencia. —Se volvió hacia él, sosteniendo el teléfono—. Una llamada de batalla. Fue enviado a todos en la manada, de parte de Luke, y Magnus. Tenemos que irnos ya.

Clary estaba sentada en el suelo del baño de Jace, con la espalda contra el azulejo de la bañera y las piernas estiradas frente a ella. Había limpiado la sangre de su rostro y cuerpo, y se había enjuagado el pelo ensangrentado en el lavabo. Estaba usando el vestido de ceremonia de su madre, arrugado hasta los muslos y el piso de cerámica estaba frío contra sus pies y pantorrillas desnudos.

Se miró las manos. Deberían verse diferentes, pensó. Pero eran las mismas manos que siempre había tenido, dedos delgados, uñas cortas, uno no quiere uñas largas

cuando eres artista, y pecas en el dorso de los nudillos. Su cara se veía igual también. Todo se veía igual, pero ella no lo era. Estos últimos días la habían cambiado en formas que no podía comprender completamente todavía.

Se puso de pie y se miró en el espejo. Estaba pálida, entre su pelo del color de las llamas y su vestido. Moretones decoraban sus hombros y garganta.

—¿Admirándote? —No había escuchado a Sebastian abrir la puerta, pero ahí estaba él, sonriendo intolerablemente como siempre, apoyado contra el umbral de la puerta. Llevaba puesto un tipo de traje que nunca había visto: el material duro usual, pero de un color escarlata como la sangre fresca. También había añadido un accesorio a su atuendo: una ballesta recurvada. La sostenía casualmente en una mano, aunque debía ser pesada—. Te ves adorable, hermana. Una compañera adecuada para mí.

Ella se tragó las palabras con el sabor a sangre que todavía persistía en su boca, y caminó hacia él. Éste atrapó su brazo cuando intentó pasar junto a él en el umbral de la puerta. Su mano le recorrió el hombro desnudo.

—Bien —dijo él—. No estás marcada aquí. Odio cuando las mujeres arruinan su piel con cicatrices. Mantén las marcas en tus brazos y piernas.

—Preferiría que no me tocas.

Él resopló y giró la ballesta. Había una flecha ajustada a ésta, lista para disparar.

—Camina —dijo—. Estaré detrás de ti.

Tomó todo el esfuerzo que tenía para no alejarse de él. Se giró y caminó hacia la puerta, sintiendo un calor entre los omóplatos donde imaginó que estaba apuntando el arco de la ballesta. Así bajaron las escaleras de cristal y fueron a través de la cocina y la sala de estar. Él gruñó ante la vista de la runa de Clary en la pared, estirando la mano alrededor de ella, y debajo de su mano apareció una entrada. La puerta se abrió hacia un cuadrado de oscuridad.

La ballesta se le clavó duramente en su espalda.

—Muévete.

Respirando hondo, Clary dio un paso hacia las sombras.

Alec golpeó la mano contra el botón en la pequeña jaula del elevador, y se desplomó devuelta contra la pared.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Isabelle comprobó la pantalla brillante de su teléfono móvil.

—Cerca de cuarenta minutos.

El ascensor se lanzó hacia arriba. Isabelle le echó una mirada encubierta a su hermano. Se veía cansado. Había círculos oscuros bajo sus ojos. A pesar de su altura y fuerza, Alec, con sus ojos azules y suave pelo negro casi hasta su cuello, se veía más delicado de lo que era.

—Estoy bien —dijo él, respondiendo su pregunta implícita—. Tú eres la que tendrá problemas por mantenerse alejada de casa. Yo tengo más de dieciocho, puedo hacer lo quiera.

—Le mandé un mensaje de texto a mamá todas las noches y le dije que estaba contigo y Magnus —dijo Isabelle mientras se detenía el elevador—. No es como si no supiera dónde estoy. Y hablando de Magnus...

Alec se estiró al otro lado de ella y abrió la puerta de la jaula del interior del ascensor.

—¿Qué?

—¿Están bien ustedes dos? Quiero decir, se están llevando bien.

Alec le disparó una mirada incrédula mientras salía hacia la entrada.

—Todo se está yendo al infierno por la cesta, y tú quieres saber sobre mi relación con Magnus?

—Siempre me pregunté sobre esa expresión —comentó Isabelle pensativamente mientras se apresuraba detrás de su hermano por el pasillo. Alec tenía largas, largas piernas y, aunque ella era rápida, era difícil mantener el paso con él cuando quería—. ¿Por qué “por la cesta”? ¿Qué es una cesta, y por qué es una forma particularmente buena de transporte?

Alec, que había sido el *parabatai* de Jace lo suficiente como para aprender a ignorar tangentes conversacionales, dijo—: Magnus y yo estamos bien, supongo.

—Oh-oh —dijo Isabelle—. Está bien, ¿supones? Sé lo que significa cuando dices eso. ¿Qué pasó? ¿Tuvieron una pelea?

Alec golpeteaba los dedos contra la pared mientras corrían a la par, una señal segura de que estaba incómodo.

—Deja de intentar entrometerte en mi vida amorosa, Iz. ¿Qué hay de ti? ¿Por qué no son pareja tú y Simon? Es obvio que te gusta.

Isabelle dejó salir un chillido.

—Yo *no* soy obvia.

—Lo eres, en realidad —dijo Alec, sonando como si le sorprendiera, también, ahora que pensaba en eso—. Mirarlo con ojos soñadores, la forma en que enloqueciste en el lago cuando el Ángel apareció...

—¡Pensé que Simon estaba muerto!

—¿Qué, *más* muerto? —preguntó Alec cruelmente. Viendo la expresión en el rostro de su hermana, se encogió de hombros—. Mira, si te gusta, bien. Simplemente no veo por qué no están saliendo.

—Porque *yo* no le gusto.

—Por supuesto que sí. Siempre les gustaste a los chicos.

—Perdóname si creo que tu opinión es parcial.

—Isabelle —dijo Alec, y ahora había amabilidad en su voz, el tono que ella asociaba a su hermano, amor y exasperación mezclados entre sí—. Tú sabes que eres preciosa. Los chicos te han perseguido desde... siempre. ¿Por qué Simon sería diferente?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero lo es. Supongo que la bola estaba en su cancha. Él sabe cómo me siento. Pero no creo que se esté apresurando para hacer algo al respecto.

—Para ser justos, no es como si no le estuviera pasando nada más.

—Lo sé, pero... él siempre ha sido así. Clary...

—¿Piensas que todavía está enamorado de Clary?

Isabelle se mordió el labio.

—Yo... no exactamente. Creo que ella es lo único que tiene de su vida humana, y no la puede dejar ir. Y mientras no la deje ir, no sé si hay lugar para mí.

Casi habían llegado a la biblioteca. Alec miró al costado, hacia Isabelle, a través de sus pestañas.

—Pero si solamente son amigos...

—Alec. —Ella levantó la mano, indicándole que debía callarse. Voces salían de la biblioteca, la primera estridente e inmediatamente reconocible como la de su madre:

—¿Qué quieres decir con que está perdida?

—Nadie la ha visto en dos días —dijo otra voz, suave, femenina y con ligera disculpa—. Ella vive sola, así que la gente no estaba segura, pero nosotras pensamos, ya que usted conoce a su hermano...

Sin ninguna pausa, Alec abrió la puerta de la biblioteca con los brazos estirados. Isabelle pasó por su lado para ver a su madre sentada detrás de un enorme escritorio de caoba en el centro de la habitación. Frente a ella había dos figuras familiares: Aline Penhallow, con su equipo, y a su lado estaba Helen Blackthorn, su pelo rizado desaliñado. Ambas se giraron, sorprendidas, cuando la puerta se abrió. Helen, debajo de sus pecas, estaba pálida; también estaba con su equipo, cosa que drenaba el color de su piel todavía más.

—Isabelle —dijo Maryse, poniéndose de pie—. Alexander. ¿Qué pasó?

Aline buscó la mano de Helen. Unos anillos plateados centellaron en los dedos de ambas. El anillo Penhallow, con sus diseños de montañas, brillaba en el dedo de Helen, mientras que el patrón de espinas entrelazadas del anillo de la familia Blackthorn adornaba el de Aline. Isabelle sintió que se le levantaban las cejas; intercambiar anillos de familia era un asunto serio.

—Si estamos entrometiéndonos, podemos irnos... —comenzó Aline.

—No, quédense —dijo Izzy, caminando hacia delante—. Podríamos necesitarlas.

Maryse se volvió a sentar en.

—Así que —dijo—, mis hijos me honran con su presencia. ¿Dónde han estado ustedes dos?

—Te lo dije —respondió Isabelle—. Estábamos en casa de Magnus.

—¿Por qué? —demandó Maryse—. Y no te estoy preguntando a ti, Alexander. Le estoy preguntando a mi hija.

—Porque la Clave dejó de buscar a Jace —respondió Isabelle—, pero nosotros no lo hicimos.

—Y Magnus estaba dispuesto a ayudar —añadió Alec—. Él se quedó levantado todas estas noches, buscando en libros de hechizos, intentando averiguar dónde podría estar Jace. Incluso invocó al...

—No. —Maryse levantó una mano para silenciarlo—. No me digas. No quiero saber. —El teléfono negro en su escritorio empezó a sonar. Todos lo observaron. Una llamada al teléfono negro era una llamada de Idris. Nadie se movió para contestarlo, y en un momento estaba en silencio—. ¿Por qué están aquí? —demandó Maryse, devolviendo su atención a su descendencia.

—Estuvimos buscando a Jace —comenzó Isabelle otra vez.

—Es el trabajo de la Clave hacer eso —soltó Maryse. Se veía cansada, notó Isabelle, la piel se le estiraba bajo los ojos. Las líneas en la comisura de su boca llevaban sus labios a una mueca. Era lo suficiente delgada para que los huesos de sus muñecas parecieran sobresaltar—. No de ustedes.

Alec golpeó su mano contra el escritorio, lo suficientemente fuerte para hacer sonar los cajones.

—¿Podrías *escucharnos*? La Clave no encontró a Jace, pero nosotros sí. Y a Sebastian con él. Y ahora sabemos qué están planeando, y tenemos —Miró el reloj en la pared—, apenas tiempo para detenerlos. ¿Vas a ayudarnos o no?

El teléfono negro volvió a sonar. Y nuevamente Maryse ni siquiera se movió para contestarlo. Ella estaba mirando a Alec, su rostro blanco con sorpresa.

—¿Hicieron, qué?

—Sabemos dónde está Jace, mamá —dijo Isabelle—, o por lo menos, en dónde va a estar. Y lo que va a hacer. Conocemos el plan de Sebastian, y tenemos que detenerlo. Oh, y sabemos cómo matar a Sebastian pero no a Jace...

—Detente. —Maryse sacudió la cabeza—. Alexander, explica. Concisamente, y sin histeria. Gracias.

Alec se lanzó hacia la historia, dejando fuera, pensó Isabelle, todas las partes *buenas*, que fue cómo se las arregló para resumir las cosas tan ordenadamente. Tan abreviada como fue su versión, ambas, Aline y Helen estaban jadeando al final. Maryse se quedó muy quieta, sus facciones inmóviles.

Cuando Alec terminó, ella dijo en un susurro:

—¿Por qué has hecho esas cosas?

Alec se mostró desconcertado.

—Por Jace —dijo Isabelle—. Para tenerlo de vuelta.

—Se dan cuenta de que al ponerme en esta posición, no me dan más opción que notificar a la Clave —dijo Maryse, su mano descansando en el teléfono negro—. Desearía que no hubieran venido aquí.

La boca de Isabelle se secó.

—¿Realmente estás enojada con nosotros por decirte finalmente lo que está pasando?

—Si notifico a la Clave, ellos enviarán todos sus refuerzos. Jia no tendrá otra alternativa que darles instrucciones de matar a Jace en cuanto lo vean. ¿Tienen alguna idea de cuántos Cazadores de Sombras están siguiendo al hijo de Valentine?

Alec negó con la cabeza.

—Tal vez cuarenta, eso parece.

—Digamos que llevamos el doble de eso. Apenas podríamos confiar en vencer sus fuerzas, ¿pero qué clase de oportunidad tendría Jace? Casi no hay seguridad de que consiga salir con vida. Lo matarán sólo para estar seguros.

—Entonces, no podemos decirles —dijo Isabelle—. Iremos nosotros solos. Haremos esto sin la Clave.

Pero Maryse, mirándola, estaba sacudiendo la cabeza.

—La Ley dice que debemos decirles.

—No me importa la Ley —comenzó Isabelle furiosamente. Atrapó a Aline observándola, y cerró la boca de golpe.

—No te preocupes —dijo Aline—. No voy a decirle nada a mi madre. Se los debo, chicos. Especialmente a ti, Isabelle. —Tensó la mandíbula, e Isabelle recordó la oscuridad bajo el puente de Idris, su látigo desgarrando un demonio, las garras de éste trabadas en Aline—. Y además, Sebastian mató a mi primo. El *verdadero* Sebastian Verlac. Tengo mis propias razones para odiarlo, saben.

—No obstante —comenzó Maryse— si no les decimos, estaremos rompiendo la Ley. Podemos ser sancionados, o peor.

—¿Peor? —preguntó Alec—. ¿De qué estamos hablando aquí? ¿Exilio?

—No lo sé, Alexander —dijo su madre—. Dependerá de Jia Penhallow, y de quien quiera que gane la posición de Inquisidor el decidir nuestro castigo.

—Tal vez sea papá —murmuró Izzy—. Tal vez sea leve con nosotros.

—Si erramos en notificar esta situación, Isabelle, no hay ninguna posibilidad de que tu padre consiga ser Inquisidor. Ninguna —dijo Maryse.

Isabelle respiró hondo.

—¿Podríamos conseguir que nos despojen de nuestras marcas? —preguntó—. ¿Podríamos... perder el Instituto?

—Isabelle —contestó Maryse—. Podríamos perderlo *todo*.

Clary parpadeó y sus ojos se ajustaron a la oscuridad. Se encontraba sobre una llanura rocosa, azotada por el viento, sin nada que parara la fuerza del vendaval. Unos parches de césped crecían entre placas de piedra gris. En la gran distancia desolada, se elevaban colinas cársticas cubiertas de guijarros, de color negro y acero contra el cielo de la noche. Había luces más adelante. Clary reconoció el blanco resplandor bamboleante de la luz mágica cuando la puerta del departamento se cerró tras ellos.

Se oyó el ruido de una sorda explosión. Clary se volvió para ver que la puerta había desaparecido; había un parche carbonizado de mugre y pasto, todavía humeante, donde había estado ésta. Sebastian la estaba mirando con absoluto asombro.

—Qué...

Ella rió. Una oscura alegría se alzó dentro de ella ante la mirada en el rostro de él. Nunca lo había visto sorprendido de esa forma, sin aparentar, con una expresión desnuda y horrorizada.

Él volvió a girar la ballesta a centímetros de su pecho. Si le disparaba a esa distancia, la flecha le atravesaría el corazón, matándola instantáneamente.

—¿Qué has hecho?

Clary lo miró con oscuro triunfo.

—Esa runa, la que creíste que era una runa de Apertura no terminada. No lo era. No era nada que hubieras visto antes. Era una runa que yo creé.

—¿Una runa para *qué*?

Ella recordó poner la estela en la pared, la forma de la runa que había inventado la noche que Jace había ido por ella en la casa de Luke.

—Para destruir el departamento en el segundo que alguien abriera la puerta. El departamento se ha ido, no puedes volver a usarlo. Nadie puede.

—¿*Se ha ido*? —La ballesta se sacudió; los labios de Sebastian se contrajeron, sus ojos salvajes—. Eres una *perra*. Una pequeña...

—Mátame —dijo ella—. Adelante. Y después explícaselo a Jace. *Te reto*.

Él la miró, su pecho subía y bajaba pesadamente, sus dedos temblaban en el gatillo. Poco a poco, alejó la mano de éste. Tenía los ojos estrechados y furiosos.

—Hay cosas peores que morir —dijo él—. Y te las haré todas, hermanita, una vez que hayas bebido de la Copa. *Y te gustará*.

Ella lo escupió. Él le clavó la punta de la ballesta duramente, agónicamente, en el pecho.

—Da la vuelta —gruñó él, y ella lo hizo, mareada con una mezcla de terror y triunfo mientras la llevaba a una ladera rocosa. Ella estaba usando unas zapatillas delgadas, y sintió cada piedra y rajadura en las rocas. Mientras se acercaban a la luz mágica, Clary vio la escena que se reproducía ante ellos.

Frente a ella, el suelo se elevaba en una colina baja. En la cima de la colina, enfrentando el norte, había una enorme tumba vieja. Le recordaba ligeramente a Stonehenge: había dos estrechas rocas levantadas que sostenía una piedra angular plana, haciendo que todo el montaje se pareciera a una entrada. Frente a la tumba, una piedra plana hacía de umbral, como la puerta de un escenario, que se estiraba a través del esquisto³⁰ y el pasto. Agrupado ante la piedra plana había un semicírculo de cerca de cuarenta Nefilim con túnicas rojas, cargando antorchas mágicas. Dentro del semicírculo, contra el piso oscuro, ardía un pentagrama blanco azulado.

³⁰ Esquisto: es tipo de piedra.

En la cima de la piedra plana estaba Jace. Llevaba un traje escarlata como Sebastian; nunca se habían visto tan parecidos.

Clary podía ver el brillo de su pelo incluso desde esa distancia. Él estaba caminando por el borde del umbral de la piedra plana, y cuando se acercaron, Clary adelante, conducida por Sebastian, pudo escuchar lo que estaba diciendo.

—...agradecidos por su lealtad, incluso en estos últimos años difíciles, y agradecidos por su fe en nuestro padre, y ahora en sus hijos. Y su hija.

Un murmullo corrió por el lugar. Sebastian empujó a Clary hacia delante, se movieron por las sombras y treparon la piedra tras Jace. Jace los vio e inclinó la cabeza antes de volver a girarse a la multitud; estaba sonriendo.

—Ustedes son los únicos que van a ser salvados —dijo él—. Hace mil años, el Ángel nos dio su sangre, para hacernos especiales, para hacernos guerreros. Pero no fue suficiente. Mil años han pasado, y todavía nos escondemos entre las sombras. Protegemos a mundanos que no amamos, de fuerzas de las que se mantienen ignorantes, y una vieja y osificada Ley nos impide que nos revelemos como sus salvadores. Morimos centenares, sin que nos agradezcan, sin causar pesar alguno excepto a los de nuestra clase, y sin recurrir al Ángel que nos creó. —Se movió más cerca del borde de la plataforma de piedra. Los Cazadores de Sombras ante ésta estaban de pie en un semicírculo. Se pelo parecía fuego pálido—. Sí, me atrevo a decirlo. El Ángel que nos creó no nos ayudará, y estamos solos. Incluso más solos que los mundanos. Como uno de sus grandes científicos dijo una vez, ellos son como niños jugando con piedras en la orilla, mientras a su alrededor, el gran océano de verdades yace sin ser descubierto. Pero nosotros sabemos la verdad. Nosotros somos los salvadores de esta tierra, *y nosotros deberíamos estar gobernándola.*

Jace era un buen orador, pensó Clary con un poco de dolor en su corazón, del mismo modo en que lo había sido Valentine. Ella y Sebastian estaban detrás de él ahora, enfrentando la llanura y la multitud en ella; podía sentir las miradas fijadas de los Cazadores de Sombras reunidos en ellos dos.

—Sí. Gobernarlo. —Sonrió, una sonrisa fácil y adorable, llena de encanto, con un filo de oscuridad—. Raziel es cruel e indiferente a nuestros sufrimientos. Es hora de que le demos la espalda, de dirigirnos a Lilith, Gran Madre, quien nos dará poder sin castigos, liderazgo sin la Ley. Nuestro derecho de nacimiento es poder. Es tiempo de reclamarlo.

Miró a ambos lados con una sonrisa cuando Sebastian se movió hacia delante.

—Y ahora les dejaré oír el resto de Jonathan, de quien es este sueño —dijo Jace suavemente, y se echó para atrás, dejando que Sebastian se deslizara fácilmente en su lugar. Dio otro paso hacia atrás, y ahora estaba al lado de Clary, su mano estirándose para entrelazarla con la de ella.

—Buen discurso —murmuró ella. Sebastian estaba hablando; ella lo ignoró, concentrándose en Jace—. Muy convincente.

—¿Tú crees? Iba a empezar con, “Amigos, romanos, maleantes...” pero no creí que fueran a entender la broma.

—¿Piensas que son maleantes?

Él se encogió de hombros.

—La Clave lo pensaría. —Alejó la mirada de Sebastian, y la dirigió a ella—. Te ves hermosa —dijo, pero su voz era extrañamente plana—. ¿Qué pasó?

La agarró con la guardia baja.

—¿Qué quieres decir?

Él abrió su chaqueta. Debajo estaba usando una camisa blanca. Estaba manchada en el costado y en la manga de rojo. Ella notó que fue cuidadoso de girarse lejos de la multitud mientras le mostraba la sangre.

—Siento lo que siente él —dijo—. ¿O te habías olvidado? Me tuve que pasar una *irratze* sin que nadie lo notara. Se sintió como si alguien estuviera rebanando mi piel con una navaja.

Clary encontró su mirada. No tenía sentido mentir, ¿verdad? No había vuelta atrás, literal o figurativamente.

—Sebastian y yo tuvimos una pelea.

Los ojos de Jace buscaron su rostro.

—Bueno —dijo, dejando que su chaqueta se cerrara—. Espero que lo hayan arreglado, lo que sea que haya sido.

—Jace... —comenzó ella, pero él le dio su atención a Sebastian ahora. Su perfil era frío y claro a la luz de la luna, como una silueta cortada en papel oscuro. En frente de ellos, Sebastian, que había bajado la ballesta, levantó los brazos.

—¿Están conmigo? —gritó.

Un murmullo recorrió el lugar y Clary se tensó. Uno del grupo de Nefilim, un hombre mayor, tiró de su capucha hacia atrás y frunció el ceño.

—Tu padre nos hizo muchas promesas y ninguna fue satisfecha. ¿Por qué deberíamos confiar en ti?

—Porque yo les traeré la satisfacción de mis promesas ahora. Esta noche —dijo Sebastian, y de su túnica extrajo la imitación de la Copa Mortal. Ésta tenía un suave brillo blanco bajo la luna.

Los murmullos eran más ruidosos ahora. Bajo su cubierta, Jace dijo—: Espero que esto salga bien. Siento como si anoche no hubiera dormido absolutamente nada.

Él estaba enfrentando la multitud y el pentagrama, una mirada de gran interés en su rostro. Su rostro era delicadamente angular a la luz mágica. Clary podía ver la cicatriz en su mejilla, los huecos en sus sienes, la adorable forma de su boca. *No recordaré esto*, había dicho él. *Cuando vuelta a como estaba, bajo su control, no recordaré ser yo mismo*. Y era verdad, había olvidado cada detalle. De alguna manera, aunque ella lo había sabido, lo había visto olvidar, el dolor de la realidad era agudo.

Sebastian bajó de la roca y se movió hacia el pentagrama. En el borde de éste, empezó a cantar.

—*Abyssum invoco. Lilith invoco. Mater mea, invoco.*

Sacó una fina daga de su cinturón. Metió la Copa en la curva de su brazo y usó el filo de la hoja para cortar su palma. La sangre brotó, negra a la luz de la luna. Volvió a deslizar el cuchillo en su cinturón y sostuvo su mano sangrante sobre la Copa, todavía cantando en latín.

Era ahora o nunca.

—Jace —susurró Clary—. Sé que éste no eres tú realmente, sé que hay una parte de ti que no puede estar de acuerdo con esto. Intenta recordar quién eres, Jace Lightwood. Su cabeza se giró, y la miró con asombro.

—¿De qué estás hablando?

—Por favor, intenta recordar, Jace. Te amo. Tú me amas...

—Yo sí te amo, Clary —dijo él, había un filo en su voz—. Pero dijiste que entendías. Esto es todo, la culminación de todo por lo que hemos trabajado.

Sebastian lanzó los contenidos de la Copa en el centro del pentagrama.

—*Hic est enim caliz sanguinis mei.*

—No *nosotros* —susurró Clary—. Yo no soy parte de esto. Tampoco tú...

Jace inhaló bruscamente. Por un momento, Clary pensó que había sido por lo que le había dicho, que quizás, de alguna forma, estaba rompiendo su caparazón, pero siguió su mirada y vio que una bola de fuego que giraba había aparecido en el centro del pentagrama. Era del tamaño de una pelota de beisbol, pero mientras la observaba, creció, alargándose, formándose hasta que al fin era la silueta de una mujer, hecha de llamas.

—Lilith —dijo Sebastian con voz resonante—. Como me llamaste, ahora yo te llamo. Como tú me diste vida, así yo te doy vida.

Poco a poco, las llamas se oscurecieron. Ella estaba de pie ante ellos ahora, Lilith, era casi de la altura de un humano común, estaba desnuda con el pelo negro cayendo en cascada por su espalda hasta sus tobillos. Su cuerpo era gris como la ceniza, agrietado con líneas negras como lava volcánica. Ella volvió sus ojos hacia Sebastian, y estos se retorcieron como serpientes negras.

—Mi niño —respiró ella.

Sebastian parecía brillar, como la luz mágica, piel pálida, pelo pálido, y sus ropas se veían negras en la luz de la luna.

—Madre, te he llamado como deseabas que hiciera. Esta noche no sólo serás mi madre, sino la madre de una raza. —Señaló a los Cazadores de Sombras que esperaban, que estaban inmóviles, probablemente en estado de shock. Era una cosa saber que iban a convocar a un Gran Demonio, y otra muy distinta ver uno en directo—. La Copa —dijo, y la sostuvo hacia ella, el borde blanco estaba manchado con su sangre.

Lilith se rio. Sonó como si enormes piedras chocaran entre sí. Ella tomó la Copa, y tan casualmente como uno podría sacar un insecto de una hoja, desgarró un tajo en su grisácea muñeca con sus dientes. Muy lentamente, una lodosa sangre negra empezó a

manar, salpicando la Copa que parecía cambiar, oscureciéndose bajo su toque. Su clara transparencia se volvió barro.

—Ya que la Copa Mortal ha sido para los Cazadores de Sombras tanto un talismán como un medio de transformación, también lo será esta Copa Infernal para ustedes —dijo ella con su voz carbonizada y arrasada por el viento. Se arrodilló, entregándole la Copa a Sebastian—. Toma de mi sangre y bébela.

Sebastian tomó la Copa con sus manos. Se había vuelto negra ahora, un negro brillante como el oligisto³¹.

—Mientras crezca tu ejército, también lo hará mi fuerza —siseó Lilith—. Pronto seré lo suficientemente fuerte para regresar verdaderamente, y compartiremos el poder del fuego, hijo mío.

Sebastian inclinó la cabeza.

—Te proclamamos Muerte, madre mía, profesamos tu resurrección.

Lilith rio, levantando los brazos. El fuego lamió su cuerpo, y se lanzó en el aire, explotando en una docena de partículas de luz giratorias que se desvanecieron como las brasas de un fuego apagándose. Cuando se fueron completamente, Sebastian pateó el pentagrama, rompiendo su continuidad, y levantó la cabeza. Había una sonrisa horrible en su rostro.

—Cartwright —dijo—. Trae al primero.

La multitud se dividió, y un hombre vestido con túnica se abrió camino, con una mujer tambaleante a su lado. Una cadena la ataba al brazo de él, y el pelo largo y enredado escondía su rostro de toda vista. Clary se tensó completamente.

—Jace, ¿qué es esto? ¿Qué está sucediendo?

—Nada —respondió él, mirando hacia delante ausentemente—. Nadie saldrá lastimado, sólo cambiarán. Observa.

Cartwright, cuyo nombre Clary recordaba levemente de su tiempo en Idris, puso la mano en la cabeza de su cautiva y la forzó a ponerse de rodillas. Entonces, él se dobló y agarró su pelo, levantándole la cabeza de un tirón. Ella miró a Sebastian, parpadeando con terror y desafío, su rostro delineado claramente por la luna.

Clary contuvo el aliento.

—*Amatis*.

³¹ Oligisto: otro tipo de piedra.

Invocando al Infierno

Traducido por Flor_18

Corregido por Pamee

La hermana de Luke levantó la vista y sus ojos azules, tan parecidos a los de Luke, se clavaron en Clary. Parecía mareada, sorprendida y tenía una expresión un poco desconcertada, como si la hubieran drogado. Trató de ponerse de pie, pero Cartwright la empujó. Sebastian se dirigió hacia ellos, con la Copa en la mano.

Clary intentó avanzar pero Jace la atrapó por el brazo, tirándola hacia atrás. Ella lo pateó, pero él ya la había tomado entre sus brazos, con la mano sobre su boca. Sebastian le estaba hablando a Amatis en una baja voz e hipnótica. Ella negó con la cabeza violentamente, pero Cartwright tomó su largo cabello y tironeó su cabeza. Clary la escuchó gritar, un tenue sonido al viento.

Clary pensó en la noche en que se había quedado despierta observando el ascenso y descenso del pecho de Jace, pensando en como podría terminar todo esto con un simple golpe de cuchillo. Pero *todo esto* no había tenido una cara, una voz, un plan. Ahora que llevaba la cara de la hermana de Luke, ahora que Clary conocía el plan, era demasiado tarde. 316

Sebastian tenía una mano enredada en el cabello de Amatis, y la Copa apretada contra su boca. Mientras la obligaba a tragar el contenido, ella se retorció y tosía y un fluido negro le chorreaba por la barbilla.

Sebastian le retiró la Copa de un tirón, pero había hecho su trabajo. Amatis hizo un espantoso ruido seco y su cuerpo se sacudió bruscamente. Sus ojos cambiaron y se volvieron tan oscuros como los de Sebastian. Se tapó la cara con las manos, dejó salir un lamento, y Clary observó con asombro que la runa Visión estaba desapareciendo de su mano, se iba haciendo más pálida, y luego ya no estaba.

Amatis dejó caer las manos. Su expresión se había suavizado y sus ojos, que eran azules otra vez, se fijaron en Sebastian.

—Suéltala —dijo el hermano de Clary a Cartwright, su mirada estaba fija en Amatis—. Deja que venga hacia mí.

Cartwright cortó la cadena que lo unía a Amatis y dio un paso atrás, con una curiosa mezcla de recelo y fascinación en la cara.

Amatis permaneció quieta por un momento, sus manos se mecían a su lado. Entonces se paró y caminó hacia Sebastian. Se arrodilló frente a él, y cabello tocó la tierra.

—Amo —dijo—. ¿En qué puedo servirle?

—Levántate —ordenó Sebastian, y Amatis se levantó del suelo elegantemente. Parecía que de repente tenía una nueva forma de moverse. Todos los Cazadores de Sombras eran diestros, pero ella se movía con una silenciosa gracia que Clary encontró extrañamente fría. Se paró derecha frente a Sebastian.

Por primera vez, Clary vio que lo que había tomado por un largo vestido largo, era en realidad un camisón, como si la hubieran despertado y sacado de la cama. Que pesadilla, el despertar aquí, entre estas figuras encapuchadas, en este amargo lugar abandonado.

—Ven hacia mí —ordenó Sebastian, y Amatis dio un paso hacia él. Era una cabeza más baja por lo menos, y por lo que tuvo que alzarse cuando él le susurró algo. Una fría sonrisa se extendió por su cara. Sebastian levantó la mano—. ¿Te gustaría luchar, Cartwright?

Cartwright dejó caer la cadena que había estado sosteniendo, su mano fue a su cinturón de armas a través de la abertura en su capa. Era un hombre joven, de cabello rubio claro, y una gran cara de mandíbula cuadrada.

—Pero yo...

—De seguro que una demostración de sus poderes es necesaria —dijo Sebastian—. Vamos, Cartwright, es una mujer, y mayor que tú. ¿Tienes miedo?

Cartwright parecía desconcertado, pero sacó una larga daga de su cinturón.

—Jonathan...

Los ojos de Sebastian brillaron.

—Lucha con él, Amatis.

Sus labios se curvaron.

—Encantada —dijo, y saltó. Su velocidad fue sorprendente. Saltó en aire y dirigió su pie hacia adelante, sacando la daga de su agarre. Clary miró asombrada cómo se lanzaba hacia el cuerpo de él, y clavaba la rodilla en su estómago. Él se tambaleó hacia atrás, y lo golpeó con la cabeza, luego lo rodeó para tironearlo de la parte posterior de la capa y lo tiró al suelo. Él aterrizó a sus pies con un doloroso crujido, y gimió de dolor.

—Y eso es por arrancarme de la cama en medio de la noche —dijo Amatis, y se pasó el dorso de la mano por el labio, que sangraba ligeramente. Un leve murmullo de risas tensas se escuchó en la multitud.

—Y ahí lo tienen —dijo Sebastian—. Incluso un Cazador de Sombras sin ninguna habilidad o fuerza especial (perdón, Amatis), puede llegar a ser más fuerte, más rápido, que su contraparte aliada seráfica. —Se golpeó la mano con el puño—. Poder. Verdadero poder. ¿Quién está preparado para ello?

Hubo un momento de vacilación, y luego, Cartwright se puso de pie tambaleante, con una mano protectora sobre su estómago.

—Yo lo estoy —dijo, lanzando una mirada venenosa a Amatis, quien se limitó a sonreír.

Sebastian alzó la Copa Infernal.

—Entonces, ven aquí.

Cartwright se acercó a Sebastian, y mientras lo hacía, los otros Cazadores de Sombras rompieron la formación, acercándose al lugar donde Sebastian estaba de pie, formando una línea irregular. Amatis estaba parada serenamente a un lado, con los brazos cruzados.

Clary la observó fijamente, incitando a la mujer mayor a que la mirara. Era la hermana de Luke. Si las cosas hubieran salido según lo planeado, hubiera sido la tía política de Clary ahora.

Amatis. Clary pensó en su pequeña casa junto al canal en Idris, la manera tan amable en la que se había mostrado, la manera en que había amado tanto al padre de Jace. *Por favor, mírame,* pensó. *Por favor, muéstrame que sigues siendo la misma.* Como si Amatis hubiera escuchado su silenciosa plegaria, giró la cabeza y miró directamente a Clary. Y sonrió, no con una sonrisa amable o tranquilizadora; su sonrisa era oscura y fría y divertida. Era la sonrisa de alguien que te observaría mientras te ahogaras, pensó Clary, y no movería un dedo para ayudarte. No era la sonrisa de Amatis. No era Amatis en lo absoluto. Amatis se había ido.

Jace había quitado la mano de su boca, pero no sentía ningún deseo de gritar. Nadie aquí la ayudaría, y la persona de pie con los brazos a su alrededor, aprisionándola con su cuerpo, no era Jace. De la manera en que la ropa mantiene la forma de su dueño, incluso si no ha sido usada durante años, o como una almohada mantiene el contorno de la cabeza de la persona que dormía allí, aunque llevara tiempo muerto, eso era todo lo que él era. Una cáscara vacía que ella había llenado con sus deseos y su amor y sus sueños.

Y al hacerlo, le había hecho al verdadero Jace un terrible mal. En su búsqueda por salvarlo, casi había olvidado a quién estaba salvando. Y recordó lo que él le había dicho durante esos pocos momentos cuando había sido él mismo.

Odio la idea de que él esté contigo. Él. Ése otro yo.

Jace había sabido que eran dos diferentes personas, que su yo con el alma arrancada no era él en lo absoluto. Había tratado de entregarse a la Clave, y ella no lo había dejado. No había escuchado lo que él había querido. Había tomado la decisión por él, en un momento de huida y pánico, es verdad, pero lo había hecho, sin darse cuenta de que su Jace preferiría morir antes que ser así, y que no había salvado su vida, sino más bien lo había condenado a una existencia que él despreciaría.

Se hundió más en él, y Jace, tomando su repentino cambio como un indicador de que no lucharía más, aflojó su agarre. El último de los Cazadores de Sombras estaba delante de Sebastian, estirándose se buena gana hacia la Copa Infernal mientras él la sostenía.

—Clary... —comenzó Jace.

Ella nunca se enteró de lo que iba a decir. Se escuchó un grito, y el Cazador de Sombras que iba a tomar la Copa se tambaleó hacia atrás, con una flecha en la garganta.

Sin dar crédito a lo que veía, Clary volteó la cabeza y vio a Alec vestido con su equipo, de pie sobre el dolmen de piedra, sosteniendo su arco. Él sonrió con satisfacción y estiró la mano por encima del hombro para tomar otra flecha.

Y entonces, saliendo detrás de él, aparecieron los demás en la planicie.

Una manada de lobos, que corrían pegados al suelo, con su pelaje atigrado brillando a la luz multicolor. Supuso que Maia y Jordan estaban entre ellos. Detrás de ellos caminaban unos Cazadores de Sombras conocidos en una línea ininterrumpida: Isabelle y Maryse Lightwood, Helen Blackthorn y Aline Penhallow... y Jocelyn, con su roja cabellera visible

incluso a distancia. Con ellos estaba Simon, la empuñadura de una espada de plata sobresalía por encima de la curva de su hombro, y Magnus, con sus manos crepitando con el fuego azul.

El corazón le saltó en el pecho.

—¡Estoy aquí! —les gritó Clary—. *¡Estoy aquí!*

—¿Puedes verla? —exigió Jocelyn—. ¿Está allí?

Simon trató de concentrarse en la oscuridad impenetrable delante de él, sus sentidos de vampiro se agudizaron ante el distintivo olor de la sangre. Diferentes tipos de sangre, mezclándose: sangre de Cazador de Sombras, sangre de demonio, y la amargura de la sangre de Sebastian.

—La veo —dijo—. Jace la tiene. La está llevando detrás de esa línea de Cazadores de Sombras allí.

—Si son leales a Jonathan como el Círculo lo era a Valentine, van a hacer un muro de cuerpos para protegerlo, y a Clary y Jace con él. —Jocelyn era toda fría furia maternal, sus ojos verdes ardían—. Vamos a tener que atravesarlo para llegar a ellos.

—Lo que necesitamos es llegar a Sebastian —dijo Isabelle—. Simon, vamos a limpiar un camino para ti. Llega hasta Sebastian y atraviésalo con Gloriosa. Una vez que caiga...

—Los otros probablemente se dispersarán —dijo Magnus—. O, dependiendo de qué tan conectados estén a Sebastian, podrían morir o colapsar junto con él. Esperemos que sea así, por lo menos. —Estiró la cabeza hacia atrás—. Hablando de esperanza, ¿vieron ese disparo que Alec logró con su arco? Ése es mi novio —se jactó, sonriente, y movió los dedos provocando que salieran chispas azules. Brillaba al completo. Sólo Magnus, pensó Simon resignado, tendría acceso a una armadura de batalla con lentejuelas.

Isabelle desenvolvió su látigo de alrededor de su muñeca. Lo azotó delante de ella, un lengüetazo de fuego dorado.

—Muy bien, Simon —dijo—. ¿Estás listo?

Los hombros de Simon se tensaron. Todavía estaban a cierta distancia de la línea del ejército enemigo (no sabía de qué otra forma pensar en ellos) que estaba manteniendo la formación; estaban vestidos con túnicas rojas o equipos de batalla, empuñaban armas en las manos. Algunos de ellos estaban exclamando en voz alta, confundidos. No pudo contener una sonrisa.

—En el nombre del Ángel, Simon —dijo Izzy—. ¿Qué hay allí que sonríes?

—Sus cuchillos serafines ya no funcionan —informó Simon—. Están tratando de averiguar por qué. Sebastian acaba de gritarles que usen otras armas.

Se oyó un grito desde la línea cuando otra flecha se disparó desde de la tumba y se enterró en la espalda de un fornido Cazador de Sombras de túnica roja, que se derrumbó hacia delante. La línea se sacudió y se abrió un poco, como una fractura en una pared. Simon, viendo su oportunidad, se lanzó hacia adelante, y los otros se precipitaron con él.

Era como sumergirse de noche en un océano negro, un océano lleno de tiburones y crueles criaturas marinas dientudas que chocaban unas con las otras. No era la primera batalla en la que Simon participaba, pero durante la Guerra Mortal había estado recién marcado con la marca de Caín. No había empezado a funcionar del todo todavía, aunque muchos demonios se hicieron hacia atrás al verla. Nunca había pensado que la echaría de menos, pero la extrañaba ahora, mientras trataba de avanzar a través de los Cazadores de Sombras apretujados, que le abrían camino con las dagas.

Isabelle estaba a uno de sus costados, Magnus al otro, protegiéndolo... protegiendo a Gloriosa. El látigo de Isabelle cantó fuerte y seguro, y las manos de Magnus escupían fuego, rojo, verde y azul, y sus rayos de fuego coloreado golpeaban a los Nefilim Oscuros, quemándolos donde se encontraban. Otros Cazadores de Sombras gritaban cuando los lobos de Luke se escabullían entre ellos, mordiendo y masticando, apuntando a sus gargantas.

Un puñal salió disparado con una velocidad asombrosa y cortó a Simon en un costado. Gritó, pero siguió su camino, sabiendo que la herida se curaría en segundos. Empujó hacia delante...

Y se congeló. Una cara familiar estaba delante de él. La hermana de Luke, Amatis.

Cuando sus ojos se posaron sobre él, vio el reconocimiento en ellos. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Había venido a luchar junto a ellos? Pero...

Ella se abalanzó sobre él, con una daga oscura brillante en la mano. Era *rápida*... pero no tan rápida como para que sus reflejos de vampiro no pudieran salvarlo, si no hubiera estado demasiado sorprendido como para moverse. Amatis era la hermana de Luke, la conocía, y ese momento de incredulidad podría haber sido su final, si Magnus no hubiera saltado delante de él, empujándolo hacia atrás.

Magnus disparó fuego azul por la mano, pero Amatis fue más rápida que el brujo, también. Giró lejos de las llamas y se lanzó bajo el brazo de Magnus, y Simon captó el destello de la luz de la luna en la hoja de su daga. Lo ojos de Magnus se abrieron por la sorpresa cuando la hoja color medianoche bajó, cortando a través de su armadura. Amatis sacó la daga con la hoja ahora resbaladiza por la sangre brillante; Isabelle gritó cuando Magnus cayó de rodillas. Simon trató de volverse hacia él, pero lo alejó la agitación y la presión de la multitud que luchaba. Gritó el nombre de Magnus cuando Amatis se inclinó sobre el brujo caído y levantó la daga una segunda vez, apuntando al corazón.

—¡Suéltame! —gritó Clary, retorciéndose, pateando y haciendo todo lo que podía para soltarse del agarre de Jace. No podía ver casi nada por encima de la oleada de Cazadores de Sombras en capas rojas delante de ella, Jace y Sebastian, y que bloqueaban a su familia y amigos. Los tres estaban a unos metros detrás de la línea de batalla; Jace la sujetaba con fuerza mientras ella luchaba, y Sebastian, junto a ellos, observaba cómo se desarrollaban los

eventos con una mirada de furia oscura en su cara. Sus labios se movían, aunque Clary no sabría decir si estaba maldiciendo, rezando o entonando las palabras de un hechizo.

—Suéltame, que...

Sebastian se dio la vuelta, con una expresión tenebrosa en su rostro, en algún lugar entre una sonrisa y un gruñido.

—Cállala, Jace.

Jace, todavía sosteniendo a Clary, dijo—: ¿Sólo nos vamos a quedar aquí y dejar que nos protejan? —Señaló con la barbilla la línea de Cazadores de Sombras.

—Sí —contestó Sebastian—. Somos demasiado importantes para arriesgarnos a salir lastimados, tú y yo.

Jace sacudió la cabeza.

—No me gusta. Hay demasiados en el otro lado.

Él estiró el cuello para mirar por arriba de la multitud.

—¿Qué pasa con Lilith? ¿Puedes invocarla de nuevo, hacer que nos ayude?

—¿Qué, aquí mismo? —Había desprecio en el tono Sebastian—. No. Además, está demasiado débil ahora para ser de mucha ayuda. Hubo una vez en que podría haber derribado un ejército, pero ese Submundo pedazo de escoria dispersó su esencia a través de los vacíos entre los mundos con su marca de Caín. El aparecer y darnos su sangre es todo lo que podría hacer.

—Cobarde —le escupió Clary—. Has convertido a todas estas personas en tus esclavos, y ni siquiera vas a luchar para protegerlos...

321

Sebastian alzó la mano como si tuviera la intención de golpearla en la cara.

Clary deseó que lo hiciera, deseó que Jace pudiera estar aquí para verlo pasar cuando lo hiciera; pero en vez de golpearla, una sonrisa cruzó por la boca de Sebastian. Bajó la mano.

—Y si Jace te dejara ir, ¿supongo que lucharías?

—Por supuesto que sí...

—¿De qué lado? —Sebastian dio un paso rápido hacia ella, levantando la Copa Infernal. Clary pudo ver lo que había dentro. Aunque muchos habían bebido de ella, la sangre se mantenía al mismo nivel—. Levántale la cabeza, Jace.

—¡No! —Clary redobló los esfuerzos para escapar. La mano de Jace se deslizó por debajo de su barbilla, pero pensó que se sentía duda en su toque.

—Sebastian —dijo él—. No...

—Ahora —dijo Sebastian—. No hay necesidad de que permanezcamos aquí. *Nosotros* somos los importantes, no esta carne de cañón. Hemos probado que la Copa Infernal funciona, eso es lo que importa. —Tomó la parte delantera del vestido de Clary—. Pero será mucho más fácil escapar —continuó—, sin ésta pataleando y gritando y golpeando a cada paso del camino.

—Podemos hacerla beber más tarde.

—No —gruñó Sebastian—. Sujétala firme.

Levantó la Copa y la presionó contra los labios de Clary, tratando de hacerla abrir la boca. Ella luchó contra él, apretando los dientes.

—Bebe —ordenó Sebastian en un susurro feroz, tan bajo que dudó que Jace pudiera oírlo—. Te dije que para el final de esta noche harías lo que fuera que yo quisiera. *Bebe*—. Sus negros ojos se oscurecieron, y presionó la Copa, cortando su labio inferior.

Sintió el sabor de la sangre cuando se estiró hacia atrás, agarró los hombros de Jace y usando su cuerpo como apoyo, pateó a Sebastian. Sintió que la costura de su vestido se rasgaba, partiéndose por el costado. Sus pies golpearon sólidamente contra el pecho de Sebastian, que se tambaleó hacia atrás, sin aire, mientras ella tiraba la cabeza hacia atrás, oyendo el chasquido sólido cuando su cráneo conectó con la cara de Jace. Él gritó y soltó su agarre, lo suficiente para que ella se liberase. Se alejó de él y se hundió en la batalla sin mirar atrás.

Maia corría por el suelo rocoso, la luz de las estrellas arrastraba sus dedos fríos a través de su abrigo. Los fuertes aromas de la batalla atacaban su delicada nariz: sangre, sudor, y el hedor a caucho quemado de la magia oscura.

La manada se había extendido ampliamente sobre el campo, acechando y matando con dientes y garras mortales. Maia se mantuvo cerca de Jordan, no porque necesitara su protección, sino porque había descubierto que estando lado a lado luchaban mejor y más eficazmente. Ella sólo había estado en una batalla antes, en la Llanura Brocelind, y eso había sido un caótico torbellino de demonios y Submundos. Había muchos menos combatientes aquí en el Burren, pero los Cazadores de Sombras oscuros eran formidables, **322** blandían sus espadas y dagas con una fuerza rápida y aterradora. Maia había visto a un hombre delgado utilizando una daga de hoja corta para decapitar a un lobo que había estado en pleno salto; lo que había colapsado en el suelo había sido un cuerpo humano sin cabeza, ensangrentado e irreconocible.

Mientras lo pensaba, uno de los Nefilim de capa roja se alzó delante de ellos, con una espada de doble filo en la mano. La hoja estaba manchada de un rojo-negrusco bajo la luz de la luna. Jordan, junto a Maia, gruñó, pero fue ella la que se lanzó al hombre. Él la esquivó, blandiendo su espada. Sintió un dolor agudo en el hombro y cayó al suelo en cuatro patas, con un dolor punzante recorriéndola. Se oyó un tintineo, y supo que había arrancado la espada de la mano al hombre. Gruñó de satisfacción y se dio la vuelta, pero Jordan ya estaba saltando a por la garganta del Nefilim...

Y el hombre lo agarró por el cuello, en el aire, como si estuviera atrapando a un cachorro rebelde.

—Escoria de Submundo —le espetó, y aunque no era la primera vez que Maia oía tales insultos, algo en el odio helado en su tono de voz la hizo estremecerse—. Deberías ser un abrigo. Debería llevarte *puesto*.

Maia clavó los dientes en su pierna. El sabor cobrizo de la sangre explotó en su boca mientras el hombre gritaba de dolor y se tambaleaba hacia atrás, pateándola y soltando a Jordan. Maia lo agarró con fuerza, mientras Jordan arremetía de nuevo, y esta vez, el grito

de furia del Cazador de Sombras se vio interrumpido cuando las garras de hombre lobo abrieron su garganta.

Amatis bajó la daga hacia el corazón de Magnus... justo cuando una flecha silbó a través del aire y se le clavó en el hombro, golpeándola con tal fuerza que dio media vuelta y cayó de cara en el suelo rocoso. Amatis comenzó a gritar, pero el ruido quedó ahogado con rapidez por el entrecchoque de las armas a su alrededor. Isabelle se arrodilló al lado de Magnus. Simon, mirando hacia arriba, vio a Alec de pie en la tumba de piedra, congelado, con el arco en las manos. Probablemente estaba demasiado lejos para ver a Magnus claramente; Isabelle tenía las manos contra el pecho del brujo, pero Magnus... Magnus, que siempre fue tan inquieto, tan lleno de energía, estaba completamente inmóvil bajo las manos de Isabelle. Ella levantó la vista y vio a Simon mirándolos fijamente; sus manos estaban rojas de sangre, pero negaba con su cabeza con vehemencia.

—*¡Sigue adelante!* —gritó—. *¡Encuentra a Sebastian!*

Simon dio la vuelta bruscamente y se hundió en la batalla. La firme línea de Cazadores de Sombras de túnicas rojas había comenzado a deshacerse. Los lobos se movían de aquí para allá, alejando a los Cazadores de Sombras unos de los otros. Jocelyn estaba espada contra espada con un hombre gruñón, cuyo brazo libre goteaba sangre y entonces Simon se dio cuenta de algo extraño, mientras se impulsaba hacia adelante, abriéndose paso a través de los huecos estrechos entre las escaramuzas: *Ninguno de los Nefilim vestidos de rojo estaba marcado*; su piel no tenía decoración. 323

También se dio cuenta (al ver por el rabillo del ojo a uno de los Cazadores de Sombras enemigos lanzándose a por Aline con una maza oscilante, sólo para ser destrozado por Helen, que se acercó por un costado) de que eran mucho más rápidos que cualquier Nefilim que hubiera visto antes, aparte de Jace y Sebastian. Se movía con la rapidez de los vampiros, pensó, mientras uno de ellos reducía a un lobo en medio de un salto, cortándole el vientre. El hombre lobo muerto se estrelló contra el suelo, ahora sólo era el cadáver de un hombre fornido de cabello rizado. *Ni Maia ni Jordan*. El alivio lo inundó, y luego la culpa; se tambaleó hacia delante, el olor de la sangre se profundizó a su alrededor, y de nuevo extrañó la marca de Caín. Si la tuviera todavía, pensó, podría haber quemado a todos estos Nefilim enemigos justo donde se encontraban...

Uno de los Nefilim oscuros apareció frente a él, blandiendo una espada de un sólo filo. Simon se agachó, pero no fue necesario. El hombre estaba apenas empezando a levantar la espada cuando una flecha lo alcanzó en el cuello y cayó, gorgoteando sangre. La cabeza de Simon se irguió, y vio a Alec, todavía en la cima de la tumba; su rostro era una máscara de piedra, y estaba disparando flechas con maquina precision, su mano estirándose hacia atrás mecánicamente para tomar una, tensarla en el arco y dejarla volar. Cada uno de ellas llegaba a su objetivo, pero Alec apenas parecía notarlo. Para cuando la flecha estaba volando, él ya estaba tomando otra. Simon escuchó a otra flecha que silbaba cerca de él y se

enterraba de un golpe en un cuerpo, mientras él se lanzaba hacia delante, dirigiéndose a un sector libre en el campo de batalla...

Se quedó paralizado. Allí estaba ella. Clary, una figura diminuta luchando para abrirse paso entre la multitud con las manos desnudas, pateando y empujando para avanzar. Llevaba un vestido rojo roto, y su cabello era una maraña enredada, y cuando lo vio, una mirada de asombro incrédulo cruzó su rostro. Sus labios formaron su nombre.

Justo detrás de ella iba Jace. Tenía la cara ensangrentada. La multitud se apartaba a medida que él cruzaba, dejándolo pasar. Tras él, en el camino que dejaba a su paso, Simon pudo ver un brillo de color rojo y plata, una figura familiar, coronado ahora con cabello blanco-dorado como el de Valentine.

Sebastian. Todavía escondido detrás de la última línea de defensa de los Cazadores de Sombras oscuros. Al verlo, Simon estiró la mano por encima de su hombro y desenvainó a Gloriosa. Un momento después, un movimiento de la multitud arrojó a Clary hacia él. Tenía los ojos casi negros por la adrenalina, pero su alegría de verlo era evidente. El alivio se extendió a través de Simon, y se dio cuenta que se había estado preguntando si ella seguiría siendo ella misma, o si habría cambiado, como Amatis.

—*¡Dame la espada!* —exclamó ella, con voz casi ahogada por el ruido de metal contra metal. Estiró el brazo hacia adelante para tomarla, y en ese momento ya no era Clary, su amiga desde la infancia, sino una Cazadora de Sombras, un ángel vengador en cuya mano debía estar la espada.

Le ofreció a Gloriosa por la empuñadura.

324

La batalla era como un remolino, pensó Jocelyn, abriéndose camino a cortes entre la multitud, reduciendo con el *kindjal* de Luke cualquier punto rojo que avistaba. Las cosas se abalanzaban sobre ti y luego se alejaban tan rápido que de lo único que eras consciente verdaderamente, era de la sensación de peligro incontrolable, de la lucha por permanecer vivo y no caer.

Sus ojos se movían frenéticamente a través de la masa de combatientes, en busca de su hija, de un vistazo de cabello rojo, o incluso de Jace, porque donde él estuviera, Clary estaría también. Había elevaciones de roca esparcidas en la planicie, como icebergs en un mar inmóvil. Trepó por el áspero borde de una, tratando de obtener una mejor vista del campo de batalla, pero sólo pudo distinguir cuerpos apretujados, el resplandor de las armas y las oscuras formas de los lobos corriendo a ras del suelo entre los combatientes.

Se bajó de la roca... sólo para encontrar a alguien esperándola en la parte de abajo.

Jocelyn se paró en seco, con la mirada fija.

Él llevaba ropas de color escarlata, y había una lívida cicatriz a lo largo de una de sus mejillas, una reliquia de una batalla desconocida para ella.

Su rostro estaba adelgazado y ya no era joven, pero no había manera de confundirlo.

—Jeremy —dijo lentamente, su voz apenas audible por encima del clamor de los combates—. Jeremy Pontmercy.

El hombre que una vez había sido el miembro más joven del Círculo la miró con ojos inyectados de sangre.

—Jocelyn Morgenstern. ¿Has venido a unirme a nosotros?

—¿Unirme? Jeremy, no...

—Estuviste en el Círculo una vez —dijo, acercándose. Una daga larga con un filo como de navaja de afeitar colgaba de su mano derecha—. Fuiste una de nosotros. Y ahora seguimos a tu hijo.

—Los abandoné cuando siguieron a mi marido —dijo Jocelyn—. ¿Por qué crees que los seguiría, ahora que mi hijo los lidera?

—O estás con nosotros o en nuestra contra, Jocelyn. —Su rostro se endureció—. No puedes estar en contra de tu propio hijo.

—Jonathan —dijo ella en voz baja— es el mayor de los males que Valentine ha cometido. Nunca podré estar a su lado. Al final, nunca estuve con Valentine. Entonces, ¿qué esperanza tienes de convencerme ahora?

Él negó con la cabeza.

—No me has entendido —dijo—. Quiero decir que no pueden hacerle frente. A nosotros. La Clave no puede, no están preparados, no para lo que podemos hacer; lo que estamos dispuestos a hacer. La sangre correrá por las calles de todas las ciudades, el mundo arderá, todo lo que conoces será destruido y nosotros resurgiremos de las cenizas de su derrota, como el fénix, triunfantes. Ésta es tu única oportunidad. Dudo que tu hijo te dé otra.

—Jeremy —dijo—. Eras tan joven cuando Valentine te reclutó. Podrías volver, volver incluso a la Clave. Serían indulgentes...

—Nunca podré volver a la Clave —dijo con una firme satisfacción—. ¿No lo entiendes? Aquellos que estamos de pie junto a tu hijo, ya no somos Nefilim.

Ya no son Nefilim. Jocelyn comenzó a responder, pero antes de poder hablar, empezó a salir sangre a borbotones por la boca de él. Comenzó a caer y al hacerlo, Jocelyn vio, de pie tras él, a Maryse, portando una espada.

Las dos mujeres se miraron por un momento por encima del cuerpo de Jeremy. A continuación, Maryse se volvió y caminó de vuelta hacia la batalla.

En el momento en que los dedos de Clary se cerraron alrededor de la empuñadura, la espada resplandeció con una luz dorada. El fuego ardió por la hoja desde la punta, iluminando las palabras en el borde talladas en negro (*¿Quis ut Deus?*) y haciendo que la empuñadura brillase como si contuviera la luz del sol. Estuvo a punto de dejarla caer, creyendo que se había prendido fuego, pero la llama parecía estar contenida dentro de la espada, y el metal estaba frío bajo su mano.

Después de eso todo pareció ocurrir muy lentamente. Se dio la vuelta, con la espada ardiente en su agarre. Sus ojos buscaron desesperados a Sebastian en la multitud. No podía verlo, pero sabía que estaba detrás de la fuerte línea de Cazadores de Sombras que había atravesado para llegar allí. Agarrando la espada, se acercó a ellos, sólo para encontrar su camino bloqueado.

Por Jace.

—Clary —dijo. Parecía imposible que pudiera oírlo; los sonidos a su alrededor eran ensordecedores: gritos y gruñidos, el ruido de metal contra metal. Pero el mar de figuras luchando parecía haberse alejado de ellos a cada lado, como cuando se abrió el Mar Rojo, dejando un espacio libre a su alrededor.

La espada ardía, resbaladiza en su agarre.

—Jace. Sal del medio.

Oyó a Simon tras ella, gritando algo, Jace negó con la cabeza. Sus ojos dorados estaban vacíos, ilegibles. Su cara estaba ensangrentada, había golpeado su cabeza contra su mejilla, y la piel se estaba hinchando y amoratando.

—Dame la espada, Clary.

—No. —Sacudió la cabeza, retrocediendo un paso. Gloriosa iluminaba el espacio donde estaban, iluminaba el pisoteado pasto manchado de sangre a su alrededor, e iluminaba a Jace mientras avanzaba hacia ella—. Jace. Puedo separarte de Sebastian. Puedo matarlo sin hacerte daño...

El rostro de él se contrajo. Sus ojos eran del mismo color que el fuego en la espada, o lo estaban reflejando, no estaba segura, y cuando lo miró, se dio cuenta de que no importaba. Ella estaba viendo a Jace y a no-Jace: sus recuerdos de él, del hermoso chico que había conocido, irresponsable consigo mismo y los demás, que había aprendido a preocuparse y a ser cuidadoso. Recordó la noche que habían pasado juntos en Idris, tomados de la mano a través de la estrecha cama, y al muchacho que, manchado de sangre, la miró con ojos perseguidos y confesó ser un asesino en París.

—¿Matarlo? —demandaba ahora el Jace-que-no-era-Jace—. ¿Estás loca?

Y recordó aquella noche en el lago Lyn, cuando Valentine lo había atravesado con la espada, y la forma en que su propia vida pareció desangrarse con la sangre de él.

Ella lo había visto morir, allí en la playa de Idris.

Y después, cuando lo había traído de vuelta, él se había arrastrado hasta ella y la había mirado con esos ojos que ardían como la espada, como sangre la incandescente de un ángel.

Estaba en la oscuridad, había dicho. No había nada más que sombras, y yo era una sombra. Y entonces oí tu voz.

Pero esa voz se mezclaba con otra, una más reciente: Jace mirando a Sebastian, en la sala de estar del departamento de Valentine, diciéndole que prefería morir que vivir así. Ella podía oírlo ahora, hablando, diciéndole que le diera la espada, que si no lo hacía, se la quitaría. Su voz era áspera, impaciente, la voz de alguien hablando con un niño. Y ella supo en ese momento que así como él no era Jace, la Clary que había

amado no era ella. Era un recuerdo de ella, borroso y distorsionado: la imagen de alguien dócil, obediente; alguien que no entendía que el amor sin libre voluntad ni sinceridad no era amor.

—Dame la espada. —Su mano estaba estirada, su barbilla tensa, su tono era imperioso—. Dámela, Clary.

—¿La quieres? —Levantó a Gloriosa, de la forma en que él le había enseñado, equilibrando el peso de la espada, a pesar de que se sentía pesada en su mano. La llama en ella se hizo más brillante, hasta que pareció alzarse y tocar las estrellas. Jace sólo estaba a la distancia de longitud de la espada; sus ojos dorados la miraban incrédulos. Incluso ahora no podía creer que ella fuera capaz de lastimarlo, de verdad hacerle daño. Incluso ahora.

Ella tomó una respiración profunda.

—Tómala.

Vio brillar sus ojos de la manera en que lo habían hecho ese día en el lago, y luego le clavó la espada, justo como Valentine había hecho. Ahora entendía que esta era la forma en que las cosas tenían que ser. Él había muerto así y ella lo trajo de vuelta de la muerte. Y ahora había pasado de nuevo.

No se puede engañar a la muerte. Al final, tendrá lo que le corresponde.

Gloriosa se hundió en su pecho, y ella sintió su mano cubierta de sangre deslizándose en la empuñadura mientras la hoja se hundía en su caja torácica, hasta que su puño tocó su pecho y ella se congeló. Él no se había movido y estaba apretada contra él ahora, agarrando a Gloriosa mientras la sangre comenzaba a salir de la herida en su pecho.

Se oyó un grito, un sonido de rabia, dolor y terror, el sonido de alguien al que están destrozando brutalmente.

Sebastian, pensó Clary. Era Sebastian el que gritaba mientras su vínculo con Jace se rompía.

Pero Jace; Jace no hacía ruido. A pesar de todo, su rostro estaba sereno y tranquilo, era el rostro de una estatua. Miró a Clary, y sus ojos brillaron, como si se estuviera llenando de luz.

Y entonces empezó a arder.

Alec no recordaba descender desde lo alto de la tumba de piedra, o abrirse paso a través de la pedregosa planicie entre los cuerpos caídos: Cazadores de Sombras oscuro, hombres lobos muertos y heridos. Sus ojos estaban buscando a una sola persona. Tropezó y estuvo a punto de caer, y cuando levantó la mirada, sus ojos registraron el campo delante de él: vio a Isabelle, arrodillada al lado de Magnus en el suelo pedregoso.

Se sentía como si no hubiera aire en sus pulmones. Nunca había visto a Magnus tan pálido, o tan quieto. Había sangre en su armadura de cuero, y sangre en el suelo bajo

él. Pero era imposible. Magnus había vivido tanto tiempo; era permanente, algo fijo. En ningún mundo la imaginación de Alec podría haber concebido que Magnus muriera antes que él.

—Alec. —Era la voz de Izzy, nadando hacia él como a través del agua—. Alec, está respirando.

Alec dejó salir su propio aliento en un sonido tembloroso. Estiró una mano hacia su hermana.

—Daga.

Ella le entregó una en silencio. Nunca había prestado mucha atención como lo había hecho su hermano en las clases de primeros auxilios sobre el terreno, siempre había dicho que las runas harían el trabajo. Alec abrió el frente de la armadura de cuero de Magnus y luego la camisa debajo; tenía los dientes apretados. Podía ser que la armadura fuera lo único que lo mantenía entero. Apartó los lados con cautela, sorprendido por la firmeza de sus propias manos. Había una buena cantidad de sangre, y una ancha herida de arma blanca bajo las costillas del costado derecho de Magnus. Sin embargo, a juzgar por el ritmo de la respiración de Magnus, estaba claro que sus pulmones no habían sido perforados. Alec se quitó la chaqueta, la dobló, y la presionó contra la herida que todavía sangraba.

Los ojos de Magnus se abrieron.

—Ay —exclamó con voz débil—. Deja de apoyarte en mí.

—*Raziel* —respiró Alec agradecido—. Estás bien. —Deslizó su mano libre debajo de la cabeza de Magnus, con el pulgar acarició su mejilla ensangrentada—. Pensé que...

Alzó la vista para mirar a su hermana antes de decir algo demasiado vergonzoso, pero ella se había retirado en silencio.

—Te vi caer —dijo Alec en voz baja. Se agachó y besó a Magnus suavemente en la boca, no queriendo hacer más daño—. Pensé que habías muerto.

Magnus sonrió con malicia.

—¿Qué, por ese rasguño? —Echó un vistazo a la chaqueta manchada de rojo en la mano de Alec—. Está bien, un rasguño profundo. Como de un gato muy muy grande.

—¿Estás delirando? —preguntó Alec.

—No. —Las cejas de Magnus se juntaron. "Amatis apuntó a mi corazón, pero no hirió nada vital. El problema es que la pérdida de sangre está agotando mi energía y mi habilidad para curarme. —Tomó una bocanada de aire que terminó en tos—. Aquí, dame la mano. —Levantó la mano, y Alec entrelazó sus dedos con los de él, la palma de Magnus estaba firme contra la suya—. ¿Recuerdas la noche de la batalla en el barco de Valentine, cuando necesité un poco de tu fuerza?

—¿La necesita ahora de nuevo? —le preguntó Alec—. Porque puedes tenerla.

—Siempre necesito tu fuerza, Alec —dijo Magnus, y cerró los ojos mientras sus dedos entrelazados comenzaban a brillar, como si entre ellos sostuvieran la luz de una estrella.

El fuego explotó a través de la empuñadura de la espada del ángel y a lo largo de la hoja. La llama se disparó por el brazo de Clary como una descarga eléctrica, tirándola al suelo. El calor relampagueaba por sus venas, y se acurrucó por la agonía, aovilló como si así pudiera evitar que su cuerpo volara en pedazos.

Jace cayó de rodillas. La espada aún lo traspasaba, pero estaba ardiendo ahora, con una llama de oro blanco, y el fuego llenaba su cuerpo como agua coloreada llenando un vaso transparente. Unas llamas doradas se dispararon a través de él, volviendo su piel translúcida. Su cabello era de bronce, sus huesos eran duros y brillaban visibles a través de su piel. Gloriosa también se estaba quemando, disolviéndose en gotas líquidas como oro derritiéndose en un crisol. La cabeza de Jace estaba echada hacia atrás, su cuerpo estaba curvado como un arco, mientras el fuego arrasaba con él. Clary trató de acercarse a él desde el otro lado del terreno rocoso, pero el calor que irradiaba su cuerpo era demasiado. Las manos de él se aferraron a su pecho, y un río de sangre dorada se deslizó entre sus dedos. La piedra en la que se cayó de rodillas se fue ennegreciendo, agitándose, volviéndose cenizas. Y a continuación, Gloriosa se consumió en una lluvia de chispas como el último de una hoguera, y Jace se desplomó sobre las piedras.

Clary intentó levantarse, pero sus piernas cedieron. Sus venas todavía se sentían como si el fuego se disparara a través de ellas, y el dolor se extendía por toda la superficie de su piel como el toque de agujas calientes. Se arrastró hacia delante, ensangrentando sus dedos, escuchando como su traje de ceremonias se rasgaba, hasta que llegó a Jace.

Estaba tumbado de lado, con la cabeza apoyada en un brazo y el otro brazo extendido. Clary se desplomó junto él. El calor irradiaba de su cuerpo como si fuera un lecho de brasas moribundo, pero no le importaba. Podía ver el desgarrón en la parte posterior de su equipo, donde Gloriosa lo había atravesado. Había sangre y cenizas de las rocas quemadas mezcladas con el oro de su cabello.

Moviéndose lentamente, porque cada movimiento dolía como si fuera vieja, como si hubiera envejecido un año por cada segundo que Jace había ardidido, lo atrajo hacia sí, por lo que estaba acostado de espaldas de nuevo, en la piedra ennegrecida y manchada de sangre. Ella miró su cara, ya no era de oro, pero aun así era hermosa.

Clary puso su mano contra el pecho, en donde el rojo de su sangre se destacaba contra el rojo más oscuro de su equipo.

Había sentido los bordes de la hoja dar contra los huesos de sus costillas. Había visto su sangre derramándose a través de sus dedos, tanta sangre que había manchado de negro las rocas debajo y había endurecido las puntas de su cabello.

Y aun así. *No, si él es más del Cielo que del Infierno.*

—Jace —susurró. Todos a su alrededor corrían. Los restos destrozados del pequeño ejército de Sebastian huían a través del Burren, dejando caer sus armas al escapar. Ella no les hizo caso—. *Jace.*

Él no se movió. Su rostro estaba tranquilo, pacífico bajo la luz de la luna. Sus pestañas arrojaban titilantes sombras oscuras, contra la parte superior de sus pómulos.

—Por favor —dijo, y sentía que la voz le raspaba la garganta. Cuando respiraba, los pulmones le ardían—. Mírame.

Clary cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, su madre estaba arrodillada a su lado, tocando su hombro. Las lágrimas corrían por el rostro de Jocelyn. Pero eso no podía ser... ¿Por qué lloraba su madre?

—Clary —susurró su madre—. Déjalo ir. Está muerto.

En la distancia, Clary vio a Alec arrodillado junto a Magnus.

—No —dijo Clary—. La espada... quema lo que es demoniaco. Aún podría vivir.

Su madre le pasó una mano por la espalda, los dedos se enredaron en los rizos sucios de Clary.

—Clary, no...

Jace, pensó Clary con fiereza, con las manos enroscándose en sus brazos. *Eres más fuerte que esto. Si eres tú, de verdad tú, vas a abrir los ojos y vas a mirarme.*

De repente, Simon estaba allí, de rodillas al otro lado de Jace, con el rostro manchado de sangre y mugre. Se estiró para alcanzar a Clary. Ella movió la cabeza para mirarlo duramente, a él y a su madre, y vio a Isabelle viniendo tras ellos, con los ojos muy abiertos, moviéndose poco a poco. La parte delantera de su armadura estaba manchada de sangre. Incapaz de enfrentarse a Izzy, Clary se volvió, con ojos fijos en el oro del cabello de Jace.

—Sebastian —dijo Clary, o trató de decir. Su voz sonó como un graznido—. Alguien debería ir tras él. —*Y dejarme en paz.*

—Están buscándolo. —Su madre se inclinó hacia delante, con ansiedad, los ojos muy abiertos—. Clary, déjalo ir. Clary, bebé...

—Déjala —Oyó decir a Isabelle bruscamente. Escuchó las protestas de su madre, pero todo lo que estaban haciendo parecía estar pasando a una gran distancia, como si Clary estuviera viendo un juego desde la última fila. Nada importaba, excepto Jace. Jace, quemándose. Las lágrimas ardían en la parte de atrás de sus ojos.

—Jace, maldita sea —dijo ella con voz entrecortada—. *No estás muerto.*

—Clary —dijo Simon con suavidad—. Era una oportunidad...

Aléjate de él. Eso era lo que Simon le estaba pidiendo, pero no podía. No lo haría.

—Jace —susurró. Era como un mantra, como cuando él la había sostenido en Renwick y había repetido su nombre una y otra vez—. *Jace Lightwood...*

Se quedó paralizada. Ahí. Un movimiento tan pequeño, no era un movimiento en absoluto. El aleteo de una pestaña. Se inclinó hacia delante, casi perdiendo el equilibrio, y apretó la mano contra el material escarlata que estaba roto sobre el pecho, como si pudiera curar la herida que había hecho.

En cambio, sintió algo tan maravilloso que por un momento no tuvo sentido para ella, pues no podía ser; pero bajo sus dedos, sintió el ritmo de su corazón.

Epílogo

*Traducido por Maricel_Redbird
Corregido por Pamee*

Al principio, Jace no era consciente de nada. Luego hubo oscuridad, y junto con la oscuridad, vino un dolor ardiente. Era como si hubiera tragado fuego, que lo ahogaba y le quemaba la garganta. Se quedó sin aliento y jadeó desesperadamente en busca de aire, en busca de un soplo que pudiera enfriar el fuego que lo consumía por dentro, y sus ojos se abrieron.

Vio oscuridad y sombras, una habitación con una luz muy tenue que le resultaba conocida y al mismo tiempo desconocida, con hileras de camas y una ventana que dejaba entrar una luz azul espectral. Estaba en una de las camas con mantas y sábanas que cubrían sólo la mitad de su cuerpo, enredadas a su alrededor como sogas. Le dolía el pecho, como si tuviera un peso muerto sobre él; rebuscó con la mano para encontrar lo que causaba esa presión, y sólo encontró un grueso vendaje envuelto alrededor de su piel desnuda. Se quedó sin aliento otra vez y tomó otra respiración para enfriarse.

—Jace.

La voz le era familiar como la suya propia, y luego notó una mano que cogía la suya, entrelazando sus dedos con los suyos. Con un reflejo nacido de años de amor y familiaridad, se aferró a ese apretón con todas sus fuerzas.

—Alec —dijo, y se sorprendió por cómo sonaba su voz a sus oídos, pues no había cambiado. Sentía como si se hubiera quemado, fundido, y lo hubieran recreado como al oro en un horno de crisol, pero ¿con qué forma? ¿Podría ser realmente él mismo otra vez? Levantó la vista hacia los ansiosos ojos azules de Alec y supo dónde estaba, en la enfermería del Instituto. En casa—. Lo siento...

Una mano delgada y callosa le acarició la mejilla, y una segunda voz familiar dijo:

—No te disculpes. No tienes nada por lo que pedir disculpas.

Entrecerró los ojos. El peso en su pecho seguía estando allí: mitad producido por una herida, pero en gran parte por la culpa.

—Izzy.

Su hermana se quedó sin aliento.

—Realmente eres tú, ¿verdad?

—Isabelle —comenzó Alec, como para advertirle que no alterara a Jace, pero Jace le tocó la mano. Podía ver los oscuros ojos de Izzy brillando a la luz del amanecer; su cara estaba llena de esperanza. Esta era la parte de Izzy que sólo su familia conocía, amorosa y preocupada.

—Soy yo —confirmó, y se aclaró la garganta—. Puedo comprender si no me creen, pero juro por el Ángel, Iz, soy yo realmente.

Alec no dijo nada, pero su apretón sobre la mano de Jace se hizo más fuerte.

—No es necesario que jures —dijo, y con su mano libre tocó la runa de *parabatai* cerca de su clavícula—. Lo sé. Puedo sentirlo. Ya no siento como si faltara una parte de mí.

—Yo también lo siento. —Jace tomó una respiración entrecortada—. Algo me hacía falta. Lo sentí, incluso con Sebastian, pero no sabía qué era lo que faltaba. Eras tú, mi *parabatai*. —Miró a Izzy—. Y tú, mi hermana. Y... —Sus párpados quemaron de repente con una luz ardiente: la herida en su pecho palpitó, y vio su rostro, iluminado por el resplandor de la espada. Un ardor extraño se extendió a través de sus venas, como el fuego blanco—. Clary. Por favor, díganme...

—Está completamente bien —dijo Isabelle a toda prisa. Había algo más en su voz: sorpresa, inquietud.

—Lo juras, no me dices eso sólo para que no me altere.

—*Ella te apuñaló* —señaló Isabelle.

Jace soltó una risa ahogada, que le dolió como el demonio.

—Clary me salvó la vida.

—Sí, lo hizo —coincidió Alec.

—¿Cuándo puedo verla? —Jace trató de no parecer demasiado ansioso.

—Realmente *eres* tú —dijo Isabelle, su voz sonaba divertida.

—Los Hermanos Silenciosos han estado entrando y saliendo, para comprobar tu estado —informó Alec—. Y para comprobar esto. —Le tocó la venda que estaba sobre el pecho de Jace—. Y para ver si habías despertado. Cuando se enteren de que ya estás despierto, probablemente querrán hablar contigo antes de que te permitan ver a Clary.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera de combate?

—Como dos días —contestó Alec—. Desde que te sacamos del Burren y estuvimos bastante seguros de que no morirías. Resulta que una herida provocada por la espada de un arcángel no es tan fácil de curar, en realidad.

—Así que ¿lo que estás diciendo es que voy a tener una cicatriz?

—Una grande y fea —dijo Isabelle—. Justo cruzando tu pecho.

—Bueno, maldita sea —dijo Jace—. Y yo que confiaba en obtener algún dinero cuando me alistara para modelar en ropa interior y topless. —Habló con ironía, pero pensaba que era justo, tener una cicatriz: que *debería* estar marcado por lo que le había sucedido, tanto física como mentalmente. Casi había perdido su alma, y la cicatriz serviría para recordarle la fragilidad de la voluntad, y la dificultad de la bondad.

Y la oscuridad de las cosas. Lo que se avecinaba, y lo que no podía permitir que sucediera. Su fuerza estaba regresando, podía sentirla, y utilizaría todo la que tenía contra Sebastian. Al saber eso, de repente se sintió más ligero, y el peso que sentía en su pecho se fue aligerando. Volvió la cabeza, lo suficiente como para mirar directo a los ojos de Alec.

—Nunca pensé que lucharía en el lado opuesto a ustedes en una batalla —dijo con voz ronca—. Nunca.

—Y nunca más lo harás —afirmó Alec con la mandíbula tensa.

—Jace —dijo Isabelle—. Trata de mantener la calma, ¿está bien? Es sólo que...

¿Y ahora qué?

—¿Pasa algo más?

—Bueno, estás brillando un poco —le dijo Isabelle—. Quiero decir, sólo una pizca, no intensamente.

—¿Brillando?

Alec levantó la mano que sostenía la de Jace. Jace pudo ver en la oscuridad, un débil resplandor a través de su antebrazo que parecía trazar las líneas de sus venas como un mapa.

—Pensamos que es un efecto adverso al ser apuñalado con la espada del arcángel. —le dijo—. Probablemente va a desaparecer pronto, pero los Hermanos Silenciosos sienten curiosidad al respecto, por supuesto.

Jace suspiró y dejó caer la cabeza contra la almohada. Estaba sumamente agotado como para tener demasiado interés en su nuevo sistema de iluminación interno.

—¿Eso significa que tienen que irse? —preguntó—. ¿Tienen que ir a buscar a los Hermanos?

—Se nos instruyó que los llamáramos cuando despertaras —dijo Alec, que negaba con la cabeza, mientras hablaba—. Pero no si tú no quieres.

—Me siento cansado —confesó Jace—. Si pudiera dormir unas pocas horas más...

—Por supuesto. Por supuesto que sí. —Los dedos de Isabelle acariciaron su cabello hacia atrás, sacándoselo de los ojos. Su tono era firme, rotundo: feroz como una osa que protege a su cachorro.

Los ojos de Jace comenzaron a cerrarse.

—¿Y no me dejarán?

—No —contestó Alec—. No, nunca te dejaremos, lo sabes.

—Nunca. —Isabelle tomó su mano, la que Alec no estaba sosteniendo y se la apretó con fuerza—. Lightwood, siempre juntos —susurró. La mano de Jace de pronto estaba húmeda en donde la estaba sosteniendo, y se dio cuenta de que ella estaba llorando, sus lágrimas lo salpicaron. Estaba llorando por él, porque lo amaba, aun después de todo lo que había sucedido, ella todavía lo amaba.

Ambos lo hacían.

Se quedó dormido de esa manera, con Isabelle a un lado y Alec en el otro, mientras el sol salía con el amanecer.

—¿Qué quieres decir con que todavía no puedo verlo? —exigió Clary. Estaba sentada en el borde del sofá en la sala de estar de Luke con el cable del teléfono envuelto con tanta fuerza alrededor de sus dedos, que las puntas se habían vuelto blancas.

—Han pasado sólo tres días, y estuvo inconsciente por dos —dijo Isabelle. Había voces tras ella, y Clary aguzó el oído para saber quién era el que estaba hablando.

Pensó que podía distinguir la voz de Maryse, pero ¿acaso estaba hablando con Jace? ¿Alec?

—Los Hermanos Silenciosos todavía lo están examinando. Siguen negando el acceso a los visitantes.

—Que se jodan los Hermanos Silenciosos.

—No, gracias. Existe lo fuerte y silencioso, y luego está simplemente lo raro.

—¡Isabelle! —Clary se sentó bruscamente contra las esponjosas almohadas. Era un día radiante a mediados de otoño, y la luz del sol entraba a raudales por las ventanas de la sala de estar, aunque eso no hacía nada para aclarar su estado de ánimo—. Sólo quiero saber que él está bien, que no se lesionó de forma permanente, y que no se ha hinchado como un melón...

—Por supuesto que no se ha hinchado como un melón, no seas ridícula.

—No lo sabría si lo hiciera, no lo sabría porque nadie me dice nunca nada.

—Jace está bien —dijo Isabelle, aunque había algo en su voz que le dijo a Clary que le estaba ocultando algo—. Alec ha estado durmiendo en la cama contigua a la suya, y mi mamá y yo hemos estado turnándonos para cuidarlo durante el día. Los Hermanos Silenciosos no lo han estado torturando. Lo único que necesitan saber es lo que él sabe; sobre Sebastian, el apartamento, todo.

—Es que no puedo creer que Jace no me llamaría si pudiera. No a menos que eso signifique que no quiere verme.

—Tal vez no quiere hacerlo —dijo Isabelle—. Podría haber sido consecuencia de todo el asunto en el que lo apuñalaste.

—Isabelle...

—Sólo estaba bromeando, lo creas o no. En nombre del Ángel, Clary, ¿no puedes mostrar un poco de paciencia? —suspiró Isabelle—. No importa, me olvidé de con quién estaba hablando. Mira, Jace, dijo, se supone que no debo repetir esto, que conste: "Que tenía que hablar contigo en persona". Así que si sólo pudieras esperar...

—Eso es todo lo que he estado haciendo —la interrumpió Clary—. Esperar.

Eso era cierto. Había pasado las últimas dos noches acostada en su habitación en la casa de Luke, a la espera de noticias acerca de Jace y reviviendo la última semana de su vida una y otra vez con absoluto detalle. La caza salvaje, la tienda de antigüedades en Praga; fuentes llenas de sangre; los túneles oscuros que eran los ojos de Sebastian; el calor del cuerpo de Jace contra el suyo; Sebastian poniendo a la fuerza la Copa Infernal contra sus labios, tratando de separarlos; el olor amargo del icor de demonio. Gloriosa ardiendo en su brazo, atravesando a Jace como un rayo de fuego; el ritmo de su corazón bajo sus dedos. Él ni siquiera había abierto los ojos, pero Clary había gritado que estaba vivo, que su corazón aún latía, y su familia se había acercado a ellos, incluso Alec, sosteniendo a medias a un Magnus excepcionalmente pálido.

—Todo lo que hago es dar vueltas y vueltas dentro de mi cabeza, y eso me está volviendo loca.

—Y ahí es donde estamos de acuerdo. ¿Sabes qué, Clary?

—¿Qué?

Hubo una pausa.

—Tú no necesitas *mi* permiso para venir aquí y ver a Jace —dijo Isabelle—. No necesitas el permiso de nadie para hacer nada. Eres Clary Fray. Arremetes contra cada situación, sin saber cómo demonios va a resultar, y entonces sales adelante utilizando tu coraje y locura.

—No en lo que a mi vida personal se refiere, Iz.

—Ah —dijo Isabelle—. Bueno, tal vez deberías hacerlo. —Un segundo después, colgó el teléfono.

Clary miró el receptor, oyendo el lejano zumbido metálico del tono de llamada. Luego, con un suspiro, colgó el teléfono y se dirigió a su dormitorio.

Simon estaba tumbado en la cama, con los pies sobre su almohada y con la barbilla apoyada en las manos. Su computadora portátil estaba abierta a los pies de la cama, y la pantalla mostraba una escena congelada de Matrix. Alzó la vista cuando ella entró

—¿Tuviste suerte?

—No exactamente. —Clary fue a su armario. Ya se había vestido ante la posibilidad de que hoy podría ver a Jace, y por ello que se había puesto jeans y un suéter azul claro que sabía que a él le gustaba. Se puso una chaqueta de pana y se sentó en la cama junto a Simon, deslizando los pies dentro de las botas.

—Isabelle no me dice nada. Los Hermanos Silenciosos no quieren que Jace reciba visitas, pero me da igual. Voy a ir de todos modos.

Simon cerró el portátil y acostó de espalda.

—Esa es mi pequeña y valiente acosadora.

—Cállate —dijo—. ¿Quieres venir conmigo? ¿Ver a Isabelle?

—Quedé con Becky —dijo—. En el apartamento.

—Bueno. Dale saludos. —Terminó abrocharse los cordones de las botas y se adelantó para quitar el pelo de Simon de su frente—. Primero tuve que acostumbrarme a verte con la marca. Ahora tengo que acostumbrarme a verte sin ella.

Sus ojos de color marrón oscuro trazaron su rostro.

—Con o sin ella, sigo siendo el mismo.

—Simon, ¿te acuerdas de lo que estaba escrito en la hoja de la espada? ¿De Gloriosa?

—¿Quis ut Deus?

—Es latín —contestó—. Lo busqué. Significa ¿Quién es como Dios? Es una pregunta capciosa. La respuesta es nadie, nadie es como Dios. ¿No lo ves?

Él la miró.

—¿Ver qué?

—Tú lo has dicho. Deus. Dios.

Simon abrió la boca, y volvió a cerrarla.

—Yo...

—Sé que Camille te dijo que ella podía nombrar a Dios porque no creía en él, pero creo que tiene que ver con lo que tú crees acerca de ti mismo. Si crees que estás condenado, entonces lo estás. Pero si no... —Le tomó la mano y él apretó sus dedos brevemente y luego los soltó nuevamente. Su rostro estaba preocupado.

—Necesito algo de tiempo para pensar en todo esto.

—Lo que necesites. Pero estoy aquí, si necesitas hablar.

—Y yo estoy aquí si *tú* lo necesitas. Pase lo que pase entre tú y Jace en el Instituto... sabes que siempre estarán abiertas las puertas de mi casa si quieres hablar.

—¿Cómo está Jordan?

—Bastante bien —contestó Simon—. Él y Maia están juntos definitivamente ahora. Están en esa etapa algo rara donde siento como si debiera darles espacio todo el tiempo. —Arrugó la nariz—. Cuando ella no está allí, él se preocupa por la forma en que se siente inseguro porque ella ha salido con un montón de chicos y él ha pasado los últimos tres años siguiendo el estilo de vida militar, entrenando para el Praetor y fingiendo que era asexual.

—Oh, vamos. Dudo que ella se preocupe por eso.

—Conoces a los hombres. Tenemos egos delicados.

—No describiría el ego de Jace como delicado.

—No, Jace es una especie de tanque de artillería antiaérea de egos masculinos —reconoció Simon. Estaba acostado con la mano derecha extendida a lo ancho de su estómago, y el anillo de oro de las hadas brillaba en su dedo. Puesto que el otro había sido destruido, ya no parecía tener ningún poder, pero Simon lo llevaba puesto de todos modos. Impulsivamente, Clary se agachó y lo besó en la frente.

—Eres el mejor amigo nunca nadie podría tener, lo sabes, ¿cierto? —dijo.

—Ya lo sabía, pero siempre es bueno escucharlo de nuevo.

Clary se echó a reír y se levantó. "

—Bueno, sería bueno que también caminemos juntos hasta el metro. A menos que quieras pasar el rato por aquí con la chusma en lugar de en tu genial apartamento de soltero.

—De acuerdo. Con mi compañero de cuarto enfermo de amor y mi hermana. —Bajó de la cama y la siguió cuando ella salió del dormitorio hacia la sala de estar. ¿Por qué no sólo vas a través de un Portal?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Parece... un desperdicio. —Cruzó el vestíbulo y, después de golpear con rapidez, asomó su cabeza dentro del dormitorio principal—. ¿Luke?

—Vamos, entra.

Ella entró, Simon junto a ella. Luke estaba semi sentado en la cama. La mayor parte del vendaje que envolvía su pecho estaba era visible como un contorno por debajo de

su camisa de franela. Había un montón de revistas en la cama delante de él. Simon cogió una.

—*Brilla como una Princesa de Hielo: La Novia de Invierno* —leyó en voz alta—. No sé, hombre. No estoy seguro de que una tiara hecha de copos de nieve fuera el mejor look para ti.

Luke echó un vistazo alrededor de la cama y suspiró.

—Jocelyn pensó que la planificación de la boda podría ser algo bueno para nosotros; volver a la normalidad y todo eso, sabes. —Había sombras bajo sus ojos azules. Jocelyn había sido la primera en darle la noticia acerca de Amatis, mientras él todavía estaba en la estación de policía.

A pesar de que Clary lo había recibido con abrazos cuando él había vuelto a casa, no había mencionado a su hermana ni una vez, y ella tampoco.

—Si fuera por mí, huiría a Las Vegas y tendría una boda temática por cincuenta dólares con Elvis presidiéndola.

—Yo podría ser la dama de honor —sugirió Clary. Miró a Simon de manera expectante—. Y tú podrías ser...

—Oh, no —dijo—. Soy hipster, soy demasiado genial para las bodas temáticas.

—Juegas D y D, eres geek —le corrigió ella con cariño.

—Ser geek es chic —declaró Simon—. Las damas aman a los nerds.

Luke se aclaró la garganta.

¿Supongo que vinieron aquí para decirme algo?

—Voy al Instituto a ver Jace —dijo Clary—. ¿Quieres que te traiga algo cuando regrese?

Él negó con la cabeza.

—Tu madre está en la tienda, comprando alimentos. —Se inclinó hacia delante para agitarle el pelo, e hizo una mueca. Se estaba curando, pero lentamente—. Que se diviertan.

Clary pensó en lo que probablemente afrontaría en el Instituto: una Maryse enojada, una Isabelle muy cansada, un Alec ausente, un Jace que no quería verla, y suspiró.

—Por supuesto.

El túnel del metro olía a invierno, que por fin había llegado a la ciudad. Había un lejano olor a metal frío y húmedo, tierra húmeda, y un indicio de humo.

Alec estaba caminando por las vías, mientras veía su propia respiración convertida en vapor, unas nubes blancas se esparcían por delante de su cara, y metió la mano libre en el bolsillo de su chaquetón azul para mantener el calor. La luz mágica que tenía en la otra mano iluminaba el túnel: en las paredes había azulejos de color verde y crema, descoloridos por los años, y el cableado colgaba como telarañas de las paredes.

Había pasado un largo tiempo desde que este túnel había visto un tren en movimiento.

Alec se había levantado antes de que Magnus despertara, una vez más.

Magnus había estado durmiendo hasta tarde, todavía se estaba recuperando de la batalla en el Burren. Había recurrido a una gran cantidad de energía para poder curarse a sí mismo, pero todavía no estaba del todo bien. Los brujos eran inmortales, pero no invulnerables, y "unos pocos centímetros más arriba y habría sido todo para mí. Mi corazón habría dejado de latir", Magnus había mencionado esto con un gruñido de dolor, mientras examinaba la herida de cuchillo.

Hubo unos momentos (minutos, incluso), en los que Alec realmente había pensado que Magnus estaba muerto. Y después de pasar tanto tiempo preocupándose de que se hiciera viejo y muriera antes que Magnus, habría sido una amarga ironía; del tipo de cosas que se merecía por haber contemplando, incluso por un segundo, la oferta que Camille le había hecho. Podía ver luz delante de él: la estación City Hall, iluminada por arañas y claraboyas.

Estaba a punto de apagar su luz mágica cuando oyó una voz familiar tras él.

—Alec —dijo—. Alexander Gideon Lightwood.

Alec sintió un vuelco en el corazón. Se dio la vuelta lentamente.

—¿Magnus?

Magnus dio un paso hacia adelante, hacia el círculo de iluminación emitido por la luz mágica que sostenía Alec. Parecía extrañamente sombrío, con los ojos ensombrecidos y su cabello, que siempre estaba en punta estaba desordenado.

Sólo llevaba una chaqueta de traje sobre una camiseta, y Alec no pudo evitar preguntarse si tendría frío.

—Magnus —dijo Alec de nuevo—. Pensé que estabas dormido.

—Evidentemente —contestó Magnus.

Alec tragó saliva. Nunca había visto a Magnus tan enojado. No así. Los ojos de gato de Magnus eran remotos, imposibles de leer.

—¿Me seguiste? —preguntó Alec.

—Se podría decir que sí. Contribuyó el hecho de que ya sabía a dónde te dirigías. —Con un movimiento rígido, Magnus tomó un cuadrado de papel que estaba doblado en su bolsillo. En la penumbra, pudo ver que estaba cubierto con una floreciente escritura a mano—. Sabes, cuando me dijo que habías estado aquí, sobre el trato que había arreglado contigo, no le creí. No *quería* creerle. Pero aquí estás.

—Camille *te* dijo...

Magnus levantó una mano para cortarlo en seco.

—Detente, sólo para —le pidió con cansancio—. Por supuesto que me dijo. Te advertí que ella era una maestra de la manipulación y la política, pero no quisiste escucharme. A quién crees que ella prefiere tener de su lado ¿a mí o a ti? Tienes dieciocho años, Alexander; no eres exactamente un aliado poderoso.

—Ya le dije que no mataría a Raphael —dijo Alec—. Vine aquí y le dije que el trato estaba cancelado, que no quería hacerlo...

—¿Tenías que venir todo el camino hasta aquí, personalmente, a una estación de metro abandonada para transmitir ese mensaje? —preguntó Magnus levantando las cejas—. ¿No crees que podrías haber entregado esencialmente ese mismo mensaje, sin tener que acercarte tanto, manteniéndote lejos, tal vez?

—Era...

—E incluso si ya viniste hasta aquí, innecesariamente, y le dijiste que el acuerdo estaba cancelado —Magnus siguió hablando con una mortal voz calma— ¿por qué estás aquí *ahora*? ¿Para hacer socializar? ¿Una visita casual? Explícame, Alexander, si hay algo que me esté olvidando.

Alec tragó fuertemente. Seguramente tendría que haber una manera de explicarle que había venido hasta aquí, a visitar a Camille, porque ella era la única persona con la que podía hablar de Magnus. La única persona que conocía a Magnus, como él, no sólo como el Gran Brujo de Brooklyn, sino como alguien capaz de amar y ser amado, que tenía debilidades y peculiaridades humanas, y estados de ánimo extraños e irregulares con los que Alec no tenía idea de cómo lidiar sin el consejo de alguien.

—Magnus. —Alec dio un paso hacia su novio, y por primera vez, si su memoria no le fallaba, Magnus se apartó de él. Su postura era rígida y hostil. Estaba mirando a Alec de la misma forma en la que vería a un extraño, un desconocido que no le agradaba mucho.

—Lo siento mucho —dijo Alec. Su voz sonaba áspera y desigual a sus propios oídos—. Nunca quise...

—Estaba pensando acerca de eso, sabes —comentó Magnus—. Eso es en parte el por qué quería el libro del Blanco. La inmortalidad puede ser una carga. Piensas en los días que se extienden delante de ti, cuando has estado en todas partes y has visto todo. La única cosa que no había experimentado era el envejecer con alguien, alguien que amaba. Pensé que tal vez podrías ser tú, pero eso no te da el derecho de hacer de la duración de mi vida *tú elección* y no la mía.

—Lo sé. —El corazón de Alec latía rápidamente—. Lo sé, y no iba a hacerlo...

—Voy a estar fuera todo el día —continuó Magnus—. Ve a recoger tus cosas de mi hogar. Deja tus llaves en la mesa de comedor. —Sus ojos buscaron la cara de Alec—. Hemos terminado. No quiero volver a verte, Alec o a cualquiera de tus amigos. Estoy cansado de ser su brujo mascota.

Las manos de Alec habían comenzado a temblar, lo suficientemente fuerte como para dejar caer su luz mágica. La luz se apagó, y cayó de rodillas, escarbando en el suelo entre la basura y la suciedad. Finalmente, algo se iluminó delante de sus ojos, y se levantó para ver a Magnus, de pie delante de él con la luz mágica en su mano.

Brillaba y parpadeaba con unos extraños colores.

—No debería encenderse así —dijo Alec de forma automática—. Para nadie excepto para un Cazador de Sombras.

Magnus le tendió la piedra. El corazón de la luz mágica estaba brillando de un rojo oscuro, como el carbón en el fuego.

—¿Es a causa de tu padre? —preguntó Alec. Magnus no respondió, sólo se inclinó para poner la piedra runa en la palma de Alec. Cuando sus manos se tocaron, la cara de Magnus cambió.

—Estás congelando.

—¿Sí?

—Alexander... —Magnus lo atrajo hacia sí, la luz mágica oscilaba entre ellos, su color cambiaba rápidamente. Alec nunca antes había visto una piedra runa de luz mágica hacer eso. Apoyó la cabeza contra el hombro de Magnus y dejó que lo sostuviera en sus brazos. El corazón de Magnus no latía como el corazón de cualquier humano normal. Su latido era más lento, pero constante. Alec pensó muchas veces que era la cosa más estable en su vida.

—Bésame —dijo Alec.

Magnus puso su mano en la mejilla de Alec y, con mucha suavidad, casi distraído, trazó con pulgar uno de los pómulos de Alec. Cuando se inclinó para besarlo, olía a sándalo. Alec se aferró a la manga de la chaqueta de Magnus, y la luz mágica, ubicada entre sus cuerpos, se encendió con colores rosa, azul y verde.

Fue un beso lento y triste. Cuando Magnus se alejó, Alec descubrió que de alguna manera estaba sosteniendo la luz mágica solo, la mano de Magnus se había ido. La luz estaba brillando de un suave blanco, nuevamente.

Suavemente, Magnus dijo—: *A ku cinta kamu.*

—¿Qué significa eso?

Magnus se desenredó del agarre de Alec.

—Significa te amo, pero eso no significa que cualquier cosa entre nosotros vaya a cambiar.

—Pero si me amas...

—Por supuesto que sí, más de lo que pensé que podría hacerlo. Pero aun así, terminamos —dijo Magnus—. No cambia lo que hiciste.

—Pero fue sólo un error —susurró Alec—. Un error.

Magnus se rio fuertemente.

—¿Un error? Eso es como llamar al viaje inaugural del *Titanic* un accidente naval de menor importancia. Alec, trataste de acortar mi vida.

—Fue sólo que... ella lo ofreció, pero pensé en ello y no pude hacerlo, no podía hacerte eso.

—Pero tuviste que pensarlo y para colmo nunca se te ocurrió mencionármelo.

—Magnus sacudió la cabeza—. No confiaste en mí, nunca lo has hecho.

—Lo hago —dijo Alec—. Lo haré... lo intentaré. Dame otra oportunidad...

—No —dijo Magnus—. Y si me permites darte un consejo: evita a Camille. Una guerra se avecina, Alexander y no creo que quieras que tus lealtades se pongan en tela de juicio, ¿no es así?

Y con eso se dio la vuelta y se alejó, con las manos en los bolsillos, caminando lentamente, como si estuviera herido, y no sólo por el corte en su costado, pero incluso así, seguía alejándose. Alec lo observó hasta que se caminó más allá del resplandor de la luz mágica y salió de su vista.

El interior del Instituto había sido fresco durante el verano, pero ahora, con el invierno de verdad aquí, Clary pensaba que hacía calor ahí dentro. La nave brillaba con filas de candelabros, y vitrales en las ventanas que resplandecían suavemente. Dejó que la puerta se cerrara tras ella y se dirigió al ascensor. Estaba a medio camino del pasillo central cuando oyó que alguien se reía.

Se dio la vuelta y vio a Isabelle. Estaba sentada en una de las bancas viejas, sus largas piernas colgaban del respaldo de los asientos en frente de ella. Llevaba botas que llegaba a lo alto de sus muslos, jeans delgados, y un suéter rojo que dejaba un hombro al descubierto. Su piel estaba trazada con patrones negros; Clary recordó lo que Sebastian había dicho, el hecho de que no le gustaba cuando las mujeres desfiguraban su piel con marcas, y se estremeció en su interior.

—¿No me oíste decir tu nombre? —exigió Izzy—. De verdad a veces puedes tener una mente sorprendentemente singular.

Clary se detuvo y se apoyó en un banco.

—No estaba ignorándote a propósito.

Isabelle sacó las piernas del banco, las bajó y se levantó. Los tacones de las botas eran altos, lo que hacía que se elevara sobre Clary.

—Ya lo sé. Es por eso dije ‘mente singular’, y no ‘grosera’.

—¿Estás aquí para decirme que me vaya? —Clary se sintió complacida por el hecho de que su voz no tembló. Quería ver a Jace. Quería verlo más que cualquier otra cosa en el mundo. Pero después de todo por lo que había pasado el mes anterior, sabía que lo que más importaba era que él estuviese vivo, y que fuera él mismo nuevamente. Todo lo demás era secundario.

—No —contestó Izzy, y comenzó a moverse hacia el ascensor. Clary se puso a caminar a su lado—. Creo que todo esto es ridículo. Tú le salvaste la vida.

Clary tragó a pesar de la sensación de frío en su garganta.

—Dijiste que había cosas que no entendía.

—Las hay. —Isabelle pulsó el botón del ascensor—. Jace puede explicártelas. Vine porque pensaba que había algunas cosas que deberías saber.

Clary escuchó el crujido familiar y lamentable que hacía la jaula del elevador, puesto que era muy antiguo.

—¿Como qué?

—Mi papá regresó —le informó Isabelle, sin encontrar los ojos de Clary.

—¿Volvió como de visita, o para siempre?

—Para siempre. —Isabelle sonaba tranquila, pero Clary recordó que se había sentido herida cuando se enteró de que Robert había estado tratando de obtener la posición Inquisidor.

—Básicamente, Aline y Helen nos salvaron de meternos en un gran problema por lo que pasó en Irlanda. Cuando llegamos a ayudarte, lo hicimos sin antes hablar con la Clave. Mi mamá estaba segura de que si les decíamos, mandarían asesinos para matar a Jace. No podía decirles, quiero decir, esta es nuestra familia.

El ascensor llegó con un estruendoso choque antes de que Clary pudiera decir algo. Siguió a la otra chica al interior, luchando contra la extraña necesidad de darle un abrazo a Isabelle. Pero dudaba que a Izzy le gustara.

—Así que Aline le dijo al Cónsul (que después de todo, es su madre) que no había habido tiempo de notificar a la Clave, que la habían dejado atrás con órdenes estrictas de llamar a Jia, pero había habido un mal funcionamiento con los teléfonos y que no habían funcionado. Básicamente, le mintió para salvar su trasero. De todos modos, esa es nuestra historia, y nos aferramos a ella. No creo que Jia la haya creído, pero no importa, no es como si Jia quisiera castigar a mamá; sólo tenía que tener alguna coartada a la que pudiera aferrarse para no *tener* que sancionarnos. Después de todo, no es como si la operación hubiese sido un desastre. Nos infiltramos, sacamos a Jace, matamos a la mayoría de los Nefilim oscuros, e hicimos que Sebastian huyera. —El ascensor dejó de ascender e hizo un ruido al detenerse.

—¿Hicimos que Sebastian huyera? —repitió Clary—. Entonces ¿no tenemos idea de dónde está? Pensé que tal vez ya que destruí su apartamento, el agujero dimensional, podrían rastrearlo.

—Lo hemos intentado —dijo Isabelle—. Dondequiera que esté, sigue estando más allá o fuera de nuestras capacidades de seguimiento. De acuerdo con los Hermanos Silenciosos, la magia que Lilith empleó... Bueno, es fuerte, Clary. Muy fuerte. Tenemos que asumir que él está por ahí, con la Copa Infernal, planificando su próximo movimiento. —Abrió la puerta de la jaula del ascensor y salió—. ¿Crees que volverá por ti, o por Jace?

Clary dudó.

—No de inmediato —respondió finalmente—. Para él, somos las últimas partes del rompecabezas. Querrá que todo esté arreglado en primer lugar. Quiere armar su propio ejército. Querrá estar listo. Somos como... los premios que recibe por haber ganado. No quiere estar solo.

—Debe estar muy solo —dijo Isabelle. No hubo simpatía en su voz, era sólo una observación.

Clary pensó en él, la cara que había estado tratando de olvidar, la misma que rondaba sus pesadillas y sus sueños diurnos. *Me preguntaste a quién pertenecía.*

—No tienes idea.

Llegaron a las escaleras que conducían a la enfermería. Isabelle hizo una pausa, con la mano en su garganta. Clary podía ver el contorno cuadrado de su collar de rubí por debajo del material de su suéter.

—Clary...

Clary repentinamente se sintió incómoda. Se enderezó el dobladillo del suéter, sin querer mirar a Isabelle.

—¿Qué se siente? —preguntó Isabelle abruptamente.

—¿Qué cosa?

—Estar enamorada —dijo Isabelle—. ¿Cómo sabes cuando lo estás? Y ¿cómo sabes si alguien más está enamorado de ti?

—Hmm...

—Por ejemplo Simon —continuó Isabelle—. ¿Cómo supiste decir que él estaba enamorado de ti?

—Bueno —contestó Clary—. Él me lo dijo.

—Él te lo dijo.

Clary se encogió de hombros.

—¿Antes de eso, no tenías ni idea?

—No, realmente —admitió Clary, recordando el momento—. Izzy... si tienes sentimientos por Simon, o si deseas saber si él siente algo por ti... tal vez sólo deberías decirle.

Isabelle jugaba con una pelusa inexistente en su puño.

—¿Decirle qué?

—Cómo te sientes acerca de él.

Isabelle parecía alborotada.

—No debería tener que hacerlo.

Clary negó con la cabeza.

—Dios, tú y Alec son tan parecidos...

Los ojos de Isabelle se abrieron como platos.

—¡No lo somos! Somos totalmente diferentes. He salido con muchos chicos, él nunca había salido con alguien, antes de Magnus. Él se pone celoso, yo no...

—Todo el mundo se pone celoso —dijo Clary concluyentemente—. Los dos son tan estoicos. Es amor, no la batalla de Termópilas. No tienes que tratar todo como si fuera una última batalla; no tienes que mantener todo dentro de ti.

Isabelle alzó las manos.

—¿De repente eres experta?

—No soy experta —dijo Clary—, pero conozco a Simon. Si no le dices algo, él va a asumir que es porque no estás interesada, y simplemente va a darse por vencido. Él te necesita, Iz, y sé que tú también lo necesitas. Sólo necesita que seas tú quien se lo diga.

Isabelle suspiró y se volvió para comenzar a caminar nuevamente. Clary podía oír sus murmullos mientras caminaba.

—Esto es tu culpa, sabes. Si no le hubieras roto el corazón...

—¡Isabelle!

—Bueno, lo hiciste.

—Sí, y me parece recordar que cuando se convirtió en una rata, fuiste tu la que sugirió dejarlo en ese estado permanentemente.

—No lo hice.

—Sí, lo hiciste... —Clary se interrumpió. Habían llegado al siguiente piso, donde un largo pasillo se extendía en ambas direcciones. Delante de las puertas dobles de la enfermería se encontraba una figura vestida con la túnica color pergamino de los Hermano Silenciosos. Tenía las manos cruzadas, y el rostro inclinado hacia abajo, en una postura meditativa.

Isabelle lo señaló con un ademán exagerado.

—Ahí tienes —dijo—. Buena suerte en conseguir pasar más allá de él para ver a Jace. —Y caminó por el pasillo con sus botas golpeando el piso de madera.

Clary suspiró para sus adentros y alcanzó la estela que estaba en su cinturón. Dudaba que hubiera una runa que pudiera proyectar un glamour lo suficientemente fuerte como para engañar a un Hermano Silencioso, pero tal vez, si pudiera acercarse lo suficiente como para usar una runa de sueño en la piel del Hermano...

Clary Fray.

La voz en su cabeza sonaba divertida, y también familiar. No omitía ningún sonido, pero pudo reconocer la forma de los pensamientos, de la misma manera en la se podría reconocer la manera en que alguien se ríe o respira.

—Hermano Zachariah. —Con resignación deslizó la estela nuevamente en su lugar y se acercó a él, deseando que Isabelle se hubiera quedado con ella.

—*Supongo que estás aquí para ver a Jonathan* —dijo, elevando su cabeza y terminando con la postura de meditación. Su rostro todavía estaba oculto por las sombras de su capucha, aunque se podía ver la forma angular de sus pómulos—. *A pesar de las órdenes de la Hermandad.*

—Por favor, llámelo Jace. De lo contrario suena muy confuso.

—*'Jonathan' es un nombre muy fino y antiguo para un Cazador de Sombras, es el primer nombre. Los Herondale siempre han mantenido los nombres en la familia...*

—Él no fue nombrado por un Herondale —señaló Clary—. Aunque tiene la daga de su padre, y ésta dice S.W.H. en la hoja.

—*Stephen William Herondale.*

Clary dio otro paso hacia las puertas, y hacia Zachariah.

—Sabe mucho acerca de las Herondale —comentó—. Y de todos los Hermanos Silenciosos, usted parece ser el más humano. La mayoría de ellos no muestran ninguna emoción. Son como estatuas. Pero usted parece sentir cosas, recuerda su vida.

—*Ser un Hermano Silencio es vida, Clary Fray. Pero si tú quieres decir que si recuerdo mi vida antes de la Hermandad, la recuerdo.*

Clary tomó una respiración profunda.

—¿Ha estado enamorado alguna vez? ¿Antes de la Hermandad? ¿Hubo alguna vez una persona lo suficientemente importante por la que habría dado su propia vida?

Hubo un largo silencio. Entonces:

—*Dos personas* —dijo el hermano Zachariah—. *Hay recuerdos que el tiempo no es capaz de borrar, Clarissa, pregúntale a tu amigo Magnus Bane, si no me crees. El vivir por siempre no hace la pérdida olvidable, sólo soportable.*

—Bueno, yo no tengo un para siempre —dijo Clary en voz baja—. Por favor, déjeme entrar para ver a Jace.

El hermano Zachariah no se movió.

Ella aún no podía ver su rostro, sólo una sugerencia de las sombras y planos debajo de la capucha de su túnica. Sólo sus manos eran visibles porque estaban unidas frente a él.

—*Por favor* —dijo Clary.

Alec se subió a la plataforma de la estación de metro City Hall y se dirigió hacia las escaleras. Ya había bloqueado la imagen de Magnus alejándose de él y se había concentrado en un sólo pensamiento: iba a matar a Camille Belcourt.

Subió las escaleras, sacando a su paso un cuchillo serafín del cinturón. La luz aquí era vacilante y débil. Salió al entresuelo bajo la estación City Hall, donde unos tragaluces tintados dejaban entrar la luz invernal. Metió la luz mágica dentro de su bolsillo y levantó el cuchillo serafín.

—*Amriel* —susurró, y la daga ardió como un rayo de luz en su mano. Levantó la barbilla, contemplando el vestíbulo. El sofá de respaldo alto estaba allí, pero Camille no estaba sentada en él. Alec le había enviado un mensaje diciendo que iba a venir, pero después de la forma en que lo había traicionado supuso que no debería estar sorprendido de que ella no se hubiera quedado para verlo. En un estado de furia camino por la habitación y le dio una patada al sofá, tan fuerte que se volteó con un choque de madera y una nube de polvo; una de las patas se desprendió.

Desde la esquina de la sala se escuchó una risa como el sonido del tintineo de la plata.

Alec se volvió, con el cuchillo serafín ardiendo en su mano. Las sombras en las esquinas eran espesas y profundas, e incluso la luz de *Amriel* no podía penetrar en ellas.

—¿Camille? —dijo, su voz estaba peligrosamente calma—. Camille Belcourt. Ven aquí *ahora*.

Hubo otra risita, y una figura salió de las tinieblas, pero no era Camille.

Era una niña, probablemente de no más de doce o trece años, muy delgada; llevaba un par de pantalones vaqueros rasgados y una camiseta rosa de manga corta con un unicornio brillante. También llevaba un pañuelo de color rosa, con los extremos empapados en sangre.

La sangre teñía la mitad inferior de su rostro, y el dobladillo de su camiseta. Ella miró a Alec con unos alegres ojos sorprendidos.

—Te conozco —suspiró ella, y mientras hablaba, vio un flash de sus afilados incisivos como agujas. *Vampiro*—. Alec Lightwood. Eres amigo de Simon, te he visto en los conciertos.

Él la miró fijamente. ¿La había visto antes? Tal vez... Vino a su mente el parpadeo de un rostro entre las sombras en un bar, en una de esas presentaciones a las que Isabelle lo había arrastrado, pero no estaba seguro. Claro que eso no quería decir que no sabía quién era.

—Maureen —dijo—. Eres la Maureen de Simon.

Se veía contenta.

—Lo soy —afirmó—. Soy la Maureen de Simon.

Bajó la mirada a sus manos, las cuales estaban bañadas en sangre, como si se hubiera lanzado a una piscina con la cosa. Y no era sangre humana, pensó Alec, era sangre oscura de color rojo rubí, característica de los vampiros.

—Estás buscando a Camille —dijo con voz cantarina—. Pero ella ya no está aquí. Oh, no. Se ha ido.

—¿Se ha ido? —repitió Alec—. ¿Qué quieres decir con que se ha ido?

Maureen se rio.

—Ya sabes cómo funciona la ley de vampiros, ¿no? El que mata al líder de un clan de vampiros, se convierte en el nuevo líder. Y Camille era la jefa del clan de Nueva York. Oh, sí, lo era.

—Entonces... ¿alguien la mató?

Maureen rompió en carcajadas, en repique descontrolado de alegría.

—No sólo *alguien*, tontillo —dijo—. Fui yo.

El techo abovedado de la enfermería era de color azul, pintado con un patrón de estilo rococó con querubines y detalles de lazos de oro; había muchas nubes blancas a la deriva. Las filas de camas de metal se alineaban en las paredes de izquierda a derecha, dejando un pasillo ancho en el medio. Dos tragaluces altos dejaban entrar la clara luz invernal del sol, a pesar de que hacía poco para calentar la fría habitación.

Jace estaba sentado en una de las camas, echado hacia atrás contra una pila de almohadas que había quitado de las otras camas. Vestía jeans desgastados en los dobladillos y una camiseta gris. Tenía un libro que equilibraba sobre las rodillas. Alzó la vista cuando Clary entró en la habitación, pero no dijo nada mientras ella se acercaba a su cama.

El corazón de Clary había empezado a latir con fuerza. El silencio se sentía incómodo, casi opresivo; los ojos de Jace la siguieron cuando llegó al pie de su cama y se detuvo allí, con las manos en el estribo de metal. Estudió su rostro, había intentado dibujarlo tantas veces, pensó, tratado de capturar esa inefable cualidad que hacía de

Jace lo que era; pero sus dedos nunca habían sido capaces de conseguir lo que veía. Estaba ahí ahora, donde no había estado cuando Sebastian lo controlaba; la miraba desde los ojos, como fuera que quisiera llamarlo: alma o espíritu, estaba ahí. Ella apretó las manos en el estribo.

—Jace...

Él se puso mechón de pelo dorado pálido detrás de la oreja.

—Es... ¿Los Hermanos Silenciosos te dijeron que estaba bien que estuvieras aquí?

—No exactamente.

La esquina de su boca se torció.

—Así que ¿los noqueaste en un dos por tres y lograste pasar sobre ellos? La Clave toma medidas oscuras en ese tipo de cosas, lo sabes.

—Vaya, no pusiste nada delante de mí, ¿verdad?

Clary se movió para sentarse en la cama junto a él, en parte para quedar al mismo nivel y en parte para ocultar el hecho de que sus rodillas estaban temblando.

—He aprendido a no hacerlo —dijo, y puso su libro a un lado. Sintió las palabras como una bofetada.

—No quería hacerte daño —dijo ella, y su voz salió casi como un susurro—. Lo siento.

Él se sentó con la espalda recta, balanceando las piernas sobre el borde de la cama. No estaban lejos el uno del otro, compartían la misma cama, pero él se estaba frenando, por lo que pudo notar. Se dio cuenta de que había secretos en el fondo de sus claros ojos, podía sentir su vacilación.

Clary quería estirar la mano, pero en cambio, se quedó inmóvil, y mantuvo la voz firme.

—Nunca quise hacerte daño y no sólo me refiero a lo sucedido en el Burren. Quiero decir, desde el momento en que el que tú, el verdadero *tú*, me dijiste lo que querías. Debería haberte escuchado, pero lo único en lo que pensaba era en salvarte, alejarte. No te escuché cuando me dijiste que querías entregarte a la Clave, y debido a eso, casi terminamos como Sebastian. Y cuando hice lo que hice con Gloriosa... Alec e Isabelle, debieron haberte dicho que la espada era para Sebastian, pero no pude llegar a él a través de la multitud, no pude. Y pensé en lo que me dijiste, que preferirías morir antes que vivir bajo la influencia de Sebastian. —Su voz quebró—. El *verdadero* tú, quiero decir. No podía preguntártelo, así que tuve que adivinar, tienes que saber que fue horrible para mí tener que hacerte daño de esa manera, saber que podrías haber muerto y que mi mano era la que sostuvo la espada que te mató. Hubiera dado mi vida por ti, pero puse en riesgo tu vida porque pensé que era lo que hubieras pedido, y después de haberte traicionado una vez, pensé que te lo debía. Pero si estaba equivocada... —Hizo una pausa, pero él siguió en silencio. Su estómago se revolvió, como si estuviera a punto de enfermarse, esto era desgarrador—. Entonces, lo siento. No hay nada que pueda hacer para compensarlo. Pero, quería que supieras que lo siento.

Se detuvo de nuevo, y esta vez el silencio se extendió entre ellos cada vez más, un hilo imposiblemente tirante.

—Puedes hablar ahora —exclamó bruscamente, al fin—. De hecho, sería genial si lo hicieras.

Jace la estaba mirando con incredulidad.

—Vamos a ver si lo entiendo bien —dijo—. ¿Viniste hasta aquí a pedirme disculpas?

Ella se sorprendió.

—Por supuesto que sí.

—Clary —dijo—, me salvaste la vida.

—Te apuñalé con una espada enorme. Te prendiste fuego.

Sus labios temblaron casi imperceptiblemente.

—Está bien —dijo—, puede que tal vez nuestros problemas no sean como los de otras parejas. —Levantó una mano como si quisiera tocar su cara, y luego la dejó caer a toda prisa—. Te escuché, ¿sabes? —comentó suavemente—. Te escuché diciéndome que no estaba muerto, pidiéndome que abriera los ojos.

Se miraron en silencio por lo que probablemente fueron minutos, pero se sintieron como horas para Clary. Era tan bueno verlo así, siendo él mismo otra vez, que casi borraba el temor de que todo fuera a ir muy mal.

Finalmente Jace habló.

—¿Por qué crees que me enamoré de ti?

Fue lo último que hubiera esperado que dijera.

—No lo... esa no es una pregunta justa.

—Me parece justo a mí —dijo—. ¿Crees que no te conozco, Clary? ¿La chica que entró en un hotel lleno de vampiros, porque su mejor amigo estaba allí y necesitaba que lo salvaran? ¿Que hizo un portal y se transportó a Idris porque odiaba la idea de quedarse fuera de la acción?

—Me regañaste por eso.

—Me regañaba a mí mismo —dijo—. Hay cosas en las que somos tan parecidos: somos imprudentes, no pensamos antes de actuar; haríamos cualquier cosa por las personas que amamos; y nunca pensé en lo aterrador que era eso para las personas que me aman hasta que lo vi en ti y me espantó. ¿Cómo podría protegerte si tú no me lo permitías? —Se inclinó hacia delante—. Esa, por cierto, es una pregunta retórica.

—Excelente, porque no necesito protección.

—Sabía que dirías eso, pero la cosa es que a veces lo necesitas y a veces yo también. Estamos destinados a protegernos mutuamente, pero no de *todo*. No de la verdad. Eso es lo que significa amar a alguien, permitir que sean ellos mismos.

Clary se miró las manos. Quería estirarlas y tocarlo de tal manera, que era insoportable. Era como visitar a alguien en la cárcel, donde se podía ver con tanta claridad y tan cerca, pero estaban separados por vidrio irrompible.

—Me enamoré de ti —continuó él—, porque eres una de las personas más valientes que he conocido jamás. Entonces, ¿cómo podría pedirte que dejaras de ser valiente sólo porque yo te amo? —Se pasó las manos por el pelo, lo que hizo que se formara un desastre de bucles y rizos que Clary ansiaba alisar—. Viniste por mí —dijo—. Me salvaste cuando casi todo el mundo se había dado por vencido, e incluso las personas que no habían renunciado a mí no sabían qué hacer. ¿Crees que no sé por lo que pasaste? —Sus ojos se oscurecieron—. ¿Cómo pensaste siquiera que podría estar enojado contigo?

—Entonces, ¿por qué no has querido verme?

—Porque...—Jace exhaló—. Bueno, eso es bastante justo, pero hay algo que no sabes. La espada que usaste, la que Raziel le dio a Simon...

—Gloriosa —dijo Clary—. La espada del arcángel Miguel. Fue destruida.

—No destruida, volvió de donde vino, una vez que el fuego celestial se consumió. —Jace sonrió débilmente—. De lo contrario nuestro Ángel habría tenido una seria charla con Miguel una vez que éste descubriera que su compañero Raziel había prestado su espada favorita a un grupo de descuidados seres humanos. Pero estoy divagando. La espada... la forma en que ardía... no era ningún fuego ordinario.

—Lo supuse. —Clary deseó que Jace extendiera el brazo y la atrajera hacia él, pero parecía querer mantener el espacio entre ellos, así que ella se quedó donde estaba. Se sentía como un dolor en su cuerpo, el estar tan cerca de él y no ser capaz de tocarlo.

—Me gustaría que no te hubieras puesto ese suéter —murmuró Jace.

—¿Qué? —Miró hacia abajo—. Pensé que te gustaba este suéter.

—Me encanta —confirmó, y meneó la cabeza—. No importa. Ese tipo de fuego era fuego celestial. La zarza ardiente, el fuego y el azufre, la columna de fuego que iba delante de los hijos de Israel, ése es el fuego del que estamos hablando. 'Porque fuego se ha de encender en mi furor, y arderá hasta lo mas profundo del infierno, y devorará la tierra y sus frutos, y prenderá fuego a los cimientos de los montes'. Ése es el fuego que quemó lo que Lilith me había hecho. —Alcanzó el dobladillo de su camisa y la levantó. Clary contuvo el aliento; por encima de su corazón, en la suave piel del pecho, no había marca alguna, sólo una cicatriz blanca causada por la espada cuando penetró su suave piel.

Ella estiró la mano, con ganas de tocarlo, pero él retrocedió, negando con la cabeza. Sintió la expresión de dolor que cruzó su cara antes de poder ocultarlo. Él se bajó la camisa.

—Clary —dijo—. Ese fuego sigue estando dentro de mí.

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

Él respiró hondo y extendió las manos con las palmas hacia abajo. Ella las miró, delgadas y familiares, la runa de Visión que estaba en su mano derecha se había desvanecido entre las capas de cicatrices blancas. Mientras los dos miraban, sus manos empezaron a agitarse ligeramente y, a continuación, ante los ojos incrédulos de Clary,

comenzaron a volverse transparentes. Como la hoja de Gloriosa, cuando había comenzado a arder, su piel pareció convertirse en vidrio, un vidrio que tenía atrapado dentro una especie de oro que se movía, se oscurecía y quemaba. Clary podía ver la silueta de su esqueleto a través de la transparencia de su piel; huesos de oro conectados por tendones de fuego. Lo oyó inhalar con fuerza, entonces alzó la vista, y miró dentro de sus ojos, eran de oro. Siempre habían sido dorados, pero podría jurar que ahora que el oro vivía y quemaba también. Respiraba con dificultad, y el sudor brillaba en sus mejillas y clavícula.

—Tienes razón —dijo Clary—. Nuestros problemas no son realmente como los problemas de otras parejas.

Jace la miró con incredulidad. Poco a poco cerró sus manos en puños, y el fuego se desvaneció, dejando sólo sus manos normales y familiares detrás, sin sufrir daño alguno.

Casi ahogándose por una carcajada, le dijo:

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—No, tengo mucho más que decir. ¿Qué está pasando? ¿Acaso tus manos son armas ahora? ¿Te estás convirtiendo en Antorcha Humana? Qué demonios...

—No sé lo que es la antorcha humana, pero... Está bien mira, los Hermanos Silenciosos me han dicho que llevo el fuego divino dentro de mí ahora, en mis venas, en mi alma. La primera vez que desperté, me sentía como si estuviera respirando fuego. Alec e Isabelle pensaron que el fuego era sólo un contratiempo, algo temporal, causado por efecto de la espada, pero cuando no se fue y llamaron a los Hermanos Silenciosos, el hermano Zachariah dijo que no sabía qué tan temporal sería. Y lo quemé. Él estaba tocando mi mano cuando lo dijo, y sentí una sacudida de energía pasar a través de mí.

—¿Una quemadura grave?

—No. Menor. Pero aun así...

—Es por eso que no me tocas —Clary lo dijo en voz alta—. Tienes miedo de quemarme.

Él asintió.

—Nadie ha visto nada como esto, Clary. Nunca antes, jamás. La espada no me mató. Pero dejó esto, este pedazo de algo sumamente mortal dentro de mí. Algo tan poderoso que probablemente matarían a un simple humano, tal vez incluso a un Cazador de Sombras corriente. —Tomó una respiración profunda—. Los Hermanos Silenciosos están trabajando en cómo podría controlar esto o deshacerme de él, pero como puedes imaginar, no soy su prioridad.

—Pero Sebastian sí lo es. Ya oíste que destruí ese apartamento. Sé que él tiene otras formas de moverse, pero...

—Ésa es mi chica. Pero él tiene refuerzos, otros escondites No sé donde están; nunca me lo dijo. —Se inclinó hacia delante, tan cerca que podía ver cómo sus ojos cambiaban de color—. Desde que desperté, los Hermanos Silenciosos han estado

conmigo casi todo el tiempo. Tuvieron que realizar la ceremonia nuevamente, la que se realiza cuando nacen los Cazadores de Sombras para mantenerlos a salvo. Y luego se metieron en mi mente. Buscando, tratando de sacar cualquier fragmento de información útil acerca de Sebastian, algo que pueda conocer y que no recuerdo. Pero... —Jace sacudió la cabeza en señal de frustración—. Simplemente no hay nada. Conocía sus planes para la ceremonia en el Burren, pero después de eso no hay nada, ni idea de lo que va a hacer a continuación, ni donde podría atacar. Lo que saben es que ha estado trabajando con demonios, por lo que están asegurando las salvaguardas, especialmente aquellas alrededor de Idris. Pero siento que hay algo útil que podríamos conseguir de todo esto, algún conocimiento secreto de mi parte, pero ni siquiera tenemos eso.

—Pero si sabías algo él sólo tendría que cambiar sus planes —razonó Clary—. Él sabe que te ha perdido, estaban enlazados. Le oí gritar cuando te apuñalé. —Ella se estremeció—. Fue un horrible sonido de pérdida. Creo que él realmente se preocupaba por ti de alguna manera extraña y retorcida, y a pesar de que todo era horrible, los dos sacamos algo de ello que podría llegar a ser útil.

—¿Qué es...?

—Lo entendemos, quiero decir, más que cualquier otra persona y eso no es algo que se puede borrar con un cambio de planes.

Jace asintió lentamente.

—¿Sabes a quién más creo entender ahora? A mi padre.

—Valen... no —dijo Clary, viendo su expresión—. Quieres decir Stephen.

—He estado leyendo sus cartas, las cosas en la caja que me dio Amatis. Él escribió una carta dirigida a mí, sabes, quería que leyera después de su muerte. Me dijo que fuera un hombre mejor que él.

—Lo eres —afirmó Clary—. En esos momentos cuando estábamos en el apartamento, cuando eras *tú*, te importaba hacer lo correcto más de lo que te preocupaba tu propia vida.

—Lo sé —dijo Jace, bajando la mirada a las cicatrices de sus nudillos—. Eso es lo extraño. *Lo sé*. Tuve tantas dudas acerca de mí mismo, siempre, pero ahora conozco la diferencia Entre Sebastian y yo. Entre mí mismo y Valentine. Incluso se la diferencia entre los dos. Valentine honestamente creía que estaba haciendo lo correcto. Odiaba a los demonios. Sin embargo, para Sebastian, la criatura que él piensa que es su madre es un demonio. Felizmente reinaría y guiaría a una raza de Cazadores de Sombras oscuros que ofrecería a los demonios, mientras que los seres humanos comunes de este mundo son sacrificados para el placer de los demonios. Valentine todavía creía que el propósito de los Cazadores de Sombras era proteger a los seres humanos; Sebastian piensa que son cucarachas, no quiere proteger a nadie. Él sólo quiere lo que quiere, en el momento en que lo quiere. La única cosa real que siente es molestia cuando está frustrado.

Clary se preguntó a sí misma. Había visto a Sebastian mirar a Jace, incluso a sí misma, y sabía que había una parte de él que era tan inmensamente solitaria como el negro más vacío del espacio. La soledad lo movía tanto como el deseo de poder; la soledad y una necesidad de ser amado sin ningún entendimiento correspondiente, de que el amor era algo que se gana sin ninguna otra intención. Pero todo lo que dijo fue:

—Bueno, entonces continuemos frustrándolo.

Una sonrisa fantasmal se dibujó en su rostro.

—Sabes que quiero rogarte que te quedes fuera de esto, ¿verdad? Va a ser una batalla feroz. Mucho más cruel de lo que la Clave empieza a entender.

—Pero no vas a hacer eso —dijo Clary—, porque eso te haría ver como un idiota.

—¿Lo dices porque necesitamos tus runas de poder?

—Bueno, eso, y ¿no escuchaste todo lo que acabas de decir? ¿Todo ese asunto sobre protegernos el uno a otro?

—Tienes que saber que practiqué ese discurso. En frente de un espejo antes de que llegaras aquí.

—Entonces, ¿qué crees *tú* que significa eso?

—No estoy seguro —admitió Jace—, pero sé que me veo malditamente bien diciéndolo.

—Dios, olvidé lo molesto que eres sin estar poseído —murmuró Clary—. ¿Necesito recordarte que dijiste que tienes que aceptar que no me puedes proteger de todo? La única manera en la que podamos protegernos el uno al otro es si *estamos juntos*. Si nos enfrentamos a las cosas. Si confiamos el uno en el otro. —Ella lo miró directamente a los ojos—. No debería haberte impedido que fueras a la Clave, al llamar a Sebastian. Debí respetar la decisión que tomaste. Y tú deberías respetar la mía, porque vamos a estar juntos por mucho tiempo, y esa es la única forma en la que va a funcionar.

Su mano avanzó hacia ella sobre la manta.

—Estar bajo la influencia de Sebastian —empezó, con voz ronca—, parece como si hubiese sido un mal sueño. Ese lugar de locos, esos armarios llenos de ropa para tu madre...

—Así que, lo recuerdas. —Casi lo susurró.

Sus dedos tocaron los suyos, y ella casi saltó.

Ambos contuvieron la respiración mientras él la tocaba. Ella no se movió, viendo cómo poco a poco sus hombros se relajaban y la mirada inquieta dejaba su rostro.

—Recuerdo todo —dijo—. Recuerdo el bote en Venecia, el club de Praga, esa noche en París, cuando era yo mismo.

Ella sintió como la sangre corría por debajo de su piel, haciendo que su rostro ardiera.

—De alguna manera, hemos pasado por algo que nadie más puede entender, salvo nosotros —continuó Jace—. Hizo que me diera cuenta de que indiscutiblemente, siempre estaremos mejor juntos. —Alzó su rostro hacia el suyo. Estaba pálido, y el fuego brillaba en sus ojos—. Voy a matar a Sebastian —afirmó—. Voy a matarlo por lo

que me hizo a mí, lo que te hizo a ti, y lo que le hizo a Max. Voy a matarlo por todo lo que ha hecho, y lo que hará. La Clave lo quiere muerto, y le dará caza, pero quiero que mi mano sea la que lo corte en pedazos.

Alargó la mano, y la puso en la mejilla de Clary. Ella se estremeció, y entrecerró los ojos. Estaba esperando que su piel estuviera caliente, pero se sentía fría al tacto.

—¿Y qué pasa si soy yo la que lo mata?

—Mi corazón es tu corazón —dijo—. Mis manos son tus manos.

Sus ojos eran del color de la miel y se deslizaban lentamente como la misma, mientras sus ojos recorrían su cuerpo de arriba abajo, como si realmente la viera por primera vez desde que había entrado en la habitación, desde su pelo revuelto por el viento hasta sus pies calzados con botas, y viceversa. Cuando sus miradas se encontraron de nuevo, la boca de Clary estaba seca.

—¿Te acuerdas —dijo él— de cuando nos conocimos y dije que estaba noventa por ciento seguro de que no te mataría al hacerte una runa y luego me diste una bofetada y me dijiste que era por el otro diez por ciento? —Clary asintió con la cabeza—. Siempre pensé que un demonio me mataría —continuó—. Un Submundo renegado; en una batalla. Pero entonces me di cuenta de que igualmente podría morir si no llegaba a besarte pronto.

Clary se humedeció los labios secos.

—Bueno, lo hiciste —dijo—. Besarme, que quiero decir.

Él se acercó y tomó un rizo de su cabello entre los dedos. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, su olor y el aroma de su jabón, de su piel y de su cabello.

—No es suficiente —dijo, dejando caer su cabello a través de sus dedos—. Aunque te besara todo el día todos los días durante el resto de mi vida, nunca sería suficiente.

Inclinó la cabeza y ella no pudo evitar levantar su rostro. Su mente estaba llena del recuerdo de París, aferrándose a Jace como si fuera la última vez que lo sostendría, y casi había sido así. La forma en que había sentido, probado y respirado.

Podía oír su respiración ahora. Sus pestañas le hacían cosquillas en la mejilla. Sus labios estaban a milímetros de distancia y no separados del todo, se rozaron ligeramente y luego hubo una presión más firme. Se acercaron el uno al otro... y Clary sintió una chispa, no dolorosa, más como un impulso leve de estática, como electricidad pasando entre ellos.

Jace se tiró hacia atrás y se alejó rápidamente. Estaba sonrojado.

—Es posible que tengamos que trabajar en eso.

La mente de Clary seguía girando.

—Está bien.

Él estaba mirando al frente, todavía respirando con dificultad.

—Tengo algo que quiero darte.

—Creo que ya deduje eso.

Ante ese comentario él alzó la mirada hacia ella y, casi sonrió de mala gana.

—No eso. —Tomó algo de debajo del cuello de su camisa y sacó el anillo Morgenstern con su cadena. Se lo quitó por la cabeza e inclinándose hacia adelante, lo dejó caer suavemente sobre su mano. Estaba tibio por el calor de su piel—. Alec lo recuperó, se lo pidió Magnus para devolvérmelo. ¿Lo usarías otra vez?

La mano de Clary se cerró alrededor de él.

—Siempre.

Su mueca se transformó en una sonrisa, y se atrevió a poner su cabeza en su hombro. Ella sintió su aliento entrecortado, pero no se movió. Al principio se quedó quieto, pero poco a poco la tensión fue abandonando su cuerpo y se apoyaron mutuamente. No era algo ardiente y latoso, sino que algo afable y dulce.

Jace se aclaró la garganta.

—Sabes que esto significa que lo que hicimos...lo que casi hicimos en París...

—¿Ir a la Torre Eiffel?

Él le puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Nunca me dejas fuera del anzuelo y me das un respiro, ¿verdad? No importa, es una de las cosas que más me gustan de ti. De todos modos, esa *otra* cosa que casi hicimos en París, probablemente está fuera del retrato por un tiempo. A menos que quieras que todo eso de: *oh, bebé, estoy en llamas cuando nos besamos*, deje de ser un dicho y se convierta en algo monstruosamente literal.

—¿No más besos?

—Bueno, besos, sí. Pero en cuanto a todo lo demás...

Ella rozó su mejilla suavemente contra la suya.

—Eso está bien por mí, si está bien para ti también.

—Por supuesto que no está bien por mí. Soy un chico adolescente. En lo que a mí respecta, esto es lo peor que me ha sucedido desde que me enteré de por qué Magnus fue desterrado de Perú. —Sus ojos se suavizaron—. Pero eso no cambia lo que somos el uno para el otro. Es como si siempre me hubiese faltado un pedazo de mi alma y es porque esta dentro de ti, Clary. Sé que siempre te dije que sin importar si Dios existe o no, estamos por nuestra cuenta. Pero cuando estoy contigo, no estoy solo.

Cerró los ojos para que él no pudiera ver sus lágrimas, lágrimas de felicidad, por primera vez en mucho tiempo. A pesar de todo, a pesar de que las manos de Jace se mantuvieron cuidadosamente juntos en su regazo, Clary sintió una sensación de alivio tan abrumadora que eclipsaba todo lo demás: la preocupación por el paradero de Sebastian, el temor de un futuro incierto; todo pasó a un segundo plano. Nada de eso importaba. Ellos estaban juntos, y Jace era el mismo de nuevo. Lo sintió volver la cabeza y besar ligeramente su cabello.

—Realmente me gustaría que no te hubieras puesto ese suéter —le murmuró al oído.

—Es una buena práctica para ti —respondió ella, con los labios moviéndose contra su piel—. Mañana, habrá redes de pesca.

Contra su costado, cálido y familiar, Clary lo sintió reír.

—Hermano Enoch —dijo Maryse, poniéndose de pie tras su escritorio—. Gracias por acompañarme y hermano Zachariah, a usted también por estar aquí en tan poco tiempo.

—*¿Esta reunión es con respecto al estado de Jace?* le preguntó Zachariah —Y si Maryse no lo conociera, hubiera imaginado un dejo de ansiedad en su voz mental—. *Hoy lo he ido a revisar varias veces. Su condición no ha cambiado.*

Enoch se removió incómodo dentro de sus ropas.

—*Y yo he estado buscando a través de los archivos y la documentación antigua, cualquier indicio relacionado con el fuego Celestial. Hay cierta información sobre la manera en la que puede ser puesto en libertad, pero debes ser paciente. No hay necesidad de llamarnos. Si tenemos noticias, vamos a informarte.*

—No se trata de Jace —dijo Maryse, y se movió, rodeando su escritorio, taconeando sobre el suelo de piedra de la biblioteca—. Se trata de algo completamente distinto.

Miró hacia abajo. Una alfombra había sido descuidadamente arrojada a través del suelo, donde, por lo general, no había alfombra alguna. No yacía de manera plana, sino que estaba sobre una forma de joroba irregular, cubriendo algo que oscurecía el delicado patrón de las baldosas que esbozaba la forma de la Copa, la Espada y el Ángel. Maryse se agachó, tomó una esquina de la alfombra, y la apartó a un lado de un tirón.

Los Hermanos Silenciosos no jadearon, por supuesto, ya que no podían hacer ruido. Sin embargo, una cacofonía llenó la mente de Maryse, el eco psíquico de su asombro y horror. El hermano Enoch dio un paso atrás, mientras el hermano Zachariah levantaba una mano de largos dedos para taparse la cara, como si pudiera bloquear sus ojos en ruinas de la vista ante él.

—No estaba aquí esta mañana —dijo Maryse—. Pero cuando volví por la tarde, me esperaba esto.

Al primer vistazo, ella había pensado que algún tipo de ave de gran tamaño había encontrado la forma de entrar a la biblioteca y que había muerto, tal vez rompiéndose el cuello contra una de las altas ventanas. Pero a medida que se había acercado, la verdad de lo estaba mirando se había reflejado ante ella. No dijo nada de la conmoción visceral y la desesperación por la que había pasado como como una flecha a través de su cuerpo, o la forma en que se había tambaleado hasta la ventana, sintiéndose enferma todo el camino cuando cayó en la cuenta lo que estaba viendo:

Un par de alas blancas, no muy blancas, a decir verdad, sino de una amalgama de colores que se movían y parpadeaban cuando ella las miraba: plateado pálido, franjas de color violeta, azul oscuro; cada una de las plumas estaban perfiladas con oro. Y en la raíz, había una fea herida, como si hubieran sido cortadas junto con hueso y tendón.

Alas de ángel; las habían cortado del cuerpo de un ángel vivo. Icor angelical, del color del oro líquido, manchaba el suelo.

Sobre las alas había un pedazo de papel doblado, dirigido al Instituto de Nueva York. Después de salpicarse con agua el rostro, Maryse había tomado la carta y la

había leído cuidadosamente. Era una frase corta, de una oración, firmada con un nombre en una caligrafía extrañamente familiar para ella, pues en ella había un eco de la letra cursiva de Valentine, la floritura de sus letras, con mano fuerte y firme. Pero no era el nombre de Valentine; sino de su hijo.

Jonathan Christopher Morgenstern.

Le tendió la carta al hermano Zachariah. Él la tomó de sus dedos y la abrió para leerla, tal como había hecho ella. Había una sola palabra en griego antiguo, garabateado con la misma escritura elaborada, en la parte superior de la página.

Erchomai, decía.

Estoy llegando.

Fin del Quinto Libro

356

City of Lost Souls

Agradecimientos

☞ Foro Dark Guardians

- <http://darkguardians.foros-activos.es/forum>

☞ Traductora a cargo

- Pamee

☞ Traductoras

- CairAndross
- Pargulin
- Valen JV
- K_ri^^
- DarkVishous
- Maka.mayi
- Verittooo
- Anadegante
- Flor_18
- Maricel_Redbird
- Pamee

☞ Corrección, Revisión general y Diseño

- Pamee

357

Agradecimientos Especiales

Mil gracias a CairAndross y DarkVishous, que me ayudaron con tantos capítulos.
¡Las mejores traductoras S.O.S!



358

¡No dejes de Visitarnos!

Encuentra Libros, Traducciones y Mucho

Entretenimiento

¡¡¡Todo para Fans!!!

City of Lost Souls